

María Sala

*El secreto
de las
siete
chimeneas*



EL SECRETO DELAS SIETE CHIMENEAS

Sara tiene once años y reside en un barrio madrileño de clase media junto a su familia. Le encanta comer pizza los domingos, jugar con sus amigos y hacer rabiar a su hermana mayor. Su vida transcurre con total normalidad hasta que una tarde su padre muere frente a ella. Este suceso lo cambia todo: la pequeña deja de hablar y se encierra en sí misma.

A falta del sustento principal de la familia, la madre de Sara toma la decisión de volver a su pueblo natal en Barcelona. Allí son recibidas por su abuela, una mujer dominante, cuya ambición supera con creces el modesto puesto de ama de llaves que ocupa en la mansión. Ninguna de ellas puede sospechar ni remotamente que, en realidad, la taimada vieja desea enredar al hijo de los señores con la más bella de sus nietas. Sólo un diario personal se interpondrá en sus planes, un pasado que ha permanecido callado más de cien años, a la espera del regreso de su dueña. Entonces, el destino enfrentará a dos hermanas por el amor de un hombre.

©2015, Sala, Maria

©2015, Editorial Romantic Ediciones

ISBN: 9788494373718

Generado con: QualityEbook v0.84

Generado por: lapmap15, 07/06/2016

PRÓLOGO

ESA mañana de domingo papá amaneció con un humor de perros, se sentó taciturno a la mesa de la cocina y bebió un sorbo largo de café, sin apartar la vista de mi hermana mayor; la miraba de una forma rara, entre decepcionado e indignado, aunque no le dijo una sola palabra. Sonia, por su parte, engulló media tostada sin darse por aludida y, con la boca todavía llena, bebió de un trago su vaso de zumo, levantándose de la mesa con prisa; quería escapar de casa antes de que estallara la tormenta.

—Señorita, usted y yo tenemos que hablar seriamente —contraatacó papá en tono severo, dejando caer el cuchillo lleno de mantequilla en el plato—. Ya va siendo hora de que nos presentes a...

—¡Lo siento, papá! ¡Ya voy tarde!

Sonia salió por patas de la cocina como un correcaminos y a punto estuvo de derribar a mamá, que entraba en ese momento. Papá levantó las cejas y exhaló un suspiro largo reclinándose en el asiento.

—Sara, hija mía, no crezcas nunca —murmuró con cansancio masajeándose las sienes. Yo levanté las cejas y parpadeé sin comprender. Papá sonrió al ver mi expresión y me revolvió el pelo con una mano—. No me hagas caso, seguro que tú no me das tantos dolores de cabeza como la loquita de tu hermana.

Mamá se acercó a papá por detrás, le rodeó el cuello con sus delgados brazos y se inclinó para susurrarle al oído de manera reconciliadora.

—Sobre lo de anoche...

—Será mejor que olvidemos ese tema, Sofía —la interrumpió papá levantándose de la silla. Amontonó una pila de platos sucios que había sobre la mesa y, dándonos la espalda, se dirigió hasta el fregadero, donde estaban las cacerolas sucias de la noche anterior a remojo. Mamá se apoyó sobre la encimera de brazos cruzados, observándolo con disgusto.

—Rafa, no puedes ser tan intransigente. ¡Nosotros también tuvimos su edad!

—¡Te recuerdo que nuestra hija sólo tiene quince años! —Papá se remangó la camisa, tomó el estropajo empapado en jabón y, friega que te friega, comenzó a torturar a los pobres cacharros de cocina que rechinaban de dolor—. Además, ese degenerado es mayor de edad.

—No es un degenerado. Y sólo tiene dieciocho años. —Mamá le arrebató el estropajo a papá—. ¡Déjame a mí! ¡Cómo sigas frotando con tanta fuerza vas a rayarme los vasos!

—Alguien tiene que cantarle las cuarenta a ese sinvergüenza. —Papá se secó las manos en un

trapo de cocina—. Lo que está haciendo con nuestra hija es ilegal. Ella es menor.

—A esa edad, tú y yo ya estábamos saliendo juntos. —Mamá le pasó a papá un plato para que lo secara.

—Sí, pero yo jamás te puse un dedo encima hasta que vinimos a Madrid.

—Tampoco sabemos si Cristian le ha puesto la mano encima a nuestra hija. —Mamá le pasó otro plato a papá.

—Entonces, por qué Sonia tenía un cond... —Antes de que papá pudiera terminar la frase, mamá le chitó.

Estaba tan intrigada con la discusión de mis padres que dejé de prestarle atención a mis cereales a medio comer. Muchas veces deseaba ser mayor para comprender esas conversaciones interrumpidas, llenas de gestos secretos, expresiones confusas y un montón de subtexto desconocido para mí.

—¿Sara, cariño, ya has terminado de desayunar? —preguntó mamá mirando a papá con intención, un ademán que utilizaba por regla general para advertirle de que no era ni el sitio ni el momento adecuado para hablar.

—Ya tuvimos bastante de esto anoche para seguir hoy igual. —Papá caminó derrotado hasta llegar junto a la mesa y se dejó caer en una silla.

—Al menos deberías alegrarte de haber criado a una hija con dos dedos de frente para llevar en el bolso un... —Mamá dejó la frase inacabada, miró a papá otra vez con intención y entonó una melodía gutural apretando los labios—. Uhm... Uhm... Uhm... Uhm... Peor sería que no se protegiera, ¿no te parece?

—Quizás tengas razón, Sofía, aunque continúo sin soportar a ese tal “Cristian”. —Papá pronunció el nombre imitando la ridícula vocecita de tonta enamorada que ponía Sonia cada vez que mencionaba a su misterioso novio. Además, movió los hombros y las manos igual que hacía ella, en un gesto cómico que me arrancó una risita contenida. Papá me miró, guiñó un ojo y volvió a hablar con mamá—. Esta noche tenemos que hablar con ella.

—Me parece justo. Es mucho mejor hacer un frente común para solucionar el problema que discutir entre nosotros.

—Lo que más me gusta de una buena pelea es la reconciliación. —Papá agarró a mamá por la cintura y de un tirón la apretó contra su pecho.

—¡Suéltame, tonto! —Mamá apartó las manos mojadas de agua y jabón para no manchar la ropa de papá—. ¡Te estoy poniendo perdido!

—A mí no me importa. —Papá colocó un mechón de pelo detrás de la oreja de mamá, quien inclinó la cabeza a un lado y entreabrió los labios en una invitación silenciosa. Se besaron con ternura.

Aparté la vista avergonzada y me centré en terminar el desayuno con parsimonia. De mayor quería encontrar a un hombre igual a papá, que me quisiera tanto como él quería a mamá y que fuera tan guapo, porque guapo era un rato largo, la verdad. Alto, de piel canela y el cabello color ceniza, era la antítesis perfecta de mamá: mujer menuda, de piel clara y pelo caoba. Papá decía que en la adolescencia el cabello de mamá se parecía mucho al de Sonia, de un tono rojo fuego, que con el paso de los años se había oscurecido como el buen vino. Yo era la versión en miniatura de papá, algo más desgarrada y feúcha. El único rasgo que compartía con mamá y Sonia eran los ojos, las tres los teníamos grandes y verdes. Eso sí, en ellas se veían preciosos, con ese color tan

poco común de verde turquesa y esas diminutas motas doradas que salpicaban el iris. El tono cobrizo de sus cabellos realzaba el matiz verdoso, enfatizando sus miradas. Por el contrario, la sosa tonalidad ceniza de mi pelo, acentuaba las vulgares motas doradas. En mi mirada miope se perdía el matiz de aguamarina que tanto resaltaba en los ojos de mamá y Sonia. Gran culpa de mi apariencia estrafalaria la tenían las enormes gafotas de pasta roja que aumentaban el tamaño de mis ojos, ya de por sí grandes, haciéndome parecer un sapo.

El domingo pasó volando. Papá me llevó a una pizzería situada en el centro de Madrid, que pertenecía a una franquicia internacional de restaurantes de comida rápida. Tras hacer una cola interminable, llena de turistas de nacionalidades variopintas, papá ordenó dos pizzas gigantescas, olvidándose de la dieta rica en legumbres y verduras que mamá seguía a rajatabla. En mi casa la comida basura estaba vetada, por eso me tapé los ojos con una mano para dar el primer bocado; porque yo, la pizza, ni mirarla... Papá se rió de mi ocurrencia y me aconsejó que si llegado el caso mamá me sometía al tercer grado negara la mayor o confesara que me había atiborrado en contra de mi voluntad, aunque era improbable que mamá descubriera nuestras maldades, ya que estaba ocupadísima organizando la gala benéfica anual que celebraba el bufete donde trabajaba papá, junto con el resto de esposas. Sonia también estaba desaparecida en combate, como venía ocurriendo de un tiempo a esta parte.

Papá alquiló en el videoclub mis películas favoritas de dibujos animados y de camino a casa paró en una tienda de golosinas. Se volvió loco comprando ositos de goma, caramelos, patatas fritas y palomitas. Yo le dije que no comprara nada, que mamá nos había prohibido comer chuches, pero como me sobornó con una piruleta de feria del tamaño de mi cara... terminé cediendo.

—Será nuestro pequeño secreto. No le diremos nada de esto a tu madre... —comentó en tono travieso al abandonar la tienda, rumiando un disco de regaliz—. Ya sabes cómo se pone. Ella no nos comprende.

Le sonreí con complicidad y metí la mano dentro de la bolsa prohibida para cerrar el trato comiéndome una nube rosa. Papá sonrió y levantó las cejas a lo Groucho Marx, era un gesto cómico que utilizaba siempre que desobedecía a mamá.

Ya en nuestro hogar, hartos de dulces y palomitas, nos quedamos dormidos en el sofá viendo el DVD de la Cenicienta. El sonido del teléfono despertó a papá. Con cuidado colocó un cojín debajo de mi cabeza para que yo continuara durmiendo y se levantó. No me desperté hasta quince minutos más tarde, cuando me alertaron los gritos de mi padre.

—¿Qué? ¡El caso Salcedo ya era nuestro! —Papá entró en el comedor dando grandes zancadas, con el teléfono inalámbrico apretado contra la oreja, abrió la caja fuerte que teníamos oculta detrás del panel de la televisión y sacó un pequeño dossier de terciopelo azul con papeles dentro; era precioso, tenía las esquinas y los filos rematados en oro—. Muy bien, escucha lo que haremos, Óscar: yo iré a la oficina y repasaré las declaraciones de Víctor Salcedo y de sus hombres de confianza. Mientras, te toca hacer el trabajo de campo. Tienes que tirar de contactos, reúnete con Griñán y métele miedo! Recuérdale que firmó una declaración jurada y que no puede retractarse ahora. En cualquier caso, hay algo que se nos escapa... ¡Tenemos que tirar de la manta!

Papá se mesó el pelo con las manos y se dejó caer en el sofá individual, colocado al lado del canapé que ocupaba yo. Me incorporé y estiré los brazos, desperezándome.

—Sí, tengo esos documentos conmigo, en lugar seguro. No soy tan estúpido como para

dejarlos en el bufete, son la última baza que nos queda para impedir que ese delincuente salga de prisión. —Papá levantó la cara y me miró como si se acabara de pecar de mi presencia—. Óscar, ahora no puedo hablar, estoy con Sara. Son las cinco de la tarde, llámame al despacho sobre las ocho y media. Así tendré tiempo de repasar el caso.

Tras despedirse de Óscar, su asistente en el bufete, se llevó la mano al brazo izquierdo para masajearlo, dejando el teléfono en la mesita.

—Sara, cariño, ya sé que te había prometido pasar la tarde contigo, pero esto es urgente. Papá tiene un caso muy importante entre manos. —Se puso de cuclillas frente a mí y continuó—. Tengo que revisarlo, si no lo hago un hombre malo saldrá libre. No te enfadarás conmigo por romper mi palabra, ¿verdad? —Me miró con aire de culpabilidad y ojos suplicantes.

—No, papá, no me voy a enfadar contigo —dije muy bajito, casi en un susurro—. Sé que tu trabajo es muy importante.

Contemplé el suelo con tristeza. Si papá tenía que irse al despacho, me dejaría a cargo de la canguro. ¡Y era insoportable! ¡Todo lo que hacía era ponerse la música a tope y hablar con sus amigas por teléfono hasta que regresaban mis padres! Papá me pellizcó un cachete y me levantó la cara con dos dedos para que le mirase a los ojos.

—¿Sabes qué vamos a hacer, Zapatilla? —Era el apodo cariñoso que utilizaba casi siempre para referirse a mí—. Vamos a coger todas tus muñecas y te vas a venir conmigo al despacho. Mientras yo leo el caso, tú puedes jugar tirada en la alfombra de mi oficina. Así no tendré que dejarte con la canguro. —Sonrió con satisfacción.

Media hora después estaba sentada en la oficina de papá, situada en el décimotercer piso de un rascacielos en la ciudad, con la mochila abierta y todos mis juguetes desparramados por el suelo; la planta entera pertenecía al bufete de abogados. Papá tenía un despacho mediano con las paredes de cristal junto a la entrada, que ese día permanecía cerrada bajo llave. Decía que cuando el año próximo le hicieran socio de la firma le asignarían otro despacho más grande y con paredes de verdad. En el bufete solía haber mucho ruido y movimiento; el personal iba y venía, los faxes y teléfonos no dejaban de sonar, y como música de fondo se oía el constante retumbar de los dedos sobre los teclados. El ambiente era frenético. Pero ese domingo no había nadie, sólo el vigilante de seguridad que se hallaba en la planta baja, sentado en la recepción junto a la entrada principal del edificio.

Cerca de las seis y media de la tarde, el vigilante entró en el despacho para verificar que todo andaba bien. El hombre comentó que volvería sobre las nueve y media de la noche. Papá le respondió que esperaba estar fuera de la oficina a esa hora. El vigilante se despidió de nosotros y se marchó silbando una alegre melodía rumbo al ascensor.

La luz del atardecer penetraba por las enormes ventanas del despacho, iluminando las pequeñas partículas de polvo que flotaban en el ambiente. Yo jugaba en aquel entorno mágico, entre la fantasía y la realidad, sacando mi arsenal de vestidos en miniatura de la mochila color rosa, que descansaba en el suelo abierta de par en par; parecía el bolso de Mary Poppins. De vez en cuando levantaba la vista para comprobar que papá seguía ahí, inmerso en el trabajo. La luz proyectaba sombras en su rostro cansado haciendo que las ojeras se vieran más profundas y siniestras que antes.

Dejé de jugar al sentir unas ganas incontrolables de orinar. Entonces, miré por la puerta entreabierta de la oficina, intentando recordar dónde estaban los baños. Fuera reinaba un silencio

sepulcral, que en cierta forma me atemorizaba. Indecisa me aguanté las ganas, me senté en el suelo y comencé a dar pequeños saltitos tratando de contener el pis. En una de esas, papá me miró y me preguntó si quería ir al baño. Me mordí el labio y asentí con la cabeza.

—Hija, los servicios están saliendo a mano izquierda. —Papá se masajeó el brazo derecho sin prestarme atención, con la concentración puesta en los documentos que había sacado momentos antes del dossier de terciopelo azul.

Algo nerviosa me levanté y salí del despacho. Dudé un segundo; no sabía qué lado era la mano izquierda. Hice el ademán de escribir en el aire y me aventuré al lado contrario. Crucé la tierra del silencio, rodeada por los ojos invisibles del inerte mobiliario de oficina. Ya había recorrido un gran trecho cuando sonó un fuerte ruido que provenía del despacho de papá. El miedo me detuvo. A continuación, todo pasó a cámara lenta; me giré atormentada por un oscuro presentimiento, vi a papá a través de las paredes de cristal de su despacho, se tambaleaba hacia la puerta, blanco como la nieve, el dossier azul lleno de papeles estaba a sus pies. El vello de la nuca se me erizó al verle sujetarse el pecho con una mano, un fuerte espasmo atravesó su cara, la mandíbula se le desencajó y cayó de bruces en el suelo doblado por el dolor, junto a mis juguetes y la mochila abierta. Solo entonces corrí hacia él pidiendo ayuda a gritos. Nadie me escuchó.

Me arrodillé junto a papá, le di la vuelta a duras penas y con mucho esfuerzo. Él me miraba con los ojos vidriosos, esforzándose por balbucear cosas que yo no podía entender.

Miré a mí alrededor y vi el teléfono sobre el escritorio color caoba. La esperanza me susurró al oído indicándome qué debía hacer. Me levanté de un salto y corrí hacia el aparato como un naufrago que encuentra un salvavidas en medio de la tormenta. Mientras marcaba el número de mamá con dedos temblorosos, vi por el rabillo del ojo como papá estiraba los dedos en dirección al dossier de color azul. Una voz automática me instó a introducir un código para hacer llamadas fuera del edificio. No sabía a qué código se refería. Recordé las palabras que siempre me decía mamá al dejarme con la niñera: «Si pasa algo grave y no puedes contactar conmigo... llama al ciento doce, es el número de emergencias». Marqué el ciento doce con desesperación, pero volvió a saltar la insistente locución. Me giré dispuesta a preguntarle el código a papá. Al verle respirar de forma extraña, demasiado pausada, dejé el teléfono y lo zarandé con las dos manos. Sin embargo, no hubo respuesta; mi padre estaba inconsciente.

Volví a marcar, una y otra vez, el maldito ciento doce con el alma en vilo, sin conseguir que me atendiera el servicio de emergencias. Desesperada, corrí hacia el ascensor para pedir ayuda, consciente de que la entrada principal estaba cerrada a cal y canto. El aparato era tan moderno que no tenía botones; funcionaba con una llave metálica, que se introducía en una diminuta ranura. Yo, a mi corta edad, ignoraba que todos los edificios estaban obligados a tener una salida de emergencia, la cual, en ese caso, estaba muy próxima a los servicios. Qué irónico es el destino algunas veces, si no me hubiese aguantado tanto las ganas de orinar o hubiera caminado un poco más rápido rumbo a los lavabos, habría visto los cortafuegos de metal rojo que conducían a las escaleras de emergencia; un camino directo a recepción. Al carecer de esta información, regresé al despacho acristalado en busca de la llave que abría el ascensor.

Mi padre respiraba con dificultad, mientras yo buscaba por los cajones del escritorio. Como no encontraba nada, le revisé los bolsillos de la chaqueta y de los pantalones. Recordaba haber visto la llave, aunque no sabía dónde. ¡Necesitaba localizar aquel insignificante objeto ya! Una idea, tal vez un recuerdo, iluminó mi mente, estaba casi segura de que papá había guardado la llave en su maletín de acero, que estaba cerrado junto a la mesa de caoba. Mis manos trémulas lo

cogieron e intentaron abrirlo. Era de esas maletas con dos pestañas pequeñas, que hacen las veces de cierre. Me sentía frustrada por no saber el código numérico de seis cifras que debía introducir. Lloré sorbiéndome los mocos, en tanto mis dedos giraban los engranajes numéricos colocando todas las fechas importantes que era capaz de recordar: puse mi cumpleaños, el de mamá, el de Sonia, el de papá, la fecha del aniversario de bodas... Uno tras otro, todos mis intentos por abrir el odioso maletín no dieron resultado.

En un arrebato, llena de ira por no ser capaz de ayudar a papá, cogí el maletín y lo estampé contra el suelo con todas mis fuerzas. ¡El maldito ni siquiera se abolló! La impotencia que sentí fue tan grande que salté encima del frío metal y comencé a gritar histérica, pisoteándolo. Esta vez conseguí aplastarlo un poco, pero mis exiguos treinta kilos no lograron que la cerradura cediera. Cegada por la angustia, sorda por el miedo que se agolpaba en mis oídos, corrí hacia los amplios ventanales y pedí auxilio a gritos. Desde el exterior nadie me veía. No se debía sólo a la altura del edificio, sino a que las ventanas tenían vidrios tintados. Una ola de claustrofobia me ahogó al girar las manillas duras de los ventanales, no podía moverlas ni un centímetro, estaban diseñadas de tal forma que sólo aplicando mucha fuerza cedían y se abrían. Por mucha voluntad que tuviera, no disponía de la energía necesaria para desatranca aquellos inmensos ventanales.

Corrí por toda la planta llorando y chillando como una loca. Aporreé las puertas del ascensor pidiendo ayuda hasta que mis manos sangraron; ni siquiera advertí que desde hacía un buen rato me había hecho pis encima. Estaba en trance, gritaba y gritaba, lloraba y lloraba... Las lágrimas se mezclaban con la mucosidad que salía por mi nariz, mientras mi padre yacía cadáver en su despacho.

Pasados minutos, quizás horas, dejé de llorar y de gritar. Mi pelo rubio caía desgreñado, enmarañado y empapado en sudor sobre mi frente. Envuelta por esa nube atemporal de angustia caminé como sonámbula, me tropecé con mi mochila cerrada y fui a parar junto al cuerpo de mi padre. Me incorporé con torpeza, coloqué la cabeza de papá sobre mi regazo y le mecí con calma mientras le tarareaba canciones de cuna; igual que hacía mamá conmigo cuando tenía miedo. Al acariciar su cara helada una última lágrima descendió por mi mejilla para morir sobre la piel cetrina de su barbilla. Le miré con un nudo en la garganta. Aquello no podía ser verdad. La oscuridad derrotó a los últimos rayos del sol sumiéndolo todo en una negrura tan profunda que apenas veía mis propias manos. No sé cómo, quizás agotada por todo lo que había pasado, acabé quedándome dormida encima del pecho inerte de papá.

El ruido repetitivo de un timbre me despertó. Desorientada, sin saber dónde estaba, dejé la cabeza de mi padre en la mullida alfombra y me levanté para dirigirme a un diminuto punto de luz intermitente de color rojo, que se alzaba en medio de las sombras como un faro en la costa. A tientas descolgué el auricular del teléfono que rompía el opresivo silencio. La voz de Óscar, el asistente de papá, llegó a mis oídos. Intenté por todos los medios decir algo, pero de mi garganta no salieron más que feos ruidos guturales. Cada vez que se comprimían mis maltrechas cuerdas vocales para generar un sonido, sentía como si miles de pequeños alfileres se clavaran en mi garganta. Estaba afónica...

—¿Rafael, estás ahí? ¿Ocurre algo? ¿Por qué no me contestas? —preguntaba Óscar, desde el otro lado del teléfono.

Yo era incapaz de pronunciar una sola sílaba. Al no recibir contestación alguna, el muchacho cortó la comunicación. De nuevo, rodeada por las tinieblas volví junto al cuerpo de mi padre. Lo veía todo como si yo no estuviera allí, era una espectadora pasiva al otro lado del televisor.

Tendida en el suelo, coloqué la cabeza encima del pecho frío de mi padre. Ya nunca más volvería a escuchar los latidos de su corazón. El agotamiento me venció.

Desperté horas más tarde en el hospital. Me habían quitado la ropa mojada y llevaba uno de esos pijamas que tienen aberturas laterales. Una enfermera vestida de blanco me estaba tomando la temperatura.

—Tranquila, mi niña —dijo la mujer mayor con acento canario. Me sonrió con ojos afligidos y acarició mi cara con ternura—. Aún tienes mucha fiebre, estamos intentando bajártela. Vuelve a dormir.

La enfermera me inyectó algo que me hizo caer de inmediato en la inconsciencia. Tuve un agradable y cálido sueño en el que caminaba aferrada a la mano de papá por el jardín de nuestra casa.

—No te preocupes, Zapatilla —auguró papá, dedicándome una mirada cargada de futuro—, todo irá bien. Te lo prometo.

Se despidió de mí con un beso en la mejilla, dejándome en la piel una sensación burbujeante.

—Sara, mi vida. —La voz fatigada y triste de mamá me sacó a regañadientes de mi ensoñación—. Cariño, soy mamá.

Me esforcé por abrir los párpados, pero estos se negaron a cumplir mi voluntad. Entre sueños escuché a un hombre que hablaba con mamá en el tono profesional que usan los médicos para dar las malas noticias.

—Es probable que su hija necesite ayuda psicológica... tiene las manos destrozadas... ha pasado... durante el resto de su vida... tres horas con el cadáver de su marido... Es una lástima... Tenemos que mantenerla sedada... ni siquiera tiene once años... unos días más. —La desordenada realidad me abandonó y volví a sumergirme en las tranquilas y pacíficas profundidades del sinsentido.

1

LOS SECRETOS DEL ARMARIO

SENTADA en el asiento trasero de un viejo coche, asfixiándome de calor, incluso llevando las ventanillas de las puertas bajadas, veía pasar uno a uno los pueblos que me alejaban para siempre de mi ciudad, de mis amigos y de mi hogar.

—¡Estate quieta, mocosa! —bramó Sonia fulminándome con la mirada—. ¡Cómo te muevas otra vez te juro por Dios que abro la puerta y te tiro del coche en marcha!

Giré la cabeza con aire insolente desdeñando su amenaza y tomé a mi gatita en brazos, consciente de que mi ademán sacaría aún más de quicio a Sonia, que estaba muy irritable desde que habíamos abandonado Madrid por la autovía A-2.

Durante las tres horas que llevábamos de recorrido mi queridísima hermana había maldecido el coche, los asientos, la falta de aire acondicionado y, sobre todo, la música ochentera que nuestra madre había elegido para amenizar el viaje. Últimamente, atacar a mamá se había convertido en su afición favorita; nada de lo que ella hacía o decía le parecía bien. Mamá trataba de hacerse la fuerte y jamás nos dejaba verla llorar, sonreía fingiendo que nuestra vida marchaba bien y que saldríamos adelante. Pero a mí no me engañaba, yo sabía que estaba hundida. Todas las madrugadas mamá caminaba de puntillas hasta la entrada principal de nuestra casa adosada, se sentaba en las escaleras y encendía un cigarrillo, era un ritual clandestino que había iniciado justo después del entierro de papá. Yo la contemplaba sentada en el alféizar de mi ventana. Lo único que delataba su presencia en medio de la oscuridad era un diminuto círculo de fuego, que se iba consumiendo con lentitud entre sus dedos. Se quedaba horas allí sentada con la mirada perdida en el infinito, tal vez anhelando un pasado no muy lejano o simplemente tratando de asimilar los cambios drásticos que viviríamos en el futuro.

Y, casi sin darnos cuenta, pasó un año de nuestras vidas sin papá, un tiempo vacío, en blanco, como un paréntesis surrealista durante el cual yo no pronuncié una sola palabra, un solo sonido, nada... Un año lleno de visitas a psicólogos y terapeutas. Rara era la semana en que mamá no me llevaba a consultas varias en busca de la poción milagrosa que me trajera de vuelta a la realidad. Durante esas sesiones, yo permanecía callada con los ojos puestos en un punto fijo, igual que hacía en casa; parecía una marioneta rota que cobraba vida bajo las órdenes de mi madre o de mi hermana. Lo hacía todo por inercia, era como si otra persona se hubiera apoderado de mi cuerpo. En mi mente sólo escuchaba el eco de mi propia voz entonando las canciones infantiles que le

había cantado a papá mientras yacía muerto entre mis brazos.

Uno de los psiquiatras le recomendó a mamá que comprara una mascota. «Los animales —dijo— ayudan mucho a superar traumas y a expresar emociones reprimidas». Al día siguiente mamá se presentó en casa con una bola de pelo naranja; era una gatita de un mes y pocos días. Al colocármela sobre el regazo esperó ver algún tipo de reacción en mí. Sin embargo, en mi expresión nada cambió; continué sin emoción o sentimiento alguno. Mi madre comenzó a resignarse entonces; por más que lo había intentado yo seguía viviendo en otra realidad, como una autista perdida en el enrevesado laberinto de la mente humana.

La bola de pelo me hacía compañía hora tras hora. Se echaba junto a mí, pegaba su diminuto hocico a una de mis piernas y movía sus patitas como si mamara de su madre; le encantaba hacer aquella rutina. Poco a poco y sin saber cómo, le fui prestando atención; tal vez, sin darme cuenta, me encariñé con ella. La cuestión es que un día cualquiera, comencé a acariciar las enormes orejas de la gatita. La primera vez que mamá me vio con ella en brazos pegó un grito y se puso a llorar. Se acercó muy despacio, temiendo romper el débil vínculo que yo había establecido con la realidad, como si en cualquier momento pudiera perderme de nuevo en las profundas tinieblas de mi mente. Esa semana llevé en brazos a mi pequeña mascota a la visita que tenía programada semanalmente con un carísimo psiquiatra, quien determinó que aquello era buen síntoma y que tal vez debería retomar mis clases para estar en contacto con otros niños de mi edad.

Dicho y hecho. Me incorporé a mitad de curso en pos de la normalidad, aunque no encontré mucha paz mental en el colegio. En un tiempo record, me gané la fama de bicho raro debido a una libretita que llevaba colgada al cuello para responder a las preguntas de mis compañeros, quienes me miraban con cara burlona. Ahí no tardaron mucho en apodarme *la mudita*. Por más que ellos me insultaban, yo jamás lloraba. La situación se fue normalizando con el paso de las semanas, incluso algunos niños llegaron a pensar que me había quedado muda y sorda de verdad. Los pedagogos del colegio, a golpe de manual, probaron de todo para que hablase; el problema, según ellos, era que yo no cooperaba. Así que decidieron impartirme clases para aprender el lenguaje de signos. Motivo por el cual Sonia atacó a mamá una soleada tarde de abril.

Iba yo rumbo a la cocina con mi gata en brazos, cuando escuché en medio de una tremenda discusión mi nombre en labios de Sonia. Me detuve en seco y agucé el oído, pegándome a la pared que separaba el pasillo del salón.

—Se suponía que las lecciones iban a durar muy poco tiempo, pero ya lleva más de dos meses y nada. —La voz de mi hermana mayor sonaba llena de resentimiento—. El médico nos aseguró que en cuanto se viera privada de esa ridícula libreta que siempre lleva encima, comprendería la dificultad que supone aprender el lenguaje de signos y se rendiría. A estas alturas ya debería estar pidiendo las cosas, aunque sigue sin decir palabra.

—Hija, ya sé que te duele ver a Sara en ese estado, pero debemos tener paciencia. —Mamá se acercó a mi hermana y la abrazó. Sonia estaba más tiesa que un palo—. Lo que tu hermana vivió en la oficina la ha marcado mucho.

Mamá continuó consolando a Sonia con voz calmada hasta que mi hermana se fue relajando poco a poco entre sus brazos. Al final, terminó agarrándola como si fuese un salvavidas, llorando a lágrima viva.

—No me gusta verla así. Quiero que vuelva a ser mi hermanita, que me incordie metiéndose en mi cuarto para probarse mi ropa, quiero oírla reír y hablar hasta debajo de las piedras. —Sonia se abrazó más fuerte a mi madre. Su voz tembló de emoción—. Nunca pensé que echaría tanto de

menos a la acusica que todo lo contaba. Ahora es un fantasma. A veces la miro y me da miedo. Siempre está ahí quieta acariciando a esa gata orejona.

Me entristeció escuchar a Sonia; era la primera vez que la veía tan preocupada por mí. No quería hacer sufrir a mi familia. No obstante, las pocas veces que había intentado hablar, mis cuerdas vocales se habían retorcido en un nudo punzante que estrangulaba mi garganta, desgarrándome la voz. Me angustiaba mi incapacidad de expresarme, pero más me aterrorizaba articular palabra. Temía que si comenzaba a hablar no podría parar de gritar hasta enloquecer. Prefería estar en la seguridad del silencio; allí nada malo podía pasarme.

Mamá esperó a que el año escolar finalizara para abordar un tema doloroso, que implicaba nuestro futuro inmediato. Aquella horripilante tarde, el segundo día de vacaciones de verano, mamá se reunió con nosotras dos en el comedor. Había perdido bastante peso y sus ojeras profundas le daban un aire de fragilidad. Mi hermana se sentó a mi lado en el sofá, dedicándome una mirada interrogativa. Mamá tomó aire, como para coger fuerzas, y comenzó a hablar sin parar, bombardeándonos con información bancaria. Estupefactas escuchamos que la hipoteca de nuestra casa estaba a medio pagar, que las tarjetas ya no tenían saldo, que nos quedaban catorce cuotas por abonar del monovolumen, de trescientos ochenta euros cada una; y que debido al fallecimiento prematuro de papá, nos habían subido un doce por ciento el seguro del hogar, de los muertos y del coche. Era una situación límite, negociar con el banco era la única alternativa viable o las deudas nos impedirían seguir viviendo. La palabra *desahucio* resonó en las paredes del salón como un tiro. El alto tren de vida de mi familia monoparental había descarrilado al chocar contra los grandes intereses que estaban generando nuestra hipoteca y las tarjetas impagadas.

Mamá nos explicó que debido a las nefastas condiciones del mercado inmobiliario, el valor de tasación de nuestra casa había descendido un cuarenta por ciento del precio de compra. Por ende, aunque consiguiéramos venderla, cosa difícil debido a la economía del país, todavía nos quedaría por pagar una parte enorme de la hipoteca.

Asesorada por un abogado amigo de papá, esa misma mañana, mamá había firmado con el apoderado del banco la cesión de la casa y el monovolumen a cambio de una quita del veinte por ciento sobre la deuda restante, que se había refinanciado en cuotas mensuales de quinientos euros durante un plazo máximo de quince años.

Tanto mi hermana como yo boqueamos con los ojos muy abiertos, como peces frescos en medio del desierto, demasiado impactadas para reaccionar. Ninguna de las dos había sospechado ni por asomo que nuestros ahorros se habían esfumado. La estocada final fue el anuncio de nuestra inminente partida; en pocas semanas mamá entregaría las llaves de nuestro hogar y del monovolumen al banco e iríamos a vivir con la abuela. Sonia abandonó su estupor en ese preciso momento.

—¡Jamás! ¡No pienso irme con esa vieja! ¡No voy a dejar a mi novio! Ya tengo dieciséis años, puedo ponerme a trabajar para ayudarte con los gastos.

—Es muy amable por tu parte, hija, pero no es razonable.

—Ni loca voy a mudarme a esa mansión. ¡La odio! ¡Me niego a vivir bajo el mismo techo que la bruja de la abuela y la otra arpía! —Sonia se refería a la propietaria del inmenso caserón donde la abuela trabajaba como ama de llaves.

—Arpía o no, la señora de Clara nos ha dado permiso para vivir con ella. —Era la primera vez que veía a mamá enfadada desde la muerte de papá—. Ocuparemos el ala norte junto con el resto de los empleados. Me ahorraré el alquiler y la comida. Sin olvidar que el sueldo es

francamente generoso. Además, voy a estar todo el día en casa y podré vigilar a Sara sin problemas; no tendré que dejarla al cuidado de otros ¿Dime qué empleo puede darme tanto en esta ciudad?

—¡Es un pueblucho de mala muerte! ¡No puedes obligarme a ir! —espetó mi hermana enfurruñada.

—¡Puedo y lo haré! Te recuerdo que tu padre y yo nacimos en ese pueblucho de mala muerte. Y aunque te cueste creerlo, tiene uno de los institutos más prestigiosos del país; al que por cierto, te pienso apuntar en cuanto lleguemos —mamá utilizó un tono de voz más sosegado y optimista.

—¡Este va a ser el peor verano de mi vida! —Sonia salió del comedor dando un portazo.

Mamá soportó con estoicismo los berrinches continuos de mi hermana durante las semanas siguientes. Compró un viejo Peugeot con el poco dinero que sacó de la venta de nuestros hermosos muebles a una casa de segunda mano y alistó los pocos recuerdos que no se atrevió a vender en unas cuantas maletas.

A principios de julio, con lo imprescindible guardado en el maletero y el portaequipajes del coche, partimos rumbo a una nueva vida; una vida en la que dejaríamos de ser las hijas de un importante abogado para convertirnos en las nietas de una humilde ama de llaves.

Mamá abandonó la autopista en algún punto entre Tarragona y Barcelona para conducir por una autovía convencional poco transitada. Tomó varias salidas erróneas y el viaje se alargó tres horas más de lo habitual. Cuando la carretera asfaltada se convirtió en un camino empedrado que bordeaba un gigantesco lago, mamá suspiró con alivio; ya faltaba poco para llegar. En la lejanía se elevaba una amenazante construcción que rompía la armonía del lugar, parecía una catedral gótica de dimensiones más modestas, que desafiaba con arrogancia al acantilado de roca en el que se apoyaba, e incluso a la mismísima gravedad. No di crédito a lo que veían mis ojos.

—¡Es enorme...! —Mi hermana parpadeó como si de un momento a otro la mansión fuese a desaparecer.

—La otra vez que vinimos aquí pusiste la misma cara de asombro. —Mamá sonrió, mirando a Sonia por el retrovisor—. ¿Ya no te acordabas?

—No, era muy pequeña. Lo que nunca podré olvidar es a la abuela poniendo verde a papá por no haber ido al funeral del abuelo.

—Sí, fue bastante incómodo... Pero tu hermana estaba enferma con varicela y tu padre se tuvo que quedar a cuidar de ella. —Mamá guardó silencio durante unos minutos antes de volver a hablar dirigiéndose a mí—. ¿A qué es bonita, cielo? Tú nunca has estado aquí. La entrada principal es preciosa y mucho más antigua que la parte trasera, que fue reformada tras un incendio hace varias décadas. Te va a encantar, ¡ya verás!

Mamá se desvió del amplio camino que conducía al acceso principal de la casona, internándose por un sendero pedregoso hasta llegar a la entrada del servicio. Al pie de la escalera nos esperaba la abuela, supuse, ya que no la conocía, vestida con un severo traje negro y gris. Llevaba el pelo canoso recogido en un moño alto. La abuela nos observó con el ceño fruncido. Sus ojos verdes, iguales a los de mamá, los de mi hermana y los míos, empequeñecieron al verme bajar con mi gatita en brazos.

—¡Sofía! —se dirigió a mamá sin saludarnos—. ¿Qué hace tu hija con esa cosa? ¿Crees que a la señora le hará gracia ver sus muebles arañados por las zarpas de ese animal? ¡Deshazte de ese

bichejo ahora mismo!

Asustada, apretujé a la gata contra el pecho y me escondí tras la espalda de mamá; no quería que me quitaran a Orejas. Así era la forma en que llamaba Sonia a mi gatita y, como era un apodo que le iba bien, no me molestaba. En realidad, me hacía gracia.

—Madre, usted sabe que Sara ha estado muy mal desde la muerte de Rafael. —La voz de mamá sonó temblorosa, estaba casi tan asustada como yo—. No puedo quitarle a la gata, desde que la tiene su estado ha mejorado mucho. Ya se lo dije la otra vez que hablé con usted por teléfono...

—¡Eso son pamplinas! Lo que tu hija necesita es mano dura. Con un buen par de azotes te aseguro que se le quitarían todas esas tonterías de encima. —La vieja se acercó a nosotras amenazante.

—¡Ya basta! —bramó Sonia encarándose con la abuela—. Ya le hemos dicho que mi hermana necesita al animal. Nunca se separa de él. Y, tanto si le gusta como si no, ¡el *bichejo* se queda! —llena de ira, mi hermana remarcó la palabra que había utilizado la abuela para referirse a Orejas.

—¡Esta claro que ambas necesitáis un buen par de azotes! —refunfuñó la vieja dedicándole una mirada de asco a mi gata—. Iré a hablar con la señora para preguntarle si podéis quedaros con esa cosa.

La abuela se dio la vuelta para emprender el camino que conducía a la casa, mirándonos con mala cara por encima del hombro. Con paso tranquilo subió las escaleras y desapareció tras el enorme portón, dejándonos fuera. Seguro que en otros tiempos hubiera cumplido su amenaza y nos habría propinado una tremenda paliza por ser unas respononas, pero ahora, con sesenta y cuatro años, su corpulencia no podía rivalizar con las fuerzas de una jovencita de dieciséis.

Estuvimos horas sentadas en las frías escaleras. Sonia caminaba de un lado a otro injuriando en contra de la vieja bruja, como una leona enjaulada. Mamá, por su parte, en varias ocasiones se levantó de los peldaños en los que estábamos sentadas con intención de llamar a la puerta, sin llegar a golpearla nunca. Cuando se aventuraba a alzar la aldaba para picar sobre la oscura madera, algo la detenía. Al final, bajaba apenada y se sentaba junto a mí derrotada por su propia cobardía.

El insoportable calor diurno dio paso a una noche fresca con vientos húmedos, que iban cargados con los aromas naturales del lago. Mi madre abrió una maleta, sacó una rebeca fina de lana para Sonia y otra para mí. Ella se colocó un ligero poncho de algodón.

—Será mejor que vayamos al pueblo y busquemos algún lugar para pasar la noche —suspiró mamá con resignación, levantándose para coger unas maletas e introducirlas de nuevo en el coche.

En ese preciso momento la abuela abrió la puerta. Desde la altura que le daba la escalera, la vieja nos miró con regocijo, sobre todo a Sonia. Si con esa pequeña venganza esperaba mermar el espíritu combativo de mi hermana, se equivocaba.

—La señora, muy amablemente, ha accedido a que la niña se quede con el animal. —El tono áspero y amargo que utilizó la vieja me hizo estremecer—. Pasad, os mostraré vuestras habitaciones.

Mamá entró agarrando dos maletas muy pesadas seguida por Sonia, que cargaba otras dos. Detrás iba yo con una bolsa de viaje en bandolera y en la espalda una mochila con mis muñecas favoritas. Tenía las dos manos libres para sostener a Orejas mejor; no quería que se escapara. Al pasar junto a la abuela me agarró por el brazo para susurrarme al oído muy bajito y en tono desdeñoso:

—Mira, niña, no voy a tolerar malcriadeces. No creas que con esa carita de santurrón me engañas. Tú eres la cizañera y es a ti a la que voy a tener bien vigilada. —Su desagradable aliento hizo que algunos mechones sueltos de mi pelo se pegaran contra la piel húmeda de mi cara—. Me recuerdas mucho a tu padre con ese aire de mosquita muerta. Él era un lobo con piel de cordero, igual que tú —dijo aún más bajo y más cerca de mí.

Sus palabras me dejaron temblorosa y sin aliento. Desconocía que daño había hecho papá a la abuela para que ella le odiara tanto.

—Seguidme, os conduciré a vuestras respectivas habitaciones —nos ordenó la abuela, cruzando una cocina enorme y moderna. Sonia contempló el mobiliario con la boca abierta.

Las tres andamos por detrás de ella en silencio. No queríamos romper la calma que dominaba la lúgubre mansión. Cruzamos distintos pasillos y corredores, dejando atrás la gran cocina por la que habíamos entrado. Por fin, tras un buen rato andando, llegamos a nuestras *respectivas habitaciones*. Sólo había dos puertas correlativas en el rellano.

—Esta habitación será para tu hija mayor. —La abuela abrió la puerta y encendió la luz. Alcancé a ver una estancia sencilla, aunque bonita—. Sonia se encargará de la limpieza.

Mamá agachó la mirada y asintió. Ambas sabíamos que el fuerte de mi hermana mayor no era precisamente el orden. La abuela se dirigió a la habitación contigua y entró. Mamá y yo la seguimos a un dormitorio idéntico en decoración y tamaño al de Sonia. Suspiré con decepción; había esperado encontrar dos camas gemelas dentro, una para mamá y otra para mí, pero aquella era una habitación individual. La amarga incertidumbre apretó mi corazón; si ese dormitorio iba a ser el mío, ¿dónde dormiría mamá? La idea de estar separadas no me gustó un ápice, aunque al menos me quedaba el consuelo de tener a Sonia al otro lado de la pared.

Dejé los bultos en el suelo de la habitación, con Orejas contorsionándose nerviosa entre mis brazos. La abuela me miró a los ojos con una sonrisa malévola. La inquietante mueca se hizo más visible cuando comencé a colocar algunas de mis cosas en el dormitorio. Sólo entonces se dirigió a mi madre hablando en un tono que no dejaba lugar a réplicas.

—Sofía, esta será tu habitación. —Expectante, buscó mi reacción con la mirada.

El corazón empezó a latirme de forma acelerada en el pecho. La sonrisa de la abuela se ensanchó todavía más y sus pupilas se iluminaron con un brillo perverso al detectar el miedo en mis ojos. Mamá enmudeció con la repentina noticia, sin comprender qué estaba pasando.

—¿Dónde va a dormir Sara, madre? —La inseguridad de mamá aniquiló el poco optimismo que me quedaba.

—Ella ocupará un cuarto cercano al mío.

La abuela no era muy alta, sacaba a mamá unos cuantos centímetros y, sin embargo, su figura le daba un aire de autoridad.

—¡Niña!, coge tus cosas y sígueme. Te voy a mostrar donde vas a dormir a partir de ahora.

—Pero, madre, esta habitación es lo suficientemente amplia para colocar otra cama más. —La súplica de mamá volvió a darme esperanzas, quizás con un poco de suerte a la abuela se le ablandaría el corazón y cambiaría de opinión—. Yo podría dormir en una y Sara en la otra. Sería mucho más cómodo y no ocuparíamos tantas habitaciones.

—La distribución de los dormitorios ha sido escogida por la señora.

Al parecer lo que decía la señora iba a misa. Mamá me abrazó llena de impotencia, Orejas quedó entre las dos medio asfixiada, en un susurro me dijo que no me preocupara, me prometió

que a la mañana siguiente hablaría con la señora y lo arreglaría todo.

—Sigue a la abuela, sólo será esta noche, mi amor.

Me levanté despacio y volví a cargar mis bultos. Orejas se revolvió entre mis brazos, no quería estar sujeta por más tiempo. Al salir de la habitación detrás de la abuela pasé por delante del dormitorio de Sonia.

—¿A dónde te llevas a Sara? —Mi hermana se interpuso en el camino de la vieja.

—No tengo por qué responderte, niña insolente. —La abuela achinó los ojos que brillaron con una pizca de aprobación—. En esta casa se hace lo que yo ordeno y sin rechistar. Si eres tan inteligente como tu madre dice, lo aprenderás enseguida.

Sin mediar una sola palabra más, me tomó con fuerza del brazo y me arrastró por el corredor. Recorrimos un sinfín de pasillos y galerías, atravesamos amplios vestíbulos y salones. Yo caminaba con rapidez, dispuesta a seguir el paso de la vieja. Esta me agarraba con fuerza por el brazo, sus uñas parecían garras que se clavaban en mi piel. Aguanté el dolor con valentía.

El resplandor de la luna se colaba por las ventanas de colores proyectando tétricas sombras que formaban reflejos espectrales. Mi imaginación me jugaba malas pasadas, en varias ocasiones hubiese jurado, que algo o alguien se movía en la quietud de la noche. Rígida por el miedo, busqué consuelo en la presencia de la abuela.

—Te voy a tener bien vigilada, niña. Da igual lo que tu madre te haya prometido... vas a dormir cerca mío, donde te pueda tener bien vigilada. Ve acostumbrándote a la idea —dijo en tono amenazador, clavando aún más sus dedos en mí—. Tu papaíto ya no está aquí.

Cuando llegamos frente a unos portones de roble macizo me soltó para abrirlos con dificultad. Tres fantasmagóricas puertas labradas se alzaban dominando el ambiente. La abuela se encaminó hacia la más cercana.

—Este es mi dormitorio —habló en susurros muy bajitos, tanto que tuve que acercarme para poder escucharla mejor—. Tengo el sueño muy ligero, así que no hagas mucho ruido. Durante el día, mientras ocupes tu cuarto, serás muy cuidadosa y no romperás la paz del recinto. No quiero que ningún ruido revele tu presencia, ¿me has comprendido?

Asentí con un nudo de angustia apretándome la garganta; ¡que desgraciada me sentía! Si la abuela no hubiese cruzado el salón con paso ligero, jamás me hubiera percatado de la diminuta puerta situada frente a su habitación. Era estrecha y baja, también de roble, pero mucho más austera. No tenía las bellas labranzas de los otros tres pórticos.

—Esta será tu habitación —me indicó tajante. Luego, señaló varios metros más allá, en la misma pared de mi cuarto—. ¿Ves aquella puerta? Bajo ningún concepto quiero que entres allí. ¿Me has comprendido?

Intimidada, moví la cabeza para afirmar varias veces; no quería que me tomara aún más manía.

—Espero que lo hayas entendido y me obedezcas. Si no, tendré que castigarte con severidad.

La abuela abrió la puerta de mi dormitorio con toda la calma del mundo y me cedió el paso sin encender la luz. En mi ingenuidad esperaba encontrar una decoración exquisita, por lo menos tan bonita como los cuartos que ocupaban mi madre y mi hermana. Así que cuando la luz iluminó la habitación, me quedé sin palabras. Era pequeña y estrecha. Las paredes estaban decoradas con un viejo papel que en otro tiempo debió ser de color melocotón, pero que con el paso de los años había adquirido un feo tono grisáceo. Algunas de las esquinas del papel se habían despegado dejando ver el yeso raído que había debajo. Los únicos enseres que decoraban el dormitorio eran

una vieja cama con un edredón de color gris, acompañada por una mesita de noche con una fea lámpara, también del mismo tono. Había un armario empotrado en la pared junto a un diminuto lavabo con retrete y ducha. Todo se veía viejo y apolillado. Al respirar el aire cerrado de la habitación, las fosas nasales se me llenaron de un hedor tan rancio que casi vomité de asco. La abuela se cubrió la nariz y la boca con las dos manos y se apresuró a abrir el único ventanuco que había. Antes de hablar esperó unos segundos a que el aire fresco de la noche ventilara el mal olor.

—Acomoda tus cosas. Esta será tu habitación de ahora en adelante. —Con un dedo señaló a Orejas, que se movía nerviosa entre mis brazos—. Siempre que entres o salgas, acuérdate de encerrar al bicho, no lo quiero por ahí suelto, podría destrozar las cortinas y los muebles.

La abuela se marchó dejándome sola, asustada y encerrada en ese oscuro hueco. Cansada, con los ojos anegados en lágrimas, dejé caer en el suelo las mochilas y deposité a Orejas sobre el colchón raído; odiaba los espacios cerrados. Me senté en la cama mirándolo todo con pavor. El nudo que desde hacía rato se había formado en mi garganta estaba comenzando a asfixiarme, me sentía perdida y abandonada a mi suerte, lejos de las únicas personas que me querían; mi madre y mi hermana. Sólo tenía a mi gatita, la cual intuyendo mi pena se había colocado a mi lado hecha una bola.

Abrí de par en par la puerta del diminuto lavabo, para que el espacio no pareciera tan reducido, y me recosté en la cama con la luz encendida. Decidí ponerme los cascos del MP3 repletos de canciones que me habían regalado las navidades pasadas para no escuchar los siniestros alaridos que provocaba el viento al atravesar el ventanuco. Despacio fui cayendo en un intranquilo sueño; de vez en cuando me despertaba pensando que estaba en mi antigua habitación y que todo había sido parte de una pesadilla. Al abrir los ojos, esperaba que mi padre estuviera conmigo, pero la cruda realidad me golpeaba. Seguía estando en la fea y minúscula habitación con la luz encendida y con Orejas acurrucada junto a mí.

A la mañana siguiente me desperté con dolor de espalda por haber dormido en mala postura. Orejas rascaba la puerta con desesperación; la pobre no había hecho sus necesidades en toda la noche y debía estar muerta de hambre. Me levanté de la cama sin deshacer para buscar una lata de comida felina dentro de una de mis mochilas. Tomé a Orejas en brazos y abrí la puerta de mi opresiva habitación. Ante mí apareció la enorme sala que la noche anterior tanto se parecía a un mausoleo amenazante. Mi primera impresión había sido errónea. El lugar estaba decorado con muebles antiguos, pero bien conservados. Al mirar hacia el suelo me fijé en que estaba de pie sobre un mosaico de colores, cubierto con una alfombra oriental. Di una vuelta sobre mí misma, boquiabierta. El amplio y alto techo tenía un sinfín de arcos y bóvedas que se entrelazaban formando una complicada trama simétrica. La cálida luz veraniega se filtraba por las vidrieras tintadas iluminándolo todo con vivos colores.

Caminé hasta el portón doble con Orejas en brazos. Un chirrido resonó en el silencioso salón cuando giré el picaporte. Miré con recelo hacia la habitación de la abuela convencida de que en cualquier momento la vieja saldría enfadada y me reñiría por haber *roto la paz del recinto*. Tras comprender que nada de lo que temía iba a suceder, salí al corredor rumbo a la cocina, sorteando una infinidad de pasillos idénticos que parecían formar parte de un complicado laberinto; me perdí varias veces. Cuando por fin llegué a mi destino, la cocina, me quedé parada al ver a una señora mayor vestida con uniforme azul y delantal blanco. Bailaba con desenfreno mientras batía un par de huevos. Sus enormes caderas se movían al compás del ritmo latino que sonaba por la

radio. La señora de pelo rubio platino, casi blanco, comenzó a menear los hombros con vigor. En su alocado baile giró con temeridad, sin preocuparse por el cuenco que sostenía en las manos. A mitad de la complicada pirueta, paró de golpe al percatarse de mi presencia en la puerta. Levantó mucho las cejas, arrugó la frente y parpadeó con asombro antes de estallar en carcajadas.

—¡Me has pillado, pequeña! —La señora que no era tan joven como aparentaba de espaldas por sus vitales movimientos, se acercó a mí riendo con diversión—. Tú debes ser Sara, la nieta pequeña de Soledad, ¿verdad?

Al confirmar con la cabeza, las gafas se me escurrieron hasta la punta de la nariz.

—Yo soy Adela, la cocinera.

Mientras subía la montura de pasta de mis gafas con el dedo índice, miré maravillada a la dicharachera mujer que me tendía la mano con ademán solemne, a la espera de que yo se la estrechara. Contemplé sus dedos regordetes con los ojos muy abiertos. Por mi cara de sorpresa cualquiera diría que iba a estrechar la mano de una alienígena recién llegada del espacio. Al ver mi expresión la señora estalló de nuevo en carcajadas.

—¿Sabes, pequeña? Creo que tú y yo nos vamos a llevar muy bien. —Apreté la mano extendida frente a mí con gesto tímido. La cocinera visiblemente satisfecha, volvió a atender los fogones tras darme varias palmaditas en la cabeza.

Veinte minutos más tarde, la abuela entró en la cocina acompañada por mamá y por Sonia. Primero miró a Adela con ojos fríos y luego me observó a mí con irritación. Yo acababa de desayunar y estaba recogiendo la mesa con la intención de fregar el tazón que había utilizado para desayunar.

—Buenos días, cielo. —Mamá se acercó a mí para darme un beso en la mejilla.

—¿Se puede saber dónde te has metido toda la mañana, hermanita? —Sonia habló con voz cansada y preocupada—. Mamá y yo llevamos una hora buscándote. La próxima vez que quieras jugar al escondite avísanos primero, así nos ahorraremos la preocupación.

Para aliviar el mal humor de mi hermana, le lancé un besó imaginario con la mano. Sonia suspiró con resignación y fingió coger el beso en el aire para plantárselo en la cara. Con una sonrisa de felicidad en los labios, me abracé al cuello de mamá y le regalé otro sonoro beso en la mejilla. La abuela estaba a unos metros de nosotras, observándonos con pose rígida y distante; parecía molesta con nuestras muestras de afecto y preocupación.

—Niña, no has hecho la cama ni has guardado tu ropa en el armario. Creo que anoche fui bastante clara: os exigí a ti y a tu hermana que ordenarais vuestras respectivas habitaciones cada mañana, antes de salir de ellas. —Aunque hablaba en plural, incluyendo a Sonia, sus ojos no se apartaban de los míos.

En busca de seguridad, me apreté un poco más contra mamá, que movió su mano por mi espalda creyendo que así me tranquilizaría.

—Madre, no sea tan dura con Sara. Hoy es su primer día aquí, es normal que no tenga su habitación ordenada.

Miré a mamá con desconcierto; no me había gustado nada que se refiriera al cuartucho que la abuela me había asignado como a mi habitación. Mamá debió leerme el pensamiento, ya que enseguida se justificó.

—Cariño, he hablado con la señora de Clara sobre el tema de tu habitación... no le parece bien que compartamos el mismo cuarto, cuando la mansión es tan grande y tiene tanto espacio de

sobra. Está de acuerdo con la decisión que ha tomado tu abuela.

Adela y Sonia se miraron con pesar, mientras la abuela esbozaba una sonrisa triunfante, consciente de que mi familia ya no tenía otro lugar a donde ir, estábamos sin opciones, dependíamos de ella y haríamos lo que ordenara sin oponer resistencia. Acaricié la cara de mamá tratando de borrar la tristeza de su expresión. La pobre había hecho todo lo posible por cumplir su promesa, pero la dueña había hablado y su palabra era ley.

—¡Ya está bien de tantas zalamerías! ¡Vamos! Ordenarás tu habitación mientras tu madre y tu hermana desayunan —espetó la vieja antes de salir de la cocina, mirándome con esos ojos suyos de águila de rapiña. A las claras se veía que desaprobaba cualquier cosa que yo hacía—. ¡Vamos, niña! ¿A qué esperas? ¡Sígueme!

La voz de la abuela sonó por el pasillo con el mismo tono seco que se emplea para llamar a un perro. Tomé a Orejas con los nervios de punta y corrí tras ella con la tristeza reflejada en mis ojos húmedos.

—Guárdate tus lágrimas de cocodrilo, niña, conmigo no te van a funcionar. Será mejor que prestes atención al camino. No quiero tener que repetirme las cosas más de dos veces.

Esta vez observé bien la ruta que hicimos, memorizando algunos objetos para que me sirvieran de guía. Al llegar al espacioso salón precedido por los inmensos portones de roble, la abuela se dirigió a mi cuarto en silencio.

—Quiero que dejes tu habitación limpia como una patena —habló en susurros como si temiera despertar a alguien, igual que la noche anterior—. Recuerda, no quiero que hagas ruido y vigila a ese maldito animalejo.

Sin más se marchó dejándome sola.

Me dispuse a dejar el dormitorio reluciente con la estúpida ilusión de contentar a la abuela. Tarde o temprano, pensé animada, se encariñaría conmigo. Sacando fuerzas de flaqueza, busqué una bayeta en la rinconera que había junto al lavabo y quité el polvo de los muebles que *decoraban* mi dormitorio. Al terminar, vacié las mochilas sobre la cama recién hecha. Entre la ropa sobresalió el hermoso dossier de terciopelo azul de papá. Lo tomé con cuidado e inspiré su aroma; aún olía a él. Era mi más preciado tesoro. Gracias a la mudanza, lo había encontrado dentro de mi mochila rosa en el desván, allí donde mamá la había dejado poco después de que un enfermero del hospital se la entregara junto con las pertenencias de papá. Acaricié el terciopelo con las manos y procedí a guardar el dossier en el cajón de mi mesita de noche. Luego, retomé la limpieza, doblando algunos pantalones vaqueros y camisetas. Cuando abrí el armario empotrado para guardar la ropa, un fuerte olor a naftalina rancia invadió la habitación. Tuve un ataque de tos incontrolable. Orejas aprovechó mi indisposición para saltar dentro del ropero. Su nariz felina percibió en el aire algún extraño aroma que la guio hasta una de las esquinas del mueble. Como una posesa comenzó a escarbar. Una minúscula abertura se abrió ante las acometidas de la gata. Al verla me acerqué extrañada, apoyé la mano en la rugosa superficie y noté una corriente fantasmagórica que provenía de ninguna parte. Presioné la tabla con suavidad intrigada. Esta cedió y se abrió sin mayor esfuerzo. Un corredor largo y oscuro de menos de un metro de alto se ocultaba tras la trampilla. Hice el ademán de cerrarla, pero Orejas fue más rápida y se coló en el pasadizo perdiéndose entre las sombras. Asustada, introduje medio cuerpo en el hueco para encontrarla. Como no había ni rastro de ella, busqué entre mis cosas una linterna que usaba por las noches para leer, cuando mi madre me obligaba a apagar la luz. Con el pequeño aparato metálico encendido, me introduje a gatas en la estrecha galería, dispuesta a superar mi claustrofobia para

encontrar a Orejas.

La humedad del lugar se impregnó en mi ropa y en mi piel provocándome escalofríos. El corazón me retumbaba en los oídos y la sangre fluía desbocada por mis venas cuando llegué al final del hueco. Orejas me esperaba sentada delante de otra trampilla. Guiada por la necesidad de salir de aquel agujero, tiré de la portezuela. Esta se abrió hacia adentro. Al otro lado había un segundo armario del que colgaban abrigos masculinos. Me deslicé entre ellos hasta alcanzar la salida.

Una enorme biblioteca en penumbra me dio la bienvenida. Por unas pesadas cortinas de terciopelo verde se filtraba la tenue luz de la mañana. Descendí del guardarropa y caminé de puntillas, rodeada por inmensas estanterías plagadas de libros. Necesitaría más de una vida entera sólo para leer un tercio del material que estaba recopilado allí.

El lugar estaba decorado con sobriedad. Un bello mosaico multicolor adornaba el suelo, mientras que siete enormes chimeneas, revestidas con mármol blanco y verde, se alzaban en lugares estratégicos para caldear la sala durante los fríos días de invierno. Recorrí la dependencia con Orejas pegada a mis tobillos. Absorbí hasta el más mínimo detalle: los altos techos, los sofás individuales de cuero negro, las delicadas mesitas de cristal y las lámparas de diseños estrambóticos.

Al final del cuarto se hallaba un inmenso arco, que separaba la enorme biblioteca de otra dependencia mucho más oscura. Apoyada en la columna, donde reposaba la cimbra, inspeccioné la estancia poco iluminada. Cuatro pilares de madera salvaguardaban una cama desecha. Un destello plateado atrajo mi atención. Sobre la repisa de mármol de una chimenea idéntica a las que había en la biblioteca, descansaban unas réplicas en escala de aviones de combate. Justo enfrente había dos amplios sofás orejeros, separados por una mesita de vidrio. En el lado izquierdo del dormitorio, un desordenado escritorio a juego con la cama parecía sacado de otra época. Asustada a la par que intrigada, retomé la marcha; casi podría decir que mis pies caminaban solos.

Me detuve en el acto al oír un profundo ronquido. Tiesa como un palo, sin moverme, mi respiración se acompasó con otra mucho más pesada. Cerré los ojos y recé para que ese sonido no fuese más que el resoplar del viento o un producto de mi imaginación. Sin hacer caso a mis suplicas, el resuello rítmico y pausado continuó.

Sobrecogida, me percaté de un brazo que colgaba a un costado del sillón. Sólo podía ver la parte trasera del asiento revestido en cuero negro, así que decidí rodearlo ignorando todas las alarmas que saltaron en mi cabeza; odiaba no poder controlar mi naturaleza curiosa.

Un muchacho ebrio se removió en el sillón. Dormía en una postura complicada con la cabeza inclinada a un costado; parecía como si le pesara demasiado para ser sostenida por el cuello. Sobre su estómago reposaba la otra mano, que sujetaba una copa medio vacía. A sus pies había una botella de güisqui tirada, con poco más de tres gotas de alcohol.

La curiosidad quiso que me acercara para verlo mejor. En la penumbra me costaba distinguir sus rasgos. Avancé otro poco más, con osadía. Sus ojos eran almendrados; los pómulos, altos y elegantes; la boca, llena; la mandíbula, firme, con un pequeño hoyo en la barbilla que le confería un deje de arrogancia; y la nariz, recta y estrecha. Era un príncipe, un príncipe encantado. Sin poder contener mis deseos, como en un sueño, deslice un dedo por aquella nariz perfecta, casi sin rozarla, y descendí hasta los labios. La piel era suave y estaba caliente. El corazón comenzó a palpitar me con violencia en el pecho. Mis mejillas se encendieron y por un segundo tuve la

sensación de estar conectada con aquel desconocido que dormía en el sillón. En mi mente se formó una bruma espesa y palpitante. Un recuerdo olvidado estaba a punto de aflorar a la superficie. Yo lo conocía de...

Con un ronquido entrecortado, el desconocido cambió de postura, murmurando palabras ininteligibles. Sus ojos se entreabrieron mirándome con somnolencia. Asustada, di un paso hacia atrás. El muchacho volvió a cerrar los párpados y continuó durmiendo como si nada. No pude alejarme de allí. Estaba clavada en el suelo. Mis ojos se negaban a dejar de mirarlo. Yo... yo lo conocía. Estaba segura. La impresión que me causaba era tan familiar... Tan fuerte... Nunca me había pasado antes. Estaba a punto de recordar algo muy importante. Él era...

—¿Alejandro? —La voz de la abuela vino del otro lado de la puerta cerrada—. ¿Alejandro?

Unos golpes rápidos en la puerta me sacaron del trance. Al escuchar el sonido del pomo girando, me agazapé debajo del escritorio y me quedé muy quieta. Busqué a Orejas con la mirada mientras la sombra alargada de la abuela se extendía desde la entrada hasta el lugar donde reposaban mis pies. Por un segundo, creí que la vieja me había descubierto en mi improvisado escondite.

—¡Qué vamos a hacer contigo!

La abuela entró en la habitación caminando con mucho cuidado para no hacer ruido y se colocó junto al muchacho. Segundos antes yo había estado allí parada, en el mismo lugar en el que ahora se encontraba ella.

—Alejandro, despierta. Ya son más de las doce de la mañana —murmuró la abuela con una voz que casi no podía reconocer; era dulce y cantarina, nada que ver con el tono seco que utilizaba para dirigirse a mí. Pasó su mano con infinita ternura por la cabeza del chico y le apartó de la frente algunos mechones de cabello revuelto. Como una sombra más de la estancia, escondida debajo de la mesa, vi a la abuela abrir una pesada cortina de terciopelo.

—¡Vuelve a cerrarla! —vociferó una potente voz masculina cuando la luz invadió la estancia revelando mi presencia—. ¡Te he dicho mil veces que deseo estar solo! ¡No quiero que nadie me moleste!

La abuela obedeció la orden al instante, tirando con fuerza de la gruesa tela de la cortina. Las sombras acudieron de nuevo a mi rescate, dándome cobijo.

—Alejandro, tienes que desayunar, desde hace varios días no comes nada. Y, por favor, báñate, hueles a alcohol...

—Sí, sí, lo que tú digas.

La abuela le dedicó una mirada de reproche a Alejandro, antes de cruzar la estancia y detenerse cerca de él. De entre dos sillones sacó algo que no llegué a identificar en el momento. Al atisbar un destello acerado, me removí en mi sitio y estiré el cuello todo lo que pude para contemplar mejor lo que la vieja se traía entre manos. Sorprendida, vi como desplegaba con habilidad una silla de ruedas que colocó junto al muchacho.

—Conociendo a tu abuela, no le va a gustar mucho encontrarte en un estado tan lamentable. Venga, sé un buen chico y ve a ducharte.

La abuela se inclinó para ayudar al joven a colocarse encima de la silla. Luego, abrió una hermosa puerta cerca de la chimenea, que debía dar al baño. En ese preciso momento, Orejas atravesó la estancia como un rayo, dirigiéndose a lo que parecía ser una salida de escape.

—¡Una rata! —gritó histérica la abuela levantando un pie con el firme propósito de aplastar al

animal.

—¡No es una rata, es un gato! —gritó Alejandro deteniendo a la abuela en el acto—. No entiendo, ¿cómo puedes tener miedo de un animal tan pequeño?

—¡Qué más da! ¡Es un bicho asqueroso! Por mí, estaría mejor muerto. —Miró a Orejas enfadada—. Cuando vea a Sara se va a enterar. ¡Mira, que le he dicho que tenga cuidado con el maldito bicho! ¡Pero no...! Aparte de muda debe ser sorda.

Las feas palabras de la abuela se clavaron en mi alma como una estaca astillada de madera. Era horrible que me odiase tanto, sin darme una oportunidad para conocerme mejor.

—¿Quién es Sara?

—La menor de mis nietas. Una niña malcriada a la que voy a meter en cintura —escupió cada una de las palabras, mientras se agachaba y cogía a Orejas por el pescuezo—. Es muy lista. Tiene dominadas a su madre y a su hermana... y cree que va a conseguir lo mismo conmigo. Pero se equivoca...

Un nudo de angustia se formó en mi garganta; me sentía mal por las duras palabras de la abuela, pero me preocupaba más ver a la pobre Orejas lloriqueando para que la liberaran.

Reuní el poco valor que me quedaba y me dispuse a salir de mi escondite para salvar a Orejas. Alejandro habló, deteniéndome.

—Menuda pieza debe ser tu nieta. —El muchacho miró con preocupación a la gata, que estaba muy quieta, con la lengua fuera, medio asfixiada—. Creo que será mejor que me des el gato, antes de que lo ahogues.

La abuela le tendió a Orejas como si en verdad fuera una rata inmunda surgida de la alcantarilla. El pobre animal emitió un pequeño aullido de dolor cuando fue depositado en el regazo de Alejandro, quedándose muy quieto por el miedo.

—Haz lo que quieras con ese bicho. Pero, por el amor de Dios, dúchate. No quiero que tu abuela te vea así. Y, por cierto —la abuela vaciló antes de salir del dormitorio—, recuerda que hoy a las cuatro vendrá el fisioterapeuta para seguir con tu tratamiento.

Precipitadamente, cerró la puerta de golpe, sin darle tiempo de protestar al muchacho.

—Si quiere venir que venga. ¡No pienso recibirle! —gritó Alejandro para que la abuela le escuchara desde el salón.

Enfadado, soltó un montón de improperios en contra del masajista y de la ciencia. Luego, guio su silla de ruedas hasta el baño con Orejas encima de las piernas. Antes de entrar, se quedó parado en la jamba de la puerta, giró la cabeza y me ordenó con voz áspera:

—¡Sal de donde quiera que estés, mocosa! Sé que estás escondida en mi habitación.

Seguí oculta, temblando de pies a cabeza. Me había descubierto. No quería salir; me sentía como un conejo a punto de ser atrapado en su madriguera.

—¡No me gusta tener que repetir las cosas! Sal si no quieres que... Quizás deba llamar a Soledad. Estoy seguro de que tu abuela se alegrará mucho de encontrarte aquí. Está deseando ponerte las manos encima.

Me estremecí en el acto. Qué contenta se pondría la vieja bruja al saber que había incumplido sus órdenes. No quería ni imaginar cómo me castigaría. A gatas salí de debajo del escritorio. Alejandro había girado la silla de ruedas hacia mí y me contemplaba con los ojos empañados en resaca. Me evaluó con frialdad mirándome de arriba abajo. El escrutinio acabó rápido; estaba claro que no había nada en mí que despertara su interés.

—¿Así que tú eres Sara...? La nieta conflictiva de Soledad. —Asentí con timidez—. ¿Cómo has entrado en mi habitación?

Alejandro se aproximó hacia mí impulsando su silla de ruedas con las manos. Tenía sus enfadados ojos clavados en los míos.

—¿No me vas a contestar, mocosa?

Sin previo aviso, me embistió con la silla de ruedas obligándome a caminar de espaldas.

—Te he preguntado: ¿Có-mo has en-tra-do en mí ha-bi-ta-ción? —me volvió a repetir la pregunta poniendo especial énfasis en cada sílaba, como si yo fuese sorda o tonta, mientras avanzaba y avanzaba, obligándome a retroceder en pequeños pasos para no ser arrollada por la silla; me sentía acosada—. Te ha debido comer la lengua el gato, ¿verdad? —dijo achicando los ojos y alzando las cejas.

Dejó de investirme cerca del arco que separaba el dormitorio de la biblioteca. Con un ágil movimiento de manos, giró la silla, introduciéndose en la otra estancia; directo al ropero.

—Ya veo que has descubierto el pasadizo secreto. —Se giró un poco para mirarme ceñudo.

Tenía las pupilas más azules que había visto en mi vida. La sangre subió a mi rostro calentándome la piel y ruborizándome en el acto. Azorada, miré al suelo.

—Muy bien, pequeña lagartija. —Alejandro contempló el hueco por el que me había arrastrado hasta llegar a su dormitorio y se giró para mirarme con intensidad—. Quiero que me escuches con atención: esta es mi habitación, es mi dominio, nadie entra aquí sin que yo le invite. Júrame que nunca más utilizarás la trampa o... —Dudé un momento; no me gustaba prometer nada en vano—. Tal vez prefieras que le cuente esto a Soledad.

A toda prisa, hice una promesa falsa besándome el dedo pulgar y el índice. Tras mi espalda crucé dos dedos para retractarme de la obligación contraída.

—De ahora en adelante, olvida que estoy aquí. No quiero a una mocosa malcriada fastidiándome todo el tiempo. —Alejandro me tendió a orejas con gesto hosco y disgustado—. Toma, ya puedes marcharte.

Al agarrar al animal nuestros dedos se rozaron y sentí una intensa sacudida eléctrica. Me quedé desconcertada. Los párpados de Alejandro se entornaron. Sus hermosos ojos quedaron ocultos tras unas minúsculas ranuras de piel y pestañas, por las que fluyó una mirada sospechosa.

—¿Nos hemos visto antes?

Dubitativa, negué con la cabeza y con todo el cuerpo, todavía afectada por la sensación que me había sacudido hacía unos segundos.

—Lárgate o cambiaré de opinión y hablaré con Soledad.

Llena de ansiedad me dirigí al armario dispuesta a regresar a mi habitación, con Orejas apretujada contra mi pecho.

—Será mejor que salgas por la puerta principal, cerebritito. Pero antes de marcharte, cierra la trampa. En mi estado no creo que pueda hacerlo. —Sus palabras cargadas de ironía me mortificaron mientras cerraba la pesada trampa y el ropero—. Muy bien, gafotas, ya has acabado tu fantástica expedición de hoy. Ahora sal de aquí y no vuelvas nunca más.

El hechizo que me había apresado cuando conocí a Alejandro se esfumó. No era el príncipe azul de un cuento de hadas, era un sapo, un cretino, un chico muy odioso. Caminé por la biblioteca rumbo a la salida, tan erguida como pude, sin atreverme a mirar a Alejandro. Al llegar a la puerta del dormitorio principal, me giré y le saque la lengua. Era un gesto infantil, pero tenía que

recuperar algo de la dignidad que me había arrebatado. El joven, sorprendido por mi mueca, hizo girar las ruedas de la silla con sus poderosas manos y avanzó amenazante hacía mí.

—¡Pequeña lagartija del demonio! ¡Cómo te atrape te vas a enterar! —gritó con la cara desencajada y los músculos del cuello tensos.

Me asusté tanto que salí del cuarto cual alma que lleva el diablo. Detrás de mí escuché las carcajadas de Alejandro. El maldito estaba muerto de la risa debido a mi apresurada huida.

—Ya no eres tan valiente... ¿eh? —gritaba con diversión desde su habitación—. ¡Si vuelves a poner un pie en mi dormitorio, ya sabes lo que te espera!

Desorientada, fui a parar a la gran sala común en la que se encontraba la puerta de mi habitación. En realidad, acababa de salir por el hermoso pórtico labrado que la noche anterior la abuela me había prohibido atravesar. Corrí hasta mi cuarto. Entré y cerré la puerta de prisa. Respiraba con agitación debido al disgusto. La trampilla de mi armario seguía abierta. La atranqué tan rápido como pude. Jamás volvería a usarla. Había descubierto que al otro lado me esperaba un vecino amargado que no dudaría en acusarme ante la abuela.

Aunque había pasado una hora escasa desde que inicié mi accidentada aventura, me sentía muy cansada. Además, un incipiente dolor de cabeza martilleaba mis sienes. Me estiré sobre la cama cuan larga era sin preocuparme por la ropa que aún estaba amontonada encima, dejándome arrastrar por un profundo y reparador sueño.

—¡Eres una chiquilla malcriada y desobediente! —Los furiosos gritos de la abuela me despertaron.

La vieja estaba de pie, junto a mi cama revuelta y desordenada, contemplándolo todo con cara de perro y bufando como un toro a punto de embestir.

—Creí habértelo dicho alto y claro. ¡Y fíjate!, todo está hecho un desastre; los bártulos desparramados por el suelo y tú durmiendo plácidamente encima de tu propia ropa. —Recorrió todo el cuarto con la mirada—. Está visto que hoy no quieres almorzar, niña. No saldrás de la habitación, ni comerás nada, hasta que no esté todo limpio y ordenado.

Antes de abandonar la habitación, la abuela se percató de la presencia de Orejas, que la miraba asustada escondida debajo de una silla.

—Ya veo que has encontrado a ese bicho. —Me miró de arriba abajo, molesta—. En el futuro ten más cuidado. Hoy ha hecho algunos destrozos en una habitación. Si no lo vigilas mejor tendremos que echarlo de la casa.

Abandonó mi dormitorio dejándome confusa. Orejas no había roto nada en la habitación de Alejandro. ¿Por qué me habría mentido la abuela? Abracé a la gata contra mi pecho. La vieja bruja estaba buscando excusas para echarla. Ya me había separado de mi familia. No permitiría que también me apartara de Orejas.

Estuve largo rato sumergida en mis pensamientos. Proyecté en mi cabeza distintas situaciones en las que me enfrentaba a la abuela para salvar a Orejas de ser echada a la calle. Incluso me imaginé dónde viviría si me escapaba de la mansión con la gata. Pensé que mi madre y mi hermana se pondrían muy tristes y que quizás al ver la preocupación y el amor que ambas sentían por mí, la abuela se compadecería y cambiaría de actitud.

En mi delirante ilusión, inventé a una preocupada abuela que recorría las calles con desesperación, sintiéndose culpable por lo que me había obligado a hacer. Como en una dramática telenovela me encontraría medio muerta de hambre en alguna calle y, al verme, se daría cuenta de

que me quería y me abrazaría muy fuerte. Luego, volveríamos juntas a la mansión y nunca más me gritaría. Yo la querría por eso, y por salvarnos a mí y a Orejas de morir de hambre y congeladas en cualquier esquina de la ciudad. Aunque estábamos en el mes de julio y era más probable que muriera de un golpe de calor...

Un buen rato después, volví a la realidad sorbiéndome los mocos con una de las mangas de mi camiseta de algodón. Algunas lágrimas escaparon de mis ojos por la triste historia que acababa de inventarme.

Me levanté de un salto y comencé a ordenar mi cuarto. Doblé y guardé la ropa en el armario. Recogí mis mochilas y las metí en uno de los cajones. Por último, puse especial cuidado en hacer la cama. Ya casi había acabado cuando entró mi madre en el cuarto con las maletas que faltaban.

—¡Hola, cariño! —Dejó los dos pequeños bultos junto a la puerta y se sentó en la cama a mi lado, tendiéndome un bocadillo envuelto en papel de aluminio—. Adela te manda esto. Siento que la abuela sea tan severa contigo. Es una mujer de otra época... jamás ha salido del pueblo.

Desenvolví el bocadillo de pan con tomate y jamón dulce que me había preparado la cocinera y le di un mordisco.

—Este lugar es espantoso. —Mamá miró la fea habitación—. Te prometo que en cuanto bajemos al pueblo compraremos pintura para darle algo de color. Ya verás qué bonito va a quedar. Solo va a ser por un tiempo corto...

Mamá guardó silencio mientras yo daba buena cuenta del bocadillo. Ambas sabíamos que una simple capa de pintura no supondría mucha diferencia. En un rincón de mi ser una vocecita me susurró que estaríamos en la mansión mucho más tiempo del que deseábamos.

2

ALEGRES COLORES PARA UNA VIDA GRIS

LA blanquecina luz de la luna se filtraba por las ventanillas entreabiertas del coche. Mamá conducía en silencio, mientras Sonia se movía en el asiento del copiloto, peleando con las escurridizas ruedecillas del viejo aparato de radio para sintonizar su emisora favorita.

Miré al cielo estrellado y dejé volar mi imaginación, deseando ser cualquier otra persona, cosa o animal. Me vi convertida en un ave exótica que volaba por el cielo a un lugar cálido y hermoso, alejándome para siempre de aquella tierra hostil que estaba empezando a odiar tanto.

Al abrir los ojos la dura realidad me golpeó. A lo lejos, rodeada de tinieblas, la espectral sombra de la mansión se elevaba sobre el acantilado. En un instante, toda la paz que había reunido a lo largo del día —comprando pintura nueva para mi habitación, comiendo en un restaurante pintoresco y paseando por el pueblo junto a mamá y Sonia— se esfumó. No quería volver a aquel lugar donde yo era la presa, la mansión, el laberinto y la abuela, el perro de caza dispuesto a clavarme los dientes.

Como en una pesadilla que se hace realidad al despertar, la abuela nos esperaba asomada a una ventana de la cocina con los brazos en jarras. Mamá abrió el maletero del coche, tomó el cubo con diez kilos de pintura verde pastel y la bolsa llena con espátulas, brochas, rodillos y masilla, cerró el maletero con un golpe seco y se dirigió hacia la casa. Sonia y yo caminamos tras ella bajo la atenta mirada de la vieja.

—¿Dónde habéis estado? —inquirió la abuela, al abrirnos la puerta.

—Hemos ido al pueblo. Necesitábamos comprar algunas cosas para pintar la habitación de Sara.

—Qué manera más estúpida de gastar tiempo y dinero.

—La señora de Clara nos dio permiso —dijo Sonia para hacerla rabiar.

—Desde luego, porque tu madre fue a suplicarle sin decirme una sola palabra antes. —La abuela le dedicó a mamá una mirada fría.

—Yo-yo creí que, tal vez... —Mamá se movió incómoda.

—Deja de balbucear, Sofía —murmuró la abuela—. Esa manía tuya me pone de los nervios. Si tuvieras más carácter o al menos no te dejaras manipular con tanta facilidad, otro gallo cantaría. Hasta la llegada de tu hija, nadie se había quejado jamás de ese dormitorio.

—Claro, porque la gran mayoría murió dentro. —Sonia se cruzó de brazos para crear un escudo imaginario que la protegiera de la abuela.

—¡Insolente! —sin apartar la vista de Sonia, la abuela se dirigió a mamá—. Cómo sigas siendo tan blanda con tus hijas se te van a subir a las barbas. Primero te piden dinero para pintar una habitación y luego para ropa de marca y maquillaje. ¡No me extraña que te hayan arruinado!

—Madre, no empecemos otra vez.

—¿Se puede saber qué le pasa a esta niña? ¿Por qué me mira tan fijamente? Al parecer las compras que habéis hecho hoy en el pueblo la han dejado más tarada de lo habitual.

—No-no le hable a Sara de esa manera, madre —rogó mamá con voz insegura, sin atreverse a mirar a la abuela a los ojos.

—Lo que tu hija necesita es mano dura y no tantas pamplinas. —La boca de la vieja se tensó, formando una línea dura—. Pinturita nueva... ¿No la podrías tener más mimada?

Era evidente que aún seguía resentida conmigo. Mamá había pedido permiso a la señora de Clara para reformar mi dormitorio en contra de los deseos de la abuela. Por mi culpa su autoridad había quedado en entredicho frente al servicio; era una afrenta difícil de perdonar.

A la mañana siguiente me levanté muy temprano. No podía dormir debido a la ilusión; ese día mamá y yo pintaríamos mi habitación. ¡Estaba impaciente! Decidida a que el tiempo pasara rápido caminé de puntillas por un elegante corredor observando los cuadros que colgaban de las paredes. El sonido de unas voces lejanas atrajo mi atención. Con mucho cuidado me dirigí hasta la puerta de un saloncito de invitados y permanecí oculta. Dos jovencitas que se encargaban de las tareas menores los fines de semana estaban parlotando. Era curioso el contraste que había entre una y otra; mientras a una le quedaba el uniforme negro con mandil blanco como a un guante, a la otra las mallas le colgaban por encima y por debajo del apretado delantal dándole un aire desaliñado.

—Cada vez que veo a Alejandro me pongo a temblar como una hoja —comentaba la sirvienta bajita y rechoncha de pelo negro—. Es una lástima que esté inválido.

—Aun así... tiene un montón de pasta —dijo la segunda muchacha, más alta y delgada, que tenía el pelo rubio ceniza, muy parecido al mío—. Y cuando la vieja la diñe se convertirá en heredero universal.

Sentí aversión por las dos muchachas, sobre todo por la alta y delgada, que hablaba de una manera tan frívola de la muerte.

—No entiendo por qué Natalia lo abandonó.

—Shhh... ¡María! No pronuncies ese nombre, como te escuche la madame te pone de patitas en la calle —advirtió la sirvienta gordita, mirando a diestro y siniestro.

Al principio me costó averiguar quién era la famosa *madame* que todos los empleados mencionaban tanto. Pero, al percatarme de que ese mote jamás se utilizaba en presencia de mi abuela, llegué a la conclusión de que se referían a ella. ¡Hasta Adela lo utilizaba cuando la madame no escuchaba!

—Para mí el *señoritosigue* siendo un buen partido —afirmó la sirvienta larguirucha colocándole bien la cofia a su compañera.

—Sí, aunque es una lástima que la señorita Fornés lo dejara —respondió con pesar la empleada más gruesa—. Hacían tan buena pareja: él, tan alto y guapo; y ella, con esa melena pelirroja y ese tipazo.

—¡No seas idiota, Begoña! La tía está forrada. ¿Crees que cargaría voluntariamente con un hombre que quizás no puede cumplir ni en lo más elemental? —Una fuerte y cínica risotada surgió de los labios de María, la empleada más esbelta—. Puede que tú o yo aguantemos a un hombre cargado de pasta para que nos mantenga, pero esas señoritas de la alta sociedad no se lo piensan ni un segundo; cambian de novio como de kleenex, cuando uno ya no sirve se buscan otro.

—Qué cruel eres al decir eso. —La sirvienta gordita se retorció las manos con nerviosismo—. Yo aún creo que ella regresará algún día para pedirle perdón. Los dos estaban muy enamorados.

—¡No seas boba! No volverá con él, a menos que Alejandro se recupere, y te aseguro que para cuando eso suceda yo seré la dueña y señora de esta casa. —La joven flaca caminó por la sala como si todo lo que en ella había le perteneciera.

—No digas tonterías, María, por más que te esfuerces él nunca se fijará en ti; eres solo una sirvienta más. Puede que seas bonita y que tengas un cuerpo espectacular. Pero dime, ¿cómo vas a engatusarlo, si siempre está encerrado en su habitación? —La gordita rio bajito.

—Lo tengo todo planeado. Una de estas noches me pienso colar en su habitación. Ya sabes que Soledad tira por lo menos tres botellas de güisqui a la semana. —La muchacha más ancha levantó mucho las cejas—. No pongas esa cara de sorpresa. Para nadie es un secreto que al chico, durante el fin de semana, le gusta beber y mucho. —Sonrió con picardía María—. Así que me deslizaré en su cama para que pase lo que tenga que pasar.

—¿Y si no pasa nada? Tú misma lo has dicho antes, quizás cierto miembro le haya quedado inservible —habló la más menuda, tomándose toda la conversación a mofa.

—Sí, con eso también he contado. Elegiré una noche en que esté tan borracho que no se acuerde ni de su propio nombre. Me desnudaré y me meteré en su cama hasta que se despierte o hasta que entre Soledad con el desayuno y nos encuentre en una situación comprometida. Nunca va mal un testigo que reafirme mi historia. —La enjuta muchacha movió las manos dibujando un semicírculo en su abdomen—. Cuando tres meses más tarde me presente embarazada del hijo bastardo del señorito, las puertas de esta casa se abrirán para mí. Y si no es así, siempre puedo sacar una buena tajada por deshacerme del paquete. —Su estrepitosa risa me hizo temblar de pies a cabeza.

—¡María, estás chalada! —bromeó la joven rolliza, uniéndose a su amiga en la risotada.

Las frases de María se grabaron a fuego en mi mente, junto a su estridente carcajada, tan frívola y maliciosa. Me alejé por el pasillo resistiéndome a creer que una persona pudiera hacer cosas tan malas.

Sobre las cuatro de la tarde, mamá se presentó en mi cuarto cargada con las brochas y la pintura. Situamos la cama y la mesita en el centro de la habitación, cubriéndolas con un gran plástico transparente para que no se mancharan de pintura. No nos quedó mucho espacio para maniobrar, pero al menos los horrendos muebles estaban protegidos de las gotas que los pudieran salpicar. Unos golpes interrumpieron nuestro trabajo. Tomás, el alto y espigado marido de Adela, entró en el cuarto vestido con un peto tejano y una camisa vieja; era la primera vez que lo veía sin su uniforme de chofer.

—Perdonad la interrupción. Adela me ha comentado que vais a reformar la habitación de la pequeña y, como tengo la tarde libre..., tal vez, si no os importa, puedo echaros una mano.

—Había escuchado que hoy ibas a ir al cine con tu mujer.

—Lo hemos dejado para otro día. —La cara alargada y huesuda del hombre se contrajo en una

vergonzosa sonrisa, que le plagó el rostro de arrugas.

—Entonces, cuanto más, mejor.

El tímido chofer, feliz de sentirse útil, se colocó en la cabeza un pañuelo de bolsillo anudado por las puntas y cogió una brocha de pintura. Era curioso como dos personas tan diferentes como Adela y él habían acabado uniendo sus vidas y congeniando tan bien. La cocinera, tan alegre y espontánea, en poco se parecía a su esposo, que hablaba casi tan poco como yo. Debo reconocer que desde el primer día que conocí a Tomás, dos semanas atrás, su bondadosa mirada caló en mi alma y enseguida le tomé cariño.

Tomás había viajado mucho debido a su profesión de chofer, que le obligaba a seguir a su patrona por medio mundo. El anciano se enorgullecía de a sus sesenta y un años haber visitado París, Milán, Japón, Corea, Turquía, Canadá, Nueva York y un largo etcétera. Aunque cada vez estaba más cansado de tener que dejar su hogar para seguir a la señora de Clara en sus repentinos arrebatos aventureros. Adela, por su parte, presumía de tener un marido cosmopolita con unas manos de oro; porque Tomás, aparte de ser un hombre de mundo, sabía esculpir, labrar madera y pintar. Era un bohemio soñador, ¡cómo yo!

Durante buena parte de la tarde, los tres lijamos e igualamos las paredes. Hicimos un alto cuando Adela nos trajo la merienda. Los adultos se sentaron en la cama cubierta por plásticos y yo lo hice en el suelo. La cocinera nos contó en tono de broma los rumores que corrían entre la servidumbre, mientras nosotros devorábamos sus deliciosos bocadillos.

—¡Así es Gertru! —Adela se refería a la sirvienta más anciana y cotilla que trabajaba en la mansión desde hacía más de cuarenta años—. No deja de ver fantasmas donde no los hay. Os podéis creer que desde vuestra llegada, jura y perjura, que ha visto salir de esta casa varias veces a un fantasma que se pierde entre la arboleda del jardín. Yo le he dicho que chochea, naturalmente...

Escuchamos con diversión las entretenidas narraciones de Adela, que exageraba los tiempos y las pausas para dar mayor suspense a las “terroríficas” historias que corrían por la localidad sobre la mansión.

Después de la distendida merienda, Adela se despidió; tenía que marcharse para hacer la cena de los señores. Nosotros comenzamos a dar la primera capa de pintura. Trabajábamos en orden intentando ensuciar lo mínimo posible, hasta que mamá me manchó la nariz con la brocha llena de pintura. Yo le devolví el brochazo salpicando a su vez al pobre Tomás, que intentaba ser pulcro. El chofer se giró sorprendido, salpicándonos con gotas de pintura que salieron disparadas de su brocha. Entre risas y juegos, empezamos una guerra de pintura. Mamá y yo acabamos pringadas de verde hasta las cejas. Tomás, que era algo reticente al principio, al final se rindió y acabó tan sucio como nosotras.

—¡¿Qué escándalo es este?! —Nos sorprendió de repente la abuela abriendo la puerta de par en par—. ¿Se puede saber qué está pasando aquí?

—¡Madre! —La brocha llena de pintura de mamá cayó al suelo salpicando los zapatos impolutos de la abuela.

—¡Sabía yo que eso de pintar iba a traer problemas! —nos regañó la vieja mirándonos, sobre todo a mí, con la cara desencajada por el disgusto—. Cuando informe a la señora de esto, se va a arrepentir de no haber seguido mis consejos. Mirad lo que habéis hecho en vuestro afán de decorar el cuarto de *la niña*.

Estaba comenzando a aborrecer esa palabra: niña. La abuela siempre la utilizaba con

desprecio para referirse a mí. Jamás me llamaba por mi nombre.

Alejandro colocó su silla de ruedas justo detrás de la abuela en silencio y miró sorprendido todo el estropicio. Sonrió divertido.

—Madre, no le cuente nada a la señora. Cuando recojamos, la habitación quedará limpia como una patena —rogó mamá avanzando sumisa hacia la vieja que parecía un león a punto de atacar.

Esto apaciguó el semblante de la abuela; le encantaba utilizar su autoridad para poder dominarnos a su antojo, recordándonos que nuestra permanencia en la mansión dependía de ser obedientes y de acatar sus órdenes. Éramos simples títeres en sus manos, movidos por las cuerdas que ella tensaba.

Alejandro, que hasta el momento no había dicho nada, avanzó hacia nosotras con una sonrisa en la cara y en los ojos. Llevaba el pelo revuelto y el pijama aun puesto.

—Ya veremos... ya veremos... —La abuela se frotó las manos—. No me gusta mentir a la señora.

—No le contarás nada de esto a mi abuela, Soledad. —Alejandro miró a la vieja a los ojos. Yo me escondí detrás de mi madre y observé la cara de sorpresa que ponía la abuela al ver al muchacho. Hasta ese momento, no se había percatado de su presencia—. A mí, que estoy en la habitación de al lado, el alboroto no me ha molestado. No sé por qué debería disgustarte a ti.

—Sí, pe-pero han hecho un estropicio. —Era la primera vez que la *madame* no dominaba la situación. Se veía alterada y nerviosa, como un perro lastimero que reclamaba la aceptación de su amo.

—Nada que no se pueda recoger o limpiar. No hagas una montaña de un grano de arena —Alejandro volvió a dirigirse a la abuela, mirándome esta vez a mí—. Parece que por fin alguien se divierte en esta casa. Deja que se lo pasen bien.

Tras decir esto, con un vigoroso movimiento de sus fuertes brazos, giró la silla y se encaminó hasta su dormitorio.

—Es la primera vez que sale del cuarto por su propia voluntad desde que llegó del hospital —susurró Tomás para sí mismo. La abuela, que estaba tan perpleja como el viejo chofer, parpadeó pasmada varias veces contemplando la pintura verde que tenía en sus zapatos.

—Bu-bueno —dijo saliendo de su ensimismamiento—, ya que a Alejandro no parece importarle lo que ha ocurrido, haremos borrón y cuenta nueva. Terminad de pintar y recoged todo lo que hayáis ensuciado.

La abuela salió de la habitación todavía conmocionada por ver a Alejandro fuera de su cuarto. Mamá, Tomás y yo comenzamos a recoger los cacharros en el más absoluto silencio. Tardamos casi una hora en limpiar todo lo que habíamos ensuciado en tan solo unos pocos minutos de guerra plástica. Al acabar estábamos agotados; yo solo deseaba meterme en la cama y dormir diez horas seguidas. Sin embargo, era imposible; el olor a pintura en la habitación era insoportable y mi cama debía seguir cubierta con los plásticos para protegerla de las gotas que pudieran caer del techo. Además, tenía que ducharme y cenar...

Esa noche compartí cama con mamá en su habitación. La estrechez del colchón no me dejaba pegar ojo. Di varias vueltas para encontrar una postura cómoda, tratando de evitar despertar a mamá, que dormía a pierna suelta a mi lado con orejas sobre su estómago. A mi mente acudió el

rostro de María, la sirvienta mala. Casi podía escuchar su risa maléfica. Sin un ápice de sueño me levanté de la cama. El lado racional de mi mente me decía que la declaración de intenciones que había hecho la sirvienta no era más que una broma entre dos amigas. No obstante, intuía que detrás de aquella ridícula charla se escondía mucha verdad. Desde que había dejado de hablar mis otros sentidos se habían desarrollado más; podía leer en las caras y los gestos de las personas. Estaba convencida de que María no descansaría hasta realizar el plan atroz que había trazado.

Al recordar como Alejandro nos había defendido esa tarde, volví a convertirlo en el príncipe derrotado de mis cuentos de hadas y me autoimpuse la misión de protegerlo de la malvada y maquiavélica sirvienta María; sin que él lo supiera, desde luego. Bajo esa premisa, abandoné el cuarto de mamá y me interné a oscuras por los pasillos de la mansión, sobresaltándome cada vez que oía algún ruido extraño. Eran más de las dos y media de la madrugada, pensé, Alejandro ya estaría durmiendo como un angelito en el séptimo cielo.

Al llegar a mi habitación me tapé la nariz y la boca para evitar el fuerte olor a pintura. Por el ventanuco abierto se coló el alarido del viento, pegué un bote. A toda prisa cogí la diminuta linterna de lectura, que guardaba en el primer cajón de la mesita de noche, y comprobé que tuviera pilas. Me introduje en el pasadizo secreto y gateé todo lo rápido que me permitieron las piernas, hasta que topé con la otra trampilla. Abrí la puerta del guardarropa y me escurrí con sigilo hasta la mal iluminada biblioteca. El resplandor de la luna se filtraba por las rendijas de las pesadas cortinas de terciopelo. Caminé por el lugar guiada por el diminuto haz de luz que me proporcionaba la linterna y por la tenue claridad que provenía del dormitorio. Cuando atravesé el arco que separaba las dos estancias, me encontré con Alejandro dormido en el sofá. Sostenía una copa de güisqui en la mano. Al mirarlo, una infinita ternura me embargó. Me acerqué a él y le quité con sumo cuidado el vaso de entre los dedos para dejarlo en el suelo junto al sillón.

Sentada en la mullida alfombra le contemplé mientras dormía. Esta vez su sueño no era pacífico, se movía y balbuceaba respirando de forma entrecortada, como si sostuviera el peso del mundo sobre los hombros. Estuve un buen rato repantigada en el suelo observándolo, ensimismada, hasta que me senté en la silla frente a un montón de planos enrollados, hojas con dibujos de aviones esbozados en lápiz y varias pilas de libros de diseño gráfico. Esa mesa era un auténtico caos. Mis manos abrieron un cajón por el simple placer de curiosear. La mansión era un hervidero de chismes, a donde quiera que fuese había algo nuevo que escuchar, y yo estaba tan aburrida que espiar se había convertido para mí en una forma malsana de diversión; mi pequeño vicio particular. Por los pasillos, el boca a boca murmuraba muy bajito, casi en susurros, sobre una maldición familiar, una condena a muerte para todo aquel que tuviera la desgracia de llevar el apellido de Clara o emparentar con él. El abuelo de Alejandro había muerto prematuramente a los treinta y siete años, al ser herido por una bala perdida durante una cacería, y sus padres en el accidente de avioneta donde él se había salvado de milagro, quedando herido con severas lesiones en la columna vertebral. Varias generaciones de Clara habían muerto en extrañas circunstancias. La señora de Clara era la única inmune al maleficio. Se comentaba entre los empleados que, como apenas pisaba la mansión, había conseguido salir indemne hasta la fecha. Cada quien tenía su opinión sobre aquel tema en particular, en lo único que todo el mundo concordaba era en que Alejandro estaba tirando su futuro por la borda para abrazarse a la botella; era como si quisiera castigarse por la muerte prematura de sus padres, rechazando incluso la posibilidad de volver a caminar algún día. Ya nada quedaba del estudiante precoz que había iniciado la carrera de ingeniería aeronáutica con tan solo diecisiete años, obteniendo notas

excelentes, dignas de una mención honorífica. Acaricié los trazos en lápiz de varios croquis dibujados por Alejandro, deseando que la esperanza volviera a iluminarlo para que recuperara las ganas de vivir y volviera a retomar sus estudios universitarios.

Al remover algunos papeles, un pequeño y grueso libro de cuero envejecido atrajo mi atención. Lo sostuve en mis manos, preguntándome si estaría bien que leyera lo que parecía un diario personal. Me debatí en la duda unos segundos más, hasta que me venció la curiosidad. Al abrir el libro por la primera página, descubrí unos preciosos y alegres trazos infantiles.

Este diario pertenece a Karen de Clara. En caso de pérdida entréguese a padre. Por ningún motivo debe ser leído. Esto lo digo sobre todo por usted, madre.

Karen.

¿Qué hacía Alejandro con el diario de otra persona? De la primera página cayeron unas delicadas agujas de pelo con margaritas secas encerradas en una perla de cristal. Las recogí con cuidado y las deposité en la superficie del escritorio. Volví de nuevo la atención al libro y me quedé estupefacta al ver la fecha escrita en la segunda página.

Sábado, 2 de junio de 1906

Querido diario:

Hoy he cumplido doce años. Padre me ha regalado siete preciosos diarios envueltos en un fino papel estampado. La pluma y la tinta que estoy usando han sido un regalo de César, el administrador de padre. Todo es precioso.

Bueno, empezaré contando un poco sobre la fiesta que ha preparado madre. Como siempre han sido invitadas las celebridades más importantes del país, con sus respectivas familias. Naturalmente, han asistido casi todas las chicas del internado. A fin de cuentas, ¿quién podría resistirse a acudir a una de las sensacionales fiestas de la familia de Clara?

Mi parte favorita de la velada ha sido cuando les he mostrado la mansión a mis compañeras del internado. He disfrutado en particular con la expresión envidiosa de Claudia. Estúpida niña malcriada. ¡La detesto! Su padre la ha consentido demasiado y es insoportable. Sólo habla de los viajes que ha hecho y de todas las propiedades que su familia tiene repartidas por el mundo. ¡Como su padre es un Conde...!

En el colegio es mucho peor. Nos mira a todas por encima del hombro, siempre intentando llamar la atención de las hermanas, que la tratan con una especial predilección. ¿Por qué las monjas no se dan cuenta de lo mala que es? Lo que más detesto de su carácter es su afán de humillar a los demás. Le gusta burlarse con sus estúpidas amigas de las chicas más débiles o con menos recursos. Incluso hoy, el día de mi cumpleaños, se ha presentado con un vestido llamativo y carísimo, de la última colección de París, sólo para poder eclipsarme ante el resto. No quería invitarla pero padre insistió mucho; la familia de la Cruz, me guste o no, es muy influyente. Hasta ahora he logrado soportar a Claudia con mi más amplia y luminosa sonrisa, tal y como madre me ha enseñado a comportarme en este tipo de eventos, pero temo que si llega a encontrarse con Abel, mi mejor amigo, lo insulte o se ría de él. Como se atreva pienso tirarle del pelo y arrancarle unos cuantos mechones.

...

A mitad de la fiesta Karen se escabulló por la puerta que conducía al jardín con un trozo de pastel para Abel. El muchacho recibió el dulce con una sonrisa y lo devoró en un santiamén, sin terciar palabra. Era muy tímido y callado.

—Esto es para ti. —Abel sacó un pequeño y ajado ramo de margaritas de un bolsillo de su gastado peto tejano—. No es gran cosa, pero...

Karen lo silenció colocando un dedo en sus labios. Después de recibir joyas, ropa cara y un sinfín de muñecas de porcelana, el regalo que más le había gustado a la niña era aquel sencillo ramo de margaritas hecho por Abel, su dulce y tierno Abel. Karen rozó con la punta de los dedos algunos pétalos de las delicadas flores que sostenían las manos curtidas del muchacho, pensando en la forma de conservar aquel regalo durante toda su vida. Le pediría a César que buscara alguna manera. Tal vez, si las secaban podrían hacer algún cuadro o...

—Si no te gusta puedo hacerte otro regalo —comentó Abel al ver a su amiga tan pensativa, limpiándose la cara con una de las sucias mangas de la camisa.

Karen negó con la cabeza, arrebatándole de un tirón el ramillete a su amigo. Embelesada, olisqueó las flores y suspiró de placer.

—¡Nos vemos mañana donde se encierra la pesca y al nadar refresca! —Abel se despidió con una adivinanza para hacer sonreír a su amiga.

Karen caminó hacia la fiesta, buscó los diarios, la pluma y la tinta. A continuación tomó asiento en una de las mesas con un pedazo de pastel. Comió un par de bocados y dejó el plato sobre una silla. Las manos infantiles desataron las cintas de seda que hacían las veces de cierre en el primer diario y continuó escribiendo.

...

Voy a dejar secar las flores y buscaré una forma que me permita conservarlas para siempre. No creo que haya nadie en el mundo más feliz que yo. Deseo que llegue mañana por la tarde para ir al lago a pescar con Abel; nuestro lugar donde se encierra la pesca y al nadar refresca. Esta vez el acertijo no ha sido muy complicado. Se lo prometí hace algunos días. Casi no he podido verle con los preparativos de mi cumpleaños. Estoy cansadísima, ojalá que esta fiesta no dure mucho más.

Karen.

Sostuve el diario entre mis manos con una sonrisa soñadora; qué suerte tenía esa tal Karen de poseer un amigo como Abel. Luego, tomé las agujas para el pelo de encima de la mesa y contemplé las margaritas secas con melancolía. Coloqué las agujas con cuidado en su lugar y continué leyendo esas líneas escritas tanto tiempo atrás.

Domingo, 3 de junio de 1906

Querido diario:

He pasado la mañana realizando las aburridas tareas de la escuela. Al terminar padre ha insistido en que tocara dos horas el tedioso piano, con mi profesora particular; las clases son tan soporíferas que he estado a punto de dormirme encima del teclado. La mañana ha sido larga y aburrida. Como siempre que tengo algo divertido que hacer, el tiempo parece oponerse extendiendo sus minutos y segundos para que nunca llegue el esperado momento. Después de comer en mi cuarto, hacia las cuatro de la tarde, he salido a escondidas de mi habitación. Al

llegar junto al inmenso tronco del sauce que descansa cerca del lago y no encontrar a Abel, me he asustado mucho. Él jamás falta a una cita.

...

Karen miró por todos lados, sin verlo. El muy gañán de Abel, había trepado a un árbol y esperaba el momento adecuado para saltar al suelo y darle un susto de muerte a su amiga.

—¡Te pillé! —gritó Abel.

Karen se llevó la mano al corazón, al borde del infarto.

—¡Odio que hagas eso! ¡Cómo vuelvas a asustarme te voy a despellejar! —chilló Karen como una loca, roja de ira.

—¡Venga, Karen, sólo ha sido una bromita!

Karen le sacó la lengua, se cruzó de brazos y le dio la espalda a Abel.

—No te enfades... —rogó Abel— Te prometo que no volveré a asustarte nunca más.

—¿Me lo prometes de verdad?

Abel se escupió en la mano y se la tendió a Karen.

—Trato hecho. —Karen repitió el gesto y apretó la mano de Abel.

La niña sabía que podía confiar en él. Su amigo siempre decía que los pobres también tenían palabra de honor y cumplían sus promesas. Era una frase que había aprendido de su difunto padre y que siempre repetía cuando alguien trataba de rebajarlo por ser el hijo de una humilde lavandera.

—En cualquier caso —dijo Karen señalando a Abel con el dedo índice, igual que hacía su madre con su padre, cuando llegaba tarde a casa oliendo a bebida y colonia barata—, recuerda que un caballero jamás trataría así a una dama.

—¡De acuerdo, de acuerdo! Mensaje captado, mi capitán. Te pido perdón. Cualquiera te lleva la contraria; eres peor que la Santa Inquisición.

Sin darle tiempo a replicar, Abel tomó la mano de Karen y la llevó casi a rastras hasta su coto habitual de pesca. Era su peculiar forma de pedir perdón; siempre que hacía algo que alteraba o enfadaba a su amiga se esforzaba en complacerla, aunque pocas veces utilizaba palabras para expresar su arrepentimiento.

...

Fingiendo que todavía estaba resentida, me he sentado junto a Abel y he cogido una de las cañas de pescar que hicimos juntos. Trabajamos en ellas un día entero. Está hecha con caña, hilo invisible, sustraído con habilidad del costurero de madre, y un montón de gusanos que rebuscamos por el jardín.

Después de casi una hora de aburrirnos como ostras, sin pescar nada, le he contado a Abel las cosas divertidas que sucedieron ayer en mi fiesta. Él como de costumbre me ha escuchado con atención, casi sin mediar palabra, riéndose de algunas situaciones graciosas que se dieron. Yo no tuve la culpa de que Claudia se manchara por «accidente» su hermoso vestido parisino con el trozo de pastel que dejé olvidado en la silla que ocupaba. ¡Qué desafortunado incidente! ¡Cuánto sentí que Claudia tuviera que abandonar mi fiesta! Sí, sí, me puse triste... tanto que madre, realmente pensó que la engreída de Claudia me caía bien.

Mi continua charla ha debido espantar a los pocos peces que había. No ha picado ni uno en todo el día. Al final nos aburríamos tanto que nos hemos tirado de cabeza al agua; ha sido divertido, hemos chapoteado durante un par de horas mientras el sol se iba apagando poco a

poco. Después nos hemos tirado en la hierba para aprovechar los últimos rayos, esperando que se secase nuestra ropa para poder volver a casa; si madre me hubiese visto en esas pintas, mojada y arrugada hasta decir basta, se habría desvanecido en el acto.

De camino a la mansión, nos hemos parado en un manzano cercano para coger algo de fruta. Teníamos un hambre atroz. Con la ayuda de Abel, que me ha sostenido por las piernas, he cogido un par de apetitosas manzanas, que nos hemos zampado en un pispás. Mientras, Abel me ha contado cómo le han ido las notas en el colegio; como siempre ha sacado excelentes. Aunque su madre no tiene mucho dinero, Abel estudia muy duro para ser un hombre de provecho el día de mañana. Padre tiene una muy buena opinión de él. Tanto es así que le ayuda pagándole la escuela y los libros; siempre dice que algún día y con los contactos adecuados Abel llegará lejos. Madre en cambio se ríe, según ella, de las estupideces que dice padre. Le recuerda que es un muerto de hambre, sin futuro, sin oficio y sin un sólo real en el bolsillo igual que su madre.

A mí me da igual lo que opinen los demás. Para mí Abel es perfecto tal y como es. Nunca he conocido a nadie que pueda memorizar un libro más deprisa que él. Tiene una memoria privilegiada que le permite recordar todo lo que lee de un simple vistazo. Es un año mayor que yo, pero siempre hemos estado juntos, correteando por los jardines de la mansión. Somos casi como hermanos. Estoy agotada. Me voy a dormir. Mañana te cuento más.

Karen.

Leí con voracidad las siguientes quince páginas. En ellas Karen explicaba su duro día a día. La madre de la joven era tan tirana como la abuela; siempre le exigía más y más, sin valorar los esfuerzos que hacía su hija por agradarle. Sentí como un hilo invisible se extendía a través del tiempo y del espacio conectándome con esa pobre niña, que aun cubierta de oropeles, se sentía sola.

El padre de la pobre niña se pasaba la mayor parte del tiempo viajando por Europa a la caza de inversiones rentables que incrementaran su patrimonio. Las largas ausencias de éste siempre eran recompensadas con regalos caros, comprados en las mejores tiendas del extranjero. En las pocas hojas que había leído, su padre había tenido que marcharse dos veces para cerrar algún contrato, dejando a Karen triste y melancólica, deseosa de que regresara para echarse en sus brazos. Esos días de partida se reflejaban en su caligrafía. La ciudadana y bella letra infantil, de trazos vigorosos, se convertía entonces en borrosos y deformes grafemas apelotonados sin seguir márgenes ni pautas ortográficas.

Las páginas que trataban sobre la marcha de su padre eran muy difíciles de leer. En varias ocasiones tuve que descifrar algunos párrafos enteros, para llegar a comprender qué había escrito en ellos. Eran frases sueltas de dolor o de ira. Las palabras parecían manchurriones de tinta que se mezclaban con lágrimas de pena. Los sentimientos de aquella solitaria chica me hicieron llorar por mi propio padre, al que nunca más volvería a abrazar. Jamás contemplaría otra vez su cara risueña ni sus cejas levantándose a lo Groucho Marx, por haber desobedecido a mamá, comprando a escondidas una bolsa de golosinas. La dura verdad me golpeó en ese instante. Todo el año anterior había vivido en una burbuja alejada de la realidad, creyendo que papá no estaba muerto y que en cualquier momento volvería a verlo. Dos lágrimas resbalaron por mis mejillas y se entremezclaron con las vertidas por Karen, hacía más de un siglo. Ambas, unidas en el dolor y en la tristeza del abandono. Distintas situaciones, pero un mismo sentimiento.

Al cerrar el diario, tres fotografías resbalaron de entre las páginas. Frunciendo el ceño, dejé

el libro sobre el escritorio y cogí con cuidado las fotos que estaban sujetas por una cinta de raso negra; la textura era más basta y gruesa que las que se realizan hoy en día. Observé la primera de las tres imágenes, en color sepia. En ella se mostraba a una hermosa niña de claros cabellos, con un enorme lazo en la cabeza. Estaba sentada en una silla labrada de madera, ataviada con un bonito vestido de organza blanco, con alegres y diminutos volantes. Desatando el lazo, giré la foto para leer en la parte posterior unas líneas escritas con una caligrafía que no reconocía, junto a la fecha y la firma del autor.

Domingo, 2 de junio de 1901

Karen de Clara, el día de su séptimo cumpleaños. Fotografía tomada por Joan Andreu Montaner.

La segunda instantánea, en blanco y negro, se había realizado en el exterior, algunos años después, cerca de una fuente situada en la entrada principal de la mansión. En ella, se veía a Karen mucho mayor, vestida con un traje de oscuros colores, cubierto con una blanca e immaculada bata de algodón. La prenda se parecía a un vestido veraniego sin mangas. El cuerpo del guardapolvo se apretaba hasta debajo del pecho, donde comenzaba una amplia y vaporosa falda.

En el retrato, Karen estaba de pie entre un elegante hombre mayor y una mujer lozana. La señora llevaba una larga falda terminada en una graciosa cola, que arrastraba un palmo por el suelo. Completaba su atuendo una impoluta blusa blanca con mangas de farol. Estaba desprovista de joyas, el único adorno que llevaba era un camafeo tallado en ónice, que colgaba del cuello alto de la camisa.

Un escalofrío me recorrió entera al contemplar la pose rígida y seria de las tres figuras retratadas por la cámara. Eran ecos del pasado que gritaban lo infelices y desgraciados que habían sido esas personas. Sus rostros de amplias y tensas sonrisas, en principio felices, se contradecían con sus miradas, que reflejaban otra realidad llena de amargura y soledad. Volví la instantánea para leer el dorso. En él aparecía una breve explicación de la escena, la fecha y la firma del fotógrafo.

Sábado, 2 de junio de 1906

Posan junto a su hija: don Ernesto y doña Aurora de Clara, en el duodécimo cumpleaños de Karen de Clara. Fotografía tomada por Joan Andreu Montaner.

Tomé la última fotografía, mirando asombrada la estampa, que contrariamente a las dos anteriores, era mucho más natural. Aparecía la imagen de una muchacha perseguida de cerca por un joven moreno, alto y fuerte. Contemplé las grandes manos del chico que estaban a punto de atrapar la cintura de la joven. Era una foto rara. Como si hubiera sido tomada por accidente cuando la pareja estaba jugando al pillapilla. Giré la foto con premura, para saber quiénes eran los dos jóvenes de la instantánea.

Viernes, 2 de junio de 1911

Aparecen: Karen de Clara, en su decimoséptimo cumpleaños, junto a su fiel amigo Abel. La

fotografía fue tomada por el distinguido Joan Andreu Montaner. (Aunque él jamás lo reconocerá. La considera una mancha en su carrera).

Reconocí la letra de Karen en el acto. Esta foto era distinta de las demás. No sólo por la composición, que se alejaba de las figuras ordenadas y tensas, sino porque a las claras se dilucidaba estaban posando. Además, era la primera vez que la propia Karen describía la situación y ponía la fecha con sus bellas y grandes letras. Lo más curioso de todo era que el autor no había estampado su firma en ningún lugar como había hecho en las dos fotografías anteriores.

Estudí de nuevo el retrato con más interés que la primera vez. El cuerpo de ambos adolescentes estaba un poco borroso y difuminado, debido al movimiento. Por detrás de ellos permanecía quieto un gigantesco sauce.

Acerqué mucho mis ojos al papel, casi tocándolo con la punta de la nariz, para comprobar si podía ver mejor las caras de los jóvenes. El primer impacto visual me dejó sorprendida al ver medio rostro de Abel. Sus rasgos eran muy parecidos a los de Alejandro, pero lo que más me asombró fue la imagen de Karen. Era igual a mi hermana Sonia. Seguí con el dedo el perfil de la cara de la muchacha, tan parecido al de mi propia hermana. Una extraña excitación se anidó en mi estómago. Mi romántica imaginación desplegó sus alas y me quedé embelesada mirando el infinito, soñando y entrelazando el destino de mi hermana con el de Alejandro. De repente, me sentía *la guardiana de un secreto* muy importante.

Mi mente me decía que era una estupidez pensar que Karen y Sonia tenían algún tipo de vínculo que las unía en el tiempo, pero mi delirante corazón palpitaba susurrándome que detrás de toda aquella casualidad había un gran misterio. Prefería imaginar que todas nuestras desgracias se debían al destino, que enredaba sus hilos, tejiendo una tela de araña que debería ser desenmarañada por mí.

En el fondo deseé que ese diario fuera el preludio de algo mayor. Una sensación mística, creada con total seguridad por mi fantasía delirante, me decía que si continuaba leyendo ese diario cambiaría mi vida y la de cuantos me rodeaban para siempre. Suspiré con melancolía y cerré los ojos mientras apretaba el diario contra mi pecho palpitante.

Volví a la realidad al escuchar el discreto tintineo del reloj de cuco que colgaba en la pared. Ya eran las siete de la mañana y aunque hacía varias horas que el astro rey estaba en lo alto, la habitación seguía en penumbra. Por entre las rendijas de las cortinas penetraban los rayos solares que se proyectaban en el suelo, indicándome que un nuevo día había comenzado. Alejandro aún dormía en una incómoda postura, con el tronco apoyado en un brazo del sofá y con las piernas colgando inertes y flácidas en el suelo; parecía un muñeco roto.

Me puse en pie con cuidado, sin hacer ruido. María no había venido esa noche. Supuse que elegiría otro momento para seducir a Alejandro. Me dirigí de puntillas a la biblioteca, introduciéndome en el armario sin hacer el más mínimo ruido. Después de cerrar la trampa, gateé por el conducto hasta mi habitación, satisfecha de mi misma.

La espalda me dolía horrores. Todas mis terminaciones nerviosas estaban tensas y contraídas debido a no haber dormido en un colchón. Bostecé varias veces, muerta de sueño. Al restregarme las manos por los ojos me percaté de que estaban tiznadas de negro debido al mugriento y mal oliente hueco. ¡Estaba sucia de pies a cabeza! Esperaba que mamá no se hubiera despertado todavía, así me ahorraría algunas explicaciones y podría ducharme. Sonreí, levantando los hombros con gesto de indiferencia y pensé: «¡Todo sea por una buena causa! ¡Ya me echaré una

siesta más tarde!»

El lunes por la tarde, por fin, mi habitación dejó de oler a pintura. Me quedé boquiabierta al entrar en el cuarto; todo estaba diferente. Tomás había solicitado permiso a la Señora de Clara, sin que yo me enterara, para cambiar los feos muebles de mi dormitorio por otros en mejor estado, almacenados en el desván. Aunque la habitación continuaba siendo un lugar pequeño, la nueva decoración llena de alegres colores aportaba claridad. El hermoso verde pastel que mamá había elegido para las paredes combinaba a la perfección con las cortinas nuevas que colgaban a los lados del ventanuco.

—Esta cama a visto crecer a varias generaciones de niñas de la familia de Clara —me contó Tomás—. Tal vez, es muy grande para esta habitación y te quita demasiado espacio, pero sus molduras son tan preciosas que debería considerarse un delito tener una obra de arte así acumulando polvo en el trastero.

Esa noche, suspiré de placer al deslizarme entre las suaves sábanas de mi cama de cuento de hadas, hundiéndome en el mullido colchón de plumas; por fin estaba a gusto. Mamá me dio las buenas noches con un beso en la frente, sonriendo al ver mi cómica pantomima. Después de arrojarme, apagó la luz y salió del cuarto dejándome sola.

Escuché el hipnótico tictac del reloj del salón con atención. El diario de Karen cruzó por mi mente. Mis dedos sintieron la textura de la tapa de piel y enseguida anhelé que llegara el próximo viernes. El relevo del fin de semana, o sea María y Begoña, las sirvientas malas, comenzaría su jornada laboral el viernes a las cinco de la tarde y pernoctaría en la mansión tres noches seguidas hasta el lunes a las nueve de la mañana. Por este motivo, y por ninguno más, cada fin de semana haría guardia en el dormitorio de Alejandro. La fastidiosa voz de mi subconsciente me gritaba que esa no era la única razón por la cual deseaba que llegara el fin de semana; «sabes que tienes ganas de leer lo que no debes, y eso está mal, muy mal...»

La semana transcurrió de forma lenta y aburrida. El viernes por la mañana me dirigí a la cocina para desayunar de un humor excelente. Adela me advirtió que ese día la *madame* estaba que echaba humo, ladrando órdenes a diestro y siniestro, y que era mejor que la evitara. Desde que Alejandro la había regañado la semana pasada por el tema de la guerra de pintura su mal temperamento no había hecho más que empeorar. A sus ojos toda la culpa de lo sucedido era mía y estaba esperando cualquier error por mi parte para desfogar su ira; de momento, no le había dado motivos y eso la irritaba aún más. Para nadie en la casa era un secreto que la abuela disfrutaba convirtiéndome en el blanco perfecto de sus burlas y humillaciones. Gracias a Dios, la mansión era un lugar enorme y podía esconderme en cualquier parte.

Durante buena parte del día me dediqué a recorrer las hermosas habitaciones del caserón, imaginándome que era una pobre princesa arrebatada de los brazos de sus padres por una bruja malvada, *mi abuela*. A media tarde, cansada de tanto caminar cargando con Orejas todo el rato, me introduje en una gran alcoba de amplios ventanales, similares a los decorados que había visto en una obra de teatro llamada *Romeo y Julieta*. Sentada en el alféizar de la ventana, cerré los ojos y me imaginé que era la sufrida heroína de la historia, que esperaba la llegada de un amante prohibido. Como la representación merecía un vestuario más acorde con la época, decidí rebuscar en uno de los baúles que había al pie de la enorme cama. Saqué una amplia falda, algo ajada, y me la puse a modo de vestido. Di vueltas por la habitación, hasta marearme, sumergida en una

realidad que sólo estaba en mi fantasía. Dejé de ser Sara para convertirme en una Julieta que bailaba con desenfreno en una fabulosa fiesta de disfraces, con un joven desconocido muy parecido a Alejandro.

Representando mi visión particular del relato, me tendí junto al difunto cuerpo de mi único y verdadero amor, esperando que me llevara la fría muerte. Ya que el final de la historia no me gustaba mucho decidí cambiarlo. Justo cuando estaba levantando con dramatismo el inexistente puñal para clavármelo en el corazón, Romeo se despertó de su letargo impidiéndome que cometiera el terrible acto. Entonces, tomé a Orejas que estaba durmiendo a mi lado y la levanté en brazos para besarla en la mejilla, simulando que era un Romeo peludo y bigotudo, a quien había salvado de la muerte y con quien viviría feliz por siempre jamás. El animal ronroneó. Sonreí como una tonta tendida en la cama, mirando el techo de la solitaria habitación. La realidad me envolvió de nuevo cuando me percaté con gran sorpresa que ya era de noche. Tanto me había sumergido en mi mundo imaginario, que las horas habían pasado sin darme apenas cuenta.

Me incorporé y encendí las luces para ordenar el caos que había organizado en mi teatro particular. Hice la cama, metí la falda bien doblada en el baúl y recogí algunos objetos que había utilizado en la inesperada representación. Al acabar, apagué las luces y me dirigí con Orejas hacia la cocina. Infundiéndome valor, apretujé a la pobre gata contra el pecho, mientras atravesaba los corredores mal iluminados de la mansión. En más de una ocasión tuve la sensación de ser observada por las personas retratadas en los cuadros de la pared, incluso juraría haber visto como se giraba una cabeza siguiéndome con la mirada; tal vez Gertru tenía razón y había fantasmas en la casa. Aceleré el paso muerta de miedo.

Al llegar a la cocina, la cena me esperaba puesta en la mesa. Mamá se enfadó mucho debido a mi falta de consideración, por mi culpa había perdido media tarde buscándome por la casa, y me hizo prometerle que no desaparecería otra vez sin contarle antes dónde iba. Me castigó sin postre durante una semana entera. ¡Una semana entera! ¡Qué injusto! Enfurruñada, me crucé de brazos y me puse de morros intentando que menguara la condena. La abuela apareció poco después, con cara avinagrada se dirigió hacia mí y sin mediar palabra me dio una tremenda bofetada. ¡Paf! Chocó la palma de su mano contra la fina piel de mi mejilla, irritándola en el acto.

—¡Esto es para que aprendas a ser obediente y no te marches sin decir nada! —Pasmada, me llevé las manos a la mejilla enrojecida. Era injusto que la abuela me pegara. Yo sólo había faltado unas pocas horas, mientras que mi hermana Sonia se iba todo el día por ahí y nadie le decía nada.

—¡¿Qué hace, madre?! —intervino mamá, en mi defensa—. ¡Se ha vuelto loca! No pienso permitir que vuelva a levantar la mano a una de mis hijas. —Mamá se encaró con la vieja arpía, mirándola a los ojos—. Yo soy su madre y decido cómo y cuándo deben ser castigadas.

—Así de buena es la educación que les has dado. La mayor anda perdida todo el día, sabrá Dios haciendo qué, mientras *la niña* se pasa todo el tiempo vagueando e introduciéndose a hurtadillas en las habitaciones de la mansión. —Me miró con una sonrisa feroz—. Te creías que no me iba a enterar de tus andanzas por la casa, niña. Quiero que comprendas de una buena vez que aquí no se mueve nada sin que yo me entere. —Retrocedí asustada temiendo que me volviese a pegar—. No te atreverás a negarlo ¿verdad? María, una de las sirvientas, te ha visto salir hace un rato de uno de los dormitorios de la segunda planta.

Yo estaba atónita y asustada. Adela salió en mi defensa, cortándole el paso a la abuela.

—Soledad, no hace falta pegar a la pequeña. Estoy segura de que *Sara* —remarcó mucho mi nombre— no estaba haciendo nada malo, ¿verdad, linda?

Yo asentí varias veces, deseando haberme quedado en mi habitación en lugar de ir a inspeccionar la mansión.

—Debe comprender, madre, que Sara solo tiene doce años, es todavía una niña con ganas de jugar y es normal que quiera distraerse. Además es verano y no tiene nada que hacer, ni siquiera le permite utilizar la piscina para divertirse —soltó mamá algo alterada.

—La piscina es para uso exclusivo de los señores. Y no para que chapotee una mocosa malcriada —carraspeó la abuela en tono serio—. Bueno, como sea, no quiero volver a escuchar que tu hija se ha colado en uno de los dormitorios sin pedirme permiso. Ahora será mejor que cenemos y olvidemos este desagradable episodio.

Al sentarnos todos juntos a comer en el más absoluto y tenso silencio, se me quitó por completo el apetito. Apenas pude probar la rica comida que había preparado Adela. Cuando me permitió la abuela, abandoné la mesa y me marché a mi habitación. Tendida en mi hermosa cama, contemplé el techo con un nudo de angustia en la garganta. Quería llorar, pero ni una sola lágrima de humillación resbaló por mis ojos.

Unas horas después me levanté sobresaltada y miré el reloj de mi mesilla de noche, que marcaba las cuatro de la madrugada. ¡Madre mía! Esperaba que María, la chismosa criada que me había delatado ante la abuela, no se hubiese colado en el dormitorio de Alejandro para seducirlo mientras yo dormía. Cinco minutos más tarde, me introduje en el pasadizo secreto. Como siempre, atravesé la oscura biblioteca a tientas en dirección al dormitorio. Al llegar, me acerqué al muchacho para comprobar que estaba durmiendo en una buena postura. Alejandro, sentado en el sillón, desprendía por cada poro de su piel un fuerte olor a alcohol. Tras verificar que todo estaba bien y después de apartarle de la frente un mechón de cabello, embargada por un dulce sentimiento de ternura, me senté en la silla frente al escritorio y rebusqué entre sus papeles el diario de Karen con el corazón latiendo en un puño, asustada de hacer demasiado ruido. Lo hallé debajo de unos libros de aeronáutica. Pasé las hojas con rapidez hasta encontrar la página donde había dejado la lectura una semana atrás.

Martes, 26 de junio de 1906

Querido diario:

Soraya me tiene harta. Se pasa todo el día dándome órdenes como si fuese la señora de la casa, en lugar de una simple sirvienta. Sólo es cuatro años mayor que yo, pero se cree una gran dama pavoneándose delante de mí, presumiendo de su cuerpo. Madre la detesta casi tanto como yo, aunque nunca dice nada, mientras que padre, tan estricto con los empleados, a ella le consiente todo. No entiendo por qué con ella es tan manejable.

Siempre que voy a quejarme de su comportamiento, padre baja la mirada y le quita importancia a mi “rabieta infantil”. Odio esas dos palabras. Yo no tengo rabietas de ningún tipo.

Por ejemplo, hoy cuando fui a mi dormitorio a recoger unos libros, que se me habían olvidado, he encontrado a Soraya revolviendo entre mis cajones. Llevaba puestos los zarcillos que mi abuelo me regaló, hace dos navidades, y la gargantilla que perteneció a mi abuela. Aparte, estaba intentando embutirse en uno de mis costosos vestidos de fiesta, tres tallas más pequeño.

...

Soraya se contempló en el espejo moviéndose como si fuera un pavo real. Llevaba la cara embadurnada en cosméticos baratos y el apretado vestido parecía que iba a explotar del pecho en cualquier momento. Al ver a Karen sonrió y no trató de ocultarse.

—¿No crees que todo esto me queda mejor a mí que a ti? —preguntó la sirvienta con mucha sorna.

Karen bufó como un toro, dispuesta a gritar a pleno pulmón para llamar a su padre. Quería que viera la desfachatez de Soraya con sus propios ojos.

—No te molestes en llamar a tu papaíto, Karen. Seguro que si el viejo viene, te obligará a regalarme el vestido. Te guste o no él me prefiere a mí. —Soraya se acarició con las manos los ceñidos pechos, en un gesto obsceno.

De los labios de la joven sirvienta surgió una carcajada felina que estremeció a Karen de pies a cabeza. Soraya se desvistió con parsimonia retando a Karen con la mirada. Quería desquiciarla y que montara una escena. Por último, salió de la habitación dando un fuerte empujón a Karen con el hombro. La muchacha por poco se cae al suelo.

...

Cuando le he contado a Abel todo lo ocurrido, se ha echado a reír quitándole importancia al asunto. Yo me he enfadado y le he empujado al lago. Verlo caer de bruces en el agua ha sido muy chistoso. No tanto cuando al salir me ha abrazado empapando mi vestido nuevo. Resignada y con mejor humor, me lo he quitado y lo he dejado secar al sol. Estaba claro que no iba a llegar a tiempo a mi clase de piano... otra vez.

Desnudos los dos, nos hemos tirado de cabeza en el agua para nadar juntos un rato. Al final, ha sido un día divertido, aunque cuando he llegado a casa mamá se ha enfadado conmigo por llegar tarde y desaliñada a mi clase diaria.

Karen.

Pasé con mucha precaución las gastadas hojas amarillas y quebradizas del diario. En ellas Karen explicaba la extraña relación que mantenían sus padres que, a diferencia de los míos, no se llevaban nada bien. Al parecer rara vez se dirigían la palabra y en las pocas ocasiones en que lo hacían acababan a gritos. Según contaba la niña, ocupaban habitaciones separadas para no tener que verse las caras a diario. Eran como dos extraños que habitaban en la misma casa y que disfrutaban fastidiándose el uno al otro.

Aurora, la madre de Karen, le repetía una y otra vez que su padre sólo se había casado con ella por el dinero. Le aseguraba que Ernesto la había embaucado con promesas de amor, para conseguir su inmensa fortuna y así escalar socialmente. Karen se debatía entre el amor incondicional que sentía hacia su padre y la devoción que le debía a su madre. Estaba en medio de una batalla campal en la que ella era el trofeo y a su vez el arma arrojada que sus padres utilizaban para agredirse mutuamente.

Abel la escuchaba y consolaba, desviviéndose por hacerla feliz. Juntos iban de excursión, a pescar y a nadar al lago. Karen utilizaba el verano para enseñarle todo el temario que había aprendido en la elegante escuela de señoritas a la que asistía. Siempre podía contar con él y viceversa. Unidos formaban un equipo y podían superar cualquier cosa juntos.

Dejé de leer envidiando esa relación. Cómo deseaba yo tener a alguien con quien poder hablar de todo, una persona que se preocupara de mí sin juzgarme. Alguien como papá, que me había

hecho sentir protegida. Suspiré afligida y miré a Alejandro que dormía en el sillón. El reloj de cuco marcaba las siete y media de la mañana. Era seguro que la criada ya no vendría.

Me debatí entre las ganas de seguir leyendo y el miedo de ser descubierta por la abuela o por el mismísimo Alejandro. Dejé el diario con reticencia y me levanté del asiento donde había estado sentada toda la noche. Estaba cansada y tenía mucha hambre. De uno de los bolsillos del pijama saqué un chicle de fresa para apaciguar mis tripas, que gritaban pidiendo comida. Caminaba descuidada por la habitación, desenvolviendo el papel que cubría la goma de mascar, cuando choqué sin querer con la única lámpara de pie que estaba encendida. Hice un ruido espantoso intentando sujetar la barra, para que el objeto no se estampara contra el suelo. Justo cuando había conseguido ponerlo en su sitio, Alejandro abrió los ojos. Al instante sentí sobre mí piel un par de pupilas observándome. Contuve la respiración asustada; la peor de mis pesadillas se había hecho realidad.

—Qué estás haciendo aquí... —Al escuchar la voz severa y pastosa del muchacho, mi cuerpo empezó a transpirar y a temblar. Alejandro me había descubierto de nuevo introduciéndome a hurtadillas y sin su permiso en el cuarto. ¡Estaba perdida!

3

CUANDO EL SOL SE ESCONDE

ME quedé muy quieta esperando a que Alejandro dijera algo más, pero continuó con el ceño fruncido y las pupilas dilatadas clavadas en mi rostro.

—¿Natalia? —preguntó sin verme, atravesándome con la mirada—. ¿Eres tú...?

Estaba aterrada y, a la vez, sorprendida por el tono suave que había utilizado para hablarme. Alejandro se removió en el sofá, murmurando cosas ininteligibles, antes de cerrar los ojos. Pasé junto a él dispuesta a volver a mi dormitorio, sin embargo me detuvo agarrándome por el brazo.

—No te marches... no me dejes solo... —Su tono de voz era lastimero y suplicante—. Te quiero... Te quiero... —repitió una y otra vez.

Mi respiración se entrecortó, agitada con cada una de sus palabras. Deseaba soltarme de aquellos dedos, pero no me atrevía a hacerlo, estaba amarrada al muelle de sus manos.

—Vuelve conmigo.

Alejandro, de un tirón, dejó nuestras caras a escasos centímetros. Mi cuerpo se pegó al suyo y noté el calor que provenía de él, mientras su respiración se entremezclaba con la mía, fundiéndose en una sola; me quedé perpleja por la sorpresa. Alejandro entreabrió los párpados hipnotizándome con su mirada cristalina, haciéndome sentir débil e insignificante como una diminuta pulga frente a la inmensidad del firmamento. Con inocencia, al ver su rostro tan cerca del mío, extendí la mano libre y rocé con la punta de los dedos su áspera mejilla. El tacto me provocó una sacudida eléctrica de pies a cabeza. Impulsada por mi naturaleza soñadora acerqué mi boca a la de Alejandro, sin llegar a tocarla, simulando que le daba un casto beso como había visto hacer miles de veces en las películas de dibujos animados. En mi ridícula ingenuidad, llegué a creer que si apretaba mis labios contra los suyos rompería la maldición que se cernía sobre la mansión y por ende sobre todos sus habitantes.

Estaba tan absorta en mis pensamientos infantiles, que no me di cuenta de que Alejandro me había sujetado con fuerza por la nuca, enredando sus largos dedos entre mi pelo, hasta que fue demasiado tarde. En décimas de segundo me encontré con la cara pegada a la suya, labio con labio. Traté de soltarme haciendo fuerza con mis escuálidos brazos, que nada tenían que hacer frente a los potentes bíceps masculinos. Intenté chillar, pero no pude. Alejandro aprovechó ese momento para obligarme a abrir los labios del todo, introduciendo su lengua húmeda. La sangre subió a mi cabeza ruborizándome en el acto. Sin reservas, exploró en interior de mi boca muy

despacio, succionando de vez en cuando mi labio inferior. No entendía qué me estaba pasando. El corazón me bombeaba desbocado en el pecho, en tanto mis piernas estaban flácidas y gelatinosas. Temblaba de pies a cabeza, como si acabara de correr una maratón. Me parecía imposible ser capaz de mantenerme en pie con las pocas fuerzas que me quedaban. En el estómago sentía revolotear miles de mariposas, que no dejaban de batir sus alas, produciéndome un alegre cosquilleo. Cuando la perturbadora exploración finalizó me quedé desorientada, mareada, con una extraña sensación en la barriga, similar a la que provocan las atracciones de feria cuando te dejan caer al vacío. Alejandro acomodó de nuevo la cabeza en el asiento y cerró los ojos abandonándose en los brazos de la ética inconsciencia, con una amplia sonrisa en el rostro.

Amedrentada, solté la mano con la que aún me tenía sujeta, esforzándome para que mis piernas respondieran y comenzaran a moverse. Paso a paso, volví a la biblioteca, tocándome los labios, sin poder creer lo que acababa de ocurrir, me deslicé por la trampilla hasta mi dormitorio y me tendí en la cama junto a Orejas con el corazón martilleándome todavía en el pecho.

A la mañana siguiente me levanté cansadísima. Mi primer beso no solo me había robado la inocencia, también me había quitado el sueño. Al entrar en la cocina para desayunar, me encontré a Adela charlando animadamente con la abuela que resplandecía de felicidad. La miré con suspicacia mientras me servía un vaso de leche y un chorrito de café de manera clandestina, vigilando a diestro y siniestro como si estuviera a punto de cometer el robo del siglo. Mi madre me había prohibido tomar café, pero a mí me encantaba el regusto amargo que quedaba al final. Además, quitaba el sueño.

La brillante sonrisa que la abuela llevaba incrustada en el semblante no desapareció durante todo el día. El personal de la mansión y yo misma la observábamos con desconfianza, como si fuera un perturbado mental a punto de inmolarse. Gertru, a quien yo había empezado a querer por su disparatada forma de cotillear, especulaba sobre un consumo excesivo de vitaminas A, C, D y E, al que la abuela era adicta. Según sus propias cábalas, el magnesio que había en la vitamina C ayudaba a la madame con su grave problema de estreñimiento y eso era un beneficio para todos, ya que al ir al baño mínimo una vez por semana su carácter mejoraba notablemente. Por eso, sin lugar a dudas, la madame se había chutado una ración doble de vitamina C y le había dado un gusto al cuerpo.

Fue bien entrada la tarde cuando me enteré por casualidad del motivo real por el cual la vieja estaba tan contenta. Andaba yo por el jardín buscando algunas flores para decorar mi habitación cuando escuché la voz seca de la abuela. Por inercia me escondí donde pude, no quería darle motivos para que me regañara.

—No sé, hoy ha amanecido de buen humor —dijo con esperanza la abuela acercándose un poco más a la cocinera—. Ya iba siendo hora, ¿no te parece?

—Sí, este último año ha sido un infierno. —Adela se cruzó de brazos para protegerse de un súbito escalofrío.

—Bueno, para qué hablar del pasado —prosiguió la abuela—. Lo importante es que mi muchacho quiere salir del agujero.

—¿Cuánto tiempo crees que te durará el optimismo? —comentó Adela con tristeza.

—Esta vez es diferente...

La abuela guardó silencio y miró hacia ambos lados para cerciorarse de que no había nadie. Por suerte, yo tenía un buen escondite.

—¿Por qué? Vamos, habla mujer, me tienes con el Jesús en la boca.

—Es cosa de faldas... —susurró la abuela.

—¿Otra vez Natalia? —preguntó escandalizada la cocinera.

—Desde luego que no. Esa zorra no volverá a poner un pie en esta casa después de abandonar a mi muchacho como a un perro.

Adela suspiró resignada y negó con la cabeza.

—Ya se lo encontrará en el camino; quien siembra mareas, recoge tempestades. Pero si no es Natalia, ¿de quién estamos hablando? —La cocinera miró a la madame con la curiosidad reflejada en los ojos—. Alejandro no sale de su cuarto hace meses. ¿Dónde la ha conocido? ¿Quién es?

—Aún no lo sé. Lo que me ha contado mi muchacho es muy vago... dice que tal vez fue un sueño o...

—¿Un sueño? —interrumpió Adela, con recelo—. Parece una locura...

—Lo sé y a mí también me preocupa que hable de esas tonterías. —La abuela carraspeó con incomodidad—. Pero insiste en que había alguien en su dormitorio.

—Sí, el mismísimo San Pedro. Con la cogorza que debía llevar anoche no me extrañaría nada que también hubiese visto al Papa acompañado por un coro de ángeles en *topless*. —Adela dejó de bromear y reflexionó durante unos segundos—. A menos que una empleada del servicio...

—Alejandro también pensó lo mismo, pero es imposible. —La abuela habló con total convicción—. Yo me habría dado cuenta; tengo el sueño ligero. Si una sirvienta hubiera accedido al saloncito, con el ruido que hacen los portones al abrirse, me habría despertado a tiempo de impedir que entrara en su cuarto y lo besara.

—¿Besarlo?

—Sí, eso dice él.

—Es definitivo, a tu muchacho se le han muerto todas las neuronas —afirmó Adela—. Mira que estar todo el día encerrado en el cuarto bebiendo alcohol no le puede hacer bien a nadie.

—Qué me vas a contar que yo no sepa. Y no es lo peor, encontré un envoltorio de chicle en el suelo.

—¿Un chicle? Pensé que los habíamos tirado todos. Dios santo, podría haberse ahogado al dormirse borracho. —Ambas mujeres se miraron con preocupación—. ¿Lo regañaste?

—No, no quise ponerlo sobre aviso. Tenemos que volver a hacer una *limpieza general* para encontrar el escondite donde guarda el resto. —La abuela sonrió más animada—. Lo único positivo de esta situación es que mi muchacho ha decidido retomar las sesiones de rehabilitación.

—Esperemos que esta vez se lo tome en serio —convino Adela.

¿Cómo había sido tan descuidada? —me regañé al escuchar a la abuela. Estaba tan preocupada por poner la lámpara en su sitio que se me olvidó el papel del chicle en la habitación — ¿Y si la abuela ataba cabos?

Cuando las mujeres comenzaron a hablar de problemas domésticos me escabullí por el jardín. Mientras la abuela mantuviera la boca cerrada y no le contara a Alejandro sobre el envoltorio de chicle, nadie sumaría dos y dos, y mi secreto estaría a salvo. Aunque estaba algo inquieta, también me sentía contenta y satisfecha. Quizá el mágico beso que le había dado a Alejandro no había sido tan casto como lo había imaginado, pero lo que importaba era el resultado; por fin había entrado un poco de luz en su oscuro mundo. Lejos del jardín caminé por la senda empedrada que bordeaba el lago, tocándome los labios de forma soñadora, recreando la sensación que la boca masculina me había provocado. En mi cara apareció una sonrisa soñadora.

Los días siguientes se me hicieron eternos: me debatía entre el deseo incontrolable de colarme por el ropero para leer el diario de Karen y el miedo de ser descubierta por Alejandro o la abuela. Un viernes a las tres de la madrugada me armé de valor —usando como excusa a María, la sirvienta mala, un motivo absurdo dado que la abuela controlaba quién iba y venía desde su habitación como un perro guardián, pero a mí me servía para acallar la mala conciencia— y me introduje por el ropero. Al llegar a la biblioteca corrí sin hacer ruido hasta el dormitorio de Alejandro, que dormía estirado en la cama con el diario que yo ambicionaba entre las manos. La sangre me hirvió en las venas cuando le sustraje con meticulosidad el manuscrito, como lo haría un ladrón con muchos años de experiencia en el oficio. Alejandro ni se inmutó, estaba rendido.

Había escuchado decir a la abuela que llevaba toda la semana realizando ejercicios para mejorar la masa muscular de la espalda y de las piernas. Si continuaba con la rutina establecida por el fisioterapeuta su condición física mejoraría. Yo estaba segura de que se recuperaría más pronto de lo que todos creían. Inquieta ante la idea de que Alejandro se despertara y me descubriera en el dormitorio, me senté en un sofá de la biblioteca. Abrí el manuscrito y continué con la lectura.

Sábado, 21 de julio de 1906

Querido diario:

Hoy estoy triste. Mamá y papá se han encerrado en el despacho y han vuelto a discutir, vociferando como salvajes. En la mansión no es ningún secreto que se detestan. La servidumbre siempre cuchichea sobre sus monumentales disputas, incluso la gente del pueblo sabe de su mala relación. La gran mayoría se alegra con nuestra desdicha. Nunca podré entender cómo algunas personas pueden ser tan retorcidas y ver la vida de una forma tan mezquina.

En el pueblo no tengo un solo amigo. Mis padres prefieren que no me relacione con ellos. Madre opina que no sería correcto que una señorita de mi categoría se mezclara con ese tipo de gentuza.

En el internado es distinto. Todas somos de una clase social similar y nos relacionamos con una relativa libertad. Acudimos a fiestas de chicas a las que ni siquiera conocemos, solo para que nuestros padres puedan ser aceptados en la crema y nata de la alta sociedad; están más preocupados en sus propios intereses que en potenciar una buena amistad entre nosotras. Realmente, no sé quiénes son mis amigas y quiénes no. Todas hacemos lo que nos recomiendan nuestros mayores. En mi caso, es madre la que siempre está encima de mí, obligándome a estrechar lazos con chicas que apenas conozco o a las que detesto como a Claudia de la Cruz. Ambas fingimos que somos amigas para complacer a nuestras respectivas familias, pero ¡no la soporto! Y ella a mí tampoco. Disfruta metiéndose conmigo. En cuanto tiene una oportunidad me rebaja ante las demás y me lleva la contraria dejándome en ridículo.

Por lo menos me queda el consuelo de tener a Abel. A él puedo contarle todas mis cosas, siempre me apoya en silencio, asegurándome que mañana será otro día más bonito y mejor. Mañana Abel ha prometido darme una sorpresa. ¿Qué será?

Buenas noches.

Karen.

...

El domingo veintiuno de julio, antes de que acabara de despuntar el sol, bajo el crepúsculo del amanecer, los dos amigos se encontraron junto al lago. Karen llegó tarde, había tenido que salir de su habitación con mucho cuidado para no despertar a su nodriza, que dormía en la pequeña alcoba contigua. Cuando los dos se reunieron junto al sauce, Abel le ordenó a su amiga que se quitase la ropa y se vistiese con un viejo peto tejano.

—¿Dónde vamos? —preguntó Karen con curiosidad, quitándose el fino vestido de gasa para vestirse con la ropa de Abel.

—Allí donde hubo el primer pecado. Un jardín de las delicias habitado por el primer hombre y la primera mujer. —Abel sonrió al ver la cara de desconcierto que puso Karen con su adivinanza.

—¿Al paraíso?

Abel no contestó y emprendió la marcha bordeando el lago. Karen lo siguió hasta un lugar muy apartado y de difícil acceso.

—Aquí se termina el camino —comentó Karen, casi una hora después, mirando con preocupación las altas paredes de roca que formaban la base de un barranco por el que fluían tres cascadas de agua limpia.

—Eso parece a simple vista —respondió Abel, dejando la cesta que había preparado para almorzar en el suelo—, pero para llegar al cielo tienes que dejar de respirar y como un recién nacido bautizada vas a estar.

—¡Ay, no! —se quejó Karen—. ¿Otra vez con las adivinanzas?

Abel rio de buena gana. Karen lo miró con curiosidad sin saber a qué se refería. Lo único que había ante ellos era una gran pared rocosa y las tres espléndidas cascadas que se precipitaban sobre el lago.

—¿Te rindes?

—Me rindo —refunfuñó Karen cruzándose de brazos—. No entiendo la adivinanza. Aquí no hay más que rocas y agua.

—Sígueme —dijo Abel arremangándose los pantalones y tomando la cesta de comida del suelo para meterse en la orilla del lago.

Sin ganas, la niña se subió el bajo de sus pantalones y siguió a su amigo por la orilla hasta una de las cascadas, donde diminutas partículas de agua flotaban en el aire como el polen en primavera, empapando su ropa.

—Voy a acabar calada hasta los huesos —se quejaba Karen contemplando la húmeda camiseta pegada contra su pecho—. Si me resfrío por segunda vez este año tú vas a tener la culpa. No quiero ni pensar lo que va a decir madre si vuelvo a faltar a una de las clases de piano.

—Estamos a punto de llegar. Deja de quejarte y tápate la nariz —farfulló Abel metiéndose de lleno bajo el agua torrencial de la cascada.

—¡Dios mío, esto es una locura! —murmuró la niña, tapándose la cara con las manos, siguiendo a su amigo con confianza ciega.

Al pasar por debajo la fría cortina de líquido, Karen sintió sobre su piel el impacto de la fuerza de la naturaleza como si miles de hormiguitas corretearan por su cabeza haciéndole cosquillas en el cuello y las orejas.

—Ya hemos llegado —anunció Abel, obligándola a apartar las manos del rostro y a abrir los ojos— ¿No es precioso?

—Esto, esto... —pronunció la niña conmovida, mirando a su alrededor con los ojos abiertos de par en par y el aliento contenido por la emoción—. Esto es maravilloso. —Parpadeó unas cuantas veces, con la sensación de estar viendo un espejismo.

Ante Karen se extendía un precioso jardín cubierto con flores de vivos colores. La suave luz del sol se filtraba por la gran grieta que cruzaba el techo cavernoso de punta a punta. Los destellos del agua se convertían en prismas multicolores sobre las rocas; ni el jardín más cuidado del mundo podría compararse con esa belleza natural. Al adentrarse aún más en el claro, la sorpresa de la muchacha fue mayúscula, cuando descubrió que en medio de esa espesa fauna había un solitario sauce llorón.

—Es igual que el nuestro. —Sonrió Karen feliz al ver ese fantástico árbol, que tanto se parecía al que ellos utilizaban para esconderse, cuando no querían que nadie les molestara.

—Es precioso ¿verdad? —dijo Abel, devolviéndole la sonrisa y contemplando el pequeño sauce, que había crecido en medio de un ambiente húmedo y hostil, sobreviviendo entre tanta dureza.

La niña se acercó un poco más para coger entre sus manos una de las alargadas ramas que se extendían hasta el suelo como si fuesen cortinas, ocultando en su interior el grueso tronco. Sonrió al ver algunos tallos sumergidos parcialmente en el agua. Karen decidió que aquel lugar sería su sitio favorito por siempre jamás.

...

Pasé la amarillenta hoja con cuidado tratando de no romper el frágil papel. Con añoranza deslicé un dedo dibujando el contorno de algunas letras escritas por Karen. Estaba tan absorta en la lectura que no fui consciente de la llegada del día hasta que escuché el sonido de pasos acercándose. En guardia, me levanté dando un salto del sillón de cuero que ocupaba en la biblioteca y corrí hacia la habitación de Alejandro para dejar con torpeza el diario a sus pies, justo cuando el pomo de la puerta comenzaba a girar. Sin tiempo, troté hacia el ropero y me metí en su interior. El corazón estaba a punto de salirme por la boca. Me quedé agazapada escuchando como la abuela, que ya había entrado en el cuarto, despertaba a Alejandro con infinita ternura.

—¿Cómo has dormido hoy, muchacho? ¿Has vuelto a tener dulces sueños?

—No, la verdad es que no. —Alejandro suspiró—. Aunque todavía siento que fue real. ¿Crees que me estoy volviendo loco?

—Claro que no —comentó la abuela con voz alegre—. Pienso que una parte de tu subconsciente usa los sueños para recordarte que estás en edad de encontrar a tu media naranja.

—Sí, supongo que debe ser eso.

—Puede que ahora no estés interesado en conocer a nadie, sin embargo, por ahí hay muchas jovencitas listas y bonitas con las que podrías salir.

—¿Y en qué jovencita lista y bonita has pensado, Soledad? —preguntó con ironía Alejandro.

—Sin ir más lejos, en mi nieta. Es bella, inteligente y con el tiempo será una buena esposa para ti.

Alejandro tosió, atragantándose.

—No es por ofenderte, Soledad, pero quizás dentro de unos cuantos años, cuando haya crecido un poco...

Silencio.

—¿Has visto bien a mi nieta? —preguntó la vieja en tono severo, muy sorprendida—. No

podrás negar que es una belleza.

—Entiendo que habla tu amor de abuela, pero yo no la catalogaría de belleza. Quizás cuando se haga mayor termine arreglándose un poco, aunque dudo de que ese sapito de ojos saltones llegue a ser algún día lo que se dice una *belleza* en el significado riguroso de la palabra — puntualizó Alejandro, partiéndose de risa.

—¿Sara? —La abuela escupió mi nombre. Era una de las pocas veces que se lo escuchaba decir y, por el tono mezquino que utilizó, esperé que fuese la última—. ¿Quién estaba hablando de esa niña consentida? Yo me refería a mi nieta Sonia. No tiene ni punto de comparación con su hermana pequeña.

Al escucharlos hablar deseé que cayera una pequeña bomba nuclear y los aniquilara a los dos. Para la abuela yo era tan insignificante que le había costado darse cuenta de que Alejandro hablaba de mí y no de Sonia; mientras ese zopenco, príncipe azul de pacotilla, me había llamado *sapito de ojos saltones*. ¡A mí! ¡Cretino! Puede que alguna vez yo hubiera usado la misma comparación para referirme a mí misma, pero era humillante que otra persona resaltara lo evidente. Un rubor de indignación subió hasta mis mejillas.

—Deja ya de hacer de celestina —cortó la conversación Alejandro, poniéndose serio—, ahora quiero dedicar todo mi tiempo a recuperarme. Falta poco para que empiece mi sesión con el fisioterapeuta, será mejor que me ayudes con el baño.

Escuché ruidos de puertas al abrirse y cerrarse. Cuando todo quedó en silencio desatranqué la trampilla del pasadizo y gateé hasta mi cuarto para tenderme en la cama. Mi enfado murió apuñalado por la desdicha, que esa noche me hizo soñar con pesadillas en las que gente con rostros difusos se reía de mí por fea, dándome la espalda para dejarme triste y sola en un rincón. La última de ellas fue creciendo en intensidad y, de pronto, me vi a mi misma en el lago, ahogándome entre sus turbulentas aguas. Sentía mucho frío y estaba empapada tratando de mantenerme a flote. Braceaba con todas mis fuerzas sintiendo como la marea revuelta se introducía por mis fosas nasales. Me faltaba la respiración, iba a morir. Me desperté de golpe con la sensación vivida de asfixia; conseguí respirar a duras penas. Tosí salvajemente; estaba empapada en sudor. En mi interior fluía un río de lava candente que abrasaba mi laringe descendiendo por la tráquea hasta alcanzar los bronquios. La sensación de quemazón y dolor era insoportable.

Durante toda la mañana y buena parte de la tarde tuve un dolor terrible de garganta. Adela me preparó un remedio casero de leche con miel y limón, que según me dijo era infalible. Volvía yo de la cocina, después de tomarme la última parte de la tisana, poco antes de irme a la cama, cuando vi por casualidad a mi hermana, que caminaba descalza y de puntillas con los zapatos sujetos en las manos, moviéndose como una grácil bailarina que está a punto de abandonar la escena. Intrigada, la perseguí por una de las puertas traseras de la mansión que daba al exterior.

Sonia se adentró por el bosque un buen trecho hasta llegar a una destartada casita abandonada. El tenue resplandor de la luna me permitió verla introducirse en aquel cochambroso lugar. Al comprender que no saldría, tras esperarla un buen rato, me propuse averiguar qué se traía entre manos. Sin hacer ruido, me asomé a una ventana descolorida poniéndome de puntillas para ver mejor. El salón tenía una chimenea y varios muebles mohosos. Lo primero que advertí fue el movimiento de dos cuerpos casi desnudos echados sobre una alfombra deshilachada. Mi hermana estaba cubierta por la escasa tela de las braguitas junto a un desconocido solo vestido con unos vaqueros, que la acariciaba y besaba de una manera que yo jamás había visto antes. La

punta de la lengua masculina recorría cada centímetro de la piel femenina. Los lánguidos movimientos del chico acentuaban la musculatura de su espalda, que se retorció y tensaba sobre una extasiada Sonia. Fuera de sí, poseída por el deseo, mi hermana clavó las uñas en la sudorosa carne del chico. Cada vez estaba más perpleja, sentía como la curiosidad me impedía moverme del sitio y me mantenía pegada al vidrio. El desconocido hizo algo que me repugnó: con la mano derecha tomó uno de los cremosos pechos de mi hermana y se lo llevó a la boca succionándolo con parsimonia, deleitándose con los agudos gemidos de placer que provocaba en ella. Aunque quería apartar los ojos de aquellos sudorosos cuerpos que no dejaban de restregarse y frotarse, moviéndose al compás de la pasión, mis pupilas seguían clavadas allí.

Sonia se mordió el labio inferior como si acabara de comer el manjar más sabroso del mundo y comenzó a mover sus manos en dirección al trasero redondo del hombre, recorriendo el largo de la columna vertebral con las manos. Luego le desabotonó los pantalones e introdujo sus dedos en el interior de la bragueta. Yo contuve el aliento.

—Sí, muñeca, sigue así... Sabes que eso me vuelve loco.

Solté el aire que había contenido en los pulmones, expectante por lo que iba a ocurrir a continuación. El vaho de mi propio aliento empañó el cristal. Sin pararme a pensar, deslicé una mano por el vidrio haciendo que la fría superficie emitiera un chirrido. Durante unos segundos, que a mí me parecieron horas, mi mirada se cruzó con los ojos desconcertados y nublados del extraño que yacía sobre mi hermana. Su mirada feroz me dejó paralizada cuando, sin apartar los ojos de mí, con una sonrisa mordaz en el rostro, el extraño comenzó a envestir a Sonia, moviendo las caderas brutalmente contra su pelvis.

—No pares, Cristian... —Las roncas palabras que pronunció mi hermana me sacaron del estupor.

Asustada me alejé de la ventana y corrí campo a través hacia la mansión. En mis retinas aún conservaba aquellas imágenes prohibidas que no sabía cómo catalogar, pero que intuía que debían estar mal, pues se hacían en secreto y a escondidas, bajo el amparo de la noche. Me detuve al llegar a la cocina, sin aliento. Entonces, me asaltó el nombre que mi hermana había pronunciado en medio de aquel acto primitivo: Cristian. Aquel era el nombre del exnovio de mi hermana, el mismo que había causado a mis padres tantos dolores de cabeza tiempo atrás. No sabía qué pensar. Mi instinto me gritaba que ese chico no era de fiar, que era más peligroso de lo que aparentaba, que debía entrar en aquella casita y detener lo que estaba sucediendo antes de que fuese demasiado tarde... o quizás ya era demasiado tarde.

En las semanas posteriores no dejé a mi hermana ni a sol ni a sombra; no quería que volviera a encontrarse con ese tal Cristian. Mi actitud desquiciaba a Sonia, que se quejaba continuamente a mamá; no quería tenerme pegada a ella como una lapa durante todo el día y parte de la noche. Al comprobar que sus quejas caían en saco roto con mamá decidió buscar el apoyo de la abuela. La jugada le salió redonda. La madame no tardó mucho en castigarme por ser una niña absorbente, mimada y envidiosa. Niña —me decían sus ojos lóbregos cuando estábamos junto a Sonia—, envidias a tu hermana, ¿verdad? Por eso eres así. Tú, fea igual que tu padre, insípida, miope. Venga, ¿a qué esperas? ¡Revélate! ¡Dame la oportunidad de castigarte! Sus retorcidos comentarios adquirieron dimensiones monstruosas llegando a criticar con ferocidad mi personalidad extravagante, mi pésimo gusto por la ropa y la desafortunada genética que me había hecho una más del montón. La pequeña autoestima que conservaba se fue apagando, como una vela lo hace en una

noche larga, hasta convertirme en una sombra sin color que vagaba por la mansión detrás de Sonia. Tanta crítica me pasó factura y comencé a vestir con ropa aún más ancha. Solía ir un poco encorvada intentando ocultar mi altura y mis delgadas extremidades, consciente de que jamás llegaría a ser una delicada flor, como eran mi madre y Sonia.

Mamá no se percató de mi repentino cambio. Desde que se levantaba hasta que se acostaba vivía ocupada con las labores del hogar. Qué ingenua había sido al pensar que trabajando en la mansión dispondría de más tiempo para estar con nosotras. La abuela nunca le daba un respiro, siempre tenía algo pendiente que urgía ser atendido. Era una tirana y una explotadora. Mis únicos apoyos eran Adela y Tomás. El matrimonio siempre se mostraba paciente conmigo, mimándome sin que les importara la opinión de la madame. En el tiempo que llevaba en la mansión me había dado cuenta de que la dueña y señora del lugar era en realidad la abuela y no la escurridiza señora de Clara, a quien todavía no había conocido de manera formal y a quien ni tan siquiera había llegado a ver; sólo sabía que estaba la mayor parte del tiempo ausente, viajando por todo el mundo. En una ocasión presté especial atención a un chisme de pasillo que se decía sobre ella. Había tratado de quitarme esa perversa manía, pero siempre vencía mi lado más cotilla. Además, los chismes eran la orden del día en aquel lugar.

—¿Has visto el precio de la fruta? —comentaba una sirvienta cuarentona a Gertru, en uno de los salones que antaño se había utilizado para dar grandes fiestas—. Está por las nubes.

—¿Solo la fruta? —Gertru dejó el plumero y se sentó en un sofá para quitarse los zapatos—. Los calcetines de hoy en día no valen un pimiento y son carísimos. ¡Mira que tomate tengo en el dedo gordo!

La otra empleada se acercó para observar el enorme agujero por el que salía la uña amarillenta, larga y gruesa de Gertru.

—Tus calcetines nuevos valen tan poco como la palabra de un hombre. Ninguno es de fiar. Fíjate en mi marido, me prometió el oro y el moro, nos casamos, tuvimos hijos y al llegar a los cuarenta... ¡Pum! Una pelandusca quince años más joven se cruzó en su camino y se olvidó de su familia. Si no fuera por la ayuda de la señora, que entiende a la perfección mi problema, ahora estaría viviendo debajo de un puente.

—Sí, es un pan de Dios. Aún recuerdo cuando vino a esta casa por primera vez, hace ya casi cuarenta años; con ella entró una ráfaga de aire fresco. Era como un cascabel lleno de alegría. Poco queda ahora de esa mujer inocente.

—Un matrimonio desdichado puede hacerte cambiar mucho, te lo aseguro. —La empleada cuarentona tomó el plumero y se sentó junto a Gertru—. La única diferencia es que la señora llora rodeada por toda esta opulencia. Aunque yo ni por todo el oro del mundo sería capaz de vivir bajo el mismo techo...

—¡Cállate! Aquí hasta las paredes tienen oídos —la interrumpió Gertru, masajeándose los pies.

—Debió ser horrible... Imagínate, descubrir algo tan terrible estando embarazada.

—No te lo puedes ni imaginar. Se pasaba las horas tirada en la cama de su habitación llorando. En aquel entonces, yo me encargaba de subirle la bandeja con el desayuno, la comida, la merienda y la cena. Apenas probaba bocado, comía menos que un pajarito. Llegué a pensar que moriría antes de dar a luz, pero al final tuvo a un niño sano.

—Yo me habría divorciado después del parto y a vivir que son dos días.

—En aquella época el divorcio era un suicidio social. —Gertru se puso los zapatos y cogió el

plumero—. La señora no tenía más opciones que alejarse de la casa, por eso comenzó a viajar.

Al escuchar las palabras de Gertru no pude evitar conjurar en mi mente una imagen de la dueña de la mansión. Me la imaginé de porte distinguido, con la misma mirada triste de un cachorro desvalido. Sus cabellos serían plateados y estarían peinados con elegancia. En su rostro habría una sonrisa cálida. Era curioso, por más que había buscado por toda la casa, no había un solo retrato de ella.

Entre dimes y diretes llegó septiembre. Y un buen día me encontré preparada para ir al colegio, con la mochila al hombro, rodeada por un montón de niños ruidosos, que también esperaban la llegada del autobús escolar en la única parada que había en el pueblo.

Cuando las puertas del vehículo se abrieron y ascendí por la escalera, decenas de pares de ojos se volvieron hacia mí, mirándome con curiosidad. En ese momento, el nuevo curso escolar dio comienzo, un curso en el que estaba rodeada de alumnos desconocidos que me miraban como a un bicho raro y murmuraban a mi paso:

—¿Es esa?

—Sí, esa es —contestaba otra voz desconocida por lo bajo.

—He escuchado decir que un gato le ha arrancado la lengua —dijo una niña con malicia, riéndose.

—¿Entonces es muda? —preguntó otra, con gran curiosidad, volviendo a susurrar.

—Sí, eso dice mi madre —comentó un niño, poniéndose la mano delante de la boca tratando de disimular—. Siempre está encerrada en la mansión y nunca sale.

—Que fea es —rio por lo bajito otro, que parecía una albóndiga con patas, tenía la cara empapada en sudor y el pelo pegado a la frente.

Me dirigí hacia el final del autobús con la cabeza gacha y me senté en el lugar más apartado de todos para mirar por la ventanilla sin soltar una lágrima. No me importaba nada lo que el resto pensara de mí; en mi anterior colegio había aprendido que para sobrevivir a la maldad de los demás el único camino era la indiferencia. Si mostraba mi debilidad, mis nuevos compañeros de clase no dudarían en usarla en mi contra para convertirla en el centro de sus burlas.

Durante las primeras semanas de instituto, mi único consuelo fueron los relatos de Karen, que me animaban y me daban valor para seguir adelante. Algunas noches releía capítulos enteros para no llegar al final del diario, temiendo acabar con mi *hobby* favorito; solo me quedaban unas veinte páginas para terminarlo. Conocía tan bien los pensamientos íntimos de la muchacha que a veces tenía la sensación de haberlo escrito yo misma.

Aunque habían pasado dos años desde que Karen comenzó a escribir en el diario en 1906, las cosas no habían cambiado demasiado. Sus padres discutían a cada momento; si uno decía blanco el otro decía negro. La última y más sonada de sus peleas había sido por el catorceavo cumpleaños de su hija. La madre de Karen estaba empeñada en celebrar el acontecimiento por todo lo alto en la ciudad condal. Pretendía gastarse una pequeña fortuna para alquilar por una noche *El gran teatro del Liceu*, situado en plena Rambla de Barcelona, un paseo hermoso y lleno de vida, donde aquella pequeña joya de arte brillaba con luz propia. Gracias a unos contactos, el gran teatro estaba a disposición de la familia de Clara durante una noche completa, con espectáculo incluido. ¡Sería algo sensacional! Toda la prensa catalana hablaría de la celebración

durante semanas. Al terminar la función, los invitados pasarían a la sala de recepciones, con los opulentos suelos de mármol blanco, los finos labrados en las paredes y los techos altos. Además, Karen tocaría el gran piano de cola negro que gobernaba uno de los salones para embelesar a los asistentes con sus grandes dotes musicales.

—Solo piensas en gastar, mujer —gritó exasperado el padre de Karen una semana antes del acontecimiento—. He dicho que la fiesta se hará en esta casa y no hay más que hablar.

—¿Cómo puedes ser así? ¿Sabes lo que van a pensar mis amigas? Les había prometido que sería el acontecimiento del año... —sollozó Aurora de Clara, desesperada, intentando ablandar la voluntad de su esposo.

—Y lo será. Solo que en un escenario diferente y no tan costoso como el teatro que quieres reservar. —Sin darle tiempo de réplica, don Ernesto se encerró en el despacho y atrancó la puerta con llave.

Por más que doña Aurora suplicó, se indignó y protestó, la fiesta se celebró en la mansión como deseaba el padre de Karen. Para resarcirse, la señora ordenó que cubrieran parte del jardín con una gran carpa blanca hecha con la mejor lona del mercado e improvisó una pista de baile construida con enormes losas de cerámica blanca. Por último, hizo esculpir elegantes columnas de estilo jónico, que situó alrededor de la pista de baile para que los invitados danzaran al compás de la orquesta en un ambiente romántico.

Al acto asistieron importantes personalidades de todo el país. Los hombres iban vestidos de rigurosa etiqueta, con esmoquin negro y pajarita blanca, mientras que las damas llevaban vaporosos trajes de fiesta y costosas joyas que fulguraban bajo la tenue luz de las velas. Karen, ya acostumbrada a aquel lujo, se aburrió como una ostra sentada cerca de la banda que tocaba baladas melódicas. Su única diversión era ver como sus compañeras del internado se desvivían intentando, sin gran éxito, atraer la atención de los ricos herederos presentes.

Cuando la celebración tocó su punto álgido, para más hastío, apareció Claudia de la Cruz vestida con un impresionante traje de seda rosa. Llevaba el pelo negro azabache recogido en la nuca con un delicado pasador de oro recubierto por diminutas perlas de distintos tamaños. Karen se quedó sin habla ante la impecable imagen de la chica, que parecía un ángel caído del cielo.

—¿Qué haces ahí parada! —masculló la madre de Karen, acercándose a su hija con mala cara—. Ve a saludar a tu amiga, ¿a qué esperas?

Sin muchas ganas, bajo la atenta mirada de su madre, Karen se acercó hasta Claudia y le dio las gracias por asistir a su cumpleaños.

—No podía perderme algo tan... no sé cómo definirlo, ¿rústico? —Con una risita sardónica, la maleducada hija del Conde dejó a Karen con la palabra en la boca y se dirigió a un grupo de personas reclamando su atención.

—Es insoportable... realmente insoportable —murmuró Karen haciendo rechinar los dientes, antes de volver a su asiento junto a la orquesta.

Todo el mundo parecía estar pasándolo bien excepto la agasajada, que veía como Claudia de la Cruz campaba a sus anchas por toda la mansión haciendo las veces de anfitriona.

—Aprende de ella, hija —dijo Aurora de Clara con malhumor—. Mira con que elegancia se mueve entre los invitados, cualquiera diría que la fiesta es en su honor. Parece la dueña de la casa, no como tú, que te quedas aquí sentada sin hablar con nadie. ¿Pretendes hacerme sentir avergonzada? ¿Qué mis amigas me critiquen por tener una hija maleducada?

Karen se levantó para complacer a su madre y se encaminó con desgana hacia un reducido grupo de invitados para participar de la aburrida conversación. Pasado un buen rato, las plantas de los pies comenzaron a dolerle una barbaridad. Sentía como si cientos de burbujitas recorrieran sus talones rumbo a los dedos, dejando a su paso miles de cosquillitas eléctricas que adormecían sus pies y le hacían desear no haberse levantado de la silla. Miraba con añoranza el asiento que había ocupado junto a la banda cuando, por casualidad, vio a Claudia dirigirse hacia Abel, que estaba escondido detrás del escenario, buscando a Karen con la mirada. Miles de pensamientos cruzaron por la mente de Karen; ¿y si Claudia se proponía montar un escándalo para arruinar su fiesta? No le extrañaría nada que se pusiera a gritar como una energúmena, insultando a Abel con cualquier pretexto. No sería la primera vez que montaba ese tipo de numeritos solo para divertirse. Sin tiempo que perder, Karen dejó con la palabra en la boca a una respetable señora, que la miró con los ojos fuera de las órbitas. A prisa, se encaminó hacia Claudia y Abel.

—Así que te llamas Abel —escuchó decir a Claudia con un tono de voz zalamero—. Eres el mejor amigo de Karen, ¿verdad? No sabía que eras tan guapo.

Al escuchar el comentario, Karen se detuvo en seco. En su estómago se formó un nudo de angustia que le impidió respirar con normalidad. La presión se hizo más fuerte cuando vio a Claudia acercarse de una forma íntima a Abel.

—Te gustaría invitarme a bailar.

—No sé bailar, señorita —dijo Abel con timidez.

—No te preocupes, yo te voy a enseñar.

Abel tragó saliva cuando aquel ángel moreno le tomó una mano y la colocó en su delicada cintura. Ambos estaban muy cerca. Karen no daba crédito a lo que veían sus ojos. Su mejor amigo la estaba traicionando con Claudia. ¡Con Claudia!

Karen se escapó a su habitación enfadada con Abel. No volvería a dirigirle la palabra. Escribió con rabia en el diario los sentimientos contradictorios que la mortificaban, recordando la escena que había presenciado. Esperaba que Abel no hubiera caído en las redes de Claudia; por qué ella era tan, tan... Claudia.

¡No! Abel se merecía a una chica mejor. Alguien que lo quisiera por ser quien era y no se avergonzara de sus orígenes. Una persona que se preocupara por él, como ella lo hacía; que disfrutara de las cosas sencillas, como ella lo hacía; que lo amara por encima de todas las cosas... ¡como ella lo hacía! Al escribir esto último, la muchacha se quedó en blanco. Nunca, hasta ese momento, se le había pasado por la cabeza tal cosa. Por primera vez en su vida Karen fue consciente del infinito amor que sentía por Abel, de lo importante que era para ella y que sin él su vida estaría vacía como un desierto sin arena o un océano sin agua. Ese sentimiento profundo y salvaje comenzó a palpitar en su pecho, revelando la fuerte atracción que sentía por su amigo de la infancia. De entre las profundidades de su alma surgió una necesidad oscura de posesión, una necesidad que reclamaba lo que era suyo por derecho y que deseaba despojar a Claudia de cualquier mínima posibilidad. Sin importar que esta llorara, gritara o se enrabiara, Abel era suyo y de nadie más.

Esa noche me quedé dormida en uno de los sillones de la biblioteca esperando la llegada de la maquiavélica María, o al menos eso me dijo mi mala conciencia para justificarse, claro. Al abrir los ojos me encontré con la intensa mirada de Alejandro fija en mí. El muchacho me observaba sentado en la silla de ruedas. Parpadeé sorprendida y miré a mi alrededor asustada.

—Tranquila, lagartija, no he avisado a tu abuela —comentó en tono divertido—. He estado tentado, pero me he compadecido de ti. —Asustada me tapé la cara con la gruesa manta de rayas con que Alejandro me había cubierto para protegerme del frío mientras dormía—. No temas, no pienso informar a Soledad de tus actividades nocturnas en mi dormitorio. —Soltó una masculina risotada—. Ya se me hacía raro a mí, desde hace varias semanas tenía la sensación de no estar solo. Algunas veces encontraba cosas de mi habitación cambiadas de sitio, objetos que yo no había movido. No sabía a qué se debía. Incluso pensaba que me estaba volviendo loco, pero... —Levantó una ceja y me escrutó con la mirada—. Ahora comprendo muchas cosas, renacuajo. Por fin entiendo por qué el diario de Karen se movía por mi cuarto como si tuviese vida propia. Yo lo dejaba en un lugar y amanecía en otro diferente.

Me sentí culpable. Si en vez de quedarme leyendo embobada, sin prestarle atención a la hora, hubiese sido un poco más cautelosa, Alejandro jamás se habría enterado de lo que hacía por las noches. Cuando leía el tiempo se me pasaba volando. Tanto, que la mayoría de las veces tenía que salir pitando de la biblioteca al escuchar a la abuela llegar cargada con el desayuno. Había estado a punto de encontrarme de frente con la madame en un par de ocasiones, por eso solía dejar el diario donde podía, sin preocuparme de si era allí dónde lo había encontrado o no.

—Ya veo que te gusta el diario de Karen casi tanto como a mí —observó Alejandro con diversión, tamborileando con los dedos sobre la tapa del libro.

Avergonzada bajé la vista y contemplé la fina manta de rayas sin atreverme a mirarle.

—Si tantas ganas tenías de leerlo deberías habérmelo pedido. —Asentí varias veces cabizbaja, sintiéndome culpable—. Bueno, ahora ya no se puede hacer nada. Si quieres terminarlo, te lo presto con una condición: no puedes estropearlo ni sacarlo de la biblioteca. Es una reliquia familiar que ha pasado de generación en generación hasta el día de hoy.

Más feliz que una perdiz, cogí el libro que el muchacho me tendía y lo apreté contra el pecho agradecida de poder continuar con su lectura sin tener que esconderme. Así fue como comenzó a fraguarse nuestra incipiente amistad. Desde ese momento, Alejandro y yo nos comenzamos a llevar mejor de lo que nunca pude imaginar. Se comportaba conmigo como un perfecto hermano mayor, siempre atento a mis necesidades. Yo pasaba el día en su dormitorio leyendo el manuscrito de Karen y otros libros interesantes como *El Rey Lear*, *Tristán e Iseo* o *El sueño de una noche de verano*, uno de mis libros preferidos, mientras él ejercitaba sus músculos para mejorar su masa corporal.

Las constantes atenciones que Alejandro me prodigaba desquiciaban a la abuela; no entendía cómo *su muchacho* se había encariñado conmigo. Cuando la madame nos encontraba juntos en la habitación, su cara se desencajaba y siempre me decía muy bajito, para no ser escuchada por Alejandro: «No sé cómo lo haces, niña, pero siempre acabas embaucando a la gente con esa cara tuya de santurrona». Yo la miraba con indiferencia. Estaba acostumbrada a su lengua viperina.

Debido al ajetreo del colegio, los deberes y la preocupación de ser aceptada por mis compañeros, había desistido en mi afán de perseguir a Sonia a todos lados. Ya estaba resignada, mi hermana había encontrado la forma de seguir viéndose a escondidas con su novio por las noches y nadie podía detenerla; era un caso perdido. Por su parte, Alejandro había mejorado tanto, que de vez en cuando salía de su habitación ayudado por el enfermero y por un tacataca para dar una vuelta por nuestro salón. A mí me gustaba entreabrir la puerta de mi dormitorio para observar con orgullo los avances que hacía el muchacho día a día. Alejandro me hacía gestos cómicos con la cara, sacándome la lengua o guiñándome un ojo. A veces deformaba su rostro con

feos mohines solo para hacerme reír. Por esos guiños, yo le quería aún más; me recordaban a los que hacía papá. Desde que estaba mejorando con la rehabilitación su carácter taciturno había cambiado mucho, ya no se mostraba huraño y cascarrabias sino jovial y alegre. Inclusive de vez en cuando se interesaba por mí y me preguntaba por el colegio y los estudios. Él era el único que me dedicaba algo de tiempo.

Con el transcurso de los meses me había vuelto más escurridiza y etérea que nunca. Recorría toda la mansión sin que nadie fuera consciente de mi presencia. Me había convertido en un fantasma más de los muchos que habitaban en los corredores del inmenso caserón. Era como si no existiera, como si fuera transparente y el único que tenía la capacidad o el interés de verme fuera Alejandro. Mi habilidad para ocultarme me sirvió de bien poco en la escuela. Allí todo el mundo hablaba de mí a mis espaldas, criticando mi extraño comportamiento y poniéndome feos moteos como: la silenciosa, la tarada, la autista o, incluso, la adefesio. Esas duras palabras me dolían mucho, aunque en raras ocasiones dejaba ver que me importaban o afectaban, prefería hacerme la indiferente, ignorando a todo aquel que se metía conmigo.

Durante el recreo me sentaba sola en una esquina y me comía sin ganas el bocadillo que me había preparado Adela para desayunar, viendo como los demás niños se divertían por el patio. Deseaba ser más valiente y atreverme a ir con ellos a jugar al balón o a saltar a la comba, reírme con ganas de las bromas de mis compañeras y contarles de los fantasmas y las leyendas que había escuchado relatar a Adela y Gertru sobre la mansión. Pero en vez de hacer eso, me quedaba allí sentada, convertida en una espectadora silenciosa que no se atrevía a vivir la vida por miedo a sufrir. En esa misma esquina fue donde conocí por casualidad a Roberta, una dulce adolescente con síndrome de Down que desde hacía algunos días se paseaba ante mí indecisa. Me miraba de reojo sin atreverse a hablar y caminaba de un lado al otro del patio, como un león en cautividad.

—Hola —me saludó con timidez un día, extendiendo la mano y poniéndose roja como un tomate—. Me llamo Roberta —dijo titubeante.

De manera automática cogí su mano y la apreté, contemplando con asombro esa cara redonda como la luna llena y esos ojos avellanados que me miraban llenos de inocencia.

—Roberta, no molestes —gritó un niño flacucho, al otro lado del patio, vestido con una camisa de cuadros y unos pantalones tan cortos, que le quedaban dos dedos por encima de los tobillos—. Lo siento, es mi hermana. No pretendía molestarte es solo que...

Cuando el niño vio mi cara se calló al darse cuenta de que estaba hablando con el bicho raro que había entrado a formar parte de su clase ese mismo año. Yo también le conocía; era Ángel Giovanni. El chico que siempre se sentaba solo en clase cargado de libros, atento a todo lo que explicaba la maestra.

—Bueno... yo esto —tartamudeó Ángel sin saber qué decir.

—¿Quieres desayunar con nosotros? —preguntó Roberta, con inocencia. Luego señaló un rincón apartado del edificio, cerca de la conserjería—. Nosotros nos sentamos allí, así los otros niños no le pegan a Ángel por ser mi hermano.

Ángel Giovanni se ruborizó y le dio un fuerte codazo a Roberta.

—¡Ay! Me has hecho daño.

—No le hagas caso a mi hermana —murmuró Ángel, avergonzado—. No nos sentamos ahí porque yo tengo miedo de los otros chicos, nada que ver, sino porque es un lugar tranquilo donde puedo estudiar sin interrupciones.

—Pero tu dijiste que nos sentábamos allí porque estaba el conserje —murmuró Roberta,

poniéndose de morros.

—Yo nunca te he dicho eso —espetó enfadado Ángel, mirando con intención a su hermana que no captó el mensaje.

—¡Claro que sí! Eres un mentiroso y se lo voy a decir a mamá.

—Perdona si mi hermana te ha molestado. Si quieres puedes venir a desayunar con nosotros. Ya sabes lo que dicen: donde comen dos comen tres.

—Sí, ven con nosotros, por favor —convino Roberta, emocionada.

Un poco cohibida me levanté de mi solitaria esquina y me encaminé con los dos hermanos al lugar que ellos ocupaban en el patio. A partir de ese momento los tres formamos un equipo de lo más peculiar; unidos en la adversidad. Por suerte Ángel y yo íbamos a la misma clase y enseguida nos hicimos buenos amigos, incluso nos sentamos juntos en la primera fila de clase.

Al empezar a relacionarme con otras personas me di cuenta de que yo no era la única que sufría la burla de los demás. Por ejemplo, Ángel tenía que cargar con la losa de ser el hermano pequeño de Roberta. Todos los niños de la clase se reían de él diciendo que era tan retrasado como su hermana. El pobre trataba de ignorar los comentarios maliciosos, pero era evidente que le afectaban casi tanto como a mí.

—No me importa que se rían de mí —me decía con tristeza Ángel cuando estábamos solos en la clase—, lo que no puedo soportar es que se metan con mi hermana. Ella no les ha hecho nada ¿Por qué no la pueden dejar tranquila? ¿Es qué no se dan cuenta de que cada vez que la insultan Roberta se pasa dos días llorando en casa?

Aquella situación era nuestro pan de cada día. Siempre había un alumno simpático que disfrutaba insultando a Roberta, diciéndole que era diferente, una tarada sin cerebro, que nunca sería normal. Este hecho afectaba muchísimo a la pobre Roberta que deseaba ser tratada como una más.

—No hagas caso a esos idiotas, Roberta —la consolaba Ángel en esas ocasiones—. Cuando lleguemos a casa se lo pienso contar todo a papá para que venga a hablar con el director. Ya verás como no se meterán otra vez contigo.

Al escuchar las palabras de Ángel Giovanni, le envidié por contar con la protección de un padre; cuánto necesitaba yo al mío. Si papá estuviese vivo, la abuela no podría gobernar nuestras vidas. Pobre mamá, por más que lo intentaba, no conseguía librarse del yugo de la vieja, que cada vez tenía mayor influencia sobre nosotras.

Casi sin darme cuenta llegó el seis de noviembre, día de mi cumpleaños. Me levanté ilusionada llena de energía para ir al colegio. Durante la semana anterior tanto mi madre como mi hermana habían fingido no recordar que estaba cerca la fecha en que cumpliría trece años.

Las clases se me hicieron interminables ese día. Cuando por fin regresé a casa, me enteré de que mamá se había ido de compras junto a la abuela y que mi hermana estaba desaparecida en combate, con total seguridad, escondida en la cabaña del claro, haciendo cosas prohibidas con Cristian. La tarde fue pasando y mi esperada fiesta sorpresa nunca llegó. Mamá regresó a eso de las nueve de la noche. Al verme me acarició el cabello con cansancio como si fuese un día normal.

—Hola preciosa —me saludó—. He traído la comida de Orejas, la dejaré en la despensa.

—¿Te pasa algo pequeña? —preguntó la cocinera percibiendo algo raro en mi actitud apática. Negué con la cabeza, consciente de que Adela no sabía que era mi cumpleaños.

Con más pena que gloria esa noche lloré en mi habitación, sintiéndome sola y abandonada por aquellos que tanto me importaban. Incluso se me olvidó que llevaba semanas esperando con ansia leer el final del diario de Karen. Había atrasado el momento, creyendo que esa sería la guinda del pastel. El regalo perfecto.

A la mañana siguiente todo seguía igual, nadie se acordó de mí. Ingenua de mí, al levantarme pensé que por lo menos Sonia o mamá caerían en la cuenta y en cuanto me vieran se disculparían conmigo para felicitarme. No fue así y el día transcurrió como otro cualquiera.

El enfado me duró una semana completa, hasta que mamá captó mis indirectas. Una tarde al volver del colegio me encontré en la cocina con una fiesta de cumpleaños exprés que habían organizado mamá y Adela. Todos los empleados de la mansión me cantaron el cumpleaños feliz al unísono. Me emocioné tanto que no pude contener las lágrimas al soplar las trece velas del pastel que sostenía Tomás.

—No seas tan llorona —me regañó la cocinera con una sonrisa— y abre los regalos mientras tu madre y yo cortamos el pastel.

Me lo pasé en grande. Adela me regaló una tobillera de plata con aguamarinas incrustadas y Tomás una pequeña ninfa de madera que había esculpido con sus propias manos, en un tiempo récord. Hasta la abuela me obsequió con un jersey de lana. Y aunque era tan feo como una cosa mala, lo atesoré en mi armario con cariño. Ese presente, por insignificante que fuera, para mí valía el doble que cualquier otro porque provenía de ella.

4

ACERTIJOS, PRESAGIOS Y OTROS GALIMATÍAS

LLAMÉ a la puerta de Alejandro varias veces hasta que escuché su voz diciendo *adelante*. Entré con una sonrisa en los labios. El muchacho estaba ejercitando las piernas, llevaba puesto tan solo un pantalón de deporte.

—Hola, lagartija. Hacía mucho tiempo que no venías a visitarme.

Me quedé muy quieta junto a la puerta contemplando su torso desnudo, aquel estómago plano que se contraía al hacer fuerza revelando unos abdominales muy bien definidos. La luz del atardecer se reflejaba en su cuerpo sudoroso dándole a la piel un tono dorado; parecía un dios del Olimpo.

—¿Qué te pasa, lagartija? ¿Por qué te quedas ahí parada? —me preguntó, mirándome con curiosidad. Cabizbaja, observándolo de reojo, me acerqué a él—. ¿Qué has hecho esta vez? ¿Has roto algo? —Mordí la cara interna de mi mejilla—. ¿Se ha enfadado otra vez contigo tu abuela Soledad? —Negué con la cabeza—. ¿Entonces...?

Aparté la vista con bochorno intentando no mirar su firme anatomía. Mis ojos buscaron sobre el elegante escritorio color caoba. Allí estaba el diario de Karen.

—Ya veo... al parecer no has venido aquí para visitarme —comentó burlón siguiendo mi ansiosa mirada—, tenías otros motivos. Anda, cógelo.

Mis pies avanzaron con indecisión. Para llegar al escritorio tenía que pasar muy cerca de Alejandro y eso me perturbaba; no sabía muy bien por qué. Alejandro frunció el ceño al ver cómo me esforzaba por pasar junto a él sin rozarlo.

—No muerdo.

Me senté frente al escritorio ignorando su burla, tomé con solemnidad el diario entre mis manos e inspiré el aroma a cuero viejo. Lo abrí con nostalgia y acaricé algunas páginas. Por fin iba a leerlo.

—Tal parece que no soy el único al que le causa ese efecto —murmuró Alejandro con perplejidad—. A ti te pasa igual.

Extrañada por sus palabras levanté la vista del libro. Mis ojos se encontraron con los suyos. Sentí subir un escalofrío por la columna vertebral erizándome el vello de la nuca. Incapaz de

mantener la vista en el mar azul de aquella mirada abrí el libro con manos temblorosas.

Viernes, 12 de junio de 1908

Querido diario:

Desde mi fiesta de cumpleaños mi relación con Abel ha cambiado; ya no sé qué decir o qué hacer. Y peor aún, cuando estamos solos rehúyo su compañía. Los dos fingimos que no ha pasado nada, pero nuestras excursiones al lago son cada vez más tensas y silenciosas, como si ambos nos negáramos a admitir que algo ha variado en nuestra amistad desde aquella noche, desde el baile con Claudia. Es curioso como un hecho insignificante para algunos puede alterar drásticamente la vida de otros, obligándoles a descubrir lo que antes no podían o no querían ver.

Con más frecuencia me sorprende a mí misma fantaseando con Abel. Lo imagino sin camiseta trabajando en el huerto o cargando con los sacos de pienso que padre hace traer del pueblo una vez por semana. No puedo evitar, por más que lo intento, rememorar la firme línea de su espalda o sus anchos hombros. Ahora, con quince años ya cumplidos, no se parece en nada al niño escuálido y flacucho que correteaba conmigo por el jardín el verano pasado. Claro, él no es el único que ha cambiado. Sin ir más lejos, hoy me he despertado con una horrible sorpresa esperándome sobre las impolutas sábanas blancas de mi cama. Al cantar el gallo me he despertado con una sensación de incomodidad en el estómago. He intentado buscar una postura que apaciguara el dolor punzante que sentía en el bajo vientre, pero ha sido inútil. De repente, he sido consciente de algo viscoso y caliente que se deslizaba con lentitud entre mis muslos.

...

Karen se incorporó en la cama y vio una gran mancha roja que se extendía sobre la fina tela de su camisón. La muchacha se puso a gritar como una loca creyendo que se iba a morir desangrada.

—¿Qué te pasa? —Soraya entró en el dormitorio de Karen con sueño y aún en camisón.

Karen miró con impotencia la oscura mancha roja, llorando a mares, sin saber que le estaba pasando. Intentó articular alguna palabra, pero no lo consiguió. Soraya, al ver el motivo de su alboroto, bostezó con indiferencia y se echó a reír de buena gana.

—No me digas que en ese caro internado tuyo no te han explicado qué es el periodo.

Karen no sabía qué era el periodo y tampoco le importaba.

—No, no tengo ninguna herida, pero estoy sangrando —sollozó Karen.

—¡No seas estúpida! Lo que te pasa es lo más natural del mundo. Ya eres una mujer. Has tenido tu primera menstruación.

Karen la miró sin comprender; Soraya le estaba hablando en chino. Solo era capaz de pensar en aquella mancha que había emanado de su cuerpo durante la noche y que a Soraya no parecía preocuparle en lo absoluto.

—¡Eres patética! —se mofó Soraya con malicia acercándose a Karen como una pantera a punto de devorar a su presa—. Ya no tienes el pecho plano y liso como el de un niño, ya ha empezado a despuntar. —Su mano recorrió la suave curva que se adivinaba a través del camisón de Karen—. Ya no serás nunca más la niña de papá.

Karen apartó los dedos de Soraya de un manotazo y se limpió las lágrimas con el dorso de la muñeca. No sabía qué hacer o decir, tenía miedo y sentía mucha rabia en contra de Soraya.

—Anda, deja de mirarme como un pasmarote y levántate de la cama. Tienes que asearte un poco.

Karen se puso en pie sin rechistar y siguió a Soraya hasta el cuarto de baño. La sirvienta la ayudó a quitarse el camisón, tomó una toalla que colgaba en el mueble de madera donde descansaba la pila de porcelana llena de agua y la humedeció para que Karen se limpiara sus partes íntimas.

—¡Fíjate, si ya tienes un poco de vello! —comentó Soraya en tono burlón para mortificar a Karen, quien se cubrió sus partes íntimas con los brazos y con las manos—. Eres más tonta y ñoña de lo que me imaginaba.

Karen se contempló en un espejo de cuerpo entero, escrutando su reflejo a través de los ojos de Soraya. La sirvienta tenía razón, sin darse cuenta se habían producido pequeñas transformaciones en su anatomía.

—No te mires más o vas a tener que rezar ocho padres nuestros y diez avemarías. —Soraya se rió divertida al ver la vergüenza dibujada en el rostro de Karen.

—Eres perversa, Soraya. —Karen se cubrió con una toalla, algo indignada y avergonzada.

—¡Y tú una desagradecida y una llorona! —espetó con disgusto Soraya, saliendo de la habitación.

Por culpa de esa indisposición llamada periodo, Karen decidió no salir a pescar aquel día con Abel. Ya faltaba poco para que llegara el buen tiempo, pensó la muchacha mirando con melancolía por los amplios ventanales de su habitación que daban al jardín. Karen no había vuelto a nadar desnuda en el lago con Abel desde el verano anterior y dudaba de que la timidez se lo permitiera en el futuro. Aunque deseaba no crecer jamás y seguir disfrutando de los días de juegos y aventuras con su amigo de la infancia, era consciente, ahora más que nunca, de que las cosas mutan y el tiempo todo lo cambia. Los niños estaban destinados a convertirse en adultos de la misma manera que las semillas brotan en primavera.

Los peores temores de Karen se cumplieron uno por uno con la llegada de las primeras flores de abril. La vergüenza le impedía ser natural, ya no se atrevía a ir cogida de la mano de Abel o darle un abrazo espontáneo. Y nadar sin ropa delante de él era inadmisibile. El muchacho también parecía ser reticente a ciertas cosas. Su relación se estaba llenando de tabús.

Karen trató de romper esa barrera una tarde durante un paseo. Intentando emular aquellos días de confianza y camaradería con Abel, se abalanzó sobre el muchacho para darle un achuchón. Cuando el estómago de Karen se apretó contra la pelvis masculina, algo duro y palpitante se hinchó bajo el pantalón de pana que llevaba puesto Abel. Los dos amigos se pusieron rojos como tomates. Karen se apartó sin saber qué decir y Abel aceleró el paso dejándola sola. Desde ese día siempre caminaban algo separados, sin dejar que sus cuerpos se rozaran.

Doña Aurora de Clara debió advertir que algo extraño sucedía con su hija, ya que desde ese momento trató por todos los medios de controlar sus idas y venidas, censurando con dureza la amistad que Karen mantenía con Abel; creía que la compañía del muchacho no era conveniente para una jovencita de buena familia.

...

Madre está insistiendo mucho más en esto desde que he cumplido los catorce. Lo más extraño es que por primera vez padre la apoya. Creo que jamás en la vida han estado de acuerdo en algo, salvo en esto. Padre también insiste en que es recomendable que deje de lado mi amistad con el hijo de la lavandera. Dice que no es bueno que pasemos tanto tiempo los dos

solos.

Ayer, por casualidad, fui testigo involuntario de una conversación entre ellos. Madre acusó a padre de no haber puesto fin a mi amistad con Abel en su momento y se mostró preocupada porque pasara algo irreparable entre nosotros. Padre le quitó importancia al asunto, asegurándole a madre que nada malo iba a pasar. Al escucharlos, no pude evitar preguntarme qué era eso “irreparable” que a madre tanto preocupaba. Abel nunca me haría daño, de eso estoy segura.

Karen.

Me alegré al leer aquello. Al menos me quedaba el consuelo de no ser la única a quien le costaba entender las extrañas conversaciones que se daban entre los adultos, siempre hablando en códigos difíciles de descifrar por mí. Continué mi apasionante lectura sin ser consciente de la expectante mirada de Alejandro.

...

Con el paso de los días las peleas de Karen con sus padres aumentaron de grado e intensidad. La muchacha no entendía por qué estos se mostraban tan obstinados ante su relación con Abel. Cansada de tanto altercado decidió ceder ante sus exigencias. Cruzando los dedos tras la espalda, les prometió distanciarse de su mejor amigo, aunque en el fondo no pensaba cumplir esa estúpida promesa, por eso, tan pronto le fue posible, se escapó de su habitación, utilizando la trampilla de la biblioteca, para ir en busca de Abel. El muchacho se sorprendió mucho cuando Karen le contó lo que había ocurrido y aceptó de buen grado continuar viéndose a escondidas. Ambos se encontraban todas las noches bajo el sauce llorón, escondidos de miradas ajenas. Durante el día, cuando se cruzaban en la mansión, rara vez se dirigían la palabra para hacer más creíble que ya no se hablaban. Los padres de la chica se relajaron, dejando de agobiarla con sus continuas reprimendas. Con el crepúsculo, llegaba para Karen el esperado momento de reencontrarse con Abel, de acompañarlo por la pradera hasta su gruta secreta, llevando pequeños faroles para iluminar el camino. La muchacha se lamentaba porque gran parte de la belleza de la cueva se perdía entre las sombras de la noche, pero al menos podía disfrutar de la compañía de su amigo.

—Alguna noche te traeré la luz del día —le prometió Abel un veintiuno de junio.

—No me tomes el pelo, tontorrón. Es imposible.

—Soy un hombre de palabra, que siempre cumple sus promesas.

Karen se rió del aire solemne de su amigo.

...

Sin darme apenas cuenta llegué hasta la última página del diario. No quería que se acabara. Había pasado tantos buenos momentos. Con el corazón en un puño me dispuse a finalizar la lectura.

Domingo, 28 de junio de 1908

Querido diario:

Esta noche ha pasado algo increíble: Abel y yo nos hemos encontrado, como acostumbramos, bajo las largas ramas del sauce. Amparados por las sombras del ocaso, nos hemos escapado a nuestro lugar favorito vestidos con nuestras respectivas prendas de dormir. Tras recorrer un trecho, Abel ha encendido los farolillos que siempre cargamos para alumbrar

el camino en las noches cerradas. Con su luz hemos seguido el sendero hasta la cascada que oculta nuestro pequeño paraíso.

...

Karen y Abel bordearon la cortina de agua fresca. Miles de diminutas gotas les salpicaron en la cara y en los brazos aliviando el calor de la sofocante noche veraniega.

—Espera, no entres aún. Tengo una sorpresa para ti —dijo Abel misterioso.

—¿Qué es?

—Vuela por el aire pequeño como una pulga y todos se emocionan cuando su farol ilumina.

—¿Más acertijos?

—Si no lo adivinas tendrás que taparte los ojos y dejar que te guíe.

—Una cosa pequeña con un farol... No sé, ¿un globo de fuego? —Abel negó con la cabeza.

Karen pensó un rato—. Me rindo.

Abel se aproximó hasta su amiga y le tapó los ojos con las manos. Karen trató de resistirse, pero terminó cediendo.

—¿No vas a decirme cual es la solución de la adivinanza?

—No, confía en mí.

Abel condujo a Karen por la catarata hasta internarse en la cueva. Un olor raro, difícil de identificar, se extendía por la gruta mezclándose con el aroma de las flores.

—¿Qué es eso? ¿No lo notas? ¿Es un olor... cómo a vela?

—La verdad es que yo no noto nada. —Al tener los ojos tapados Karen no pudo ver la cara de Abel para saber si le estaba diciendo la verdad o si mentía.

—¿Falta mucho?

—No seas impaciente, ya casi hemos llegado.

—Es extraño, hace más calor que de costumbre —comentó Karen con asombro.

Muy despacio Abel fue apartando las manos de los ojos de Karen. Esta abrió los párpados y se encontró con el espectáculo más hermoso que había visto en su vida. Todo estaba iluminado con una multitud de hermosas candilejas. Además, en el aire flotaban diminutas luciérnagas que se iluminaban en efímeros destellos verdosos, dándole al conjunto un toque de irrealidad.

—La adivinanza... —murmuró con la boca abierta de par en par—. ¡Eran luciérnagas!

—He traído la luz tal como te prometí —afirmó Abel.

Karen cenó junto a Abel sin mediar palabra. La luz de las candilejas envolvía a los dos amigos con su calidez creando un hermoso mundo diurno para ellos. Al terminar de comer, Abel sacó la armónica y tocó una canción recostado sobre el tronco del sauce. La sutil melodía relajó a Karen por completo. Cerró los ojos y se dejó arrastrar por el cansancio. Su cabeza resbaló hasta colocarse en el hombro de Abel y ahí permaneció por un buen rato. Por primera vez en mucho tiempo se sentía cómoda cerca de él.

La respiración irregular de Abel despertó a Karen. Al abrir los ojos vio la cara de su amigo muy cerca de la suya. La observaba con deseo.

—¿Qué...? —preguntó Karen desconcertada.

Los labios de Abel estaban muy cerca de su boca. La muchacha observó cómo se dilataban las pupilas masculinas. Con la boca seca, quedó cautivada por aquella mirada cristalina.

—Eres preciosa —susurró Abel acariciando la mejilla de Karen con el dedo pulgar hasta

detenerlo sobre su boca.

El corazón de la muchacha se paró un instante para a continuación bombear salvajemente, mientras los labios del chico se acercaban más y más. Abel rozó con sutileza la boca de Karen, un gesto tierno que denotaba su gran inexperiencia y que conmovió a la joven hasta hacerla casi llorar. Fue perfecto. Cuando el contacto terminó Karen se quedó un rato con los ojos cerrados, regodeándose en las nuevas sensaciones que acababa de experimentar. Se resistía a abrir los párpados; no sabía cómo enfrentarse a esa nueva situación. Avergonzada, miró al suelo y salió corriendo de la gruta.

—Karen espera... ¡Lo siento! —El resto de palabras se perdieron en la distancia, mientras Karen corría como una posesa campo a través.

...

No sé con qué cara voy a mirarle mañana. Ha sido un día tan raro. Espero que Abel no piense que soy una fresca o, peor aún, que estoy loca por haberlo dejado allí sin decirle una palabra. ¡Qué vergüenza! ¿Qué voy a hacer?

Mañana te sigo contando.

Karen.

Así terminaba el manuscrito de la joven que había vivido hacía más de cien años en la misma mansión que en la actualidad ocupaba yo. Solté el aire contenido en mis pulmones, complacida con la dulce sensación que me embargaba. Recordé la primera vez que había experimentado algo similar al furtivo beso que Abel le había robado a Karen, aunque en mi caso, Alejandro era el que dormía y yo la que velaba sus sueños. Sin pensarlo me llevé la mano a los labios y sonreí como una tonta.

—Pues sí que eres precoz, mocosa. —Pegué un bote al escuchar la voz divertida de Alejandro.

La lectura me había sumergido en el ensimismamiento y casi me había olvidado de que él estaba presente, siendo testigo de todas mis reacciones. Lo miré ruborizada de pies a cabeza.

—No es muy conveniente que una niña como tú lea ese tipo de cosas.

Bajé la mirada y contemplé mi regazo sintiéndome humillada. Alejandro sonrió al verme hacer ese gesto.

—¿Ahora te avergüenzas? —El muchacho soltó una sonora risotada—. No finjas, sé que te mueres de ganas por continuar leyendo, pero... Lo siento, lagartija. Sólo hay un diario.

Lo miré sin comprender, con un nudo de anticipación estrangulándome el estómago. ¿Qué quería decir con que sólo había un diario? Karen se despedía diciendo que continuaría escribiendo.

—¡Oye, no me mires así! ¡Yo no tengo la culpa de que sólo haya un diario! —exclamó el muchacho al verme de morros—. Por si te sirve de consuelo te diré un secreto, una leyenda familiar que ha pasado de generación en generación. A mí me la contó mi abuelo cuando cumplí siete años. —Hizo una pausa, me miró con intención, levantando una ceja, y prosiguió con el relato utilizando un fingido tono de suspense—. Se dice que Karen, en un arrebatado de locura, escondió los diarios que faltan en algunas de las dependencias de la mansión. Cada vez que alguien está a punto de encontrarlos aparece su fantasma y los cambia de lugar. Son muchas las sirvientas que aseguran haber visto la figura de una mujer caminando por los corredores de la

mansión cargada de libros. Incluso algunos la han visto paseando por las noches por el jardín, como un alma en pena, contemplando el lago con añoranza. De cualquier manera, los diarios nunca han aparecido, ni siquiera con las reformas generales que se hicieron en la casa hace algunos años.

La melancolía se apoderó de mí al imaginarme la triste figura de Karen vagando por la mansión en un intento de salvaguardar sus pensamientos más íntimos. Dejé el diario en el escritorio. Me sentía cada vez más deprimida. Me levanté de la silla y me encaminé arrastrando los pies hacia la puerta para salir de la habitación como un reo encadenado.

—Sin duda, mocosa, algún día serás una estupenda actriz dramática.

Antes de llegar a la puerta me giré dolida por sus palabras, cerré con fuerza los ojos y le saqué la lengua. Al abrirlos, dispuesta a salir pitando, me encontré ante el amplio pecho de Alejandro. El muy gañán, como había mejorado tanto con la rehabilitación, se había adelantado, intuyendo lo que yo iba a hacer, para asirme con fuerza por el brazo.

—¡Ajá! ¡No te me vas a escapar esta vez, escurridiza lagartija! ¿Es que tu madre no te ha enseñado educación? No puedes sacar la lengua y largarte cada vez que alguien te regaña. ¡Eso no está bien! —Su voz jovial y alegre hizo que ambos comenzáramos a reírnos de la absurda situación.

Alejandro se balanceó sin mucho equilibrio. Por inercia le agarré por la cintura y le acompañé de vuelta al asiento que ocupaba.

—Gracias, Sara. La verdad es que estoy agotado, aunque me siento feliz de los resultados. —Tomó una de mis trenzas y tiró con suavidad de ella—. Me recuerdan a las de Pipi Calzaslargas.

Ofendida, de un tirón, le arrebaté la trenza que sostenía entre los dedos.

—No te enfades, mujer, Pipi Calzaslargas siempre ha sido uno de mis personajes favoritos. —Levanté mucho las cejas, disgustada de nuevo por la comparación—. Bueno, bueno, no me mires con esa cara de pocos amigos. Para que me perdones por haberte ofendido, te voy a contar otro pequeño secreto. —Hizo una pausa dramática. Intrigada me senté junto a él en el sofá—. Hay una pista sobre los diarios... es un acertijo que estaba oculto en un sobre, entre las últimas páginas del diario.

Volvió a hacer otra pausa, poniendo cara de póquer; yo tragué saliva emocionada, anticipándome a sus palabras.

—Ningún miembro de mi familia ha sido capaz de descifrarlo. Hay muchas teorías. Algunos creen que Karen se deshizo de ellos y los quemó dejando esa estúpida adivinanza para que sus parientes se devanaran los sesos en busca de respuestas. Otros, los más románticos, preferimos pensar que todavía están escondidos en la mansión, esperando a que alguien los encuentre y rompa la maldición que pesa sobre la familia de Clara. —Me giré sorprendida y me quedé atónita al ver su expresión de tristeza—. ¿Sabes?, cuando era pequeño jamás creí en esas supercherías baratas que iban de boca en boca de las empleadas, pero desde hace un año... Supongo que algo de verdad hay en toda esa fábula sobre la maldición de Karen.

Su mirada se perdió en la lejanía. Sabía que se refería al terrible accidente de tráfico en el que sus padres habían perdido la vida.

—No quiero hablar de eso ahora, lagartija. —Alejandro hizo otra pausa y luego me miró y esbozó una sonrisa—. La nota se encuentra en el primer cajón de mi escritorio. Si quieres, la puedes coger para ver si eres capaz de descifrarla.

Me levanté ansiosa y fui corriendo hacia la gran mesa de caoba, con la esperanza de que Alejandro no me estuviera tomando el pelo.

—El acertijo está guardado dentro de un sobre blanco.

Rebusqué en el cajón hasta que tuve entre mis dedos la carta. Abrí el sobre y saqué un fino y ajado papel. Lo desdoblé con cuidado y leí su contenido.

Jueves, 12 de febrero de 1920

A ti con quien sueño de noche y de día. Mi esperanza y mi fe. Sabes dónde guardo mis más oscuros secretos que tuyos son también. Tus desvelos nocturnos dan vida a mis ojos, ya que eres el logro de mis esperanzas y anhelos. El aire que respiras llena mis pulmones y me da vida. Y como sueños son ilusiones, sólo deseo que la muerte me ahogue. Mi susurro de locura, mi delirio consentido, eres la única ilusión que desde hace tiempo he vivido. Perdóname por lo que he hecho. Aunque sabes que mi amor por ti será eterno. Soñaré que me amas en nuestro rincón secreto, seduciéndome con tus sonrisas y tus miradas mientras yo guardo silencio eterno. Espero que mis últimas palabras alguna vez te sean entregadas. Quiero que descubras mis secretos y que con cada paso que des estés más cerca de mí. Espero que los caminos del Señor vuelvan a juntarnos en el más allá. Aguardo la muerte como la única esperanza. Este acertijo es para mi pequeño martirio.

Alma rota que vives callada, déjame llegar hasta ti. Juntos los dos al fin, amándonos; mi corazón se abrasa ante tu presencia. A un cuarto de las doce, mi vida se escapa por entre los pórticos de tu mirada. Llamas que consumen mi calvario de amor y locura. Mi piel que antes era blanca como el alabastro más puro, ahora se muestra cetrina y enfermiza. Mis rojos cabellos color de fuego, marchitos ya, han perdido su fuerza y su brillo, y caen de mi cabeza, como las hojas otoñales se desprenden de los árboles.

Atraviesa las paredes que me guardan y llega hasta mí, reina invernal. Tú que dominas el centro de una vasta comitiva, tú que cuando duermo por las noches me abrigas. En ti deposito mis esperanzas y anhelos. Guarda las cajas que encierran los secretos, en los huecos más oscuros de tu camino. Alberga en tu cálido seno mis confidencias. Arrastra tu parduzco viento bien lejos de mí. Todas mis lágrimas viven protegidas en tu yermo y frío útero.

A ti, mi dulce pesadilla.

Karen de Clara.

Releí varias veces la carta deseando ser yo la persona especial destinada a encontrar las pistas que conducían a los diarios, pero la triste realidad fue que no entendí nada de lo que allí se decía.

—No te esfuerces, lagartija. Mi familia lleva varias generaciones intentando descifrarlo y es imposible. Muchos creyeron que eran simples delirios de una loca.

Lo miré con el ceño fruncido. Mi instinto me decía que los diarios seguían ocultos en algún lugar de la casa, esperando.

Alejandro me dio permiso para copiar la carta y así poder leerla tantas veces como quisiera. Tras tomar una hoja y un bolígrafo me senté frente al escritorio y puse especial cuidado en hacer mi mejor caligrafía. Tanto me esforcé en mi tarea que en varias ocasiones rocé con la punta de la

nariz el folio sobre el que escribía.

—Sin lugar a dudas eres miope, lagartija —se burló Alejandro.

Yo hice oídos sordos y no paré hasta que acabé de transcribir la carta. Con la copia en la mano, más feliz que unas pascuas, me despedí del muchacho y me fui al jardín, donde estuve toda la tarde contemplando la hoja, intentando descifrar su contenido.

Durante varios días me estrujé la mente tratando de encontrar la solución por arte de magia. Pero nada. No le encontraba ni pies ni cabeza. Me obsesioné hasta tal punto que solía llevar la adivinanza conmigo a todas partes. A veces cargaba en una mano a Orejas y en la otra la hoja para leerla y releerla hasta la saciedad. De tanto manosearla se acabó poniendo muy guarra y arrugada. En una ocasión la madame me miró extrañada y se quejó de mi actitud con Sonia.

—Esta niña me preocupa cada día más —decía mirándome como si tuviera tiña, mientras las aletas de su nariz se agitaban de manera incontrolable—. ¿Es que cuando se encapricha con algo siempre tiene que llevarlo encima?

—Esto no es nada. Una vez llevó los mismos pantalones durante toda una semana, solo porque papá se los había regalado. —Sonia hablaba distraída, mientras la abuela me miraba con los ojos como platos.

—Al final voy a acabar por creer que en realidad esta niña no está muy bien de la azotea. —Ambas continuaron hablando de mí como si yo no estuviera presente. Ya estaba tan acostumbrada a ese tipo de comentarios que hacía oídos sordos, como si no fueran conmigo.

Desde hacía varios meses la relación entre ellas había cambiado mucho. Ya no se peleaban como antes. La abuela estaba muy orgullosa de Sonia. Le encantaba presumir ante los demás de los logros académicos de su nieta mayor, diciendo que algún día llegaría muy lejos. Siempre le alababa el gusto en la ropa y cuando mi madre se negaba a dejarla ir a una fiesta con sus amigos, la abuela salía en defensa de Sonia alegando que se lo tenía merecido por estudiar tan duro. Era difícil competir con una hermana tan perfecta, por eso no tardé en acostumbrarme a ser un cero a la izquierda. Yo no era ni tan lista, ni tan guapa y, por supuesto, tampoco tenía el gusto por la ropa cara que a mi hermana le encantaba comprar y que a mamá le costaba parte de su sueldo pagar.

Mi discreta presencia, que tanto disgustaba a la abuela, me permitió en más de una ocasión ser testigo de las confidencias que se daban entre ella y mi hermana. Era consciente que no estaba bien espiar por los rincones, pero ya era una adicción para mí y no podía vivir sin ella. Sin el diario de Karen, era el único pasatiempo que me quedaba en aquella mansión tan aislada del mundo real.

—Sonia —escuché una tarde decir a la abuela en el salón—, estás destinada a hacer cosas importantes. Tú no serás una empleaducha como tu madre o un ama de llaves como yo.

—Ya estás otra vez con eso, abuela. Me estoy rompiendo los cuernos por ir a la universidad y...

—Sí, hasta que venga un desgraciado y te deje preñada, como le pasó a tu madre —interrumpió mordaz la vieja arpía—. No es que yo culpe a tu padre, pero mi hija se merecía algo mejor. Y mira como se ve ahora por no hacerme caso, limpiando la porquería que otros ensucian. ¿Es eso lo que quieres para tu futuro?

—No, claro que no —respondió enardecida mi hermana, avergonzándose del duro trabajo que desempeñaba mi madre como sirvienta—. Aspiro a mucho más que a ser una simple fregona.

Al escuchar esto una rabia ciega se apoderó de mí. ¿Cómo se atrevía a infravalorar de esa

manera a nuestra madre? ¡Debería sentirse muy orgullosa de ella!

—Pues si de verdad deseas más, dejarás de ver a ese muchacho con el que te encuentras por las noches. —Sonia se puso pálida—. Soy vieja y no me puedes engañar como a tu madre. Sé desde el principio de tus escauceos en la vieja cabaña del bosque.

—No-no sé de qué me hablas, abuela. Creo que te confundes. —Sus mejillas se arrebolaron al decir tamaña mentira.

—¡Oh! Claro que sabes de qué te estoy hablando, jovencita. Conmigo no hace falta que disimules. Tengo grandes planes para ti, como los tenía para tu madre. Y te aseguro que si estás dispuesta a obedecerme en todo, acabarás siendo una gran señora como te mereces. Tendrás todo lo que puedas desear.

—Sí, desde luego. —Sonia soltó una sonora carcajada, que a la abuela no le gustó—. No me digas que te ha tocado la lotería o que vas a convencer a la señora de Clara para que me incluya en su testamento.

—Si fueras un poco más lista te darías cuenta de que hay muchas otras formas para llegar a ser una señora.

—¿Robando un banco?

—¡Adolescente insolente! —La madame se dio la vuelta y salió de la habitación maldiciendo la ignorancia de Sonia.

Me dio mucha rabia que la abuela tuviera tantas esperanzas en mi hermana y tan pocas en mí. A caso no veía lo mucho que me esforzaba para agradarle. Apenas advertía mi presencia y sin embargo jamás me alagaba como hacía con Sonia. Y por más que me esforzaba, mis notas rara vez superaban el aprobado. Para mamá eso era suficiente, ya que veía el empeño que yo ponía en lo que hacía. Sin embargo, la abuela ni siquiera aparentaba interés. Solo una vez juraría haber visto en su mirada una pizca de aprobación. Fue un viernes de la semana anterior. El cielo estaba encapotado y anunciaba lluvias. A las seis de la tarde me dispuse a ayudar a Alejandro en sus ejercicios de rehabilitación.

—Sujétame bien las piernas, lagartija —me pidió Alejandro estirado en el suelo para hacer unas flexiones—. No las sueltes, ¿eh?

Presioné con mucha fuerza sus rodillas para que no se movieran. El muchacho comenzó a ejercitarse. Por más que lo intentaba no conseguía inmovilizarle, así que dejé caer todo mi peso. Apreté y apreté hasta que los dientes me rechinaron y se oyó a mis espaldas un *prooop*. Se me había escapado un gas.

—¿Te has tirado un pedo?

Me puse roja como un tomate y Alejandro estalló en carcajadas. El color rojo de mis cachetes se intensificó. ¡Qué momento tan embarazoso! Me abaniqué con la mano sintiendo que la temperatura de la habitación había subido varios grados. Algo me alertó. Me sentí observada y giré la cabeza. La abuela estaba en el umbral de la puerta con una sonrisa en los labios. Al saber que la había descubierto, se vistió con su habitual capa de indiferencia y entró para informar a Alejandro de que ese día el fisioterapeuta llegaría tarde debido a un atasco. Y como llegó, se fue; sin mirarme ni una vez a los ojos. Me quedé desconcertada, preguntándome si lo que había visto era real o no. El comportamiento de la abuela era un misterio tan difícil de resolver como las últimas palabras de Karen. Ambos hechos solían quitarme el sueño durante las noches de invierno. Cuanto más trataba de comprenderlas, más confundida estaba. Lo único que disipaba mis dudas y preocupaciones era la compañía de Ángel y Roberta. Con mis amigos volvía a ser una

niña feliz y despreocupada. Nuestra amistad ya había florecido cuando la primavera mostró sus primeros colores. Algunos fines de semana solía quedarme a dormir en casa de ellos. Hecho que la madame censuraba de manera ferviente. No veía con buenos ojos que pasara la noche fuera de casa. Por suerte mamá jamás le hizo caso. Esos pocos días que pasaba en casa de Ángel y Roberta eran mi oasis en el desierto. Su hogar me recordaba mucho a mi antigua vida. Pasábamos largas horas jugando en el jardín, montando en bicicleta o yendo a comprar golosinas.

Con la llegada del verano, todo cambió. El último día de clase me despedí de Ángel y Roberta. Los dos hermanos se iban a pasar las vacaciones con sus abuelos a Italia como cada año. Entre lágrimas, juramos que nos escribiríamos. Cuánto deseaba que fuera septiembre para volver a estar con ellos.

En julio me ocurrió lo que tantas veces había leído en el diario de Karen. Llevaba días sintiéndome indispuesta. El pecho, que había comenzado a despuntar, me dolía más de lo normal y el simple roce de la camiseta me molestaba. Una señal inequívoca de que la adolescencia había llamado a mi puerta fue la mancha que me convirtió en mujer.

—Mi niña se está haciendo mayor —comentó mamá con emoción a Adela esa misma mañana, en la cocina.

—Y tanto. Es toda una mujercita. —Adela se acercó a mí para plantarme un sonoro beso en la mejilla—. Voy a regalarte un sostén de pollita.

Me hundí en la silla muerta de la vergüenza.

—No sé cómo se me ha podido pasar. —Mamá bajó la vista sintiéndose culpable—. No le he comprado ni un sujetador.

—Tampoco hay que montar un drama, mujer. Sara tiene muy poco pecho para su edad. —La cocinera, al ver como yo torcía el gesto, añadió—. Pero algún día se convertirá en una mujer muy guapa, seguro.

—Rafael decía que Sara sería más bonita que Sonia. —La mirada de mamá se iluminó al recordar a papá.

—Sólo decía eso porque Sara se parece a él —intervino mi hermana entrando por sorpresa en la cocina—. Papá siempre fue un hombre muy pagado de sí mismo.

Las tres nos reímos del comentario de Sonia. Era muy cierto, papá siempre presumía de ser alto, guapo, listo... Le decía a mamá, en tono de broma, que tenía que poner alguna vela a un santo por haber cazado a un partido como él.

—Bueno, hermanita, por ahí he escuchado que vas a ir a comprar algo de lencería con mamá... Me apunto. Necesito un culote. —Sonia se acercó hasta mí para observarme el pecho—. Tampoco tienes tanto. Tendrás que comprártelos con relleno.

—No le digas eso a tu hermana —intervino Adela, tratando de ocultar una risilla con una tos fingida—. No le saques los colores.

—No es para tanto. Yo uso relleno triple *push up*. Es lo más natural del mundo. Cuanto más pecho tiene una mujer, mejor. Más vale tener una delantera bien puesta, que un pecho plano.

—No digas tonterías, hija. —Mamá me miró de reojo—. Lo que importa de las personas es su interior, el cuerpo es lo de menos.

—Sí, claro. Por eso te casaste con papá.

Mamá y Sonia empezaron a discutir sobre en qué se fijaban primero los hombres cuando

conocían a una mujer: en el interior o en el exterior. Ambas se equivocaban. Los hombres no se fijaban en nada. Alejandro era un claro ejemplo. El primer día que me puse el sujetador, el muy ignorante me preguntó si me había cambiado el corte de pelo o algo. Dedicándole una mirada de disgusto, me marché de su dormitorio ofendida, dejándolo con la palabra en la boca. Me sentía una mujer hecha y derecha; quizás el sujetador había ejercido ese efecto en mí. Como un gallo que se pavonea en el gallinero caminé de aquí para allá sintiéndome toda una mujer adulta. Aunque cuando me cruzaba con algún empleado enseguida curvaba la espalda para ocultar mis nuevas protuberancias. En busca de intimidad salí de la mansión y paseé por el jardín soñando que era una belleza y que los hombres caían rendidos a mis pies. Cuando llegué al lago miré mi reflejo en la calmada superficie del agua, que parecía un cristal. Esperaba que me devolviera una imagen más adulta, pero solo estaba yo. Seguía teniendo poco pecho y el sujetador casi ni se notaba. Era una pieza cómoda y elástica que se adaptaba a mi cuerpo con demasiada discreción. Estaba decepcionada; tal vez debería haberme comprado los sujetadores con relleno.

Me aparté de la orilla y caminé otro trecho, hasta llegar junto a un sauce. Era un lugar discreto, apartado de las miradas ajenas. Lo había descubierto durante una de mis excursiones y solía ir allí muy a menudo para alejarme del constante ajeteo de la mansión. Cuando me disponía a sacar el acertijo de Karen del bolsillo de mi pantalón, unos gritos me asustaron. Era la voz de Sonia que cada vez se escuchaba más cerca.

—¡Estoy harta de ti y de tus órdenes! ¡No soy tu esclava! ¡Puedo hacer lo que quiera y cuando me dé la gana!

—¡Como te atreves a hablarme así! —exclamó como un energúmeno Cristian—. Lo he dado todo por ti. ¡Llevo un año viviendo en este pueblo de mala muerte, rompiéndome los cuernos en un trabajo de mierda. ¡Y tú aquí, viviendo como una reina!

—¡No digas tonterías!

Sonia se detuvo muy cerca de donde yo estaba para enfrentarse con Cristian. Yo me deslicé a un lado, ocultándome detrás del tronco del enorme sauce. Una abeja revoloteó a mi alrededor. Traté de apartarla de un manotazo, pero el insecto lo esquivó.

—¡Juraste que vendrías conmigo cuando cumplieras los dieciocho! ¡Joder!

—¡Las cosas han cambiado! ¡Ahora tengo otras prioridades! —Sonia hablaba con el mismo tono altivo de la abuela—. Si crees que voy a tirar por la borda mi futuro por estar contigo... ¡te equivocas!

—¿De qué narices estás hablando, Sonia?

—Te hablo de cosas que tú jamás entenderás.

La abeja se colocó muy cerca de mi cara. Di un paso atrás y soplé intentando no hacer mucho ruido. El condenado insecto ni siquiera se inmutó.

—¿Pero qué coño te pasa? ¡Sólo quiero estar contigo!

—Desde luego, para convertirme en una puta fábrica de bebés.

—¡Te has vuelto loca!

—No, simplemente aspiro a algo mucho mejor que tú. No tienes ni donde caerte muerto.

—¡No pareces tú misma, Sonia! ¡Quién te está lavando el cerebro?

Volví a darle un manotazo a la abeja para espantarla.

—Será mejor que lo dejemos. —Sonia se dio la vuelta, pero Cristian la sujetó por el brazo. Yo contuve un grito de dolor cuando la abeja me picó en el brazo y me rasqué como una posesa.

—No pienso dejarte ir.

—¡Suéltame!

Sonia forcejeó con Cristian, tratando de liberarse.

—¡No voy a permitir que te burles de mí!

Cristian rodeó la cintura de mi hermana y la besó a la fuerza. Sonia lo empujó y ambos terminaron rodando por el suelo. La pelea se transformó en algo mucho más oscuro y pasional. Los dos luchaban al mismo tiempo que se besaban. Con arrebatos se arrancaron la ropa el uno al otro. No comprendía el amor. Un momento antes, parecía que se iban a matar de lo enfurecidos que estaban y al siguiente, se abandonaban a la pasión, retozando encima de la hierba como dos gatos en celo. Volví a la mansión sintiendo que el brazo me escocía y me picaba. A la media hora el estómago comenzó a dolerme y me costaba respirar. Me introduje en la cama sintiendo que el mundo me daba vueltas. Cuando mamá vino a buscarme para cenar tenía fiebre y escalofríos. La picadura de la abeja me ardía en el brazo hinchado.

—Voy a llamar al médico, cariño —dijo mamá con preocupación fijándose en la enorme roncha roja que se extendía por mi piel.

Yo solo quería dormir, sentía que me asfixiaba, así que cerré los ojos.

—Sara, pequeña —escuché decir a Adela tratando de tranquilizarme—, el médico ya está en camino.

—*Reina invernal... Frío... Alabastro...* —murmuraba sin cesar una voz lejana en mis oídos —. *Fuego... Rojos... Llamas... Tú que cuando duermo por la noche me abrigas... Parduzco viento... ¡Despierta!* —Volví a abrir los ojos saliendo de mi delirante ensoñación.

—Tranquila, pequeña. Solo será un pinchazo y luego estarás mejor —me susurró un anciano a quien yo no conocía de nada, que llevaba un estetoscopio colgado del cuello. Luego se dirigió a mamá—. Le importaría traerme el maletín de piel marrón que he dejado en el salón junto a la chimenea.

«¿Chimenea?», pensé esforzándome por no cerrar los ojos. Chimenea... Eso era... Chimenea... Fuego... Rojos... Llamas... Reina invernal... Parduzco viento... Alabastro... Una chimenea. Me negué a caer en la inconsciencia, temiendo olvidar aquella valiosa información conseguida a través de un delirio febril. Sin embargo, la negrura del sueño invadió mi mundo y ya no pude pensar en nada más.

5

ESCONDIDO EN LO MÁS PROFUNDO

TARDÉ unos cuantos días en recuperarme por completo de la terrible reacción alérgica que me provocó la picadura de la abeja. El brazo aún me escocía cuando una tarde releí el acertijo de Karen. Sí, era muy probable que la solución fuera una chimenea. Mi único problema era que en la mansión había un sinfín de ellas; tardaría años en inspeccionarlas todas.

Repasé de nuevo la hoja manoseada que sostenía entre los dedos. Esta vez una frase me llamó la atención: «*Tú que dominas el centro de una vasta comitiva, tú que cuando duermo por la noche me abrigas*». Se estaría refiriendo Karen, quizás, a su propio dormitorio. Si mis deducciones eran correctas, los diarios habían estado todo el tiempo muy cerca de Alejandro.

Pasé casi tres días buscando dentro de las chimeneas de la biblioteca, sin ningún resultado. Al no encontrar nada allí, me dirigí al dormitorio de Alejandro para inspeccionar la última. Sucia de polvo y hollín me introduje por el hueco del hogar para escrutar en profundidad su interior.

—Lagartija, voy a tener que cambiarte el mote por el de carboncillo. —Sobresaltada, pegué un brinco y me golpeé la cabeza con un tocho. Salí rascándome el chichón que me empezaba a crecer en la cocorota—. ¡Vaya, estás espantosa! Fíjate, tienes las manos más negras que el carbón. Ten cuidado o lo vas a manchar todo.

Le saqué la lengua con disgusto y extendí las manos sucias hacia él. Alejandro retrocedió un par de pasos apoyándose en su bastón nuevo y levantó un brazo como si le estuviese apuntando con un arma.

—¡Oh, venga! No te enfades. No me he metido contigo ni una sola vez, excepto ahora. Y te puedo asegurar que me ha costado mucho no reírme de esa apariencia de cenicienta que tienes de un tiempo a esta parte.

Le dediqué una mirada inquisitiva, antes de darme media vuelta para colarme de nuevo por el hueco de la chimenea. Al escuchar la risa contenida de Alejandro, me giré furiosa, dispuesta a salir y mancharle la ropa con las manos, pero algo me detuvo. Mis ojos se posaron en el lugar donde me había golpeado momentos antes. Había un tocho de un color diferente a los demás. Intrigada lo empujé hasta que cedió y se precipitó al vacío.

—¿Qué haces, mocosa? ¿Qué es ese ruido? —La preocupada voz de Alejandro resonó en el interior de la chimenea.

Introduje la mano con valentía por el orificio abierto; no quería ni pensar en la cantidad de insectos que habría allí dentro. Exploré la rugosa superficie poco a poco, hasta tener casi todo el brazo dentro. Al mover los dedos percibí las patitas de una cucaracha correteando por encima de mi mano. Di un manotazo con asco y las yemas de mis dedos tocaron algo frío y metálico en la parte más alejada de la lumbre. A duras penas conseguí mover el objeto y sacarlo de su escondite.

—¿Qué es eso, lagartija? —preguntó Alejandro con curiosidad, al verme salir por el hogar con la caja en la mano—. ¿Estaba escondido ahí dentro?

Al asentir con la cabeza el polvo se desprendió de mi cabello y estornudé varias veces seguidas.

—¿Me la dejas ver? —El muchacho extendió las manos.

De buen grado le cedí la caja. Alejandro intentó forzar la tapa, sin conseguir que cediera.

—Parece que la maldita se resiste —comentó entre dientes—. Sara, te importaría traerme el abrecartas de plata que hay sobre el escritorio.

Hice lo que me pedía y, al entregarle el objeto, me incliné con curiosidad sobre Alejandro para ver como hacía palanca. La tapa se abrió por fin.

—¡Dios mío, Sara! ¡Lo has encontrado! Es increíble... ¿Dónde estaba? —Mediante signos le hice saber que dentro de un agujero—. Puede que haya más.

Negué con la cabeza.

—Quizás no has mirado bien.

Alejandro sacó algo del interior de la caja. Era un objeto envuelto en una tela raída. Con cuidado lo destapó dejando al descubierto el segundo diario de Karen. La tapa se veía vieja y maltratada. Me moría de ganas por sostenerla entre mis manos. Alejandro ojeó el diario y sonrió.

—Sin duda es su letra. Me parece increíble... Llevo buscándolo desde pequeño. Me sé la carta de memoria. La he leído miles de veces. No me lo puedo creer. ¿Cómo lo supiste?

Corrí al escritorio y garabateé con rapidez en una libreta.

—Tuve fiebre y soñé con él. —Alejandro se esforzó por leer mi mala letra—.

—Increíble. Mi familia ha intentado encontrarlo durante generaciones, y ahora vienes tú y lo localizas a la primera. —Me miraba fascinado—. Si no lo veo, no lo creo.

Estiré las manos esperando que me dejara mirar el libro, pero lo apartó de mí y sonriendo me dijo:

—No, no, no... Lagartija. Antes lo voy a leer yo, para verificar que es apto para todos los públicos. Tengo que velar por tu inocencia.

Me disgustó mucho su actitud prepotente. Ya era mayor y estaba más que preparada para leer el contenido del segundo diario. Me dirigí hacia la puerta con la cabeza muy alta, giré el pomo y le eché un último vistazo a Alejandro, que estaba leyendo con voracidad el libro. Muerta de envidia abandoné la habitación.

El colegio empezó en septiembre. Mi tutora nos informó de que ese año Ángel Giovanni y Roberta tardarían un poco en incorporarse a las clases, su abuelo había enfermado y aún estaban en Italia. Sin mis amigos, la escuela era insoportable. Los profesores me castigaron varias veces por estar contemplando las musarañas. Dos semanas después de mi descubrimiento, Alejandro me informó de que el contenido del diario no era idóneo para niños y se negó a dejármelo. Esto me enfureció aún más; si no fuera por mí, jamás lo hubiese encontrado. Decidida a no darme por

vencida, resolví retomar mis incursiones nocturnas en el dormitorio de Alejandro durante los fines de semana.

Un sábado por la noche a mediados de octubre me arrastré por la trampilla hasta la biblioteca, hacía meses que no la utilizaba. Alejandro dormía en la cama con el diario sobre su pecho. Me acerqué a él conteniendo la respiración y le sustraje el diario como si fuera un diestro ladrón. Con mi pequeño tesoro en las manos me dirigí a la biblioteca y me senté en uno de los cómodos sofás para comenzar la lectura.

Lunes, 29 de junio de 1908

Querido diario:

Hoy ha sido un día de lo más peculiar. Me he despertado todavía conmocionada por lo sucedido anoche. No puedo dejar de pensar en el beso de Abel. Aún ahora se me enrojecen los cachetes con solo pensarlo. He pasado toda la mañana caminando por la mansión como sonámbula, subida encima de una nube.

...

Soraya vio la cara de ilusa que llevaba Karen y no dudó en acercarse a ella para interrogarla; estaban las dos solas en el pasillo.

—¿Se puede saber a qué se debe esa cara de oveja degollada? ¿Ha pasado algo de lo que deba enterarme?

—No.

La fría mirada de Soraya escrutó a Karen de la cabeza a los pies.

—¿Qué estas tramando?

—Nada.

Abel salió de uno de los pasillos con un saco de trigo cargado al hombro. Al ver a Karen se puso pálido y caminó tenso como un palo. Las mejillas de Karen se tiñeron de rubor al tiempo que una sonrisa bobalicona se dibujaba en sus labios. Soraya la miró con enfado.

—Escúchame bien, estúpida. ¿O me dices qué te hace tanta gracia o se lo cuento todo a tu padre?

Karen la ignoró, sin dirigirle la palabra siquiera. Su mirada buscó la de Abel. El muchacho carraspeó al detenerse junto a Soraya, dejando el costal en el suelo.

—¿Dónde quieres que deje esto?

—En la cocina, dónde si no. —Soraya no apartó sus ojos de Karen—. Tú y yo hablaremos más tarde. ¡Sígueme, estúpido!

La sirvienta avanzó por el pasillo hecha una furia.

—Perdóname por lo que pasó anoche —se disculpó Abel sin moverse.

—Yo...

—A qué esperas, cretino —gritó Soraya al final del pasillo—. No tenemos todo el día. ¡Vamos!

Abel tomó el costal al hombro y dio un par de pasos en dirección a Soraya.

—Te espero esta noche donde siempre —susurró Karen con nerviosismo.

Abel asintió antes de salir disparado hacia la cocina.

Durante el almuerzo Karen aún seguía un poco atontada, por eso no supo cómo detener la

deslenguada boca de Soraya, que no dejaba de lanzarle dardos envenenados delante de sus padres sobre el extraño comportamiento que había mantenido esa mañana. La muy insolente quería poner en guardia a los señores de Clara para que la castigaran, aunque no consiguió su objetivo.

...

A medianoche me he escapado por la trampilla del ropero para acudir a mi cita con Abel, como siempre me esperaba bajo el sauce. Al principio no hemos intercambiado ninguna palabra. He comenzado a transpirar debido a los nervios y al final he sido yo la que ha roto el hielo. Le he dicho que era mejor que olvidáramos lo sucedido. Hemos jurado que seríamos amigos por los siglos de los siglos y que no volveríamos a repetir... ya sabes qué... nunca más. Espero que jamás vuelva a sentir esa cosa rara que había entre nosotros hoy. Me sentía incómoda y no me gusta.

Karen.

Cada fin de semana, siempre que podía, me colaba en la habitación contigua para leer el bendito diario. La mayor parte de las veces, la ubicación del manuscrito era inalcanzable, tanto que para conseguirlo tenía que hacer mil y una peripecias. Ni el mismísimo Indiana Jones hubiese sido capaz de sustraerlos sin hacer el más mínimo ruido como hacía yo. Estoy convencida de que el muy cretino de Alejandro, intuyendo mis andanzas, había decidido ponérmelo difícil. Distraída en mis idas y venidas, los días y las semanas pasaron con rapidez.

El último viernes de octubre Alejandro se marchó con Tomás a Barcelona. Tenía que hacerse unas pruebas médicas, así que iba a pasar todo el fin de semana fuera de la mansión. Sin temor a ser descubierta me colé en su dormitorio para disfrutar del diario. No entendía por qué Alejandro me había prohibido su lectura, no había nada escandaloso o incorrecto en él. Hasta la fecha, Karen y Abel seguían siendo los mejores amigos del mundo. Tanto, que el furtivo beso de la cueva se había perdido en el silencio, convirtiéndose en un tabú más de los muchos que habían comenzado a surgir entre ellos.

...

Karen contemplaba la calle desde una ventana del internado para señoritas donde estudiaba, observando a un hombre uniformado de negro que cargaba tres juegos de maletas. Esperaba con ansia que llegaran las vacaciones de Navidad para regresar a casa. Abel le escribía cada semana, pero sus cartas le sabían a poco. Además, ese año había tenido la mala suerte de compartir dormitorio con Claudia de la Cruz, quien le estaba haciendo la vida imposible. Ya no se conformaba con esconderle los cepillos o los camisones para fastidiarla, su osadía había llegado tan lejos que hacía una semana, enrabiada tras la reprimenda de una monja por haber repartido las cintas del pelo de Karen entre todas sus compañeras, destrozó uno de sus mejores vestidos. En cuanto las hermanas se enteraron de lo sucedido la expulsaron del colegio siete días. Y el plazo había llegado a su fin. Gracias al estúpido comportamiento de Claudia, Karen no había tenido que soportarla durante una buena temporada. Pero nada es eterno...

—¡Por fin en casa! —exclamó Claudia entrando en la habitación—. ¿Me has echado de menos, querida?

—Desde luego. Mi vida sin ti ha sido una agonía.

Karen continuó mirando por la ventana, sin prestarle atención a la recién llegada. El hombre uniformado de negro entró en el dormitorio y dejó las tres maletas junto a la cama de Claudia.

—Puedes marcharte, Pau —ordenó Claudia quitándose los guantes de piel.

El hombre abandonó el dormitorio en silencio, igual que había llegado. Claudia caminó hasta Karen y le dio un pellizco en el brazo.

—Como vuelvas a chivarte con las hermanas no dudaré en cortarte tu hermosa melena al cero. Estarás preciosa, ya lo verás.

—Estás loca.

—Lo que tú digas. Prefiero estar loca a ser una sosa. Por cierto, ¿sigues recibiendo esas cartitas tan ñoñas de tu amigo el pobretón?

—¡Cállate!

—Me muero de ganas por saber qué te ha contado esta semana.

Karen sabía que la muy desgraciada solía revolver entre sus cosas para encontrar las cartas de Abel. En varias ocasiones la había pillado leyéndolas en voz alta con su grupito de amigas. Ya ni siquiera trataba de fingir que Karen le caía bien.

—Por cierto, mi padre me ha informado de que estas Navidades las pasaremos juntas.

—¿Cómo? —Karen no dio crédito a lo que escuchaba.

—Papá se disculpó con don Ernesto por mis pequeñas travesuras y tu madre nos invitó a pasar las Navidades con vosotros. Va a ser muy divertido, ya verás.

Claudia sacó unas tijeras del bolsillo de su abrigo y cortó el aire.

...

Cada día la soporto menos. ¿Cómo se atreve a amenazarme con cortar mi pelo? ¿Acaso está loca? Y eso de qué va a pasar las Navidades con nosotros está por verse. No soporto que toque mis cosas y estoy segura de que quiere fastidiarme con Abel. ¡La odio! Siempre metiéndose donde no la llaman.

Karen.

El frío seis de noviembre llegó, y con él mi tercer cumpleaños sin papá; ese día cumplía catorce años y le extrañaba muchísimo. Al llegar del colegio me sorprendí al encontrarme con buena parte de los empleados de la casa reunidos en la cocina.

—¡Felicidades! —gritaron todos al unísono.

Me quedé anonadada mientras un mar de besos y abrazos me envolvía, conduciéndome por la cocina como una botella vacía que navega a la deriva de ola en ola.

—Es increíble cómo pasa el tiempo —comentó Gertru, tendiéndome con cariño un paquete—. Esto es para ti, cielo. Espero que te guste.

Desenvolví el regalo con emoción; era mi frasco de colonia preferida. Me abalancé sobre Gertru y le di un sonoro beso.

—¿Sigo de una pieza? —murmuró la anciana palpándose el cuerpo—. Chiquilla, a una vieja como yo no se le puede dar esos achuchones. Me podrías haber roto un hueso o algo.

Los empleados comenzaron a reírse animados por los chistes de Gertru. Pronto, Adela sirvió una rica tarta de trufa, acompañada por unos canapés y algunos refrescos, que todos alabamos y engullimos en un santiamén. Incluso la madame hizo acto de presencia y, aunque no me felicitó, probó un bocado de la tarta de chocolate. Una idea perversa me cruzó por la mente cuando vi que la abuela pretendía tomar asiento, aunque la cháchara interminable de Gertru se lo impedía. ¡Hazlo! —me gritó una voz desde lo más profundo del subconsciente—. Con una sutil inclinación, coloqué el plato con restos de pastel sobre la silla que iba a ocupar la madame y me alejé rumbo a

mi dormitorio con sigilo, sin despedirme de nadie.

—¡Pero qué diablos...! —escuché gritar a la madame en la distancia. Una sonrisa se dibujó en mi cara y en silencio le di las gracias a los diarios de Karen. Un trozo de pastel sobre una silla era algo muy natural en una fiesta; a nadie se le podía echar la culpa de nada, cosas así pasaban...

Al llegar a mi habitación de muy buen humor, me encontré con una pequeña caja encima de la almohada, junto con una nota. Agarré el papel y comencé a leer.

¡Feliz cumpleaños, pequeña lagartija! Hace algunos días escuché por casualidad a alguien decir que hoy era tu cumpleaños. Te he comprado un regalito para que siempre que lo lleves puesto te acuerdes de mí. Deseo que te guste.

Alejandro.

Tomé la caja y desenvolví el lazo que la cubría, dejando al descubierto unos hermosos zarcillos en forma de lagartija, cubiertos de relampagueantes esmeraldas. El corazón me palpitaba de emoción en el pecho. Eran los pendientes más espectaculares que había visto en mi vida.

La primera vez que los utilicé fue el veinticuatro de diciembre, Nochebuena. Esas Navidades se iban a celebrar por todo lo alto en la mansión, que volvía a brillar con su antiguo esplendor. Alejandro y la misteriosa señora de Clara habían invitado a un gran número de personalidades catalanas. A las ocho y media de la tarde, me vestí con mi mejor ropa, por si me cruzaba con algún invitado de alcurnia. Elegí una camisa blanca combinada con una falda de vuelo color caqui, que me llegaba por debajo de las rodillas. Para completar el conjunto me puse unas medias blancas, que acompañé con unas cómodas manoleteras negras. Llevaba todos los regalos que me habían hecho los empleados de la mansión por mi cumpleaños.

En el espejo del cuarto de baño contemplé mi reflejo infantil; deseaba tener el valor de ponerme un conjunto mucho más atrevido, como seguramente harían mis compañeras de clase. Casi todas iban vestidas a la moda, con estrechos pantalones y ceñidas camisetas, bajo las cuales utilizaban sujetadores con relleno. Era consciente de que nunca sería de ese tipo de chicas. Yo pertenecía al grupo de los marginados: camisetas anchas, gafas, aparatos para los dientes y pantalones por encima del tobillo.

Los primeros invitados comenzaron a llegar cuando bajé por la escalera. La cocina parecía un gallinero. Había mucho ruido y el mundo entero se movía a su compás. Las sirvientas que habían contratado para esa noche iban de un lado a otro con las bandejas y los vasos de bohemia. Mamá llevaba un uniforme negro, acompañado con un gracioso delantal blanco.

—Hola, cariño. Estás preciosa.

—Pareces un ángel —comentó Adela dejando sobre una mesa dos bandejas de canapés.

—¿Puedes ayudarme a llevar esto, Sofía? —preguntó Gertru a mamá, peleándose por mover un carrito con una estatua esculpida en hielo—. Nos la han traído para la mesa principal, pero cómo siga aquí se va a derretir.

Mamá me contempló con tristeza.

—Cariño, el deber me llama. No pongas esa carita. Vas a cenar aquí con Tomás y Adela. Te va a encantar, ya verás.

Mamá ayudó a Gertru con el dichoso carrito que se resistía a moverse. Un sentimiento de congoja me embargó. Mamá estaba muy ocupada y no iba a tener tiempo de estar conmigo.

—Hoy va a ser una noche muy especial —me animó Tomás, tendiéndome un canapé de marisco—, conozco un lugar perfecto para ver la fiesta sin que nadie se entere. Te lo enseñaré después de cenar, ¿de acuerdo?

Algo más tranquila asentí con la cabeza. Sería fantástico poder observar la fiesta desde un sitio privilegiado. Quince minutos más tarde, mamá regresó a la cocina con el carrito vacío. Tras ella iba la abuela ataviada con un traje de terciopelo negro que la cubría de pies a cabeza. Estaba deslumbrante.

—¿Dónde está Sonia? —preguntó mamá, al ver a la abuela—. Pensé que estaba con usted.

—Está terminando de arreglarse —respondió la madame en tono solemne.

—¿También está invitada a la fiesta? —Adela parecía sorprendida.

—Desde luego. Le he pedido permiso a la señora. —La mirada altiva de la madame no se amilanó ante los presentes—. Creo que mi nieta merece divertirse un poco después de sacar tan buenas notas, ¿no te parece?

—Sí, claro —respondió Adela—. Supongo que se lo tiene merecido.

—Y Sara ¿está también invitada, madre?

—Claro que no. ¿En qué cabeza cabe? No quiero que esa niña me deje en ridículo correteando por todas partes como un animalillo salvaje. Además, sería muy embarazoso tener que explicar... su situación. —Hizo una pausa para comprobar que sus palabras me habían afectado—. Como comprenderás, lo más conveniente es que se quede en la cocina.

—Espero que algún día te resbales con toda esa basura que sale por tu boca y te rompas el cuello, Soledad —murmuró la cocinera, mirando a la abuela con resentimiento. La madame se hizo la sorda.

La relación entre la abuela y Adela era algo peculiar: a veces se comportaban como las mejores amigas del mundo, haciéndose confidencias la una a la otra, mientras que en otras ocasiones parecían cánibales apunto de despellejarse.

A mí me daba igual estar invitada o no. El simple hecho de ver aquella fiesta, aunque fuese desde la cocina, me hacía ilusión. Por eso, disfruté mucho comiendo aquellos deliciosos platos en compañía de Tomás y Adela. El matrimonio me contó anécdotas sobre la infancia de Alejandro. Me reí hasta que el estómago me dolió. Después el viejo chofer me condujo por la escalera de servicio hasta un pasillo del nivel superior, que daba a la amplia sala.

—Desde este lugar nadie se fijará en ti. —Tomás me sonrió, acariciando con los dedos una de mis largas trenzas—. Si te aburres baja por aquella escalera de allí, da al jardín trasero, cerca de la cocina. Diviértete, pequeña.

Todo se veía de color dorado. Parecía un cuento de hadas. La gente se reunía en grupos reducidos y hablaba sin alzar la voz. Localicé a mamá sirviendo cava entre unas elegantes señoras que no repararon en ella, ni por un segundo.

Alejandro también estaba presente, rodeado de chicos de su edad. Él era el más alto y guapo de todos. Vestía de etiqueta con un impoluto frac negro, una camisa blanca y una graciosa pajarita anudada al cuello. Ese día no llevaba bastón, sólo lo usaba cuando había humedad o si estaba muy cansado. Parecía imposible creer lo mucho que había cambiado desde mi llegada a la mansión; ya no era antipático ni arisco, ahora casi siempre lucía una amplia sonrisa.

En su círculo de amigos, de repente, se hizo el silencio con la llegada de alguien. Todos se hacían gestos indicándose unos a otros que se dieran la vuelta para ver algo espectacular. Yo

también giré la cabeza para buscar eso que había llamado tanto su atención, y me encontré con mi hermana, que caminaba entre la gente acompañada por la abuela. Sonia llevaba un hermoso vestido de gasa en color turquesa que le daba un toque etéreo, como si fuera una ninfa salida de un cuento. La sonrisa se congeló en los labios de Alejandro al mirar el bello rostro de mi hermana. A pesar de la distancia, percibí la tensión que se produjo entre los dos cuando mi abuela los presentó. El joven tragó saliva con mucha dificultad y volvió a sonreír.

La música comenzó a sonar y Alejandro le tendió el brazo a Sonia, quien aceptó encantada bailar con él. Un sentimiento de celos se apoderó de mí; hacían una pareja perfecta. Lo más curioso de todo era que ambos me recordaban un poco a Karen y Abel. Era como si los dos amigos se hubiesen vuelto a reencontrar en otra fiesta, durante otra vida... Yo, que por regla general era tan fantasiosa y romántica, no me alegré mucho con este pensamiento. Envidié la sublime apariencia de mi hermana, que encajaba tan bien entre los fornidos brazos de Alejandro. La pieza de música terminó y pensé que con ella también finalizaría mi agonía, pero me equivocaba, la pareja continuó bailando. Era como si ambos estuvieran bajo la influencia de un hechizo.

La abuela miraba a la pareja con orgullo, apoyada en una columna junto a una elegante mujer de edad avanzada, que con el tiempo descubriría que era la señora de Clara. La mujer observaba a Sonia con el ceño fruncido y una expresión hosca en la cara. La abuela debió hacer algún comentario desdeñoso que no le sentó muy bien a la doña, ya que fulminó a la madame con la mirada, vaciando el contenido de su copa de un trago, para alejarse con elegancia hacia un grupo de invitados.

Cabizbaja me dirigí a la escalera de piedra y descendí hasta el jardín. Deseaba ser mayor y estar en esa fiesta para bailar con Alejandro. La luna se alzaba en su plenitud sobre mi cabeza, bañando la noche con su resplandor. Contemplé a través de los ventanales a la gente que danzaba al ritmo de la música.

—¡Maldita sea!

Cristian estaba con la nariz pegada al cristal, varios metros más allá, mirando atónito a su novia en brazos de otro hombre. Me apresuré a ocultarme tras un rosal, observando al enfadado muchacho, que extrajo un teléfono móvil del bolsillo trasero de su pantalón e hizo una llamada.

—No puedo volver aún. Sonia... —Cristian guardó silencio y se alejó hablando por el móvil—. Lo sé. Pero ella me ama y terminará accediendo... Papá, necesito más tiempo. No, no voy a dejarla irse de rositas. Lo tengo todo bajo control. Sí, seré paciente. No te preocupes. Solo necesito tiempo para arreglar el tema de los papeles... —Su voz se perdió entre la negrura de la noche.

Pasé un buen rato en la más absoluta soledad, estupefacta. Algo me decía que Cristian tarde o temprano perjudicaría a mi hermana. Desde la primera vez que lo había visto tuve ese extraño presentimiento.

Una gota de sangre resbaló por mi mano. Miré con asombro el tallo espinoso del rosal que estaba agarrando con fuerza. Me había hecho un pequeño corte. El dolor perdió importancia cuando escuché las alegres notas de una pieza de Bach, que atravesaba los ventanales del salón inundando el jardín. Guiada por esa melodía corté una flor y la enredé en mi pelo. Con solemnidad, hice una reverencia al aire y comencé a danzar con un caballero imaginario, bajo los plateados rayos de la luna. El frío desapareció de mi cuerpo por arte de magia.

Cuando se abrió uno de los ventanales que daban al jardín, el sonido del interior de la sala se

hizo más presente, dando la sensación de que la fiesta estaba en realidad fuera. Dancé con los ojos cerrados, embriagada por mi propia ensoñación. La sensación de estar siendo observada me hizo abrir los párpados. Me encontré con la desconcertada mirada de Alejandro, quien me contemplaba fascinado, oculto en la penumbra. Al principio pensé que era otra de mis locas fantasías, pero el muchacho estaba frente a mí, con una amplia sonrisa en el rostro.

—Si tantas ganas tienes de bailar, lagartija, por qué no entras dentro y te diviertes un rato. —Negué con la cabeza—. Claro, se me olvidaba que eres demasiado tímida. Tú jamás serías capaz de colarte en un lugar al que no has sido invitada. Bueno, ya que no quieres entrar y yo me empiezo a congelar ¿qué te parece si bailas conmigo?

Me tendió el brazo haciendo una anticuada reverencia, como si de un caballero medieval se tratara. Sonreí al tomarle de la mano fingiendo ser una de esas princesas de largos y rizados cabellos que aparecen retratadas en los cuadros de la época. Alejandro posó su mano sobre mi cintura, juntó nuestros cuerpos y apretó mis dedos entre los suyos. No pude evitar emitir un pequeño gemido de dolor al sentir la herida que tenía en la palma de la mano.

—¿Qué te pasa, lagartija? —me preguntó justo antes de reparar en el arañazo que surcaba el dorso de mi mano, por el que corría un hilillo de sangre—. ¿Cómo te has hecho esto? —De improviso, se llevó mi mano a la boca, para succionar la sangre que fluía de la herida—. Listo.

Su oscura mirada me contemplaba con diversión. El bochorno me había hecho enrojecer hasta las orejas. Con un rápido movimiento, me colocó frente a él y sin mediar palabra comenzamos a bailar, como había fantaseado toda la noche, al ritmo de una hermosa melodía.

—Ya veo que se ha puesto los pendientes que le regalé, milady —comentó retomando el juego de caballero medieval—. Le quedan muy bien. —Mis mejillas de nuevo se prendieron en llamas ante su cumplido.

Continuamos moviéndonos al ritmo de la música, simulando ser cortesanos del siglo quince, haciendo complicadas reverencias y minués. Alejandro de vez en cuando pasaba su brazo por encima de mi cabeza y me hacía girar hasta marearme. En una de esas vueltas, terminé enredándome en una postura antinatural entre sus brazos y ambos estallamos en carcajadas.

—¿Qué estáis haciendo aquí los dos solos? —La voz chillona de la abuela rompió la magia del momento. Alejandro y yo nos separamos como si estuviéramos haciendo algo malo.

—Solo bailábamos un poco.

Al ver la ira reflejada en el rostro de la madame, Alejandro apartó con rapidez la mano que tenía sobre mi cintura. La aprensiva mirada que me dedicó la abuela esa noche no se me olvidará jamás, estaba plagada de odio y repulsión. Sentí que se fijaba en mí por primera vez, evaluándome.

—Alejandro, será mejor que vuelvas a la fiesta. Tu abuela ha preguntado varias veces por ti. —La vieja moduló la voz para que sonara de nuevo tranquila y sosegada. El muchacho, algo reticente, se disculpó y se internó de nuevo en el atestado salón de baile—. Parece que no te tengo suficientemente vigilada, niña.

Como en mi primera noche en la mansión, la abuela me agarró por el brazo y me condujo hasta mi habitación.

—Quítate esa ridícula ropa que llevas puesta y métete en la cama, ¿me has entendido? —Asentí, acongojada—. Para ti se ha terminado la fiesta.

No entendía el motivo de su enfado. Alejandro y yo sólo habíamos bailado en el jardín. No

habíamos hecho nada malo.

—Hoy me has recordado a tu padre más que nunca, niña. Y no voy a permitir que la historia de tu madre se vuelva a repetir. Esta es mi oportunidad de poner a cada quien en el lugar que le toca.

La abuela salió de la habitación, dejándome sumida en las tinieblas de la ignorancia. Me fui a dormir con la sensación de haber descubierto la punta del iceberg. Sin saberlo, la abuela me había puesto sobre la pista del secreto más importante y mejor guardado de nuestra familia.

A media noche me despertaron unos golpes en la puerta. Con los ojos pegados por el sueño me levanté para abrir, vestida con un amplio y feo camisón de franela. Alejandro, algo ebrio, me esperaba apoyado en el marco.

—Hola, pequeña lagartija. Perdona que te despierte a estas horas. Sólo quería saber si tu abuela ha sido muy dura contigo. Te prometo que mañana hablaré con ella. —Con una sonrisa ladeada, tomó una de mis trenzas entre sus dedos y tiró con suavidad de ella. La camisa estaba entreabierta con la pajarita colgando desecha del cuello—. Hasta mañana, mocosa.

Lo vi marcharse hacia su habitación, tambaleándose. Se iba a quedar frito tan pronto cayera sobre la cama. Entonces supe que aquella era mi oportunidad para leer el diario de Karen y no iba a dejarla pasar. Bien entrada la madrugada me colé por el ropero y me dirigí hacia el dormitorio de Alejandro, que dormía como un bebé. El diario descansaba sobre la mesita de noche.

Viernes, 18 de marzo de 1910

Querido diario:

Falta muy poco para que lleguen las vacaciones de primavera. Claudia no para de mandarme indirectas para que la invite a pasar la Semana Santa en mi casa otra vez. Lo peor es que madre está encantada con la idea. Acaso no recuerda como Claudia dejó caer una taza de café hirviendo sobre mis pies las pasadas Navidades o como quemó “por accidente” varios peluches que padre me había regalado al encender las velas del Belén. Insignificancias según madre, a lo sumo, chiquilladas para llamar la atención. Una vez más sus pretensiones son capaces de hacerla obviar esas pequeñas minucias, como ella las llama, hechos que siempre van dirigidos en contra de mi persona.

Me desespero con solo pensar que tengo que soportarla durante las vacaciones, aunque voy a tener que resignarme a la idea, sobre todo después de los últimos acontecimientos. Hace poco más de una semana, la joven madrastra de Claudia murió en su séptimo mes de embarazo. Al parecer, durante sus dos años de matrimonio, tuvo graves problemas para quedar encinta. El embarazo fue una sorpresa inesperada. Por desgracia acabó teniendo un aborto natural que le causó una infección muy grave.

En la escuela se rumorea que el conde de la Cruz, un viejo baboso, está tan obsesionado por tener un hijo varón, que se ha desposado hasta en cuatro ocasiones con jovencitas, no mucho mayores que Claudia, para concebir un primogénito. Dicen que cada una de sus esposas ha muerto en extrañas condiciones. Algunas compañeras le llaman barba azul. No creo que sea verdad, seguro que es una exageración de las malas lenguas. Sé que tengo que darle el pésame a Claudia, aunque no me apetece mucho.

...

Karen entró en el dormitorio que compartía con Claudia sin hacer ruido. Esperaba que la muchacha estuviera llorando en la cama por la muerte de su madrastra. En cambio, la encontró

frente al espejo probándose vestidos negros, como si fuera lo más natural del mundo asistir a un entierro.

—Yo... solo quería decirte que lo siento mucho, me acabo de enterar de lo sucedido —dijo Karen, esforzándose por sonar sincera.

—No te preocupes. —Claudia habló con resignación—. No creo que mi padre tarde mucho en encontrarle una sustituta. ¿Te parece que este vestido me hace gorda?

Karen la miró con los ojos abiertos como platos, pasmada por su frialdad.

—¿Cómo puedes estar tan tranquila?

—¿Y qué se supone que debo hacer? ¿Romper a llorar?

Karen salió del dormitorio dejando a Claudia tarareando una alegre melodía frente al espejo. Los pies de Karen caminaron veloces por el pasillo hacia los aseos. Sentía náuseas. Claudia de la Cruz la enfermaba.

...

Algunas personas no tienen alma en el cuerpo. Me asusta el pensamiento de acabar convertida en una aristócrata sin corazón, dominada por el materialismo y la ostentación de la clase a la que pertenezco. Y, sobre todas las cosas, me espanta la idea de permanecer junto a un hombre al que no amo por miedo al qué dirán o por temor a perder mi posición social. No quiero terminar como mis padres.

Karen.

La Semana Santa llegó y Claudia se salió con la suya. Aceptó la invitación de la madre de Karen y viajó hasta la mansión para recuperarse un poco de la dura pérdida de su madrastra. Tras verter unas cuantas lágrimas de cocodrilo, volvió a convertirse en la chica despreocupada y frívola de siempre. Lo curioso es que a nadie le pareció raro ese cambio de actitud. En ese mundo hipócrita, mantener las apariencias era lo único que importaba.

Claudia se pasaba el día entero detrás de Abel, no lo dejaba ni a sol ni a sombra: le preguntaba sobre sus tareas, lo perseguía por el lago e incluso en una ocasión le pidió que la enseñara a pescar. Por culpa de esa arpía desalmada, Karen no pudo estar a solas con Abel ni una vez. Al principio, Karen pensó que Claudia lo hacía solo para mortificarla, pero el día en que volvieron al internado comenzó a dudar.

—¿Te importaría subir a mi dormitorio? —Claudia se ruborizó al mirar a Abel—. Creo que me he dejado una maleta. Está dentro del armario.

El muchacho hizo el ademán de moverse, pero Karen lo detuvo.

—Si tanto quieres tu maleta, será mejor que subas a buscarla tú misma.

—No pasa nada, Karen. A mí no me importa.

Abel le sonrió a Claudia y subió dejando a las dos muchachas solas en el recibidor.

—Es un encanto. —Claudia se mesó el cabello y se mordió el labio inferior—. No es tan soso como yo creía...

—¿De qué estás hablando?

—De nada en absoluto.

La expresión enamorada de su compañera de dormitorio disgustó a Karen sobremanera. Le gustaría saber en qué estaba pensando Abel. Cómo podía ser tan educado y cortés con su peor enemiga. Él sabía mejor que nadie que no podía ni verla.

Cuando Abel le entregó la maleta a Claudia, ella retuvo las manos de él unos instantes y le dio las gracias. Abel tartamudeó un poco, poniéndose rojo como un tomate. Karen dejó de escribir en el diario durante los tres meses siguientes. Por culpa de ese último incidente con Claudia, se había olvidado el diario en casa.

A finales de junio, ya cumplidos los dieciséis años, Karen retomó sus anotaciones en el diario para hablar de la fiesta de presentación en sociedad de Claudia, celebrada en un edificio emblemático situado en pleno Paseo de Gracia. Al parecer, el importante evento quedó retratado en las páginas principales de los periódicos con más renombre de la época. Durante el acto, Karen se aburrió como una ostra. Ni siquiera llevar un vestido de ensueño salvó la tediosa noche. Cuando por fin llegó la hora de partir, el Conde de la Cruz hizo acto de presencia.

—Han sido tan considerados con mi pobre Claudia que sólo puedo devolver el favor abriéndole las puertas de mi casa a su adorable hija —se despidió con una ligera inclinación de cabeza el padre de Claudia—. Puedes venir aquí a pasar unos días cuando quieras, bonita.

—Es muy amable, señor, pero no hace falta que se tome tantas molestias —respondió Karen, sonriendo por compromiso.

Su madre le hizo un gesto con la cabeza y Karen le tendió una mano al Conde de la Cruz para que se la besara.

—Tú puedes llamarme Alejandro, querida. No soy tan mayor. —El hombre sonrió con coquetería, acariciándole la mano con el pulgar.

Un escalofrío de asco recorrió el cuerpo de Karen cuando el conde se inclinó para posar sus labios húmedos sobre la fina piel de la mano femenina. Era un hombre mayor, delgado y de rasgos duros.

Al llegar esa noche al hotel, tras la agobiante velada, el padre de Karen recibió un telegrama donde se le notificaba que se requería su presencia de manera inmediata en la mansión. Elena, la madre de Abel, había fallecido esa misma tarde.

Ernesto de Clara, muy afectado, hizo coger lo imprescindible a su mujer e hija para partir rumbo al caserón. Llegaron entrada la madrugada. Un silencio sepulcral les rodeaba cuando atravesaron las verjas de la finca. Abel estaba sentado en las escaleras del pórtico principal, esperándolos. En cuanto vio entrar a su patrón, se echó en sus brazos, como si se tratara de su propio padre, y lloró con desconsuelo por la muerte de su madre. Karen corrió junto a su amigo para confortarlo. Aurora de Clara observó la escena censurándoles con la mirada. No podía llegar a entender por qué su marido y su hija estaban tan afectados por la muerte de una empleada.

En los días posteriores al sepelio, Karen apenas escribió en el diario. Tan preocupada estaba por consolar a Abel que ni cuenta se dio del estado depresivo en que vivía su padre, que apenas comía y se pasaba las horas encerrado en el despacho, solo, con una botella de ron. No fue hasta una tarde tormentosa, llena de gritos que se solapaban con los truenos y la lluvia, cuando Karen descubrió la verdad, sentada en las escaleras que estaban situadas junto a la puerta del despacho, durante una discusión monumental entre sus padres.

—¿Cómo te atreves? ¿Es que no tienes dignidad? He tenido que aguantar tu aventura con esa lavandera por más de cinco años y nunca me has visto en un estado tan lamentable como este. Mírate ahí, borracho, dejándote morir en la biblioteca —reclamó Aurora de Clara dolida con su marido.

Don Ernesto ni siquiera trató de negar las palabras de su mujer, tomó la botella y se sirvió otro trago de ron haciendo oídos sordos a las protestas de Aurora.

—¡Vas a ignorarme, cretino! ¡Eres un bastardo! ¡Un canalla! ¡Eres de lo peor!

—¡Cállate, mujer! —Ernesto comenzaba a estar cansado del alboroto que estaba montando su esposa—. Tú no sabes nada del querer. Sólo sabes hablar del tiempo y otras estupideces por el estilo. ¡Nunca has amado a nadie en tu vida!

—¡Eso es mentira! Tú me engañaste. Me embaucaste haciéndome creer que me amabas, pero sólo te casaste conmigo por mi dinero. —La doña lloró con desconsuelo, golpeando el pecho de su marido—. Incluso he tenido que tragarme el orgullo y permitir que viva bajo mi mismo techo esa...

—¡No sigas por ahí! —amenazó Ernesto a su esposa agarrándola con fuerza por un brazo—. No estoy de humor para escuchar tus estúpidos reproches.

—¡Cómo gustes! Si quieres seguir aquí consumiendo tu vida ¡a mí no me importa! —inquirió Aurora soltándose de su marido para acariciarse el brazo magullado—. Sólo quería saber, ¿qué va a pasar con el hijo de esa? Supongo, que no pensarás recogerlo en esta casa. No quiero tener que aguantar a otro arrimado que viva aquí de balde.

—Lo que decida hacer o no es asunto mío y de nadie más. —Don Ernesto escudriñó a Aurora con un brillo malicioso en los ojos, que revelaba el gran odio que sentía por ella.

Aquellas últimas palabras que había pronunciado su esposa hicieron brotar en la cabeza de don Ernesto una maquiavélica idea. Deseaba vengarse por todos aquellos años de amargura y soledad. Había tenido que soportar los repentinos cambios de humor de su *adorada* esposa durante demasiado tiempo y ahora ella tenía que pagar. Aurora frunció el ceño con desconcierto al ver como asomaba una cínica sonrisa en los labios de su marido.

—Vuelve otra vez a tu botella, borracho. —La doña se volvió y salió del despacho aún indignada.

Como no encontraba ninguna forma saludable para desfogar toda la furia que sentía, decidió buscar a Abel para desquitarse. En cuanto lo vio, supo que iba a ser el blanco perfecto para el sinfín de dardos envenenados que escondía en su alma. Ya estaba bien de ser la esposa recatada que aceptaba con sumisión las injustas decisiones de su marido.

—Muchacho, ahora que tu madre ya no está, ¿vas a vivir en nuestra casa gracias a la caridad? —dijo de malas maneras—. Los libros, la ropa, el colegio y la comida no son gratis. Cuestan mucho dinero. Vas a tener que pensar una buena forma de retribuir todo lo que te estamos dando con tanta generosidad. No esperarás continuar viviendo como un señorito a expensas de mi marido, ¿verdad?

—¡No, claro que no! Yo... —Abel bajó la cabeza sin atreverse a mirar a su patrona a los ojos.

—Ahora que no está tu madre para sustentarte, tendrás que pagarnos con tu propio esfuerzo. —Aurora sonrió, regodeándose en su posición de dueña y señora—. Un poco de trabajo duro no le viene mal a nadie, ¿no te parece, hijo?

—Sí, señora. Le prometo que me esforzaré por complacerla. —Abel se mostró obediente y sumiso. Temía que lo echaran.

—Así me gusta, esa es la actitud que quería ver —respondió la señora de Clara entusiasmada de poder cebarse con el hijo de la querida de su marido—. A partir de mañana te encargarás de las tareas más pesadas de la casa. No queremos que los peones se revelen por mostrar cierta indulgencia contigo.

Don Ernesto no dijo nada al ver a su esposa hacer y deshacer. En tanto ella se mostraba

confiada y se despachaba a gusto con Abel, don Ernesto jugaba sus cartas para darle una sorpresa que la doña jamás podría olvidar.

Karen no entendía nada, sus padres estaban locos. Lo único que podía hacer era apoyar a su amigo y ayudarlo en sus tareas. Ambos se levantaban muy temprano, antes de que el gallo cantara, y se ponían manos a la obra. El trabajo compartido no se hacía tan pesado. Por lo menos, Abel se libraba de tener que hacer las peores faenas solo. En cuanto los mozos se despertaban, Karen corría hacia la mansión para lavarse y peinarse. Luego, desayunaba con sus padres para no despertar sospechas, aunque la espalda y las cervicales habían empezado a dolerle.

—Karen, no hace falta que me ayudes. Eres una señorita y mira como están tus manos: tienes callos y heridas por todas partes —suspiró Abel, acariciando las heridas que habían en las palmas femeninas.

—No digas tonterías. Si fuera al revés, estoy segura de que tú también me ayudarías —sonrió Karen apartando la mano de Abel. Se sentía acalorada por el roce de los dedos del muchacho sobre su piel.

—Desde luego —afirmó el joven apartando la vista con vergüenza al ver la turbación en los ojos de Karen—, sabes que por ti me dejaría matar.

Por las noches los dos amigos seguían encontrándose junto al sauce para darse ánimos. Karen jamás llegó a decirle a su fiel amigo el secreto que, por accidente, le había sido revelado sobre la relación ilícita que mantuvieron sus padres por más de cinco años.

A finales de agosto don Ernesto, cansado del despiadado comportamiento de su esposa, reunió a toda su familia en el salón para anunciar que había decidido adoptar a Abel legalmente. La noticia le cayó como un jarro de agua fría a doña Aurora, que casi muere de un patatús.

—¿Qué broma es esta?! —gritó aturdida la doña, mirando a su marido con los ojos de un búho—. ¡No tiene ninguna gracia!

—No es una broma. Lo llevo pensando desde hace mucho tiempo y creo que es lo mejor. —Don Ernesto habló tranquilo, contemplando a su mujer—. No seremos ni los primeros ni los últimos que adoptan a un muchacho.

—¿Cómo vas a adoptar a este muerto de hambre? Si al menos fuera un bebé, pero este... este mocoso ya está muy crecidito. ¿Qué pensarán, no, peor aún, que dirán mis amigas? —Doña Aurora se llevó una mano a la boca, reprimiendo un gemido. De sus ojos brotaban lágrimas de rabia.

—No me importa en absoluto la opinión de tus amistades. He dicho que lo voy a adoptar y punto —confirmó don Ernesto, con una sonrisa en los labios, al ver la pose teatral de desolación de su esposa, que se dejó caer en el sofá como si no la sostuvieran las piernas, respirando con la mano apoyada en el pecho.

—Mi pobre corazón no va a poder resistir el disgusto —susurró Aurora, mirando a Karen con ojos de cordero degollado. La pobre muchacha no tardó en ir junto a su madre para tomarle la mano. Abel llenó un vaso con agua para que la doña se calmara.

—¡Deja de fingir, maldita mujer!

Aurora se olvidó de su repentino malestar al escuchar el impropio de Ernesto y se levantó llena de energía del sofá para encararse con su marido, ante la sorprendida mirada de Karen y Abel, que no entendían cómo se había recuperado tan pronto de su dolencia.

—¿Has perdido el poco juicio que te quedaba? ¡No puedes hacerme algo así, Ernesto! —bramó histérica, con las venas del cuello a punto de explotar.

—Ah, ¿no? ¿Y cómo piensas impedírmelo? —le contestó socarrón, sin dejarse impresionar por su rabieta.

—Yo... Yo... ¡Te odio! ¡Nunca debí casarme contigo! ¡Eres una rata inmunda! No pienso pasar por la vergüenza de tener que presentar a eso —señaló a Abel con la barbilla— como hijo mío.

—Pues como quieras. Te puedes retirar cuando gustes de las fiestas y las reuniones sociales. Te aseguro que nuestra economía te lo agradecerá. Va a ser un sueño hecho realidad no tener que pagar una pequeña fortuna en vestidos y complementos cada vez que quieras ir a tomar café a casa de una de tus amigas.

—El demonio se ha apoderado de tu cuerpo —gritó al borde del desmayo la doña, volviendo a caer con dramatismo sobre el sofá.

...

Sé que padre siempre ha admirado la inteligencia de Abel y que lo tiene en alta estima. Sin embargo, jamás pensé que sería capaz de adoptarlo. Tal vez padre no quiere ser tan altruista como parece. Estoy casi segura de que el motivo real de todo este despropósito es desquiciar y castigar a madre. Una vez más mis padres han encontrado un arma que utilizar para sabotearse mutuamente. Es la venganza perfecta.

Karen.

Sobresaltada escuché un gemido que provenía de la habitación de Alejandro. Como las cortinas estaban cerradas no me había percatado de que eran más de las once de la mañana.

—No pienso volver a beber en lo que me resta de vida —dijo el muchacho caminando hacia el cuarto de baño.

El agua de la ducha comenzó a correr. Estaba alterada y algo desorientada. La lectura me había absorbido hasta el punto de olvidar el mundo real. Miré el diario, ya había leído más de la mitad, y me incorporé en el sillón dispuesta a dejarlo en el escritorio, mientras Alejandro acababa de ducharse. Al depositar el manuscrito sobre la impresionante mesa de caoba, oí como giraba el pomo del lavabo a mis espaldas. Me agazapé bajo el escritorio, justo cuando Alejandro salía mojado de pies a cabeza, con una toalla blanca envuelta en la cintura. Recé para que no me pillara. Si lo hacía, estaba segura de que se me iba a caer el pelo.

Le vi moverse por toda la habitación seleccionando la ropa que iba a ponerse. Silbaba la melodía que habíamos bailado la noche anterior. Estaba de muy buen humor. De repente, se desprendió de la toalla quedándose desnudo ante mi atónita mirada. Dejé de respirar por un momento al contemplar su magnífico cuerpo. Había visto miles de veces la anatomía humana en clase de naturales, pero en vivo y en directo era otra cosa.

Tragué saliva, observando sin apenas parpadear los poderosos músculos de la espalda masculina. Al bajar la mirada me encontré con unos glúteos duros y redondos que se comprimían al caminar por la habitación. Sin previo aviso se giró. Muerta de la angustia recorrí el fuerte y definido torso masculino. Bajé la vista un poco más. Un fuerte rubor se apoderó de mis mejillas cuando contemplé su masculinidad. Comencé a hipar sin control. Con las dos manos, apreté mi boca, tratando de reprimir los constantes gorgoritos que por ella salían, mientras Alejandro se

vestía con movimientos rápidos y enérgicos. Antes de darme cuenta ya había salido de la habitación, dejándome con la sensación de haber sido fusilada por un pelotón. A duras penas, conseguí llegar a mi habitación de nuevo. Mis extremidades se mostraban torpes y lentas. Me acurruqué junto a Orejas en la cama y me quedé mirando al techo.

6

SIGILOSAS SALIDAS NOCTURNAS

TAN afectada quedé por lo ocurrido durante la mañana de Navidad, que tardé más de un mes en colarme de nuevo en la habitación de Alejandro. Esa noche, en concreto, tras estar un buen rato convenciéndome de que nada fuera de lo común iba a suceder, reuní algo de coraje y me deslicé por la trampilla del ropero. Mientras caminaba con sigilo por la biblioteca, recordé a Alejandro recién salidito de la ducha, con aquel torso musculoso cubierto por miles de gotas de agua. Un calor abrasador se extendió por mi cuerpo y la mala conciencia me fustigó sin piedad. ¿Acaso me estaba volviendo una perversa?

Me llevé una gran desilusión al comprobar que estaba sola en el dormitorio; no había ni rastro de Alejandro. Sobre la enorme cama deshecha había un montón de ropa desperdigada por doquier. Parecía una batalla campal de jerséis, camisas y pantalones que luchaban entre las sábanas por conquistar el colchón. Era evidente que Alejandro se había marchado con prisas. De otra manera, no podía comprender como él, que era siempre tan pulcro y ordenado, había dejado tras de sí semejante caos.

Aprovechando que tenía vía libre, me puse manos a la obra en la laboriosa tarea de hallar el diario de Karen. Mis esfuerzos no dieron fruto y una hora más tarde, tras revisar los cajones del escritorio y las estanterías empotradas, volví a mi dormitorio sin haberlo encontrado. Ya en mi cama, cobijada entre las mantas, no dejé de dar vueltas de un lado a otro preguntándome dónde estaría escondido el diario y, sobre todo, dónde se había metido Alejandro. Hacía rato que el reloj del salón había marcado las tres de la madrugada y aún no había regresado.

Al día siguiente, las preguntas que tanto me habían atormentado por la noche fueron respondidas durante una sesión de cotilleos matutinos entre Gertru, Adela y otras empleadas que estaban preparando el desayuno.

—Se les veía tan guapos —comentaba con entusiasmo una cuarentona, entretanto yo buscaba en la alacena una caja de galletas—. La verdad, hacen muy buena pareja.

—Sí... Claro... —Adela contestó con cierta desgana, concentrándose en exprimir una naranja para hacer zumo natural.

—Hacía mucho tiempo que no veía a Alejandro tan contento —intervino otra empleada.

—Lástima que Sonia sea tan deslenguada como la madame. Deberíamos llamarla la pequeña *mademoiselle*. Ya apunta maneras, es una señoritinga de cuidado. Si fuera mi nieta, yo... —Gertru

guardó silencio cuando Adela hizo un ademán con la barbilla, apuntando hacia mi persona, y la miró con enfado—. Lo siento. He metido la pata. Es que la pequeña es tan silenciosa que a veces me olvido de su presencia.

—Esperemos que Alejandro sea una buena influencia para Sonia. —Adela me sonrió, tendiéndome el zumo de naranja.

—Estoy convencida de que así será —convino la cuarentona, una mujer soltera cuya máxima afición en la vida era emparejar a otros para resarcirse un poco de su soledad—. Teníais que haberlos visto esta mañana cuando han entrado en la cocina cogidos de la mano y de puntillas para que nadie les oyera. Cómo se miraban embobados y cómo se sonreían. Bendita juventud.

—Y luego me llamáis a mí chismosa —se quejó Gertru, interrumpiendo a su compañera, que se puso roja como un tomate—. Cría fama y échate a dormir.

—No estaba espionando, fue una coincidencia. Ellos entraban por la puerta justo cuando yo bajaba a la cocina para fregar el suelo.

—Sí, sí, claro ¡Qué casualidad!

—¿Me estás llamando mentirosa, Gertru?...

—Menudo par —me susurró en la oreja Adela, burlándose de las dos sirvientas—. No sé cuál de ellas es más cotilla.

Ambas nos miramos y estallamos en carcajadas, en tanto el resto de empleadas nos contemplaba de hito en hito, sin comprender qué nos hacía tanta gracia.

Antes de terminar el desayuno ya estaba al tanto de los pormenores acontecidos durante la primera cita de Sonia y Alejandro. Primero habían ido al cine a ver una película de estreno, que al parecer no les había gustado mucho; demasiados efectos especiales y poca historia que contar. Al salir se habían dirigido en coche a un restaurante de la zona alta de Barcelona, un lugar exclusivo y carísimo; de nuevo, mucho adorno y poca carne en el plato. Por último, acabaron bailando en un conocido local de la ciudad condal, frecuentado por gente chic y glamurosa. A mí este itinerario me sentó como una patada en el estómago. Mi reacción debió ser bastante transparente puesto que la abuela, que desde hacía un rato se había unido a la charla aportando jugosos detalles, cuando vio mi expresión contrariada sonrió satisfecha.

Las semanas fueron pasando. Día tras día, fui testigo de cómo la relación de Alejandro y Sonia se consolidaba. Sus miradas furtivas, cargadas de deseo, herían mi corazón. ¿Por qué no podía ser unos años mayor? Quizás hubiera tenido una oportunidad con Alejandro. Cuando esos pensamientos me asolaban, para consolarme, me colaba en el cuarto contiguo, con la intención de localizar el manuscrito de Karen. Por más que me esforzaba, no lograba dar con él. Al parecer, Alejandro se había anticipado a mis intenciones, maldito fuera, escondiendo el diario en algún lugar remoto y seguro, de difícil acceso para mí. La última noche que me introduje en el cuarto del muchacho sobre la cama me esperaba una nota que decía lo siguiente:

En cuanto he visto el desorden de mi escritorio esta mañana, he estado completamente seguro de que una escurridiza lagartija se ha estado colando en mi habitación para buscar algo prohibido.

Lamentándolo mucho, mocosa, el libro está a buen recaudo y no te lo pienso dejar hasta que seas mayor de edad. Vuelve a tu madriguera, lagartija, y deja de reptar a escondidas hasta mi

habitación.

A.

Ya estaba otra vez; ¿quién se había creído que era? Si no fuera por mí, él jamás habría encontrado el segundo diario. ¿Qué derecho tenía de quitármelo de esa manera? En un arranque de ira cogí la nota y la rompí en mil pedacitos que dejé esparcidos por el suelo y la cama. Deseaba vengarme un poco por su insolencia.

La primavera llegó sin apenas darme cuenta. Ángel Giovanni, Roberta y yo éramos los mejores amigos del mundo, una piña que superaba las burlas del resto de compañeros de clase. Los tres nos sentíamos cómodos en nuestro pequeño mundo, donde nadie más tenía cabida, y aunque éramos raros hasta decir basta, no nos importaba. Roberta, amorosa y cariñosa, conservaba la inocencia de una niña de seis años, cuando en realidad tenía diecisiete. Su hermano, por el contrario, era seco, enclenque y apocado, con esos pantalones tejanos que le quedaban tres dedos por encima del tobillo, y esas camisas de cuadros tan coloridas. Y yo, qué puedo decir de mi misma que no haya dicho ya: muda, gafotas y siempre acompañada por una libreta colgada del cuello para expresarme. Sí, éramos un grupo extraño, pero lo importante era que nos apoyábamos de manera incondicional los unos a los otros.

Gracias a Dios, los maestros se mostraban comprensivos y por regla general nos protegían. Yo tenía especial cariño a mi profesora de matemáticas, Elena, que siempre atenta a nuestras necesidades, salía a defendernos cuando algún alumno se burlaba de nosotros. Ojalá no tuviera que separarme nunca de ella. Por desgracia, el próximo curso iba a empezar a dar clases en el mismo instituto al que acudía mi hermana Sonia. Yo odiaba los cambios y ese iba a ser uno drástico.

—No te preocupes, hija. Recuerda que será el último año de tu hermana —me consolaba mamá, tratando de ver el lado positivo de las cosas. Faltaban dos semanas para que empezaran las vacaciones de verano y yo estaba tan asustada, que no tenía ganas ni de merendar—. Va a ser estupendo.

—Es verdad, Sonia estará allí contigo, nada malo te pasará —convino Adela dándome unas palmaditas reconfortantes en las manos—. A lo sumo terminarás compartiendo clase con Ángel Giovanni.

Una tímida sonrisa se formó en mi cara. Con un poco de suerte el augurio de Adela se cumpliría y yo tendría la dicha de compartir la misma aula que mi amigo, así no estaríamos solos ninguno de los dos.

El temido día de fin de curso llegó entre guirnaldas y oropeles, adornado por una fiesta de despedida que concluyó con la entrega de las notas. Las mías fueron buenas, aunque jamás equiparables con los excelentes que llenaban las calificaciones de mi hermana. Roberta, Ángel y yo nos despedimos de manera efusiva, abrazándonos y besándonos como si nos fuéramos a la guerra. Ese verano tampoco podríamos estar juntos; como siempre, los hermanos se marchaban a Italia durante los tres meses de vacaciones para visitar a su familia paterna.

Julio se presentó caluroso y seco. Las tres primeras semanas de vacaciones, como no tenía nada mejor que hacer, las pasé ayudando a mamá en sus labores diarias, bajo las constantes críticas de la abuela que disfrutaba diciéndome: «Entretienes a tu madre más de lo que la ayudas. Es que no ves que eso no va ahí. Si no tienes cuidado vas acabar montando un estropicio, manos

de mantequilla.» Al final, cansada de escuchar las constantes quejas de la *madame*, decidí no estorbar más y me dediqué a deambular por la mansión como un alma en pena.

Durante los meses transcurridos desde las pasadas Navidades, me había olvidado del segundo diario de Karen con relativa facilidad. Los problemas cotidianos y el movidito año escolar no me habían dejado tiempo de pensar en nada más. Pero las largas y soleadas tardes de julio, mientras estaba tirada en el sofá del salón, agobiada y aburrida, mirando el techo sin nada mejor que hacer, me asaltaba la idea de seguir con la lectura prohibida. ¿Dónde habría escondido los diarios Alejandro? Era un hecho que no estaban guardados en su dormitorio, lo había revisado de cabo a rabo y nada. No había ni rastro de ellos.

Los azares de la vida, o mis atentos pabellones auditivos que andaban al quite de cualquier chisme o cotilleo que lograra entretener al aburrimiento, me permitieron escuchar una conversación entre la abuela y Sonia, durante una tarde en la que ambas estaban sentadas en el fresco invernadero, solas, con un café con hielo en las manos, hablando en tono de conspiración.

—Tienes que ser más sensata, Sonia —aconsejó la madame en tono meloso—. Tal parece que Alejandro adora esos libros.

—Prácticamente los venera, está obsesionado con ellos. Me ha contado un rollo familiar aburridísimo sobre ellos. —La abuela suspiró y enarcó una ceja ante la actitud indiferente de Sonia—. No me mires así. He hecho cada una de las cosas que me dijiste: le he seguido la corriente, me he reído con sus chistes, y mira que son malos, he llorado con la muerte de sus padres, incluso he tenido que soportar que me hablase de esa tal Natalia. ¿No sé qué más pretendes que haga? —refunfuñó Sonia, exasperada.

—Bueno, como sea, tampoco creo que te suponga mucho esfuerzo leerte un par de libros. Si así lo tienes contento...

—Sí, claro, eso lo dices tú porque no es a ti a la que le toca leerse esos malditos diarios, escritos por una niña estúpida.

—¿Cómo has dicho? ¿Los diarios de una niña?

Los ojos de la abuela observaron a Sonia con renovado interés.

—Sí, o eso creo. Alejandro dice que es un antepasado suyo que vivió en la mansión. Carol, Kathy o algo así.

—Karen... —La palabra surgió de los labios de la vieja como una exhalación.

—Sí, exacto, Karen.

—Pero hasta donde yo sé, sólo hay un diario —murmuró la abuela más para sí que para Sonia.

—Te aseguro que son dos. No quiero ni imaginarme lo aburridos que serán. Dime qué cosas interesantes pueden pasarle a una niña de doce años.

—No seas necia, esfuézzate un poco más por tener contento a mi muchacho y todo lo que ves te pertenecerá. Qué son un par de libros en comparación con la fortuna de Clara... con un amor apasionado.

—Qué cursi eres, abuela. Hablas de Alejandro como si fuera una especie de Dios.

La madame carraspeó con incomodidad y bajó la vista hasta el vaso que tenía entre las manos. Agitó un poco la bebida, haciendo que el hielo chocara contra el cristal.

—En cuanto a esos diarios, me dejarás echarles un vistazo.

—Como quieras. Si te los lees puedes resumírmelos y así me ahorras el trabajo —convino Sonia con alegría.

—No digas sandeces. Tú también te los leerás para tener contento a mi muchacho.

Mientras las dos continuaban con la discusión, yo me fui a mi habitación sorprendida del interés que la vieja mostraba por los diarios de Karen. Estaba tan absorta en este hecho que pasé por alto el comentario de mi hermana sobre el paradero de los diarios. Media hora más tarde, por fin caí en la cuenta de que mi preciado tesoro se hallaba nada más y nada menos que en la habitación de Sonia. ¡Ya estaba! ¡Los había encontrado! ¡Y serían míos a cualquier precio! ¡Solo tenía que robarlos!

En varias ocasiones fui a la habitación de Sonia con el pretexto de querer ver cómo se arreglaba para acudir a sus frecuentes citas con Alejandro. Tirada en su cama observaba cómo se emperifollaba, mientras buscaba con la mirada algún indicio del paradero de los libros. No podía revolver en los cajones a mis anchas, Sonia me lo había prohibido terminantemente, así que aprovechaba cualquier descuido por su parte para ojear el contenido de los cajones de su mesita de noche. La muy... siempre que salía de la habitación, cerraba la puerta con llave, dejándome fuera. Yo rezaba para que uno de esos días se olvidara de echar el cerrojo y la puerta quedara abierta. Sólo una vez —rogaba antes de que mi hermana hiciera girar la llave—. Por favor, por favor, que se olvide de atrancar la puerta. Cuanto más esperanzada estaba en esto, más cuidado ponía Sonia en la tarea contraria.

En agosto se alcanzaron las temperaturas más altas en la región. Según comentaban los expertos en la tele, hacía décadas que no se daba una ola de calor semejante. Para colmo de males, durante el primer fin de semana de ese sofocante mes, el aire acondicionado de la mansión dejó de funcionar. Aún recuerdo el agónico alarido de la máquina al detenerse, retumbó por las paredes de la casa con un ronco gruñido metálico, parecido al ruido que hacen los dinosaurios automatizados expuestos en los museos. Los técnicos de la zona estaban de vacaciones, así que tuvimos que hacernos a la idea de esperar a septiembre para la reparación. Los empleados de la casa, que iban y venían bajo el sofocante sol diurno sudando a mares, parecían muertos vivientes condenados a cargar con sus propios cuerpos, envueltos en asfixiantes uniformes que hacían más insoportable aún el bochorno estival.

Una de esas calurosas noches, cansada de dar vueltas en la cama y de sentir el pelo pegado en la frente y en el cuello por el sudor, salí al jardín a respirar algo de aire fresco. Paradójicamente, el ambiente en el exterior era tan sofocante como en el interior. Enfadada y muerta de sueño, tomé el sendero que conducía hasta el lago, esperando que allí corriera una pizca de viento.

La oscuridad del agua se fundía con el cielo estrellado, creando el efecto de un universo infinito, que se extendía frente a mis ojos en una visión tan hermosa, tan mágica y magnética que me sedujo al instante. Aunque sabía que era un comportamiento temerario, pues no había nadie que pudiera acudir en mi ayuda si pasaba algo, me fui quitando la ropa y corrí hacia el agua para zambullirme en su frescura. Una vez más, mi vena soñadora había ganado la batalla a la lógica.

Dejé que mi cuerpo flotara, mientras contemplaba las estrellas que se amontonaban sobre mi cabeza como diamantes, daba la sensación de que iban a desplomarse sobre mí en cualquier momento. La idea de estar sumergida en las mismas aguas en las que Karen chapoteaba junto a Abel, cuando eran niños, me hizo sonreír. De alguna manera, compartíamos el mismo espacio en tiempos y realidades diferentes, con la luna y el sol como únicos testigos de nuestras vivencias.

Envuelta en aquella manta líquida que me unía al infinito, dejé volar mi imaginación y de repente me convertí en Karen. Me vi a mi misma de pie junto al sauce, abanicándome con las

manos, vestida con un camisón de algodón blanco. Distinguí una figura alta y robusta que apareció entre la bruma de la noche; era Abel, un Abel idéntico a Alejandro. Sus ojos azules recorrieron mi cuerpo con avidez y, sin mediar palabra, de un tirón, me apretó contra él. Sus labios exigentes tomaron los míos y bajo la suave luz de las estrellas comenzó a desnudarme, besando cada parte de la piel que quedaba al descubierto. Yo hice lo mismo, deleitándome con la masculina suavidad de su tacto.

Excitada, tragué saliva al imaginarme las manos curtidas de Abel recorriéndome por entera, su lengua deslizándose por los rincones más secretos de mi cuerpo, atormentándome con sus caricias, quemándome con la humedad de su saliva. La sensación era tan vivida que casi pude percibir contra mi espalda la rugosa superficie del tronco y el aroma fresco y salvaje del viento, que nos susurraba una canción de amor. Mi amante imaginario deslizó una mano entre mis piernas y con la otra me sujetó con fuerza por el pelo para deleitarse con el sabor de mi cuello. Aquel torso duro y masculino se aplastó contra el mío, más frágil y delicado, quitándome la respiración. Mis manos recorrieron su espalda ancha hasta llegar a los hombros, donde mis uñas se clavaron en un arrebató de...

Me incorporé de golpe, asustada. Entre las sombras de la noche juraría haber visto a alguien moviéndose por la maleza. Nadé hasta la orilla con el corazón a punto de salirme por la boca, me puse el camisón, que se empapó al instante, y corrí hacia la mansión como alma que lleva el diablo. Una vez cobijada en la seguridad de mi dormitorio, me dejé caer en el suelo temblando, no por culpa del inexistente frío, sino por otra cosa, una sensación de angustia y decepción contra mi propia persona. Me sentía sucia. Era la primera vez que me atrevía a fantasear con cosas que aún eran ajenas para mí. No sabía de dónde habían salido esos pensamientos impuros, pero iban a más desde que había visto desnudo a Alejandro. Quizás podía culpar a la noche estrellada por ser tan idílica o al desconcertante efecto que producía el lago en mí, como si me arrebatara la conciencia para dar vida a los fantasmas de un remoto pasado.

Por más que trataba de resistirme, recordando lo mal que me había sentido conmigo misma esa primera noche, mis visitas al lago se hicieron más habituales de lo deseado. Estaba embrujada por una misteriosa emoción que me embargaba al salir la luna. La simple idea de sentir mi piel cubierta por el agua me excitaba hasta el extremo de quitarme el sueño, era como si algo o alguien me guiara hasta el lago para proporcionarme efímeros momentos de placer entre los brazos de un amante inexistente. Las ilusiones eran tan sublimes, tan verdaderas, que algunas veces dudaba de que mi inexperiencia pudiera ser el artífice de aquello.

Durante el día vivía sonámbula, esperando la llegada del crepúsculo con ansias para salir de mi opresiva realidad. No hacía nada malo, me repetía una y otra vez, no tenía por qué sentirme culpable de nada. Las evocaciones que me asaltaban cuando me sumergía en las oscuras aguas del lago no eran auténticas, eran quimeras, besos ardientes sin dueño, manos acariciantes que eran simples burbujas de agua, pieles líquidas que se fundían con el aroma de la húmeda pasión. Además, por regla general, mis encuentros sensuales se terminaban de golpe, dejándome desubicada con una fuerte sensación de insatisfacción en el bajo vientre. No sabía muy bien qué placer era aquel que se me negaba, pero mi instinto me decía que después de los besos, las caricias y los abrazos había más, mucho más, algo carnal que el lago se negaba a mostrarme.

Mi único entretenimiento diurno era observar las idas y venidas de Sonia; esperaba un descuido por su parte para recuperar los diarios de Karen. La suerte me sonrió una tarde en que Alejandro apremió a Sonia para no llegar tarde al teatro. Con las prisas, mi hermana se olvidó de

echar la llave a la puerta, dejándome vía libre. Sigilosa como un felino, me deslicé por su habitación revolviendo los cajones con cuidado de no desordenar nada, no quería dejar pruebas del delito. Tras veinte minutos de registro, hallé los diarios en el último cajón del armario, bajo un montón de pijamas y sostenes con relleno. Los sujeté en la cinturilla de mis pantalones cortos, escondiéndolos debajo de la enorme camiseta que llevaba puesta para no levantar sospechas, por si acaso me encontraba con alguien de camino a mi dormitorio. En cuanto estuve a salvo, con la puerta de mi cuarto bien cerrada, me tendí en la cama junto a Orejas y proseguí la lectura por donde la había dejado.

Viernes, 19 de mayo de 1911

Querido diario:

Ya hace algunos meses que padre adoptó a Abel, pero nuestra relación es ahora más tensa que nunca. Abel siente tanta gratitud hacia mi familia que apenas se atreve a mirarme, ya no acude a nuestras citas secretas bajo el sauce, creo que me está esquivando, y por más que intento llamar su atención, no me hace ni caso; mi amigo es una persona de fuertes principios, igual que lo fue su padre.

Soraya, como de costumbre, se mete donde no la llaman, haciendo comentarios jocosos sobre los “buenos” modales de Abel. ¿Cómo puede burlarse de él por no saber comer en la mesa o por meter la pata cuando vienen a casa las amistades de madre? Le encanta recalcar sus errores frente a ellas para que madre le tome más manía si cabe. Es como si tuviera algo en contra de él, una afrenta personal que no logro entender. En especial, me disgusta que lo llame campesino apestoso, un término que madre también usa, o que le grite que su boca huele tan mal como un estercolero. ¡Cada día que pasa está más insufrible! ¡Es una sirvientucha con ínfulas de gran señora!

A padre todo esto le parece divertido y le resta importancia. Asegura que gracias a las clases intensivas que Abel ha empezado a dar con un profesor privado, pronto será diestro en los convencionalismos sociales y demás menesteres. Madre no suelta ningún comentario positivo, aunque yo creo que está asombrada de la gran facilidad que tiene Abel para aprender y adaptarse a nuestra forma de vida. Según palabras del nuevo tutor, si mantiene el ritmo de aprendizaje que lleva hasta la fecha, el próximo año estará listo para ir a la facultad.

A Soraya no le hace ninguna gracia el orgullo que padre muestra por los logros de Abel. Parece una gata taimada al acecho, observando a padre con esos ojos oscuros cargados de odio y cinismo. Es la misma mirada visceral que mostró cuando descubrió que padre había decidido adoptar legalmente a Abel, el simple hijo de una lavandera. Por increíble que parezca, la sirvienta se enfadó casi tanto como madre.

...

Soraya agudizó el oído, pegado a la puerta del despacho principal, para escuchar los gritos ensordecedores de la patrona, que mantenía una discusión de proporciones bíblicas con don Ernesto.

—¡Al final vas a darle nuestro apellido a un pordiosero?! ¡A un mendigo!

—¡Cállate, mujer! —ordenó don Adolfo en tono tajante—. Tus reclamos me dan dolor de cabeza. Mañana se llevará a cabo el trámite y punto.

Doña Aurora soltó el grito de una lunática, ajena al mundo que había más allá de las cuatro paredes que la rodeaban, en tanto Soraya apretaba con fuerza los dientes y los puños. La sirvienta

se dio la vuelta roja de ira, encontrándose con Karen más allá, de brazos cruzados, apoyada en la balaustrada de mármol que perfilaba la escalera de la entrada.

—¡Eres una chismosa de lo peor! ¡Se lo voy a decir a mis padres! —amenazó Karen cuando Soraya atravesó la sala a grandes zancadas en dirección a la escalera.

—Chivata. Tú y toda tu familia merecéis arder en el infierno. —La sirvienta habló en tono muy bajo, con una voz contenida cargada de resentimiento—. Eres igual que tu padre, una hipócrita.

—¡Cómo te atreves!

Karen elevó la mano para darle una bofetada, pero la sirvienta fue más rápida y la agarró por la muñeca. Las lágrimas de furia que resbalaban por las mejillas de Soraya paralizaron cualquier intención de contraataque. Karen jamás la había visto llorar. Era la primera vez que mostraba debilidad, un rasgo que la hacía mucho más humana.

—Lo juro, si hay justicia divina, algún día tu asquerosa familia estará a mi merced. —Los dedos de Soraya apretaron un poco más la muñeca de Karen, clavándole las uñas en la delicada piel del antebrazo—. Y cuando ese día llegue... voy a aplastar a tu padre y a tu precioso Abel.

...

Soraya no es el peor de mis problemas. Claudia de la Cruz viene de visita a la mansión con demasiada frecuencia. Te confieso que me muero de los celos cuando esa babosa repugnante usa cualquier excusa para estar cerca de Abel, para manosearlo como si fuera algo de su propiedad, sin que él se queje. Desde que la arpía se ha enterado de que Abel ha sido adoptado por mi familia está que echa chispas de felicidad. En más de una ocasión, la he oído comentar con otras alumnas del internado que algún día se casará con él. Me desquicia esa actitud prepotente y egocéntrica de niña mimada y caprichosa.

Por si esto fuera poco, ahora también tengo que soportar los constantes flirteos entre el padre de Claudia y Soraya, la descarada le baila el agua cada vez que viene a la mansión para traer o recoger a su hija. Lo único positivo que he sacado de las tediosas visitas de la distinguida familia de la Cruz es lo insultantemente protector que se muestra Abel ante las atenciones que el Conde me rinde. No sé por qué, conmigo el viejo es todo un caballero, intachable, no como con Soraya, a quien, aun sacándole por lo menos treinta años, seduce con palabras soeces y guiños atrevidos. Supongo que debe ser un acto reflejo por la actitud desvergonzada que la sirvienta le dispensa. A padre estos coqueteos tampoco le hacen ni pizca de gracia. Por primera vez en su vida, no se ha mostrado indulgente con Soraya y la ha reprendido por su comportamiento, sin conseguir nada en absoluto. La muy desvergonzada sigue en sus trece. Quien con fuego anda, tarde o temprano termina quemado. Estoy deseando ver la chispa que prenderá la hoguera que, leño a leño, se está construyendo Soraya. No me juzgues por mis malos pensamientos, sé que está mal alegrarse de la desgracia ajena, más sin embargo no puedo evitar sentir lo que siento.

Karen.

Continué leyendo un poco más. Cuando la actitud beligerante de Soraya pasó de sutil a impertinente, Karen le exigió a su padre que la despidiera. Don Ernesto, siempre cabal, abierto al diálogo y a dar explicaciones, se negó a entrar en razones y se mostró muy irascible ante la solicitud de su hija, tachándola de ser tan petulante como su madre. Para más inri, como castigo, Karen tuvo que ayudar a Soraya con los quehaceres del hogar durante una semana. Don Ernesto

pretendía enseñarle a su hija el valor del esfuerzo, lo dura que era la vida de aquellos menos afortunados y lo importante que era evitar los juicios de valor. El castigo supuso una gran discusión entre el matrimonio de Clara. Aurora sacó la artillería pesada desde ese momento y atacó al pupilo de su marido para tomar venganza. Cualquiera minucia era válida para que la doña montara en cólera y atosigara a Abel con gritos y malas palabras; ya que no podía herir a su impasible marido, al menos le quedaba el consuelo de atormentar a aquel bastardo advenedizo. Las continuas pullas de doña Aurora terminaron por derribar el muro de indiferencia que Abel había construido para alejarse de Karen. Y, aunque el respeto que sentía por don Ernesto era muy fuerte, su necesidad de estar junto a Karen era mil veces mayor. Ya estaba cansado de aquel ambiente hostil, necesitaba aferrarse a algo con todas sus fuerzas. Karen era lo único que tenía en el mundo, lo único que realmente le importaba. A partir de ese momento, los dos comenzaron a pasar más tiempo a solas, caminando por el jardín, leyendo bajo el sauce o paseando por el pueblo. Entre líneas se veía que el amor estaba en el aire.

Domingo, 4 de junio de 1911

Querido diario:

Hoy ha sido un día raro. A primera hora, hemos despedido al pequeño grupo de invitados que asistió a la fiesta de mi decimoséptimo cumpleaños el viernes, y que ha pasado el fin de semana en nuestra casa. Entre ellos se encontraban Claudia de la Cruz y su padre. La descarada hija del Conde ha sido temeraria hasta el final. Antes de marcharse, como despedida, le ha ofrecido la mejilla a Abel, pero en el último momento ha girado la cara y le ha robado un beso de los labios. ¡La muy ladina!

Hacia el mediodía, durante el almuerzo, padre ha regañado a madre por gastar dinero a manos llenas en cosas tan triviales como mi cumpleaños. Madre ha montado en cólera y yo he terminado llorando como una Magdalena. Cuando Abel ha venido a consolarme lo he rechazado muy enfadada y le he dicho que se fuera a hacer gárgaras o, mejor aún, ¡a besar a Claudia! Luego, he corrido hacia mi habitación y me he encerrado con llave.

...

—¡Karen sé que estás ahí! ¡Abre la maldita puerta o la tiro abajo! —Los puños de Abel aporrearón la puerta con furia.

—¡No pienso abrirte! ¡Déjame sola! —sollozó Karen. El cansancio por la situación y los celos le habían quitado las fuerzas.

Karen se arrebujó en la cama y se cubrió la cabeza con la almohada para amortiguar el sonido de su llanto. El silencio se hizo cuando Abel dejó de insistir en que abriera la puerta, alejándose por el pasillo. El dolor apretujó con más fuerza las entrañas de Karen. Su amigo se había rendido, abandonándola en la miseria. Volvía a estar sola.

Un chirrido sordo resonó en el dormitorio. Karen se incorporó en la cama asustada por la repentina calma que siguió al ruido. Unos brazos rodearon con suavidad a la muchacha por la espalda, sobresaltándola.

—Eres una cabezota —le susurró Abel junto al oído.

—¿Cómo...?

—La trampa del ropero sirve tanto para entrar como para salir.

—Fuera, no quiero verte —contestó Karen muy bajito, poniendo pucheros infantiles—.

Márchate con Claudia y dale muchos besitos.

—No es a Claudia a quien quiero besar.

Karen giró la cabeza para mirar a su amigo con desconcierto. Su rostro estaba tan cerca que dejó de respirar. Se sentía incómoda. El pulso le latía en el cuello y un calor abrasador le encendía la piel. No podía apartar los ojos de la expresión cargada de deseo de Abel.

Estuvieron largo rato así, uno en brazos del otro, en el más absoluto silencio, bebiéndose con la mirada, redescubriéndose como jóvenes adultos. Cuando Karen se pasó la lengua por los labios resecos, Abel tragó saliva y se inclinó hacia ella poco a poco. El primer contacto de sus bocas fue electrizante. La suavidad de la punta de la lengua masculina se abrió paso entre la carne rosada y aterciopelada del labio femenino, humedeciéndolo con la inocente pasión del primer amor, de la primera vez.

—Yo... lo siento. Te prometí que esto no volvería a suceder.

Las palabras resonaron en la mente de Karen como algo distante y sin sentido. Al percibir que el calor de Abel se alejaba, la muchacha se obligó a abrir los ojos.

—No te vayas —suplicó para retener a Abel, que estaba a punto de levantarse de la cama para marcharse—. No me dejes sola.

Abel titubeó, indeciso, aunque terminó regresando al lado de Karen, besándola, tendiéndose junto a ella en el colchón para venerarla. Las manos inexpertas del muchacho acariciaron el cuello femenino, descendieron hasta el escote y jugaron con timidez con los senos turgentes que se irguieron en el acto. Una a una, muy despacio, ambos se fueron quitando las prendas que les cubrían, despojándose de los convencionalismos, de la falsa moral y del pudor. Eran solo dos almas gemelas que se necesitaban, dos mitades perfectas que se complementaban y que por fin iban a unirse en un todo.

Tendidos en aquella cama, iluminados por la luz de la tarde que entraba a raudales por las ventanas, dieron rienda suelta a la pasión. Abel con infinita ternura, fue excitando el cuerpo de Karen hasta que la muchacha no pudo más y le rogó que la poseyera.

—¿Estás segura? —Como única respuesta Karen elevó las caderas, restregándose contra el abultado deseo de Abel.

Con un brusco empujón el muchacho la penetró, robándole la inocencia que tanto valoraba la familia de Clara. Esa tarde fue mágica para los dos amantes, que se abandonaron en brazos de la lujuria, sin medir las consecuencias, enloquecidos por aquel desconocido frenesí.

Con la llegada de la noche, ambos prometieron guardar silencio, no querían levantar las sospechas de los señores de Clara por miedo a que los separaran. Después, Abel se despidió con un beso lento y posesivo que prometía mucho más.

...

Soraya me ha mirado de una forma extraña durante la cena, como si intuyera lo que ha pasado. Aunque no ha dicho nada, sus ojos estaban cargados de muda sospecha. Varias veces ha carraspeado con el ceño fruncido para incomodarme. Más tarde, cuando me ha visto mirando a Abel como una boba enamorada, ha vuelto a fruncir el ceño y a carraspear. Si no lo supiera, juraría que ha tratado de avisarme. En ese preciso instante, padre se ha girado para hablarme. ¡Casi me pilla! He salvado la situación gracias a ella y eso me desconcierta.

Karen.

Tragué saliva anonadada. Aunque tenía la boca seca y necesitaba urgentemente beber un vaso de agua, preferí continuar con la lectura. Pasé la página arbolada, hambrienta por saber más. La pasión y el amor plagaban cada una de las palabras que Karen escribía en el diario. Los corazones pintados en rosa encerraban las iniciales: A&K. El nombre de Abel aparecía en cada frase, en cada línea, lo saturaba todo con su presencia en el idioma que solo hablan los enamorados, poesía inconexa para gente como yo, que jamás había amado con ese fervor. Todo era de color rosa, lleno de flores y más corazones, destilaba ternura y me encantaba.

Domingo, 9 de julio de 1911

Querido diario:

Soraya no deja de fastidiarme, dice que mi nuevo hermano se está dejando el pellejo para ganarse los afectos de padre y así convertirse en su único heredero. Sé que miente. Abel no es de esa forma, lo conozco bien, ¡jamás me seduciría por algo tan mundano como el dinero! Puede que, por complacer a padre, se pase las horas muertas aprendiendo el manejo de nuestra fábrica textil y que apenas tenga tiempo de estar conmigo, pero lo hace para reparar un poco del daño que le estamos causando a mi familia. No voy a desconfiar de sus intenciones. Me ama y es lo único que importa. Por más que malmeta Soraya, no la voy a escuchar. Solo viviré para disfrutar las noches en que se cuele en mi dormitorio por la trampilla, le esperaré con los brazos abiertos, no haré ninguna pregunta y tendré fe en él.

...

Karen recostó la cabeza en el hombro desnudo de Abel, mientras él miraba el amplio techo de la habitación con una sonrisa soñadora en los labios. Las sábanas que cubrían el colchón estaban revueltas y enredadas entre ambos, delatando lo que acababan de hacer.

—Somos demasiado ruidosos. —Los dedos de Abel jugaron con un mechón de cabello rojizo—. Tenemos que ir con más cuidado.

—Si no me hubieras echo cosquillas...

Los enamorados rieron bajito, antes de besarse, en un intento vano de amortiguar otra remesa de carcajadas.

—Deberíamos encontrarnos en otro lugar más seguro o, al final, las sirvientas van a terminar sospechando. No quiero manchar tu reputación.

El silencio se prolongó varios minutos. Karen se guardó para sí que ya había algunas sirvientas infectadas con el germen de la desconfianza, un virus que Soraya se encargaba de transmitir con insinuaciones perniciosas sobre la cercana relación que mantenían los dos hermanos.

—Qué te parece la gruta —apuntó Karen, tratando de contener un bostezo de sueño.

—No, está demasiado lejos y tendríamos que mojarnos para entrar y salir; terminaríamos con pulmonía. Además, en invierno sería inviable.

—Entonces, ¿qué propones?

—Había pensado en la casita donde antes vivía con mi madre. Está dentro del bosque y nos protegerá de los ojos curiosos.

—Me parece bien —contestó Karen volviendo a reprimir un bostezo.

—Algún día tendremos una casa enorme y no volveremos a escondernos. Iremos de la mano al teatro y cuando salgamos podré besarte...

—Uhm... —La respiración de Karen sonaba relajada como si estuviera a punto de dormirse.

—Te llevaré a un restaurante y a una verbena a bailar.

—Uhm...

—Todo el mundo sabrá que eres mía y que yo soy... ¿Me estás escuchando, Karen?

—Uhm. Yo soy tuya —repitió cerrando los ojos para abrazarse al sueño.

—Exacto, eres mía —le susurró Abel con delicadeza junto al lóbulo de la oreja—, solo mía, para siempre.

El muchacho se inclinó sobre Karen y le dio un beso en la frente.

...

La casita lleva algún tiempo abandonada, y aunque la vegetación crece salvaje a su alrededor tiene un encanto especial, un aire hogareño y cálido que el polvo y la suciedad no han conseguido ocultar. Está en medio de ninguna parte, en un claro del valle iluminado por la luna y el sol. Tiene pocos muebles, pero una chimenea funcional que servirá para calentarnos durante las largas noches de invierno. Abel me ha prometido que mañana nos armaremos de trapos y escobas para darle un buen lavado de cara. Estoy convencida de que esa casita será nuestro pequeño rincón. Un prelude del hogar que algún día construiremos juntos.

Karen.

Por aquella breve descripción, deduje que la casa del claro era la misma donde años atrás descubrí a mi hermana haciendo *eso* con su novio Cristian. Al parecer aquel lugar tenía un no sé qué, algo que atraía a los amantes para darles cobijo durante sus encuentros prohibidos.

Cuando la noche comenzó a desplegar su reino de sombras me levanté de la cama para encender la luz. A continuación tomé asiento en la silla del escritorio y estiré las piernas sobre el colchón. Aparté de un manotazo un mosquito que se había posado sobre mi rodilla y volví a sumergirme en la lectura.

Al final, Karen tuvo que limpiar la casita ella sola, ya que Abel estaba tan ocupado que jamás encontraba el momento adecuado. La temperatura en agosto de 1911 era tan sofocante como la ola de calor que asolaba la región en la actualidad.

Viernes, 16 de agosto de 1911

Querido diario:

Estoy agotada. El día ha transcurrido como siempre: monótono, aburrido y asfixiante. Padre ha insistido en llevarse a Abel para que aprenda un poco de contabilidad, dejándome sola. Ni siquiera durante este mes tan caluroso es capaz de ausentarse unos días del despacho para tomar un descanso.

Madre, como siempre, ha estado el día entero criticando a padre por dedicarle tanto tiempo a Abel y tan poco a mí. Entiendo su preocupación, pero lo que ella no sabe es que pienso casarme con Abel tan pronto renuncie a nuestro apellido. Casi puedo ver el día de nuestra boda, sentir el olor de las rosas en la iglesia, la gente arremolinándose en la puerta para ver cómo van vestidos los novios, a padre mirándome con ternura mientras avanzamos hacia el altar. Lástima que solo vea a Abel en sueños.

Soraya, al pillarme enfrascada en estos pensamientos, me ha mirado como si me hubiese salido un tercer ojo en la cara y le ha hecho un gesto a otra empleada con complicidad.

Naturalmente, yo la he ignorado. Si piensa que con esa actitud va a conseguir intimidarme, lo lleva claro.

Hoy también he almorzado, merendado y cenado en el comedor principal junto a madre, las dos solas, con la musiquilla de fondo del reloj de pie. Después de tomar el postre y darle el beso de buenas noches, me he encerrado en mi habitación y me he recostado unas horas. Bien entrada la madrugada, como hago por regla general, he salido por la trampilla del ropero rumbo a la casita del claro. Como estaba a oscuras, indicativo de que Abel aún no había llegado, y hacía un calor infernal, he caminado hacia el lago buscando el aire fresco cargado de humedad. Me he abanicado con la mano y al ver que estaba sola, sin nadie alrededor, me he quitado el vestido dispuesta a darme un baño, quedándome solo con la camisola y los interiores. Entonces, Abel ha aparecido entre las sombras. Sus ojos azules han recorrido con avidez mi cuerpo y sin mediar palabra ha avanzado hasta mí, me ha agarrado por la cintura y de un tirón me ha apretado contra él para besarme. Ha comenzado a desnudarme bajo la suave luz de las estrellas, besando cada parte de mi piel. Yo he hecho lo mismo, deleitándome con su tacto. Desnudos por fin, he apoyado la espalda contra la rugosa superficie del sauce, mientras Abel me sujetaba por la cintura jugueteando con mis pechos.

...

Dejé de respirar por un instante. Aquellas últimas frases resumían de manera increíble la primera fantasía que había tenido en el lago. La única diferencia radicaba en que entonces la protagonista era yo en lugar de Karen. Continué leyendo el manuscrito, preguntándome con nerviosismo si estaba a punto de perder la cabeza.

...

Su cuerpo duro y caliente me ha aplastado, quitándome la respiración. Mis manos han recorrido su espalda hasta los amplios y fuertes hombros. Con la unión de nuestros cuerpos, me he vuelto a sentir completa y segura, como si formáramos un solo ser. Es tan perfecto cada acto de amor que siempre ansío más.

Derrotados por el esfuerzo nos hemos quedado abrazados bajo el manto protector de las ramas del sauce. El calor sofocante del verano me ha incitado a introducirme en las frescas aguas del lago. Abel me ha mirado con una sonrisa felina en los labios, apoyándose sobre un codo. Muy despacio se ha puesto en pie y se ha adentrado con pereza en el lago para nadar un rato conmigo. Excitado por los juegos me ha levantado en volandas y me ha tomado allí mismo, con lujuria, en aquel medio húmedo y resbaladizo. En ese momento, mis ojos han detectado una sombra distante entre la arboleda y he contenido un grito de miedo. Por un segundo, he creído que alguien nos estaba espiando, pero me he equivocado. Abel ha comprobado los alrededores y no había nadie.

Karen.

¿Qué estaba pasando? Era la misma experiencia que yo había vivido. Segura de que debía ser una estúpida coincidencia, leí las hojas siguientes sorprendiéndome cada vez más. Los sucesivos encuentros de amor que se daban en el lago me resultaban muy familiares. Todas y cada una de las excitantes ensoñaciones que había experimentado al sumergirme en el agua estaban redactadas en aquel diario. La diferencia radicaba en que yo siempre me quedaba a medias, sin saber cómo concluían aquellas excitantes historias que mi mente calenturienta creaba, mientras que en el diario se narraban con todo lujo de detalles.

Sábado, 2 de septiembre de 1911

Querido diario:

Hoy ha vuelto a suceder. Abel insiste en que no pasa nada, que debe ser la conciencia que me está jugando una mala pasada, pero estoy segura, ha sido real y no producto del miedo o de la mala conciencia.

...

Karen abrió los ojos. La intensa oscuridad acentuaba la respiración acompasada de Abel, que dormía junto a ella sobre la alfombra de la casita del claro. Los dedos de Karen acariciaron con pereza el pecho desnudo del muchacho.

—Me haces cosquillas.

La voz soñolienta de Abel arrancó una sonrisa traviesa a Karen, que volvió a acariciar la piel masculina con la punta de los dedos, en roces tan ligeros como alas de mariposas.

—¡Pequeña descarada! ¡Ahora verás! —Abel se colocó encima de Karen con un brusco movimiento e intentó sujetarle las muñecas por encima de la cabeza—. ¡Estate quieta fierecilla!

—¡No soy una fierecilla!

—Y tanto que lo eres —susurró Abel a pocos milímetros de la boca de Karen. Sus respiraciones estaban agitadas por el esfuerzo de la batalla—. Mira como me has dejado la espalda esta noche, toda arañada. ¡Eres una tigresa!

—¡Y tú un hipopótamo que pesa una tonelada!

Abel se dispuso a darle un beso en la boca, pero ella apartó la cara y recibió el beso en la oreja.

—No creo que me parezca a un hipopótamo, tal vez a un león. Soy el rey de la selva.

—¡Valiente león! —Karen volvió a luchar contra Abel, tratando de contener la risa—. ¡Tú lo que eres es un... un... un lagarto!

—¿Porque repto muy bien? —Abel meneó las caderas contra el pubis femenino.

—No, porque te gusta estar el día entero panza arriba tomando el sol.

—Si yo soy un lagarto, entonces ¿tú que eres?

—¿Una culebra?

Abel arrugó la nariz con disgusto y negó con la cabeza.

—Las culebras se comen a los lagartos.

—¡Exacto! —respondió Karen volviendo a evitar que Abel le diera un beso en los labios.

—No estoy de acuerdo. —Abel acarició el extremo anguloso de la mandíbula femenina con la punta de la nariz y descendió hasta el cuello donde plantó un beso—. A menos que tú seas mi lagart...

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Karen, asustada.

En el jardín, una silueta difusa se apartó de la ventana y se perdió entre las sombras de la noche. Milésimas de segundos después Abel giró la cabeza siguiendo la mirada espantada de Karen.

—No veo nada.

—Había alguien ahí fuera, Abel. Estoy segura. No ha sido mi imaginación. ¡Estaba ahí mismo!

...

Lo he visto y sé que era real. Es la misma presencia oscura que nos ha espiado tantas otras veces. Estaba allí de pie a pocos metros de nosotros y, sin embargo, Abel no ha sido capaz de verla. Me irrita que no me crea. Si se hubiera girado un poco antes...

Karen.

A partir de aquella noche, Karen se negó en redondo a volver a la casita del claro. No quería encontrarse de nuevo con aquella presencia sin rostro que los espiaba bajo el amparo de la noche.

Una semana más tarde, el diez de septiembre, Karen retomó sus clases en el internado de señoritas. Estaba feliz de reencontrarse con algunas de sus compañeras, no tanto con Claudia de la Cruz. Era el último año que asistirían al internado y, por ende, se preveía el más largo. Cada miércoles, Karen recibía una carta de Abel, que guardaba en una cajita metálica en el patio trasero del colegio, junto a su diario personal. No quería que la arpía de Claudia los encontrara. Si llegaba a descubrir sus escandalosos secretos, no dudaría en publicarlos por medio mundo.

Aquel primer trimestre las monjas se mostraron más tiranas que nunca y no cesaron en su empeño de convertir a las alumnas en buenas esposas, generosas, sumisas y obedientes. Durante las clases de labores, una hermana se dedicaba a leer la Biblia en voz alta y monótona, mientras las otras supervisaban los bordados y las costuras. Karen andaba tan distraída pensando en Abel que en varias ocasiones se pinchó los dedos con la aguja manchando de sangre el impoluto cañamazo, con la consecuente regañina de las hermanas y las carcajadas contenidas de sus compañeras.

«La mujer del César no solo debe ser honrada, además debe parecerlo», recitaba la hermana superiora mirando a buena parte de las alumnas como si fuesen pecadoras condenadas al infierno. Claudia se mofaba del refrán murmurando que parecer decente ya era suficientemente agotador como para además serlo, mientras Karen apartaba la vista y guardaba silencio, temiendo que las monjas pudieran ver dentro de su alma impura.

Las vacaciones de Navidad fueron muy frustrantes, la familia de la Cruz invitó a la familia de Clara a pasar las Navidades en un palacete que tenían al sur de Francia. Aurora de Clara aceptó encantada, aunque tuvo que excusar la ausencia de su marido y de Abel; estaban tan atareados con el negocio familiar que les había sido imposible acompañarlos durante las celebraciones. Claudia se mostró tan frustrada al recibir la mala noticia como la propia Karen. Para resarcirse un poco del mal humor, la hija del Conde se dedicó a hacerle la vida imposible a Karen. La dejó en ridículo frente a otros invitados, la humilló y la tachó de provinciana paleta restregándole en la cara la enorme riqueza de su padre. Tenían los mejores caballos, los mejores viñedos de Francia y varios *Rolls Royce* importados de Inglaterra. Karen jamás había visto coches a motor tan lujosos como aquellos. Don Ernesto de Clara era contrario a los nuevos tiempos y veía más fiable el caballo o la calesa para el transporte de las personas que aquellas máquinas infernales, que habían inundado las calles de buena parte de Europa.

El regreso al internado ralentizó aún más el transcurso del tiempo. Solo las cartas de Abel consiguieron que Karen llegara hasta Semana Santa sin cometer un crimen en contra de Claudia, su insoportable, insufrible, deplorable y fastidiosa compañera de habitación.

El sábado seis de abril, Karen dejó las maletas en el vestíbulo principal de la mansión y subió como una loca las escaleras rumbo al dormitorio de Abel. No llegó a entrar. Lo vio al final del pasillo cargado con una pila de papeles y libros. La joven corrió hacia él, se lanzó a su cuello y le robó un beso, sin reparar en los ojos inoportunos que pudieran verla. Abel soltó los papeles y le

devolvió el beso con la misma pasión de quien ha estado muchos meses alejado de la persona amada. A trompicones, la pareja se encerró con llave en una habitación y se entregó a la danza más primitiva del mundo. Durante el almuerzo los jóvenes amantes volvieron a saludarse con los formalismos que acompañaban la ocasión, no querían levantar las sospechas de los señores de Clara.

A la mañana siguiente, un domingo cálido y soleado, Abel propuso a la familia bajar a Barcelona para dar un paseo. Doña Aurora alegó una inoportuna jaqueca y rechazó la invitación en tono seco; esperaba ingenuamente que su hija se mostrara solícita y se ofreciera a acompañarla durante su convalecencia. En cambio, Karen aplaudió la idea de Abel con emoción y propuso montar en el tranvía azul que circulaba por la avenida Tibidabo hasta llegar a la cima del monte. Allí, en aquel rincón apartado del mundo, habían construido un parque de atracciones diez años atrás, una joya con unas vistas maravillosas. Don Ernesto también declinó la invitación. No le hacía ninguna gracia subir hasta la cima en aquel cacharro eléctrico que estaba causando furor.

Domingo, 7 de abril de 1912

Querido diario:

¡Qué hermosa es Barcelona! Hoy ha sido un día idílico. He paseado por el casco antiguo tomando el brazo de Abel. Me ha comprado unas golosinas y por fin he subido en el tranvía azul hasta el parque de atracciones. Es un lugar increíble. Hay espejos que te hacen ver tan alta y esbelta como una farola o tan chiquita y rechoncha como un champiñón. También hemos comprado las postales más hermosas del mundo y he visto la ciudad a través de unos prismáticos maravillosos. Al montar en el carrusel, Abel me ha robado un beso. El contacto ha sido tan rápido que apenas he podido reaccionar. No cambiaría este día por ningún otro. ¡Soy tan afortunada!

...

Karen se levantó a desayunar pasadas las diez de la mañana, sin apenas fuerzas para vestirse. La noche anterior la había pasado en brazos de Abel hasta altas horas de la madrugada, pese a estar agotada de tanto caminar por Barcelona. Al entrar en la cocina para ordenar el desayuno, descubrió que no había ninguna empleada. Con indiferencia levantó los hombros y tomó una manzana del frutero, dispuesta a aguantar hasta la hora del almuerzo sin comer nada más. En aquella casa o te levantabas a las ocho en punto para desayunar en familia o te morías de hambre. Era una regla no escrita, pero bien conocida por todos. ¡Cuántos desayunos se había saltado a lo largo de su vida por culpa de ser una dormilona! Mientras mordisqueaba la manzana, Karen se dirigió al cuarto de Abel. Aunque llamó varias veces a la puerta, nadie contestó. Supuso que Abel ya se habría levantado y estaría trabajando en el despacho con don Ernesto.

Al bajar al vestíbulo principal, Karen deslizó la mano por la gruesa barandilla de madera de la escalera, notando que había demasiado silencio para ser lunes. En el aire se respiraba una calma densa.

Karen atisbó un movimiento por el rabillo del ojo derecho y giró la cabeza justo cuando Soraya abandonaba el despacho de su padre con la cara pálida. La sirvienta rehuyó su mirada y salió disparada hacia la cocina, sin rechistar, sin un solo comentario venenoso o una mala palabra.

Karen entró en el despacho con una radiante sonrisa en los labios. La luz de la mañana perfilaba el contorno de su padre, que miraba por la ventana dándole la espalda. La muchacha frunció el ceño al comprobar que Abel no estaba y carraspeó para hacer notar su presencia.

—Siéntate. —La severidad que emanaba de la voz de don Ernesto agujoneó el corazón de Karen, logrando que un escalofrío le recorriera el cuerpo entero.

—Estoy buscando a Ab...

—¡He dicho que te sientes!

Karen obedeció a su padre, sin comprender por qué estaba de tan mal humor. Aunque continuaba de espaldas, la muchacha podía intuir cierta rigidez en su porte. Una señal que había pasado por alto en un primer momento.

—De verdad pensabas que jamás me iba a enterar.

Karen guardó silencio. Un presentimiento le susurró muy bajito que el peor de sus temores se había cumplido.

—En esta casa incluso las paredes tienen oídos. Como has podido...

—Yo... no sé de qué...

—¡Calla! —la interrumpió su padre—. No te atrevas a mentirme bajo mi propio techo. Ayer os vi.

El silencio se prolongó una eternidad hasta que Don Ernesto prosiguió con el mismo tono seco y contenido.

—Hace meses escuché por primera vez sobre el asunto, pero me negué a creerlo. Mi hija jamás haría algo así. Ella es una muchacha sensata y cabal. —Don Ernesto soltó una carcajada sin humor y se volvió hacia Karen—. Pero la duda se instaló en mi corazón y por eso decidí mantenerte alejada de esta casa durante las pasadas Navidades. Deseaba tanto que todo fuera un malentendido, pero tu madre tenía razón, jamás debí traer a casa a ese canalla, a ese sinvergüenza...

—Abel no es un canalla.

—No lo nombres en mi presencia o... —Don Ernesto apretó un puño en advertencia. Los ojos de Karen se cruzaron con los de su padre y de repente lo supo.

—¿Dónde está? ¿Qué ha hecho con él?

—En este mismo momento va camino al puerto para embarcar rumbo a las Américas. Lo he enviado a Argentina con un primo segundo de César. Le dará techo, aunque tendrá que ganarse el sustento.

El semblante de César, el pacífico y tranquilo administrador de su padre, cruzó por la mente de Karen. Era imposible que él hubiera accedido a algo tan descabellado y precipitado.

—Pero ¿cómo es posible? ¿No ha habido tiempo de...?

—Lo preparé hace semanas. Solo quería esperar a comprobarlo con mis propios ojos.

—¡No puede hacer esto, padre! ¡Lo amo!

—¡Cállate, insensata! Lo que dices es una locura. ¡Él es tu hermano!

—¡No, no lo es! Si le quita nuestro apellido, será libre de casarse conmigo.

Don Ernesto apoyó las manos en el escritorio. El blanco de sus ojos estaba teñido de un rojo sangre.

—¡No digas sandeces!

—¡No son sandeces! ¡Lo amo! —Karen se puso en pie para enfrentarse a su padre.

—¡No vuelvas a repetir eso jamás!

—¡Lo amo, me oye! ¡Lo amo y no pienso renunciar a él!

—¡Guarda tu lengua, descarada!

—¡Usted no es nadie para insultarme! ¡Sé muy bien de sus andanzas con otras mujeres! ¡Es un hipócrita!

—¡Calla!

—No quiero —respondió Karen envalentonada por sus sentimientos—. ¡Lo amo!

—¡Calla! ¡Calla! ¡Calla!

Las facciones de Don Ernesto de pronto se desencajaron. Los músculos del lado izquierdo de su cara se tornaron flácidos, descolgándose de los huesos. Karen abrió los ojos llenos de miedo al ver la expresión mortecina que se reflejó en el rostro de su padre poco antes de caer al suelo inconsciente, con la mirada en blanco.

...

Madre camina preocupada por el salón como una leona enjaulada, mientras yo desfogo mi temor escribiendo estas líneas. Es la primera vez que la veo tan preocupada por padre. No sé qué voy a hacer. Si algo le sucede no podré perdonármelo jamás. No debería haberle gritado. No debería haberle dicho todas esas cosas.

El médico nos ha informado de que si padre consigue superar esta noche es muy probable que termine en una silla de ruedas, en el mejor de los casos. Soraya no se ha atrevido a aparecer por la sala. Estoy convencida de que esa desgraciada es la culpable de todo lo que ha pasado. Seguro que fue corriendo a padre para acusarme y malmeter. Como algo malo llegue a sucederle se lo voy a hacer pagar con sangre.

Karen.

Estas eran las últimas palabras escritas de una forma rápida y descuidada en el segundo diario. Insatisfecha, busqué en la contraportada alguna pista que me indicara el paradero del tercer manuscrito. No había nada.

Orejas, sentada encima de la mesita de noche, me observaba con los ojos dorados llenos de curiosidad. Al verla ahí parada, con la cabeza daleada y las pupilas tan dilatadas como dos precipicios abismales, por primera vez me di cuenta de lo mucho que había crecido desde nuestra llegada a la mansión. El animal se levantó de la mesita al contemplar mi repentino interés y, con movimientos gráciles y elegantes, caminó por encima de la cama hasta llegar junto a mis pies. Ronroneando de alegría, subió sobre mis piernas y salvó la distancia que la separaba de mis manos. Con su diminuta cabecita arremetió con fuerza contra uno de los salientes del diario, logrando que resbalara de entre mis dedos y se estampara contra el suelo. Al caer, una de las esquinas de la tapa dura chocó contra las baldosas, rasgando la deteriorada entretela de la cubierta. Un sobre amarillento salió disparado y se quedó tendido en el centro de la habitación.

7

SEÑORITA EN DESGRACIA

ASOMBRADA por lo que acababa de ocurrir, me levanté de la cama y recogí el sobre decrépito, temía que el papel se volatilizara al entrar en contacto con mis dedos. Rasgué la parte superior con mucho cuidado y sustraje la carta que guardaba en su interior. Al desdoblar el folio sentí una extraña sensación, como un presagio que atenazaba mis entrañas. La textura del papel, la letra y la fecha eran idénticas al acertijo encontrado por la familia de Clara hacía generaciones entre las páginas del primer diario.

Miércoles, 11 de febrero de 1920

Vuelvo una vez más convertida en una voz lejana. En ti, mi testigo de amor y locura, he puesto todas mis esperanzas. Mi sufrimiento en la distancia crece y se hace más fuerte, tú mejor que nadie lo sabes. Quizás la locura me embarga al escribir estas líneas; de un tiempo a esta parte la cordura y yo no nos llevamos muy bien. Mi letanía inconsciente, mi remanso de paz, sólo deseo cerrar los ojos para estar de nuevo contigo.

Los temores doblegan mi alma, que cansada de sufrir sólo ruega por un poco de sosiego. Fatigada y desolada, he perdido lo que amaba. Si pudiera retroceder todo sería distinto, jamás tomaría las elecciones que me han llevado hasta este punto. Si fuera verdad que la vida es circular, que tengo otra oportunidad, lucharía por encontrar la felicidad contigo. Te amaré por siempre. Tu esencia forma parte de mi ser, del mismo modo que la mía impregna la tuya.

Por ti me levanto cada día deseosa de saber qué te aguarda en la vida. Te he escrito esta misiva para que llegues al fondo de mi alma, que te entrego también. Mi ángel, mi más dulce compañía, espero tu llegada con impaciencia. ¿Son éstas las palabras de una desquiciada o tal vez no son tamaña locura?

Un secreto se oculta en la chimenea con un mensaje que lo desvela. Lágrimas de amor y locura se vierten tras la tercera. Verde es su centro y la guerra siempre la rodea. Lanzas al aire, la muerte insaciable extermina y embelesa a todos aquellos que la contemplan. El fuego abrasador no calma con su llama las voces que a la destrucción reclaman. Un misterio dormita en la chimenea, un secreto que a voces se cuenta.

A ti, mi dulce pesadilla, preludio de paz y agonía.
Karen de Clara.

Releí el acertijo con la absoluta convicción de que Karen había vuelto a esconder el diario en otra chimenea. Sólo me faltaba averiguar en cuál de todas se encontraba. Sumergida en la complicada búsqueda del tercer manuscrito el tiempo pasó volando, casi sin darme cuenta llegó septiembre y con él mi primer día de instituto. La noche anterior al gran día apenas cené debido al futuro incierto que me aguardaba. Anhelaba regresar a mi antiguo colegio, un lugar seguro y estable, en el que tenía mis hábitos bien organizados. Me fastidiaba conocer a nuevos compañeros que tal vez volverían a murmurar a mis espaldas.

—No seas tonta, Sara —me tranquilizó Sonia, rodeándome con los brazos—, yo estaré contigo, te lo prometo, no te dejaré sola. No te preocupes tanto, por lo que sé, de momento, nadie ha muerto devorado por sus compañeros el primer día de clase. Así que deja las preocupaciones y guarda los platos. ¡Hoy te toca a ti!

Me dirigí al lavavajillas con el ceño fruncido, abrí la puerta y saqué los platos limpios. Me extrañaba la efusividad de Sonia, hacía meses que no me abrazaba o besaba, se había vuelto tan rancia de un tiempo a esta parte, solo hablaba de Alejandro, de cuánto la quería, de cómo la consentía. Tenían una relación perfecta.

—¡Hasta mañana, sapito!

Justo cuando estaba de puntillas colocando los cacharros en el segundo estante del armario de la cocina, Sonia me dio unas palmaditas en el trasero y salió al jardín; casi se me caen en la cabeza medio juego de vasos y tres platos de cerámica. En cuanto acomodé la vajilla en su lugar, me dispuse a ir tras Sonia para regañarla por su comportamiento imprudente. Mi enfado se disipó tan pronto vi a mi hermana junto a Alejandro, estaban besándose bajo la tenue luz de una farola. Aparté la mirada avergonzada, recordando otra noche no muy lejana. Entonces, Sonia paseaba con Alejandro, ambos tomados de la mano, cerca del lago, reían y hablaban en susurros. Al verlos me agazapé tras un matorral y aguanté la respiración para no delatar mi presencia. Como no escuchaba ningún ruido levanté un poco la cabeza. Sonia había empujado a Alejandro contra una gigantesca columna de mármol, de las muchas que decoraban los alrededores, se había pegado a su pecho musculoso y lo estaba abrazando con coquetería, en tanto acercaba su boca provocadora. Alejandro sonrió como un bobo antes de inclinarse para besarla con pasión. Conmocionada, fui testigo de cómo se devoraban el uno al otro sin pudor, consumidos por la lujuria. Mis estúpidos sueños románticos se partieron en mil pedazos y al fin comprendí que mi amor infantil no tenía nada que hacer frente a la sensualidad que emanaba de Sonia. ¿Cómo me había atrevido a fantasear con el novio de mi hermana? ¿Qué tipo de persona era yo? ¿Es que no tenía moral ni decencia? Tal vez lo que decía la abuela sobre mí era cierto.

—Será mejor que paremos, Sonia, alguien puede vernos —dijo a Alejandro, que no sin dificultad, trató de separarse de mi hermana.

—Somos novios, es normal que nos besemos. ¿Quién se atrevería a acusarnos por cuatro arrumacos? —le contestó melosa, dándole una ristra de besitos en los labios.

—Yo no llamaría a esto precisamente cuatro arrumacos —replicó el muchacho, enojado—. Sabes que respeto mucho a tu abuela. No se merece que nos comportemos de esta manera.

—Te aseguro que si nos viera se alegraría muchísimo. Si crees que se enfadaría por esto, es que no la conoces bien. Está deseosa porque formalicemos nuestra relación.

Alejandro se removió incómodo, pasándose las manos con nerviosismo por el pelo.

—Es demasiado pronto para eso —carraspeó alejándose de mi hermana—. Será mejor que regresemos a casa. Ya es muy tarde.

En el más absoluto silencio, la pareja volvió a la mansión caminando por separado, mientras yo les observaba en la distancia, deseando que mi alma mutara en el cuerpo de Sonia para estar junto a Alejandro.

Consciente de que esos malos sentimientos que crecían en mi interior eran vergonzosos, los hice a un lado y volví al presente. Los cubiertos aún seguían en el lavavajillas esperando a que yo los guardara en el cajón. Suspiré con tristeza, y me di la vuelta dejando tras de mí a la pareja que continuaba besándose en el jardín bajo la luz de la farola.

Tres hora más tarde me sumergí en las cálidas aguas del lago, deseando que el verano no llegara a su fin. Mis tórridos baños nocturnos eran el único consuelo que me permitía apartar los pensamientos de Alejandro y Sonia. En aquellas aguas me sentía, aunque solo fuera en mis delirantes ilusiones, amada y deseada. Por un instante, dejaba de ser el patito feo y me convertía en un fabuloso y efímero cisne. Ese último baño de sueños, dio paso a la aplastante realidad de mi primer día de instituto. Por la mañana, aunque fui con mi hermana hasta el punto de recogida, los nervios me constreñían el abdomen y las palmas de las manos me transpiraban horrores. Cuando el autocar escolar, una máquina gigantesca, abrió sus puertas para dejarnos subir, sentí náuseas. No estaba preparada para aquello, prefería ir en coche con mamá, como siempre, en vez de estar rodeada por un montón de desconocidos.

Ignorándome, Sonia subió los seis peldaños que daban al pasillo central y se sentó a cotorrear con una amiga que no veía desde el curso anterior. Pasmada por lo rápido que mi hermana se olvidaba de sus promesas, me coloqué un asiento por detrás de ellas y a través de la ventanilla contemplé las calles por las que pasábamos, dejando volar mi imaginación para alejarme de la inquietante realidad que me rodeaba. Cuando paramos delante del instituto, creí estar frente a una cárcel. La construcción era toda de hormigón gris, cercada por una valla gruesa y oxidada, cada una de las ventanas estaba cubierta por barrotes negros, como si los profesores temieran que los alumnos fueran a huir despavoridos en cualquier momento.

—Es impresionante, ¿no crees, hermanita? —preguntó Sonia con diversión—. El interior no es tan impactante. Al parecer el arquitecto que diseñó el instituto quiso simplificar conceptos, sin reparar en lo deprimente que resultaría *su obra* a los alumnos que tenemos que asistir a este centro a diario.

Al cruzar la enorme puerta metálica envuelta por una jauría de alumnos, sentí como aumentaba mi presión arterial. El corazón me bombeaba loco en el pecho, parecía como si en cualquier momento me fuera a estallar. Busqué a Sonia con la vista, pero no la localicé por ningún lado. De pronto, vi un rostro conocido con una expresión tan desesperada como la mía y me dirigí hacia él. Ángel Giovanni estaba tan desorientado como yo, parado a un lado, dejando pasar al mar de gente que luchaba por no llegar tarde.

—¿Sara, eres tú? —Me miró asombrado como si no me reconociera.

Asentí con la cabeza mientras le contemplaba con tanta perplejidad como él a mí. En esos pocos meses había dejado de ser un esqueleto andante, creciendo al menos una cabeza. Su eterna camisa de cuadros había sido sustituida por una bonita camiseta de manga corta de un oscuro azul marino, bajo la cual se adivinaba una amplia espalda de hombros anchos. En poco se parecía al lloroso amigo del que me había despedido a principios de verano.

—Estás muy cambiada, Sara. —Su voz sonaba diferente, un poco más profunda y rasposa—. Diría incluso que has crecido.

Sabía que ni las camisetas anchas ni los pantalones holgados podían ocultar las formas femeninas que tanto me avergonzaban. La mirada apreciativa que me dedicó mi amigo, recorriéndome con sus ojos de la cabeza a los pies, me hizo enrojecer. Me sentía alagada.

—Cuando terminen las clases podrías acompañarme a casa. Estoy seguro de que Roberta se alegrará mucho de verte. No ha parado de hablar todo el tiempo de ti a nuestros abuelos.

Ambos sonreímos al recordar a su hermana mayor. La verdad es que tenía muchas ganas de ver a mi amiga y acepté encantada ir a su casa. Gracias a este encuentro, mis primeras semanas de instituto no fueron tan duras como temía en un principio, es más, tuve la increíble suerte de compartir aula con Ángel. Todos los días nos sentábamos juntos en las materias comunes, y durante el recreo buscábamos algún lugar apartado para desayunar. Después de clase Ángel me acompañaba a la parada del autocar o me invitaba a su casa, donde su hermana me esperaba ansiosa. La mayoría de las noches me quedaba a cenar con ellos, obligada por los insistentes ruegos de Roberta. A la abuela no le hacía mucha gracia mi *agitada* vida social y siempre que podía soltaba algún comentario inoportuno sobre lo malcriada que estaba: «Si fueras hija mía, te metería en cintura de inmediato. Mira que obligar a tu madre a salir tan tarde, en ese destartalado coche, sólo para ir a recogerte a casa de tus *amiguitos*. ¿Dónde vamos a llegar?».

Salvo por estos comentarios puntuales de la madame, mi mundo volvió a la normalidad. Daba gracias a Dios todas las noches por haber hecho que Ángel Giovanni y yo fuésemos a la misma clase. Al sentirme de nuevo acompañada, ya no ponía tanto empeño en localizar los diarios de Karen, pues entre los deberes y mis salidas con Ángel y Roberta prácticamente se me habían olvidado.

Las semanas volaron en compañía de mis dos amigos y las Navidades llegaron a la mansión un año más cargadas de luces, guirnaldas de colores y un hermoso pesebre de porcelana que la señora de Clara había comprado en el Monasterio de Santa María de Montserrat, una abadía benedictina que daba la impresión de haber sido esculpida en medio de un macizo de rocas.

Esa Nochebuena, mamá me dio permiso para pasarla en casa de Roberta y Ángel Giovanni. Me sentía exultante de felicidad. Ya no tendría que contemplar la fiesta que se iba a celebrar en la mansión oculta entre las sombras de la escalera, ahora me divertiría en mi propia celebración familiar. Además, por fin iba a estrenar el delicado vestido de gasa que me habían regalado Ángel Giovanni y Roberta por mi quinceavo cumpleaños. Estaba claro que mi mejor amigo me conocía muy bien y sabía cuánto anhelaba tener una prenda tan bonita como aquella.

A última hora de la tarde, subí llena de energía a mi dormitorio seguida por Orejas. Me duché con calma y me sequé el pelo para que cayera liso por debajo de la cintura. Al terminar, cubierta con mi albornoz verde, me maquillé los ojos con colores naturales y me puse algo de brillo en los labios, dándole las gracias mentalmente a Adela por regalarme el único juego de maquillaje que tenía. Salí del baño bastante satisfecha con mi imagen. Afuera se oían las voces de los primeros invitados que comenzaban a llegar. Con las risas como música de fondo, saqué la preciosa prenda color verde turquesa con la que me habían obsequiado mis amigos; bueno, mis amigos con el aporte económico de sus padres. El vestido me caía a la perfección. Parecía una princesa medieval. El corpiño recubierto de cintas de seda se apretaba a mi pecho resaltándolo, mientras la falda se ajustaba a mis caderas e iba cogiendo vuelo a medida que descendía.

—¡Dios mío, Sara! ¿Eres tú? —fue lo primero que preguntó Adela, con la boca abierta y sin

palabras, al verme entrar en la cocina seguida por Orejas. Asentí con entusiasmo—. Si no fuera por la gata no te habría reconocido. ¡Estás preciosa!

—Preciosa es poco, es una aparición. —Tomás me miraba tan sorprendido como su mujer—. ¿Se puede saber cuándo nuestra niñita ha crecido tanto? ¿En qué momento se ha convertido en esta hermosa jovencita que tengo ante mis ojos?

—Hija, estás... —Mamá me abrazó con mucha fuerza y me besó en la mejilla emocionada—. ¡Fantástica! Casi no te reconozco. Pareces mucho mayor.

Eran las primeras Navidades que íbamos a estar lejos la una de la otra. Me apreté un poco más contra el pecho de mi madre, enterrando la cara en su cuello para percibir la dulzura de su aroma.

—El año que viene será diferente. Lo pasaremos las tres juntas: Sonia, tú, yo y nuestro nuevo apartamento. Incluso podrás invitar a tus amigos a pasar Noche Vieja o Año Nuevo con nosotras. Te lo prometo. Tan pronto encuentre otro trabajo... —Aquellas palabras susurradas junto a mi oído sonaban a falsas promesas y culpabilidad. Mamá sabía tan bien como yo que eso no iba a suceder. La abuela jamás lo permitiría, mucho menos ahora que mi hermana estaba saliendo con Alejandro. Sonia, mamá y yo estábamos atrapadas en aquella tela de araña tejida por la madame y no teníamos ninguna otra alternativa.

Acaricié con amor el pálido rostro de mi madre. Cada día estaba más agotada debido al extenuante trabajo físico que realizaba bajo la férrea supervisión de la madame. No quería que se sintiera culpable por nada. Hacía cuanto podía por nosotras, deslomándose por sacarnos a delante sin preocuparse por sí misma. ¿Qué podía reprocharle?

La abracé de nuevo con mucha fuerza, ocultando el brillo de mis ojos llorosos por la emoción. Justo en ese momento apareció la abuela envuelta en un costoso traje de seda natural. Por como vestía en las grandes ocasiones, nadie diría que era una simple ama de llaves. Iba tan arreglada como cualquiera de las señoras multimillonarias que acudían a la fiesta acompañadas de sus elegantes maridos. Los ojos de la vieja se clavaron en mí con desconcierto, como si no lograra ubicarme. Sólo cuando di un paso hacia atrás con miedo, su mirada se llenó de reconocimiento, abriéndose de asombro, antes de ocultarse en el espeso bosque del desprecio.

—No sabía que ya estábamos en carnaval —comentó con socarronería, humillándome. El sentimiento de euforia, que momentos antes me embargaba, se desvaneció en el acto, dejando vía libre a mis temores e inseguridades. Me sentía otra vez ridícula, torpe y fea—. Espero que no le permitas a la niña salir vestida con ese disfraz.

—No es para nada un disfraz. —Adela afiló su lengua para atacar a la madame donde más le dolía—. Diría que se parece al que llevó Sonia hace unos meses, en la fiesta de cumpleaños que celebró Alejandro en el Hotel Plaza.

—No seas ridícula, Adela. El vestido de mi nieta era un modelo italiano carísimo, que no se puede comparar con esa baratija. —La abuela señaló con la barbilla mi atuendo, en tanto una oscura nube de maldad opacaba su mirada—. Además, va maquillada como un payaso.

—Mejor como un payaso que pintada como una puerta —replicó el chofer, enarcando una ceja—. Por cierto, Soledad, creo que se te ha olvidado apretarte bien la faja.

A la abuela le subieron los colores en el acto. Tomás me guiñó un ojo, devolviéndome algo del coraje que había perdido. Cuando la abuela se disponía a contratacar, entró Gertru corriendo y gritando muy alto.

—¡Sofía! ¡Ángel y su padre esperan a tu hija fuera! ¡Están aparcados en la entrada principal

obstaculizando el paso a los invitados que están llegando! ¡Cómo se entere la bicharraca de la madame se te va a caer el pelo...! —Las palabras de la vieja sirvienta murieron en sus labios al encontrarse de morros con la abuela. Su expresión jovial se congeló debido al miedo y se quedó petrificada en el sitio.

—Además de pintarme como una puerta y estar enfajada, ¿ahora también soy una bicharraca? —inquirió la abuela con enfado, girándose sobre sus talones para abandonar la cocina. En su camino golpeó a Gertru en un hombro y pisó la cola de Orejas, que bufó asustada y salió corriendo hacia el vestíbulo.

—¿Creéis que me va a despedir? —preguntó la vieja sirvienta con un hilo de voz.

—Antes debería pasar por encima de mi cadáver —espetó Adela, soltando una gran carcajada—. No te preocupes, mujer. La madame hoy ha catado un poco de su propia medicina.

—Venga, Sara, corre que te están esperando —me apremió mamá, empujándome hacia la puerta.

Colmada por la dicha, abandoné la cocina rumbo al vestíbulo principal, por donde exclusivamente debían entrar los ilustres invitados que acudían a la fiesta. Esa era mi noche y no iba a permitir que los malintencionados comentarios de la madame la arruinaran. Al llegar al pie de la enorme escalera que ascendía hasta la primera planta, me tropecé con alguien que bajaba.

—¡Cuidado, señorita! —Alejandro me agarró en un acto reflejo por la cintura y me apretó contra su cuerpo para impedir que cayera al suelo. Desorientada, tratando de recuperar el equilibrio, coloqué una mano en el palpitante pecho masculino—. ¿Está usted bien?

Al alzar la cabeza para asentir, nuestras miradas se cruzaron y vi como las pupilas de Alejandro se dilataban, logrando que el azul cristalino de sus ojos se tornara oscuro y profundo.

—¿Nos hemos visto antes? —Entorné los párpados y desvié la mirada hacia el suelo. Temía que me descubriera en cualquier momento.

Al ver mi reacción, Alejandro me sujetó el mentón con dos dedos de forma íntima y tiró hacia arriba, obligándome a levantar la cabeza de nuevo. Avergonzada, con la vista aún clavada en un punto fijo a mis pies, vi de reojo como la expresión desconcertada del muchacho se tornaba apreciativa.

Estaba tan pegada a él que llegué a notar como su cuerpo se excitaba involuntariamente, como algo duro y palpitante crecía contra mi barriga, logrando que me sintiera incómoda y acalorada. Sin poder aguantar un minuto más, le miré fijamente, olvidándome de la inhibición. Alejandro parecía tan impresionado como yo.

—Esto... tú... —musitó sin fuerzas, sometido por el mismo influjo que me tenía presa a mí.

Por un segundo el tiempo dejó de correr. Ambos nos quedamos muy quietos, en silencio. Su boca cada vez estaba más cerca, tanto, que llegué a pensar que en cualquier momento recorrería los escasos milímetros que nos separaban y cubriría mis labios con los suyos. El mero pensamiento hizo que el vello de mi nuca se erizara y que miles de pequeños escalofríos me recorrieran por entera.

—¿Alejandro, qué estás haciendo? —La voz de mi hermana rompió el hechizo del momento.

El muchacho se apartó de mí como si mi contacto le quemara y con expresión de culpabilidad comenzó a subir por las escaleras para reunirse con Sonia.

—No es lo que parece. La chica estaba a punto de caerse y yo...

Me alejé de ellos para no oír ni una sola de aquellas disculpas innecesarias. Atravesé el

inmenso pórtico de la entrada a toda prisa y me reuní con Ángel Giovanni y su padre. Los dos se sorprendieron mucho de mi nueva imagen y me prodigaron innumerables alabanzas mientras nos dirigíamos a su casa montados en un moderno todoterreno. Fue bien entrada la medianoche cuando recordé que había olvidado encerrar a Orejas en mi dormitorio. Pasé el resto de la velada preocupada por la suerte de mi pobre mascota, rezando para que alguien se percatara de mi descuido y la llevara de vuelta a mi habitación. Si la madame encontraba a Orejas antes que yo, no dudaría en echarla fuera de casa para que se perdiera entre los bosques que rodeaban el lago.

Al volver a casa a la mañana siguiente, lo primero que hice fue dirigirme a mi habitación, sustituí el vestido por ropa cómoda y me recogí el cabello en dos trenzas. Iba a peinar la mansión entera y el bosque colindante si hacía falta para encontrar a mi gata. No llegué a atravesar los dos portones que encerraban el saloncito cuando la voz de Alejandro me detuvo justo cuando mi mano estaba girando el picaporte.

—Lagartija, creo que ayer alguien se dejó olvidado esto en el vestíbulo. —Sin un ápice de humor, Alejandro me mostró a Orejas que ronroneaba plácidamente en sus manos—. ¿Te suena de algo?

Extrañada por su actitud irónica me acerqué para coger a mi mascota. Me daba la impresión de que esa mañana había amanecido con un humor de perros. Después de entregarme a Orejas, Alejandro se dirigió al sofá con expresión cansada y se dejó caer. Luego se tapó la cara con un brazo.

—¿Quién puede entender a las mujeres? —suspiró, bajó el brazo y volvió a mirarme—. Qué vas a saber tú si todavía eres una enana, ¿eh? —Sonrió complacido por su propia contestación.

¿Cómo se atrevía a llamarme enana? ¿Es que no tenía ojos en la cara? Tal vez mis pechos no eran tan grandes como los de Sonia, pero tampoco estaba plana. ¿No se daba cuenta de que ya era una adolescente y no la mocosa que había llegado a la mansión?

—Sabes, lagartija, ayer me pasó algo absurdo. Evité que una chica se rompiera el cuello y ¿cómo me lo paga ella? Pues va y sale corriendo, de manera sospechosa, dejándome solo con tu hermana y sus celos. Menuda escena me formó Sonia delante de un montón de extraños. Me acusó de ser un infiel, me insultó y por último me dio una tremenda bofetada.

Aún sentado en el sofá, puso los codos encima de sus rodillas y se cubrió la cara con las manos, exhalando un bufido.

—La próxima vez que vea a esa chica me voy a cobrar la bofetada que Sonia me dio por su culpa. —Alejandro se acarició la mejilla donde había sido golpeado y sonrió de un modo extraño.

No estaba segura de cómo tomarme aquello. Por un lado, me embargaba la tranquilidad al saber que Alejandro no se había dado cuenta de que la chica en cuestión era yo, pero por otra parte me irritaba que no me hubiese reconocido. ¡Era una auténtica locura! Sin poder controlar mis sentimientos contradictorios me crucé de brazos y me enfurruñé, dedicándole una mirada de resentimiento.

—¡Genial! ¿Y ahora porqué te has enfadado tú? Lo dicho: ¡Que os compre quien os entienda! —Se estiró cuan largo era en el sofá y volvió a cubrirse la cara con un brazo—. Las mujeres sois seres complejos. Qué puede hacer un simple mortal para comprender vuestra complicada forma de pensar.

Me giré negando con la cabeza y puse los ojos en blanco, imitando el gesto que Adela siempre utilizaba cuando mi abuela la desquiciaba. Con Orejas entre mis brazos volví a mi habitación, escuchando a Alejandro renegar de todo el género femenino.

Siguiendo los consejos de la abuela, Sonia se hizo de rogar durante cuatro días; al parecer los hombres valoran mucho más aquello que les resultaba difícil conseguir. La treta dio buen resultado y cuando por fin Sonia hizo las paces con Alejandro, el muchacho estaba tan exultante de felicidad que ya ni recordaba que en realidad el ultrajado había sido él y no mi hermana.

Las primeras semanas de clase, pasadas las vacaciones de Navidad, fueron pesadas y largas para la mayoría de los estudiantes. Los profesores explicaban sus materias con desgana, como si sus pilas estuvieran a punto de agotarse y renquearan con los últimos restos de energía. Se notaba que algunos habían ganado peso debido a los turrones, mantecados y las copiosas cenas familiares típicas de esas fechas. La barriga del profesor de filosofía llamó mi atención en especial. Estaba tan hinchada que amenazaba con reventar la camisa que la aprisionaba, disparando un botón de nácar contra alguno de los pobres estudiantes de primera fila, yo entre ellos. No pude reprimir una risita cuando Ángel Giovanni me pasó una nota doblada con una caricatura del profesor barrigón. Mi amigo estaba radiante de felicidad. Hacía un mes que lo habían aceptado en el equipo de natación del instituto y, desde entonces, siempre llevaba una sonrisa pintada en la cara. Nunca le había visto tan feliz. Al terminar las clases, me encantaba sentarme en las gradas de la piscina de la escuela junto a las bonitas novias de los otros miembros del equipo para ver entrenar a mi amigo.

—¿Es cierto que Ángel está saliendo con la tía rara que va a primero? —murmuró a media voz una chica que yo no conocía de nada. Aprovechando que la pared que ascendía hasta las gradas me ocultaba, dejé de caminar y permanecí muy quieta para escuchar mejor la conversación.

—Eso parece. Creo que es sorda o algo así —comentó distraída una rubia, con dos dedos de raíces negras, que no apartaba la vista de mi amigo—. No entiendo cómo Ángel puede salir con alguien como ella.

—Supongo que para divertirse un poco. Tú ya me entiendes... —Ambas intercambiaron una mirada cómplice y se echaron a reír.

—Menudo desperdicio. Un adefesio como esa, no le va a ayudar mucho a Ángel para encajar en nuestro equipo.

La rubia miró hacia la piscina con el deseo reflejado en el rostro. Ángel se estaba preparando para saltar del trampolín estirando los brazos y los músculos de la espalda.

—Deja de babear o vas a tener que fregar el suelo, tía.

—Es que está buenísimo. —La rubia se mordió el labio y jugueteó con un mechón de cabello achicharrado.

Yo aparecí de súbito ante las dos arpías deslenguadas y subí con la cabeza bien alta por las escaleras. Ambas chicas me contemplaron con los ojos muy abiertos. La rubia incluso tuvo la decencia de sonrojarse.

—No te preocupes, Laura, es sorda —murmuró la otra—. No puede oírnos.

Las dos se miraron por un segundo y estallaron en carcajadas. Dejé que el pelo suelto me cubriera parte de la cara para esconder un poco la humillación que sentía, luego tomé asiento en la última grada. Ángel saltó varias veces seguidas en el trampolín y se lanzó de cabeza al agua haciendo una pirueta.

—Cuesta creer que ese espantapájaros sea la hermana pequeña de Sonia. —La malévola decolorada volvió los ojos hacia mí, sin disimular ni un poco.

—¿Qué dices, tía? ¿En serio?

—Tal y como lo oyes, ¿a qué es increíble?

Mi amigo nadó hasta el borde de la piscina. Con un potente movimiento de brazos, sacó su cuerpo del agua y se puso en la fila que conducía de nuevo al trampolín, junto al resto de sus compañeros. Al verme sentada en las gradas, sonrió. Yo le devolví el gesto y le saludé con la mano. Un musculito sin cerebro que había junto a Ángel le dio un codazo en las costillas haciendo una mueca taimada. El resto del equipo me miró de una forma extraña, hablando bajito entre ellos, sin dejar de reírse.

Desde ese momento el ambiente en el colegio se volvió cargado, opresivo. Yo, que siempre trataba de pasar desapercibida, me convertí sin saber por qué en la comidilla de los pasillos. Cada vez que entraba en algún aula se hacía el silencio y veinte pares de ojos se clavaban en mí. Un ligero murmullo de susurros y risitas se daba entre mis compañeros, mientras algunos dedos insolentes me señalaban sin piedad. Ángel dejó de sentarse en el pupitre contiguo al mío para ocupar otro al lado de Laura, *la rubia de bote*. Cada vez que intentaba hablar con él para preguntarle qué estaba pasando, me daba largas prometiéndome que ya quedaríamos cuando tuviera más tiempo libre.

Como una ingenua estúpida continué acudiendo a la piscina día tras día para ver a mi amigo, sin imaginar la madeja de mentiras que se estaba tejiendo a mí alrededor. Fue a primera hora de una tarde lluviosa cuando descubrí la horrorosa verdad. Al llegar a las gradas llenas de gente, me encontré con Ángel Giovanni besuqueándose con la rubia oxigenada de una manera indecente. Al verme, mi amigo me miró con ojos culpables y casi de inmediato bajó la cabeza.

—No sé qué pudiste ver en ese espantapájaros —comentó Laura con saña—. Corrijo, sé lo que viste en ella. Un culo y unas tetas que te podías follar cuando te daba la gana.

Al escuchar tamaña barbaridad me quedé sin aire en los pulmones, blanca como el papel.

—Quién podía imaginar que esta mosquita muerta con esa cara de *yo no he roto un plato* resultaría ser una zorra.

—No digas nada más, Laura —interrumpió Ángel Giovanni.

—No te pondrás de su parte ahora. Me juraste que no sentías nada por ella, que solo fue sexo. Además se ha tirado a medio equipo de fútbol y a buena parte de tus compañeros de clase. ¡Seguro que tiene ladillas!

Un montón de alumnos volvieron sus ojos interrogantes hacia mí, mientras en el recinto resonaba el eco de la risotada chillona de Laura.

—He oído que también se ha acostado con algunos tíos de segundo y tercero —aseguró la amiga de la rubia peliquemada, sentada en las gradas.

—No entiendo qué pueden ver en ella —intervino otra alumna a quien yo no conocía.

—Pues sencillo, no es bonita, pero se abre de piernas con facilidad. —La oxigenada con dos dedos de raíces negras me miró de arriba abajo con asco—. ¡Justo lo que los chicos quieren!

Sin poder soportar más los feos comentarios que se estaban vertiendo sobre mi persona, corrí con todas mis fuerzas hasta el patio. Frías lágrimas de rabia rodaron por mis mejillas empapándome la camiseta. Ahora entendía los murmullos y los silencios de aquellas semanas y el porqué de que Ángel estuviese tan extraño conmigo. ¿Cómo había podido hacerme algo así?

De repente, unas manos recias me sujetaron por los hombros y me hicieron girar. Los ojos de Ángel me contemplaron con culpabilidad. Estábamos en pleno invierno e iba vestido únicamente

con el bañador.

—Perdóname, Sara. Yo no quería que pasara esto. Verás, cuando dije que tú y yo... bueno... ya sabes... sólo lo dije porque quería ser aceptado. Estoy cansado de ser un bicho raro. Por una vez en mi vida, tengo amigos que me aprecian de verdad. —Su explicación me dolió aún más, pues yo también era su amiga y lo quería—. Sólo lo dije para que nos aceptaran a los dos. Pensé que si creían que teníamos ese tipo de relación, también te dejarían formar parte del grupo. No imaginé que ocurriría algo así. —Ángel colocó un dedo bajo mi barbilla y me obligó a mirarle—. De golpe y porrazo, todos los chicos comenzaron a decir que ellos también se habían acostado contigo y yo no sabía cómo parar el bulo sin desdecirme de mis mentiras.

La furia me dio la energía que necesitaba para liberarme de él con un empujón. Acto seguido, mi mano cobro vida propia y se estampó contra su mejilla, dejándole la cara roja por el golpe.

—Supongo que me lo tengo merecido. Perdóname, Sara. Yo sólo quiero ser como los demás... —Me miró con ojos suplicantes—. En el colegio con Roberta... siempre me trataron diferente. Ahora por primera vez me aceptan como a un igual y no se burlan de mí. En el fondo sé que me comprendes. Tú también deseas esto tanto como yo.

Una parte de mí sabía que era cierto. Yo también deseaba ser normal y tener un grupo de amigos con quien salir. Pero jamás, bajo ningún concepto, permitiría que mi felicidad se basara en la desgracia de otra persona, como estaba haciendo Ángel conmigo.

Al montar en el autobús esa tarde, Sonia tomó asiento a mi lado en silencio. Sus ojos me observaban de manera inquisitiva. Le había llegado el rumor de mis falsos devaneos y esperaba una confesión. El chisme se había extendido por los pasillos del instituto con mayor fuerza desde que Laura había montado el numerito en la piscina.

Cuando el autocar escolar se detuvo frente a la parada, bajé sin mirar a nadie y corrí cuan largas eran mis piernas por el camino de tierra que conducía a la mansión. No me detuve hasta llegar a mi habitación. Tendida en la cama lloré un mar de tristeza, sintiéndome una ilusa, una perdedora. ¿Cómo podía haber hecho algo así Ángel? Yo, que era su compañera de batallas; a mí, que nunca le había juzgado por cómo se vestía o por lo que decía, que le aceptaba con todas sus cosas buenas y malas. Miles de preguntas sin respuestas se formaron en mi mente. Rendida de tanto llorar, sin comprender cómo había llegado hasta esa situación, me dormí cayendo en un sueño intranquilo. Amanecí con mucha fiebre, por lo cual mamá llamó al médico, quien me recomendó algunos días de reposo. Prácticamente, no abandoné la cama durante una semana. Adela solía traerme la comida al dormitorio, en tanto Tomás me contaba anécdotas para hacerme reír. Sin embargo, yo apenas podía contener las lágrimas.

—Tranquila, pequeña —me consolaba Adela con cariño—, te pondrás mejor. Ten calma.

Mamá estaba más tensa de lo normal. Cada vez que se quedaba en la habitación a solas conmigo se sumía en un incómodo silencio. El octavo día, por fin, al ver que ya no tenía fiebre, se atrevió a decirme qué la preocupaba tanto.

—Sara, hija mía, no sé cómo tocar un tema tan delicado. Hace unos días, Sonia me habló de un rumor que hay en tu colegio. —Mamá guardó silencio, esforzándose por elegir las palabras correctas—. Al parecer, se decía que tu amigo... bueno, Ángel Giovanni y tú... esto... —Me dio la espalda, roja como un tomate—. Tu profesora me ha llamado hoy. La dirección del instituto no puede permitir una actitud tan... tan... —se atragantó debido a la vergüenza—, desenfrenada en una alumna. La junta de padres ha puesto el grito en el cielo y ha pedido que te sancionen con una expulsión de dos semanas.

Giré la cabeza y contemplé la pared de la habitación con lágrimas de humillación en los ojos, deseando que la tierra me tragara.

—He intentado razonar con tu tutora, asegurándole que jamás te comportarías de esa manera, pero no me ha escuchado. Dice que son muchos los chicos que afirman haberse beneficiado de tus... fa-favores. —Mamá se sentó tesa al pie de mi cama, contemplándose las manos que descansaban en el regazo—. Sonia no sabe qué creer. Yo, por supuesto, no dudaré de tu palabra, igual que Adela.

¡Dios mío!, si Adela estaba enterada, seguro que Tomás también lo sabía y el resto de empleados no tardaría mucho en enterarse. Mortificada, me aferré con fuerza a la almohada. Mi madre intentó tranquilizarme, diciéndome lo que yo quería escuchar, aunque su voz sonaba áspera e insincera. Enseguida me di cuenta de que en el fondo ya me había juzgado y condenado de la misma forma que había hecho mi hermana mayor. Cómo se atrevía mi propia familia a dudar de mí con tanta facilidad.

—Sara, comprende que esto es difícil de digerir para mí. —Parecía como si mi madre me estuviese leyendo la mente—. No es que no crea en ti, es que son muchos los que afirman haber mantenido una relación sex... —se detuvo antes de completar la palabra—. Sé que últimamente no he estado a tu lado. Tu profesora me ha dicho que no serías la primera adolescente que hace este tipo de cosas para llamar la atención de sus padres o para no sentirse sola...

En ese preciso instante dejé de escucharla. Con cada palabra sentía como un puñal se hundía más y más en mi pecho. ¿Qué clase de persona se creía que era? Tan solo una semana atrás me miraba con ojos limpios de sospecha y ahora... ¿Cómo podía mirar una madre a su propia hija como si fuese una extraña?

Hundida en la miseria, me sumergí en mi seguro y cómodo mundo imaginario, dónde no tenía que escuchar a mi madre tratando de excusar su falta de confianza en mí. Casi sin darme cuenta debí quedarme dormida, pues cuando desperté estaba de nuevo sola en mi habitación.

Rodeada por las sombras me tragué mi angustia y desesperación, igual que había hecho la tarde en que murió papá. Si él aún estuviera vivo, jamás hubiese permitido que alguien hablase mal de mí y, mucho menos, se habría creído esa sarta de mentiras como había hecho mamá. ¡Cuánto la odiaba en ese momento!

La primera semana de expulsión la pasé encerrada en mi habitación, regodeándome en mi desdicha. Orejas fue la única que se mantuvo pegada a mí como una lapa; su sexto sentido debió alertarla de mi gran tristeza. Solo me apetecía dormir y apenas probaba bocado. Adela insistía en que debía comer un poco más o acabaría pareciendo un esqueleto disecado. Era cierto que había perdido algo de peso, aunque me faltaba mucho para ser una momia.

El noveno día me aventuré por la trampilla del ropero hasta la biblioteca contigua. Necesitaba leer algo para distraerme, una historia que me permitiera escapar a otra realidad. El lugar estaba a oscuras y en calma. Aunque eran las siete de la tarde, el sol ya hacía una hora que se había puesto. ¡Cómo anhelaba los largos días de verano! Recorrí la espaciosa biblioteca a mis anchas, encendiendo algunas lámparas de pie para ver mejor. Pasé el dedo por la cubierta envejecida de varios libros, indecisa, sin saber por cual decantarme, pero no tenía prisa. Podía estar tranquila. Alejandro estaba tan ocupado desde que había retomado sus estudios universitarios que apenas lo veía. El poco tiempo libre que le quedaba se lo dedicaba por completo a mi hermana Sonia, quien se quejaba de ser una novia de fin de semana.

Me puse de puntillas para alcanzar un libro de fantasía que descansaba sobre la repisa de la chimenea más alta de la biblioteca, cuando mis ojos se posaron en unas diminutas lanzas talladas que se erguían hacia el cielo con insolencia. Algo que no sé definir me obligó a acariciar con los dedos el pequeño motivo bélico cincelado en el mármol. Casi de inmediato, una frase acudió a mi mente: «Verde es su centro y la guerra siempre la rodea. Lanzas al aire, la muerte insaciable extermina.»

Justo en el centro, la repisa de un tono verde oliva estaba situada justo en el centro de la blanca chimenea. Di varios pasos hacia atrás para contemplar el inmenso labrado de guerra que se extendía por la superficie de mármol. Mi corazón se desbocó impulsado por algo instintivo. Sin pensarlo dos veces, me introduje en la chimenea para buscar algo, no sé muy bien qué, tal vez algún ladrillo suelto o un pequeño hueco. La fortuna no me sonrió en esa ocasión, no había nada por ninguna parte. Le arreé varias patadas al zócalo interior del hogar siguiendo la misma corazonada. Un tocho oscurecido por el hollín se movió de manera sospechosa. Tres puntapiés más tarde logré hundirlo por completo. A cuatro patas, con la lengua fuera y con la cara tiznada de carbón, tanteé con una mano las húmedas profundidades de la cavidad. Busqué incansablemente hasta que mis dedos tocaron con algo tan frío como el metal y tan rugoso como el óxido. A duras penas logré sacar una arqueta herrumbrosa que olía a viejo y quemado.

Sentada en la suave alfombra persa de la biblioteca, forcejeé con la vieja cerradura. La euforia que sentí al abrirla fue tan grande que las preocupaciones que me habían robado el sueño durante toda la semana se esfumaron por completo. Mis dedos temblaron de emoción al sacar el viejo diario en tonos ocres que descansaba en aquel sepulcro de metal oxidado, protegido de la lumbre tan solo por una tela gruesa de color rojizo. Era mucho más ligero que los otros, y eso me intrigó. Abrí la tapa y le eché una rápida ojeada al interior. Suspiré con decepción. Apenas había unas quince hojas escritas, el resto había sido arrancado y quemado.

Martes, 16 de abril de 1912

Querido diario:

Celebramos el funeral de padre hace cuatro días, fue algo íntimo y sobrio. Solo unos cuantos amigos y familiares. Entre ellos estaba el conde de la Cruz, que consoló a madre durante la mayor parte del sepelio. Supongo que fui muy dura al juzgarle, ahora me arrepiento, ha demostrado ser alguien digno de confianza, no como su hija Claudia, que solo estaba preocupada porque Abel llegara a tiempo, pues hipotéticamente se encontraba en un viaje de negocios cuando recibió la mala noticia. Eso fue, al menos, lo que Soraya inventó para justificar su ausencia ante las insistentes y poco delicadas preguntas de Claudia.

No sé si estoy preparada para afrontar la gran cantidad de cambios que mi familia va a sufrir a partir de ahora. Sin padre, estamos madre y yo solas. Me duele tanto la cabeza que creo que me va a explotar. Hoy ha sido la lectura del testamento de padre. Y aún tengo la sensación de que no ha sido más que una broma, como si padre hubiese querido burlarse de madre incluso después de muerto. El notario se ha presentado en casa para dar fe de las últimas voluntades de padre hacia el mediodía. Con una solemnidad que daba miedo nos ha comunicado la delicada situación financiera que atraviesa la empresa familiar debido a las malas decisiones de padre. Su negativa a industrializar los procesos textiles se ha traducido en grandes pérdidas durante los cuatro últimos años. ¡Prácticamente estamos en bancarrota! Los abogados nos han aconsejado vender los terrenos colindantes a la propiedad y varias casas que

tenemos en Zamora y Sevilla para aligerar los gastos. Saneando nuestras cuentas podremos vivir con dignidad, aunque de una manera mucho más modesta. César, el administrador de papá, ha bajado la cabeza cuando el notario le ha declarado nuestro albacea.

...

Aurora de Clara se levantó del asiento con los ojos fuera de las órbitas y golpeó la mesa con las palmas de las manos abiertas. El notario levantó la vista del testamento que descansaba sobre el escritorio y la miró impasible.

—¿Me está diciendo usted que voy a tener que rendirle cuentas a mi administrador? ¡Es mi dinero! ¡Mío! ¡Lo heredé de mis padres, mi marido no tenía derechos sobre él!

—Tranquilícese, señora. —Los dedos del notario tamborilearon sobre la superficie de madera pulida con impaciencia, aunque su semblante no se alteró un ápice—. Usted es una dama y no entiende de estas cosas. Por regla general, los bienes pasan al hijo primogénito del matrimonio, y en ausencia de este, a manos del pariente varón más cercano.

—Entonces, ese mocoso mugriento a quien adoptamos es el heredero de mi fortuna... —Doña Aurora se dejó caer en el sofá. La sangre le había abandonado el rostro hacía rato.

—Su caso es excepcional. Su familia tiene poca liquidez y demasiadas deudas. No hay mucho que heredar. Si bien, hace unos días su esposo manifestó la intención de cambiar el testamento a favor de su hija, no hubo tiempo. Y, estando así la situación, el heredero legal de la mayor parte del patrimonio es don Abel de Clara, por ello, hasta que no regrese, queda prohibida la venta de cualquier propiedad, a menos que don César Salavert, el propietario fiduciario designado por su difunto esposo, pésele a quien le pese, opine lo contrario.

—Pero, si no podemos vender, la fábrica irá a la quiebra... —Karen apretó con nerviosismo el pañuelo de fino algodón con el que había llorado a su padre hasta hacía escasos minutos—. Será nuestra ruina.

—Por suerte, su señor padre previno esta situación y dejó a César como albacea para que se ocupara de la situación.

El notario dejó de hablar cuando sonaron unos golpes suaves en la puerta. Soraya entró en el despacho vestida de riguroso luto. Desde la muerte de don Ernesto se había vuelto muy sumisa y callada, incluso se mostraba atenta a las necesidades de Karen. Tal vez tenía miedo de ser echada como un perro a la calle.

—¿Qué hace esta descarada aquí? —bramó doña Aurora al ver entrar a la sirvienta.

—Yo la he citado a esta hora y en este lugar —contestó el notario sin alzar la voz—. Siéntate, bonita. Don Ernesto no se ha olvidado de ti.

—¿Cómo dice? —Karen miró al notario con la boca tan abierta como su madre.

—El difunto señor de Clara, como constituyente, le ha dejado a doña Soraya Sánchez, la beneficiaria, una casita de campo situada en la periferia de esta propiedad, y un puesto blindado en la mansión como ama de llaves. En el caso de que la susodicha sea despedida por la familia, pasará a cobrar una paga vitalicia que heredarán sus hijos hasta que el fondo fiduciario asignado por él se agote.

—¡Arribista! Ese recogido apestoso y tú os merecéis la muerte ¡Ojalá el infierno se os lleve a los dos! —gritó histérica doña Aurora, poniéndose en pie. En cinco zancadas recorrió el espacio que la separaba de Soraya, que permanecía medio escondida en una esquina. Las gotas de sudor le cubrían el labio superior—. ¡Estafadora! ¡Sinvergüenza!

Aurora le cruzó la cara de un solo manotazo. Las lágrimas resbalaron por los ojos de la sirvienta, que no se atrevió a rechistar.

—¡Cálmese, señora! —Por primera vez el notario dio una orden en tono autoritario—. La violencia no solucionará nada, así que llamo a la calma.

Doña Aurora enrojeció y volvió a tomar asiento.

—Acredito pues, que don César Salavert como propietario fiduciario queda al cargo de los bienes hasta el regreso de Abel de Clara. En el caso de doña Catalina María de Clara, como individuo fideicomisario, no podrá disponer de su fortuna hasta contraer matrimonio con un caballero que debe ser aprobado por César Salavert.

—¡Pero qué dice! —En esta ocasión la que se puso en pie fue Karen. Había tardado varios segundos en asimilar la noticia. Estaba tan acostumbrada a que todo el mundo la llamara Karen, un apelativo cariñoso, regalo de la vieja nodriza danesa que la había cuidado hasta cumplir los seis años, que apenas se había reconocido en aquel nombre extraño, Catalina María, elegido por sus padres y ratificado por la sacrosanta liturgia del bautismo.

...

—Bésame.

Al escuchar la melosa voz de mi hermana, que sonaba fuera, en el saloncito compartido, me levanté como un resorte. Recogí las cosas a la misma velocidad de la luz y apagué la última lámpara de pie justo cuando la puerta del dormitorio se abría. La silueta de una pareja rasgó las sombras de la noche en un combate cuerpo a cuerpo, beso a beso, heridos de ansiosa pasión.

—No me tientes, Sonia —murmuró Alejandro con un tono de voz tan ronco que apenas pude identificarlo—. Como sigas haciendo eso no voy a poder controlarme. Quiero que tu primera vez sea especial.

—Si tú eres el primero, lo será. —Me oculté un poco más tras el sofá, anonadada al escuchar tremenda mentira—. Estoy preparada para entregarme a ti. Lo deseo más que nada en el mundo.

—Creo que con un escándalo en tu familia ya hay bastante. Será mejor que te vayas a dormir.

—Noo... —susurró mi hermana apretándose más contra él—. Si lo dices por lo que ha pasado con Sara, lo nuestro es diferente. Tú y yo estamos saliendo en serio, mientras que ella se ha acostado con medio instituto para caerles bien.

—¡No digas estupideces! Es solo una cría. Nunca haría algo así —espetó Alejandro muy enfadado, apartándose de Sonia.

—¿Por qué siempre la defiendes? Te aseguro que no es tan santa como todo el mundo la pinta. Si los chicos de la escuela lo dicen, por algo será —refunfuñó Sonia de muy mal humor—. No está bien de la cabeza. Lleva sin hablar más de tres años, desde que murió mi padre. No sería tan raro que se hubiera follado a cualquiera sólo para llamar la atención de mamá. Es un bicho raro, ¿todavía no te has dado cuenta?

—Me asquea que hables así de tu propia hermana. Cuando dices esas cosas me cuesta creer que seas la misma persona...

—¡Ya está bien! Siempre que hablamos de ella terminamos peleados. Estoy cansada. Y para tu información, te diré que yo misma la he visto tontear con ese amigo suyo, no recuerdo cómo se llama, el que tiene la hermana retrasada, por eso no me sorprendió nada su expulsión.

¿Cómo podía decir eso? Yo jamás había hecho nada con Ángel Giovanni, solo darle ánimos desde las gradas de la piscina. Además, cómo podía ser tan dura conmigo, ella, que mentía más

que hablaba. Por un segundo tuve el impulso de salir de mi escondite, agarrar el bonito pelo de mi hermana y arrancárselo a tirones. Dejarla calva no sería suficiente, también le daría un par de puñetazos y le rompería dos dientes.

—Tu hermana es la niña más ingenua que he conocido en mi vida. No sé cómo puedes pensar tan mal de ella.

—Sí, lo que tú digas. —La voz de mi hermana se apagó un poco—. Será mejor que dejemos esto aquí, me empieza a doler la cabeza. Me voy a la cama.

Sonia besó en la mejilla a Alejandro antes de marcharse con la cabeza gacha, aparentemente afligida. Cuando la puerta se cerró, Alejandro apretó los puños y golpeó con rabiosa frustración el respaldo del sofá de cuero negro de su habitación.

—¡Maldita sea! —murmuró para sí—. ¡Soy un idiota! ¡Un idiota! ¡Joder!

Mientras Alejandro bramaba como un toro, me escurrí por la biblioteca hasta la trampilla, quería regresar a mi dormitorio.

8

NOCHES DE CINE

UN cuarto de hora después, linterna en mano, amparada bajo el edredón de la cama, retomé la lectura. Era como si estuviera haciendo algo prohibido y pecaminoso, sólo yo conocía la existencia de aquel diario y no pensaba contárselo a nadie más, esta vez Alejandro no iba a tener la ocasión de quitármelo. Ya había aprendido la lección: ¡mejor pedir disculpas, que pedir permiso!

Fruncí el ceño al ver que en una página había varias entradas fechadas. Por regla general, Karen no era parca en palabras. Solía detallar sus pensamientos de forma tan vivida que cualquiera que leyese el diario era capaz de adentrarse en su mundo hasta el punto de ver, sentir, oír, degustar y oler. No obstante, aquellos sosos apuntes cotidianos se sucedían sin pena ni gloria. Tras unas cuantas páginas desabridas, por fin, Karen se explayó tal y como me tenía acostumbrada.

Jueves, 23 de mayo de 1912

Querido diario:

Cada noche miro al cielo estrellado a través de la ventana y rezo. Rezo porque mis sospechas no sean ciertas, por lo menos no ahora que Abel está tan lejos. América... jamás pensé que una palabra tan pequeña significara algo tan complejo. A-mé-ri-ca. Algunas noches pronuncio esas mismas sílabas en susurros como si al hacerlo fuera capaz de invocar a Abel, como si él pudiera escucharme al otro lado de esos inmensos mares y océanos que nos separan. ¡Qué estúpida soy! No hay conjuro en la tierra que pueda traerlo de vuelta a menos que él quiera regresar. Mi único consuelo, aunque nadie más lo sepa, es saber que los dos estamos unidos por algo mucho más fuerte que la magia. Un pequeño milagro nacido de nuestro amor.

...

La luz de la mañana hacía brillar la melena pelirroja de Karen como lava ardiente sobre las sábanas de la cama. Soraya dejó la bandeja con el desayuno encima de la mesa, miró con desdén a la bella durmiente y carraspeó con fuerza para despertarla. Karen se incorporó algo desorientada, desperezándose. Al percibir el olor del café se llevó una mano a la boca y contuvo una arcada.

—Últimamente parece enferma. Tal vez deberíamos llamar al doctor.

Karen negó con la cabeza, se levantó de la cama y corrió hasta la mesa para cubrir la taza de café humeante con una servilleta de algodón. Aquel olor amargo le estaba revolviendo el estómago.

—A partir de ahora, prefiero que me traigas un zumo de naranja por la mañana... —Karen se giró hacia Soraya y la encontró ojeando con indiferencia su diario personal—. ¡Suéltalo!

—Tampoco es para que te pongas así, mujer. Qué te puede pasar a ti que yo no conozca. ¡Vamos! Si eres más predecible que el calor en verano y el frío en invierno.

—¡Dámelo!

Karen le quitó a Soraya el diario de las manos y lo guardó bajo llave en el secreter de la habitación. La sirvienta entornó los ojos al cielo con resignación y se dirigió a la mesa. Con tranquilidad echó unas cuantas cucharadas de azúcar en el café y se lo tendió a Karen de nuevo, esperando su reacción. Al ver como la muchacha arrugaba la nariz y empalidecía, Soraya removió el líquido con la cucharilla de plata, disfrutó inhalando el aroma y le dio un sorbo largo a la bebida caliente.

—Quizás sería buena idea llamar al médico. Puedes tener un cólico al riñón o la solitaria. Y no me vengas con la excusa de que no quieres gastar, la salud es lo primero, ¿no?

—Será mejor que te metas en tus propios asuntos.

—¿Debería avisar a la señora? —Soraya tomó una galletita de la bandeja, la mojó en el café y le dio un mordisquito.

—Haz lo que quieras. —Karen abrió el armario para darle la espalda a la sirvienta, con el pretexto de buscar un vestido—. Desde que mi padre te nombró heredera estás más insoportable que nunca.

—¡Menuda herencia! ¡Ja! —contraatacó Soraya cruzándose de brazos—. Una choza ruinosa en medio de un claro y un puesto permanente de criada.

—También te dejó una buena paga mensual.

Karen defendió la memoria de su padre con poca convicción, adentrándose un poco más en el armario para alcanzar supuestamente un vestido de color negro, pero en realidad intentaba ocultar sus ojos húmedos de tristeza. La muerte de don Ernesto había sido un duro golpe y aquel nefasto testamento, el remate final. Había perdido a su padre dos veces: en lo físico y en lo espiritual. Toda la fe ciega que había puesto en él, como persona, se había esfumado tras la visita del notario. Era comprensible que su padre hubiese contemplado a Abel en la herencia, pero mentar a Soraya, esa ramera deslenguada, frente a su viuda y su hija, no tenía nombre. Había sido la peor humillación de su vida.

—Te recomiendo que no uses ese vestido, es demasiado viejo —aconsejó Soraya, llevándose una mano a la boca para disimular un bostezo—. Claudia y su padre acaban de llegar con la intención de pasar el fin de semana aquí, y no creo que a tu madre le agrade que te pongas ese trapo.

—¿Otra vez están de visita? —Karen parpadeó con desconcierto.

—Eso parece. Ya sabes lo contenta que se pone la señora cuando el Conde la visita. —El comentario de Soraya fue mordaz y cargado de doble sentido.

—Cállate, bruja —gruñó entre dientes Karen como un perro rabioso a punto de atacar.

—No me da la gana. ¿Qué vas a hacer? ¿Echarme a la calle?

—Eso quisieras tú, pero vas a seguir fregando suelos hasta que pintes canas.

Soraya mostró una amplia sonrisa y se quitó una pelusilla imaginaria del uniforme.

—Si la señora vuelve a casarse algún día, quizás su nuevo esposo no esté muy contento con mis modales y me despida, o tal vez, —Soraya hizo una pausa y miró a Karen directamente a los ojos con altiva prepotencia—, si soy lista y aplicada, me gane sus favores.

—¡Fuera! ¡Fuera de aquí, bruja! ¡Vete!

Karen echó a la sirvienta de su habitación a empujones. Al cerrar la puerta con violencia, lo último que escuchó fue una cínica risotada de Soraya.

—A qué esperas, cabeza de chorlito, corre a contárselo a tu mamá. —La voz de la sirvienta se fue apagando a medida que avanzaba por el pasillo—. Con un poco de suerte, podré disfrutar de mi herencia sin tener que trabajar como una mula.

Cuando el reloj de pie marcó las doce, Karen se contempló en el espejo de cuerpo entero que había junto a la cómoda. El luto no le sentaba bien, pero tampoco le preocupaba. Antes de abandonar su dormitorio, se mojó un dedo con saliva y se arregló un mechón de pelo rebelde que tenía en la frente. Luego caminó con apatía hasta la escalera que bajaba al recibidor; tenía pocas ganas de ejercer como anfitriona. No llegó a bajar, se detuvo al escuchar la voz del Conde seguida por una risilla juguetona de Claudia. Sin hacer mucho ruido, Karen se dirigió hacia el lugar de donde provenían los susurros. La familia ocupaba dos habitaciones de invitados con un saloncito común, el espacio era muy parecido a sus propias dependencias. Llegó justo a tiempo de ver por la cerradura como el Conde acariciaba el cuello de Claudia de una forma extraña, casi perturbadora. Los dedos masculinos recorrieron juguetones el generoso escote de Claudia y dibujaron varios círculos encima del corazón. Un gesto demasiado íntimo para un padre y una hija. Karen se alejó de puntillas, incomodada por aquel ambiente cargado de ¿erotismo?

...

Ha sido algo extraño. ¿Lo habré imaginado o ha sido real? Cuando madre ha bajado y nos hemos reunido con la familia de la Cruz, no he notado nada raro. Quizás, como estaba demasiado sensible por culpa de la pelea con Soraya, mi mente me ha jugado una mala pasada y he visto mar donde sólo había tierra.

El Conde se ha mostrado muy atento con madre, demasiado, diría yo. Conmigo también ha sido caballeroso, desde luego, incluso me ha animado a que busque a un buen pretendiente para formar mi propia familia. Me he sentido mal, como si sobrara en mi propia casa, mucho más cuando se ha girado hacia madre y ambos han intercambiado una mirada cómplice, cargada de secretos. No me ha hecho ninguna gracia. Ese comportamiento no es propio de ella. No quiero pensar mal, pero las palabras de Soraya no dejan de rondar por mi cabeza. Es muy cierto que el estado de ánimo de madre mejora notablemente cuando el Conde nos visita, pero sería indecente que comenzaran una relación apenas unas semanas después de la muerte de padre. ¡Sería inadmisibile! Un pecado que no haría más que alimentar las habladurías cuando las malas lenguas descubran que estoy encinta. ¡La ruina social y el fin de nuestro buen nombre!

Karen.

Me llevé la mano a los labios sufriendo por Karen, quien ya, sin querer, se había convertido en mi única amiga. Aunque nos separaban más de cien años en el tiempo, con cada página que leía me sentía más cerca de ella. Ambas sabíamos muy bien la cantidad de cambios dolorosos que se producían tras la pérdida de un familiar, de un padre. Entonces, la vida se convertía en una

montaña rusa, con subidas vertiginosas y bajadas de miedo, acompañada por la insoportable melodía de un coro de chismosos, seres insensibles que no tiene nada mejor que hacer que criticar los trapos sucios de los demás, para no ver su propia porquería. Es un pasatiempo mundial, eso de contribuir con un pequeño granito de arena en las desgracias ajenas. ¿Quién no ha participado alguna vez en el despelleje de otra persona? ¿Quién no ha aportado detalles escabrosos o incluso ha exagerado un poquito lo sucedido con falsas anécdotas, que jamás se dieron, para hacer más ameno un chisme? El mundo ha sido, es y será siempre un lugar en el cual el fuerte va a tratar de destruir al débil. En la jungla humana tienes que saber adaptarte para poder sobrevivir. Había aprendido esa lección a golpes y no iba a olvidarla.

Al girar la página, el resto estaba quemado. El sabor amargo de la frustración me llenó la boca. Quería saber más, pero ahí terminaba todo. Tal vez aquel fuera el último diario, el único que había sobrevivido al fuego. Quizá, del resto ya no quedaban ni las cenizas. Mientras dejaba el maltrecho diario sobre la mesita de noche y me tiraba en la cama cuan larga era, la sangre teñida de desilusión hizo bombear mi corazón. Ya estaba desvelada, por más que quisiera no iba a pegar ojo esa noche. Me puse de costado y miré el diario en medio de la oscuridad. Un rayo de luna se filtraba por el ventanuco proyectándose en la tapa dorada. Aquel tenue resplandor me hizo sentir mejor; de alguna manera supe que todo iría bien. Yo no había hecho nada malo, no tenía por qué avergonzarme. Tarde o temprano se sabría la verdad, tenía que darle tiempo al tiempo. Qué más daba si mi familia había preferido creer en las patrañas de unos adolescentes mentirosos antes que en mi inocencia, por lo menos aún me quedaba Alejandro. Eso era un principio. Una persona confiaba en mí, los demás se darían cuenta de su error poco a poco.

Mi regreso al instituto no fue tan traumático como esperaba. Algunas miradas indiscretas y murmullos, pero nadie me insultó o se metió conmigo de forma directa. Los adolescentes, futuros proyectos de adultos, ya no se comportaban como niños crueles que actuaban sin medir sus palabras, sin pensar. Habían comenzado a dar las primeras brazadas por el fascinante océano de la hipocresía, donde nada es lo que parece, donde una sonrisa amiga puede ocultar la peor de las intenciones.

Solo tenía que aguantar dos trimestres más, sólo dos trimestres más; y después, unas merecidas vacaciones de verano. Prefería mil veces estar en el gran caserón gobernado por la madame a caminar por los pasillos grises del instituto entre aquellos borregos, que seguían a ciegas la senda trazada por la maliciosa voz del lobo vestido de cordero. Al menos, me quedaba el consuelo de saber que el siguiente curso sería otro becerro el sacrificado y no yo. Mal de muchos, consuelo de tontos. Y yo debía ser muy pero que muy tonta, porque aquel mal era mi único consuelo.

—Sara, hija, tu abuela y yo hemos... —Mamá se mesó el cabello con nerviosismo—. Bueno, he-hemos estado hablando de lo sucedido en el instituto y...

Aquel sábado la cocina era un desierto sin empleados, sólo estábamos nosotras tres. Mamá y yo sentadas a la mesa, mientras la abuela nos observaba de pie, con los brazos cruzados, apoyadas las caderas en la encimera de mármol.

—Déjate de rodeos, Sofia —intervino la abuela con cara de pocos amigos—. Tu madre y yo hemos solicitado a la directora del instituto que te borre de las actividades extraescolares. Así, al terminar las clases, volverás directamente a casa y dejará de crecer tu mala fama. Nada de repaso, pintura, biblioteca y, por supuesto, nada de piscina.

Bajé la cabeza para ocultar mis emociones. No le iba a dar el gusto a la madame de ver cuánto

me dolían sus palabras. Esa era otra lección que había aprendido en la mansión. Si no quería ser pisoteada en mi orgullo, no debía exponer mis debilidades.

—Es por tu bien, hija. Lo comprendes, ¿verdad? No es por desconfianza...

—No seas ridícula, Sofía. Deja de tratar a la niña con guantes de seda o se te va a subir a las barbas.

Miré a un punto fijo en la pared con indiferencia. No iba a llorar, jamás le daría ese gusto a la abuela. El silencio, mi medio natural, donde me sentía cómoda y fuerte, se prolongó un poco más, hasta que el goteo del grifo se hizo presente, acompañado por otros ruidos comunes en la cocina como el motor de la nevera o el zumbido de las moscas que revoloteaban sobre la cesta de fruta.

—Esa actitud tuya me exaspera, niña —soltó entre dientes la abuela, dando un par de pasos hacia mí—. Si pudiera, te daría unos buenos azotes.

—¡Madre! ¡Sara también lo está pasando mal con esas calumnias! —salió en mi defensa mamá, interponiéndose en el camino de la abuela.

—No peques de ingenua, Sofía. Desde el primer momento en que vi a la niña supe que nos iba a dar muchos dolores de cabeza. Tenía la palabra *problemática* escrita en la cara. Es igual que su padre: ¡una insolente! Maldigo el día en que ese bueno para nada se cruzó en tu camino.

Apreté los puños con fuerza y me mordí el labio inferior. La rabia hizo que mi cuerpo vibrara de manera imperceptible y comencé a transpirar debido al gran esfuerzo que hice para contenerme de no agarrar a la vieja bruja por las greñas, sacudirla hasta borrarle de la cara esa expresión de prepotencia que siempre llevaba puesta y gritarle que no hablara mal de mi padre.

—Ya está bien, madre.

—¡Mírala! Si tuviera un cuchillo en la mano me lo clavaba ahora mismo. ¿Es que no lo ves, hija? Esta niña no está bien, al final voy a tener que darte la razón, algo anda mal en su cabecita. Tal vez deberíamos internarla.

Sin querer escuchar ni una palabra más, di media vuelta sobre mis talones y salí de la cocina dejando que mamá se enfrentara sola a la rabieta de la abuela. Cuánto odiaba a aquella vieja amargada, cuánto deseaba que desapareciera y dejara de atormentarme la vida. Pero eso no iba a suceder. Me temía que la mala energía de la madame perduraría en la mansión incluso después de su muerte.

A partir de ese día, mamá se encargó de llevarme al instituto en el viejo Peugeot y de recogerme siempre a la misma hora, ni un minuto antes ni un minuto después, por si acaso: mejor que no tuviera tiempo de relacionarme con nadie. De casa al instituto y del instituto a casa, mi posición en el ranking de popularidad no hizo más que bajar. Ahora, para mis compañeros ya no era solo una suelta con ganas de marcha, mis rarezas sumadas al excéntrico comportamiento de mi familia me habían convertido en una desquiciada que sufría un grave desorden mental. De la noche a la mañana, en un tiempo récord, me convertí en una ninfómana. Sentada en el inodoro del lavabo, comiéndome el desayuno que me había preparado Adela, escuchaba durante el recreo a las alumnas hablar sobre mí. La mayoría eran lucubraciones descabelladas que circulaban por ahí. Algunas incluso me hicieron reír por lo absurdas que eran. Según varias chicas, fui víctima de una red de pedófilos que me raptaron cuando era pequeña y por eso dejé de hablar. Otras aseguraban que era anoréxica y que fui violada por un montón de chicos en la clínica de rehabilitación a la que asistía. También estaba la teoría del chupa-chups, según la cual yo siempre había sido una forofa de la piruleta y de tanto chupar le había cogido el gusto.

Tanto chisme consiguió mermar la poca confianza que mamá había depositado en mí. Por más

que ella jurara y perjurara lo contrario, yo veía en sus ojos que mentía. Adela, sin embargo, no hacía caso de nada. Su actitud continuaba siendo dulce y cariñosa. Me consolaba a su manera, atiborrándome a pasteles y galletas, igual que Tomás, quien se había empeñado en plantar un pequeño huerto en la parte más alejada del jardín, y algunas tardes me obligaba a ayudarlo.

—Trabajar en el campo con las manos es bueno para la mente. No te deja pensar. —El silencioso chófer me guiñó un ojo y se secó el sudor de la frente.

No sé muy bien por qué, pero esas breves palabras me hicieron llorar. Al principio fue solo un sollozo, unas pocas lágrimas que dieron paso a un diluvio universal.

—Llora, pequeña, llora, te hace mucha falta.

Desesperada, me lancé en brazos de Tomás, que me consoló como haría un padre con su hija. El intenso aroma de la tierra mojada mezclada con el olor de los vegetales calentados por el sol se coló por mi nariz copando mis sentidos.

—¿Para qué crees que sirven tus lágrimas? —La pregunta de Tomás me dejó desconcertada y negué con la cabeza para manifestar mi ignorancia—. La respuesta la tienes aquí. Mira a tu alrededor. La tierra necesita el agua para dar vida, así como los hombres necesitamos el llanto para cultivar el alma. Solo así puede brotar de la debilidad la fortaleza.

Con esa filosofía de vida me dispuse a soportar la recta final, el último trimestre de aquel curso espantoso. Lloraría si tenía que llorar y no me avergonzaría de mis debilidades. Podía ir con la cabeza muy alta. Qué me importaba a mí que ninguna alumna que se respetara me dirigiera la palabra por temor a ser tachada de fulana. Lo único odioso era soportar las burlas de algunos chicos o, peor aún, las insinuaciones de los cafres que me pedían encuentros sexuales en el cuarto de los borradores o en los lavabos. Era una marginada. Entre clase y clase o durante la hora del almuerzo me escondía en un rincón de la biblioteca para no ser el centro de las miradas. Rodeada de silencio, me dejaba arrastrar a lejanos mundos que otros habían creado para lectores empedernidos como yo. Esa diminuta habitación llena de libros, donde casi nunca había nadie, se convirtió en mi lugar favorito, mi pequeña fortaleza de la soledad dentro del instituto. Entre sus cuatro paredes me liberaba de la tensión y de la tristeza.

Sonia, igual que el resto de compañeros, apenas me hablaba. Se sentía avergonzada de mí o, al menos, así justificaba su comportamiento frente a mamá. Su rechazo llegó hasta el punto de ignorarme en el autobús, ni siquiera me miraba cuando nos cruzábamos por los pasillos y mucho menos me defendía cuando otros se metían conmigo. Me sentía como si tuviera una enfermedad contagiosa, como si me estuviera volviendo transparente. ¿Qué pasaba conmigo? ¿Era tan insignificante, tan poquita cosa, que no le importaba ni a mi propia hermana?

Cuando la escuela terminó, había llorado tanto que mi alma había sido inundada por un dolor corrosivo donde ningún brote de fortaleza consiguió germinar. Añoraba ser otra persona, vivir una vida diferente, abrir los ojos y despertar junto a papá para descubrir que todo había sido una pesadilla. Lo extrañaba más que nunca.

Ese año mis notas dejaron mucho que desear. Aunque mamá no me regañó por la ristra de suficientes que llevé a casa, su descontento fue evidente. Me pregunté qué notas hubiese obtenido ella en mi situación, cómo se hubiera desenvuelto en medio de una jauría de chismes y compañeros maliciosos. Me sentía rabiosa, y mucho más con Sonia, quien a punto de cumplir diecinueve años, a diferencia de mí, se había graduado con matrícula de honor y una nota muy alta en selectividad que le había proporcionado una plaza en la misma universidad donde estudiaba Alejandro. Ese hecho, en mi opinión, no iba a favorecer a la pareja. Los celos de mi hermana

chocaban de manera frontal con el fuerte carácter del muchacho. Cuántas discusiones a voz en gritos había escuchado yo desde mi cuarto. Alejandro cada día estaba más cansado de los numeritos que montaba mi hermana en cualquier lugar y por cualquier motivo. Los arrebatos incontrollables de Sonia habían llegado a salpicarme incluso a mí.

—Venga ya, Sonia, ¿tú hermana? ¿Estás loca o qué...?

La voz alterada de Alejandro llegó hasta mi dormitorio a través de la puerta entreabierta. Era una noche de finales de primavera y ya hacía mucho calor, apenas entraba aire por el ventanuco. Agudicé un poco más el oído. La pareja discutía a media voz en el saloncito iluminado por la luz de la luna. Apenas les podía escuchar, así que me levanté de la cama sin hacer ruido y me acerqué de puntillas hasta la puerta.

—Claro, claro, riéte si quieres, pero ¿me vas a negar que está loca por ti? ¿Te has fijado cómo te mira con cara de oveja degollada? —Me ruboricé muerta de vergüenza al escuchar el tono ebrio de mi hermana—. ¿Y tú?, sé que no te es indiferente.

—Estás enferma, ¿sabes? —espetó el joven—. ¿Cómo me voy a fijar en una cría de cuánto? ¿Quince años? ¿Se te olvida que yo tengo veintidós? ¿Acaso te parezco un pedófilo?

—No seas ridículo. Sólo digo que te atrae un poco. —Sonia hizo una pausa intentando buscar argumentos más convincentes—. Antes de que me enfadara contigo, te pasabas el día entero detrás de ella. Prácticamente tuve que coaccionarte para que dejaras de verla tan seguido. No sé qué te daría, pero me lo puedo imaginar.

—Deja de insinuar esas cosas de tu hermana, jamás intentó nada conmigo.

—La abuela dice...

—Me importa un rábano lo que diga Soledad. A veces pienso que estoy saliendo con ella en vez de contigo.

—Lo siento, cariño. —Miré por una rendija entreabierta de la puerta y vi la silueta de mi hermana arrojándose al cuerpo de Alejandro con sensualidad—. Quizás si formalizáramos lo nuestro, me sentiría más tranquila.

—Aún no es el momento adecuado —contestó Alejandro, apartando los brazos que Sonia le había colocado alrededor del cuello—. Mejor vete a tu habitación.

—¿Por qué eres así?

—Por si se te olvida, está tu abuela y tu herma...

Alejandro enmudeció en el acto al mirar hacia mi dormitorio. Escondí la cabeza temiendo haber sido descubierta. El pulso se me aceleró mientras el silencio se extendía.

—Podrías pedirle a mi abuela que se mude para tener un poco más de intimidad —insistió Sonia en tono dulzón—. Estoy segura de que no se negará.

—Respeto mucho a tu familia para hacer algo así. Además, Soledad ocupa ese cuarto desde antes de que yo naciera y jamás aceptará marcharse. —Alejandro guardó silencio unos segundos—. Será mejor que dejemos esta conversación para otro momento.

—En el hotel no te has mostrado tan reservado, nene.

Juraría que la mirada de Alejandro se había posado de nuevo en mi habitación, parecía incómodo, aunque tal vez la oscuridad me estaba jugando una mala pasada.

—Vete a dormir antes de que digas algo de lo que te arrepientas mañana.

Alejandro tomó a Sonia por el codo y la condujo hasta los dos pórticos que flanqueaban la entrada del saloncito.

—A sus órdenes, mi amo. Haré lo que usted diga.

Sonia se soltó de la mano de Alejandro con un brusco movimiento, se inclinó para hacer una reverencia y se marchó murmurando groserías.

—Ya puedes salir de tu dormitorio, cotilla. —Me quedé tiesa como un palo, sujetando el pomo de la puerta— No te hagas la sorda. Te lo estoy diciendo a ti, Sara.

Abrí la puerta despacio, segura de que me esperaba una buena reprimenda por escuchar conversaciones ajenas.

—Tal parece que entre tú y yo no puede haber secretos. Lo has escuchado todo, ¿verdad? —Asentí con sinceridad. Alejandro caminó derrotado hasta un sofá y se dejó caer—. ¡Genial! ¿Y ahora qué hacemos? —Encogí los hombros con indiferencia. Alejandro encendió la lámpara que había junto al sofá y me miró con pesadumbre—. Te voy a dar un gran consejo, lagartija: no tengas novio jamás. El mundo de las parejas apesta. Tu hermana y yo somos un claro ejemplo. Al principio nuestra relación era perfecta, casi irreal. Encajábamos tan bien. Pero ahora, no sé quién tiene la culpa: las inseguridades de tu hermana o mi mal carácter. Algunas veces siento que me ahoga con esos celos suyos, otras, en cambio, es tan melosa y tiene ese sentido del humor que me vuelve loco, pero vuelven los celos y se convierte en una persona insensible, cínica. No deja que ninguna mujer se me acerque, a todas las ve como rivales y eso me está volviendo loco. No quiero ni pensar cómo será nuestra vida cuando vayamos a la misma universidad. —Se pasó una mano por el pelo—. Tu abuela dice que es joven, que ya cambiará, pero no creo que esto vaya a terminar bien. Me siento culpable... Como habrás podido escuchar ella y yo, bueno...

Alejandro me miró de reojo más colorado que un tomate. Pobrecito, había sido engañado como un tonto. Mi hermana era tan pura y limpia como un charco de estercolero.

—Lo más ridículo de todo es que estoy otra vez aquí sentado, a las tres de la mañana, contándole mis penas a una cría de quince años. —El muchacho se rió de buena gana—. Pero mira que soy patético.

Alejandro se levantó del sofá y me revolvió el pelo con una mano como si yo fuera una niña de parvulario.

—Será mejor que nos vayamos a dormir. Buenas noches, lagartija, y que sueñes con los angelitos.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, a todos nos sorprendió un inesperado anuncio por parte de la abuela.

—Tomás, esta tarde me ayudarás a mudarme a otra parte de la mansión.

Una pasmada Adela dejó caer la cuchara llena de cereales que sostenía a medio camino entre el cuenco y la boca, salpicando la mesa de leche.

—¿Te vas a mudar, Soledad? —preguntó con incredulidad la cocinera.

—Sí, mi habitación tiene mucha humedad y mis huesos se resienten —respondió la madame con indiferencia, pero a mí no me podía engañar; yo sabía la verdad. Era evidente que se había aliado con mi hermana para llevar a cabo sus planes. Ambas estaban cazando a Alejandro como si fuera un simple ratón.

La abuela se tomó su taza habitual de café, ignorando las caras raras que la contemplaban como si fuera un sapo con nariz de payaso. Tomás intercambió una rápida mirada con Adela. Mi intuición me decía que ellos tampoco se tragaban el cuento de la humedad y los huesos.

La tarde llegó acompañada por el caos. Tomás, ayudado por una cuadrilla de empleados, se

encargó de trasladar las pertenencias de la abuela a la otra punta de la segunda planta, cerca de las habitaciones que ocupaba la señora de Clara. Era un lugar recargado de amplias vidrieras de mil colores, rosetas, arcos apuntados y bóvedas de crucería, la confusión arquitectónica típica del estilo gótico que predominaba en la mansión y que tanto contrastaba con el carácter oscuro de la abuela.

Faltaban cinco minutos para que el reloj del saloncito marcara las ocho de la tarde, cuando la madame se presentó para echar el último vistazo. No quería perder ninguna de sus valiosas pertenencias por el descuido de algún inepto. Estaba a punto de abandonar el saloncito tras el último empleado, cuando su mirada se posó en mí. La expresión de su rostro cambió por una fracción de segundo. Un gesto imperceptible para quien no la conociera, que hizo saltar mi corazón.

—La niña... Cómo he podido olvidarme de ella. —La abuela carraspeó con incomodidad—. Tú, recoge tus cosas. Hoy dormirás con tu madre y mañana te instalarás en la habitación que hay junto a la mía.

Negué con la cabeza. No estaba dispuesta a marcharme, no quería que la abuela me encerrara en otro zulo. Conociéndola, no pararía hasta encontrar la habitación más cochambrosa de la casa y, en esta ocasión, mamá no iba a mover un dedo para ayudarme. Ahora opinaba igual que la vieja: había que tener mano dura conmigo o no podrían enderezarme.

—Te he dicho que recojas tus cosas, niña insolente. —Aunque la abuela no levantó la voz, escuché su orden como un grito. Negué otra vez con la cabeza, dando un paso atrás. Estábamos las dos solas y tenía miedo de que me pegara—. No me hagas enfadar o...

—¿Qué está pasando aquí? —Alejandro entró en el saloncito cargado con una bolsa de deporte.

—Nada de importancia. Un problemilla entre mi nieta y yo. —La vieja bruja al instante cambió su tono de voz altanero por otro más sumiso—. La verdad es que le estaba pidiendo a mi nieta que vaya a dormir con su madre hasta que mañana le encuentre otro dormitorio.

—¿Por qué? Yo no te he pedido que os trasladéis.

—Por supuesto que no. Pero ya eres un hombre y necesitas intimidad.

Alejandro arrugó el ceño y observó a la abuela con astucia. Las mejillas de la madame ardieron de vergüenza. El disgusto le había soltado la lengua y ahora sus intenciones habían quedado descubiertas.

—Espero que este repentino interés por mi *privacidad* no tenga nada que ver con Sonia. —Los dedos de Alejandro apretaron el asa de la bolsa de deporte con fuerza. La tensión que precedía al enfado se dibujaba en la curva de su boca.

—No, no, por supuesto que no. Ha sido idea mía. Yo pensaba que...

—No pasa nada —la interrumpió Alejandro—. Si te quieres ir, tienes las puertas abiertas. Pero deja tranquila a tu nieta. Aquí está su habitación y tiene mi permiso para seguir usándola.

—Desde luego. Yo sólo quería... —La acerada mirada de la abuela se clavó en mí. Sus ojos me decían «espera y verás, esta me la guardo»—. Entonces, la niña se queda.

La abuela abandonó el saloncito más tiesa que un palo. Siguiendo un impulso, me arrojé en brazos de mi salvador. Quería agradecerle su valentía con un cándido beso en la mejilla, pero Alejandro volvió la cabeza en el mismo instante en que yo estiraba el cuello para alcanzar mi objetivo, nuestros labios se juntaron por una fracción de segundo. A continuación nos separamos

mueertos de vergüenza. Uno al lado del otro, sin atrevernos a cruzar la mirada, con el silencio incómodo como música de fondo. El corazón me latía tan fuerte y mi respiración era tan agitada que creía estar a punto de sufrir un síncope. Seguro que Alejandro pensaba que lo había hecho a propósito. ¡Qué horror! ¡Qué vergüenza! ¡Cómo iba a mirarlo otra vez a la cara! Cuando reuní el coraje para levantar la cabeza, estaba sola. Mi bochorno era tan grande que ni siquiera me había dado cuenta de que Alejandro se había marchado hacía rato.

Julio se presentó caluroso pero, gracias a Dios, no tanto como el año pasado. La humedad, sumada al clima benévolo, favoreció la reproducción en masa de las cigarras, que sonaban como un zumbido constante en la pineda que había más allá del lago. Por las noches, los grillos tomaban el relevo en un concierto ensordecedor, que solo otros insectos podían disfrutar y que a mí me quitaba el sueño.

En esa época, la tensión entre Alejandro y Sonia, igual que la plaga de insectos, no hizo más que aumentar. El temperamento de mi hermana sufría altos y bajos, mucho más pronunciados desde que la abuela le había metido en la cabeza que valía un imperio y que se merecía ser una gran señora. Era como si estuviera moldeando su espíritu, como si la estuviera preparando para algo, no sé muy bien qué. Sonia siempre había sido una cabezota, una rebelde sin causa, como todas las hermanas mayores, pero jamás una mala persona. En el fondo, sentía lástima por ella; estaba tan perdida como yo. Ambas intentábamos encontrar nuestro lugar, por desgracia mi hermana había caído en manos de la madame y estaba siendo utilizada para un oscuro propósito, aunque ella no se diera cuenta. Es curioso como algunas veces las personas más aptas, más inteligentes, son incapaces de ver lo que tienen delante de los ojos, tal vez les ciega el ego o su propio talento.

Cuando la luz de la luna se colaba por el ventanuco y el silencio gobernaba la mansión, yo aprovechaba para darme un baño en el lago. Me encantaba sumergirme desnuda en el agua, tan negra como el cielo nocturno. Era una sensación muy parecida a volar. Por regla general, dejaba una linterna encendida junto a mi ropa. Así no me desorientaba y podía encontrar la orilla con facilidad.

No tener amigos me daba igual, prefería estar sola a mal acompañada. Ángel Giovanni lo había cambiado todo. La próxima vez que decidiera tener un amigo sería más cauta. Mi única pena era por Roberta, ella sí que era buena, pero tras lo ocurrido, ni loca volvería a pisar su casa. No quería encontrarme con su odioso hermano.

Una tarde a mediados de julio, estaba yo aburridísima, algo bastante habitual, cuando Alejandro me sorprendió con un regalo estupendo. Había hecho instalar en el saloncito una pantalla plana enorme y un reproductor de DVD. Como se había olvidado de las películas, mandó a Tomás al pueblo para comprar una pila en el único videoclub que había en la zona.

Era genial. Me pasaba el día tirada en el sillón, viendo viejos filmes en blanco y negro de Fred Astaire o películas un poco más modernas como *Pretty Woman*. Esta, en particular, era una de mis favoritas, quizás porque me recordaba un poco a mí misma. Aunque ella era prostituta de verdad, me daba pena que la trataran mal.

Un sábado por la noche, Alejandro me encontró repantigada en el sofá, vestida con mi viejo pijama de pingüinos y mis pantuflas con forma de conejo, atiborrándome a palomitas. Saqué un pañuelo de papel de la caja para secarme las lágrimas que anegaban mis ojos, mientras en la pantalla del televisor Rhett Butler abandonaba a Escarlata O'Hara, dejándola sentada en los peldaños de una inmensa escalera, urdiendo un plan para hacerlo volver.

—Si llego a saber que ibas a llorar a moco tendido, no te regalo la tele. —El muchacho se sentó a mi lado, cogió el último pañuelo de papel que quedaba en la caja y me lo tendió—. ¿Estabas viendo *Lo que el viento se llevó*? —Alejandro parpadeó desconcertado. Como única respuesta, me soné la nariz con fuerza y le sonreí—. Ya estoy convencido. Voy a devolver la tele y el DVD.

Giré la cabeza enfurruñada y le saqué la lengua. Alejandro se tronchó de risa.

—Oye, no te enfades. Pareces una lagartija resfriada. ¿Cómo puedes estar llorando por Escarlata si es la mala de la película? —Lo miré con enfado y le di un pellizco en el brazo—. ¡Au! ¡Eso duele!

La película terminó y comenzó a sonar la música con los créditos. Alejandro dejó de reír y se quedó mirando la pantalla con cara de embobado.

—Lástima que el mundo real no se parezca en nada al cine o a los libros. —Dejó caer la espalda con cansancio sobre los cojines y suspiró—. Supongo que el amor solo existe en la ficción.

Le observé con tristeza sintiendo compasión por sus palabras. Era muy probable que esa noche también hubiese discutido con Sonia. Para quitar un poco de hierro al asunto, le tendí el cuenco con las palomitas.

—No pretenderás que limpie esto, ¿verdad?

Volví a sacarle la lengua y le lancé unas cuantas palomitas. Alejandro me quitó el cuenco y me devolvió el ataque. Yo me revolví tratando de surtirme con proyectiles, pero fue imposible. Terminé con palomitas por todo el pelo.

—¿Qué otras películas tienes por ahí, lagartija? —me preguntó Alejandro, todavía riéndose.

Le enseñé el montón que Tomás me había traído ese fin de semana. Después de mirarlas una por una, se decantó por *Dirty Dancing*. Así nos dieron las tantas de la madrugada, inmersos en el romántico baile de una historia de amor.

El sueño se apoderó de mí al final del metraje, justo cuando Jonny Castle se acercaba a la mesa que Baby ocupaba con sus padres y decía algo así como: «No permitiré que nadie te arrincone». Sentía los párpados pesados y por más que intentaba mantenerlos abiertos y fijar la vista, se cerraban. Al final, vencida por el cansancio, mi cabeza resbaló por la tapicería del sofá hasta detenerse sobre el hombro de Alejandro. Me desperté al ser levantada por unos brazos fuertes. Me removí inquieta, pero Alejandro me llevó en volandas hasta la cama.

—Tranquila, Sara. Shh..., vuelve a dormirte.

Recosté la cabeza en la almohada y le permití a Alejandro quitarme las zapatillas de conejitos. Luego me arropó con la sábana.

—Que duermas bien.

Pensé que lo sucedido aquel fin de semana había sido algo puntual, por eso me sorprendí gratamente cuando el sábado siguiente Alejandro apareció a las doce de la noche cargado con unos videos de acción, que según él eran mucho mejores que los DVD sensibleros que me traía Tomás. Ver películas juntos se convirtió en una costumbre. Todos los sábados y domingos, Alejandro aparecía sobre la media noche cargado de DVD. Yo le esperaba ansiosa sentada en el sillón de la salita, con un cuenco de palomitas hasta arriba y refrescos helados sobre la mesita.

A las siete y veintitrés minutos, un sábado soleado, salí de la mansión rumbo al lago sin

desayunar. La noche anterior Alejandro se había empeñado en ver una película de autor, *Fresas Salvajes* de un tal Bergman. No tardé mucho en quedarme dormida, así que esa mañana estaba fresca como una lechuga.

—No puedes seguir de este modo o destruirás lo que hemos conseguido con tanto esfuerzo.

Al escuchar la voz de la abuela me detuve en seco. Hablaba en susurros. Algo muy extraño, puesto que estábamos en una zona apartada de la mansión. La curiosidad me obligó a permanecer en mi sitio. Quería escuchar un poco más, saber con quién estaba discutiendo.

—¡Qué fácil es echarme la culpa! Pero es tu *queridísimo* muchacho el que no me hace ni caso, apenas le veo el pelo —respondió mi hermana en otro susurro igual de indignado.

—Si no perdieras el tiempo con quien no debes, otro gallo cantaría. —La abuela resopló con enfado—. Tienes que dedicarte en cuerpo y alma a complacer a Alejandro o vas a perderlo por culpa de ese cerdo.

—¿Y cómo lo hacemos? Lo envenenamos o lo cortamos en pedacitos.

—No seas cínica.

—Me está chantajeando, ¿vale? —Silencio—. ¿Qué otra cosa puedo hacer? O lo veo unas cuantas noches a la semana o le contaré la verdad a Alejandro. Y ninguna de las dos queremos que...

—Excusas, excusas.

—No son excusas —espetó mi hermana alzando la voz, antes de hablar de nuevo en susurros—. Si le hubiera dicho la verdad a Alex desde el principio, esto no habría pasado. Pero no, claro, la señora se empeñó en que fingiera ser virgen y ahora la culpa la tengo yo.

—El problema no viene por ahí. ¿Crees que no tengo ojos en la cara? Tantos desplantes y altanería. Tú eres la única culpable. Alejandro debería besar el suelo por el que pisas, sin embargo tus malditos celos no le dejan vivir. ¿Por qué crees que sale contigo un par de noches a la semana y te trae a casa antes de la media noche?

—Te lo tengo que explicar en chino, abuelita. Te he repetido hasta la saciedad que, entre las clases de verano y la rehabilitación, termina agotado y quiere descansar. Además, el médico le ha recomendado que no salga tan a menudo.

—No seas ingenua. Una cosa es no salir a menudo y otra muy distinta es ignorarte. ¿Qué piensas que hace cada noche cuando se va solo a su habitación? —La voz de la abuela estaba cargada de intención—. ¿Jugar al parchís?

—¿Me estás insinuando algo?

—No te insinúo nada, lo afirmo. Si no le das a mi muchacho lo que necesita, encontrará a otra que lo haga.

—¡No digas tonterías! ¿A quién mejor que yo puede encontrar?

—Recuerda que es hombre, cualquiera podría servirle, por más insignificante que sea.

—¿Sara? —Mi nombre sonó en labios de mi hermana como un insulto, como el peor de los pecados.

—Ella o cualquier otra. Una empleada, por ejemplo.

—Ninguna puede compararse conmigo. Y en cuanto a Sara, ¿la has visto bien? Es un espantapájaros. ¿Cómo va a fijarse Alex en ella? A lo sumo puede verla como a una hermana pequeña. —Su razonamiento me hizo gracia. No hacía mucho era ella quien estaba celosa de nuestra amistad.

—Qué Dios me libre de las aguas mansas, que de las bravas me libraré yo sola. —El susurro de la abuela fue casi inaudible—. Esa niña crece más cada día, ¿no te has dado cuenta? Alejandro no es ciego. ¿Cuánto crees que tardará en fijarse en el cuerpo joven de tu hermana, en su cinturita minúscula, en sus piernas largas, en sus pechos incipientes? —No me reconocía a mí misma en la descripción que la abuela estaba haciendo, mas parecía la definición de una devoradora de hombres que de una adolescente de quince años.

—¿Dónde tiene mi hermana la cinturita y los pechos? Creo que la detestas tanto que ves en ella a una rival que no existe.

—No te confundas, Sonia. No detesto a tu hermana. —Por extraño que parezca, las palabras de la abuela sonaron francas—. Simplemente, soy precavida. Desde la primera vez que la vi, supe que causaría problemas. Es una fotocopia de tu padre.

—Y tú lo aborrecías —replicó Sonia cruzándose de brazos.

—No lo aborrecía, me daba miedo, igual que ella.

—¿De qué hablas, abuela?

—De la inocencia, Sonia. Tu hermana la tiene y eso me inquieta. Nunca trae nada bueno, solo problemas. Tenemos que librarnos de ella. Te lo dice la voz de la experiencia. Con la niña fuera de juego, podrás ocupar el lugar que te toca por derecho.

—Sí, sí, ya estás con lo mismo otra vez —suspiró Sonia cansada de tanta pelea.

—Lo digo porque es la verdad. —La abuela hablaba con absoluta convicción—. Tú tienes más derechos que nadie en esta casa.

—Definitivamente, no estás bien de la azotea. No paras de hablar de estupideces sin sentido y venganzas absurdas. Lo pasado, pasado está.

—Escucha bien lo que te voy a decir, Sonia. El ayer siempre regresa, con otras caras y otras historias, pero siempre es tiempo presente. Tú eres pelirroja por parte de tu madre, y ella por mi parte y yo por parte de tu bisabuela. Fíjate, incluso tu carácter se parece mucho al mío, aunque no has crecido junto a mí.

—Eso es genética, abuela, nada más —la interrumpió Sonia.

—Exacto. Tú eres el final de la cadena y estás destinada a concluir nuestra historia.

—¡Ya volvemos al tema! El resentimiento que tienes por la familia de Clara es ridículo. Lo que pasó hace tantos años a mí no me importa.

—¡Pues debería! Tenemos que hacer justicia o nuestros antepasados se revolverán en sus tumbas. Quiero a Alejandro como a mi propio nieto, por eso esta es la mejor solución. —No entendía ni una sola palabra de aquella conversación—. Si tu madre no se hubiese marchado con tu padre, ahora sería la dueña y señora de la mansión y no una burda fregona. Qué cruel es la vida. —La vieja rio sin ganas—. Mi hija escapó del pueblo para no vivir como yo, y va a terminar peor. Y yo se lo advertí mil veces, le dije que ese hombre terminaría por abandonarla con un par de críos y endeudada hasta las cejas.

—No digas más tonterías. Papá no la abandonó, se murió que es diferente —intervino Sonia muy airada en defensa de nuestro padre.

—Técnicismos —replicó la abuela con prepotencia—. Lo importante es que si tu madre me hubiese escuchado y se hubiera casado con el padre de Alejandro, en vez de arrojarlo en brazos de Gloria, su difunta y sacrificada esposa, ahora sería feliz y no estaría llorando por los rincones abrazada a una escoba.

—Esa es tu versión. Mamá fue muy feliz con papá. Se amaban. Además, el difunto señor de Clara ayudó a mis padres a escapar a la ciudad. Quizá no estaba tan enamorado de mamá como tú creías. —Por un instante, percibí un vestigio de la antigua personalidad de mi hermana en aquella apasionada defensa.

—Qué va a decir ella. —La abuela carraspeó con incomodidad, como si la hubiesen pillado en una mentira—. Pero yo te aseguro que Alejandro quería a tu madre de verdad.

—Pues mamá dice lo contrario, que se querían como hermanos y que eras tú quien los instigaba a algo más.

—Tu madre es idiota. Nunca supo lo que le convenía, pero tú debes triunfar donde ella fracasó o vas a perderlo todo. Incita a Alejandro esta noche, sedúcelo, haz que te desee. Dispones de las armas necesarias para atraerlo.

Me parecía escandaloso lo que la abuela le estaba sugiriendo a mi hermana. La trataba como a una prostituta. ¿Acaso Sonia no se daba cuenta? ¿Dónde estaba ahora su inteligencia? ¿Iba a sacrificar su dignidad como persona en pos de una posición social elevada?

Gateé por el césped clavándome en las rodillas las diminutas piedrecillas del camino. No quería escuchar ni una palabra más de los oscuros planes que estaban tejiendo aquellas dos brujas para atrapar a Alejandro. Era un acto demasiado calculado y vil.

Esa noche encendí la televisión como de costumbre. Convencida de que Alejandro no iba a venir, preparé medio cuenco de palomitas y dispuse un solitario refresco sobre la mesita. Pero me equivoqué, el muchacho apareció en el saloncito a las doce, como si nada, con la trilogía de la *Guerra de las Galaxias* en la mano. Sonia había fracasado.

—¿Lista para nuestra sesión de cine? —Con una sonrisa, torció el gesto en una interrogación—. ¿Dónde están mis palomitas y mi limonada?

Cuando el verano terminó, mis sesiones de cine con Alejandro continuaron. Los dos juntos en el saloncito, riendo o dándonos pellizcos, haciendo guerras de pies descalzos o de ataque de cosquillas. Atesoré cada uno de esos momentos deliciosos en mi mente. Los necesitaba para afrontar el nuevo curso escolar que estaba a punto de comenzar. Las primeras semanas de instituto fueron relativamente normales; ni una burla, ni un comentario. Era como si la gente ya no se acordara de mí. ¡Qué alivio!

Entre clase y clase, salía tras el profesor de turno para cambiar de aula y me sentaba en la última fila. Quería pasar desapercibida. La aparente indiferencia de mis compañeros se debía en realidad a un nuevo interés, carne fresca. Se llamaba Ana, era gordita y se había declarado por carta al capitán del equipo de natación, dos años mayor que ella.

—¡Asquerosa! —Me escondí de inmediato tras el hueco de la escalera, creyendo que el insulto iba dirigido a mi persona—. ¡Bésame el culo, foca!

Un alumno de tercero se humedeció los labios con la lengua de forma obscena cuando Ana pasó junto a él. La pobre chica agachó la cabeza, ocultando su cara tras el cabello suelto y aceleró el paso.

—Cuidado, no vaya a enamorarse de ti también y te escriba una carta de amor —continuó otro dándole un codazo al primero.

Yo me mantuve en mi escondite a la espera de que el grupito de siete estudiantes se disolviera. No quería que se metieran conmigo de rebote.

—Entonces, ¿es verdad que esa bola con patas escribió una carta de amor? —preguntó la

rubia oxigenada que el año pasado me había hecho la vida imposible.

—La subnormal la dejó en la taquilla de Marcos y Marta la encontró —respondió otro chico, afirmando con la cabeza.

—¿Marta? —preguntó una morena pintarrajeada hasta el hipotálamo. No la había visto antes en el instituto, debía ser nueva, aunque tenía una cara de viciosa que tiraba para atrás.

—Te la tengo que presentar, aún no la conoces. Es la novia de Marcos —aclaró la rubia, mirándose los dientes en un espejo de mano.

—¿Y qué ha pasado?

—Por ahora nada —contestó el novio de la rubia—, aunque conociendo a Marta, esa foca no se va a ir de rositas.

—¡Pues que se joda la muy puta! Se lo tiene bien merecido por intentar quitarle el novio a otra —espetó la alumna nueva con rabia, cualquiera diría que la ofendida era ella.

Dos días después, la escuela amaneció empapelada con la hermosa declaración de amor que Ana le había escrito a Marcos. Leí una fotocopia encerrada en el lavabo y sentí tristeza por aquella chica tan valiente, que se había atrevido a expresar sus sentimientos de una forma tan dulce. Era una lástima que precisamente ella, un alma tierna, tuviera que sufrir en sus propias carnes el mismo infierno que había padecido yo el año anterior.

Ana soportó las burlas diarias con estoicismo, sin soltar ni una lágrima. Caminaba azorada entre clases, escapando de los alumnos que la señalaban y se reían de ella poniéndole feos motes.

—¡Eh, morsa! ¿Cuándo te vas a quitar el bigote? —se mofó un energúmeno envalentonado por su grupito de amigos—. ¿Es que en el polo norte no hay cera?

¿Qué le pasaba a la gente? ¿Por qué era así? Ana no había hecho nada malo, sólo se había permitido soñar con un imposible. Era eso tan terrible o tan inmoral como para tener que mortificarla de aquella manera.

Al menos yo podía refugiarme en la biblioteca, pensé con alegría a la hora del recreo, mientras el resto de alumnos salía del instituto para comprar el desayuno en las panaderías cercanas o para ir al parque a fumar y tirarse en la hierba. Al entrar y cerrar la puerta sin hacer ruido, me llevé un susto de muerte. Ana estaba allí, en mi biblioteca, bueno, en la biblioteca de la escuela, pero mi santuario al fin y al cabo. La muchacha tenía los ojos húmedos y la nariz congestionada por el llanto. En la mano sostenía una magdalena enorme a medio comer. Sobre la mesa había migas y los papeles vacíos de por lo menos otras diez magdalenas. Se había dado un buen atracón.

Ana se predispuso enseguida en mi contra. Con un brazo metió los restos de comida dentro de su mochila y me retó con la mirada como si esperara que me burlara de ella. Yo me hice la loca y busqué un libro cualquiera. En silencio tomé asiento en la otra punta de la biblioteca y fingí leer. No me podía concentrar. Sabía que Ana me estaba observando y no dejaba de cavilar sobre lo que iba a ocurrir a continuación. El timbre sonó y las dos pegamos un bote.

Al día siguiente se repitió la misma escena y al otro, igual. El cuarto día, por como me miraba Ana, deduje que ya me había reconocido como la chica que se había tirado a Ángel Giovanni, al resto del equipo de natación y a medio instituto. Una semana y media más tarde, por fin, nos miramos y sonreímos. Como la unión hace la fuerza, a partir de ese día nos hicimos aliadas discretas. Nada de preguntas, ni charlas, ni chismes o penas. Era nuestro pacto para compartir la biblioteca. Sin proponérselo, comenzamos a pasar mucho tiempo juntas, y en menos de dos

meses ya éramos algo parecido a amigas. Incluso hablábamos; yo en papel, Ana hasta por los codos. Era simpática y me caía bien. Las dos nos parecíamos mucho. Nos encantaba soñar despiertas y pasábamos gran parte del tiempo leyendo viejos libros, que a nadie más interesaban. La biblioteca se convirtió en nuestro punto de encuentro y centro de operaciones. Entre esas cuatro paredes inventamos estrategias para vengarnos de todos aquellos que alguna vez se burlaron de nosotras.

—Creo que nos iría bien —se rió Ana, ante el descabellado plan que estábamos trazando—. Aunque prefiero que escapemos a Francia. Así yo me haría la liposucción y me convertiría en modelo y tú te teñirías el pelo de rubio platino y te comprarías un arsenal de ropa matadora. Sería estupendo. Dos modelos internacionales. Iríamos a los mejores restaurantes de París y nos casaríamos con dos franceses. Después regresaríamos como dos mujeres triunfadoras y nos burlaríamos de Marcos y Ángel. Te imaginas la cara que pondrían. Sería la revancha perfecta.

Anoté en un papel que no se olvidara de mi operación de miopía. Odiaba llevar gafas. Además, tal vez, podíamos viajar hasta Colombia para operarme el pecho y disfrutar de unas vacaciones. Mi sueño era usar una talla noventa y cinco.

—No digas tonterías. —Ana miró mi busto de manera evaluativa—. Tus tetas están bien, Sara. No necesitas más.

Sonreí a mi amiga llena de felicidad. Las dos nos apoyábamos mutuamente tanto dentro como fuera de la biblioteca. Aunque mi historia ya estaba casi olvidada, siempre había algún listillo dispuesto a recordármela y hacerme pasar un mal rato. En esas ocasiones, Ana me miraba o viceversa, y estallábamos en carcajadas, sordas a los insultos, con la indiferencia como moneda de pago.

En las raras ocasiones en que me cruzaba con Ángel Giovanni por los pasillos, no se atrevía ni a mirarme, bajaba la cabeza, se ruborizaba y escapaba a toda prisa como el cobarde que era. Ana y yo también nos reíamos de él por ser un mentiroso sin agallas. Con Marcos, el capitán de natación, ocurría tres cuartos de lo mismo.

—Son un par de capullos —decía Ana con jovialidad—. No sé qué pudimos ver en ellos.

¡Eso mismo pensaba yo! Como podía haber llorado tanto el año pasado por una persona tan estúpida. Por lo menos, había aprendido una buena lección y ese año la vida me había regalado a Ana para reírme de las preocupaciones.

Diciembre fue un mes frío, tanto que la noche de Navidad cayó una suave nevada. Solo cuajó unas pocas horas, pero fue hermosa. Los distinguidos invitados, que asistieron otro año más a la fiesta de la familia de Clara, llegaron bien abrigados en sus coches de lujo. Esa noche no era idónea para espiar desde el jardín, con la nariz pegada a los cristales congelados, por eso después de cenar me dirigí a mi habitación. Tendida en la cama tarareé mentalmente la música del salón que se dejaba oír por cada rincón de la casa junto al murmullo de los invitados. Me encantaba ese ambiente festivo, aunque no pudiera participar de él.

El cajón de mi mesita de noche estaba abierto y la lámpara iluminaba el último diario de Karen. Un presentimiento me hizo cosquillas en las puntas de los dedos. Aquella era la noche ideal para buscar pistas. Tomé el diario y lo revisé meticulosamente, pero no encontré nada, salvo una deteriorada esquina en la guarda interior del libro, unas pocas arrugas, casi imperceptibles debido al estampado. Parecía como si la hubieran despegado para volver a pegarla. Desprendí el papel con la uña del dedo índice, muy lentamente para no romperlo. Cuando el cuero que forraba

la cubierta se soltó, la luz de toda la casa parpadeó como si estuviera a punto de apagarse. Se me erizó el vello de la nuca. Con sumo cuidado desprendí la piel y contemplé el acertijo escrito con letras minúsculas en la parte trasera.

Lunes, 9 de febrero de 1920

A ti, mi dulce delirio:

¿Cómo podré vivir sin ti? Preludio de paz y agonía, recuerdos de días ya pasados. Deseo que lleguen tiempos mejores. Hoy he soñado que volvías a besarme en nuestra gruta, bajo la luz de las luciérnagas. Tus labios han cubierto los míos por un segundo, un breve y maravilloso momento en el que te he sentido. La vida me ha embargado de nuevo, envuelta en el profundo silencio. Al despertarme y no encontrarte, he deseado que el sueño eterno me llevase junto a ti. La locura ha estado presente en mi familia desde siempre. La razón me abandona por el día y regresa a mí por las noches, sumergiéndome en otra realidad donde estás a mi lado. ¿Qué es verdad y qué es sueño? Me paso el día recorriendo los pasillos de la mansión repitiéndome esa pregunta. Algunas veces hasta juraría ser testigo a plena luz del día de los delirios que me abruman por la noche.

La enajenación se cierne sobre mí, mientras escribo estas líneas. Como una loca de atar he desbaratado el pobre diario que hace tantos años me regaló padre. La culpabilidad se apodera de mí, ¿qué he hecho...?

La tercera es ahora la cuarta y la cuarta viene acompañada por la quinta, oculta tras dos hermosos capiteles, que miran al firmamento para no tener que ver sus propios pies de frío y duro alabastro. El cielo en la cuarta se revela, aunque en su interior el infierno se desata. Ya sabes dónde guardo mis secretos. Ahora solo debes divulgarlos o tu silencio será nuestra condena. Anda, corre, cuéntaselo a cuantos te rodean, cambia mi vida y la tuya, que inexorablemente convergen por el mismo camino.

Alienada ficción, si me escuchas, hazte oír o no habrá camino de vuelta.

Karen.

Una extraña sensación me quitó el aliento. Era una locura, pero tuve la impresión de que esas palabras estaban dirigidas a mi persona. A toda prisa me colé por el conducto del ropero hasta la biblioteca. Una vez allí, busqué con la mirada la chimenea en la que había encontrado el tercer manuscrito. Me acerqué hasta ella, convencida de que era la tercera chimenea mencionada en el acertijo. Deduje que una de las dos que la flanqueaban debía ser la cuarta. Todas eran parecidas, sólo se diferenciaban por los relieves. El tema de la chimenea situada a la izquierda era floral, mientras que el otro era religioso. Ángeles alados se entremezclaban en la complicada labranza con pequeños y regordetes querubines.

Me introduje en el hogar y comencé a tantear la pared buscando un ladrillo suelto. Me puse de puntillas y estiré los dedos hacia el firmamento, allí estaba, en la cámara de humo. Tras desprender el tocho, metí la mano en el agujero y toqué algo metálico, tan frío como el hielo. El corazón me dio un vuelco en el pecho. Estirándome un poco más alcancé la urna que guardaba el cuarto diario. ¡Ya era mío!

9

TODO TIENE UN PRECIO

LA figura vestida de blanco de una mujer se adivinaba al final del sendero. Eran cerca de las siete de la mañana y los relámpagos hacían resplandecer el cielo encapotado que anunciaba tormenta. Karen corrió con todas sus fuerzas por el camino empedrado. Entre las manos llevaba una maleta repleta de recuerdos. Tenía que escapar de casa antes de que alguien se diera cuenta de su ausencia. La noche anterior la habían encerrado bajo llave en el dormitorio, dejando a Soraya apostada en la pequeña habitación de su antigua nana, cual perro guardián, pendiente de cualquier ruido que delatara un intento de fuga. Pero lo había conseguido. Ahora solo tenía que llegar hasta Barcelona y embarcarse rumbo a Argentina.

Cuánto deseaba retroceder en el tiempo y no haber dejado olvidado el diario en la cocina, pero su madre había descubierto la verdad de su puño y letra, la peor de las traiciones cometida por ella misma, por sus palabras, por la estúpida necesidad de sincerarse con algo o alguien. Aquel momento, los ojos de su madre llenos de reproche, la vergüenza, ojalá fuera capaz de borrarlos para siempre de su vida y su memoria.

—¡Maldita seas tú y ese bastardo malnacido! —Aurora blandió el diario en tonos vainilla que sostenía en una mano mirando a su hija con asco—. ¿En qué nos hemos equivocado contigo?

Karen tragó saliva y cerró la puerta. No quería que los empleados escucharan aquella discusión. Por suerte, la cocinera estaba en el huerto recogiendo verduras para el almuerzo y el resto de criadas estaba limpiando el comedor. Nadie se atrevería a molestarles cuando los gritos dieran comienzo, y los habría para dar y tomar, ya que los ojos de la señora de Clara pugnaban castigo.

—Madre, verá...

—No gastes saliva en explicaciones vanas, tu diario ha sido muy esclarecedor y no voy a permitir que el buen nombre de nuestra familia se vea envuelto en un escándalo por tu falta de juicio.

Karen bajó la cabeza, avergonzada. El sudor le mojaba la palma de las manos y las axilas. El silencio se prolongó en el tiempo hasta convertirse en un pitido que hacía daño a los oídos.

—Podría marcharme por un tiempo al extranjero y volver cuando haya dado a luz diciendo que mi marido ha muerto —comentó a media voz, mirando con preocupación el diario que su madre estaba ojeando.

—Es una excusa muy trillada. —La señora pasó otra hoja del diario con una calma que daba miedo, y que contrastaba con el músculo que se tensaba en su mandíbula—. Puede que la gente del pueblo se crea esa sarta de mentiras, pero nuestras amistades, lo dudo.

—Entonces, ¿qué piensa hacer? —La voz de Karen se quebró cuando su madre levantó la vista. Había algo peligroso, un destello de locura, que la abofeteó sin piedad.

—La única solución para salir airosas es el matrimonio —profetizó la señora, muy decidida, cerrando el diario con fuerza.

—¿Cómo voy a casarme? Abel no está aquí.

—No vuelvas a mencionar ese nombre o te juro que no respondo.

—Pero usted ha dicho que me podía casar con...

—He dicho que te vas a casar, pero no con quién te vas a casar. Y te aseguro que ese perro sería mi última opción. Hace meses que el Conde de la Cruz te pretende...

—¿A mí?

—Desde luego, no va a ser a mí. Le he dado largas porque creía que era demasiado mayor para ti, sin embargo ahora las cosas han cambiado. —Karen abrió los ojos sin comprender—. No me mires así. El Conde es nuestra única salvación. Esta tarde hablaré con Alejandro y le daré mi consentimiento. Con un poco de suerte, en un mes se celebrará vuestra boda.

—¡Antes prefiero la muerte que ser la mujer de ese viejo baboso! —gritó Karen respirando con agitación.

—Me alegra que pienses así, porque yo también prefiero verte muerta antes que en brazos de un arribista. Ve acostumbrándote a la idea, el Conde será tu esposo.

Aurora de Clara arrojó el diario dentro del hornillo de la cocina y se marchó dejando a su hija sola y conmocionada. Únicamente el olor a papel quemado consiguió sacarla de su aturdimiento. A toda prisa, tomando unas tenazas de metal de la repisa, la muchacha consiguió rescatar el preciado diario que su padre le había regalado años atrás. El fuego había consumido gran parte de las páginas manuscritas, dándole un feo tono ocre a la piel que forraba la tapa. Lágrimas de tristeza brillaron en los ojos femeninos.

Karen volvió a temblar ante el horrible recuerdo y las posteriores consecuencias que la habían conducido hasta ese momento, hasta su precipitada huida. Otro relámpago partió el cielo en dos y la lluvia cayó convertida en una tormenta. En menos de un minuto el vestido de novia que llevaba puesto se empapó, igual que su larga cabellera. Ya hacía más de una hora que había abandonado el sendero pedregoso de la mansión y la maleta que llevaba cada vez pesaba más. Suspiró con resignación. Mínimo debería caminar durante un día entero para llegar al puerto de Barcelona, donde se tendría que alojar en un hostel hasta que su barco zarpara. Cerró los ojos sintiendo como la lluvia resbalaba por su rostro y rezó de corazón a todos los santos que conocía para que no la pillaran o reconocieran, para que hubiera pasajes libres esa semana, para cruzarse con un buen cristiano que se apiadara de ella y la dejara subir a la parte trasera de su carro, aunque tuviera que ir entre balas de heno, llegaría mucho más rápido a la ciudad. También rezó por que el dinero y las joyas que había robado le permitieran sobrevivir hasta encontrar a Abel en Argentina.

En la distancia los faros de un coche se acercaron a gran velocidad. Karen movió los brazos para llamar su atención. El vehículo se detuvo junto a ella salpicando con gotas de barro la falda del vestido de novia. Karen empalideció cuando César se apeó del coche.

—¡Vete! ¡Lárgate!

—No se resista, señorita. —El administrador habló con cansancio—. No tiene adonde ir. Su madre me ha ordenado que la lleve a la iglesia y eso es lo que voy a hacer.

En un abrir y cerrar de ojos, Karen fue arrastrada a la iglesia y se encontró caminando al altar sujetada por César. Nadie dijo nada al verla empapada y manchada de barro, temblando como un animalillo asustado. Solo el Conde la miró con extrañeza, pero su futura suegra enseguida alegó que el coche en el que venía la novia había sufrido una avería y su hija había decidido acudir a pie a la iglesia para no llegar tarde al enlace. El Conde sonrió ante aquella absurda explicación, convencido de que su futura esposa lo amaba tanto como para llegar a pie en medio de un tremendo aguacero. No sospechó ni por un segundo la causa real del lamentable estado de la muchacha. Y había indicios de sobras, el más claro, la precipitada boda que se estaba celebrando. Pero como no hay más ciego que el que no quiere ver, en su afán por casarse con una jovencita y concebir un primogénito varón, el Conde había pasado por alto ciertas irregularidades.

Claudia se mostró rebosante de felicidad durante el enlace, con esa nueva situación mataba dos pájaros de un tiro: le haría la vida imposible a su recién estrenada madrastra y se acercaría un poco más a Abel. Al ser familia —supuso— que lo vería con más frecuencia. Jamás hubiera imaginado la mentecata que el hombre al que tanto amaba había sido desterrado de Barcelona, de Cataluña y de la misma España.

—¡Qué feliz estoy por ti, amiga! Espero que te quedes encinta cuanto antes y le des a mi padre el heredero que tanto añora. —Claudia le dio un beso en la mejilla a Karen en la puerta de la iglesia, dejando entrever que su auténtico deseo era que la joven corriera la misma suerte que las difuntas esposas del Conde y muriera en poco tiempo.

El resto de la velada transcurrió en un vaho de irrealidad, que se esfumó con la llegada de la noche, cuando Soraya condujo a Karen, cual oveja al matadero, al dormitorio que iba a ocupar junto a su marido. El miedo había intensificado los sentidos de la novia hasta el punto de percibir con desagrado el olor de las sábanas limpias que se mezclaba con el de las flores recién cortadas y las velas encendidas, en un pachuli capaz de revolverle el estómago al hombre más puerco del mundo. Incluso el raso que la envolvía se le antojaba una lija que insensibilizaba su piel para no sentir las caricias de aquel extraño que por voluntad de su madre ahora era su marido.

—¿Por qué lloras? —preguntó Soraya con sorna al ver dos lagrimones resbalar por las mejillas de la novia—. ¿Acaso no te parece atractivo tu futuro marido? Pues imagínatelo desnudo, con la piel fofa colgando en pellejos y dispuesto a empalarte con su gallardía. Te auguro un futuro excitante, queridita. —Soraya se rió a pleno pulmón al ver como la cara de la muchacha se desencajaba ante la mera imaginación del anciano en cueros—. Venga, seguro que se te pasa el disgusto si piensas en la gran fortuna que heredarás en breve. —Karen se llevó la mano a la boca intentando controlar una arcada de asco—. No seas exagerada mujer, puede que no sea guapo, pero el dinero te ayudará a sobrellevarlo.

Unos pasos al otro lado de la puerta silenciaron a Soraya. Alejandro de la Cruz entró en el dormitorio y le hizo un gesto seco a la sirvienta para que se marchara. Tan pronto se quedó a solas con su esposa se desató el nudo de la corbata y se desabotonó la camisa con una sonrisa repulsiva en el rostro.

—Ven aquí, pequeña. Te voy a enseñar lo que es un hombre de verdad. —Las manos torpes y sudorosas del anciano arrancaron el vestido de novia a jirones, sin delicadeza, antes de empujar a Karen sobre la cama para forzarla a separar las piernas—. Te prometo que te va a gustar. Cuando

acabe contigo, me vas a suplicar más.

En ningún momento previo al coito se mostró delicado o atento. Trataba a su esposa como a una fulana que debía satisfacer cada uno de sus deseos, por macabros y degradantes que estos fueran. Cuando se introdujo en el sexo femenino culminó la faena tan deprisa que Karen casi se sintió agradecida.

—¡Eres una zorra! —soltó el recién casado levantándose de la cama tras la violación—. ¿Creías que me ibas a engañar? —Karen miró a su esposo con desconcierto—. No has sangrado, ni siquiera te ha dolido un poco, ¡embustera!

El Conde agarró a su esposa por el pelo sin darle tiempo a reaccionar y tiró de él con fuerza despiadada, obligándola a abandonar la cama.

—No eras virgen —afirmó con los ojos inyectados en sangre—. Durante todo este tiempo, tu madre y tú me habéis engañado haciéndome creer que eras inocente como una santa paloma. He tenido varias esposas, ¿de veras pensabas que no iba notar la diferencia?

Alejandro tiró con firmeza del cabello de la joven y la arrastró por toda la habitación, injuriándola e insultándola. En un momento dado, Karen comenzó a llorar y a patalear creyendo que su esposo la iba a matar, e intentó zafarse de él mordiéndole en el antebrazo.

—¡Mala puta! —bramó el Conde tratando de golpear otra vez a Karen, quien corrió despavorida a protegerse tras el lecho nupcial—. Muy bien, pequeña salvaje, te voy a dar una lección que no podrás olvidar en tu vida.

El viejo extrajo una cincha para montar de uno de los cajones, que blandió de forma amenazadora ante los ojos aterrorizados de su joven esposa.

—¡No, por favor...! —suplicó Karen, alargando las manos para detener los posibles golpes—. Si-si me amas, no te atreverás a hacerme ningún daño.

—¿A no? ¿Acaso ignoras que hay amores que matan? —preguntó el viejo con ironía saltando sobre la cama para atrapar a Karen—. ¡Te voy a marcar como a un animal para que el mundo entero sepa que eres de mi propiedad! —La fusta cortó el aire—. Mi amor no era suficiente, ¿verdad? —Más latigazos sobre la suave piel femenina—. Tenías que revolcarte con otro más joven que yo. —Sangre por todas partes—. Tú me has obligado, yo no tengo la culpa. Tienes que aprender la lección y esta es la única manera. —Desvariaba el hombre en un tono consolador que contrastaba con la paliza salvaje que le estaba propinando a su esposa.

Cuando el maltrecho ego del Conde quedó satisfecho, abandonó el dormitorio, dejando a Karen inconsciente sobre la cama. La sangre tibia que manaba de sus heridas manchaba las sábanas blancas.

—¡Aurora! ¡Aurora! ¿Dónde estás? ¡No te escondas o será peor cuando te encuentre! —amenazó a su suegra el recién casado, con voz tranquila, alejándose por el pasillo.

Soraya, alertada por tanto griterío, entró en el dormitorio y se encontró el devastador espectáculo. Histérica, al ver a Karen tan quieta y pálida, corrió de un lado a otro de la habitación sin saber qué hacer.

—Oh, Dios mío, la ha matado —sollozó, retirando con cuidado algunos mechones de cabello que estaban pegados a la espalda ensangrentada. Al comprobar que la muchacha aún respiraba, la criada suspiró con alivio—. Todo estará bien, no te preocupes, Karen. Yo cuidaré de ti.

La señora de Clara apareció con su cara lavada unas horas después e intentó calmar a su yerno, apelando a su caballerosidad. En otros tiempos el Conde no hubiera dudado ni por un

momento en hacer público el engaño para afligir y avergonzar a la familia que se había burlado de sus buenas intenciones. Pero ya tenía cierta edad y no estaba dispuesto a ir de boca en boca convertido en una burla general.

—Lo hecho, hecho está —intervino Claudia, al enterarse de lo ocurrido durante el desayuno—. Ahora, padre, lo importante es nuestro buen nombre. Debemos ser discretos. —Rodeó la mesa y abrazó amorosamente al Conde—. Tienes una esposa que es joven y sana. Ella podrá darte todos esos hijos que tanto deseas. —Al viejo se le iluminó el semblante ante la sugerencia de su hija—. ¿Qué más da si es virgen o no? Lo que realmente importa es que conseguirás lo que tanto anhelas —dijo la muchacha amansando la furia de su padre y provocando un escalofrío en Karen, que antes prefería la muerte que alumbrar la progenie de semejante diablo.

Al final, la obsesión del Conde por tener un hijo varón ganó la batalla al rencor que sentía hacia la familia de Clara y aceptó de mala gana continuar unido con Karen en santo matrimonio.

Durante el día Alejandro se negaba a dirigirle la palabra a su esposa, sintiéndose todavía engañado y estafado, pero al caer la noche todo cambiaba e irrumpía de manera salvaje en el dormitorio matrimonial para tomarla brutalmente, sin importarle si le hacía daño, si sangraba, si se oponía, si gritaba o lloraba. La vida se convirtió para Karen en un infierno donde su única ilusión se centraba en el bebé que gestaba en su vientre.

Las semanas pasaban con lentitud bajo el constante celo de aquel tirano, un marido que no la dejaba ni a sol ni a sombra. Poco a poco, la llama de inocencia que ardía en el pecho de la joven se fue consumiendo hasta convertirse en cenizas grises, restos indefinidos de sentimientos que alguna vez fueron y que dejaron de ser. Las entradas que escribía en el diario estaban plagadas de sinsabores y de malos deseos en contra de su familia política, en especial de su marido, el distinguido Conde de la Cruz, que tenía un trozo de hielo en lugar de corazón.

A finales de marzo se recibieron noticias de Abel. Ese día el cartero llegó más tarde de lo habitual, cerca de las doce, debido a que la rueda delantera de su bicicleta se había pinchado al salir del pueblo. A esa hora las empleadas estaban atareadísimas con sus quehaceres domésticos, y fue Claudia quien, por primera vez en su vida, al no tener ningún criado en cien metros a la redonda, recogió la correspondencia con gesto de disgusto y malos modales. Odiaba vivir tan alejada de la ciudad, de la civilización, pero su padre se había empeñado en reformar la vieja mansión de la familia de Clara y no había forma humana de hacerlo cambiar de opinión. ¡Cuánto detestaba el campo! Su enfado mejoró notablemente cuando descubrió el nombre de Abel, escrito de su puño y letra en un sobre, entre la pila del correo. En un par de páginas el muchacho informaba a la familia que estaba bien y que se esforzaba día tras día para convertirse en un hombre de provecho. La carta era la declaración de buenas intenciones de un hombre que pretendía ganarse la aprobación de sus futuros suegros, pero estaba escrita de manera tan sutil y correcta que ni Claudia ni el Conde fueron capaces de leer entre líneas las súplicas de perdón dirigidas al difunto don Ernesto. Karen suspiró con alivio. No quería que su esposo descubriera la verdad, necesitaba más tiempo para preparar su fuga. Esta vez no se iba a precipitar.

Al día siguiente, bien temprano, poco después de que cantara el gallo, Claudia le entregó al cartero un abultado sobre, destinado a Abel, que contenía al menos quince folios escritos con amor y mil faltas de ortografía. Haciendo alarde de sus mejores modales, a diferencia de la mañana anterior, la hija del Conde también le pidió al pobre cartero que fuera diligente con el mandado y lo llevara a buen puerto tardara lo que tardara. Durante el desayuno no dejó de

cotorrear con emoción sobre el asunto, extrañándose por primera vez de que Abel mentara al difunto don Ernesto de Clara en tiempo presente, como si aún estuviera vivo.

Karen la medio escuchaba, sin apartar la vista de su madre. Aurora de Clara había adelgazado varios kilos desde la boda de su hija, tenía los ojos vidriosos rodeados por ojeras oscuras y apenas prestaba atención a su atuendo, cosa rara en ella, que siempre aspiraba a la perfección. Además, parecía estar ausente. Cabizbaja, su mirada esquivaba los ojos del Conde y apenas hacía contacto con los de su hija. La soberbia de doña Aurora de Clara había sufrido un duro revés, aunque había algo más, una contención turbadora que amenazaba con estallar en cualquier momento.

—Le he pedido que regrese antes de verano —continuaba Claudia en su monólogo interminable sobre la carta que le había escrito a Abel.

—¿Cómo dices? —De repente, la atención de Karen se centró por completo en Claudia y a punto estuvo de añusarse con un pedazo de tostada untada en mermelada.

—Le he dicho que fue imperdonable que faltara a vuestra boda, que a mi padre no le hizo mucha gracia su desplante, pero que si le regala una caja de habanos se le pasará el enfado.

Karen dio un sorbo largo a su taza de café con leche, intentando esconder la expresión de alarma tras la blanquísima porcelana china. En pocas semanas, Abel recibiría la carta de Claudia y se enteraría de su boda con el viejo Conde. Cómo había sido tan ingenua al no contemplar esa posibilidad. Si fuera un poco más valiente se atrevería a interceptar la carta, sin embargo, temía demasiado a su marido, no quería meterse en problemas, enojarlo y darle una excusa para maltratarla. Aurora miró a su hija de reojo, adivinando sus preocupaciones. Dejó la servilleta encima de la mesa, se levantó con desgana y se marchó del comedor en silencio, dejando el desayuno intacto.

Esa fue la primera y última noticia que la familia recibió de Abel. El muchacho jamás volvió a contactar con ellos, ni una sola vez contestó la infinidad de cartas que Claudia le escribía semana tras semana. En varias ocasiones, Karen estuvo tentada de preguntar la dirección que tenía Abel en Argentina, pero por temor a despertar suspicacias se contuvo. Era una cobarde y lo sabía. Odiaba a Claudia con todas sus fuerzas por ser una bocazas, pero más se odiaba a si misma por no hacer nada. Se decía que tenía que ser fuerte, cerrar los ojos, apretar los puños y aguantar hasta que fuera el momento oportuno para huir de la mansión y encontrar a Abel.

La traicionera barriguita de Karen se hinchó ligeramente durante el quinto mes. El Conde enseguida sumó dos y dos y echó cuentas. Su esposa no menstruaba hacía varios meses, un síntoma inequívoco de su futura paternidad. El médico de la familia confirmó las sospechas del hombre y le recomendó a Karen que se hiciera un chequeo general para ver cómo iba todo.

Cegado por el orgullo, el Conde montó una gran fiesta en la ciudad donde anunció a bombo y platillo que su esposa estaba de casi tres meses. Cuando dos semanas más tarde, tras el chequeo general, el médico le comunicó el mes correcto de gestación, el rostro del viejo se cubrió de perplejidad. Haciendo un esfuerzo sobrehumano mantuvo la compostura hasta que el buen doctor salió del despacho y abandonó la mansión, pero tan pronto se quedó a solas con su suegra, la agarró por el brazo hecho una furia y la arrastró hasta el dormitorio de Karen, haciendo que el suelo temblara bajo sus feroces pisadas.

—¡Malditas! ¡Me habéis vuelto a engañar! —Sin piedad, estampó la cabeza de su suegra contra la superficie de un mueble robusto. Aurora, conmocionada por el golpe, trató de escapar de

él—. ¡Os voy a matar!

—No, por favor —rogó la mujer entre lágrimas, tirada en el suelo—. El médico se habrá equivocado. Mi hija no puede estar de casi seis meses. ¡Es imposible!

—¡Esta vez no me vas a enredar con bonitas palabras, bruja! —gritó como un loco con la cara roja de ira—. ¡Te lo aseguro!

Karen apareció en el dormitorio justo cuando el Conde volvía a arremeter contra Aurora. Al verla, Alejandro abandonó el objeto de su ira y se giró hacia su esposa, mirándola con expresión asesina.

—¡Tú! ¡Ramera! ¡Te voy a enseñar lo que vale un peine! —Caminó hacia ella con la sangre hirviéndole de rabia en las venas. Sin miramiento alguno, la sujetó por el cuello y apretó con fuerza, robándole el aliento—. ¡Muere, zorra!

—¡Suéltala! —Soraya se arrojó contra la espalda del Conde como una leona, golpeándole con los puños cerrados. De un codazo, el viejo se deshizo de la sirvienta que se derrumbó sobre Aurora, quien aún seguía aturdida, desparramada en el suelo, contemplando impresionada la brutalidad de su yerno.

—Muy bien, pequeña bruja. Vas a pagar por tus sucios pecados —bramó antes de tomar a Karen por su larga melena pelirroja para lanzarla al suelo de un tirón. La arrastró sin piedad hasta el exterior de la casa, entre patadas y trompicones, sin permitirle incorporarse por completo, ignorando los gritos de clemencia de su suegra y las suplicas llorosas de Soraya. A la vista de todos los empleados se quitó el cinturón y azotó a la muchacha hasta que su blusa se tiñó de rojo carmesí. Los nervios de Aurora no pudieron soportar más tanta barbarie y, tras un ligero mareo, la mujer se desvaneció en brazos de Soraya.

—¡Vas a aprender a las buenas o a las malas! —vociferó el viejo con furia poco antes de que Karen siguiera los pasos de su madre y también perdiera el conocimiento.

...

Sentada en la cama, me recorrió un escalofrío de la cabeza a los pies, como si hubiera sido mi carne la que se desgarraba con cada latigazo. El cosquilleo de las heridas abiertas era tan vivido que incluso llegué a ver la sangre manchándome el pijama. Era ridículo, pura sugestión, pero por una fracción de segundo fue verdad. Orejas, que ronroneaba a mi lado, abrió sus enormes ojos y observó con la cabeza ladeada mi extraño comportamiento. Mis manos temblorosas dejaron el diario encima de la mesita de noche.

A las tantas de la madrugada, por fin, logré conciliar el sueño. Aunque fue intranquilo, cargado con un dolor intenso, una pena infinita y un sabor a hierro propio de la sangre; recuerdos de una vida que no era la mía. Cuando desperté estaba empapada en sudor. Los ojos perturbados del Conde de la Cruz escaparon de ese otro mundo onírico con la única intención de atormentarme, para ir esfumándose poco a poco, a medida que la realidad se hacía presente.

Alejandro abrió la puerta de mi habitación de golpe, asustado por mis gemidos de dolor. Al ver el estado de nervios en que me encontraba, no tardó en sentarse a mi lado en la cama para abrazarme con ternura.

—Shh... Tranquila, no pasa nada. Ya estoy aquí... —susurró, acariciándome la espalda. Mi cuerpo aún se agitaba en espasmos involuntarios por culpa de aquel miedo ajeno. Dejé de temblar cuando Alejandro me dio un reguero de fugaces besos por la frente y las mejillas—. Ya está, ya está. Todo va a ir bien... No te preocupes.

Me ruboricé hasta la raíz del pelo al percatarme de que Alejandro no llevaba camiseta y que mis dedos estaban apoyados en sus pectorales. Fui más consciente que nunca del sutil aroma a hombre que me envolvía. Con desasosiego traté de apartarme de él, pero sus manos me retuvieron. Mi respiración se hizo más irregular, ya no por miedo, sino por otra sensación desconocida. La sorpresa se reflejó en los ojos de Alejandro cuando levanté la vista y comprendí que no era la única confundida. Las pupilas masculinas estaban muy dilatadas, clavadas en las curvas de mis pechos que, debido a la respiración violenta, se aplastaban contra su tórax. Repentinamente, Alejandro se levantó de la cama para alejarse de mí, sin poder ocultar la enorme erección que se dibujaba contra sus pantalones, y salió del dormitorio tropezándose con la alfombra y mis zapatillas de estar por casa.

Pasados unos veinte minutos, regresó recién duchado, vistiendo las dos partes del pijama.

—¿Estás mejor? —me preguntó avergonzado, sin atreverse a mirarme directamente a los ojos—. ¿Ha pasado algo?

Yo, que ya estaba más tranquila, le sonreí y cogí mi libreta para decirle que sólo había sido un mal sueño. Alejandro se fijó entonces en los diarios de Karen, apilados junto a mi bloc de notas.

—¿Cómo puede ser que tengas los dos diarios que le entregué a tu...? —La cuestión quedó en el aire—. ¿Cua-Cuatro? —Pasmado, se aproximó a la mesa y abrió el tercer manuscrito, reconociendo en el acto la letra de Karen—. ¿Esto no puede ser verdad? —Tomó el cuarto diario y lo contempló como si fuera un espejismo en medio del desierto—. ¿Dónde los has encontrado? ¿Por qué no me has dicho nada...?

Tragué saliva, amedrentada, al escuchar el tenso silencio que se formaba en la habitación.

—¡Dios mío! ¡Era verdad que los diarios estaban escondidos en la mansión! —Me miró rebotante de alegría, sin rastro de enfado en los ojos—. Supongo que no me lo dijiste por miedo a que no te dejara leerlos, ¿verdad? ¿Me los prestas? Te prometo que te los devolveré en cuanto acabe de leerlos.

Como sabía que Alejandro disfrutaba aquellos diarios tanto como yo, no me pude negar a prestárselos. A fin de cuentas, él era el auténtico dueño y no yo.

—¡Genial! Este fin de semana iré al videoclub y traeré uno de esos dramones románticos que tanto te gustan. —Tomó los libros como si fuesen algo sagrado y se fue a su cuarto a toda prisa.

Cuando el sábado siguiente Alejandro apareció con el DVD de *Titánic* en las manos, no pude por menos que soltar una risita, ya que los argumentos de amor siempre le ponían nervioso, tenso e incómodo. Y aquella no fue una excepción.

—Creo que será mejor que corramos este trozo. —Alejandro apretó el botón de *rew* con manos temblorosas, viendo por el rabillo del ojo como yo estrechaba un cojín, con emoción, justo cuando la desinhibida protagonista se desnudaba en su camarote ante la mirada ávida del joven pintor. No se detuvo hasta varias escenas después cuando la pareja andaba por la bodega del barco, tomados de la mano—. Sí, esto está mucho mejor. La verdad es que no había visto esta película y desconocía que tuviera ese tipo de escenas.

Le miré con el ceño fruncido y los ojos desorbitados, mientras en el televisor los protagonistas se subían en un coche y se besaban con pasión. Alejandro, ruborizado, volvió a apretar el dichoso botón para correr la película.

—Lo siento, mocosa. Creo que te has emocionado demasiado al ver lo que iban a hacer esos dos. —Me enfurruñé, lanzándole el cojín con todas mis fuerzas a la cabeza—. ¡Lo siento! Sólo ha sido mi instinto de autoprotección. Temí que en cualquier momento te fueras a abalanzar sobre mí

para arrancarme la ropa a mordiscos. —Soltó una gran risotada, como siempre riéndose de sus chistes malos—. Si las miradas matasen, en este momento estaría muerto. —Le saqué la lengua y me acomodé en el sillón dispuesta a ignorarle hasta que finalizara el DVD.

Lloré como una Magdalena cuando la bonita historia de amor llegó a su fin, entretanto Alejandro dormía como un tronco a mi lado. ¿Por qué algunos hombres eran tan insensibles?

Contemplé con embeleso sus facciones perfectas, deseando que él fuera el protagonista de mi historia. Acerqué el rostro hasta que su aliento rozó mi piel y con un dedo perfilé su nariz recta, igual que hice la primera noche que lo vi durmiendo semiinconsciente en el sillón. Le acaricié las mejillas hasta que conseguí sacarlo de su letargo. Con los ojos nublados por el sueño me contempló confundido.

—¿Qué hora es? —Miró su reloj de mano—. Qué tarde... Será mejor que nos vayamos a la cama —dijo desperezándose.

Saqué la película del aparato y la guardé en su estuche, recogiendo también el cuenco con las palomitas y las bebidas, que coloqué encima de la bandeja que llevaría por la mañana a la cocina.

Las semanas volaron en compañía de Ana, la mejor estudiante del instituto, la más dulce, la más paciente, siempre dispuesta a ayudarme con los deberes y los exámenes. ¡Qué afortunada era al tenerla como amiga! Incluso la abuela tuvo que reconocer que esta vez, milagrosamente, había elegido bien. Ambas éramos tan parecidas. Ana me comprendía mejor que nadie. Sabía que yo estaba enamorada de Alejandro y no me juzgaba. Ella también había entregado su frágil corazón a Marcos. Lo conocía desde el jardín de infancia, vivían puerta con puerta y siempre habían sido buenos amigos. Pero el instituto lo cambió todo. El capitán del equipo de natación pertenecía a una jerarquía privilegiada, pieles sin granos y dientes parejos, Dioses del Olimpo convertidos en adolescentes, venerados por aquellos con menos suerte. Una gordita feliz no tenía cabida en aquel paraíso terrenal. A lo sumo podía mirar de lejos y soñar con un amor imposible.

Las notas de aquel segundo trimestre fueron mejores de lo habitual. Mi madre incluso se atrevió a comprar un pastel para celebrar los notables y excelentes que llenaban mi planilla. Yo estaba rebosante de felicidad. ¡Mis esfuerzos conjuntos con Ana habían dado resultado!

—Lo has hecho muy bien, hija mía —presumía con orgullo mamá en la cocina, frente a la abuela y el resto de empleadas.

—Mejor que bien —secundó Adela con una gran sonrisa—. Te has esforzado y ha valido la pena.

—Creo que estáis exagerando un poco. Ya veremos cómo va el tercer trimestre. —La abuela se llenó un vaso de agua y dio un sorbo largo.

—Cuidado no te atragantes, pájaro de malagüero —murmuró Adela, logrando que la abuela se atragantase. La cocinera enseguida le tendió un paño de algodón y me guiñó un ojo.

A finales de abril, un miércoles por la tarde, Alejandro apareció en mi habitación cargado con los diarios de Karen.

—Te los devuelvo como prometí. Aún me cuesta creer que los hayas encontrado. Jamás pensé que Karen tuviera una vida tan dura —comentó dejando los diarios sobre la mesita de noche—. Ella es, bueno, fue, mi tatarabuela. Al menos eso creo. Mi padre sabía muy poco de ella, la verdad, decía que fue una mujer excéntrica, que no andaba muy bien de la cabeza. Es sorprendente cómo cambian las cosas en función de quien cuenta la historia.

Los dos nos miramos por un momento y permanecemos en silencio. Yo también era víctima de las mentiras, alguien había torcido la verdad para incriminarme con pruebas falsas, que me habían convertido en una chica fácil a ojos de todo el mundo, también para mi familia.

La voz de mi hermana llegó desde el saloncito convertida en una exigencia. Alejandro se despidió de mí revolviéndome el pelo y se marchó con Sonia. En cuanto me quedé a solas, cogí el cuarto diario dispuesta a leer las últimas páginas que me faltaban para terminarlo.

Lunes, 20 de enero de 1913

Querido diario:

Mi pequeño y tardío regalo de cumpleaños ha nacido durante esta fría noche de invierno. Ha sido duro y doloroso, en gran parte, debido a mi queridísimo esposo, que se ha negado a gastar un solo real en el parto de un bastardo. Qué lejana queda ya la época en que colmaba de regalos y atenciones a madre. Ahora ambas estamos pagando el precio de nuestro engaño. ¡Somos esclavas en nuestra propia casa!

...

Claudia entró en el dormitorio de Karen y echó un vistazo al diminuto bebé que cargaba la comadrona. Lo supo de inmediato, no tuvo ninguna duda. La pelusilla negra que coronaba la cabeza del niño y el tono aceituna de su piel delataban a voz en gritos que Abel era el padre. La hija del Conde se llevó una mano al bajo vientre para controlar el dolor punzante que le sacudía las entrañas. ¡Odiaba a aquel bastardo casi tanto como odiaba a Karen!

—Mi padre piensa regalarlo al primer pordiosero que pique a nuestra puerta —amenazó en voz baja, plantando en la mejilla de la madre primeriza un beso de Judas—. En cuanto te duermas se lo va a llevar.

—¡Deme a mi hijo! —gritó Karen a la comadrona, muerta de miedo.

—Aún no he terminado de limpiarlo, tengo que llevármelo para...

—¡Me da lo mismo! Deme a mi hijo y déjeme sola.

—Pero el niño...

—Ya la ha escuchado —intervino Claudia, empujando a la comadrona hacia la salida—. ¡Será mejor que nos vayamos y la dejemos descansar!

Karen pasó el resto de la noche en guardia, pegada a su hijo, amamantándolo con el temor de que el Conde se lo arrebatara. Con la llegada del alba, se quedó adormilada y creyó escuchar, en medio de pesadillas, una conversación entre su esposo y la comadrona que la había atendido durante el parto. Las voces eran tan claras como si sus dueños estuvieran en la habitación contigua.

—¿Me ha hecho venir otra vez para eso? —habló la mujer en tono indignado—. ¿Cómo pretende que haga algo así? No puedo certificar la muerte del niño. Su esposa lo ha visto, sabe que respira y que...

—Le diremos que murió durante la noche, que dejó de respirar.

—Mire que su esposa está muy débil y el disgusto podría matarla.

—Es una mujer joven y fuerte —rebató el Conde con enfado. Su voz sonaba de ultratumba, como algo irreal, que no pertenecía a este mundo.

—Sí, pero el parto ha sido complicado y, después de la cesárea, tal vez su esposa no vuelva a quedar encinta. —Las palabras de la comadrona se alejaban más y más, hasta ser casi un susurro

inaudible—. No creo que su útero aguante otro feto.

—No diga sandeces. Tendremos otros hijos.

—El médico opina lo contrario. Así que quizás este sea el único hijo varón que tenga en la vida, al menos con su señora esposa.

Karen se esforzó por abrir los ojos, pero los párpados se negaron a responderle y permanecieron cerrados. Estaba muy cansada y el dolor era insoportable.

—Muy bien. Déjeme pensarlo. A fin de cuentas, un niño puede fallecer en cualquier momento por varias razones. —La voz de Alejandro de la Cruz era dura y calculadora. Risas enlatadas resonaron por toda la habitación—. Es un bebé frágil, ha pesado poco más de dos kilos, no me extrañaría que se muriera él solito, sin necesidad de ayuda.

El silencio se llenó de imágenes inconexas. El Conde alargó su mano y jugó con el generoso escote de la comadrona. Con la punta del dedo recorrió el borde de la tela que enmarcaba los pechos turgentes. La mano del hombre subió por la garganta femenina en una caricia perturbadora. El rostro de la comadrona fue suplantado por el de Claudia, que gemía de placer apretándose contra la mano que la estrangulaba por el cuello. Su padre, el viejo Conde, se abalanzó sobre el cuerpo de la joven y, de pronto, Karen despertó bañada en sudor. Aunque todo había sido un sueño, el miedo de perder a su hijo seguía atormentándola.

...

Hasta el momento, Alejandro no ha mostrado ningún interés por deshacerse de mi hijo, más bien, todo lo contrario, finge aceptarlo como propio y eso me intranquiliza. Cuando sus amistades vienen a casa alardea de su nueva paternidad, le encanta pavonearse y presumir por haber engendrado un primogénito a sus años. A fin de cuentas, se llena la boca al decirlo, pertenece a la noble familia de los Cruz y Montero, un linaje poderoso, capaz de conseguir cualquier cosa que se proponga, por difícil o costosa que sea. Es como si el tener un hijo fuera símbolo de juventud o de poder, una posesión más. Qué broma tan cruel del destino: ese cínico ha convertido la peor de las vergüenzas, mi hijo, en su mayor satisfacción. ¡Le ha dado la vuelta a la tortilla!

Muchas veces me pregunto qué pasaría si nuestro círculo supiera la verdad, lo que ocurre entre estas cuatro paredes cuando nadie mira. ¿Sería un escándalo o el dinero triunfaría una vez más, comprando ciegos, sordos y mudos?

A estas alturas sé que Alejandro es incapaz de sentir amor, su alma apesta como la carne podrida, pero jamás accederé a sus pretensiones, no voy a bautizar a mi hijo con un nombre símbolo del pecado. Jamás accederé a esa burla. Sé que Claudia es la impulsadora, ella quiere vengarse de mí a toda costa. ¡Por eso insiste tanto con el tema del bautizo! ¡Maldita sea!

Karen.

Al finalizar la lectura, presentí que algo grande iba a suceder en la vida de la joven, un acontecimiento que prometía dolor, destrucción y caos. El ansia por saber más me llevó a buscar una nueva pista. Intuía que el siguiente volumen debía estar escondido en otra chimenea. La cuestión era, ¿en cuál? En esta ocasión, no había ningún sobre entre las tapas y, al despegar la cubierta de cuero, tampoco encontré acertijo alguno. ¿Acaso Karen había cambiado su modus operandi o, quizás, este era su último diario?

Los dos meses siguientes pasaron volando. Antes de darme cuenta, terminó el curso escolar y

empezaron las vacaciones de verano. Ana se despidió de mí frente a la puerta del instituto, entre abrazos y risas. Como sus padres trabajaban de sol a sol, habían decidido mandarla a casa de sus abuelos maternos, en Garrovillas de Alconétar, un municipio español, en la provincia de Cáceres, así no estaría sola todo el día y tendría supervisión adulta. En agosto se reunirían con ella y viajarían los tres a París durante dos semanas. ¡Qué suerte! Por fin, una de las dos iba a cumplir nuestro sueño de viajar a la ciudad del amor.

—Toma, esto es para ti. —Ana me tendió una pequeña caja envuelta con un papel multicolor. Dentro había una pulserita de cuentas hecha por ella misma—. Para celebrar tus buenas notas.

Me abracé a mi amiga con emoción y se me escaparon unas lagrimillas. ¡Tenía la mejor amiga del mundo!

—Nos escribiremos todas las semanas —afirmó Ana con voz cantarina, tendiéndome el meñique para formalizar la promesa—. ¿Prometido?

Afirmé con la cabeza y enlacé mi dedo meñique con el suyo. La euforia de ese momento se fue disolviendo a medida que me acercaba a la mansión. La perspectiva de no ver a mi amiga durante tantos meses me deprimía un poco. Iba a ser un verano tedioso, aunque por lo menos me quedaban las sesiones de cine junto a Alejandro.

Al llegar a casa me fui directa al dormitorio y me metí en la ducha para quitarme la depresión. El agua templada era milagrosa. Además de dar energía, también aliviaba la tensión acumulada. Con el pelo sujeto por una pinza y cubierta por una minúscula toalla de baño, casi transparente de tantos lavados, me encaminé a la mesita de noche para tomar mis gafas, justo cuando Alejandro abría la puerta de mi dormitorio sin llamar.

—Lagartija. Yo... yo... Lo siento, no era mi intención.

Me quedé tiesa como un palo, sobresaltada, respirando con agitación, al escuchar aquella voz familiar titubeando a mis espaldas. Cuando reaccioné y me di la vuelta, ya estaba sola en mi dormitorio. No había ni rastro de Alejandro. Parpadeé, aturdida, preguntándome si tal vez me había imaginado su voz. Un portazo en la habitación de al lado aclaró mis dudas. Alejandro había estado en mi dormitorio y me había visto de esa guisa. ¡Qué vergüenza!

Aquel encuentro fortuito marcó un antes y un después. Al principio, pensé que eran cosas mías, ideas tontas originadas por mis inseguridades. Sin embargo, la actitud del muchacho cambió por completo. Ya no bromeaba conmigo, se mostraba rígido y taciturno, apenas me dirigía la palabra, me evitaba durante el día y nuestras noches de cine terminaron de manera abrupta, sin ninguna explicación, sencillamente dejó de acudir a nuestras sesiones. Yo extrañaba la confianza que compartíamos antes, repantigados en el sofá, viendo películas y riendo. Incluso echaba en falta su censura en algunas escenas de amor y sus chistes malos.

Una mañana, a finales de julio, me levanté deprimida después de haber estado toda la noche esperándolo. En el fondo creía que recapacitaría y hablaría conmigo sobre lo ocurrido. Me sorprendió el enorme revuelo que había en la cocina. Las empleadas se movían de un lado a otro, frenéticamente, dirigidas por Adela.

—Buenos días, Sara —me recibió con alegría la cocinera—. ¿Qué haces ahí parada? ¿Es que no te has enterado?

Negué con la cabeza.

—Alejandro le pidió a tu abuela la mano de Sonia anoche. —La voz chillona de Gertru llegó hasta mis oídos—. Es una gran noticia, ¿verdad?

—¡Por fin, mi muchacho se ha convertido en un hombre! —La abuela atravesó la puerta de la cocina radiante de felicidad, con una sonrisa que le cruzaba la cara—. Dentro de una semana celebraremos la fiesta formal de compromiso.

El corazón se me partió en dos, cayó a mis pies y se hizo mil pedazos. Intenté dibujar una sonrisa, pero los músculos faciales no respondieron a mis órdenes. En cambio mis ojos se humedecieron de lágrimas. Qué ingenua había sido al albergar esperanzas. Alejandro jamás se iba a fijar en mí. Era una estúpida, una idiota, y mi alma iba a tener que pagar un alto precio por soñar durante todos aquellos años con un imposible.

El inminente compromiso de mi hermana le otorgó a mi familia una nueva posición. Ya no éramos simples empleadas, en pocos días emparentaríamos con los señores. Por eso, la abuela le ordenó a mi madre que presentara la dimisión.

—Pero necesito el dinero para mantener a mis hijas —tartamudeó mamá—. ¿Qué voy a hacer? ¿Cómo voy a sobrevivir?

—No te preocupes, hija —respondió la abuela, utilizando un tono paciente—, con la manutención que Alejandro va a pasarte, creo que tendrás más que suficiente.

—No pienso aceptar caridad de ningún tipo.

—Te vas a convertir en miembro político de la familia, así que no te pongas quisquillosa. De otra manera sería ridículo. Te imaginas: tú trabajando de chacha asalariada en casa de tu propia hija, mientras ella pasa una vergüenza terrible frente a los amigos de Alejandro.

—Visto de esa manera... —Mamá, por primera vez, reparó en los grandes cambios que se avecinaban—. Entonces, buscaré algo a media jornada en el pueblo.

—¡Cómo quieras! —exclamó la madame, exasperada ante la actitud de su hija.

—¿Usted también va a dimitir de su puesto?

—Desde luego que no. Sin mí esta casa se vendría abajo en un santiamén.

La primera ocasión que logré ver de cerca a la misteriosa señora de Clara fue el día previo a la fiesta de compromiso de mi hermana. Como de costumbre, la abuela había tomado el mando y ladraba órdenes a diestro y siniestro, en tanto la señora permanecía sentada en una silla, con la espalda muy recta, sin abrir la boca, permitiéndole al ama de llaves tomarse unas atribuciones que no le correspondían. En todos aquellos años, jamás había tenido la oportunidad de observar a aquella señora a mis anchas. Siempre tan distante, tan esquiva. En las pocas ocasiones que permanecía en la mansión por más de dos días, antes de partir con Tomás en su búsqueda interminable de felicidad, había conseguido verla, a lo sumo, paseando lejos por el jardín o moviéndose con elegancia entre los invitados que acudían a sus fiestas. Me sorprendió que fuera tan alta y delgada, casi consumida. Era todo brazos y piernas. Sus rasgos se veían tensos, inertes. El bisturí había pasado por su piel para estirarla y restarle años, arrebatándole las arrugas de expresión y la capacidad de reflejar emociones; el bótox había hecho el resto. La mirada de aquella señora era lo único no artificial. Sus ojos inquietantes, llenos de tristeza y pesadumbre, se escondían tras aquella máscara de muñeca. Desde luego, a diferencia de Sonia, a mí la señora no me parecía una arpía, más bien, sentía pena por ella. Se veía frágil, fuera de lugar en aquel salón gobernado con mano de hierro por la abuela. Parecía un objeto anacrónico, que no encajaba con el contexto que la rodeaba. Quizás por eso se mantenía alejada de la mansión durante tanto tiempo.

Influenciada por tanta película romántica, esa noche me acosté creyendo que a la mañana

siguiente el cielo se plagaría con los mismos nubarrones negros que asolaban mi alma, formando una tormenta monumental, que empeoraría a medida que la fiesta de compromiso se acercaba. En el celuloide, cuando los protagonistas sufren, cae más agua que en el diluvio universal, hay truenos y centellas. Es evidente, que en la vida real la meteorología pocas veces nos acompaña en nuestro descenso a los infiernos. El día del compromiso amaneció soleado y sin una nube en el cielo.

—¿Te lo dejo colgado en el armario? —preguntó mamá, apareciendo en mi cuarto a media mañana, cargada con el vestido que la abuela había escogido para mí—. Ten cuidado y no dejes que Orejas le clave las uñas o te lo llene de pelos. —Me dio un rápido beso y salió con prisa del dormitorio.

Abrí la cremallera del guardapolvo con curiosidad; esperaba encontrar un traje hermoso. La abuela, aunque me cueste reconocerlo, tenía un gusto exquisito para elegir la ropa, por lo menos de Sonia. Mi asombro fue mayúsculo cuando saqué del guardapolvo una prenda fea y ancha, más propia de una anciana que de una adolescente camino de los diecisiete años. ¿Cómo pretendía la abuela que me vistiera con esa abominación marrón, llena de encajes y volantes en tono vainilla? Aparte, me venía grande y las mangas de farol eran ridículas.

Una hora más tarde, cabizbaja y avergonzada, vestida como un payaso de circo, me presenté en la cocina. Adela fue la primera en verme. Su reacción fue muy reveladora: contuvo la respiración con cara de susto y se llevó las manos al cuello, sin lograr articular palabra. Tomás, ante el extraño comportamiento de su mujer, se giró y se quedó pasmado.

—¡Madre mía! ¿Qué haces vestida así?

—¿Es el traje que tu abuela te ha comprado? —Asentí a la pregunta de la cocinera—. ¡Maldita bruja! ¿Cómo te ha podido regalar algo tan espantoso?

Cuando Gertru entró en la cocina, acompañada por otras dos criadas, puso cara de pez y parpadeó varias veces con asombro. Por una vez, la pobre mujer se quedó sin palabras.

—No queda mucho tiempo para arreglar ese trazo. —Adela miró el vestido, evaluando sus posibilidades—. Esas mangas son terribles, demasiado grandes. La fiesta empezará dentro de media hora, tal vez si...

No hubo solución posible. Y así me vi: en medio de una lujosa fiesta, rodeada por una multitud de gente elegante, que se apartaba de mí al verme pasar y murmuraba bajito, soltando risitas contenidas. Cuánto deseaba no haber destrozado, en un arranque de furia, el vestido que me había regalado dos Navidades atrás Ángel Giovanni. Si lo hubiera conservado, por lo menos ahora, tendría algo decente que ponerme.

Avergonzada, busqué un lugar apartado y oscuro donde esconderme de las miradas indiscretas. Añoraba más que nunca estar en el rinconcito de la escalera del segundo piso, al que me había conducido Tomás una Nochebuena de hacía ya muchos años, para ver la fiesta que se celebraba por aquel entonces en la mansión. Era un lugar retirado, desde donde se podía observar a los invitados sin ser visto. Recordaba haberme pasado toda la fiesta deseando estar en el enorme salón principal, disfrutando de la música y el baile. Qué gran ironía, por fin mi sueño se había convertido en realidad, sin embargo, ahora deseaba estar de nuevo entre las sombras del segundo piso, viendo como otros disfrutaban sin ser vista. Era preferible eso, a ser el centro de las miradas y las burlas. ¡Quería que la tierra me tragara!

En el apogeo de la fiesta, la abuela subió al escenario acompañada por Sonia y Alejandro. Entre los vítores y ovaciones del público, con una balada sonando de fondo, el compromiso se

hizo oficial. De pronto, las voces se fueron apagando. Un joven ebrio entró por las puertas del jardín, gritando como un poseso. Atravesó toda la sala haciendo eses con una botella de licor en la mano y se situó frente al proscenio.

—¡Embustera!

La cara de Sonia empalideció, a diferencia del semblante de la abuela, que se mostró contenido, frío, calculador. Alejandro miró al recién llegado sin comprender qué estaba sucediendo.

—¡Las promesas de una mujer no valen nada! —El hombre se giró envalentonado por el alcohol, hablándole al público presente. En ese instante, reconocí a Cristian en aquel borracho desaliñado—. ¡Todas son iguales! ¡Fulanas baratas!

Asustada, temiendo lo que pudiera pasar, avancé entre la multitud. La abuela descendió del escenario como una reina, aparentemente sin inmutarse, aunque noté un cierto temblor en sus manos cuando trató de calmar y silenciar al amante de mi hermana.

—No digas nada de lo que más tarde puedas arrepentirte. —La madame no pudo disimular una ligera discordancia en la voz. Al darse cuenta de que estaba junto a ella, por primera vez, me sonrió con dulzura, con alivio—. Sara, sujétalo por un brazo, yo lo cargo por el otro. Entre las dos podemos sacarlo de aquí.

Por todos los medios, tratamos de guiar a Cristian fuera de la sala, pero cuanto más le empujábamos, él más se resistía. Alejandro, cansado del espectáculo, bajó de la tarima y asió por la solapa de la camisa al joven borracho, que no paraba de divagar sobre lo frívolas que eran las mujeres.

—No se preocupen, señores. ¡Qué continúe la fiesta! —La voz de Sonia llegó temblorosa desde el escenario—. Déjenme disculparme por la actitud del amigo de mi hermana. Ya saben cómo son las adolescentes, siempre peleándose con sus novietes de turno.

El público comenzó a reír con la broma de Sonia.

—¿Tu novio? —El rostro de Alejandro pasó de la estupefacción al enfado.

La abuela me miró, rogándome en silencio que no desmintiera a mi hermana. Bajé los ojos llenos de tristeza por la mentira que me veía obligada a callar. Amaba a Alejandro por encima de todas las cosas y no quería dejarlo en ridículo frente a una multitud. Natalia, su exnovia, ya le había hecho suficiente daño y no se merecía pasar otra vez por la misma humillación.

—Parece que estaba muy equivocado contigo. Supongo que tu hermana tenía razón... Qué imbécil he sido. —murmuró para sí, juzgándose sin piedad, antes de alejarse de nosotras para reunirse de nuevo con Sonia.

—No sé cómo agradeceréte, Sara. Lo que has hecho hoy habla muy bien de ti. —El cumplido de la abuela no me ayudó a sentirme mejor.

Entre las dos arrastramos a Cristian, atontado por el alcohol, hasta las escaleras exteriores de la cocina. La abuela agarró con mucha sangre fría la manguera del jardín e hizo salir a toda presión el agua para acabar con la borrachera del muchacho. Cristian boqueó varias veces intentando tomar aliento.

—¿Qué está haciendo, señora? —seseaba entre balbuceos, impresionado por el impacto del chorro helado.

—Si piensa que va a dormir la mona en esta casa, jovencito, lo lleva claro.

—¿Dónde está el capullo ese? Tengo que hablarle de Sonia. —Cristian intentó levantarse,

pero resbaló con los adoquines húmedos del suelo—. Voy a informarle del tip-po de mala pécora que es su *novia* —vomitó la última palabra—, puede que incluso me dé una propina. Por el favor.

—Si lo que quiere es dinero, yo tengo a montones. —Miré a la abuela sorprendida por su afirmación—. Sólo dígame la cantidad y le haré un cheque que podrá hacer efectivo mañana mismo.

—Pues sí que guarda sorpresas la vieja.

La abuela enarcó una ceja con disgusto y miró a Cristian como si fuera una cucaracha a la que deseaba pisar de forma lenta y dolorosa. A continuación le dedicó una sonrisa tan falsa como un billete de dos euros.

—Sólo le voy a poner una condición, jovencito. Si alguien le pregunta por lo ocurrido esta noche, usted deberá contestar que ella, —la abuela me señaló con el dedo—, es su novia y que estaban enfadados por una discusión.

—¿Y se puede saber quién es esa linda jovencita? —Una sarcástica sonrisa surgió en los labios de Cristian al mirar mi horroroso atuendo.

—Es mi nieta pequeña, Sara.

—Entiendo que esté desesperada por encasquetarle un novio, pero yo no voy a ser el pardillo que cargue con el muerto.

—No seas ridículo. La mentira no tiene por qué extenderse en el tiempo, con un par de semanas será más que suficiente para no levantar las sospechas de Alejandro.

Cristian se cruzó de brazos para protegerse del frío de la noche y se pasó las yemas de los dedos por las comisuras de los labios, dedicándome una mirada pensativa.

—¿Qué se supone que debo hacer con ella?

—Ven a buscarla el fin de semana. Llévala al cine o a cenar a un buen restaurante. Por el dinero no te preocupes, todo correrá por mi cuenta. Cuando acabe la farsa, llegaremos a un acuerdo sobre tus honorarios, ¿qué te parece?

—Es una oferta tentadora...

Cómo era posible que hablaran sobre mí como si no estuviera, sin preocuparse por mi opinión.

—La chiquita es muy callada, ¿no?

—¿Sonia jamás le habló sobre las *peculiaridades* de su hermana?

—Le aseguro que cuando Sonia estaba conmigo, en lo que menos pensaba era en hablar —comentó burlón, consiguiendo sacar los colores a la abuela.

—Confórmese con saber que Sara es, algo así, como muda.

—Retrasada, muda, qué más da, si me paga una buena cantidad, ¡cómo si tengo que salir con la más fea del baile!

Cuando entré de nuevo en la casa, la abuela se detuvo antes de llegar a uno de los corredores principales y me hizo mirarla de frente.

—Siento que te veas envuelta en algo así, pero Alejandro se merece ser feliz. —En los finos labios de la madame nació una tierna sonrisa—. Es un pequeño sacrificio en pos de un bien mayor. Mi muchacho ya lo pasó muy mal una vez y no podemos permitir que vuelva hundirse en la miseria, ¿verdad? —Asentí con el corazón apretado en un puño. La vieja sabía que había tocado mi punto débil.

Esa noche, terminada la fiesta, camino a mi habitación, tomé la decisión de sacrificarme por

amor, como había leído mil veces en esas historias medievales donde las heroínas daban la vida por el hombre al que amaban. Con ese firme propósito llegué al saloncito, regodeándome en mi propia tristeza. Para mi sorpresa, Alejandro, con unas cuantas copas de más, me esperaba sentado en el sofá.

—Pero mira quién acaba de llegar... —Arrastró cada una de las palabras, observándome con ojos amenazantes—. Mi dulce y tierna lagartija. —Se levantó y caminó hacia mí, como un león dispuesto a comerse a su presa. Asustada, reculé—. Esos adjetivos ya no te van. Te quedan mejor falsa, mentirosa... ¿facilona?

Cada vez que Alejandro avanzaba una zancada yo retrocedía un paso, hasta que la pared me impidió continuar. Cerré los ojos con fuerza cuando su cara quedó a escasos centímetros de la mía. Su aliento, con un ligero olor a alcohol, acarició mis labios y encendió mis mejillas. El muchacho colocó una mano a cada lado de mi cabeza convirtiéndose en una cárcel humana.

—Dime, Sara, ¿con cuántos has estado? ¿Te han pagado o lo has hecho gratis? ¿Por gusto? —Apreté los puños e intenté escabullirme por debajo de su brazo, pero fue más rápido y me aprisionó contra su cuerpo caliente—. ¿Por qué pones cara de conejillo asustado? ¿Crees que mirándome con esos ojos grandes me vas a amansar? —Pasó un dedo por mi boca, dibujando el contorno—. Quizás ese truco te funcione con otros, aunque conmigo no te va a dar resultado, pequeña hipócrita.

No entendía por qué se comportaba así conmigo. Su actitud beligerante me tenía confundida, hasta el punto de no poder respirar, de estar al borde del desmayo. Alejandro me miró de nuevo con aquellos ojos vidriosos, que yo no reconocía, deslizando las manos por mi garganta hasta detenerse en la clavícula, para rozarla con las puntas de los dedos.

—Eres tan suave. —Sus manos bajaron un poco más, hasta llegar al escote. Sin rozar la piel, jugueteó con el feo encaje en tono beige—. Siempre tienes este olor fresco, a lluvia. —Inclinó la cabeza, acercando su nariz a mi garganta. Inhalando mi aroma, posó sus labios en mi yugular palpitante—. ¿Sabes cuánto tiempo llevo deseando hacer esto? —Se apartó con rudeza y tiró de una de mis trenzas para obligarme a mirarlo directamente a los ojos—. Ya no puedes engañarme. No finjas más, no eres una niña buena. Eres una pu...

La bofetada que le di lo sorprendió a él tanto como a mí. Alejandro parpadeó desorientado, mientras mis ojos se llenaban de lágrimas.

—¡Maldita sea! —Se pasó las manos por el pelo, con el semblante lleno de angustia—. ¡Lárgate antes de que haga algo de lo que me arrepienta! ¡Fuera! ¡Márchate y cierra la puerta con llave!

Compungida y desorientada por todo lo que acababa de suceder, corrí a mi habitación deseando que todo aquello terminara. Con manos temblorosas, atranqué la puerta y pegué mi espalda contra la rugosa superficie de madera. Me sentía débil, indefensa. Las piernas no me respondían, se negaban a soportar mi peso. Poco a poco, me fui deslizado por la puerta hasta quedar sentada en el suelo, hecha un ovillo. En medio de un ataque de nervios, mi llanto se convirtió en desolación.

10

ENREDOS Y MENTIRAS

DURANTE tres días no salí de mi habitación, no tenía fuerzas. Me sentía asqueada, enferma. Por orden expresa de la abuela, que al parecer estaba preocupadísima por mí, nadie me molestó, sólo mamá me visitaba con el desayuno, la comida o la cena. A mi parecer, el temor de la vieja no radicaba en mi salud, sino en mi lengua. Temía que la soltara y delatara a mi hermana, por eso defendía con tanto empeño mi tranquilidad, mi aislamiento.

Cuando reuní la energía suficiente, me escabullí de la mansión y fui andando hasta el pueblo. Llevaba un montón de cartas atrasadas para Ana, donde le contaba con pelos y señales, sin saltarme una coma, todo lo sucedido durante la fiesta de compromiso de mi hermana. Las dos habíamos jurado escribirnos solo por correspondencia, jamás vía email; queríamos construir recuerdos maravillosos de nuestra amistad, que perduraran en el tiempo gracias al papel. Quizás en un futuro remoto, alguna persona las encontraría y, con un poco de suerte, acabarían expuestas en un museo a la vista de un sinfín de gente.

Entré en la oficina de correos con una sonrisa dibujada en la cara. Tras hacer una cola de quince minutos para comprar los sellos, lancé los sobres por la ranura del buzón amarillo, empotrado en la pared exterior del edificio. De regreso a casa, las encinas que bordeaban el camino acompañaron mi alegría, bailando con el viento. El sonido era tan relajante que me detuve y permanecí un rato allí, escuchando la naturaleza, percibiendo el olor de los árboles, las plantas y la tierra mojada.

Un movimiento extraño atrajo mi atención. En la distancia, atisé la figura de un hombre en la escalinata principal de la mansión. Al acercarme un poco más, vi que era Ángel Giovanni. Hablaba con alguien que no logré identificar en un primer momento, pues quedaba oculto tras la puerta entreabierta. Corrí campo a través y me escondí detrás de una encina que franqueaba la entrada, para escuchar y tener una mejor visión.

—Por favor, necesito hablar con Sara —suplicaba Ángel—. Me acabo de enterar de lo ocurrido durante el compromiso y...

—Ella no quiere ver a nadie, será mejor que te marches. —Enseguida identifiqué la voz del otro interlocutor, la abuela, sonaba seca y cortante.

—Usted no entiende... yo, necesito verla para pedirle perdón. Lo que está pasando es culpa mía. Sara no tiene ningún novio, es otra mentira, una de tantas. Ya no puedo soportarlo más. Estoy

dispuesto a confesar la verdad.

—Al parecer, los chismes corren por el pueblo como la pólvora —murmuró la vieja con enfado. Ángel bajó la mirada, avergonzado—. A ver, hijo mío, ¿a qué vienen tantas tonterías?

—Yo soy el responsable de la mala reputación de su nieta. Engañé a todo el mundo haciéndole creer que entre ella y yo había pasado algo. Quería ser aceptado. En poco tiempo mis amigos se unieron a la mentira, sólo pretendían divertirse un poco, aunque se les fue de las manos. El resto usted ya lo conoce. —Ángel no se atrevió a levantar la vista.

—¡Quiero que salgas de esta casa y no vuelvas jamás en la vida! —ladró la abuela empujando a Ángel Giovanni por los hombros. Su rostro estaba rojo de indignación—. ¡Lo que has hecho no tiene perdón de Dios! —El muchacho retrocedió azorado—. No dudo de que mi nieta se apiadaría de ti si le pidieras perdón, pero por suerte para ella y desgracia para ti, yo no tengo tan buenos sentimientos.

—Espere, señora, yo necesito...

—¡Largo o llamaré a la policía! O quizás sería mejor que hablara con tus padres para informarles del tipo de hijo que tienen.

La amenaza hizo su efecto. Ángel descendió a toda prisa por los peldaños, tropezando en el último, se subió a la moto con torpeza e intentó colocarse el casco. Sus manos temblaban con tanta violencia que no atinaban a cerrar las cintas de seguridad.

—Por cierto, sinvergüenza, no vuelvas a hablar de mi nieta con nadie. Te prohíbo que te acerques a Sara otra vez o te juro que...

—Pero... —Ángel se giró, con los ojos abiertos como platos.

—No hay peros que valgan. Ni una sola palabra o convertiré tu vida en un infierno. Tengo el dinero y los contactos necesarios para hacerlo.

Con dedos nerviosos, por fin, Ángel logró cerrar la hebilla del casco y arrancó la moto para marcharse como alma que lleva el diablo, sin atreverse a mirar tras de sí.

La abuela se apoyó en la jamba de la puerta con una expresión indescifrable. Miró al cielo y suspiró resignada. Luego se pasó una mano por el pelo, intentando recomponer algunos mechones que se habían soltado del moño. Cuando estuvo recuperada por completo, entró en la mansión con su pose habitual. Era como si allí no hubiera ocurrido nada.

Tras aquel episodio, mi vida continuó con aparente normalidad. La madame no dijo ni mu, se guardó para sí la verdad que había descubierto por boca de Ángel Giovanni y no le aclaró la situación a mi madre, que se comportaba conmigo de manera fría y distante, con cierto recelo. Por el contrario, el resto del personal se mostraba amable y atento como siempre, como si nada hubiera ocurrido durante el compromiso.

Gertru, la loquita y pizpireta Gertru, con su carácter alegre y extrovertido, corría de un lado a otro de la casa, contando los últimos chismes que circulaban por el pueblo, en tanto yo me deslizaba sigilosa por pasillos y corredores, segura de que en cualquier momento sería testigo de algún comentario malicioso. Para mi sorpresa, ninguna sirvienta me criticaba. El tema fue zanjado antes siquiera de haber empezado, pero ¿por qué? Era extraño que un chisme de tan gran calibre hubiese expirado en tan poco tiempo. Algo así, debería haber durado por lo menos un mes, hasta que las empleadas se hubiesen cansado de sacarle bien el jugo.

El sábado siguiente llegó más pronto que tarde. Aquel era el día pactado entre la abuela y

Cristian para nuestra primera cita. Después de almorzar, me arreglé con desgana, sin poner mucho cuidado.

A las seis menos cinco, la abuela vino a buscarme a mi dormitorio. Miró con disgusto la ropa que yo había elegido, aunque no dijo nada. La acompañé en silencio hasta la cocina, donde algunas sirvientas de la mansión, las más queridas, con las que tenía mayor confianza, miraban encantadas al que, desde ese día y por dos semanas, sería mi devoto enamorado.

—Hola, preciosa. —Cristian se acercó para darme un besito en la mejilla—. No hace falta que te muestres tan tímida, cariño, ya les he explicado a estas encantadoras señoras cómo me robaste el corazón la primera vez que te vi. —Su mofa sobre el horrible vestido con el que me conoció la noche del compromiso no pasó desapercibida para la abuela, que le miró ceñuda y con el gesto torcido.

—Déjame decirte que estaba equivocada. —Mamá me envolvió entre sus brazos—. Daniel nos lo ha explicado todo y se ha disculpado. —¿Daniel...? ¿Y quién demonios era ese?—. No te preocupes, nos ha aclarado que te negaste a aceptarlo por miedo a las habladurías. —Mamá parecía emocionada y miraba a Cristian con auténtica adoración. Yo seguía sin comprender nada de nada—. Es un chico estupendo. Enseguida hemos entendido el porqué de su comportamiento. Está claro que te ama con locura, hija.

Cristian me dedicó una sonrisa socarrona. No sabía cómo lo había hecho, pero en escasos minutos se había ganado la simpatía de todos los presentes, incluida mi madre. La abuela estaba tan anonadada como yo con aquella escena surrealista.

—No se preocupe, Sofia, traeré a su hija antes de las diez de la noche. Quiero que sepa que mis intenciones son serias.

—De eso no tengo ninguna duda, Daniel. —Mamá sonrió como una tonta—. Y puedes tutearme, no soy tan vieja.

Si mis deducciones eran correctas, Cristian se hacía pasar ahora por Daniel, para representar aquella farsa financiada por la abuela. ¡Increíble! ¡Menudo estafador!

La puerta de la cocina se abrió y el jaleo lleno de risas y conversaciones se apagó. Alejandro apareció acompañado por mi deslumbrante hermana, llevaba un vestido vaporoso, de un cándido blanco roto. Los ojos de Cristian recorrieron el hermoso cuerpo de Sonia con un hambre voraz.

—Vaya, vaya, estáis celebrando una fiesta sin invitarnos. —El buen humor de Alejandro desapareció tan pronto advirtió la presencia de Cristian.

Mi novio de pacotilla entrecerró los ojos y me apretó contra su cuerpo, como si yo le perteneciera. Al ver la expresión llena de celos de Sonia, entendí la estrategia de Cristian. Había cerrado un negocio redondo. Por un lado, ganaba una buena cantidad de dinero y, por el otro, hacía rabiar a mi hermana. ¡Era peor que un estafador! ¡Era un demonio!

—Todavía no nos han presentado —dijo Cristian, mirando a Sonia con picardía—. Me llamo Daniel Salcedo. Encantado de conoceros.

—Alejandro de Clara. —Los dos hombres se dieron un apretón de manos hercúleo, calibrando sus fuerzas.

—Yo soy Sonia, la hermana mayor de Sara —se presentó con inocencia mi hermana, desempeñando a la perfección su papel—. Espero que seas bueno con ella.

—No te preocupes. Ninguna de las chicas con las que he salido ha tenido queja de mí. —Cristián echó una mirada retadora a Sonia.

—¿Y han sido muchas? —se arriesgó a preguntar mi hermana, enarcando una ceja.

—Algunas, pero con ninguna he formalizado, solo con Sara. Estoy enamorado, ¡qué le voy a hacer! —De improviso, Cristian se giró y me plantó un beso en los labios.

—¡Perfecto! —soltó Alejandro, rabioso, obligando a Cristian a interrumpir el beso—. Ahora que sabemos cuánto la quieres, recuerda que Sara aún es menor de edad y que hay ciertas normas que debes respetar.

Un montón de ojos sorprendidos se volvieron hacia Alejandro, que estaba de evidente mal humor.

—No te preocupes, Daniel es un chico muy cabal. Mi nieta está en buenas manos. —La abuela intentó quitar hierro al asunto—. Ya es muy tarde, parejita. Será mejor que os marchéis o la noche se os echará encima —dijo empujándonos hacia la puerta—. Cuídala mucho, hijo.

—Eso por descontado, señora. —Cristian se despidió con una sonrisa. Luego me tomó de la mano camino al coche—. No sé qué juego te traes con tu cuñadito, pero no me hace ni pizca de gracia.

El recorrido hasta el pueblo lo hicimos en silencio, ni música, ni radio, solo los ruidos de la carretera. Cristian paró el coche frente al primer restaurante decente que encontramos en la avenida principal, un italiano que olía a gloria. Sentados en una mesa apartada, sin nada de que hablar, nos centramos en comer nuestros ñoquis con roquefort. La velada prometía hacerse eterna.

—Aunque lo dudes, las mujeres suelen encontrarme divertido —comentó Cristian, achispado por el vino—. Supongo que hoy no soy una buena compañía. Ver a tu hermana con el principito me ha agriado el carácter.

Le comprendía a la perfección. A fin de cuentas, ambos estábamos sufriendo el mismo mal: amor no correspondido. Ese fue un buen tema como punto de partida. Cristian continuó hablando el resto de la noche de su relación con mi hermana. Tenía una teoría, muy acertada en mi opinión, que versaba acerca de la manipulación que estaba ejerciendo la abuela sobre Sonia.

—Sé que tu hermana me quiere. Fíjate lo celosa que se ha puesto cuando nos ha visto juntos. —Cristian sonrió, encantado—. Pero ahora es diferente, tu abuela le está lavando el cerebro, la está manipulando. Ha cambiado tanto desde que tu padre murió, ya no se parece en nada a la chica que conocí en Madrid. Se está convirtiendo en una persona tozuda y difícil de manejar. Sé que no le ha hecho gracia que me hayas presentado a tu madre, jamás ha permitido que me acercara a vosotras. Supongo que se avergüenza de mí. Sin embargo tendrá que aguantarse, voy a acampar a mis anchas por vuestra casa, y la fastidiaré tanto como sea posible.

A las diez en punto, Cristian me dejó en la puerta de la mansión, bajo las atentas miradas de las sirvientas, que estaban asomadas a la ventana, espiando nuestra despedida. Al verlas, Cristian me apretó contra él diciendo:

—No podemos defraudarlas, ¿verdad? —Juntó sus labios a los míos, besándome con desinterés—. Creo que con esto será suficiente. —Era obvio que yo no despertaba ninguna pasión en él. Con expresión indiferente, se apartó de mí—. Mañana iremos al cine. Vendré a buscarte sobre las cinco.

Cuando entré en la casa por la puerta de servicio, todas las mujeres me esperaban con una sonrisa bobalicona en la cara. Fue un gesto al que me acostumbré enseguida. Después de dos semanas saliendo con *Daniel*, las empleadas siempre me recibían con ese ademán soñador.

Cristian se comportaba como un perfecto hermano mayor conmigo. El eje principal de sus

conversaciones, durante nuestras aburridas citas, siempre giraba entorno de Sonia. Nunca se cansaba de alabarla, cuando no la maldecía por estar con Alejandro, claro. La verdad era que estaba comenzando a sentir cierta compasión por el pobre chico, que a las claras estaba colado hasta las trancas por mi hermana.

Alejandro, por su parte, me evitaba durante el día y cuando nos cruzábamos por casualidad en el saloncito común, ni siquiera me miraba. Me ignoraba a propósito, ofendido por algo que yo no llegaba a comprender.

Una calurosa noche de mediados de agosto, bajé por el abrupto camino que conducía hasta el lago en busca de paz. Era una costumbre arraigada en mi persona desde el año anterior, una urgencia nacida del inconsciente, que yo misma censuraba, pero que era incapaz de controlar. Necesitaba nadar sola, desnuda.

Cuando me introduje en el agua tibia, el ambiente olía a humedad. Las sombras me envolvían con un halo de irrealidad, apoderándose de mis pasiones más ocultas, de mis deseos más prohibidos. Me sentía embrujada por el blanquecino resplandor de la luna sobre el agua, por las fantasías eróticas enterradas en aquel fondo arenoso, conocedor de tantos secretos ya pasados.

Yo flotaba, con los brazos y las piernas extendidas, dejándome mecer. Miraba el cielo, donde las nubes grisáceas jugueteaban con la luna vistiéndola de oscuridad. Imaginaba a Alejandro, tan alto y robusto, adentrándose en el agua, desnudo, con el deseo dibujado en su expresión. Notaba su cuerpo ciñéndose al mío, mientras su lengua húmeda subía por mi cuello hasta alcanzar los labios. Un calor líquido se instaló en mis entrañas y el rubor subió a mis mejillas. Por más que lo intentaba, no podía olvidarme de Alejandro, de aquel primer beso en su dormitorio, tantos años atrás. Me sentía culpable, una mala persona por permitir que mi mente divagara por esos derroteros. Alejandro era el novio de mi hermana, mi cuñado, y no estaba bien fantasear de aquella forma con él.

Un rayo iluminó el cielo nocturno, haciendo visible una figura que se aproximaba a la orilla. Cuando la luz del relámpago se disipó por completo, solo pude escuchar los pasos en la lejanía, delatados por el crujido de las ramas al romperse.

Me incorporé en el agua y nadé hasta la otra punta para recoger mi ropa, doblada sobre una roca. Otro relámpago encendió la oscuridad, delatando a la silueta masculina que caminaba entre las sombras hacia mí. Sin tiempo de vestirme, avancé a ciegas, intentando esconder mi desnudez con las prendas que sostenía entre las manos.

—Oye, ¿qué haces aquí? —La voz de Alejandro rompió el silencio del lago—. ¡Espera! No te marches. No voy a hacerte daño.

Corrí por entre los árboles y la vegetación, saltando matas y matorros a ciegas, guiada por el instinto de la presa que es perseguida por el cazador.

—¡No huyas! —gritaba Alejandro, corriendo tras de mí—. ¡Solo quiero hablar contigo! ¡Has allanado una propiedad privada!

Acorralada, como un conejillo sin madriguera, me detuve para mirar hacia todos lados, no tenía escapatoria. Entonces, mis ojos repararon en el único árbol que tenía un nudo grueso en el tronco. Era el resto de una antigua rama, un escalón perfecto para ascender por él. Con manos temblorosas, sujetando la ropa con la boca, trepé hasta la copa del enorme sauce. Dejé de respirar cuando Alejandro se detuvo justo bajo mis pies.

—¡Maldita sea! ¿Dónde diablos se ha metido? —Tragué saliva, esforzándome por no hacer

ruido.

En mi interior, una vocecita no paraba de decirme que no estaría metida en tremendo lío si me hubiera comportado de una manera más prudente. Si Alejandro me pillaba desnuda, escondida en la copa de un árbol, la opinión que tenía de mí no iba a mejorar mucho.

Varias gotas de agua se escurrieron por mi pelo y cayeron sobre el antebrazo descubierto de Alejandro.

—¿Pero qué...? —preguntó, tocándose la piel mojada.

¡Oh! ¡Dios mío! Me iba a descubrir. Si Alejandro alzaba la vista, me iba a descubrir. No podía hacer nada. Mis temores no se cumplieron. Justo cuando los ojos masculinos se elevaban, el cielo soltó amarras y comenzó a caer una tromba de agua, llamando su atención. Me había salvado un milagro convertido en miles de gotitas de lluvia, que se unieron a las que resbalaban por mi pelo y por mi espalda, empapando al muchacho que permanecía a mis pies.

—¡Genial! Y ahora se pone a diluviar. —Malhumorado, tomó asiento sobre una inmensa raíz que sobresalía del suelo—. Esa chica se ha esfumado en medio de la nada. ¡Qué suerte la mía! —Se recostó contra el tronco, en tanto yo me encogía en mi rama, temiendo que viera mis pies.

Cuando diez minutos más tarde escampó un poco, Alejandro se marchó rumbo a la mansión. Por fin, bajé del árbol y respiré aliviada. Me estaba vistiendo a toda prisa cuando la luna apareció por unos instantes, antes de volver a esconderse tras las nubes. Aquel pequeño lapso de tiempo me permitió ver una inscripción grabada en el nudo del sauce, el mismo que yo había utilizado como escalón para llegar a las ramas.

Acaricié con los dedos la vieja inscripción tallada en la madera. Un corazón y dos letras entrelazadas: una K y una A. Aquel era el sauce que Karen y Abel habían utilizado de niños para reunirse.

Cuatro días después, mientras yo terminaba de arreglarme en el cuarto de baño para salir con Cristian, Sonia entró en mi habitación sin llamar y tomó asiento en la cama, con una sonrisa felina en el rostro.

—No hace falta que te esfuerces mucho, hermanita —sugirió mordaz—. Este teatro está a punto de acabar. Supongo que Cristian terminará contigo hoy. Me pregunto qué excusa le dará a mamá. Quizás diga que no eres su tipo o, tal vez, que no le gustan las cosas muy usadas.

Enarqué una ceja con disgusto y miré a través del cristal a la extraña que estaba ante mí, tan segura de sí misma y que tan poco se parecía a la hermana cabezota que llegó conmigo a la mansión. La abuela se había encargado de engordar su ego hasta límites insospechados, convirtiéndola en una esnob, creída y estirada.

—Te voy a dar un consejo, hermanita. No te enamores de Cristian. Ya sé que es imposible, es tan guapo y sexy. —La observación me hizo reír de buena gana, pues mi hermana jamás hubiera imaginado cuánto me aburría su exnovio—. ¡Deja de reírte! Será mejor que no intentes nada con él o te va a ir muy mal. No pegáis ni con cola. Además, ¿qué hombre se va a fijar en ti después de haberme conocido a mí?

Me clavó la mirada, esperando mi reacción. La ignoré y continué atusándome el pelo frente al espejo del cuarto de baño. No entendía por qué estaba tan celosa, cuando aquella situación la había provocado ella misma. Si no hubiera jugado a dos bandas, ahora yo no tendría que estar cubriéndole las espaldas.

—Sé que me culpas de todo, pero quiero que entiendas una cosa, enana, amo a Alejandro, aunque no me creas. —Su mirada parecía sincera—. El problema es que necesito a Cristian. Ríete si te da la gana. Lo necesito y no he podido dejarlo por más que lo he intentado. Tiene algo adictivo, que me hace depender de él.

Contemplé a mi hermana por encima del hombro, con desdén. Era una egoísta, lo quería todo, y eso no era posible. Al pasar junto a ella para salir del dormitorio, me sujetó la mano.

—Espera, no te vayas. —Sonia bajó la cabeza y no pude ver su expresión—. Lo siento. No debería haberte hablado así. —Cuando levantó la vista descubrí que las lágrimas resbalaban por sus mejillas—. No sé qué me pasa, Sara. Creo que estoy celosa. —Se cubrió la cara con las manos—. ¡No debería estar aquí! No sé por qué he venido. Además, me estoy comportando contigo como una autentica bruja. Parezco bipolar. Digo lo primero que me viene a la cabeza, sin pensar las cosas, y luego me remuerde la conciencia. A veces no me reconozco a mí misma, solo cuando estoy con Cristian vuelvo a ser yo, Sonia, tu hermana, la hija de papá y mamá. A veces pienso que esta casa tiene algo oscuro que saca lo peor que hay en mí.

Los sollozos de mi hermana me ablandaron el corazón. Hacía mucho tiempo que no la abrazaba, por eso ambas nos sorprendimos cuando la rodeé con mis brazos para consolarla. Sonia se agarró a mí con fuerza y ahogó un gemido de desesperación contra mi cuello. Se había acostumbrado tanto a representar el papel que la abuela había diseñado para ella que estaba confundida, ya no sabía ni quién era.

—Lo siento. Lo siento —se disculpaba—. Soy una mala persona, no me hagas caso. Será mejor que me vaya. No debería haber venido.

Se levantó de forma precipitada y salió de mi habitación dejándome con un inmenso vacío en el estómago. La situación cada vez era más inverosímil. Ahí estaba yo, envidiando a mi hermana por salir con Alejandro, y ella, celosa de mí por estar con Cristian. ¿Qué más podía pasar?

Un rato después, salí de mi dormitorio y me encontré de frente con el sujeto que ocupaba mis pensamientos. Alejandro, sentado en un sillón del saloncito, me observaba con frialdad.

—Mira a quién tenemos aquí —comentó burlón—. Oh, mi dulce Sara, déjame decirte que estás espectacular. Incluso te has maquillado un poco. Seguro que intentas impresionar a tu nuevo novio.

Alejandro se levantó del sillón y dio una vuelta a mi alrededor como si estuviera observando a un mono de feria. Me hizo sentir ridícula por llevar aquella ropa tan fea que me compraba la abuela.

—Pero ya no engañas a nadie vistiendo como una mojjigata. —Tomó un mechón de pelo de mi coleta y torció el gesto—. ¿O acaso a tu novio le pone cachondo que te vistas de esta manera? ¿Le da morbo?

Aunque intentaba controlar mis emociones, una lágrima rodó por mi mejilla, llevaba mucho dolor reprimido encima. Alejandro colocó dos dedos en mi barbilla y me obligó a mirarle.

—Perdona, no quería decir eso. —Me acarició el labio inferior con el pulgar. Cada vez estaba más cerca. Sus ojos se habían vuelto oscuros y me contemplaban como hipnotizados, mientras su tono de voz se volvía más suave, más bajo—. Tú no tienes la culpa, claro. Lo que hagas con tu vida no debería importarme lo más mínimo. Sin embargo, no puedo evitarlo.

Alejandro apoyó su frente contra la mía, rodeándome la cintura con las manos. Como en una de mis fantasías, sentí el calor de su cuerpo traspasar la fina tela de mi ropa.

—De todas las chicas que conozco, ¿por qué solo me preocupo por ti? —Su boca cada vez estaba más cerca de la mía—. ¿Qué tienes tú de especial?

Justo cuando nuestros labios se iban a tocar, la abuela abrió las pesadas puertas que encerraban el saloncito. Al escuchar el chirrido de las viejas bisagras, Alejandro y yo nos separamos como impulsados por un resorte, todavía temblando.

—Daniel te espera en la cocina, niña —carraspeó la vieja, muy incómoda al percibir en el aire una tensión extraña—. Será mejor que bajas, si no quieres llegar tarde.

Sin atreverme a levantar la vista del suelo, abandoné la sala con prisa. Ya iba por la mitad del pasillo cuando recordé que había olvidado el bolso y el monedero en mi habitación. Volví sobre mis pasos.

—¿Se puede saber en qué estabas pensando, muchacho? —Escuché decir a la abuela sin llegar a entrar en el saloncito—. Por el amor de Dios, estabas a punto de...

—No-no es lo que parece. Ella y yo sólo estábamos...

—A punto de besuquearos. Supongo que todo es culpa de esa niña malcriada, se te ha ofrecido, ¿verdad? —Alejandro se tensó al oír la afirmación—. Lo dije mil veces, pero nadie me hizo caso. Le han dado demasiadas libertades y ahora no conoce el significado de la palabra vergüenza.

Me llevé una mano a la garganta, deseando poder gritar. Las cuerdas vocales permanecieron rígidas, sin emitir ningún sonido. A qué estaba jugando la abuela. Ella, mejor que nadie, sabía que yo era inocente. En su afán de proteger a mi hermana era capaz de sacrificarme, sin que le importara lo más mínimo el daño que pudiera hacerme.

Estaba cansada de ser tan pasiva, de permitir que el mundo entero hiciera conmigo perrerías, como si yo fuera un felpudo sin sentimientos, donde cualquiera podía limpiarse de su inmundicia. El rencor se plantó en mi alma como una pequeña semilla, esperando ser alimentada con odio y resentimiento.

Me dirigí a la cocina a grandes zancadas, pasando del bolso y del monedero. Estaba muy enfadada. Al entrar me encontré a Cristian sentado a la mesa, charlando con mamá y Adela. Al verme aparecer, el muchacho se puso en pie con una gran sonrisa.

—Sara, estás preciosa. —Se acercó y me dio un beso discreto en los labios—. ¿Ya estás lista? —Afirmé con la cabeza—. Estupendo. Entonces, el cine nos espera.

—Daniel —dijo mamá antes de marcharnos.

—¿Sí?

—Hoy puedes traer a Sara un poquito más tarde. ¿Qué te parece las once?

¡O no! Encima, iba a tener que soportar la monotemática conversación de Cristian sobre mi hermana una hora más. ¡Menudo infierno! ¡Ese no era mi día! Miré a Cristian con intención, esperando que declinara la oferta.

—Me parece magnífico. —Cristian me pasó un brazo por los hombros—. Tu madre es encantadora, ¿no te parece, preciosa? —Mamá se ruborizó en el acto.

Estaba claro que aquel chico era un encantador de serpientes, con pocas palabras sabía embaucar a quien deseaba. Adela, por su parte, no se dejaba engañar como mamá y lo miraba con recelo.

Armándome de valor, me dispuse a soportar seis horas en compañía del exnovio de mi hermana; rezaba para que la película que íbamos a ver durara casi tanto como *Lo que el viento se*

llevó, así no tendría que prestar atención a su soporífera cháchara.

A las nueve y media, por fin, Cristian aparcó frente a la mansión. Nuestra cita estaba a punto de acabar. Me dolía la cabeza, las plantas de los pies y tenía tanta hambre que mis tripas sonaban como la filarmónica en medio de una noche callada. Cristian me miró de reojo y sonrió de oreja a oreja.

—Seguro que ahora te arrepientes por no haber aceptado mi invitación. —Avergonzada, bajé la vista. Por más que él había insistido en cenar por ahí, me había negado en redondo. Deseaba llegar temprano a casa para terminar con aquel falso noviazgo de una vez.

Cristian me envolvió entre sus brazos. Por el rabillo del ojo atisé el movimiento de las cortinas en la cocina. Alguien nos estaba espiando.

—Relájate —me susurró junto al oído—. Esta noche has estado más dispersa de lo normal, ¿te pasa algo?

Coloqué las manos sobre el amplio pecho masculino y empujé, tratando de poner distancia. Se suponía que esa debía ser nuestra última cita. ¿Por qué se comportaba así? ¿Por qué no terminaba conmigo como había acordado con la abuela? ¿A qué estaba esperando?

—No me mires de esa manera. Sé muy bien lo que está rondando por tu cabecita, pero no voy a romper contigo por ahora. Esta situación es demasiado beneficiosa para mí. Fíjate allí. —Apuntó con la barbilla de manera disimulada hacia la ventana de la cocina. Una sombra se perfilaba a través del fino visillo—. Te apuesto lo que quieras a que tu hermana se está comiendo las uñas de rabia.

Cristian aprovechó mi distracción para besarme con ardor, obligándome a abrir la boca para introducir su lengua. Un escalofrío me recorrió de pies a cabeza y traté de resistirme.

—¡Suéltala! —Alejandro bajó los peldaños de la escalera de servicio de dos en dos—. ¡Quítale las manos de encima!

—Al parecer me he equivocado —murmuró Cristian, con una sonrisa maliciosa en los labios—. No era Sonia la que se mordía las uñas, sino tu amigo el troglodita. Qué interesante.

—¿Te estaba forzando? —me preguntó Alejandro, liberándome del abrazo de Cristian de un tirón.

—Es mi novia, como la voy a...

—¡Cállate, imbécil! No estoy hablando contigo. —El aliento de Alejandro olía a alcohol.

—Tranquilo, amigo. —Cristian levantó las manos como símbolo de paz—. Has bebido demasiado y has malinterpretado la situación. Solo quiero despedirme de Sara.

Alejandro se interpuso en el camino de Cristian, ocultándome tras su espalda. El ambiente se cargó de inmediato con una opresión densa, vibrante, que auguraba pelea.

—Apártate y déjame despedirme de *mi novia* —ordenó entre dientes Cristian, ya sin la actitud fría y pacífica de antes.

—Creo que por hoy ya os habéis despedido suficiente. Será mejor que te marches.

—No digas gilipolleces. Su madre nos ha dado permiso. Esta casa es...

—Es mía y te ordeno que te largues. —Alejandro se cruzó de brazos en una pose que me recordaba a los seguratas de las discotecas.

—Eres muy posesivo con tu... casa —comentó Cristian con cinismo, torciendo el gesto en una sonrisa burlona—. No somos tan diferentes como pensaba, yo también defiendo lo que es mío, y mientras la persona que me gusta viva contigo vas a tener que soportarme, así que acostúmbrate a

la idea de verme por aquí muy a menudo. —Las pupilas de Cristian ardían de furia.

Alejandro se irguió cuan alto era, sobrepasando a su rival. Ignoraba que aquella persona que Cristian reclamaba como suya no era yo, si no mi hermana. Mi presunto novio también se alzó cuanto le permitía su metro ochenta y tres, levantó la cabeza y miró a su adversario de manera retadora.

—Dejémoslo. No vales la pena, amigo. —Cristian se pasó una mano por el pelo y con un gesto socarrón me guiñó un ojo. Acto seguido se dio la vuelta, montó en su coche y bajó la ventanilla—. Nos vemos otro día, preciosa.

La gravilla salió disparada hacia todos lados cuando las ruedas del vehículo comenzaron a girar como locas. El olor a goma quemada perduró en el ambiente incluso después de que las luces del coche se desvanecieron en la distancia.

—¿Qué puedes ver en ese tío? —Alejandro me arrastró por un brazo al interior de la casa—. Es un capullo. La próxima vez que le vea ponerte una mano encima le voy a... —continuó farfullando mientras atravesábamos estrechos pasillos y amplios corredores. Advertí que cojeaba un poco y me preocupó que pudiera caerse y hacerse daño debido a su embriaguez. Cuando nos detuvimos frente a mi dormitorio, respiré aliviada.

Alejandro apartó la mano de mi brazo y guardó silencio. La incomodidad bailaba a nuestro alrededor al compás del reloj del saloncito. Ambos permanecimos muy quietos durante varios segundos, sin mirarnos.

—Disculpa. —Alejandro se masajeó el puente de la nariz con los ojos cerrados—. Te estaba esperando en la cocina para disculparme por mi arranque de esta tarde y lo he empeorado todo. —Carraspeó—. No pretendía espiaros. He escuchado el coche llegar y luego... Quizás lo he malinterpretado y he exagerado un poco, pero es que no quiero que te hagan daño. Eres como mi hermana pequeña y... Bueno, mi deber es protegerte.

Alejandro dio un pequeño puntapié a un objeto inexistente en el suelo y se metió las manos en los bolsillos del pantalón tejano.

—No quiero meterme donde no me llaman, pero ese Daniel no es de fiar. Oculta algo. Además es demasiado mayor para ti. En cualquier caso, soy tu amigo y hoy no me he comportado como tal. Lo siento. Me parece que te debía esta disculpa.

Sonreí con lágrimas en los ojos y negué con la cabeza. Me sentía feliz al saber que Alejandro aún se consideraba mi amigo, y triste por ser sólo como una hermana pequeña. Aunque me daba igual, con estar cerca suyo me bastaba. Él era mi luz, mi mundo, mi amor. No importaba si me correspondía, si me veía como una hermana o como una amiga. Lo necesitaba tanto como al oxígeno, bebía de su presencia y necesitaba sus sonrisas para sobrevivir.

Pasé mala noche por culpa del enfrentamiento entre Cristian y Alejandro. Tanta testosterona me había quitado el sueño. A las tres de la madrugada, cansada de dar vueltas en la cama, tomé los diarios de Karen dispuesta a releer mis trozos favoritos. Era extraño saber que aquellas personas, que alguna vez formaron parte de la historia de la mansión, habían respirado el mismo aire que yo y compartido el mismo techo. Era pura magia. Un milagro en forma de diario personal, que convertía el pasado en presente, que daba voz a los muertos y construía un universo paralelo a través del cual yo podía conocer aquella otra realidad, olerla, saborearla y entenderla hasta cierto punto.

La mañana me encontró sumergida en el pasado. Bostecé y me estiré para desentumecer los

huesos. Eran las siete en punto, tenía una hora para echar una cabezadita antes de que mamá viniera a buscarme para desayunar. Me disponía a cerrar el tercer diario cuando mis ojos se posaron en la piel despegada de la tapa de cartón, donde Karen había escrito el acertijo que me había permitido encontrar el cuarto manuscrito. La fina piel, casi transparente, se estaba deshaciendo a pedazos debido a mi torpeza a la hora de despegarla. En un intento de acallar mi mala conciencia, decidí utilizar un poco de celo para que no terminara de romperse. Cuando uní las distintas partes, releí el texto. Algunas letras se habían desintegrado, pero en conjunto se entendía bien. Una frase peculiar llamó entonces mi atención:

“La tercera es ahora la cuarta y la cuarta viene acompañada por la quinta, oculta tras dos hermosos capiteles, que miran al firmamento para no tener que ver sus propios pies de frío y duro alabastro”.

¡Cómo no había caído en la cuenta antes! ¡Era evidente que Karen se refería al quinto diario! Lo único que no llegaba a comprender era dónde lo había escondido. Anticipándome al acertijo, ya había revisado el hogar de las tres chimeneas restantes, sin encontrar nada, ningún hueco o escondrijo.

Tocada por la musa de la inspiración, me levanté de la cama de un brinco y salí al saloncito sin hacer ruido. Tras pegar la oreja en la puerta de Alejandro, comprobé que aún estaba dentro. Suspiré llena de impaciencia y me fui a desayunar. La mañana transcurrió muy lenta. Tenía una idea rondándome por la cabeza, pero no pude comprobarla hasta pasadas la seis de la tarde, cuando mi hermana y Alejandro se marcharon a Barcelona, donde habían quedado con un grupo de amigos.

Por fin, después de merendar, utilicé la trampilla del ropero de mi dormitorio para colarme en la biblioteca. Tras recorrer varias cortinas, examiné de nuevo las tres chimeneas que faltaban, por si había pasado algún detalle por alto en mis exploraciones anteriores. En apariencia eran idénticas, excepto, porque una tenía dos pequeñas columnas de mármol blanco que franqueaban la entrada. Eso era lo único que la diferenciaba del resto.

Me puse en cuclillas para mirar más de cerca los dos pilares mencionados en el acertijo. El zócalo sobre el que se asentaba la columna derecha se veía torcido y un poco más hundido que el situado en la parte izquierda. Era un simple detalle que pasaba desapercibido si no se buscaba a conciencia.

Coloqué los dedos en el filo tallado del mármol y tiré con empeño. En el proceso perdí tres uñas y gané una herida en la mano producida por un raspón. La frente se me perló de sudor cuando clavé los dedos en el cemento y estiré cerrando los ojos por el esfuerzo. Deseaba que se moviera, sabía que se movería.

La pesada base cuadrada cedió ante mi presión varios centímetros, revelando en su interior una nueva caja de metal. Ansiosa, apliqué más presión para conseguir el espacio necesario que me permitiría extraer el cofre. En cuanto lo tuve en mis manos, me sacudí el polvo de los dedos y abrí la tapa, descubriendo el quinto diario. En esta ocasión el libro era de cuero verde, con los cantos dorados. Estaba en mejor estado que los cuatro anteriores. Después de colocar todo tal como lo había encontrado, corrí a mi habitación para leerlo.

Miércoles, 24 de septiembre de 1913

Querido diario:

Tito, mi pequeño rayo de esperanza, ya ha cumplido ocho meses. Mis pesados días de encierro no son tan tediosos gracias a él. Me deleitan sus risas, sus gorgoteos, esos ojitos que tanto me recuerdan a su padre. Madre también disfruta de mi pequeño. Aunque intenta disimularlo, la he visto cogerlo para hacerle monerías cuando cree que no la veo. Sé que se siente miserable y culpable por cómo vivimos: desterradas en nuestra propia casa, dos parias sin derechos, sometidas a los caprichos de Claudia y de mi marido.

Desde que la familia de la Cruz se instaló en la mansión, ya hemos cambiado tres veces a las muchachas del servicio. La única que soporta con estoicismo los caprichos de Claudia es Soraya. Algunas veces hasta me da pena la pobre diabla. Supongo que no quiere renunciar a los derechos que heredó de padre, pues si se marcha, dado que mi familia está en la ruina y nos mantenemos con la caridad de mi esposo, perdería la paga vitalicia del fideicomiso. Ahora le toca morderse la lengua y aguantar como al resto de nosotros.

El Conde, por su parte, se mantiene ocupado con su ristra de amantes. No sé de dónde saca tanto vigor, pero doy gracias al cielo por el interés que ese viejo chocho muestra por esas pobres meretrices. Sólo tengo que saciar sus deseos carnales algunas noches durante el mes. Sé que he perdido valor para él desde que el doctor dictaminó que posiblemente no volvería a quedar encinta, aunque me da igual. Otras mujeres hubieran llorado a mares, en cambio yo, sonreí con los ojos llenos de esperanza y le di las gracias al buen doctor, que me sonrió con desconcierto. Nunca pensé que pudiera alegrarme tanto una noticia tan triste.

Karen.

Mis dedos pasaron las hojas con rapidez, deseosos por saber más sobre la vida de Karen. Enseguida descubrí que las entradas del diario no eran regulares. Karen escribía de modo intermitente, en ocasiones unos cuantos días seguidos, pero en general dejaba pasar grandes periodos de tiempo. Únicamente, explicaba sucesos puntuales. Por lo que adiviné entre líneas, sus días eran muy monótonos. Se pasaba las semanas encerrada en el dormitorio, cuidando de su hijo, que al parecer no tenía muy buena salud. En aquel escaso año de vida, el niño ya se había resfriado dos veces y otra vez había cogido una infección intestinal. El Conde, que no estaba dispuesto a gastar dinero en el bastardo de un pordiosero, esperaba hasta el último momento para avisar al doctor. Además, se divertía viendo sufrir a su suegra y a su esposa. Por otro lado, Claudia disfrutaba instigando a su padre para que retrasara, cuanto más mejor, la llegada del médico, en un intento de atormentar a Karen con la hipotética muerte prematura de su hijo.

Karen se arrepentía por no haber escapado. Si no hubiera sido tan cobarde y se hubiera negado a las exigencias de su madre, sería libre y ahora estaría en Argentina junto a Abel, con su hijo. Qué hubiesen importado unos cuantos chismes frente a una vida repleta de dicha. Esos pensamientos no dejaban de atormentarla.

El ambiente hostil se fue nutriendo con el paso del tiempo y posicionó a los habitantes de la mansión en dos bandos bien definidos. Karen y su madre estaban a un lado, el Conde y Claudia al otro. Soraya se mantuvo durante unos meses en campo neutral, pero terminó decantándose por el bando que más le convenía. A Karen no le pasó desapercibido el descarado coqueteo que Soraya mantenía con su esposo, quien no dejaba de comérsela con los ojos. Al viejo le encantaban las pelirrojas y Soraya, al igual que Karen, lo era.

En las pocas ocasiones que la familia se sentaba a la mesa para cenar, el escuálido viejo no podía apartar su indecente mirada de Soraya, que iba y venía moviendo las caderas con las bandejas de comida. Lo más curioso, era que la sirvienta se mostraba halagada. Seguro que ya contaba con los dedos los futuros beneficios que podía sacar de aquella situación.

Una tarde en el jardín, poco antes de ponerse el sol, Karen fue testigo de un encuentro furtivo entre su marido y Soraya. Las manos afiladas del viejo subieron los amplios faldones del uniforme de la sirvienta y de una embestida la poseyó allí mismo, apoyados contra una de las columnas del patio. Aunque fue un acto brutal, Soraya pareció disfrutar en todo momento, entregándose a la pasión.

Lunes, 2 de marzo de 1914

Querido diario:

Era obvio que tarde o temprano iba a suceder. Durante el desayuno, Soraya se ha presentado ante toda la familia sin ocultar su barriga y nos ha anunciado a media voz que estaba de encargo. Para nadie ha sido una sorpresa.

...

El Conde sonrió con benevolencia a Soraya, contemplando con orgullo la curva que se adivinaba bajo el uniforme. Claudia siguió la mirada de su padre con el ceño fruncido, mientras Karen se esforzaba por ingerir el pedazo de pan tostado que acababa de llevarse a la boca. Ayudándose con un buche de agua, la muchacha consiguió pasar el mal trago.

—Y se puede saber ¿quién es el padre? —preguntó Claudia, haciéndose la loca— ¿Se va a responsabilizar de tu hijo?

Soraya boqueó, sin saber qué decir, y bajó la cabeza avergonzada. La postura de la sirvienta reflejaba su vergüenza y sumisión.

—Eso no tiene importancia ahora. —Alejandro de la Cruz se limpió la comisura de los labios—. Puesto que la muchacha está encinta, y dado que somos una familia cristiana...

—No irás a defenderla —interrumpió Claudia, echando humo por las orejas—. Tenemos que poner a esta inmoral de patitas en la calle.

—Solo es una pobre alma descarriada, hija. No sería de recibo ni de buen cristiano hacerla a un lado y echarla a la calle. Seguro que ha aprendido la lección y se arrepiente de sus pecados.

—Pero, padre, es una sinvergüenza. Imagínate lo que dirá el cura del pueblo durante la misa. ¿Y los feligreses? ¿Acaso podemos tolerar este comportamiento bajo nuestro techo?

Soraya, siempre tan altiva, permaneció con la cabeza gacha, mordisqueándose con nerviosismo el labio inferior. Estaba muy pálida, quizás algo mareada debido al embarazo.

—Deja tranquila a esta jovencita —respondió el viejo, con cara inocente—. Ya es suficiente castigo que un lugareño la haya engañado y dejado preñada. Dios es el único que puede juzgarla.

—En eso tienes razón, papá —soltó Claudia, riendo de buena gana—. Sólo Dios puede condenar a esta cochina, que no ha visto más allá de las puertas de su pocilga.

Soraya miró al Conde en busca de apoyo, muy mortificada por las palabras de Claudia. Luego, al darse cuenta de que el viejo la ignoraba, buscó de manera inconsciente la mirada de Karen.

Al ver a la pobre sirvienta ahí, tan avergonzada y humillada, siendo el bufón de Claudia, rechazada incluso por su amante, Karen sintió un poco de pena por Soraya.

—Es mejor que no la avasallemos. Para ella también va a ser difícil estar sola y tener que

ocuparse de un hijo —intervino Karen sin pensar, arrepintiéndose de inmediato.

—Deduzco que hablas por propia experiencia, querida —afirmó el viejo Conde, con un tono envenenado por el resentimiento.

La tensión se convirtió en un silencio denso, incómodo. Karen dejó los cubiertos a un lado del plato y se puso en pie. Cuando llegó a su dormitorio, triste y derrotada, tomó pluma y papel de encima de su secreter para escribir una carta dirigida a Abel, como hacía cada semana desde que su hijo Ernestito había nacido. Al terminar, la guardó en el baúl que había bajo su cama, consciente de que jamás entregaría aquellas cartas sabedoras de tantas verdades.

...

Si Abel descubre algún día la verdad, que es el padre de mi pequeño, nunca me perdonará. Es normal, yo tampoco puedo perdonarme por ser tan cobarde. Mi penitencia no vendrá tras la muerte, sino que tendré que pagarla en vida, sufriendo el calvario que yo misma me he impuesto.

Al menos, me queda el consuelo de mi Ernestito, mi Tito. Cuando le miro todos los problemas desaparecen. Tiene algunos gestos de padre, la manera en que arruga el ceño y se enfurruña cuando quiere algo, pero cuando sonríe es idéntico a él, es igual que Abel.

Karen.

Soraya no llevaba muy bien el embarazo, se pasaba el día con vómitos y fuertes dolores en el bajo vientre. Al cumplir los tres meses de gestación, el doctor le prohibió realizar cualquier tarea y recomendó que la paciente restara en cama hasta el parto, pues había un riesgo alto de aborto prematuro.

El Conde perdió el interés por Soraya casi de inmediato. Daba por sentado que su vástago no llegaría a ver la luz del sol; siempre ocurría igual, era una maldición que le había perseguido durante toda la vida.

Karen se alegraba por la desgracia de su marido; se lo tenía bien merecido. La sangre le hervía en las venas cuando recordaba que aquel maldito bastardo, en un intento de castigarla por su infidelidad, había pretendido bautizar a su pequeño con el nombre de Judas. Gracias al cielo y al cura del pueblo, que se había negado en redondo a tamaño despropósito, el viejo no se había salido con la suya.

Todo el odio ciego que Karen sentía por su marido se convertía en cargos de conciencia al ver el sufrimiento de Soraya, que se iba consumiendo poco a poco, como una vela olvidada en un rincón. Y fue precisamente esa mala conciencia quien obligó a la joven a trasladar a la sirvienta a la pequeña habitación de servicio que había junto a la suya, para tenerla bajo supervisión constante.

Una noche tormentosa los gritos de Soraya despertaron a Karen, que se levantó de un salto de la cama y acudió en su ayuda descalza.

—¿Qué ocurre?

—Me duele. —Soraya se llevó las manos al estómago inflado y respiró como un animal herido, con los ojos inyectados en sangre—. ¡Me duele mucho!

—No te preocupes, aún faltan dos meses para... —La voz de Karen se quebró al apartar las sábanas y descubrir una gran mancha roja que se extendía por el colchón.

—¡Creo que ya viene! —gritó Soraya, sometida por una nueva oleada de contracciones.

—Espera, voy a pedir que vayan a buscar al doctor.

—No hay tiempo. Este es mi suplicio por ser una mala persona —deliraba Soraya—. Me lo tengo merecido. Ahora he de pagar por mis errores.

—No digas sandeces. Solo tienes que aguantar un poco hasta que venga el doctor.

Karen salió al pasillo y corrió hasta las habitaciones de los criados. Picó como una posesa a varias puertas, hasta que un mozo salió al pasillo con los ojos pegados por el sueño. Karen le ordenó con voz temblorosa que bajara al pueblo en busca del médico. Algunos sirvientes salieron de sus habitaciones, candileja en mano, asustados por tanto escándalo. Incluso el viejo Conde apareció frente a su esposa con cara de pocos amigos para exigir una explicación por tanto griterío.

—Soraya está de parto —aclaró Karen, con preocupación.

—Cálmate, mujer. —El semblante del Conde se llenó de disgusto—. Por qué montas tanto alboroto por una sirvienta.

—El niño viene antes de tiempo. Soraya está muy delicada y hay que ir a buscar al doctor —dijo Karen, llena de confusión.

—Mejor me vuelvo a la cama, pensaba que se estaba quemando la casa. —Alejandro de la Cruz se dio la vuelta y habló sin mirar a su mujer—. Por cierto, la factura del médico correrá a cuenta de Soraya. No vaya a ser que el resto de la servidumbre se acostumbre a la buena vida y más adelante nos exija atención médica gratuita. Ya sabes cómo es esta chusma, le das la mano y te toman el brazo.

Karen no podía dar crédito a lo que escuchaban sus oídos. Aquel era el ser más vil que había conocido en su vida. Era un demonio mezquino que se merecía la muerte.

—No te preocupes que del pago de los honorarios me ocupo yo.

—¿Con qué dinero, querida?

Alejandro de la Cruz rio con cinismo y avanzó por el pasillo, perdiéndose entre las sombras. Karen apretó los puños y le ordenó a las sirvientas que prepararan paños y agua caliente para atender a Soraya.

—¿Por qué eres tan buena conmigo? —preguntó Soraya tres horas más tarde, mientras Karen le limpiaba el sudor de la frente con un paño húmedo—. Desde que llegué a esta casa te he hecho la vida imposible y tú me recompensas preocupándote por mí.

—No te esfuerces en hablar. El doctor no tardará en llegar.

Soraya apretó los dientes y clavó las uñas en el colchón de lana, resistiéndose al dolor de una nueva contracción. Karen tomó otra toalla húmeda y limpió la sangre cuajada que resbalaba por entre las piernas de la parturienta.

—Tenemos que quitarte esa ropa mojada. Incorpórate un poco.

Soraya se esforzó por levantarse de la cama, mientras Karen y otra empleada la desvestían y le colocaban un camisón limpio y seco.

—Karen, necesito decirte que...

—Shhh...

—Si muero...

—Shhh... No digas tonterías —susurró Karen, tratando de calmar a la enferma.

—Déjame terminar. Te lo suplico —Soraya habló con un hilo de voz, que fue seguido por el grito de una contracción—. Quiero que me perdones.

—No hay nada que perdonar.

—Sí, sí que lo hay. No he sido una buena hermana. Me he portado mal contigo.

—¿De qué estás hablando? —Karen estaba anonadada.

—¿Por qué crees que don Ernesto me permitía hacer todo lo que me daba la gana sin regañarme? Pensabas que babeaba por mí, pues te equivocaste. Se sentía culpable —dijo riéndose sin fuerzas—. Soy tu hermana mayor, cabeza de chorlito. La bastarda del ilustre don Ernesto de Clara. Qué buena broma, ¿verdad? Soy criada de mi propia casa.

—No puede ser.

—Nací un año después de que tus padres se casaran, por eso la señora no puede ni verme. — Soraya apretó los dientes intentando controlar el dolor—. Te he odiado desde que te vi por primera vez jugando con tus muñecas en el jardín. Estabas tan despreocupada y yo sentía tanta rabia. Tenía que trabajar para ganarme el sustento en la casa de mi propio padre. Al fin y al cabo, yo era tan hija suya como tú.

—Padre jamás hubiera sido capaz de hacer algo así.

—Ya lo creo que fue capaz —murmuró Soraya entre jadeos—. Tu madre se negó a que me reconociera como hija natural. —La sirvienta cerró los ojos y, por un segundo, Karen creyó que había dejado de respirar.

—Soraya, Soraya, despierta. ¡Soraya!

—Tranquila, no voy a morirme sin decir lo que tengo que decir —murmuró Soraya, sin abrir los ojos—. Solo estaba reuniendo fuerzas. —Sonrió—. ¿Te puedes imaginar lo mal que me sentí cuando el *señor* adoptó a Abel como a su hijo legítimo, mientras a mí me trataba como a una escoria. Y encima lo convirtió en heredero. Otra bromita más. Aunque claro, mi madre solo fue una de tantas para él, mientras que la madre de Abel fue su gran amor no correspondido. Al menos eso dicen las malas lenguas del pueblo.

—Estás segura de lo que dices. Mira que si me estás mintiendo... —La duda se reflejaba en la voz temblorosa de Karen.

—Una moribunda jamás miente, chiquilla boba. Si no me crees, pregúntale a la señora. En sus ojos verás la verdad —aseguró Soraya, poco antes de otra contracción.

—Dios mío, entonces eres mi hermana.

—¡Bravo! Siempre fuiste muy perspicaz —bromeó la sirvienta, apretando los dientes para hacer fuerza—. Jamás te lo hubiera contado si no fuera por mi niño. Tengo dignidad y no me gusta rogar caridad para mí misma, pero ahora... Alejandro me prometió muchas cosas. Juró que me convertiría en ama de llaves, que a nuestro hijo jamás le faltaría nada. Mentiras. No me puedo fiar de él. Por eso te ruego —hablaba de manera entrecortada, atragantándose con su propia saliva— que cuides de mi hijo cuando yo no esté. No dejes que le suceda nada malo. Apártalo de Claudia. No me fío de ella en absoluto, es una víbora y quiere la herencia del viejo para ella sola. Es tan avariciosa que no dudaría en hacerle daño a mí... a tu sobrino.

—Pero yo... —Karen no sabía qué hacer. Su situación no era mucho mejor que la de cualquier sirvienta.

—Prométemelo, solo te pido eso. Apelo al lazo de sangre que nos une. Por favor, cuida de él o de ella.

—De acuerdo, te lo prometo.

Casi de inmediato Soraya se relajó, reclinándose contra las almohadas de la cama.

—Ahora puedo descansar en paz. Gracias, Karen.

Cuando abrí los ojos y me desperté, aún conservaba en las fosas nasales el penetrante hedor que formaban el sudor y la sangre corrompida al mezclarse. Era una fusión de olores tan pastosa e intensa que casi podía saborearla.

Estuve un largo rato estirada en la cama, con los ojos bien abiertos, sin parpadear, contemplando las sombras de la noche que se proyectaban en el techo del dormitorio. No me atrevía a mover un músculo. Temía girar la cabeza y encontrarme de frente con aquella otra realidad. Tal vez, de la misma manera que la peste había perdurado tras la pesadilla, Soraya o la mismísima Karen podían haber transgredido el mundo onírico para materializarse junto a mí.

En un arranque de valor, encendí la lamparita de noche y me incorporé mirando hacia todos lados. Suspiré con alivio y me reí de mi propia estupidez. La habitación estaba vacía. No había ni rastro de Soraya o de Karen. Lo único que perduraba de esta última era su diario, que descansaba sobre la mesita de noche, abierto por donde yo lo había dejado, poco después de que Soraya anunciara su embarazo. Tomé el libro dispuesta a cerrarlo, pero algo me detuvo. Aunque mi voz interior me decía que la pesadilla que acababa de tener era un producto de mi imaginación, otra mucho más lejana y desconocida me invitaba a proseguir con la lectura para confirmar mis sospechas.

Tragué saliva y clavé la vista en el párrafo donde me había quedado. Los hechos presagiados en mis sueños se fueron cumpliendo uno tras otro. Quizás había leído más de lo que pensaba antes de quedarme dormida y no lo recordaba. Sí, esa era la respuesta más razonable. No obstante, el valor me abandonó cuando Karen explicó cómo había transcurrido el parto de Soraya, cómo había venido su pequeña sobrina al mundo. Era igual a mi sueño, descrito con una exactitud escalofriante, tal como yo lo había visto en primera persona. Asustada por mi propia ignorancia, lancé el diario bien lejos de mí, como si quemara.

Orejas, que hasta el momento dormía plácidamente a los pies de la cama, se despertó de golpe al escuchar el estrépito que produjo el libro al chocar contra el suelo. Las dos esferas relampagueantes de su mirada se posaron en mi persona, sin reconocermme. Sus pupilas se estrecharon hasta convertirse en un par de diminutas rayas negras, perdidas en un inmenso mar dorado, que me miraban amenazantes. En un vano intento por calmar al animal, me acerqué despacito, susurrándole palabras tranquilizadoras. A cada paso que yo daba, Orejas se mostraba más alerta y retrocedía emitiendo espantosos gruñidos. Su lomo erizado temblaba y las zarpas afiladas arañaban el suelo, a la espera de atacar en cualquier momento.

TELARAÑA DE SUEÑOS

LOS gruñidos de Orejas aumentaron en intensidad hasta convertirse en un chillido insoportable. Estiré la mano para calmarla, pero la habitación entera comenzó a encogerse a nuestro alrededor. Sin aire en los pulmones, cerré los ojos sintiendo pánico. Al abrirlos, había retrocedido varios años atrás y volvía a estar tirada en el suelo del despacho junto al cadáver de papá. Otra vez me sentía sola, indefensa. Salí de aquel lugar que tanto me aterraba y corrí hacia cualquier parte, sin rumbo fijo, perdida por los senderos de mi mente. El instinto me gritaba que no me detuviera, debía seguir corriendo hasta el final del mundo. Me ardía el cuerpo, mis ojos veían borroso y respiraba con agitación.

Entonces, percibí la tibieza nocturna del aire de agosto y el agua fría que acariciaba mis pies. Me desnudé como un obediente títere en manos de un titiritero y me sumergí en el lago. A medida que avanzaba por el líquido frío, flotando bocarriba, el tiempo dejó de existir. Todo a mi alrededor se quedó quieto y en silencio. La paz abrazó mi espíritu y tiró de mí hacia abajo. Reclamada por el fondo, descendí sin oponer resistencia hasta el lugar donde se guardaba un oscuro secreto. No quería luchar, sólo deseaba abandonarme en la inconsciencia del saber.

Los ecos del pasado comenzaron a sonar en mis oídos. Voces lejanas que me llamaban y susurraban palabras que no llegaba a comprender. Imágenes borrosas se amontonaban en mis retinas a cada segundo de asfixia. La luz cálida de lo remoto era acogedora y estaba llena de respuestas. En ella me podía perder, porque en ella se guardaba aquel misterio que yo necesitaba resolver.

Unas manos fuertes me envolvieron por la cintura, alejándome de ese lugar donde me esperaban todas las respuestas.

—¡Ya estás a salvo! —La voz de Alejandro sonaba muy preocupada en medio de un chapoteo de agua. Entendí que me estaba arrastrando por las axilas hacia la orilla.

De repente, me levantó en volandas, apartándome del agua, para depositarme sobre la hierba.

—¡Maldita sea, abre los ojos! —Intenté hacerle caso, pero los párpados me pesaban mucho—. Respira. Me escuchas.

Alejandro me tapó la nariz con dos dedos, echó mi mentón hacia atrás y comenzó a hacerme la respiración boca a boca. Mis pulmones estaban cargados de un líquido que abrasaba como el fuego.

—¡Un, dos, tres...! ¡Insufla! —gritaba desesperado—. ¡Un, dos, tres...! ¡Insufla!

Un ataque de tos me hizo expulsar la gran cantidad de agua que había tragado. Aunque estaba aturdida, enseguida recordé a Orejas, luego la sensación de pánico y, por último, mi baño en el lago. Hacía muchos años que no tenía un ataque de ansiedad y ese había sido de los gordos. Incluso, había llegado a desconectar de la realidad por unos momentos.

—¿No sabes que es peligroso bañarse sola a estas horas? —Alejandro se esforzó por adivinar mis rasgos en medio de la oscuridad, aún no me había reconocido—. Si no llego a estar cerca esperándote... —guardó silencio. Había hablado más de la cuenta—. No quiero que pienses que soy un mirón o algo por el estilo, solo sentía curiosidad por saber quién eras.

Tomé una gran bocanada de aire para intentar controlar el latido de mi corazón. La noche cerrada también desdibujaba las facciones de Alejandro, únicamente podía reconocerlo por la voz. Al colocar una mano en el torso desnudo del muchacho, recordé mi propia desnudez y traté de zafarme de aquel gigante que seguía encorvado sobre mi cuerpo, con una mano a cada lado.

—No tan deprisa, señorita. —La voz de Alejandro sonó ronca y pastosa—. No te irás de aquí tan rápido, necesito que antes respondas a algunas preguntas. Disculpa que tenga que ser de esta manera, pero la última vez que traté de hablar contigo te esfumaste como por arte de magia.

Alejandro jugueteó con un mechón de mi pelo. Gotas frías de agua resbalaban por su cara y su pelo e impactaban sobre mi rostro, refrescando mis acaloradas mejillas.

—No he podido dejar de pensar en ti desde aquella noche. —Su mano apartó con ternura mi flequillo—. ¿Sabes cuántas veces me he preguntado si eras real o si te había imaginado? —Sentí sobre mi cuerpo el cosquilleo de su mirada masculina, recorriéndolo sin pudor—. Y ahora te tengo justo aquí debajo.

Los dedos de Alejandro, ligeros como plumas, dibujaron el óvalo de mi cara y se detuvieron sobre mis clavículas, sin llegar a tocar el escote.

—Tengo la extraña sensación de haberte visto antes. ¿Nos conocemos? —Negué con la cabeza—. Esta vez no te voy a dejar escapar hasta que me digas tu nombre. —Alejandro volvió a aplastar su torso contra mis pechos, convirtiéndose en mi carcelero—. Me podría pasar así la noche entera. Tengo todo el tiempo del mundo, así que hasta que no hables no pienso soltarte.

A sabiendas de que Alejandro era capaz de cumplir su amenaza, comencé a pelear con uñas y dientes. Las risotadas del muchacho solo sirvieron para reafirmar mi deseo de escapar, aunque era evidente que mi constitución más débil no podía hacer frente a su corpulencia. Dejé de resistirme al notar contra mi cadera la dura erección que palpitaba entre las piernas masculinas. Estaba conmocionada, sin aliento y excitada. Tanto roce había hecho mella en mi determinación.

—Hueles tan bien —susurró Alejandro, rozando mi boca con su aliento. Estaba a pocos centímetros de mí, si estiraba el cuello podía llegar a tocarlo.

El anonimato me permitió entreabrir los labios en una invitación silenciosa, que Alejandro aceptó con un beso poco exigente al principio, que se tornó pura urgencia al final. Una necesidad salvaje me hizo arquear la espalda pidiendo más, mientras nuestras lenguas se acariciaban con besos impetuosos, húmedos y calientes.

Alejandro se apartó de mi boca para torturar uno de mis pezones erectos. Recorrió la aureola con la punta de la lengua y luego chupó el pezón con lentitud, saboreándolo. Me quedé muy quieta, sumida en una espiral de calor. Me sentía mareada. La piel de mis muslos estaba mojada por la excitación. Necesitaba ser tocada allí, íntimamente.

—Dime tu nombre —me suplicó Alejandro, mordisqueándome de nuevo el pezón con gentileza, para succionarlo después.

Como respuesta sólo obtuvo un gemido callado, seguido por un suspiro de placer. El tormento de la boca masculina me estaba martirizando. No podía pensar con claridad.

Alejandro se colocó encima de mi cuerpo e introdujo una pierna entre mis muslos para abrirse camino hasta mi centro. Escuché el ruido de la cremallera de sus pantalones al bajarse. Cuando Alejandro liberó su miembro de un tamaño soberbio, me entró el miedo. La imagen de Cristian y mi hermana practicando sexo en la cabaña del claro me golpeó con furia. Yo no podía hacer aquello, ¡estaba mal!

—¡No! —Aunque el grito surgió de mis labios, no reconocí mi propia voz. Sonaba ronca y extraña.

No sé de dónde saqué fuerzas, pero empujé a un desconcertado Alejandro y logré tirarlo de espaldas sobre la hierba. Sin darle tiempo a incorporarse, corrí por entre los matorrales del bosque y trepé a un árbol en busca de refugio. Me llevé las manos a la garganta y traté de contener un gemido de dolor. El esfuerzo de pronunciar aquel monosílabo se había traducido en un espinoso nudo de angustia, que se clavaba en mis cuerdas vocales sin piedad, como castigo por hablar.

—¿Dónde te has metido? —gritaba Alejandro a lo lejos—. ¡Maldición! Perdóname, no quería aprovecharme de ti. No sé cómo ha ocurrido —murmuró para sí mismo, pasando por debajo de donde yo estaba escondida.

Si Alejandro seguía la dirección que acababa de tomar, terminaría por encontrar mi ropa y entonces descubriría que yo era la fresca que se bañaba desnuda en el lago. Tenía que hacer algo, y rápido. Ya había tentado a la suerte en dos ocasiones y estaba segura de que esta vez no saldría tan bien librada.

Bajé del árbol con cuidado, apoyándome en un saliente del tronco, y agarré una piedra que había en el suelo. Con todas mis fuerzas la tiré hacia el lado contrario que había tomado el muchacho, quería despistarlo.

—¡Espera! ¡No te vayas! —Alejandro persiguió con desesperación el sonido que la piedra hacía contra los matojos.

Silenciosa como el viento, troté entre la maleza hasta alcanzar mi ropa, que estaba a buen recaudo junto a un arbusto. Me puse el amplio camisón al revés y corrí veloz rumbo a la mansión.

En cuanto llegué a mi habitación, me metí en el baño para quitarme el camisón manchado de barro. Recién aseada, me puse un pijama limpio y me recogí el pelo en dos trenzas, ya casi estaba seco.

Me estaba colocando las gafas de pasta cuando Alejandro entró en mi cuarto sin avisar. Pegué un bote debido a la sorpresa y me cerré la pechera del pijama con las dos manos.

—Estás aquí. —Alejandro me miró con el ceño arrugado—. Por un momento pensé que... No, déjalo. Es imposible —aseveró con una sonrisa, al ver el feo pijama de cuadros que llevaba puesto—. No sé ni cómo he podido... Olvídalo. Buenas noches, Sara. Que sueñes con los angelitos.

Después de lo ocurrido, dudaba mucho que pudiera conciliar el sueño, y si lo lograba, el único angelito que vería sería el que dormía en la habitación de al lado.

Ese año, el primer día de instituto cayó en viernes, un cálido viernes de finales de septiembre. Como era la presentación del curso escolar, los alumnos sólo teníamos que ir a clase un par de horas. ¡Qué pereza tan grande! Me esperaba una caminata enorme hasta la parada del autocar, luego media hora o tres cuartos de carretera, dos horas de aburrimiento con la tutora de turno y de vuelta a casa el mismo infierno. Hubiera sido mejor empezar las clases el lunes para ahorrarnos el suplicio de toda aquella parafernalia, que solo servía para perder el tiempo.

Mi enfado disminuyó un poco cuando me encontré con Ana en el portón metálico que franqueaba la entrada de la cárcel, perdón, escuela. Llevadas por la emoción, ambas nos pusimos a saltar, riendo como dos tontas, felices de volver a estar juntas.

—¡Dios mío, estás más flaca! ¡Qué envidia! —Ana me guiñó un ojo—. Por cierto, no puedo dejarte sola ni un momento. Me voy de vacaciones unos meses y tu abuela te endosa un novio. Por lo menos será guapo. ¿Alto? ¿Tienes una foto de...? ¿Cómo decías que se llamaba? ¿Cristian, Carlos? ¿Daniel? ¡Cómo sea! Supongo que ya os habréis besado, ¿no?

Parpadeé con sorpresa y de inmediato me llevé un dedo a la boca para que guardara silencio, no quería que nadie en el instituto se enterara de mis cosas. Arrastré a Ana hasta el cuarto de borradores, saqué mi libreta de apuntes y le describí la situación con pocas palabras.

—¡Menudo lío! —exclamó mi amiga, silbando con entusiasmo—. Aunque por lo menos tienes novio, mientras que yo me he pasado todo el verano comiendo potaje extremeño de garbanzos y patatera. ¡Vamos, que me he puesto ciega de morcilla! Y mi abuela todo el rato llenándome el plato. «¡Que la niña no pase hambre!», decía. Y otro plato de garbanzos y de postre perrunillas, ¡que no falte el dulce! Por lo menos, me habré engordado media tonelada. Y tú aquí perdiendo quilos tan rápido como yo los ganaba. Ay, quién tuviera tus problemas para perder peso y ganar un novio.

Volví los ojos hacia el techo y resoplé con disgusto. ¿En qué estaba pensando mi amiga? Conociéndola, ya se habría inventado una historia romántica entre Cristian y yo. Al ver su mirada soñadora vagando por la habitación, sin verla realmente, di un par de palmadas para sacarla de su ensimismamiento.

—Eres una aguafiestas. —Ambas nos observamos y estallamos en carcajadas. Ana no había cambiado un ápice—. ¿Qué harás con tu novio? Te lo vas a quedar o se lo vas a devolver a tu hermana por ser un artículo defectuoso. —Me mordí el labio, tratando de contener la risa.

La campana sonó antes de poder escribir la respuesta en mi bloc. Las clases habían empezado ya y si no nos dábamos prisa íbamos a llegar tarde. Fuera del cuarto de borradores una jauría de alumnos se arremolinaba en los pasillos, tratando de entrar en las aulas en busca de asientos libres. Era la ley de la selva: solo los animales más aptos conseguían los mejores puestos, mientras que el resto se amontonaba en las puertas queriendo salvar la vida. Bueno, en realidad, intentaban no llegar tarde.

Como Ana había elegido ciencias sociales y yo humanidades, solo coincidíamos en algunas asignaturas y en las materias optativas. El resto del tiempo estábamos separadas. A quien tenía que ver cada día, en todas las clases, era a Ángel Giovanni, que también había escogido humanidades. Se sentaba dos pupitres por delante de mí, al lado de su novia peliteñida. ¡Cuánto odiaba a esa víbora!

Algunas veces pillaba a Ángel mirándome de reojo, con cara de oveja degollada. Era obvio que deseaba pedirme perdón, pero yo estaba demasiado resentida y fingía no verlo.

Un miércoles a mediados de noviembre, Cristian se presentó en la mansión con un ramo de rosas blancas en las manos y una tarjeta que rezaba: ya tienes una arruga más ¡Felicidades! Había cumplido diecisiete años el martes de la semana pasada, y no me esperaba aquel detalle por su parte.

—Venga, cógelas, son para ti. —Me obligó a tomar las flores y me dio un beso en la mejilla —. Siento no haberte regalado nada. Me enteré por Sonia ayer y decidí enmendar mi error.

Acerqué la nariz al ramo e inspiré el dulce aroma de las rosas. Cada día que pasaba, Cristian me caía mejor, incluso le estaba tomando cariño.

—Busca tu abrigo. ¡Hoy vamos a celebrarlo en grande!

A la carrera, coloqué las flores dentro de un tarro de caramelos vacío y lo llené de agua. A continuación, tomé el abrigo que colgaba del perchero de la cocina y me reuní en el jardín con Cristian. Me sentía muy ilusionada. Ya estábamos a punto de llegar al coche, cuando la abuela salió de la nada y se interpuso en nuestro camino.

—Esta vieja podría correr los cien metros lisos sin hacer ningún ruido —susurró Cristian junto a mi oído, en tono burlón—. Deberíamos buscarle un pluriempleo en una casa del terror. Daría buenos sustos ¿Te la imaginas vestida como la novia de *Chuky*?

Contuve la risa al ver la expresión llena de ira de la madame. Esperaba que no hubiera escuchado los comentarios de Cristian o se me iba a caer el pelo cuando regresara a casa.

—¿Qué estáis murmurando? —La abuela puso los brazos en jarra—. ¿Me has visto cara de idiota, hijo? Tú y yo teníamos un acuerdo y ya llevas con esta pantomima demasiado tiempo. No voy a seguir manteniéndote a la sopa boba.

—No necesito su dinero, señora —respondió Cristian, mirándola con sorna—. Lo he tomado para hacerle un favor, porque sé lo mucho que le cuesta sacarlo de debajo del colchón. Necesita airearlo un poco, que si no huele a rancio.

—¿Cómo te atreves! —replicó la abuela sin elevar la voz, estupefacta—. Eso... Eso es...

—No trate de fingir conmigo, señora. Sonia me lo ha contado todo. Sé que guarda sus ahorros en el dormitorio porque no se fía de los bancos.

—¡Cállate! Y tú, apártate de ese loco.

—Aquí la única loca es usted, señora. Así que deje de cacarear como una gallina clueca y vaya a incubar sus billetes.

La abuela abrió la boca para replicar, pero de sus labios no salió ni una palabra. Atónita, se dio la vuelta y caminó hasta la cocina tiesa como un palo, tan sigilosa como había llegado.

—Vieja chiflada. Eso es para que aprenda, se lo tiene bien merecido. —Cristian sonrió muy complacido, estrechándome por la cintura—. Ahora tú y yo, preciosa, nos iremos a cenar a un magnífico restaurante coreano.

Desde hacía un par de meses Cristian apenas mencionaba a mi hermana, prefería hablar de su infancia. Por ejemplo, me había contado que no veía a su padre hacía mucho tiempo. Solía mostrarse bastante hermético sobre este tema en particular, y yo aceptaba su silencio de buen grado, pues entendía mejor que nadie que había cosas demasiado delicadas para compartirlas con otros. Intuía que aquella parte de su vida debía ser muy dolorosa. También había descubierto que su madre lo abandonó cuando tenía apenas nueve años, para escapar con su amante, un camarero de poca monta, al que había conocido en un bar. Cuando Cristian hablaba de su infancia, lo hacía con un deje de nostalgia. Al parecer, sus padres habían tenido un matrimonio feliz, por lo menos

en apariencia, hasta que su madre pidió el divorcio para emprender una nueva vida, sola.

—Recuerdo esa noche en particular. —Cristian jugueteó con un pedazo de tteokbokki, un popular aperitivo coreano hecho con pasta de arroz, vegetales y mucha salsa picante—. Me lavé los dientes viendo la tele, me puse el pijama de Piolín, tenía un gran agujero en la manga, pero era mi favorito, y me metí en la cama esperando la llegada de mi madre. Recuerdo que el grifo del cuarto de baño de mi habitación goteaba y que yo me resistía a cerrar los ojos a la espera de mi beso de buenas noches. Creo que pasó una eternidad hasta que escuché el coche de mi madre aparcando en la calle.

Al decir esto, su expresión cambió y se dulcificó. Era como si volviese a ser aquel niño inocente, necesitado de afecto.

—Luego hubo un portazo y gritos. Mi padre estaba fuera de sí —prosiguió—. Sabía que mi madre estaba llorando y me levanté de la cama, aunque por miedo no llegué a salir al pasillo. Estaba convencido de que ella vendría a buscarme. Pero me dejó allí, solo. Estuve despierto toda la noche, esperando a que la puerta se abriera... nunca ocurrió. Supongo que cargar con un niño pequeño era un lastre demasiado pesado para ella.

Deslicé los dedos por el mantel hasta cubrir la mano de Cristian. Para infundirle ánimos le di un pequeño apretón. La sonrisa que me dedicó no le llegó a los ojos.

—Lo siento, hoy era un día especial y lo he estropeado con este melodrama. —Negué con la cabeza—. No sé por qué me pongo sentimentaloido cuando estoy junto a ti. Aunque no te lo creas, las mujeres suelen encontrarme divertido, pero contigo, no sé, puedo hablar de cualquier cosa sin tener que fingir que soy otra persona. Me parece que eres la primera amiga que tengo.

Después de cenar, volvimos en coche a la mansión por las abruptas carreteras del pueblo, que aún no habían sido asfaltadas y estaban llenas de baches. Cristian aparcó cerca del lago, para charlar un ratito más bajo la hermosa luz de la luna.

—Ahora te toca hablarme a ti de tu padre. Era abogado, ¿verdad? —Afirmé con la cabeza y sonreí con tristeza—. Sonia decía que era un plasta insoportable, pero creo que exageraba. Lo pasó muy mal cuando murió.

En la radio del coche sonaba una canción lenta, triste y sensual: *Killing me softly*. Estiré una mano para apagar el aparato, pero Cristian me detuvo.

—Adoro este tema. No lo apagues. —Guardamos silencio durante unos minutos, escuchando la impresionante voz de la cantante, Roberta Flack—. Me hubiera gustado conocerle. Tengo una espinita clavada en el corazón y supongo que jamás me la podré sacar. Sé que las cosas hubieran sido diferentes si tu hermana me hubiera presentado a tu padre. ¿Estabas muy unida a él? —Asentí, desviando la mirada. No me apetecía tocar ese tema—. Debió ser muy difícil para ti también. Al menos, te quedan los recuerdos. Yo todavía conservo algo de mi madre.

Cristian sacó la cartera del bolsillo trasero del pantalón y buscó entre los distintos compartimentos hasta que encontró un papel viejo y arrugado. Era una lista de la compra. Parpadeé sin comprender.

—Mi padre quemó todas las fotos de mi madre. —Los dedos del muchacho acariciaron las letras escritas con prisa sobre el papel—. Solo conseguí salvar esto. La escribió por la mañana y la dejó colgada en la nevera de un imán. ¿Te parezco muy ridículo?

Negué con fuerza, moviendo la cabeza de un lado a otro. Tenía ganas de llorar, pero controlé mis emociones para no parecer ñoña o ridícula.

—Supongo que tú también conservarás algo de tu padre, ¿no?

Sonreí con nostalgia al recordar el viejo MP3 que papá me había regalado unas Navidades, hacía mucho tiempo; las fotos en familia, con papá poniendo caretos simpáticos; la última camiseta que se puso antes de morir, aún la atesoraba en el armario; y el anillo de bodas de papá, que mamá me había regalado la semana pasada por mi cumpleaños, colgado de una cadenita de oro, y que yo había guardado en el cajón de la mesita de noche junto a la carpeta de terciopelo azul. Debería llevarlo colgado del cuello, pero su valor sentimental era tan grande que prefería conservarlo a buen recaudo.

—Algún día me gustaría que me enseñaras tus recuerdos, que me hablaras de tu padre. De lo que os hacía reír, qué comíais, qué películas veíais. Sonia jamás me permitió entrar por completo en su vida y tú también eres muy reservada. Me siento un poco desnudo ante vosotras. Os he contado todo de mí y sin embargo apenas sé nada de vosotras.

Contemplé el hermoso rostro de niño malo de Cristian, y comprendí por qué mi hermana estaba tan coladita por él. Tenía algo adictivo en su sonrisa, en su mirada, en su forma de ser, que se introducía bajo la piel sin darte cuenta. Quizás fueran sus misteriosos ojos negros, siempre al acecho, pendientes de todo.

—¿Por qué me miras de ese modo? ¿Tengo un trozo de lechuga entre los dientes? —Negué con la cabeza, muerta de la risa.

El muchacho se encogió de hombros e hizo girar la llave de contacto. El motor del coche rugió cuando Cristian soltó el embrague y pisó el acelerador. Al llegar a casa, me abrió la puerta del copiloto como todo un caballero y me agarró por la mano. Caminamos hasta la cocina muy juntitos, dándonos calor para no sentir el frío de la noche.

Era natural que Cristian se sintiera a gusto conmigo, a fin de cuentas yo no era una amenaza, como esas chicas despampanantes con las que él estaba acostumbrado a salir. Aquel era mí sino: ser la eterna amiga, nunca la novia. Suspiré.

—Ya hemos llegado. —Cristian miró hacia la ventana de la cocina y me guiñó un ojo—. Bueno, es hora de la actuación. ¿Crees que tendremos público hoy?

Tomó mi cara entre sus manos con lentitud y posó sus labios en los míos. Desde hacía un tiempo sus caricias se habían vuelto más suaves y tiernas, ya no eran artificiales como al principio.

—Humm, me podría acostumbrar a esto —susurró junto a mi boca—. Eres tan dulce.

—A ver, don Juan, por hoy es suficiente.

Alejandro abrió la puerta de la cocina y nos miró con enfado cruzándose de brazos. Su cuerpo se recortaba contra la oscuridad del interior, haciéndole ver como una mole amenazante.

—Tienes la fea costumbre de aparecer en el momento menos oportuno —comentó Cristian, con fastidio. Luego se volvió hacia mí—. Alguien debería regalarle un maldito cascabel a tu cuñadito. Entre él y tu abuela cualquier día me da un infarto.

—Ya es muy tarde, Sara —me urgió Alejandro con impaciencia, ignorando a Cristian—. Mañana tienes clases y no deberías acostarte tarde.

Me despedí de Cristian con un fugaz beso en la mejilla, no quería más peleas, y me dispuse a entrar en la cocina de morros. Alejandro se apartó para dejarme pasar.

—Ese tipo no me gusta nada —murmuró Alejandro con vehemencia, dando un portazo—. No es trigo limpio. ¿Dónde habéis estado?

Levanté la cabeza con altanería y le di la espalda para quitarme el abrigo. Luego, tomé el tarro de caramelos que contenía las flores y caminé hacia mi habitación con Alejandro pisándome los talones.

—Detesto que me dejes con la palabra en la boca. Desde que sales con ese idiota te estás volviendo muy pedante. —Me detuve de golpe y me giré para fulminarlo con la mirada—. ¿Pero qué te he hecho yo? Solo estoy preocupado por ti. —Tras resoplar como un toro, retomé el camino, apretando el paso. Alejandro me detuvo, agarrándome por un brazo con brusquedad. El ramillete de flores salió disparado del tarro y cayó al suelo dejando un reguero de pétalos—. ¿Se puede saber qué bicho te ha picado, Sara? ¿Por qué siempre estás a la defensiva conmigo? ¿Qué te he hecho?

Solté mi brazo de un tirón y me agaché a recoger las flores. Alejandro apretó los puños, pero se puso en cuclillas para ayudarme.

—Perdona. No quería fastidiarla otra vez —se disculpó, mirándome a los ojos. Su cara estaba muy cerca de la mía, tanto que se me aflojaron las piernas—. Sé que estás enfadada conmigo. De un tiempo a esta parte no he sido el mejor amigo del mundo. —Con el dorso de la mano me acarició la mejilla—. Pero sabes que todo lo que hago es porque me preocupas. Quiero lo mejor para ti y ese tío no me gusta un pelo.

Contemplé su boca masculina, tan llena y bien dibujada, tan cerca que podía besarla, y recordé su sabor. Desde aquella noche de verano, no había vuelto a poner un pie en el lago por miedo a encontrármelo. Aunque la tentación había sido muy fuerte.

Me levanté a toda prisa, intentando escapar de mis sentimientos, pero la traicionera suela de mi zapato resbaló con un pétalo en el suelo. Alejandro me tomó entre sus brazos para impedir que cayera de bruces. Quedé pegada a su pecho, con mi boca a pocos milímetros de la suya. Traté de liberarme, sin embargo Alejandro me apretó más fuerte contra él. Aquella fracción de segundo se hizo eterna. Luego, me soltó de súbito y puso distancia entre nosotros.

—Lo siento. Espero no haberte hecho daño.

Tras decir esto, se marchó dando grandes zancadas. De repente, un precipicio de angustia se abrió en mi interior y tuve vértigo. El tarro de flores temblaba entre mis manos. Me llevé una mano a los labios al sentir el cosquilleo de un beso no recibido. Había detectado el deseo en los ojos de Alejandro, y esta vez no era noche cerrada, no había anonimato, ni estábamos solos en el lago.

Me dirigí hasta mi dormitorio llena de frustración y me lancé sobre la cama. Aplasté la cara contra la almohada para ahogar un gemido, mientras pateaba el colchón con furia. El vacío que sentía en el estómago no había hecho más que aumentar. Necesitaba distraerme un rato, así que tomé la mochila del instituto con el firme propósito de estudiar historia. Seis párrafos más tarde, mis ojos buscaron por la habitación algo con que entretenerme. Por regla general, cuando me ponía a hincar codos, hasta el vuelo de una mosca me parecía interesante. Entonces, pensaba en los programas que estaban dando por televisión, o me entraban unas ganas locas de comer patatas fritas, o quería ir al baño. Simples excusas para dejar de empollar sin sentirme culpable.

Cuando mis ojos se toparon con el quinto diario de Karen, que descansaba sobre la mesita de noche, aparté la vista de inmediato. La tapa tenía un dedo de polvo, pues hacía meses que no limpiaba aquel rincón por miedo a tocarlo. Temía lo que pudiera suceder. A veces dudaba de mi propia cordura y me preguntaba si la madame tendría razón cuando afirmaba que yo estaba un poco chiflada.

Me golpeé los labios un par de veces con el dedo índice, vacilante, hasta que decidí retomar la lectura. Ya iba siendo hora de coger el toro por los cuernos. En cualquier caso, leer el diario de Karen era un plan mucho más apetecible que empollar un capítulo sobre la revolución industrial.

Miércoles, 19 de agosto de 1914

Querido diario:

Ya ha pasado casi una semana desde el parto de Soraya. Al principio, creíamos que ninguna de las dos sobreviviría, tanto la madre como la hija estaban muy débiles. Sin embargo, el médico aseguró que Soraya podría recuperarse con los cuidados necesarios, pero no fue tan optimista en cuanto a la niña. En el mejor de los casos puede vivir un año.

Cueste lo que cueste, tenemos que asumirlo y prepararnos para lo peor. Siento pena por esa criatura inocente, de enormes ojos claros y carita de querubín. La pelusa que tiene sobre la cabeza es de color rojizo. Un rasgo de familia, supongo.

Mi esposo no parece preocupado por la suerte de su hija, y de Claudia no quiero ni hablar. Tiene la misma sensibilidad de una piedra. Cada vez que se cruza conmigo por el pasillo, me pregunta en tono jocosos si ya es hora de ponerse el luto.

...

Cuando Soraya estuvo más recuperada, Karen le informó con mucha delicadeza sobre el estado de su hija. Soraya lloró con desconuelo y se negó a ver a la niña. No quería cogerle cariño para perderla después. Karen trató de disuadirla, pero fue imposible hacerla cambiar de opinión.

—No la traigas. No merezco verla. Ninguna madre debería sobrevivir a sus hijos. Con qué cara voy a mirarla. Yo soy la única culpable. Ella está pagando por mis pecados. No tengo perdón de Dios —se lamentaba la sirvienta, cubriéndose la cara con las manos—. Ese es mi destino. La vida siempre me quita lo que más amo porque soy sucia, baja, una escoria que no se merece nada. Por eso perdí a mi madre, por eso me rechazó mi propio padre... y por eso ahora voy a perder a mi hija.

—Si la vieras, Soraya. Ella te necesita. Permíteme traerla solo una vez. Cuando la veas vas a cambiar de opinión.

—No quiero. ¡No me la traigas! ¡No quiero verla! —Soraya se incorporó en la cama, histérica.

A Karen se le partió el alma. La sirvienta había dejado de ser una mujer vital e intensa, que no le temía a nada ni a nadie, para convertirse en una pobre enferma, que se negaba a comer, a beber, o incluso a asearse. Había perdido mucho peso en poco tiempo y el pelo apenas tenía brillo. Era como si quisiera la muerte.

Karen se disponía a cerrar la puerta de la habitación donde se alojaba la enferma, cuando fue abordada por doña Aurora de Clara. La señora miró con disgusto primero a su hija y después la bandeja del desayuno que llevaba en las manos.

—Ni siquiera ha probado un bocado. ¡Qué desperdicio! Ya es hora de que esa se levante de la cama y deje de hacerse la víctima. Tiene que entrar en razón por las buenas o por las malas. A fin de cuentas, ya es bastante malo que haya tenido una bastarda sin padre, para encima sumarle el pecado de negarse a amamantarla. Hasta las gatas callejeras cuidan de sus crías. ¡Qué clase de madre es!

—¡Ya está bien! Soraya puede escucharla —susurró Karen, tomando a su madre por un brazo para apartarla de la puerta.

—¡Pues que me escuche!

—¡Basta ya! ¡Cómo se atreve a decir tales cosas!

—¡Es la verdad! Y a ti qué te puede importar lo que le suceda a esa golfa y a su hija. —El odio brillaba en los ojos de doña Aurora como dos puñales en medio de un mar negro.

—¿Cómo puede ser tan hipócrita? Acaso va a continuar con sus mentiras. —Karen le dedicó a su madre una mirada asesina. Doña Aurora frunció el ceño y dio un paso hacia atrás, amedrentada —. Es mi hermana y usted lo sabe bien. Y esa niña que tanto desprecia es mi sobrina.

—No-no digas tonterías, hija —tartamudeó doña Aurora, tratando de zafarse de la mano de su hija—. No sé de dónde has podido sacar semejante barbaridad.

—Ella misma me lo confesó creyendo que iba a morir. Me hizo jurarle que cuidaría de su hija como si fuera mía, y lo voy a cumplir ahora más que nunca.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Vas a convertirte en la nodriza de esa mocosa, tú, una señorita educada en los colegios más finos? —La firme decisión que cruzó por los ojos de Karen, escandalizó a doña Aurora—. ¡Es una locura! No puedes amamantar a la hija de una sirvienta. Deberías preocuparte menos por esa gentuza y más por tu madre. Mira cómo me tienes. Ya no soy ni la sombra de lo que fui. Y todo es por tu culpa, por no querer congraciarte con tu marido. Si fueras menos tosca y más cariñosa, otro gallo cantaría.

Para doña Aurora de Clara la única caridad que valía la pena, era la que se prodigaba en la iglesia a la vista de todo el mundo. Aquella que se depositaba como un diezmo y que se recompensaba con alabanzas y gratitudes hacia su persona. Ella no entendía de altruismos.

...

Encargarme de mi sobrina ha sido la mejor decisión que he podido tomar. Duerme en mi habitación junto a Tito. Vale la pena soportar las críticas constantes de madre, Claudia y mi marido, con tal de ver la sonrisita de ese angelito. De momento, tengo suficiente leche para alimentar a mis dos pequeños sin que ninguno se quede con hambre.

Karen.

Acomodándome en la cama, pasé otra hoja. Orejas descansaba sobre mi barriga ronroneando con placer. Le acaricié el pelaje de forma distraída y me sumergí de nuevo en la lectura.

Lunes, 31 de agosto de 1914

Querido diario:

Alejandro desea meterse en política y estoy segura de que no es por el bien común sino por el suyo propio. Está financiando a varios diputados de la Asamblea General de Cataluña para ganarse sus favores. Los negocios son los negocios, dice con orgullo, olvidándose de que hasta hace pocos meses, él mismo tachaba de chusma desubicada a los noventa y seis diputados de la Asamblea. Sin embargo, ahora, cuando suenan las campanas de la oportunidad, no le importa rebajarse, arrinconar su orgullo, sus títulos nobiliarios y su linaje, para abrazar una causa que le importa un pito. Cuánto afán lucrativo y qué falta de moral, de clase, de principios. Así funciona el mundo: la gran mayoría sacrifica sus vidas por causas nobles, mientras un pequeño grupo se llena sus nobles bolsillos a costa de la fe que otros depositan en ellos.

Algunas noches me acuesto junto a los niños preguntándome si nuestras vidas van a cambiar a peor cuando mi marido consolide su posición en la Asamblea. Entonces será omnipotente, y podrá comprar a cualquiera, hacer y deshacer a su antojo.

Solo me quedan mis pequeños. Mi Tito y mi Sofía, mi dulce y hermosa Sofía. Ese es el nombre que le he dado a mi sobrina, el nombre de mi abuela paterna. El único regalo que puedo hacerle. Un reconocimiento discreto del vínculo que nos une.

¿Sofía? Qué coincidencia tan inquietante, la hija de Soraya se llamaba igual que mamá. Un escalofrío me recorrió de pies a cabeza. ¿Sería simple casualidad o...? Retomé la lectura con un montón de preguntas bullendo en mi cerebro. Ansiaba descubrir algo más de aquel misterio.

En las sucesivas páginas del diario, Karen narraba las peripecias de Tito y Sofía. Los niños tenían una salud inestable y quebradiza, que mantenían a la joven en constante alerta. La pobre muchacha no salía de un susto cuando ya estaba en otro.

La salud de Sofía mejoró paulatinamente con el transcurso de los meses, bajo los constantes cuidados de su tía, en contra de lo que el médico había predicho. Por el contrario, a Tito no le fue tan bien. Debido a su frágil constitución, agarró un resfriado que terminó en pulmonía. Se salvó por los pelos, pero no se recuperó por completo. Por más que Karen le hacía vahos en la habitación con hojas de eucalipto y seguía a rajatabla la prescripción médica, el chiquillo siempre tenía pitos en el pecho y respiraba con dificultad.

Aunque los niños se llevaban un año y medio, la diferencia que había entre ellos era abismal. Sofía, inquieta y despierta, no tenía nada que ver con Tito, más silencioso y apocado. El niño comenzó a caminar a los diecinueve meses. Hasta entonces, solo se ponía en pie, sobre sus enclenques piernecillas, cuando se agarraba a los barrotes de la cuna o a las manos de su madre. En cambio, su prima ya gateaba e incluso se atrevía a dar los primeros pasos al cumplir los diez meses.

La falta de aire y sol jugó en contra de la salud de Tito, que se pasaba grandes periodos de tiempo enfermo en la cama, mirando con envidia como su prima correteaba por toda la casa llena de energía.

Para Karen era muy duro ver la tristeza de su hijo, pero trataba de ocultarlo tras una sonrisa afectuosa. Y no podía más que sentir rencor por el hombre que la había maltratado durante todo el embarazo, el que le había robado la sonrisa a su hijo. ¡Cuánto odiaba a su marido! Pero algún día le haría pagar. Por las noches se metía en la cama deseando que el viejo muriera de un infarto lento y doloroso, o mejor aún, imaginándose como lo asesinaba ella misma, con veneno, empujándolo por las escaleras, tirándole un florero desde el segundo piso, accidentes casuales que no levantarían sospechas. Oh, sí, cómo disfrutaba con esos macabros pensamientos, plasmándolos detalladamente en el diario. Lástima que no tuviera el valor de llevarlos a cabo.

Los meses volaron entre mis manos y pasaron más de dos años. Una primavera muy fría, Soraya se animó a conocer a su propia hija. Desde el parto, la sirvienta apenas había abandonado su dormitorio. Sumergida en un estado de tristeza profunda, su piel había empalidecido hasta alcanzar un tono cetrino. El cabello se veía ralo, sin brillo y sucio, pues apenas lo cuidaba. De sus labios ya no surgían críticas rápidas y avispadas, sino oraciones y plegarias de la Biblia. El único libro que leía durante horas sentada en la ventana. Creía que si redimía su alma de todo pecado, conseguiría la absolución suprema para su hija y para ella misma.

A Karen le costó mucho tiempo romper el caparazón de Soraya, aunque consiguió hacerle ver

que su hija no iba ser el instrumento que Dios estaba utilizando para castigarla, sino el ángel que iba a salvarla.

La primera vez que Soraya apareció en el cuarto de juegos de los niños, medio nerviosa y asustada, Sofía se puso a llorar del susto. No reconocía a aquella señora flaca, encorvada, de ojos y mejillas hundidas. Los chillidos espantaron a Soraya, que se llevó la mano al crucifijo que colgaba de su cuello, sin saber qué hacer para consolar a su hija. Tito, de carácter mucho más confiado que su prima, se acercó hasta Soraya y le tendió un viejo tren de juguete para que se uniera a ellos.

Sofía dejó de berrear y se agarró a las faldas de Karen, observando con recelo como su primo jugaba con la desconocida en el suelo. Más calmada, la niña se aproximó hasta su madre y le ofreció a Doña Simona, su muñeca más preciada. Soraya contempló con fascinación a la fea pepona, medio desgredada, con un botón como único ojo. Sofía se sorbió los mocos que le colgaban de la nariz, esperando a que su madre cogiera la muñeca, con el rechoncho bracito extendido. Soraya tomó a Doña Simona y recibió una sonrisa de su hija como recompensa.

Ese fue el rencuentro de una madre y una hija, el rencuentro de dos hermanas que cerraron la puerta al pasado y decidieron construir un nuevo futuro juntas, como una familia.

Al pasar la última hoja, reparé en que había terminado el diario. En la contraportada había un pequeño portafolios integrado, que contenía un sobre con unas manchas marrones en los bordes. Extraje la carta y contemplé la fina caligrafía que en nada se parecía a la de Karen.

A mi niña:

No sé ni por dónde empezar. Estoy más sola que nunca, no tengo amigas y por mi egoísmo he perdido a mi familia. Precisamente ahora, en el momento de mi muerte, entiendo que mi soberbia ha sido la causante de todos mis males, por ella alejé a tu padre y te hice infeliz a ti. Ya he comprendido que el amor no entiende de prejuicios o convencionalismos.

Cuando te veo riendo con Soraya o abrazada a los niños, siento un poco de envidia. Quisiera ser capaz de acercarme a vosotros, pero la vergüenza me lo impide. Supongo que aún soy demasiado soberbia para ser la primera en dar el paso y sacar la bandera blanca.

Sé que he hecho mal, pero te suplico que no me guardes rencor por este último acto de cobardía. No he sido una buena madre ni siquiera al final. Pídele disculpas a Abel de mi parte. Fui muy injusta con él. Supongo que lo despreciaba tanto porque, en cierta manera, envidiaba lo mucho que te amaba. Tu padre nunca me miró como Abel te miraba a ti.

Con mi último aliento rezaré por tu felicidad, porque este infierno en el que te dejo se termine y tengas una nueva oportunidad de ser feliz. Quizás el Señor se apiade de mi alma y obre el milagro. Ante todo, soy tu madre y, aunque no haya sido la mejor, te quiero. Por último, te pido que me entierres junto a tu padre. Espero conseguir tras mi muerte lo que no logré mientras vivía: estar en paz con él.

Aurora de Clara.

El vello de los brazos y la nuca se me erizó. Aquello era una nota de suicidio, estaba segura. Una gota de agua cayó sobre el papel, mojándolo. Me llevé una mano a las mejillas y descubrí que estaba llorando. Sentía tristeza por aquella mujer que no conocía de nada. Y no entendía por qué. Esa señora había sido egoísta, déspota y malvada con su única hija, pero aun así me dolía. Apreté

la nota contra el pecho, sintiendo lástima por el triste final de doña Aurora de Clara.

Cuando conseguí calmarme, revisé la contraportada del diario. Karen había escrito un acertijo a pie de página, comprimido en el poco espacio que quedaba. Todas las letras estaban apelotonadas y la caligrafía era horrenda y difícil de entender.

Domingo, 8 de febrero de 1920

A ti mi dulce pesadilla:

Una vez más te escribo en mi locura. Serás real o sólo el consuelo de una desquiciada que necesita creer en ti. Recorro los pasillos buscándote, pero nunca te hallo ¿Dónde estás? Las empleadas murmuran que he perdido el juicio, pero tú sabes que no es verdad. Formas parte de mí como yo de ti.

Busca las dos protectoras de mis secretos, que se alzan en la biblioteca, rodeadas por sus gemelas. Entre la quinta y la sexta se ocultan mis pensamientos. Cuenta cincuenta y siete pasos desde la base central, buscando con los ojos un cielo blanquecino plagado de ángeles. De entre todos ellos, dirígete a un querubín que hace sonar una flauta y atrae con su música a los animales que le rodean. Réstale veinticinco pasos al camino andado, imitando un semicírculo. Tras esto, camina hacia el oeste treinta pasos y a tus pies encontrarás la respuesta.

Karen de Clara.

Sin ganas de resolver el acertijo, deposité el diario sobre la mesita de noche, apagué la luz y me acurrugué junto a Orejas en la cama. El rítmico sonido del reloj del saloncito, que parecía cobrar vida por las noches, me indujo a cerrar los ojos. Debí quedarme dormida, pues cuando volví a abrirlos, me encontraba en medio de la cocina de la mansión, sujeta por unos fuertes brazos masculinos. Mi nariz estaba aplastada contra el musculoso pecho de un hombre, y pude percibir en su aroma una mezcla de jabón y alcohol. La combinación me resultaba muy familiar.

—Esta vez no te voy a dejar escapar —susurró junto a mi oído Alejandro—. Eres mía, sólo mía.

Había algo turbio y áspero en la profunda voz masculina, una nota de cinismo que no lograba reconocer y que me puso de inmediato en alerta.

Desorientada, sin saber muy bien cómo había llegado hasta allí, intenté apartarme, quería escapar de aquellos brazos que me retenían contra mi voluntad, pero Alejandro me lo impidió besándome a la fuerza. En un acto salvaje de posesión, introdujo su lengua en mi boca. No podía pensar, solo abandonarme a las sensaciones que provocaban sus manos callosas bajando por mi espalda. Sin previo aviso, sosteniéndome por el trasero, me levantó en volandas situándome sobre la enorme mesa central de la cocina. A continuación, se colocó entre mis muslos. Hice el último intento por resistirme, que solo sirvió para aumentar el deseo que palpitaba entre las piernas del hombre.

—¿Sabes cuánto tiempo llevo soñando con esto? —Me agarró del pelo sin miramientos y tiró con fuerza, obligándome a echar la cabeza hacia atrás, mientras sus labios trazaban un sendero húmedo sobre mi cuello—. Me vuelves loco. Tanto, que me haces olvidar cuánto te desprecio.

Sus palabras, cargadas de aversión y resentimiento, parecían más una condena a muerte que una confesión de amor. Mi instinto de supervivencia se fundió con la adrenalina del momento y creó una mezcla explosiva, que culminó con un violento arañazo. Alejandro se llevó una mano a la

mejilla magullada, estaba atónito, no esperaba esa reacción por mi parte. Cuando se recuperó de la sorpresa inicial, me inmovilizó por las muñecas soltando una risotada. Sin la menor delicadeza, descendió hasta mis pechos y de un tirón me dejó desnuda de cintura para arriba.

—¡Lo podemos hacer por las buenas o por las malas! ¡Tú decides! —¿Qué estaba pasando? —. ¿Por qué me miras así? ¿Es que no soy lo suficientemente bueno para ti? ¡Seguro que a ese no le pusiste tantas pegas cuando lo metiste en tu cama!

El corazón se detuvo en mi pecho y un sudor frío me empapó el cuerpo. Había algo diferente, alguna cosa no andaba bien. Al levantar la vista, me encontré con un par de ojos de un azul tan intenso que me quedé perpleja. Ese, ese no podía ser Alejandro. Aunque ambos rostros eran muy parecidos, el hombre que se encontraba frente a mí tenía las facciones más duras.

—¿Creías que te ibas a escapar sin un castigo? —Sin aire en los pulmones, traté desesperadamente de soltarme de su abrazo—. ¿Cómo pudiste hacerme esto a mí? Me prometiste que me esperarías, aunque tu ambición pudo más. Pero ahora he regresado y te voy a hacer pagar por todo el daño que me has hecho. Eres mía, Karen, mía...

El nombre retumbó en mis oídos, quitándome todo el coraje que había reunido. Como una marioneta rota, dejé que el desconocido se hiciera con el control de mi cuerpo y lo amoldara al suyo. Estirada sobre la dura mesa, le permití que me levantara la falda y desgarrara mi ropa interior. Cada poro de su piel parecía exhalar un intenso odio que clamaba venganza.

Mi abandono no pareció importarle en absoluto, más bien todo lo contrario, se enardeció el doble y me obligó a mirarle directamente a los ojos.

—Así me gusta, como un corderito al matadero —comentó, desabrochándose los pantalones con una mano—. Estás lista para mí. Húmeda y caliente.

Con los dedos tomó su enorme virilidad y la frotó contra la abertura de mi cuerpo, sin llegar a atravesarla. Me retorcí de placer bajo aquella promesa de posesión, deseando que terminara con la tortura y se enterrara en mi carne.

—¡Suplícame! ¡Vamos! Di que me desees. —Su mirada no se apartó de mis ojos ni un momento. Estaba disfrutando con el denigrante castigo—. Di que quieres ser mía aquí y ahora.

Como yo no contestaba, el desconocido me colocó una mano en la espalda y otra en la nuca. Cuando se inclinó para besarme, giré la cabeza para evitar el contacto. Entonces, mis ojos se toparon con un reflejo desconcertante. En el cristal de la ventana, distinguí la figura de una mujer pelirroja, desparramada sobre la mesa de la cocina, con el camisón hecho jirones. El hombre que trataba de forzarme también estaba reflejado allí. Tenía una mano colocada en la delicada cintura de la mujer y otra en la nuca. Intentaba obligarla a que lo besara. Me costó varios segundos comprender que aquella extraña que me observaba con ojos asustados no era sino mi propio reflejo.

Me desperté de golpe. Respiraba con dificultad y tenía el cuerpo destemplado. Por el ventanuco se colaba el sonido de los truenos y el repiqueteo de la lluvia contra los cristales. Sentí un escalofrío al recordar a la mujer y al hombre, cuyos rasgos guardaban cierto parecido con los de Sonia y Alejandro.

El sueño se fue disipando a lo largo de la mañana, hasta convertirse en una cosa vaga e imprecisa. Lo único que perduró fue el recuerdo de aquellos ojos, tan ajenos y a la vez tan míos. Era evidente que los diarios de Karen me estaban influenciando más de lo que pensaba. Tan obsesionada estaba con su vida que hasta soñaba con ella.

Esa noche había dormido muy poco y las clases se me hicieron eternas. No veía el momento en

que llegara la hora del recreo. Cuando por fin sonó la campana, abandoné el aula a toda prisa y me encontré con Ana en el patio. Mediante mi bloc de notas, le expliqué lo que había descubierto sobre Sofía y el supuesto parentesco que tal vez nos unía. También le describí algunos fragmentos del sueño que había tenido, excluyendo las partes más morbosas por pudor. No quería que mi amiga pensara que me estaba volviendo una lunática.

—¡Qué emocionante! Seguro que la mansión está encantada. —Ana masticó con la boca abierta un trozo enorme de magdalena y lo engulló—. Qué pena que tu abuela no te deje llevar visitas. Me encantaría ir allí para investigar.

Así era ella, siempre que le contaba un problema, lo transformaba en una aventura digna de una película de cine. Yo era soñadora, pero mi amiga me superaba con creces.

—¡Jo! Por qué no pueden pasarme esas cosas a mí. —Ana habló con la boca llena, escupiendo algunas migas—. Apuesto esta magdalena a que Soraya y su hija tienen algo que ver con tu familia. —Asentí con la cabeza—. No creo que sea una coincidencia. ¿Te imaginas? ¡Sería fantástico! —Juntó las manos y contempló el cielo con ojillos tiernos—. Definitivamente, eres una chica con suerte.

Miré a Ana con cara de pocos amigos, me crucé de brazos y esperé a que dejara de divagar sobre lo bonito que sería que Soraya fuera familia mía.

—¡Ay! ¡Qué sosa eres, hija! En cualquier caso, si quieres salir de dudas, deberías investigar tu árbol genealógico. —Era la primera vez que por la boca de mi amiga salía algo que parecía lógico. ¿Cómo no se me había ocurrido antes a mí? Era una buena solución—. ¡Para que luego digas que me paso todo el tiempo en las nubes!

Sentadas en la última fila del autocar, de regreso a casa, Ana me infundió valor para abordar el espinoso tema. A mi madre no le gustaba hablar del pasado, creía que los muertos tenían que descansar en paz. Cuando papá vivía, bromeaba con nosotras, asegurando que todas las mujeres de la familia de mi madre tenían un pasado muy turbio.

Al bajar del autocar, me despedí de Ana con la mano. Ni cuenta se dio. Mi amiga tenía la nariz pegada al cristal y miraba con ojos soñadores hacia la lejana mansión, que se elevaba sobre el acantilado, imponente.

Recorrí el sendero que bordeaba el lago, cabizbaja, concentrada en el reguero de mentiras que iba a soltarle a mamá en caso de que se negara a contestar a mis preguntas. Las palmas de las manos me sudaban a causa de los nervios.

Al llegar a la puerta de servicio, inspiré hondo, me armé de valor y me dispuse a cumplir la misión que yo misma me había encomendado. Mamá estaba con Adela, preparando la cena de esa noche, entre bromas.

—¡Fuera! ¡Fuera! Soledad me ha ordenado que no te deje hacer nada. —La cocinera le quitó un cucharón de madera a mamá—. Como ahora eres la madre de la futura señora... —soltó con cierto retintín, conteniendo la risa—. No quiero que se me caiga el pelo.

—No digas tonterías, Adela —replicó mamá, divertida—. Cualquiera diría que mi madre es un ogro con patas.

—No me tires de la lengua, querida. Hasta un ogro se asustaría de la madame.

—No exageres. Tampoco es tan mala. Tiene sus días, como todo el mundo. Además, eres la única persona en esta casa que se atreve a cantarle las cuarenta a la madame. —Mamá se sonrojó antes su propia osadía, jamás llamaba a la abuela por aquel mote, regalo de la cocinera.

Intenté atraer la atención de las dos mujeres carraspeando, pero estaban tan absortas en la conversación, que no se dieron cuenta. Así que dejé caer la mochila sobre la mesa para hacer ruido.

—Hija, ya estás aquí. ¿Cómo han ido las clases? —preguntó mamá con incomodidad, preocupada tal vez de que la hubiera pillado burlándose de la abuela.

Levanté los hombros con indiferencia y me aproximé a las dos mujeres con una expresión solemne en el rostro. Metí la mano en el bolsillo de mi abrigo y extraje una hoja doblada varias veces.

—¿Quieres que lea esto? —Tragué saliva y asentí. Mamá tomó la hoja en blanco y la desdobló—. A ver qué tenemos aquí.

La cocinera estiró el cuello cuanto pudo, intentando ojear lo que mi madre estaba leyendo. La pobre mujer no era capaz de resistirse a su naturaleza curiosa.

—Menos mal, por un momento he creído que era otra nota de expulsión. —Mamá no reparó en que sus palabras me habían hecho daño—. La próxima vez que quieras pedirme información para un trabajo, no pongas esa cara tan seria. Me has asustado.

Mamá tomó asiento frente a la mesa y suspiró. Con la mano golpeó varias veces la silla vacía que había junto a ella, indicándome que me sentara.

—¿De qué se trata? —se atrevió a preguntar Adela, que no podía más con la curiosidad. Me tenéis con el Jesús en la boca.

—No es nada relevante —contestó mamá, risueña ante la mirada expectante de la cocinera—. En el instituto les han pedido que hagan un árbol genealógico para la próxima semana, con información básica de la familia.

—No me volváis a hacer algo así. Estaba al borde del infarto —se quejó Adela, llevándose una mano cómicamente al corazón.

—¡Mira que eres melodramática, mujer! La verdad es que Adela sabe casi tanto como yo de nuestra familia. Entre las dos podemos contestar a todas tus preguntas.

—¿Quizás deberíamos empezar por Soledad? —preguntó la cocinera a mamá, limpiándose las manos en el mandil.

—Sí, aunque creo que ya conoce la historia de sobras —convino mamá, sin darle importancia al asunto—. Nuestra familia ha servido en esta casa durante varias generaciones. Tu abuela jamás ha salido del pueblo.

—Todo el mundo pensaba que se iba a quedar para vestir santos —soltó Adela en tono de broma, interrumpiendo a mamá—. Nunca se tomaba vacaciones o se ponía enferma y tenía un carácter de miedo. Pero al final, pescó a tu abuelo con los treinta ya cumplidos, se casó y tuvo a tu madre.

Como ya conocía todo lo que me estaban contando, les pregunté sobre mis bisabuelos y tatarabuelos, escribiendo en el bloc de notas.

—Oh, bueno, eso es algo más difícil de responder. —Mi madre parecía contrariada. Adela y ella intercambiaron una mirada cómplice. Sabían algo que no querían contarme.

—Tu bisabuela también nació en esta casa —prosiguió la cocinera, al ver la duda reflejada en los ojos de mamá—. Creció correteando por los jardines junto al hijo de la señora, que era un huérfano varios años menor que ella. La verdad es que tuve que emborrachar a la madame una Nochebuena para que soltara la lengua y me contara la historia, ya la conoces. También sé que tu

bisabuela tenía fama de bruta en el pueblo y que se peleaba hasta con el más pintado para defender el honor de la familia de Clara, aunque no soportaba que mentaran al difunto marido de la patrona, se ponía negra de furia, incluso en su vejez. Se casó bien entrada en años. Vivió y murió sirviendo en esta casa. Su carácter era muy parecido al de Soledad, taciturno y sombrío. Yo no la traté mucho, pero recuerdo que cuando era pequeña y me la cruzaba por la calle, sentía tanto miedo que cambiaba de acera. Se llamaba igual que tu madre, Sofía.

Pasmada, miré a Adela. Si mi bisabuela era la niña que Karen describía en sus diarios, debía ser menor que el hijo de los señores y no mayor. Con trazos rápidos le pregunté por el nombre de mi tatarabuela.

—No me acuerdo. Sé que tenía once años cuando entró a trabajar en la mansión, pero no estoy muy segura. La que debe saber más es la abuela, pregúntale a ella —me animó mamá, al verme fruncir el entrecejo.

Antes prefería beberme un vaso de arsénico que hablar con la vieja. Recogí mis cosas de la mesa, dispuesta a ir a mi dormitorio, pero mamá me detuvo.

—Cariño, aún no hemos acabado. Necesitarás más información sobre mi padre y mi abuelo, también te puedo contar sobre tu rama paterna. Espero que lo mucho o poco que sepa te vaya bien para el trabajo.

Abrí los ojos de par en par y sonreí por compromiso. La cabeza me hervía con miles de preguntas, pero no me podía escapar o sería muy sospechoso. Durante tres horas, ciento ochenta minutos interminables, escuché la animada cháchara de mi madre sobre todos nuestros ancestros. Un alto precio que pagar por una mentirijilla de nada.

REGALO DE NAVIDAD

AL día siguiente, durante el recreo, Ana me arrastró a los lavabos para sonsacarme hasta el último detalle de la conversación que había mantenido con mi madre la tarde anterior. La boca de mi amiga era una metralleta tan bien cargada que no me daba tiempo de escribir las respuestas en un papel, ni siquiera podía hacer buena letra. Había intentado enseñarle el lenguaje básico de signos, pero la pobre no era capaz de seguir el ritmo de mis manos y perdía los nervios. Mi bloc de notas y la mímica eran indispensables para comunicarme con el resto del mundo, en el instituto no había nadie más con discapacidad y debido a los recortes se habían suprimido las clases especiales. Además, mi problema era psicológico y no físico, así que había poco que rascar con el director del centro. Con mi familia ocurría tres cuartos de lo mismo, y apenas sabía unas cuantas palabras.

—Entonces estamos como al principio, no te queda otra que preguntarle a la bruja de tu abuela. —Ana caminaba con impaciencia de un lado a otro del cuarto de baño—. Tenemos que confirmar nuestras sospechas, Sofia tiene que ser familia tuya, eso explicaría el asombroso parecido de tu hermana con Karen. Quizás los genes de la familia de Clara se han transmitido de generación en generación a través de los descendientes bastardos de don Ernesto.

Me crucé de brazos y alcé una ceja con cara de disgusto. No me hacía mucha gracia que Ana catalogara a toda mi familia de bastarda, aunque era muy probable que tuviera razón.

—No te enfades, Sara. Solo estoy exponiendo los hechos. Además, eso también explicaría por qué tu abuela se comporta como si fuera la dueña y señora de la casa.

Estaba de acuerdo con Ana, todo aquello no podía ser una simple coincidencia. Tal vez, mi familia estaba arraigada a la mansión como las raíces lo están a la tierra. Quizás, los ojos color aguamarina, las facciones delicadas y el cabello pelirrojo que tenían la abuela, mamá y Sonia eran el único legado que revelaba nuestro auténtico origen, la prueba viviente de que descendíamos de don Ernesto de Clara, aunque yo, desde luego, era la excepción.

—¿Qué te parece si nos saltamos la clase de historia y vamos al gimnasio a zamparnos una bolsa gigante de patatas fritas mientras seguimos cascando? También he traído donuts y batidos de chocolate.

Lo único que superaba la desbordante imaginación de Ana era su voraz apetito por la comida basura, desde que la conocía había engordado más de tres quilos.

—Deja de mirarme así o me voy a sentir mal. Cuando estoy preocupada me dan ganas de comer, no puedo evitarlo —se justificó mi amiga—. ¡Anda, no seas aguafiestas y vamos a hacer pellas! Si no quieres ir al gimnasio porque te da miedo que nos pillen, podemos bajar al pueblo y comer por ahí. Mis padres me han dado la paga y el dinero me quema en los bolsillos.

Al final, Ana me convenció para faltar a clase de historia, sobornándome con la promesa de una hamburguesa doble, un refresco de cola y unas patatas fritas. Como faltaban dos semanas para las vacaciones de Navidad, decidimos mirar tiendas en la avenida principal. Por aquellas fechas los precios estaban por las nubes, infladísimos, era una locura. Una simple camisa de algodón que ahora costaba cuarenta euros, dentro de tres semanas, durante las rebajas de enero, podía abarataarse hasta un setenta por ciento.

—¿No vas a comprar un detallito para *tu novio*? —me preguntó Ana, con fingida candidez, deteniéndose frente al escaparate de una tienda pintoresca, especializada en complementos y regalos—. Yo tengo que encontrar algo para mi madre, si le vuelvo a regalar una batidora me la romperá en la cabeza. El año pasado se juntó con tres y se puso histérica. Tal vez le compre unos pendientes, ¿qué te parece?

Le hice un gesto afirmativo y entramos en la tienda tomadas del brazo. Dimos una vuelta deseando encontrar algo bueno, bonito y barato. Nos enamoramos de un peluche con ojos tristes y una cajita de música que tenía forma de tío vivo, pero los precios eran abusivos. Había pisapapeles con purpurina, relojes que parecían antiguos y figuras de hadas preciosas, también valían un ojo de la cara. Los únicos artículos baratos eran las típicas tarjetas de cumpleaños, bautizos, comuniones, bodas y despedidas de soltero; el resto estaba fuera de nuestro rango económico. Cuando ya me había dado por vencida, Ana me mostró un llavero expuesto en la amplia vitrina donde se alzaba la caja registradora. Tenía forma de cerdito y era muy gracioso.

—¡Es perfecto! —Ana aplaudió muy entusiasmada—. Mira la colita retorcida. Estoy segura, a tu novio le hará mucha gracia.

La dependienta me entregó el cambio justo cuando la campanilla de la puerta sonó. Alejandro entro en la tienda acompañado por mamá, sus sonrisas se apagaron al vernos allí, a esa hora, haciendo novillos.

—¿Que estáis haciendo aquí, niñas? —preguntó mamá, sin salir de su asombro.

—Debido a la nevada de esta mañana el profesor de historia no ha podido llegar a tiempo y han suspendido su clase —mintió Ana sin pestañear—. Como teníamos un poco de tiempo libre hemos aprovechado para hacer las compras navideñas. Sara le va a regalar a su novio un llavero.

La reacción de Ana fue tan natural que mi madre se tragó el cuento sin sombra de duda. Alejandro observó el paquetito que yo sostenía entre las manos con expresión de limón amargo y cambió el peso de un pie al otro.

—Muy bien, chicas, id con cuidado. —Mamá buscó en su monedero y me entregó un billete de veinte euros—. Por si quieres comprar algo más. Vamos, Alejandro, nos queda mucho trabajo por delante, aún tenemos que comprar los adornos para la fiesta de Navidad y los detalles que se van a repartir entre los invitados.

—Hasta luego, señora —se despidió Ana, tomándome de la mano para obligarme a caminar.

No me lo podía creer, mi madre no se había dado cuenta de que estaba haciendo campana. Suspiré con alivio. Ya nos quedaba medio metro para salir de la tienda cuando la voz severa de mi madre nos detuvo en seco.

—Un momento. —Oh, no, seguro que nos había descubierto. Estaba claro, no podía ser tan

ingenua, se me iba a caer el pelo—. Si vas a comer en el pueblo, recuerda que tienes que estar en casa antes de las ocho o la abuela pondrá el grito en el cielo.

Asentí, sofocada por mi propia mentira, y entonces fui yo quien tiró con impaciencia del brazo de Ana, no quería tentar a la suerte. Al salir de la tienda mi amiga intercambió una mirada de complicidad conmigo y, muertas de risa, felices por haber escapado invictas y sin castigo, corrimos avenida abajo hasta que estuvimos bien lejos.

—¡Salvadas por la nevada! ¡Qué susto, casi me da un patatús! ¡Pensé que tu madre nos había pillado! —exclamó Ana, respirando con agitación—. Por cierto, ese era Alejandro, ¿verdad? ¡Está buenísimo! Ahora entiendo por qué se te cae la baba cuando hablas de él. Es como un actor de cine, tu hermana le va como anillo al dedo. —Al decir esto, se tapó la boca con las dos manos, percatándose de que había metido la pata hasta el fondo—. Lo siento, no quería...

Lo último que necesitaba en ese momento era la compasión de Ana. Levanté la barbilla con mucha dignidad y apreté el paso para obligarla a correr tras de mí. Quería hacerla sufrir un poco, que pagara por su falta de delicadeza, por hablar sin pensar. Además, la iba a obligar a hacer ejercicio, que buena falta le hacía.

—¡Espera, Sara! No vayas tan deprisa. No quise decir eso —murmuraba entre suspiros, intentando seguirme el paso—. Espera un momento... ¡Ni que fueras el correcaminos!

Me mordí el labio inferior para contener una sonrisa, mientras Ana trataba de recuperar la compostura apoyada en una farola. Jadeaba como si en el mundo no hubiese aire suficiente para llenar sus pulmones. Yo aminoré la marcha y la observé por encima del hombro, fingiendo que aún estaba dolida.

—Siento lo de antes, no quise ofenderte —se disculpó de corazón, mirándome con ojillos de cachorro apaleado.

Caminé un buen trecho en silencio. Ana me adelantó por la acera cubierta de nieve, cabizbaja. Pretendía darme pena. En cambio, aproveché que no me veía para lanzarle a traición una bola de nieve contra la espalda.

—¡Au! ¡Eso duele! ¿Cómo te has atrevido? ¡Has jugado sucio! —Ana se agachó con torpeza y agarró una buena porción de nieve—. ¡Ahora verás! Acabo de preparar mi bola mágica, la llamo la superdestructora. —Antes de acabar su perorata ya le había lanzado yo un par de bolas que hicieron blanco, dejándola sin palabras— ¡Ahora sí que te vas a enterar, tramposa!

En medio de la avenida desierta, nos enzarzamos en una lucha sin tregua de bolas de nieve que duró más de quince minutos. Para evitar un nuevo contraataque de Ana me interné por una calle lateral muy larga y sin salida. Arrinconada contra la pared, las mejillas rojas por el frío y la ropa húmeda debido al hielo, la barriga me dolía de tanto reír mientras me cubría el rostro con los brazos para evitar el golpe de otra superdestructora. Mis bolas de nieve eran más pequeñas, pero certeras, siempre daban en el blanco.

—Por tu culpa voy a coger una pulmonía. —Ana preparó otra de sus superdestructoras, la más grande que había hecho hasta el momento, y se dirigió hacia mí sin fuerzas, gritando como una posesa—. ¡Pide clemencia, bellaca!

Dándolo todo, corrí hacia la avenida para alejarme de Ana, que no fue capaz de seguir mi ritmo y se quedó muy rezagada bramando como una burra moribunda. Al girar en la esquina, tropecé de lleno con algo sólido y duro, que me lanzó contra el suelo. El golpe fue tan violento que mis gafas volaron por los aires y se partieron por la mitad al chocar contra la carretera.

—¿Estás bien? —Alejandro me tendió la mano para ayudarme a ponerme en pie—. Déjame

ver.

Con rápidos movimientos me palpó las piernas y los brazos en busca de alguna fractura. Al notar que no tenía ningún hueso roto, respiró más tranquilo. A continuación se inclinó para recoger las gafas.

—Se han roto, pero al menos estás de una pieza. Menos mal.

Alejandro rozó la punta de mi nariz con la mano para quitarme un poco de nieve, y sonrió. Me quedé con la boca abierta, perdida en su mirada, ni siquiera me alejé cuando sus dedos helados me apartaron un mechón de pelo de la frente. Estaba tan cerca y era tan guapo que podría haber permanecido allí durante horas ignorando el frío.

—Tienes unos ojos muy bonitos, lagartija. No me había fijado hasta ahora.

—¡Prepárate a recibir tu castigo! —gritó Ana, doblando la esquina. Iba armada con una superdestructora que sostenía por encima de la cabeza. La muy zángana había tardado más de tres minutos en darme alcance. Conociéndola como la conocía, era muy probable que se hubiera detenido en mitad de la calle para tomar aliento o, incluso, para descansar un ratito y reunir fuerzas.

Al verme junto a Alejandro, Ana lanzó la bola de nieve a un lado y sonrió con picardía. Luego se fijó en su reloj de muñeca y puso una cara exagerada de preocupación.

—¡Anda! ¡Pero qué tarde es! —Mi amiga era una actriz pésima, así que le vi el plumero enseguida. Lo peor es que Alejandro también se dio cuenta—. Te-tengo que irme a casa ahora mismo. Te dejo en buenas manos, Sara.

—Si quieres te podemos acercar en coche —se ofreció Alejandro, dando un par de pasos hacia la chica.

—No hace falta, vivo cerca. —Ana me dedicó una sonrisa deslumbrante, antes de darme un beso en cada mejilla—. Ya hablaremos mañana. Hasta luego.

A continuación levantó una mano para despedirse de Alejandro y se marchó silbando una alegre melodía, muy satisfecha consigo misma. Cerré los ojos y suspiré, deseando que la tierra se me tragara. Notaba la incomodidad de Alejandro, que me miraba de reojo. Mi amiga era tan sutil como un elefante en una cacharrería.

—Vamos, tengo el coche al final de la calle. Tu madre me está esperando en la tienda con las bolsas y los paquetes.

Aunque me dolía la pierna sobre la que había aterrizado, caminé tras el muchacho intentando no cojear. Al tomar asiento en el cuatro por cuatro, me sentí aliviada, ya faltaba poco para llegar a casa. Alejandro alargó un brazo para colocarme el cinturón de seguridad, su rostro quedó muy cerca del mío, pude sentir su aroma, su calor. Él carraspeó y giró la llave de contacto, arrancando el potente motor.

Unos minutos después recogimos a mamá en la tienda de regalos, junto a una pila de bolsas y cajas. Al verme tan mojada, me echó una buena reprimenda mientras tomaba asiento en la parte trasera y se abrochaba el cinturón de seguridad.

—No hago carrera de ti, hija mía. Cómo te has puesto así. ¿A quién se le ocurre jugar con la nieve sin llevar un buen impermeable? —Mamá me miró con disgusto a través del espejo retrovisor—. Espero que te hayas disculpado con Alejandro. Mira como le has puesto la tapicería, eres un desastre. Por cierto, ¿dónde están tus gafas?

—Bueno, eso ha sido culpa mía. No miraba por donde iba y me he tropezado con ella. No se

ha hecho daño, pero se ha dado un buen golpe —mintió Alejandro para protegerme de una reprimenda mayor.

Bajé la vista, avergonzada. La expresión de mamá pasó de enfadada a preocupada.

—¿Deberíamos ir a urgencias? —Negué con la cabeza—. Ay, Dios mío, ten hijas para esto. Mañana iremos a la óptica para comprarte unas nuevas. De todas formas ya tocaba hacerte la revisión.

—Yo me encargo de la factura. A fin de cuentas ha sido culpa mía. —Al cambiar las marchas, Alejandro me rozó el muslo sin querer y pegué un brinco. De inmediato, la mano masculina soltó la palanca y buscó el volante, agarrándolo con fuerza. Los colores tiñeron mis mejillas, mientras fingía estar muy concentrada jugueteando con un hilillo de mi chaqueta.

Mamá frunció el ceño y nos observó alternativamente por el espejo retrovisor. El interior del coche, de pronto, se cargó con una atmósfera enrarecida, tanto, que Alejandro encendió la radio para suavizar el angustioso silencio. En un par de ocasiones, mis ojos se encontraron con los de mamá en el espejo, que me observaban desconfiados, acusadores.

Quince minutos más tarde, me dirigí a mi habitación para ducharme. El agua caliente me ayudó a desentumecer la cadera, que comenzaba a ponerse de un feo color violeta. Al salir del cuarto de baño, envuelta en la bata de estar por casa, me encontré con una taza humeante encima de la mesita de noche. Adela me había dejado una nota donde me ordenaba beber hasta la última gota de chocolate para entrar en calor y no coger un resfriado. Entre sorbo y sorbo, contemplé los cardenales que me estaban saliendo en las piernas y en los brazos. Aunque no me dolían, las marcas eran muy escandalosas.

El sábado por la mañana Adela, mamá y yo nos subimos en el BMW de alta gama que conducía Tomás. Los cuatro nos dirigimos a un famoso centro comercial de Barcelona, donde había una óptica muy prestigiosa, que entregaba las monturas con los cristales en una hora.

—Oh, mirad que cucadas —canturreó Adela al pasar por delante de una tienda de ropa—. Esta minifalda te quedaría preciosa, Sara. Y fíjate en esa camiseta —comentó a su marido con emoción—, deberíamos regalársela.

Mamá resopló muy enfadada y tiró de mí para que aligerara el paso, dejando atrás al matrimonio. Adela nos alcanzó al llegar a la óptica y le sonrió a mamá.

—Mientras preparan las gafas, podemos ir de tiendas para comprarle a Sara ropa más acorde con su edad, ¿no te parece, Sofía?

—No voy a dejar que mi hija se ponga cosas tan llamativas. Tiene justo lo que necesita, ni más ni menos —zanjó mamá, dejando a Adela boquiabierta.

La verdad era que me sentía cómoda con mi ropa, ya me había acostumbrado a las tallas grandes y no me apetecía ir ceñida o tener que emperifollarme como lo hacía mi hermana.

En la óptica, mi madre se empeñó en escoger monturas espantosas, la mayoría eran de pasta, gruesas, feas y de colores que no me sentaban bien. Por el contrario, Adela buscaba diseños juveniles que realzaran el verde natural de mis ojos. Al final, me enamoré de unas gafas rojas de metal.

—Estás fantástica, Sara —me animó Adela, alegrándose por mi elección—. Y encima están de oferta. Buena calidad a un precio razonable.

—No me gustan —replicó mamá de morros, sosteniendo entre los dedos la montura más

antiestética que había en la tienda—. Prefiero estas, son más clásicas y también están a buen precio.

—Querida, tienes el gusto atrofiado —criticó Adela, quitándole las gafas a mi madre para observarlas de cerca—. Estas cosas dejaron de fabricarse en los años cincuenta. Además, son demasiado grandes, van a taparle la cara por completo.

—¿Ahora resulta que aparte de cocinera también eres estilista? —espetó mamá con resentimiento, enfadada porque le llevaran la contraria—. Sara es mi hija y yo decido qué puede comprarse y qué no. Las gafas que habéis elegido no me gustan nada, son poco prácticas y el color es inadecuado. No quiero que en el instituto me llamen otra vez la atención. Nos llevamos estas y punto.

—Eso lo veremos —susurró la cocinera junto a mi oído, y a continuación me guiñó un ojo.

Cuando mi madre se dirigió a la dependienta que nos había atendido para comprar las horribles gafas de pasta, Adela caminó hasta el mostrador contrario, donde había un empleado libre, tomó asiento y verificó por el rabillo del ojo que mamá seguía ocupada, sin detectar lo que se estaba cocinando a sus espaldas.

—Disculpe, ¿podría tener esta montura lista en una hora? —preguntó Adela muy bajito, echando el cuerpo hacia adelante para que nadie más la escuchara.

—Desde luego, señora —respondió el chico, con una sonrisa desconcertada. No comprendía por qué Adela hablaba como si estuvieran en una conspiración.

—Estupendo. Las dioptrías las ha apuntado tu compañera a nombre de Sara Marín García. ¿Tendrás algún problema para conseguirlas? —preguntó la rolliza cocinera, expectante—. Es una sorpresa.

—Por supuesto que no —contestó el empleado, revisando el ordenador—. Los datos deben estar en la ficha del cliente, no se preocupe.

—Bendita tecnología —rezó Adela, agarrándose una mano—. Estas te las regalamos Tomás y yo por Navidad.

Una hora y veinte minutos después, fuimos hasta la óptica para recoger las monstruosas gafas que había elegido mamá. Al ponérmelas, noté de inmediato que la montura era tan pesada que se escurría por mi nariz. Me pasé todo el viaje de vuelta a casa subiéndome las gafas con el dedo índice. Encima, como me habían aumentado las dioptrías, tenía la ligera sensación de que el suelo estaba un poco elevado y me sentía mareada. Cuando la abuela me vio llegar, sonrió con satisfacción.

—Habéis hecho una buena elección. Veo que has seguido mis consejos, hija —comentó con orgullo dirigiéndose a mi madre—. Estas no se romperán con tanta facilidad y cumplirán su misión.

Detecté algo extraño en aquella afirmación. Un subtexto que me dejó mal sabor de boca. Era obvio que la abuela había hablado con mamá, y que la misión que debían cumplir mis gafas nada tenía que ver con la miopía y todo con mi mala reputación. Ahora entendía por qué mamá se había empeñado tanto en escoger la montura más horrible de la tienda. No era por falta de gusto, era para mantenerme a raya, no fuera a descarriarme por segunda vez.

Adela esperó a quedarse a solas conmigo en la cocina para sacar de su bolso la funda que contenía el otro juego de gafas. Sonreí con tristeza al tomar el estuche y lo apreté contra mi pecho, emocionada por el detalle.

—Guárdalas bien. Si tu madre las encuentra y quiere reñirte por tenerlas, me la mandas. Yo me encargaré de ponerla firme. —Agradecida, me lance a los brazos de Adela y le di un sonoro beso en la mejilla.

El veinticuatro de diciembre llegó en un abrir y cerrar de ojos. Esa noche se celebraba otra fiesta navideña en la mansión, y esta vez yo también estaba invitada. Mientras le echaba una mano a Adela con los canapés, la jauría de camareros temporales que había traído la empresa del *catering* trabajaba como hormiguitas bajo las órdenes de la abuela.

—Sara, toma esto. —Gertru me entregó la bandeja de plata labrada donde iban las tartaletas de roquefort—. Déjala encima de la encimera junto a las otras.

Cargada con la bandeja, pasé junto a María, la sirvienta mala, que no daba ni palo al agua cerca de la mesa de las bebidas. Se había pasado toda la tarde coqueteando con Alejandro, quien no paraba de entrar y salir de la cocina. Estaba claro que al muchacho le había encandilado el uniforme de la sirvienta, un palmo más corto y una talla más pequeño de lo debido, y merodeaba a su alrededor como un tiburón en busca de su presa. Cada vez que entraba, tomaba una copa de cava, la llenaba a rebosar y se sentaba en una silla a observar con descaro a la sirvienta. Entonces, María daba lo mejor de sí, movía su cuerpo con la misma gracia de un felino, agachándose para mostrar el trasero en busca de las bebidas, juntando los brazos para aprisionar sus senos al tratar de descorchar una botella o llevándose un dedo a los labios para chupar algún resto de alcohol. Era un ritual de cortejo previo al apareamiento digno de un reportaje del *National Geographic*. Alejandro le estaba entregando su cabeza en una bandeja de plata, y pasara lo que pasara, se lo tenía bien merecido por sinvergüenza. No pensaba preocuparme por él, aunque me estaba muriendo de celos.

Poco antes de las siete, Sonia entró en la cocina buscando la abuela para pedirle consejo sobre un complemento. Alejandro la vio entrar, pero no se apartó de María, continuó sonriéndole como un bobo. La comunicación no verbal de sus gestos era tan evidente que a Sonia no le pasó desapercibida.

—¿Ahora tengo que aguantar que tontee con una empleaducha también? —La abuela enseguida hizo un gesto a Sonia para que guardara silencio y se la llevó aparte. Yo me coloqué en un lugar estratégico y afiné el oído.

—Ten un poco de paciencia, cielo. Es un hombre joven, deja que se desfogue, no seas celosa y, ante todo, no montes un escándalo. Sobrellévalo lo mejor posible. Al final, acabarás ahorcándolo con su propia cuerda. Confía en mí.

—Qué fácil es decir eso cuando no te están poniendo los cuernos a ti —replicó mi hermana, asesinando con la vista a Alejandro—. En cuanto pueda, voy a echar a esa puta de esta casa.

—Cuántas veces te he dicho que no uses ese vocabulario. Cualquiera podría escucharte.

Me sorprendía el cinismo de la abuela. Regañaba a mi hermana por usar palabrotas y, sin embargo, la animaba a prostituirse para cazar a un marido rico. Y Sonia no se quedaba atrás.

—¡Ahora sonríe! —le ordenó la abuela cuando la señora de Clara apareció en la cocina para supervisar cómo iban los preparativos—. No demuestres que estás afectada.

La señora de Clara ni cuenta se dio de la situación, siempre parecía estar en las nubes, ajena a lo que la rodeaba. Aunque me sorprendió que se dibujara una sonrisa enigmática en su cara llena de bótox cuando la abuela pasó junto a ella, acompañada por Sonia. Inclusive, noté que levantaba un poco la barbilla, como si estuviera orgullosa o satisfecha. En el momento que sus ojos se

cruzaron con los míos me puse colorada y bajé la vista. La había estado observando de manera muy evidente y no quería resultar maleducada.

Cuando el personal se esfumó para enfundarse en sus uniformes nuevos, en la cocina solo quedamos María y yo. La sirvienta mala se llenó una copa de cava y tomó asiento. Sus ojos me contemplaron con diversión, mientras yo trataba de abrir la puerta de servicio cargada con una pila de cajas.

—¿Necesitas ayuda? —me preguntó María a media voz, tomando un largo trago de su copa, sin hacer el menor ademán por ayudarme—. Ay, perdona, se me olvidaba que no puedes hablar. ¡Qué tonta soy!

Forcejeé de nuevo con el pomo de la puerta de servicio, hasta que por fin logré salir al exterior. Como no tenía un cúter, tardé un buen rato en desmontar las cajas de cartón para tirarlas en el contenedor de reciclaje.

Al terminar, llené mis pulmones con el aire frío de la noche, muy satisfecha con mi trabajo, y ascendí por la escalinata hasta la puerta entreabierta del servicio, por la que se escapaba una suave línea de luz blanquecina, que se proyectaba en el suelo. Me disponía a entrar en la cocina cuando el sonido apagado de unas risillas me detuvo. Acerqué un ojo a la estrecha abertura y contemplé el interior con estupefacción.

Alejandro abrazaba a María por la espalda, mientras la mujer frotaba su trasero contra la entrepierna masculina. El uniforme de la sirvienta tenía los primeros botones del escote desabrochados, rebelando su generoso busto. Contuve la respiración, pero permanecí quieta en mi lugar. Aunque quería marcharme, no me atrevía a mover un solo músculo por miedo a hacer ruido.

—Eres preciosa. —Alejandro acarició la blonda transparente del sujetador femenino, que sobresalía por el uniforme abierto.

—No, señor, nos pueden ver —ronroneó María, soltándose la melena, de un tono muy similar al mío—. Este no es el momento ni el lugar.

Alejandro acarició el cabello de la sirvienta y una sombra de duda cruzó por su rostro. Entonces tomó un mechón e inspiró el aroma.

—Hueles tan bien. A lluvia, a... —Los ojos del muchacho se achicaron—. Trabajas aquí todos los fines de semana, ¿alguna vez te has bañado desnuda en el lago?

—Es una pregunta o una proposición, señor —respondió María, en tono juguetón.

—No estoy bromeando, contéstame. ¿Te has bañado desnuda?

—Sí, desde luego, suelo bañarme desnuda. ¿Acaso usted se baña vestido?

—No juegues conmigo...

—No era mi intención. Estoy segura de que usted también se habrá bañado desnudo en el lago alguna noche, ¿o me equivoco? —La boca de la mujer se curvó en una sonrisa felina que acaparó la atención del hombre.

—Te estás divirtiendo a mi costa. —Alejandro agarró la melena de María y la obligó a mirarlo, sus labios quedaron a escasos centímetros—. Llevas semanas atormentándome con este jueguito tuyo. Me vuelves loco de excitación y luego me dejas con las ganas.

—No es cierto. —María se humedeció los labios y abrió la boca en una invitación tentadora.

—Eres tú, ¿verdad? Siempre has sido tú y no me he dado cuenta. —Alejandro colocó una pierna entre los muslos de la sirvienta y se inclinó para besarla.

—¿Qué pretende, señor? —María giró la cara evitando el beso, al mismo tiempo que agitaba

las caderas contra la virilidad de Alejandro.

—Lo sabes perfectamente.

La sirvienta colocó las manos contra el pecho masculino y lo empujó con suavidad para tomar distancia. Los senos estuvieron a punto de salirse del sujetador en aquella maniobra perfectamente estudiada.

—¡Deténgase! —chilló María, risueña, cuando la mano de Alejandro ascendió por su muslo rumbo al trasero, apenas cubierto con la ceñida minifalda—. ¡No, no, no...! No pienso convertirme en su amante. No soy ese tipo de chica.

María apartó a Alejandro con un movimiento brusco y, con manos temblorosas, comenzó a abotonarse la parte delantera del uniforme. Él suspiró con frustración, apoyándose en la encimera.

—No, eres peor, una calientabraguetas.

—¡Cómo se atreve! —gritó María, elevando una mano para darle una bofetada en la mejilla. Alejandro la detuvo, tomándola por la muñeca—. Yo no soy una zorra como la hermana de su prometida.

—Deja a mi cuñada tranquila —amenazó Alejandro, apretando los dientes.

—Por qué la defiende tanto, ¿acaso le gusta? —El tono de voz de la sirvienta denotaba envidia.

—Si quieres que te demuestre el tipo de mujer que me vuelve loco, podrías venir más tarde a mi dormitorio. Nadie tiene por qué enterarse. —Alejandro soltó la muñeca de María y sonrió con insolencia.

—Ni lo sueñes —se negó la sirvienta, muy indignada. En sus ojos vi que deseaba hacer daño a Alejandro—. Yo no soy la sustituta de una zorra. Si quieres follártela, fóllatela a ella.

Alejandro silenció las protestas de María con un beso violento. La sirvienta se resistió al principio, pero terminó cediendo.

—Ven a mi dormitorio esta noche —insistió antes de apartarse de ella.

—¡No pienso ir! No me esperes —gritó María, abandonando la cocina a toda prisa.

—Otra vez huyendo. —Alejandro sonrió cruzándose de brazos—. Pero esta vez sé quién eres y no pienso dejarte escapar.

Pese a que el frío de la noche me hizo temblar, permanecí en la escalerilla de la puerta de servicio hasta que la cocina quedó vacía. En mi mente no dejaba de ver a Alejandro acariciando a María, besándola.

—¿Sara? ¿Hija?—La voz de mamá llegó desde el otro lado de la puerta, me estaba buscando. El corazón comenzó a latirme con fuerza. Si hubiera llegado unos minutos antes, mamá habría pillado infraganti a... Hice a un lado ese pensamiento y entré en la cocina—. Ah, estabas ahí fuera.

Mamá ya se había arreglado. Llevaba un vestido largo en tono gris perla, con un hombro al aire, muy ceñido en las caderas, que se habría en una graciosa campana al llegar a las rodillas.

—Mira la hora que es. Aún no te has cambiado y la fiesta está a punto de empezar. ¡Venga! ¿A qué esperas? Sube y vístete.

Asentí con la cabeza y me dirigí a mi dormitorio sin muchas ganas de fiesta, me sentía tan cansada como si hubiera corrido una maratón. La simple idea de tener que ducharme y arreglarme me daba pereza.

Al verme entrar por la puerta, Orejas se restregó contra mis piernas y maulló pidiendo

atención. A continuación, se dejó caer en el suelo, se puso panza arriba y me miró con los ojos redondos llenos de amor. Tras hacerle unos cuantos arrumacos, le serví una ración generosa de salmón en lata. Luego me metí en la ducha y me lavé el cabello con esmero, iba a alisarlo con el secador para estar divina de la muerte. Ana había visto un tutorial en *Youtube* para tener una melena perfecta y me había explicado el truco.

Quince minutos más tarde, me arrepentí de haber cogido el secador. Tenía el pelo esponjado, a lo afro, como si lo hubiera cardado a propósito. Para arreglar el desastre me hice una coleta baja y me apliqué un chorro de aceite de argán en las manos, que repartí de medios a puntas. No podía hacer milagros, pero al menos conseguiría amansar a la bestia.

Cuando terminé de abotonarme el vestido, me contemplé en el espejo del cuarto de baño. Estaba horrible, no, peor aún, espantosa. La madame se había lucido más que nunca al regalarme aquella abominación. La tela de color marrón oscuro con florecillas amarillas me quedaba como una patada. Las mangas abombadas caían por debajo de mis hombros y las tiras de raso que ceñían la cintura colgaban sin forma ni gracia. Para rematar la faena, también me había obsequiado unos zapatos planos de color negro. No entendía por qué se esforzaba tanto por hacerme parecer más fea, era ridículo. Acaso pretendía convertirme en la burla de los invitados.

Tomé aire varias veces para relajarme y abandoné mi habitación vestida como una auténtica adefesio. Bajé por las escaleras con calma, mirando a un reducido grupo de señoras que charlaban en el vestíbulo principal. Llevaban vestidos de grandes diseñadores, de esos que solo se ven en las páginas interiores de las revistas, aunque no les quedaban tan bien como a las modelos. Cuando pasé junto a ellas ni siquiera repararon en mi presencia. Sintiéndome invisible, poca cosa, entré en el gran salón donde había una multitud de gente. El ruido era ensordecedor. La música solapaba las risas y apenas se entendían las conversaciones.

Caminé por el salón en busca de una cara familiar, necesitaba a alguien que me reconfortara. Estar sola en medio de un montón de desconocidos no era muy agradable. Además, el bombardeo de estímulos visuales y sonoros me estaba poniendo de los nervios. Por accidente, choqué con una señora tan enorme como una catedral.

—Mira por dónde andas, casi me tiras la copa encima. —La mujer se volvió hacia su grupito de amigas con disgusto—. Ni siquiera se ha disculpado. ¡Qué grosera!

Sin saber cómo reaccionar, me mordí el labio inferior y apreté los puños. No quería meterme en problemas, por eso ignoré el murmullo de desaprobación del grupito y puse distancia de por medio.

Me conocía tan bien la mansión que decidí esconderme dentro de las descomunales vidrieras que daban al jardín. El pequeño cubículo de metro y medio, que se formaba entre las cortinas y los ventanales, era el lugar ideal para espiar la fiesta sin ser vista.

A medida que avanzaba la noche, el cava corría de mano en mano, acompañado por los canapés, las bromas y las risas. Mamá charlaba en medio de un grupo de señoras, tan relajada, que no parecía ella misma, en tanto Gertru iba de un lado a otro, cargada con dos colosales bandejas de plata llenas a rebosar. Se notaba a simple vista que la anciana no estaba cómoda con el uniforme negro y la cofia blanca en la cabeza, de donde se le habían escapado varios mechones de pelo cano. La pobre mujer bufó varias veces para apartarse el flequillo de los ojos. Como no conseguía su objetivo, dejó las fuentes en una mesa y, con disimulo, se arregló el tupé, metiéndolo bajo la cofia. Seguidamente, miró a ambos lados, se quitó un zapato y se rascó la pantorrilla con el pie desnudo, suspirando de puro gusto. Estaba en el quinto cielo.

La abuela no tardó en aparecer junto a Gertru hecha una furia para llamarle la atención. No pude oír lo que le dijo, pero por sus gestos estaba segura de que se había despachado a gusto.

—Hola, pequeña. —Sobresaltada, volví a la realidad cuando Adela apareció en mi escondite—. Te he traído un poco de pica-pica. Debes tener hambre y estos bocaditos de gambas van a volar en tres segundos.

La cocinera me entregó un plato lleno de canapés y me sonrió con diversión. Luego me guiñó un ojo.

—Será mejor que me marche. Si la madame me ve mucho tiempo hablando con las cortinas, seguro que me manda de cabeza a un psiquiátrico.

En cuanto Adela se marchó, aparté la cortina con una mano y escudriñé el salón, degustando un sabroso bocadito de gambas. Como no había señales de Alejandro, me dirigí al otro lado de la cortina para buscarlo en el anexo, una sala más reducida, donde habían puesto música actual para la gente joven. Allí, en una zona oscura y alejada, localicé a mi hermana. Al principio me costó un poco reconocerla, estaba con alguna copa de más y tonteaba con un chico robusto, que baboseaba por ella. En un momento dado, Sonia le tendió los brazos alrededor del cuello y se apretó contra él de manera indecente para bailar la canción que estaba sonando. Disgustada por el deleznable comportamiento de mi hermana, decidí que la fiesta se había terminado para mí.

Atravesé los corredores de la mansión a paso ligero, notando como el frío penetraba por los muros gruesos de piedra. La humedad del ambiente crecía a medida que me alejaba de la fiesta. Era muy probable que la madame hubiera apagado el sistema de calefacción de esa parte de la casa para reducir gastos.

El saloncito que precedía a mi dormitorio estaba sumido en una calma sepulcral. Alejandro tampoco estaba allí y deduje que no volvería hasta bien entrada la madrugada. Así que tenía vía libre para buscar los diarios de Karen en la biblioteca. La sonrisa que había dibujado en mis labios se congeló de golpe cuando mis ojos se encontraron con la mirada brillante de una figura espectral, que permanecía muy quieta en la otra punta del saloncito, junto al dormitorio de Alejandro. Quise salir corriendo, pero el miedo me paralizó. No me atrevía siquiera a parpadear.

La silueta avanzó con paso seguro hacia mi persona. Los rayos de luna que atravesaban las ventanas perfilaban el contorno translúcido del hombre, cuyos ojos relucían como dos llamas color cobalto en medio de las sombras.

Estaba al borde del grito, en el momento en que la aparición fue perdiendo definición y se desvaneció por completo. Alucinada, sin saber si lo que acababa de ver era realidad o una jugarreta de la imaginación, corrí hasta el interruptor y encendí todas las luces. Al ver que estaba sola, que no había nadie, que todo estaba como de costumbre, comencé a respirar otra vez. Sin embargo, no podía dejar de pensar en la misteriosa figura que se había manifestado frente a mí. Tal vez solo había sido un juego de luces y sombras, que unido a mi desbordante imaginación había creado una imagen inexistente. Sí, aquello era el resultado de tanto ruido, fiesta, música y nervios. Una mezcla mortal de estímulos que había desembocado en aquello.

Más tranquila, al saber que no había nadie rondando por allí, me introduje en el dormitorio de Alejandro para encontrar el sexto diario de Karen. Caminé por la biblioteca buscando la quinta y la sexta chimenea. Según decía el acertijo que había memorizado, tenía que situarme entre las dos y dar cincuenta y siete pasos hacia el cielo blanquecino. ¿Pero dónde estaba el cielo blanquecino? Sospechaba que era una figura retórica, algo simbólico que formaba parte de la biblioteca.

“Busca las dos protectoras de mis secretos, que se alzan en la biblioteca, rodeadas por sus gemelas. Entre la quinta y la sexta se ocultan mis pensamientos. Cuenta cincuenta y siete pasos desde la base central, buscando con los ojos un cielo blanquecino plagado de ángeles. De entre todos ellos, dirígete a un querubín que hace sonar una flauta y atrae con su música a los animales que le rodean. Réstale veinticinco pasos al camino andado, imitando un semicírculo. Tras esto, camina hacia el oeste treinta pasos y a tus pies encontrarás la respuesta”.

Recorrí toda la estancia con la mirada. ¿Quizás Karen hablaba de algún cuadro que había sido arrinconado en el trastero después de las reformas? Qué rabia me daba. Ahora que estaba tan cerca de descubrir el secreto que ocultaba la mansión, el destino me jugaba una mala pasada.

Frustrada por la idea de no ser capaz de encontrar el diario, me crucé de brazos y me senté en un sillón individual de cuero. Permanecí largo rato en esa postura, repiqueteando con un pie en el suelo a la espera de ser iluminada por obra y magia del Espíritu Santo. El tiempo iba pasando y yo buscaba por doquier algo similar a un cielo blanquecino plagado de ángeles.

Suspirando, recosté la cabeza en el respaldo para cubrirme los ojos con el antebrazo. Estuve un par de minutos así, escuchando el suave pitido provocado por el silencio. Abrí la boca en un bostezo y, para evitar el sueño, me di un masaje en el puente de la nariz con el dedo pulgar y el índice. Entonces, mi vista se fijó en los altos techos de un blanco puro y en las molduras de yeso que los remataban. Los motivos rupestres labrados en el yeso apenas se apreciaban debido a que estaban a gran distancia del suelo, por lo menos a cinco o seis metros.

Emocionada por mi descubrimiento, me subí a una escalera de la biblioteca y observé con atención el relieve de las molduras. Había miles de animales diminutos allí. Si deseaba encontrar el querubín debía ponerme manos a la obra de inmediato. Valiéndome de la escalera emprendí la ardua tarea de buscar una aguja en un pajar.

El pequeño mensajero de Dios, rodeado por animales que seguían la música de su flautín, se encontraba cerca del ropero que contenía el pasadizo secreto. Volví a colocarme entre la quinta y la sexta chimenea, y caminé desde el centro hacia el angelito, contando cincuenta y siete pasos, a continuación hice un semicírculo hacia la izquierda restando veinticinco. El oeste quedaba en dirección a la habitación de Alejandro. Di treinta pasos más en ese sentido y quedé justo debajo del enorme arco que separaba la biblioteca del dormitorio. En aquel lugar no había nada, ningún sitio donde esconder el diario.

Realicé la misma operación de nuevo, pero el resultado fue idéntico. Sobre mi cabeza tenía el elegante arco y a mis pies el mosaico multicolor. Subí a la escalera para examinar los capiteles donde se apoyaba el arco, sin embargo no detecté nada raro. Al descender, me agaché para comprobar las diminutas piezas de cerámica que estaba pisando. Eran más irregulares que el resto, nada llamativo. Varias se elevaban un escaso milímetro por encima de las otras, estaban gastadas y el color del mortero que las rodeaba era algo más oscuro. Di un par de golpes en la superficie de cerámica y tuve la sensación de que sonaba a hueco.

Muerta de miedo por la decisión que acababa de tomar, me dirigí al escritorio de Alejandro para coger un abrecartas de metal. Luego, volví sobre mis pasos hasta el lugar donde me había conducido el acertijo de Karen, me puse en cuclillas y con sumo cuidado clavé la punta del abrecartas en el mortero. Uno tras otro, desprendí los diminutos cuadraditos de gres que formaban el mosaico, hasta que un listón de madera quedó a la vista. Medía ocho dedos de ancho por cuatro palmos de largo.

Introduje el abrecartas por una de las ranuras laterales del listón e hice palanca. Conseguí levantar la madera unos cuantos centímetros y la sujeté con las puntas de los dedos. El diario descansaba verticalmente a bastante profundidad, protegido por una tela mugrienta de color indefinido. Después de sacarlo, metí de nuevo la mano y palpé con los dedos. Sentí el tacto de algo frío y metálico. Saqué el objeto llevada por la curiosidad y descubrí que era una escopeta antigua. El cañón era largo y delgado, con letras góticas inscritas en los lados. La culata era de madera y estaba adornada con una pieza de metal labrada. Al dejarla de nuevo en su lugar, chocó contra otra pieza similar y, por el sonido que hizo, deduje que debía haber muchas armas más. Tal vez bajo el suelo de la biblioteca se encontraba un arsenal. Recordé varias noticias de la prensa que hablaban de niños que habían perdido manos o pies por culpa de las bombas que no habían explotado durante la guerra y que lo hacían muchos años después. ¡Qué miedo! Prefería no meter la mano allí otra vez. Los bichos inofensivos que se alojaban en el interior de las chimeneas ya no me parecían tan peligrosos.

Coloqué el listón de madera en su sitio y apreté el diario de cuero rojo contra mi pecho, percibiendo el olor a encierro y dejadez. Me sentía tan dichosa que estaba a punto de volar con las orejas. Lo único que opacaba mi felicidad eran los azulejos desparramados por el suelo.

Dispuesta a solucionar aquel problema, revisé los cajones del escritorio hasta que encontré un bote de pegamento que aseguraba ser muy resistente, capaz de pegar cualquier cosa. Era un producto que Alejandro utilizaba cuando construía las maquetas de los aviones a escala que decoraban su dormitorio.

El resultado no fue muy satisfactorio, pero hizo su función. Otro día compraría masilla en la ferretería del pueblo y cubriría las ranuras que habían quedado entre las baldosas. Esperaba que hasta entonces nadie se diera cuenta del estropicio.

Como era muy tarde y no quería tentar a la suerte, apagué todas las luces y me dirigí al guardarropa para llegar a mi dormitorio a través del pasadizo secreto. Estaba a mitad de camino cuando escuché el ruido de la puerta al abrirse y unos pasos que entraban. Me quedé quieta, agazapada. La estancia estaba en penumbra, iluminada por los rayos de la luna que se filtraban por la ventana. Algo se rompió en la habitación de Alejandro, escuché una maldición y emprendí la huida como un conejillo asustado. Las manos de un hombre me agarraron por la cintura cuando estaba a punto de llegar al ropero.

—Veo que has cambiado de opinión con respecto a pasar la noche conmigo, María. — Alejandro enterró el rostro en mi cuello e inspiró mi aroma. Enseguida noté que estaba un poco ebrio—. Te gusta hacerte la difícil, pero sé que me deseas. Así sois todas las mujeres.

Abrí los ojos como platos cuando Alejandro me apretó contra él, haciéndome notar su tremenda erección. Al poner las manos contra el pecho musculoso para apartarlo, mis dedos tocaron su piel desnuda. Llevaba la camisa desabotonada hasta la cintura.

—Debería castigarte por lo que me has dicho en la cocina. — Alejandro me obligó a dar unos pasos tambaleantes hacia atrás—. No voy a dejarte escapar. Eres mía.

Mi cordura se perdió en el fiero beso de su boca. Acaricié su lengua con la mía, saboreándolo, mientras unas manos invisibles acariciaban mis pechos. No sé en qué momento acabamos sobre la alfombra. Lo sentía sobre mí, entre mis piernas, penetrándome la boca con la lengua. Estaba sin aliento y no tenía fuerzas para resistirme.

—Ahora estoy seguro. Eras tú —susurró Alejandro contra mis labios.

EN EL AMOR Y EN LA GUERRA

TRATÉ de zafarme del abrazo posesivo de Alejandro, luchando con uñas y dientes, pero él me sujetó las muñecas con una mano por encima de la cabeza y con la otra me levantó la falda.

—Estoy cansado de tus juegucitos —espetó dominado por el frenesí de la pasión, creyendo que mi resistencia era parte de la treta que María había iniciado en la cocina para seducirlo.

A continuación me besó con brusquedad, impidiéndome tomar una bocanada de aire, y tiró del cuello de mi vestido sin la más mínima delicadeza, rompiendo los botones y dejando al descubierto mis pechos, protegidos por un sostén de algodón.

—Ahora nos divertiremos a mi manera —me amenazó, chupando con la lengua el contorno del pezón que se intuía a través de la fina tela de color blanco—. Tu sabor me enloquece.

Por instinto, traté de soltarme sacudiendo el cuerpo, sin embargo Alejandro me tenía bien sujeta. Mis protestas y chillidos sólo consiguieron aumentar el deseo de mi captor. Sentía su sexo endurecido y latente contra el pubis.

Desesperada, me incorporé cuanto pude y le hiqué los dientes al primer trozo de carne que se cruzó en mi camino, que resultó ser la piel de un hombro.

—Con que esas tenemos, ¿eh? —Sonrió Alejandro, liberando mis muñecas—. Si quieres guerra, la vas a tener.

Me separó las rodillas con rudeza e introdujo una pierna para obligarme a mantenerlas abiertas. Luego metió una mano entre mis muslos y apartó mis braguitas de un tirón para rozar mi sexo, ya húmedo debido a la excitación.

—Esto es lo que querías —murmuró, inclinándose para atrapar con los labios el lóbulo de mi oreja.

Las oleadas de calor que sofocaban mis cinco sentidos me abotargaban la mente hasta el punto de anular mi determinación. Quise apartar los grandes dedos que me acariciaban en aquel lugar tan íntimo, pero Alejandro me lo impidió. Poco a poco dejé de luchar y me abandoné al electrizante delirio que me llenaba por entera. Sin el más mínimo pudor me arqueé bajo el cuerpo del hombre que me estaba dando placer, deseando más. Aquellos dedos expertos frotaron mi clítoris, volviéndome loca. La presión en ese punto exacto me erizaba la piel, me hacía arder y jadear. Una nueva sensación jamás experimentada se abrió paso en la oscuridad palpitante, era el

preludio de algo intenso que estaba por venir. Mi necesidad era tan urgente que solo Alejandro podía satisfacerla, y lo necesitaba ya.

El sonido de la cremallera del pantalón al bajarse quedó amortiguado por el grito de una mujer. Al abrir los ojos, descubrí que alguien había encendido la luz de la biblioteca. Entre mis piernas, pegado a mí, con la mano aún en la bragueta, Alejandro me devolvió una mirada estupefacta. Estaba tan sorprendido como yo misma. Parpadeó varias veces como si estuviera frente a un espejismo. Tan pronto comprendió la situación, se incorporó sobre las piernas y giró la cabeza hacia la persona que había gritado.

—¡Lo sabía! —María nos miraba llena de indignación—. ¡Estáis liados!

Alejandro se subió la cremallera del pantalón, sin saber qué hacer o qué decir. El desconcierto y el alcohol habían mermado su capacidad de reacción.

—No es lo que piensas. Yo... Yo pensaba... Yo creía que eras... —Alejandro movía la boca, pero de ella no salía ninguna explicación coherente—. Creía que eras tú.

—Sí, claro, a otra tonta con ese cuento. —María giró sobre sus talones y sin decir una sola palabra más se marchó de la biblioteca, dejándonos a los dos solos.

La habitación quedó sumida en el más profundo de los silencios. Alejandro aún respiraba con dificultad cuando se puso en pie, dejándome en el suelo con la falda levantada y las piernas abiertas.

—¡Ponte bien el vestido! —me ordenó sin ninguna consideración. Con dedos temblorosos hice lo que buenamente pude—. ¿Se puede saber a qué estás jugando?

Alejandro caminó por la habitación de un lado a otro, sin ocultar su abultada excitación, pasándose las manos por el pelo con nerviosismo. Bajé la vista para evitar sus ojos acusadores, que estaban llenos de furia. No me atrevía ni siquiera a mirarlo por el rabillo del ojo, aunque intuía que él me observaba de soslayo.

—No quiero verte de nuevo en mi habitación o tendré que hablar seriamente con Soledad —me advirtió con un tono de voz ronco y profundo. Pegué un bote asustada al escuchar el nombre de la abuela y me bajé un poco más la falda—. Quizás estás acostumbrada a hacer esto con cualquiera, pero a mí me debes respeto.

El sexto diario de Karen descansaba en el suelo, a poca distancia de mis piernas. Cuando Alejandro me dio la espalda de nuevo, aproveché para esconderlo bajo la ropa.

—No estoy hecho de piedra, Sara. Pero como intentes meterte en mi cama de nuevo, te voy a dar una zurra tan grande que no vas a ser capaz de sentarte durante una semana. —Al decir esto, su verga vibró dentro de los pantalones.

Tragué saliva, levantándome. Mis piernas parecían estar hechas de plastilina y se negaban a responder a las órdenes que les mandaba el cerebro. Temblaba tanto que al dar el primer paso estuve a punto de caer de bruces al suelo, pero Alejandro lo impidió envolviéndome entre sus brazos. Nuestros pechos quedaron pegados, mis senos oprimiendo sus pectorales musculosos. Su virilidad se endureció apretada contra mi estómago, resistiéndose a la voluntad del hombre. De repente, sentí la boca seca y tuve que humedecerme los labios.

—No vuelvas a hacer eso —me ordenó Alejandro, mirándome la boca con deseo. Me soltó de inmediato y puso distancia de por medio—. Y con respecto a lo que ha sucedido esta noche, olvídale.

Lo miré con asombro, sin entender cómo podía hablarme con tanta frialdad. Cada poro de su

ser reflejaba tensión: los brazos estaban rígidos a los costados del cuerpo, los puños cerrados, los dientes apretados y un músculo saltaba en su mandíbula.

—¡Lárgate y no vuelvas a entrar en este cuarto sin mi permiso! —vociferó Alejandro, señalando la puerta con el dedo índice—. La próxima vez se lo contaré a Soledad para que te castigue.

Acobardada ante la idea de que Alejandro cambiara de opinión y le revelara a la madame lo que había ocurrido entre nosotros, abandoné la biblioteca sin mirar atrás. Al entrar en mi dormitorio atranqué la puerta con el cerrojo y me tiré en la cama hecha un ovillo. Di mil vueltas en el colchón tratando de apagar el fuego que ardía en mi interior y que amenazaba con consumirme por entera. En mi mente sólo había lugar para Alejandro. Lo imaginaba de todas las maneras posibles. Lo amaba y ahora también lo deseaba. Quería tenerlo sobre mí, acariciándome, besándome.

El deseo que me abrasaba por dentro era tan insoportable que ni siquiera una ducha fría en pleno mes de diciembre fue capaz de aplacarlo. Cuando me acosté de nuevo en la cama, tomé el sexto diario de Karen, consciente de que esa noche no iba a pegar ojo.

Jueves, 2 de mayo de 1918

Querido diario:

Hoy mi marido ha recibido una carta de Abel, era breve y concisa. Tan solo escribía para solicitar los datos de contacto de César Salavert, nuestro administrador y el fideicomiso de la escasa herencia que le dejó padre. Claudia se ha puesto eufórica. Está convencida de que Abel va a regresar en cualquier momento. Yo tengo mis dudas.

...

Claudia le arrebató la carta a su padre para leerla con avidez, justo en el momento en que Karen entraba en el dormitorio con una tisana humeante entre las manos.

—Bueno, por lo menos va a volver —dijo Claudia, con un hilillo de voz.

Visiblemente decepcionada, tras comprobar que Abel no le había mandado recuerdos, ni siquiera la había mencionado, se dejó caer en la silla que había colocado cerca de la cama que ocupaba su padre.

—No sé qué le ves a ese joven, hija. Creía que ahora te estaba cortejando Eduard Puig. —El viejo Conde se removió en la cama, tratando de buscar una postura más cómoda. La edad se le había venido encima y en los últimos tiempos su salud había empeorado de forma gradual. Al sentirse cansado, sin fuerzas, viejo y débil, su mal carácter también había empeorado.

Karen le tendió la tisana humeante a su marido, esforzándose porque no le temblara el pulso. Se había enterado del supuesto regreso de Abel a primera hora de la mañana y aún le inquietaba la idea.

—Lo he preparado especialmente para ti. Está en su punto, como te gusta. También he añadido un poco de jalea real, es revitalizante y endulza el sabor.

—Sigue estando muy amarga —se quejó el viejo tras dar un sorbo, dejando la taza sobre la mesita—. Llévaselo a la huraña de tu madre, a ver si este mejunje consigue darle la energía que necesita para salir de su dormitorio. Hace meses que no le vemos el pelo.

—No seas así y tómate hasta la última gota de la tisana o no te quitarás el catarro de encima. Ya sabes lo que ha dicho el doctor —insistió Karen, esforzándose por sonreír.

El Conde tomó la taza con reticencia y se bebió la tisana poco a poco, mientras Claudia hacía planes para comprar ropa nueva y zapatos. También necesitaba sombreros y quería comprar cacao, café y frutos secos de *Casa Gispert*, una tienda pintoresca de Barcelona que importaba este tipo de productos de las Américas.

—Como Abel ha vivido tanto tiempo allí seguro que echará en falta ese tipo de alimentos —continuaba hablando Claudia, pero nadie le prestaba atención.

—Esta noche vendrá Eduard acompañado por su padre —anunció el Conde, interrumpiendo a Claudia—. Sobra decir que debemos ser muy corteses con la familia Puig. El Parlamento está redactando un documento muy importante para la Mancomunidad y nuestra familia tiene que estar en buenos términos con ellos.

Karen asintió, evitando la mirada de su marido. No quería demostrarle lo enfadada que estaba en aquel momento. Cuánto odiaba la política y lo que representaba. Le faltaban dedos en las manos para contar la cantidad de diputados corruptos que habían pasado por la mansión, dispuestos a cualquier baja, para cobrar las minutas extraoficiales que pagaba con generosidad la familia de la Cruz. Los pocos hombres decentes que se negaban a ser manipulados tenían que lidiar con las presiones del resto. Era una vergüenza de la que ningún periódico hablaba.

Cuando el viejo Conde terminó de beberse la tisana, Karen cogió la taza con cuidado y se la llevó a la cocina. Soraya dejó de fregar los platos al ver entrar a su hermana y la miró con una pregunta escrita en la cara. Karen asintió de manera solemne, aunque no dijo nada. Luego se acercó a la pica y aclaró la taza que llevaba en las manos con un chorro de agua fría, sin tocar el interior con los dedos, y la guardó en la parte más alta de la alacena, junto a un frasquito de cristal que tenía un hermoso labrado en forma de tréboles y estaba medio vacío.

—Ya queda poco —murmuró Karen, mirando el frasquito con preocupación.

—Tranquila, en unas semanas traeré más. —Soraya señaló con la barbilla hacia una bandeja llena de comida que descansaba sobre la encimera de mármol—. Te toca llevarla a ti. Si lo hago yo, tu madre no probará ni un bocado.

—Ya tenemos suficientes problemas y esta mujer no atiende a razones —se quejó Karen, lavándose las manos con jabón hasta en tres ocasiones, antes de coger la bandeja repleta de comida—. Espero que Dios me dé fuerzas para soportar este martirio. Seguro que hoy volveremos a pelear.

Karen estaba preocupada por doña Aurora de Clara, aunque jamás lo decía en voz alta, como si al no mencionarlo el problema no existiera. Al entrar en el dormitorio de su madre, Karen se sorprendió al encontrar a Claudia allí. La hija del Conde jamás visitaba a doña Aurora y, en las escasas ocasiones en que ambas coincidían en el comedor, apenas le dirigía la palabra, a lo sumo se reía de sus excentricidades y la trataba de loca.

—He venido a darle la feliz noticia del regreso de Abel —contestó Claudia, sin esperar a que Karen preguntara. Luego se acercó con una sonrisa de hiena y le susurró al oído—. Creo que no le ha sentado bien, ya sabes lo rarita que es. Por cierto, abre las ventanas y airea la estancia un poco, apesta a viejo.

Claudia se dirigió a la puerta con paso seguro, golpeando con el hombro a Karen al pasar junto a ella. Quería marcarle el terreno, que no quedaran dudas de quien mandaba en aquella casa. Doña Aurora de Clara se incorporó en la cama y miró a su hija con los ojos llenos de tristeza. Había perdido peso y tenía la piel demacrada debido a la falta de sol y de aire libre.

—No le haga caso, madre. Ya conoce a Claudia.

—En unos meses cumpliré medio siglo. Es normal que este cuarto huelga a viejo, a podredumbre.

—No exagere, tampoco es tan mayor. —Karen colocó la bandeja sobre el tocador y se volvió hacia su madre—. Hoy le hemos preparado habas, bistec a la plancha y, de postre, crema catalana. La que a usted le gusta.

Doña Aurora tomó asiento frente al tocador y probó las habas, mientras Karen descorría las cortinas y abría las ventanas. Cuando la luz inundó la habitación, doña Aurora contempló su reflejo en el cristal y se quedó absorta. Con los dedos dibujó las arrugas que tenía en el entrecejo, alrededor de los ojos y sobre el labio superior.

—Cuando era niña creía que las personas que se reían o gesticulaban mucho envejecían antes de tiempo, por eso procuraba no fruncir el ceño y sonreía lo menos posible. Qué absurdo, mírame ahora, las arrugas han llegado de todos modos, aunque casi no he sonreído y tampoco he sido feliz. Supongo que la pena arruga casi tanto como la alegría.

Karen miró a su madre con preocupación, no era la primera vez que hablaba con melancolía del pasado, sin embargo en esa ocasión sintió que era diferente. Doña Aurora contempló a su hija a través del espejo y sonrió.

—No tengas miedo a las arrugas, hija, hagas lo que hagas terminan saliendo. Lo único importante es vivir y aprovechar el momento, más vale arrepentirse de lo que se hizo y no de lo que no se hizo. Ahora preferiría haber sonreído un poco más, haber sido comprensiva con tu padre, no ser una mujer tan fría. Lástima que el tiempo no pueda retroceder a nuestro gusto.

—Es de sabios rectificar, madre, aún puede sonreír e intentar ser feliz. No se puede cambiar el pasado, pero sí el futuro.

—Perdóname, hija mía, pero estoy cansada. Si no te importa, comeré después de dormir un ratito. —La muchacha asintió reprimiendo las ganas de abrazar a su madre. Jamás habían tenido ese tipo de relación y no sabía cómo hacerlo.

Karen abandonó el dormitorio con una extraña sensación en el pecho, un presentimiento, tal vez. Pero como de costumbre, ignoró el problema y se concentró en sus tareas diarias. Esa misma tarde, una doncella del servicio encontró a doña Aurora de Clara tendida en la cama, ataviada con sus mejores galas y con las pocas joyas que aún conservaba. Se había cortado las venas y yacía cadáver con una carta entre las manos manchada de sangre que iba dirigida a su hija.

...

Apenas hace una hora que hemos dado santa sepultura a los restos mortales de madre. No ha sido una gran ceremonia como seguramente le hubiera gustado a ella, más bien ha sido un acto sencillo al que ha acudido sólo la familia.

El cura del pueblo no estaba dispuesto a ofrecer la misa en nombre de madre, pues decía que sólo la misericordia de Dios podía apiadarse de un alma que ha caído en desgracia y permitirle la entrada en el reino de los cielos. El suicidio es una falta muy grave, el asesinato de uno mismo, y no deja opciones ni tiempo para el arrepentimiento. Es una paradoja que a personas que atentan contra su propia vida se les niegue este sacramento, mientras que a violadores o asesinos confesos, por el simple hecho de arrepentirse de sus pecados antes de morir, sean perdonados y acogidos en la gracia del Señor.

Mi esposo ha resuelto este dilema moral donando una cantidad de dinero escandalosa a la parroquia. Para el pueblo entero, madre ha muerto de una dolencia grave y de pura tristeza. Ahora, nadie en su sano juicio se atreverá a contradecir la palabra dicha por la santa Iglesia y

mucho menos cuestionarla. La misa por madre es la confirmación de una mentira que con el paso de los años terminará por ser verdad.

Karen.

Coloqué el diario sobre mis piernas y me limpié los mocos en la horrenda manga del vestido que me había regalado la abuela. Me daba mucha tristeza que doña Aurora de Clara hubiera muerto de aquella manera, sin que su hija hiciera nada por evitarlo. Ojalá Karen se hubiese dado cuenta antes de sus intenciones y la hubiera salvado.

El asunto sobre la misa me llamó la atención en particular. Óscar, el asistente de papá en el bufete de abogados, se había suicidado hacía unos años cuando su novia de toda la vida terminó con su relación por culpa del trabajo. Al parecer, el pobre hombre se pasaba más horas en el despacho que al lado de la chica. Dos días más tarde, se ahorcó en el cuarto de baño de su piso utilizando su propio cinturón. La noticia salió en todos los medios de comunicación del país. Una lástima. Yo no pude asistir al funeral debido al instituto, aunque mamá sí viajó hasta Madrid para darle las condolencias a la familia, puesto que en otro tiempo habíamos estado muy unidos. Si la memoria no me fallaba, mamá nos explicó que durante la misa la exnovia de Óscar sufrió un ataque de ansiedad y se desmayó. La mala conciencia le estaba pasando factura.

Tal vez, en la actualidad, la Iglesia había cambiado ese punto y se permitía hacer misa por las personas que se habían suicidado. Yo no sabía mucho de esas cosas, mi familia era cristiana no practicante y jamás íbamos a la iglesia los domingos, sólo había leído la Biblia durante las clases de catequesis previas a la comunión y, con sinceridad, por aquel entonces estaba más interesada en el vestido que me iban a regalar que en las Sagradas Escrituras y la liturgia de la ceremonia.

Bajé los ojos hasta las páginas por donde estaba abierto el diario y continué con la lectura. Las semanas posteriores al sepelio, Karen tuvo que bregar con las continuas preguntas de su hijo Tito sobre la muerte. El niño tenía cinco años y estaba en esa época de avasallar a los demás con cuestiones muy embarazosas.

Sábado, 8 de junio de 1918

Querido diario:

A las seis de la tarde del día de hoy ha llegado a la mansión un automóvil de esos tan modernos que circulan por la ciudad. El motor ha renqueado varios metros, antes de emitir un aterrador bufido negro de vapor, para detenerse frente a la entrada principal. Yo estaba en el jardín abonando los rosales.

...

Karen arrojó el frasquito de cristal, vacío y con un labrado en forma de trébol, dentro del profundo hoyo que había cavado previamente, y lo cubrió de tierra. Era el segundo frasquito que enterraba en aquel lugar, donde meses atrás se elevaba un fecundo rosal, que ahora estaba mustio, sin vida. A continuación, dio un par de palmadas en el aire para limpiarse el polvo y se encaminó hacia el elegante hombre que se había apeado del automóvil. Aunque le daba la espalda, la mujer pudo reconocer el porte, la estatura y el color oscuro del cabello. La emoción le nubló la vista y a punto estuvo de caer desmayada al suelo.

Abel se giró con una sonrisa de medio lado, y observó con frialdad a la mujer que avanzaba hacia él con la esperanza dibujada en el rostro. Primero enarcó una ceja y luego se metió una

mano en el bolsillo, en una postura que denotaba una gran seguridad en sí mismo. Tomándose su tiempo, examinó sin pudor los cambios que la maternidad y los años habían producido en el cuerpo de Karen. Estaba muy delgada, casi consumida, no tenía buen color de piel y se la veía medio enferma. Aunque continuaba siendo atractiva, ya no era tan hermosa como la recordaba.

—Buenos días —saludó el hombre con fingida cortesía—. No esperaba encontrarte a esta hora en casa. Supuse que estarías por ahí, lapidando la fortuna de tu esposo.

Karen hizo el ademán de contestar, pero Abel la dejó con la palabra en la boca y subió por la escalinata hasta la entrada principal. Al llegar arriba, el hombre se giró y contempló con enfado a la mujer que aún permanecía bajo sus pies, con los ojos clavados en él.

—Ya que no me has dado ni los buenos días, al menos tendrás la cortesía de abrirme la puerta de mi propia casa. No pretenderás dejarme aquí fuera pasando calor.

Muda por la sorpresa del reencuentro, Karen se metió la mano en el bolsillo para buscar la llave de la puerta. Los dedos le temblaban tanto que no lograba hacerse con el vil metal. Había recreado aquella situación miles de veces en su imaginación y jamás había pensado que Abel, su dulce Abel, la trataría de forma tan distante e inaccesible.

—Yo-yo... —tartamudeó la mujer, subiendo por las escaleras a toda prisa—. Lo siento, tu llegada ha sido algo inesperado.

Karen trató de introducir la llave en la cerradura varias veces, pero fue incapaz de atinar. Abel soltó un bufido con impaciencia y le arrebató la llave para abrir la puerta él mismo.

—Dile al servicio que recoja mi equipaje —ordenó Abel entrando primero en la casa. Karen lo siguió sin mirar al frente y, cuando este se detuvo para contemplar el vestíbulo, ella dio un traspie intentando no tropezar con él, no deseaba tocarlo. El remedio fue peor que la enfermedad, al instante siguiente evitó caer de bruces, pero terminó colgada del cuello masculino. Abel sonrió con cinismo apretándola entre sus brazos—. ¿Pretendes seducirme tan rápido? No me has dado tiempo ni siquiera de instalarme. Debes estar muy necesitada, acaso tu marido no puede satisfacer tus apetitos carnales.

—¡Quítame las manos de encima! —gritó Karen, forcejeando con el hombre.

—Como desees. —Abel soltó de pronto a la mujer, dejando que sus delicados huesos chocaran contra el frío mármol—. Tus deseos son órdenes para mí, querida hermanita.

—Eres un demonio —murmuró Karen, poniéndose en pie. Para evitar la insolente mirada masculina, se revisó las piernas en busca de alguna herida.

—¿Qué le ha pasado a este lugar? —Abel observó con asombro el desorden que reinaba en el vestíbulo.

—Pregúntale a Claudia. Es tan quisquillosa con el servicio que esta semana han renunciado otras dos empleadas y nos hemos quedado bajo mínimos.

—Tal parece que Claudia continúa siendo una jovencita muy singular —comentó burlón, pasándole un dedo a un mueble lleno de polvo.

—¿Jovencita? Tenemos la misma edad. Además, es tan simpática como la gárgola de una catedral. Si vieras lo que dicen de ella las chicas del servicio.

Mienta al diablo y asoma el rabo, Claudia bajó por las escaleras cual diosa griega. Llevaba con gracia un vestido de color rosa palo, cinco dedos por encima de los tobillos. El cuello era de fino encaje blanco, a juego con un gracioso sombrero de gran tamaño, tanto el ala como la copa, repleto de margaritas de tela que descansaban sobre tul bordado.

—Vaya, vaya, la primavera en persona está bajando por la escalera —dijo Abel, dedicándole a Claudia una sonrisa cargada de seducción. Era evidente que la belleza de la muchacha le había impactado.

—Abel, benditos son los ojos que te miran. —Claudia parpadeó con coquetería y le tendió una mano. Abel la tomó y se la llevó a los labios en un gesto cortés—. Debería enfadarme contigo por tu ingratitud. Ahora que somos parientes, te he visto menos que nunca.

—Es algo que espero reparar en el futuro —se disculpó Abel, reteniendo la mano de Claudia más tiempo del que permitía el decoro.

Karen se removió incómoda en su lugar y carraspeó para hacer evidente su presencia. Su hijastra la miró como si fuera una cucaracha y enseguida se colgó del brazo del recién llegado.

—Iba a salir con unos amigos, pero ya que estás aquí prefiero mostrarte la casa. Espero que te gusten las reformas. Hice traer algunos muebles de París y otros de Inglaterra. Y las alfombras orientales son divinas.

Al cabo de una hora, Karen estaba de los nervios debido al descarado flirteo entre Claudia y Abel. Aunque los había acompañado durante todo el recorrido por la mansión, ninguno de los dos le había hecho caso. Quería gritar de frustración, coger el gracioso sombrero de Claudia y abofetearla con él hasta decir basta, sacar las uñas como un felino y dejar el insolente rostro de Abel como un pantalón de pana.

...

Desde que está en la casa, Abel ha puesto de manifiesto su mal carácter, y no solo conmigo. Lleva con mano de hierro a las pocas mujeres que aún conservamos en el servicio. A este paso vamos a terminar Soraya y yo ocupándonos de todos los quehaceres domésticos. ¡Maldita sea mi estampa!

Puede que las personas cambien un poco con el paso del tiempo, pero Abel es tan diferente ahora que apenas le reconozco. Se ha endurecido y ha creado un muro que no soy capaz de derribar. Aún no ha conocido a Tito; Soraya mantiene alejados a los niños por el momento. No quiero ni pensar que sucederá cuando Abel se encuentre con mi pequeño. Sé que Claudia sospecha que él es el padre de mi hijo, sin embargo no le ha dicho nada a mi marido.

Karen.

Un bostezo de cansancio se escapó de mis labios. Estiré los brazos para desperezarme y dejé el diario sobre la mesita de noche, contenta de poder descansar un rato. Ni bien posé la cabeza en la almohada me quedé dormida. Tuve sueños perturbadores que no logré recordar cuando me desperté pasadas las once de la mañana.

Después de ducharme, peinarme y vestirme, pegué la oreja a la puerta para cerciorarme de que no había nadie en el saloncito. No quería encontrarme con Alejandro. Suspiré con alivio, al no escuchar ningún ruido y salí de puntillas de la habitación. En ese preciso instante, Alejandro abrió uno de los portones y entró en el saloncito. Iba en chándal y tenía el pelo empapado en sudor. Había salido a correr como hacía cada mañana. Noté como se tensaba al verme y como su expresión se nublaba por el enfado.

—Buenos días —me saludó con voz cortante, pasando a mi lado sin mirarme siquiera. Luego entró en su habitación, dando un portazo que hizo temblar las paredes.

Era un hecho: nuestra amistad había terminado, la camaradería y la confianza se habían

perdido la noche anterior y no iba a ser fácil recuperarlas. Deseaba que en algún momento, cuando el enfado se le pasara, Alejandro entrara en razón y me permitiera explicarle que todo se debía a un desafortunado malentendido. Por lo menos, gracias a María, la sirvienta mala, no había ocurrido nada irreparable entre nosotros.

Mi relación con Alejandro sólo empeoró con el paso de las semanas. Mientras con Sonia todo eran peleas y malas palabras, conmigo se comportaba de manera indiferente y distante. Las pocas veces que coincidíamos ni siquiera se dignaba a mirarme. Ya no me defendía frente a las críticas hirientes de la abuela, más bien le daba la razón. Cosa que entusiasmaba a la madame hasta el punto de hacerla sonreír de puro goce. La pobre no sospechaba ni remotamente cuál era el motivo real de aquel cambio. Si lo hubiera sabido, estaba convencida de que no se habría reído tan a gusto.

Lo curioso de la situación era que a medida que mi devoción por Alejandro iba disminuyendo, aumentaba mi amistad con Cristian. Jamás llegué a pensar que acabaría tomándole tanto cariño. Era distinto a como lo había imaginado en un principio. El aire de niño malo iba acompañado por una fragilidad que mostraba a muy pocas personas, y yo era una de ellas. Disfrutaba de sus chistes, de su conversación amena y de la forma en que veía la vida. Me gustaba verlo reír y sobre todo me encantaba chingar a mi hermana. Sus gestos de rabia contenida no tenían desperdicio cada vez que nos veía salir tomados de la mano.

Un viernes a mediados de mayo, Cristian pasó a recogerme a las cinco de la tarde. Hacía un bochorno más propio del verano que de la primavera, así que dejé la chaquetilla de entretiempo colgada en la percha.

—Divertíos mucho y espero que os portéis bien —soltó entre dientes mi hermana, verde de envidia, asesinando a Cristian con la mirada. Era un misterio cómo se las arreglaba para estar presente siempre que venía a buscarme mi novio.

—Me encanta cabrear a Sonia, sus celos me halagan —bromeó Cristian cuando estuvimos solos en el jardín—. Aunque entiendo que últimamente esté de malhumor. A mí tampoco me gustaría ser el hazmerreír de todo el pueblo.

Volví la cabeza y entorné los párpados, sin comprender. La cálida luz del atardecer se proyectaba en las facciones de Cristian, haciéndole ver más hermoso.

—¿Acaso no has escuchado los rumores? —Negué con la cabeza—. Pues está en boca de todos. Tu querido cuñadito montó un pollo enorme la otra noche en Casa Rosita. Incluso tuvo que ir la policía.

¿Casa Rosita? Ese lugar no me sonaba de nada y era raro debido a lo pequeño que era el pueblo. Quizás se tratara de algún local de moda situado en el extrarradio de Barcelona.

—No sabes de qué te estoy hablando, ¿verdad? —Le miré desconcertada—. Es un tugurio, casi un prostíbulo, que está a las afueras del pueblo, pegado a la autovía. ¿Acaso no has oído hablar de él?

Negué de nuevo con la cabeza, abriendo los ojos de par en par. Me resistía a creer que Alejandro hubiera caído tan bajo. Era guapo, tenía dinero y le llovían las mujeres, sólo necesitaba chasquear los dedos para conseguir a quien quisiera, no tenía que ir a aquellos lugares y pagar a cambio de sexo. Si era así, definitivamente no era un ser humano, era un sapo. ¡No! Era mucho peor que un sapo, era un gusano. ¡No, tampoco! Un piojo inmundo. ¡No, peor aún! Era la liendre de un piojo que anidaba en la piel de un sapo feo. ¡Sí, eso era! ¡Una vulgar y asquerosa liendre!

—El ambiente deja mucho que desear y las chicas no son nada del otro mundo —continuaba

explicándome Cristian—. Te dan conversación siempre que las invites a una copa, y si la oferta es buena se van con el primero que llega. Hace un par de noches, el idiota de tu cuñado pilló una cogorza de campeonato, y cuando una prostituta le ofreció sus servicios se puso como una fiera y despotricó en contra de todas las mujeres. El portero fue a ver qué pasaba y al final terminaron a puñetazo limpio. Y anoche volvió a repetir la misma escena por segunda vez. Debe estar muy mal con tu hermana para buscar tanta pelea.

Era cierto, la relación de Alejandro y Sonia hacía aguas desde el principio. Ahora discutían más que nunca, se trataban peor que nunca y ni siquiera fingían que se llevaban bien. Estaban juntos por obligación: mi hermana para cazar a un marido rico y Alejandro por respeto a ambas familias. Anunciar el compromiso a bombo y platillo había sido una mala idea, urdida como es natural por la mente astuta de la madame. Esa mujer no daba puntada sin hilo.

Cuando Cristian me dejó en casa, después de ir al cine, nos despedimos con un beso tierno de buenas noches. Esperé a que subiera al coche para entrar en la cocina, que estaba a oscuras y en calma. Sin encender la luz, crucé la estancia y caminé por los silenciosos pasillos rumbo a mi habitación, conocía la mansión de cabo a rabo, y ya no le tenía miedo a los fantasmas imaginarios que acechaban desde los cuadros o al doblar una esquina.

Al llegar a mi dormitorio, me lavé los dientes, me puse el pijama y me recogí el pelo en dos trenzas. Como no tenía sueño, tomé el sexto diario de Karen de encima de la mesita de noche y lo miré con emoción.

Había desaparecido por arte de magia hacía varios meses, y por más que lo había buscado en cada rincón de mi habitación, no pude encontrarlo. A los pocos días, me enteré de que mi madre, en un arrebato caritativo, sintiéndose fuera de lugar en la mansión y aburrida por no tener nada con que matar el tiempo, había recopilado un sinfín de libros viejos, enciclopedias, diccionarios, obras clásicas guardadas en el desván y libros del colegio que ya no usábamos ni Sonia ni yo, entre los que se encontraba el diario de Karen, y lo había donado todo a la biblioteca del pueblo para ayudar a los más necesitados.

Me costó sangre sudor y lágrimas recuperar el diario. Tuve que esperar a que la bibliotecaria, que tenía más de ochenta años y veía menos que un topo sin ojos, terminara de catalogar la avalancha de libros que mamá había donado, para reclamar el diario como mío. Esa mañana, la anciana había dejado un mensaje en el contestador automático de la mansión, indicándome con voz débil y temblorosa que habían localizado el diario y que podía pasar a recogerlo. En cuanto salí del instituto me pasé por la biblioteca y recuperé mi pequeño tesoro.

Acaricié la tapa dura con los dedos percibiendo la suavidad del cuero y respiré el aroma a viejo del diario, agradecida por haberlo encontrado. Era un milagro y me sentía muy afortunada. Estirada en la cama, abrí el libro por la mitad y busqué con ansias la última entrada que había leído hacía ya tantos meses.

Martes 20 de agosto de 1918

Querido diario:

Claudia ha resultado ser una aliada inesperada. Al parecer, teme tanto que Abel se encuentre con Tito, que no le da ni un respiro. No paran en casa, están todo el día de arriba abajo, pegados como lapas. También evita de manera muy sutil cualquier mención que haga referencia a mi hijo.

Abel tampoco muestra mucho interés en mi vida. Me he convertido en una especie de

fantasma para él; no me ve, no me escucha y ni siquiera se digna a dirigirme la palabra a menos que sea imprescindible. Su comportamiento me enerva, pues con Claudia es todo lo contrario, un caballero bien educado y galante. Me duele verlos cada día riendo y charlando, aunque me muerdo la lengua para no decir ni mu. Prefiero fingir que nada me importa.

...

El Conde de la Cruz tuvo un ataque de tos y Karen acudió solícita hasta la cabecera de la cama, con una palangana para que vomitara dentro de ella. El anciano cada vez estaba peor. Sus piernas se veían hinchadas y amoratadas, y en la piel le habían surgido pequeñas manchitas oscuras de la nada.

—¿Quieres que vaya a la cocina y te traiga un poquito más de tisana? —preguntó Karen cuando su marido dejó de echar la bilis por la boca.

—No, desde que estoy tomando esa porquería he empeorado. —La expresión de Alejandro de la Cruz se contrajo con angustia al sentir otra arcada—. Trae la palangana, por favor.

Karen no se movió del sitio. Al contemplar la tez mortecina y los ojos llorosos del anciano, por el semblante de la mujer cruzó una sombra de culpabilidad. El sentimiento no duró mucho.

—Perra, te he dicho que traigas la palangana —escupió el viejo, llevándose una mano a la boca para evitar manchar las sábanas.

Karen le tendió el objeto y esperó con estoicismo a que su marido terminara. Ya estaba acostumbrada al hedor a podrido que desprendía el viejo. Además, su lengua afilada ya no le molestaba.

—Esta tarde te prepararé otra tisana a ver si te sienta mejor. —Karen tomó la palangana de las manos de su marido y la tapó con un paño.

—Haz lo que quieras.

—¿Prefieres que te la traiga Claudia? —preguntó Karen, dándole la espalda al enfermo que yacía en la cama. El rostro femenino mostraba un cierto regocijo malévolo que el viejo no podía ver—. Cuando ella te la da, no haces tantos aspavientos.

—Sí, será mejor.

Karen cerró la puerta de la habitación y avanzó por el pasillo sonriendo con una mueca perversa. Era la esposa ideal, cada día y cada noche acudía a la habitación de su marido para cuidarlo con devoción, fingía una paciencia que no sentía al limpiarle el sudor de la frente e incluso murmuraba palabras de consuelo mientras el viejo diablo echaba las tripas por la boca. Pero tenía un oscuro secreto, algo que ni siquiera se había atrevido a confesar en los diarios por miedo a ser descubierta.

Al llegar a la escalera principal que bajaba hasta el vestíbulo, Karen escuchó a los niños correteando por el pasillo de la primera planta. Soraya les había prometido ir al lago para darse un chapuzón, por lo que debían estar eufóricos.

Karen dejó la palangana con los vómitos del Conde sobre un mueble carísimo y se dirigió hacia el lugar de donde provenían los ruidos. ¡Iba a imponer un poco de orden antes de que Claudia les llamara la atención!

—¡Ay! —Al escuchar el grito de dolor de su hijo, Karen apretó el paso. Como Claudia le hubiera puesto una mano encima a Tito la iba a dejar calva. Ya había hecho el ademán en otras ocasiones, pero jamás se había atrevido.

Cuando Karen llegó al pasillo, Abel estaba ayudando a Tito a ponerse en pie. Al parecer, el

niño había salido de la habitación sin mirar al frente, chocando contra las robustas piernas del hombre, a quien jamás había visto. Karen dio un paso hacia atrás como una cobarde. Quería huir bien lejos, fundirse con las paredes y no ver como sus peores temores se cumplían frente a ella. Sin embargo, se quedó en su sitio, quieta, observando la escena con pavor.

—¿Estás bien, muchacho? —preguntó Abel, estudiando el rostro de Tito—. Deberías mirar por donde andas o la próxima vez podrías hacerte daño.

Sofía sacó la cabeza de la habitación en ese preciso instante y contempló al hombre alto con gesto fascinado. Sus brillantes ojos verdes recorrieron al desconocido, que la observaba con asombro. Una extraña tensión se apoderó del cuerpo del hombre al advertir el enorme parecido que la pequeña guardaba con Karen. Los niños percibieron de inmediato el cambio de actitud en el desconocido y, en cuanto vieron a Karen, corrieron a refugiarse tras sus faldas.

—Buenos días —saludó la mujer, retorciéndose las manos sudorosas con nerviosismo—. Espero que estos dos diablillos no te hayan molestado.

Abel recorrió a Karen y a los niños con una mirada glacial. Su atención se centraba sobre todo en la pequeña Sofía, de quien no podía apartar la vista.

—Así que ella es tu hija. —El comentario tomó por sorpresa a Karen que se quedó sin palabras—. Creí entender que era un...

—Ella no es su hija —interrumpió Tito, sombrío y disgustado—. ¿A qué no, mamá?

Abel miró a las tres figuras que había frente a él sin comprender. Su expresión reflejaba el gran desconcierto que sentía.

Un fuerte golpe en el saloncito interrumpió mi lectura. Sonó como si algo duro y pesado se hubiese estampado contra el suelo. Sobresaltada, dejé el diario encima de la cama y me levanté para ver qué estaba ocurriendo.

Fuera, Alejandro intentaba ponerse en pie sin gran éxito. Al parecer, se había tropezado con la alfombra del salón y, como estaba borracho, había caído de boca al suelo. De su nariz fluía un pequeño hilo de sangre que descendía hasta la boca. Tenía un morado en el ojo y varias raspadas en la frente. Se había peleado de nuevo. Seguro que venía de Casa Rosita después de armar follón.

—Qué mal habré hecho en mi otra vida para merecer esto —murmuraba para sí, esforzándose por pronunciar las palabras con claridad—. Todas las mujeres son iguales, no se puede confiar en ninguna de ellas, y a ese gori-gorila se la tengo jurada. La próxima vez seré yo quien dé el primer golpe. Por eso me ha dejado cao, que si no... ¡le hubiera hecho trizas! A él y al taxista que me ha traído hasta casa. ¡Era otro... otro capullo!

Menudo cínico era el muy sinvergüenza. ¡¿Cómo se atrevía él a hablar mal de las mujeres?! Ni siquiera era una liendre de un piojo que anidaba en la piel de un sapo feo. Eso era casi un piropo. ¡Era un maldito ácaro del polvo! ¡Un casanova!

—Qué haces ahí mirándome como un pasmarote, ayúdame a ponerme en pie, Pipi Calzaslargas —me ordenó Alejandro, sin apartar la vista del suelo—. Estás perdiendo facultades. Por lo común, eres mucho más discreta cuando me espías. Creo que tu novio te está pegando la estupidez. Esas cosas son contagiosas, ¿sabías?

Sin ton ni son, se rió de su propio comentario, como siempre hacía cuando soltaba una de aquellas perlas que a su parecer eran graciosas. Resignada, y con mucha paciencia, le ayudé a ponerse en pie sujetándole por la cintura.

—No me mires con esos ojos saltones. ¡No estoy borracho! Sólo tengo el puntito—enfaticó, esforzándose por vocalizar con claridad, aunque el seseo típico del alcohol le traicionaba.

Entorné los ojos hacia el cielo y pensé que no tenía el puntito sino el puntazo, casi no podía aguantarse en pie. A duras penas, con el rostro aplastado contra el amplio tórax del muchacho y los brazos rodeándole la cintura, lo conduje hasta su dormitorio. Tuve que hacer juegos malabares para abrir la puerta y sostener su pesado cuerpo al mismo tiempo contra la pared.

—Desde aquí puedo continuar yo solo —afirmó, haciendo el ademán de querer entrar por su propio pie—. No te preocupes.

Avanzó medio metro con paso vacilante y tropezó con su propio talón. Adelantándome a lo que iba a suceder, corrí hacia él y le sostuve como pude para acompañarlo hasta la cama.

—¡He dicho que puedo yo solo! —vociferó con enfado, cuando le ayudé a estirarse en el colchón—. No necesito a una lagartija como tú. Siempre metiendo la nariz donde no te llaman. Eres insoportable.

No iba a permitir que me afectaran sus palabras, prefería centrar mis energías en desabotonarle la camisa, queapestaba a cerveza y estaba manchada de sangre. La tarea fue complicada, ya que tuve que luchar contra Alejandro, que se esforzaba en hacerlo todo por sí mismo.

—Qué culpa tengo yo de que los botones sean más grandes que el ojal —se justificaba, en tanto se concentraba en desabrochar la parte inferior de la prenda.

Alejandro se rindió tras un buen rato forcejeando con los botones y me permitió terminar la tarea sin oponer resistencia. Después, le ayudé a incorporarse en la cama para quitarle la camisa, que se adhería a su cuerpo como una segunda piel. En cuanto me di la vuelta para colocar la ropa sobre el sillón orejero de la habitación, Alejandro se dejó caer sobre el colchón con un gran suspiro.

—Cuántas veces te he dicho que no quiero que entres en mi cuarto, lagartija —murmuró medio dormido, entretanto yo le quitaba los zapatos—. Soy un hombre hecho y derecho, no necesito la ayuda de una mocosa. ¡Lárgate!

Puse los ojos en blanco, y también le saqué los calcetines, que coloqué dentro de los zapatos. Lo dejé todo en el suelo, a los pies de la cama. Luego me senté junto al muchacho y acaricié su frente para apartarle un mechón de cabello. Por más que luchara contra mis sentimientos, estos siempre se desbordaban como un río salvaje que busca con desesperación desembocar en el mar.

Me levanté de la cama dispuesta a regresar a mi dormitorio, pero Alejandro me agarró por la muñeca y tiró de ella. No tuve tiempo de reaccionar. Acabé con la nariz pegada en el amplio torso masculino, rodeada por unos brazos fuertes. Cuando intenté hacerle a un lado, escuché unas protestas roncadas y a continuación quedé inmovilizada contra el colchón. Alejandro me tenía agarrada con los brazos y las piernas, tal cual se abraza una almohada.

—No te vayas —musitó entre sueños, pegando su mejilla a la mía.

Aquella frase me robó el aliento. Permanecí tiesa como un palo durante varios minutos, hasta que escuché la respiración acompasada del muchacho. Pensaba que podría soltarme con mayor facilidad cuando se relajara por completo al quedarse dormido, pero me equivocaba. Sus brazos no cedieron ni un milímetro.

Bostecé varias veces con el paso del tiempo, intentando no cerrar los ojos. El monótono tictac del reloj de la biblioteca era como una nana que me hipnotizaba. Pese a que yo intentaba mantener

la mente despejada, contando del uno al cien o recordando el árbol genealógico de los Reyes Católicos, al final terminé acurrucándome contra el calor de Alejandro y me quedé dormida.

Cuando desperté a la mañana siguiente, lo primero que vi fue un par de ojos azules que me miraban con desconcierto, a continuación se posaron frenéticamente sobre la pila de ropa que descansaba encima del sillón orejero y volvieron a mi cara con temor. Alejandro contempló la mano con la que me sujetaba de manera posesiva por la cintura, con la boca abierta, y se incorporó de súbito en la cama para alejarse de mí. A punto estuvo de caerse al suelo.

—¿Pero qué demonios? —preguntó algo desorientado, mirando para todos lados—. ¿Qué haces aquí? ¿Có-cómo...?

Observó su pecho desnudo y los pantalones desabrochados. Al parecer en el transcurso de la noche se había desabotonado los vaqueros y quitado el cinturón para estar más cómodo.

—¿He hecho algo? ¿Ha pasado algo entre...? —Primero me señaló a mí y luego a sí mismo.

Negué con la cabeza y me levanté de la cama abochornada. ¿Cómo había sido tan torpe de quedarme dormida? ¡Mi estupidez no conocía límites! En aquella situación la única alternativa digna que me quedaba era la retirada. Me disponía a realizar la fuga de Guadalupe cuando Alejandro se interpuso en mi camino con los brazos extendidos. Nos movimos a la vez, primero un paso a un lado, luego un paso al otro, expectantes, como si fuéramos dos niños jugando en la calle al pañuelo, a la espera de que el otro hiciera el primer movimiento para reaccionar.

—No te creas que esta conversación va a terminar así, necesito que me aclares las cosas. Quiero saber cómo he llegado aquí y qué haces tú en mi dormitorio. —Arrugó la frente esforzándose por recordar, pero desistió.

Se acercó al escritorio con pasos ansiosos y buscó entre los papeles una libreta y un bolígrafo. Al entregármelos, noté como apartaba los dedos para evitar mi contacto. Se cruzó de brazos y clavó su mirada impaciente en mi persona. Quería que yo aclarara sus dudas.

En poco menos de una página, le conté que la noche anterior le había encontrado en un estado lamentable y había tenido que acompañarlo hasta el dormitorio. Cuando le expliqué cómo me había retenido a la fuerza sobre la cama, puso un mohín de incredulidad.

—¡Imposible! —exclamó, repiqueteando con un pie en el suelo—. Si fuera cierto, lo recordaría.

Levanté mucho las cejas, sorprendida por su vehemencia. Era increíble. No se acordaba de nada, pero se atrevía a dudar de mi palabra. ¡Ja! ¡Habrase visto! Qué se creía aquel ácaro piojoso, que todos eran de su misma condición. ¡Como él era un fiestero, viva la vida! Y encima se atrevía a mirarme con la sospecha pintada en la cara. ¡Sería cretino! Levanté la frente con mucho orgullo y di un par de pasos hacia la salida.

—Ni lo sueñes. Tú no te vas de aquí hasta que me digas qué hacías en mi cama —ladró Alejandro, agarrándome por un brazo.

Sin darle tiempo a reaccionar, le di una patada en la espinilla y salí por patas de la habitación. Las maldiciones de Alejandro debieron oírse en diez kilómetros a la redonda. Por si las moscas, me dirigí a un terreno neutral, donde Alejandro no pudiera montarme un cirio. Como era un sábado por la mañana, la cocina era el lugar ideal. Me daba igual llevar los pelos de loca y la misma ropa del día anterior.

—Deberías haberte dado por lo menos una mano de gato antes de venir a desayunar, niña. Mira las pintas que traes —me regañó la abuela, tan pronto atravesé la puerta, observándome con

espanto. Ignorándola, busqué a Adela con la mirada—. No está aquí. Ella y Tomás han bajado al pueblo para llenar la despensa.

Me dirigí a la nevera para servirme un vaso de zumo, ignorándola de nuevo. Sabía que eso la ponía de muy malhumor y me encantaba. Quizás me estaba volviendo un poco sadomasoquista.

—Cuando acabes de beberte el zumo quiero que me acompañes a mi habitación. —El tono severo de la vieja me puso la piel de gallina. Me había pasado al ignorarla de forma tan descarada y ¿ahora pretendía vengarse? Seguro que iba a castigarme, así que me di el gustazo de tomarme el zumo con calma, saboreando el enfado de la madame que iba en aumento.

Al terminar, fregué el vaso a conciencia y busqué un trapo para secarlo de forma meticulosa. La abuela estaba impaciente y no me quitaba los ojos de encima. Cuando acabé con la pantomima, la vieja se dio la vuelta y abandonó la cocina a buen paso. Corrí tras ella hasta darle alcance, y permanecí medio metro atrás, deleitándome cada vez que lograba pisarle la sombra, incluso le di algunas pataditas disimuladas. Nos detuvimos ante una puerta robusta, que estaba llena de labranzas caballerescas.

Cuando entré en la habitación de la madame, me quedé con la boca abierta por la sorpresa. Se respiraba lujo en cada esquina. Las paredes estaban forradas con seda natural de un tono lavanda, que contrastaba con las cortinas y la moqueta de un blanco roto. El mobiliario era antiguo y caro. La enorme cama con dosel ocupaba una buena porción del espacio, junto al buró del siglo XVII donde la abuela tenía apilados un montón de documentos.

—¡Deja de mirar a tu alrededor como una boba y siéntate! —me ordenó, señalando una silla de estilo clásico. Luego caminó de un lado a otro de la habitación con las manos cruzadas tras la espalda—. Iré directa al grano: quiero que rompas con Cristian. Ese bueno para nada me está dando demasiados dolores de cabeza y es una distracción constante para tu hermana. No me gusta que ande merodeando por la mansión. Me pone de los nervios. Desde que apareció en nuestras vidas no ha hecho más que incordiar.

¿Por qué de repente la abuela estaba tan preocupada por Cristian? ¿Acaso había sucedido algo que yo ignoraba? Fruncí el ceño y miré a la vieja con disgusto.

—Voy a invitarlo mañana a casa. Es domingo y espero que no tenga planes. Necesito su teléfono para contactar con él. Así que dámelo. —La abuela sacó del bolsillo un bolígrafo y una agenda de teléfonos muy vieja. Escribí el número móvil de Cristian con mala letra, por culpa de los nervios. La vieja comprobó la agenda con mala cara y suspiró al cerrarla—. Ahora vete a ducharte, ponte ropa limpia y deja de avergonzar a nuestra familia con tus extravagancias.

No hizo falta que me lo repitiera dos veces. Abandoné el dormitorio de la madame con un montón de preguntas que nadie iba a contestar. Me moría por saber qué pretendía la vieja bruja, por qué deseaba estar a solas con Cristian y qué oferta le iba a hacer.

Temiendo que llegara la hora de la comida, pues no deseaba encontrarme con mi familia y mucho menos con Alejandro, la verdad, fui hasta mi habitación y entré sin hacer ruido para no alertar al vecino indeseable que habitaba en el dormitorio de al lado. Tomé una hojita de papel y un bolígrafo del cajón, y escribí una nota a mamá donde le recordaba que, supuestamente, iba a pasar el día en casa de Ana. Era una mentira tan grande como la Torre Eiffel, pero como mamá siempre tenía la cabeza en las nubes y, por regla general, yo pasaba algunos sábados estudiando con Ana, supuse que se la tragaría. Además, contaba con la aprobación de la abuela, que consideraba a mi amiga una especie de santa milagrosa, sobre todo desde que yo sacaba tan buenas notas en los exámenes.

Después de dejar la nota sobre la cama, bajé a la solitaria cocina y sustraje dos piezas de fruta de una cesta de mimbre para matar la gana. Luego, caminé hasta una zona apartada del lago, comiéndome una manzana a bocados. Tenía ganas de estar sola y que nadie me molestara. Me senté cerca de la orilla, bajo el amparo de un sauce, y abrí el diario por donde lo había dejado la pasada noche, antes de que Alejandro y su borrachera me interrumpieran.

...

¡Es increíble! ¿Cómo puede estar frente a Tito y no darse cuenta de que es su hijo? ¿Acaso está ciego y no tiene ojos en la cara?

Simplemente, se ha quedado ahí de pie, examinando a Tito con gesto de disgusto, como si fuera un ser indigno. Luego se ha dado la vuelta y se ha marchado sin decir una palabra. Ha aceptado a Tito como el hijo de otro, fruto de mi matrimonio con Alejandro. Debe ser cierto que no hay peor sordo que el que no quiere oír, ni más ciego que el que no quiere ver.

Karen.

A partir de aquel episodio, la mansión se convirtió de nuevo en un campo de batalla, como en los viejos tiempos, cuando vivían doña Aurora y don Ernesto de Clara. Los pobres empleados sufrían los daños colaterales, pues no tenían muy claro las órdenes de qué amo debían obedecer. Cuando Karen solicitaba una cosa, Abel pedía justamente la contraria para fastidiarla. Y encima, para rematar la faena, Tito parecía empeñado en querer ganarse el afecto del nuevo miembro de la familia, y perseguía a Abel por toda la mansión bombardeándolo a preguntas sobre su viaje al nuevo mundo. El hombre se esforzaba por no perder los estribos y trataba de ocultar el profundo desagrado que sentía por él.

En más de una ocasión, Abel llamó la atención a Karen para que controlara a su hijo; consideraba que el niño estaba muy malcriado y había que meterlo en cintura. En cambio, su comportamiento con la pequeña Sofía era radicalmente diferente. Le tomó cariño casi de inmediato. La sonrisa picarona de la chiquilla derretía cualquier corazón. Cuando Abel disponía de tiempo libre se llevaba a la niña al jardín y jugaba con ella, olvidando al pobre Tito, que los miraba desde la cocina con tristeza, esperando que se acordaran también de él.

Claudia se alegraba de que hubiera tanta discordia entre la pareja y no perdía oportunidad en dejar caer alguna verdad a medias para meter cizaña. Cualquier calumnia en contra de Karen era buena para alimentar el intenso odio que ardía en el pecho de Abel. La hija del Conde era una hiena al acecho, que esperaba con paciencia el momento idóneo para cazar a su presa.

—Qué más pruebas necesitas, papá. —Soraya apretó la oreja un poco más contra la puerta para escuchar la voz de Claudia, que estaba encerrada en la habitación del viejo Conde—. Se fue a las Américas con las manos vacías y ha regresado con un buen capital. No es tonto, podemos confiarle el manejo de nuestros negocios. Tú ya no estás para estos trotes.

—He dicho que no —se negó el anciano, con enfado—. No me gusta que me arrinconen y ese tipejo me ha puesto contra las cuerdas, me ha estafado aprovechándose de que mis cuentas en Francia están congeladas por la maldita guerra. ¡El mundo se ha vuelto loco, solo falta que los pájaros disparen a las escopetas!

—Oh, vamos, papá, solo has tenido que venderle la parte de la mansión que le compraste a César a precio de saldo. Era lo justo.

—Qué culpa tengo yo de que el fideicomiso que nombró mi difunto suegro fuera un manirroto, un hombre de poco honor. Yo he salvado de la ruina a esta familia, no merezco ser tratado de esta

manera. Es más, en cuanto la guerra termine y me recupere un poco, nos marcharemos a Francia. Estoy cansado de este aislamiento forzado, quiero viajar.

—No puedes ser tan intransigente, papá. Abel es muy astuto y tiene buena mano para los negocios, te equivocas al apartarlo de nuestro lado. Deberías ofrecerle un buen puesto de trabajo. Nuestros administradores podrían supervisar su gestión.

—Te veo demasiado fascinada con ese hombre. ¿No estarás interesada en él? —El silencio de Claudia fue revelador—. Así que he dado en el clavo. Ya tienes una edad, hija, y yo tampoco me estoy haciendo más joven, supongo que deberé conformarme con tu elección. Si consigues comprometerte con ese desharrapado, me pensaré lo de ofrecerle un buen puesto de trabajo.

—Gracias, papá. No te arrepentirás.

Soraya se apartó de la puerta y caminó en silencio hasta la habitación de Karen, donde entró sin llamar. Su hermana menor la recibió con una gran sonrisa. Se estaba vistiendo con ropa cómoda para jugar con los niños en el jardín. La sirvienta se apresuró a ayudarla con los botones traseros del vestido, mientras la ponía al tanto del chisme que acababa de escuchar.

—En el colegio era igual, una desvergonzada —dijo Karen, apretando los dientes con rabia—. Debe ser cosa de familia, su padre es idéntico a ella.

—Alejandro no es su verdadero padre —anunció Soraya, dejando a Karen atónita—. No me mires así, cabeza de chorlito, lo sé de primera mano. Alejandro me contó que la madre de Claudia, una señorita de la alta sociedad, tuvo un resbalón con un mozo de establo y salió preñada. Como los títulos nobiliarios no dan de comer y las deudas que tenía la familia de Alejandro le estaban asfixiando, aceptó casarse con la dama en apuros para cubrir las apariencias y obtener una buena dote. Al morir sus suegros, heredó dos terceras partes de sus bienes y el resto pasó a manos de Claudia, ya que su madre había fallecido unos años antes. Alejandro también me contó que tuvo una amante que murió desangrada tratando de perder a su hijo, pocas semanas después de que él se casara con la madre de Claudia; Dios los tenga en su gloria. Hasta que nació Sofía, Alejandro pensaba que estaba maldito y que por eso no podía tener hijos propios.

Karen recordó un sueño confuso que había tenido poco después de alumbrar, donde su marido tocaba a Claudia de manera libidinosa. También le vinieron a la mente varias actitudes comprometidas que hacía años se habían dado entre padre e hija, cuando su marido aún no estaba enfermo. Karen sintió un vértigo en el estómago y apartó esos pensamientos retorcidos. Mejor era no saber.

—No creo que Abel sea tan tonto de caer en las redes de Claudia —comentó Soraya poco convencida, intentando animar a su hermana—. Tal vez se divierta un poco con ella y luego...

La noticia del compromiso de Claudia salió a mediados de noviembre en todos los periódicos de Barcelona. Dos familias poderosas iban a unirse de nuevo y el cotilleo no podía esperar. Aquel matrimonio era casi incestuoso, y el sector de los periodistas más conservadores se oponía a él, mientras los reformistas lo veían como un paso hacia el futuro.

Karen se levantó poco antes de que cantara el gallo y, aún en camisón, se dirigió a la cocina. Preparar el desayuno a su marido mientras el resto del mundo dormía era su rutina diaria. Primero tomaría el frasquito de cristal con el relieve de tréboles de la parte más alta de la despensa y luego mezclaría una pizca del contenido con las hierbas de la tisana. Dejaría la mixtura al fuego durante mínimo tres cuartos de hora. Pelaría algo de fruta, tal vez hiciera unas tostadas, y se lo llevaría todo al Conde en una bandeja a las siete en punto.

La luz del amanecer empezaba a despuntar cuando Karen llegó a la cocina. Se quedó parada al

encontrarse con Abel sentado frente a la mesa, con una botella de alcohol medio vacía en la mano. Había estado bebiendo a solas y tenía una pinta horrible. No se había afeitado y llevaba la ropa del día anterior muy arrugada, como si no hubiera dormido en toda la noche.

—Buenos días.

Karen ignoró el saludo y se dirigió a la pica de la cocina donde estaba colgado el cazo para calentar la leche. Le echó un vistazo a la parte alta de la despensa y se mordió el labio inferior con desasosiego. Estaba enfadada por tener que modificar su rutina.

—He dicho buenos días —repitió Abel, situándose tras la mujer—. Con tu mal ejemplo no me extraña nada que tu hijo sea un niño tan maleducado.

—¿Cómo puedes hablar así de un niño inocente? —preguntó Karen llena de resentimiento—. Eres un monstruo.

—Si soy un monstruo, es por tu culpa —exclamó el hombre, obligando a Karen a darse la vuelta para mirarlo de frente—. ¿Sabes cuántas veces he intentado olvidarme de ti? ¿Cuántas mujeres han pasado por mi cama? Cientos, y no ha servido de nada. Te llevo marcada en el alma.

Karen se alejó de Abel con la misma cautela que utilizaba con su marido cuando la maltrataba. El miedo la atenazaba y prefería huir que permanecer un minuto más en aquella habitación, donde se sentía muy desprotegida. Abel la abrazó por la espalda y la apretó contra su pecho, impidiéndole dar un solo paso más.

—Esta vez no te voy a dejar escapar —susurró junto al oído de Karen—. Eres mía, sólo mía.

Sin miramientos, se inclinó sobre ella y cubrió sus labios con un beso salvaje, mientras sus manos iban recorriendo la espalda femenina hasta llegar al trasero. Inesperadamente, Abel levantó a Karen en volandas, sujetándola por las nalgas, y la situó sobre la mesa. A continuación se colocó entre sus piernas, ignorando las protestas de la mujer.

—¿Sabes cuánto tiempo llevo soñando con esto? —preguntó con voz ronca, agarrando a Karen por el cabello para obligarla a echar la cabeza hacia atrás. Sus labios trazaron un sendero húmedo sobre el delicado cuello de la mujer—. Me vuelves loco. Tanto, que me haces olvidar cuánto te desprecio.

Abel estaba tan descontrolado que Karen por primera vez en su vida sintió miedo de él. Y la situación no hizo más que empeorar cuando, sin piedad, el joven inmovilizó las muñecas de la mujer y de un tirón destrozó la pechera del camisón de algodón que llevaba puesto, dejándola desnuda de cintura para arriba.

—¡Lo podemos hacer por las buenas o por las malas! ¡Tú decides! —La perversa voz del hombre tenía una nota de diabólica diversión—. ¿Por qué me miras así? ¿Es que no soy lo suficientemente bueno para ti? ¡Seguro que a ese no le pusiste tantas pegas cuando lo metiste en tu cama!

Tiré el diario de Karen sobre la hierba, bien lejos de mí. Sentía auténtico pánico. No podía creer lo que me estaba pasando. La fuerte sensación de *déjà vu* me nubló la vista. Estaba convencida de haber soñado eso mismo. Los árboles se mecieron movidos por un viento frío, que me hizo temblar. Por un momento, tuve la certeza de que el mundo había dejado de girar y la vegetación se retorció a mí alrededor como dedos que intentaban alcanzar mi cuello para ahogarme. Y el silencio se hizo escuchar, y yo tuve que aferrarme al tronco del sauce donde estaba sentada para salvarme del precipicio de la locura.

DONDE LAS DAN, LAS TOMAN

SIN sentido, enajenada, transformada en una partícula de aire impulsada por la corriente, seguí el camino del viento y abandoné la claridad del día para internarme en las sombras de la noche. Paso a paso, llegué al borde del acantilado. Bajo mis pies, a más de doce metros, las olas colisionaban contra la superficie rocosa de la montaña, convirtiéndose en espuma perlada que resplandecía bajo la luna llena. Como un autómatas descendí por el escarpado sendero de piedras hasta la orilla, me desnudé, arrojando la ropa descuidadamente tras un arbusto, y me sumergí en el agua.

La paz vino acompañada por un ligero sopor que llenó mi mente con miles de imágenes borrosas. Era como ver la vida a través de un fino velo de gasa, que difuminaba los colores y resaltaba los matices, mostrándome una realidad amorfa y tosca, un mundo plagado de sensaciones que colapsaba mis sentidos con recuerdos lejanos, rostros familiares, olores, risas, llantos, alegrías, tristezas...

No sé cuánto tiempo permanecí en ese estado, lo único que recuerdo es que, al abrir los ojos de nuevo, escuché en la distancia un discreto chapoteo que me puso en alerta. Siguiendo el instinto de supervivencia estiré el cuello todo lo que pude. Entre la penumbra distinguí una figura masculina que se zambulló en el agua, dejando una estela de burbujas. Como la sombra cada vez estaba más cerca, me sumergí en el agua y bucéé hacia la orilla, agitaba las piernas con furia intentando escapar del peligro. Cuando emergí a la superficie, después de un agónico minuto sin respirar, la luna se había ocultado tras una nube y la noche estaba a oscuras. No había ningún punto de referencia, luz o faro que me indicara a qué distancia me encontraba de la orilla. Me deslizaba en medio de un húmedo y espeluznante vacío, era como si estuviera flotando en el espacio exterior. El reflejo de las estrellas en el agua intensificaba la sensación de ingravidez.

De súbito, un calambre sacudió mi pierna derecha dejándola rígida. El dolor era tan intenso que apenas podía mantenerme a flote, era como si mi cuerpo estuviera hecho de hierro y pesara demasiado. El agua se fundía con el oxígeno en cada bocanada de aire que tomaba, anegando mis pulmones. La opresiva sensación de asfixia iba acompañada por otra mucho más inquietante y familiar. Estaba a punto de identificarla cuando unos dedos me sujetaron por la mano y tiraron de mí hacia fuera.

Un hombre me apretó con fuerza y, aunque traté de liberarme de su abrazo, al final me di por

vencida. Con la espalda pegada al pecho masculino, me dejé mecer por la marea.

—¿Eres tú? —Aquella voz ronca y cargada de deseo me hizo temblar—. Contéstame.

Iba a girarme hacia él, cuando su mano rozó por accidente uno de mis pechos. En lugar de apartarla de inmediato, el hombre tuvo la osadía de pellizcarme el pezón hasta que se irguió. Como no opuse resistencia, se aventuró a explorar mi cuerpo con la otra mano, descendiendo por mi estómago hacia la pelvis, a la vez que con la boca trazaba un sendero de besos desde la clavícula hasta debajo de la oreja, donde succionó la delicada piel del cuello, haciéndome estremecer. Contra el trasero noté como se endurecía su virilidad. En la cúspide del deseo, la luna surgió de su escondite para iluminar la noche.

De repente, ya no estaba en el agua, corría por entre la maleza perseguida por el hombre. Tenía que huir, no sabía muy bien por qué, pero tenía que escapar antes de que fuera demasiado tarde. La brisa fresca del bosque se convirtió en una siniestra canción de cuna y me desperté sobresaltada. Los rayos del sol penetraban por el ventanuco inundando mi habitación. Busqué mis gafas encima de la mesita, pero no estaban. Al mirar el despertador descubrí que eran las diez de la mañana de un domingo. ¡Un domingo! Mi último pensamiento consciente era del mediodía anterior, un sábado. Había perdido un día completo, apenas conservaba unos pocos retazos inconexos y algunas impresiones extrañas. Un lapsus de casi veinticuatro horas era preocupante, tal vez algo no andaba bien en mi cabeza. Recordaba estar sentada bajo el sauce, leyendo en el diario de Karen el encuentro sexual que había mantenido con Abel, idéntico a uno de mis sueños. Luego vino el pánico y mi mente se bloqueó, era como si hubiera dejado de ser yo misma, como si me hubiese convertido en otra persona.

Al apartar las sábanas advertí que estaba completamente desnuda y con el pelo hecho una maraña. La mañana anterior iba vestida por completo, así que ¿dónde narices estaba mi ropa? Seguro que me la había quitado en algún momento de locura. Esperaba que nadie me hubiera visto en un estado tan lamentable. Me levanté de la cama y corrí hasta el cuarto de baño para contemplarme en el espejo del lavabo. Mis labios estaban algo hinchados y me había salido un pequeño moretón, no más grande que una moneda de un euro, a un lado del cuello. Intrigada, acaricié la marca y una espantosa idea comenzó a tomar forma en mi mente.

Me vestí sin apenas pestañar, trencé mi cabello hacia un lado para camuflar el chupetón y salí disparada de la habitación, con una extraña sensación de anticipación en el bajo vientre. Medio sonámbula, igual que en el sueño, descendí por el camino pedregoso que conducía hasta el lugar exacto donde había perdido la conciencia.

El diario aún estaba tirado allí, a varios metros del sauce, donde también estaban mis gafas. Con los nervios de punta, consciente de que mis temores eran fundados, me las coloqué, tomé el diario y busqué por la orilla del lago algún rastro de la ropa desaparecida. Tras recorrer una buena distancia vi un zapato junto a un arbusto y, al acercarme un poco más, distinguí entre las hojas un trozo de tela, del mismo color de las bragas de algodón que llevaba puestas la víspera. Sin pensarlo dos veces introduje medio cuerpo entre las ramas y estiré el brazo derecho intentando alcanzar la prenda. Cerré los ojos y saqué la lengua cuando las puntas de mis dedos rozaron el tejido. A mi espalda sonó el ruido de unos pasos y supe que no estaba sola. Tomé las bragas de entre el follaje y las escondí en la cinturilla del pantalón, junto al diario de Karen. Las formas se adivinaban bajo la camiseta, por eso incliné los hombros hacia delante y saqué chepa.

—¿Qué haces aquí a estas horas, lagartija? —Alejandro me miró extrañado.

Todavía sin salir de mi asombro, esboqué una sonrisa incómoda. El muchacho de inmediato me

tendió una mano para ayudarme a salir del arbusto, mirándome con simpatía.

—¡Eres única! No puedo estar enfadado contigo por mucho tiempo, solo tú serías capaz de meterte en un matorral a las once y veinte de la mañana. ¿Acaso estás buscando al conejo blanco que te conducirá al país de las maravillas?

El comentario me hizo reír de tan buena gana que el diario y las bragas a punto estuvieron de caerse de la cinturilla de mi pantalón. Hice una maniobra complicada para sostenerlos, con tan mala pata que tropecé con una rama y terminé derribando a Alejandro sobre la hierba.

—Lo dicho, eres un caso —soltó Alejandro con una sonrisa, poniéndose en pie y limpiándose el pantalón con unos golpecitos en el trasero—. ¿Has desayunado ya?

Negué con la cabeza y me mordí el labio inferior, sin atreverme a mirarlo directamente a los ojos.

—Entonces, vayamos a casa, me parece que Adela está haciendo churros con chocolate.

El regreso a la mansión se me hizo eterno. Caminaba a cierta distancia de Alejandro, preguntándome si el sueño de la noche anterior había sido real o no, si él era el hombre que me había abrazado y besado.

Al llegar a la amplia cocina nos encontramos a mamá y Sonia charlando con Cristian, bajo el atento escrutinio de Adela. La cocinera no acababa de fiarse del chico, pues según decía, su sexto sentido con las personas nunca fallaba. Tanta sonrisa fácil y zalamería no podían esconder nada bueno.

—Por fin estás aquí. —Cristian se levantó del asiento y me plantó un besó en los labios, ignorando la presencia de Alejandro—. Como le prometí a tu abuela, he llegado antes de las doce.

¿Antes de las doce? En mi cerebro sonó el pitido de una alarma y, por un momento, me quedé perpleja. Entonces, lo recordé todo. Era domingo y la abuela se había citado con Cristian para acabar con la farsa de nuestro noviazgo de una vez por todas.

El reloj de pared marcaba las doce en punto. La abuela debía estar impaciente en su habitación. Sin parsimonias, agarré a mi novio por la mano y lo arrastré fuera de la cocina, ignorando el mohín de disgusto que puso Alejandro.

—¿Se puede saber qué bicho te ha picado? ¿A dónde me llevas? —me preguntó Cristian muy sorprendido, subiendo por las escaleras detrás de mí—. ¿Estás cabreada o algo?

Mientras torcíamos a la izquierda por un corredor poco iluminado, apreté los labios y tiré de él con más fuerza. Estaba cansada de tantas mentiras, quería volver a la normalidad, ser amiga de Cristian y nada más, dejar a un lado los malos entendidos. Al llegar a la puerta que encerraba el preciado santuario de la madame, los nervios agitaron mis pulsaciones. Di unos golpecitos con los nudillos. Pero como nadie respondía, piqué de nuevo, esta vez con más insistencia.

—¿Por qué me has traído hasta aquí?

Abrí la puerta ignorando la pregunta de Cristian y, colocándome detrás de él, lo empujé por la espalda. El muchacho dio unos pasos dentro de la habitación, contemplando el mobiliario sin inmutarse, como si ya estuviera acostumbrado al lujo.

—Bueno, bueno, ¿qué tenemos aquí? —Sus ojos brillaron con malicia al observar la enorme cama con dosel que dominaba el ambiente—. Parece que el angelito ha perdido sus alas y quiere hacerme pecar a mí también.

Roja como un tomate, moví los brazos de forma negativa, tratando de sacarlo de su error. Fue entonces cuando mis bragas hicieron acto de presencia y cayeron junto a mis pies. Cristian bajó la

vista y las tomó con un dedo.

—Siento estropear tus planes, muñeca, pero esto... —Examinó con diversión las bragas de cuello vuelto—. No es para nada mi estilo: demasiado conservador. A mí me va más la lencería fina, con encaje, raso y ese tipo de cosas.

Me crucé de brazos muy indignada.

—No seas tan susceptible, tampoco es para ponerse así. —Cristian se colocó a mi lado con desgana, haciendo girar las bragas en el dedo—. Si tanto deseabas acostarte conmigo, sólo tenías que decírmelo, mujer. Sé que nuestro trato no incluía sexo, pero puedo hacer una excepción contigo. Si te apetece, ahora tú y yo podemos... —Ladeó la cabeza señalando la cama.

Reculé unos cuantos pasos, asustada por el giro que acababa de tomar la situación, hasta que la pared me impidió proseguir. Cristian se acercó a mí con calma y comenzó a desabrocharse los primeros botones de la camisa de manga corta que llevaba puesta.

—Deseabas estar a solas conmigo, ¿no? —Con la punta de los dedos me acarició la base del cuello—. Por eso me has traído hasta aquí con tanta urgencia.

Contemplándome con ojos juguetones, posó su frente sobre la mía. Yo, que no podía apartar la vista de su boca generosa, tragué saliva intimidada.

—No te asustes, muñeca, solo estaba bromeando —espetó Cristian, apartándose de mí—. Nunca podría acostarme con la hermana pequeña de Sonia, ¿por quién me has tomado? Así que ¿me vas a decir de una vez a qué viene este repentino interés por traerme a este mausoleo? Porque mira que hay que tener mal gusto para decorar un dormitorio de manera tan barroca.

El ruido de la puerta al abrirse solapó la cuestión y la abuela hizo su aparición triunfal, vestida como siempre de negro y gris. Entró muy estirada, mirando a Cristian por encima del hombro, en una mueca ladina que pretendía ser una sonrisa y que me desconcertó. De no saber que era imposible, hubiera jurado que la vieja sabía a la perfección lo que había ocurrido un minuto antes de su llegada.

—Me has traído a la guarida del lobo —susurró Cristian junto a mi oído—. Jamás hubiera imaginado algo así de ti, Sara. Estoy tan decepcionado.

—Creo que eres el menos indicado para darle sermones a mi nieta, jovencito —le interrumpió la abuela con cara de pocos amigos—. Aquí el único lobo con piel de cordero eres tú. Aunque ese es otro tema. Ahora vayamos al asunto que nos atañe.

—Por lo que tengo entendido, usted y yo no tenemos nada de qué hablar.

—Te equivocas. Tú y yo tenemos muchísimo de que hablar. Sé muy bien lo que buscan los hombres de tu calaña y estoy dispuesta a hacerte una oferta que no podrás rechazar.

—Me parece perfecto. ¿A qué está esperando? Suéltelo de una vez. Veamos si a un hombre de *mi calaña* le puede interesar su oferta.

Cristian hablaba y se comportaba con una frialdad y una seguridad que me pusieron los pelos de punta. Incluso la abuela parecía un poco afectada por el resplandor acerado que ardía en los ojos del muchacho.

—Muy bien, te ofrezco esta cantidad. —La madame le mostró un cheque que tenía un número seguido de un montón de ceros—. Como puedes ver, es una oferta muy generosa.

—Ciertamente, aunque me gustaría saber de dónde ha sacado tanto dinero, señora. ¿Narcotráfico? ¿Defraudando al fisco? ¿Robando a la familia de Clara?

La abuela se quedó lívida. En la habitación el único sonido que podía oírse con total nitidez

era el de su respiración descompasada.

—No tengo por qué darte ninguna explicación —prosiguió la abuela, tratando de guardar la compostura—. Y bien, ¿lo tomas o lo dejas?

—El importe no está mal. Ahora, lo que quiero saber son las condiciones para tan generosa oferta.

—Sabes perfectamente las condiciones. Quiero que te largues del pueblo cuanto antes, deja a Sara, coge el dinero y olvídate de Sonia. Es una oferta justa.

—No, no, no —respondió Cristian con chulería, moviendo el dedo índice frente al rostro desquiciado de la vieja—. Me parece que usted aún no lo ha comprendido, señora, no hago esto por dinero, lo hago por orgullo. Y si quiere que el *asunto* acabe bien, entonces deje de meter ideas absurdas en la cabeza de sus nietas.

—¡Espera!

El grito de impotencia que soltó la abuela no impidió que el chico rompiera el talón en mil pedazos y después los arrojara por los aires.

—Te ofrezco el doble —contraatacó la madame rellenando otra papeleta con letra impaciente.

—¡No!

—El triple y a mi nieta Sara.

—¿¿Qué?!

Cristian parecía tan confundido como yo. Ambos nos miramos de hito en hito y luego contemplamos a la abuela con los ojos como platos y la boca abierta. ¿En pleno siglo Veintiuno cómo se atrevía a ofrecerme a cambio de mi hermana? Ni que estuviéramos en un zoco medieval donde se cambiaban mujeres por camellos o cabras. Definitivamente, la abuela estaba comenzando a chochear.

—No pongas esa expresión de sorpresa, jovencito, sé reconocer el deseo cuando lo veo. Y aunque lo niegues, ella te atrae.

—¡Cállese, vieja arpía! ¡Es usted más miserable de lo que creía! —explotó Cristian aproximándose a la abuela, que tuvo que retroceder un poco, amedrentada por la altura del muchacho—. Le aseguro que si estuviera interesado en Sara, usted no tendría que ofrecérmela, me bastaría yo solito para hacer que ella se interesara en mí.

—Si se te da tan bien como con Sonia,... me parece que te quedarías para vestir santos.

—No me haga reír, señora —el muchacho mostró los dientes y apretó los puños con fuerza contenida—. Lo de Sonia aún está por verse.

Sin darle tiempo a réplica, Cristian me cogió por la mano y me obligó a seguirle fuera de la habitación, con la abuela pisándonos los talones.

—¡Eres un necio! Te arrepentirás de no haberme escuchado. Al final, te vas a quedar sin pan ni pedazo. ¿Me has escuchado? ¡Sin nada!

Cristian sonrió de soslayo al escucharla. Su actitud desdeñosa desquició aún más a la vieja que aulló enfurecida maldiciéndolo a él y a su familia por los restos de los siglos.

—En cuanto a ti, pequeña traidora, vas a tener que aguantarme hasta que yo decida. Todavía me eres útil. Y aunque tu abuela es un hueso duro de roer, yo tengo unos dientes muy afilados.

El muchacho continuó rumiando por lo bajo todo tipo de improperios contra la abuela. Incluso juraría que en un instante determinado, poco antes de cruzar el vestíbulo principal, le escuché decir algo así como: «Esta maldita familia disfruta metiendo sus narices donde no les llaman, pero

yo les voy a enseñar... Esta vez no voy a fallar».

En el exterior, Sonia nos esperaba apoyada en el capó del coche de Cristian, bajo el intenso sol del mediodía, que arrancaba destellos cobrizos de su melena pelirroja, dándole un halo casi irreal. El hechizo de su belleza se desvanecía en su turbia mirada, cargada de veneno. Al verla, Cristian resopló exasperado.

—¿Qué querrá esta ahora? —farfulló tirando bruscamente de mí.

—Te lo advertí, cariño. Nunca podrás derrotar a mi abuela. Eres demasiado insignificante.

—Cierra el pico, Sonia. Hoy no estoy de humor para escuchar tus bobadas. No creo que te convenga hacerme enfadar. —Cristian apartó a mi hermana con una mano, abrió la puerta del copiloto y me obligó a entrar—. Imagínate lo que dirían el memo de tu novio y su distinguida familia si llegaran a enterarse de las cositas que tú y yo hacíamos en la cabaña del lago.

Las palabras de Cristian dieron en el clavo. Sonia se quedó estupefacta. Sus ojos se abrieron tanto por la sorpresa que parecían demasiado grandes para pertenecer a su cara.

—No, no, tú serías incapaz —negó frenéticamente con la cabeza—. ¡Es un farol! ¡No puedes hacerme algo así! Si lo hicieras, sabes que jamás volvería contigo.

—¿Quién dice que estoy interesado en volver contigo?

—¿Cómo? —Sonia parpadeó varias veces incrédula, tratando de comprender—. Si no quieres volver conmigo, entonces, ¿por qué haces todo esto? —Mi hermana siguió la mirada de Cristian, que casualmente estaba posada sobre mí—. ¿Por Sara?

—Eso no es asunto tuyo.

—Que no es asunto mío, ¿dices? ¡Acabas de insinuar que te gusta mi hermana y dices que no es asunto mío!

—Deja de decir tonterías y aparta. Quiero subirme al coche.

Al ver que Sonia no se movía, Cristian la empujó y se sentó en su lugar, girando con impaciencia la llave de contacto.

—Nos vemos, preciosa —se despidió de mi hermana bajando la ventanilla—. Será mejor que controles tus celos o alguien podría escucharte.

—¡Eres un bastardo, Cristian! ¡Te odio! —Los gritos de Sonia fueron aplacados por el rechinar de la grava bajo los neumáticos—. ¡Mi hermana jamás podrá satisfacerte del modo en que yo lo hago!

—Menuda loca.

Cristian encendió la radio a todo volumen, ignorando los berridos de mi hermana, y me miró por el espejo retrovisor arrugando la frente.

—Y tú no te hagas falsas ilusiones, no me interesas en lo más mínimo. Ya sabes que no eres mi tipo.

Dicho esto, guardó silencio, se colocó las gafas de sol y permaneció taciturno el resto del día, mientras conducía como un loco por las afueras de la ciudad. Sólo paramos para repostar y comer algo en la gasolinera. Cuando me dejó en la mansión por la tarde su humor no había mejorado, estaba rabioso. Lo vi en sus ojos y en la manera en que me tomó del brazo para ayudarme a bajar del coche.

—Mi pobre y dulce Sara. —Cristian me tomó por la cintura y me acercó hasta él—. Así están las cosas y es una verdadera lástima, pero ahora te toca sacrificarte en lugar de tu hermana.

No opuse resistencia cuando Cristian me abrazó y me besó en los labios con dulzura. Su

repentino cambio de actitud era un misterio, así era él: algunas veces, tierno y paciente; otras, duró y visceral. ¿Quién se ocultaba en verdad bajo ese cúmulo de contradicciones?

—¿Qué le vamos a hacer? Diga lo que diga tu abuela, mañana voy a recogerte a las cinco en punto de la tarde. Por tu bien, espero que estés preparada. Esta vez no pienso ceder un milímetro y, aunque tenga que montar un cirio, voy a salirme con la mía. —Sin decir una palabra más, se inclinó sobre mí para plantarme un furioso beso en los labios y se marchó.

El rubor calentó mis mejillas y la vergüenza me dejó clavada en el suelo. Todo a mí alrededor parecía dar vueltas. La sensación de formar parte de algo más grande de lo que alcanzaba a comprender era abrumadora. Con desgana, me esforcé por mover un pie y luego el otro. Después de lo ocurrido, lo único que deseaba era llegar a mi habitación y dormir durante una década entera.

A las cinco en punto de la tarde, al día siguiente, Cristian apareció en la mansión como Pedro por su casa, tal como había anunciado. Vestía un pantalón de pinzas muy formal y una camisa blanca de manga corta. En una mano llevaba un ramo de amapolas y en la otra una caja de bombones, que le entregó a mamá tan pronto la vio. La pobre mujer no cabía en sí de gozo y se apresuró a ir en busca de la abuela y Adela para enseñarles el regalo.

En menos de cinco minutos la cocina se convirtió en un gallinero, donde buena parte de las empleadas de la mansión cacareaban entorno a mi novio. Adela miraba recelosa a Cristian desde una esquina, igual que la abuela, quien no podía ocultar su disgusto por el revuelo que se había organizado. Al ver la expresión avinagrada de la vieja, Cristian se acercó hasta ella y le tendió el ramo de flores con gesto inocente.

—Espero que le gusten, señora. La florista que me las vendió me contó que en el lenguaje de las flores las amapolas simbolizan el reposo, la tranquilidad y el sueño, de ahí el nombre de adormideras. También se la relaciona con la venganza y la muerte. Algunas personas aseguran que nacieron de la sangre de los soldados muertos en el fragor de la batalla, ¿no es curioso?

—Sí, sí, es muy curioso. —La abuela tomó las flores de mala gana y las colocó sobre la mesa—. No tenías por qué molestarte.

—No ha sido una molestia, señora. Más bien un placer.

—¿A que es encantador, madre? Sara es muy afortunada de tener un novio como él.

—Sí, qué suerte tiene tu hija —exclamó con envidia María, la sirvienta mala, dedicándole a mi novio una intensa mirada, con caída de párpados incluida.

Todas las féminas asintieron complacidas, todas menos Adela y la abuela que continuaban mirando a Cristian con desconfianza. Este para desquiciar más a la madame, se tomó la libertad de pasarle un brazo por los hombros y apretarla contra sí.

—No se preocupe, doña. Pienso hacer muy feliz a su *nieta*. —Remarcó bien la palabra para que a la vieja no se le pasara por alto que no era a mí a quien aludía—. Por ella soy capaz de cualquier cosa. Y si a ustedes les parece bien y no les resulta muy molesto, me gustaría poder visitarla con mayor frecuencia.

—¡Desde luego! —contestó mamá, animada por el murmullo de aprobación de las empleadas.

Su efusividad solo logró acrecentar el ego de Cristian, quien envalentonado por la situación, se atrevió a tomar entre las manos el rostro de la abuela para plantarle un sonoro beso en la frente. La vieja se quedó lívida, con la boca abierta de par en par, las fosas nasales dilatadas y las cejas tan levantadas que parecían estar a punto de fundirse con la línea natural del crecimiento del pelo.

Cualquiera que la viese, pensaría que estaba a punto de sufrir un ictus, sobre todo cuando su párpado izquierdo comenzó a contraerse de manera involuntaria, en un gracioso tic que la obligaba a guiñar el ojo.

En lo sucesivo, ese gesto se convirtió en algo habitual en ella. Era una pequeña fisura que había rasgado la armadura de mujer tirana que siempre llevaba puesta, y que únicamente sirvió para incrementar su cólera cuando Cristian comenzó a frecuentar la mansión a diario y a mi hermana de manera fortuita. Claro está, que el muy descarado se valía de estratagemas para estar junto a Sonia sin levantar sospechas. Ambos eran un par de sinvergüenzas, que no dudaban en flirtear sin tapujos, incluso ante el mismísimo Alejandro.

Esa indiferencia por parte del prometido de mi hermana, enervaba aún más a la madame. Estaba frustrada porque su elaborado plan se estaba yendo al garete y no podía hacer nada para evitarlo. Era irónico, ya que cuanto más se empeñaba en unir a Sonia con Alejandro, peor se ponían las cosas entre ellos.

La vieja descargaba su furia con cualquiera que metiera la pata o se cruzara en su camino un día de los malos. Nadie estaba a salvo de la afilada lengua de la madame, que parecía más venenosa y pernicioso que nunca. Su rabia mal canalizada se extendía por doquier como una epidemia peligrosa, que se contagiaba a través del estrés y del miedo.

Mamá era un caso aparte. Parecía estar perdida en el limbo: no veía, no escuchaba y no quería saber lo que ocurría a su alrededor. Para ella era mucho más cómodo fingir que todo andaba a las mil maravillas, pasarse el día entero encerrada en la habitación, viendo la tele o haciendo ganchillo, que enfrentarse a los problemas, como siempre. Papá la había malacostumbrado y los viejos hábitos eran difíciles de cambiar.

—Mirad lo que encontré ayer en el desván —dijo mamá, apareciendo en la cocina una mañana, poco antes de la hora del almuerzo. Iba cargada con una destartada caja de zapatos que contenía un montón de fotografías—. Son de Sonia cuando era bebé. Estaba tan mona con su conjunto rosa. Se lo regaló Rafael.

—Sí, estaba muy mona —comentó Adela indiferente, mirando de reojo el retrato.

—Era una niña tan graciosa y dulce. La gente me paraba por la calle para mirarla. Supongo que les llamaba la atención su pelo rojizo y esos mofletes rechonchos y risueños.

—Nada que ver con el ogro con patas en que se ha convertido —apostilló la cocinera por lo bajini.

—No seas injusta, Adela. Mi pequeña no tiene la culpa. Es normal que con todo el estrés por la universidad y la responsabilidad de convertirse en la futura esposa de Alejandro esté un poquito arisca.

—Si tú lo dices. —Adela entornó los párpados y me echó una mirada escéptica.

Mi madre volvió la cabeza distraída y me sonrió con los ojos vacíos de emoción. El pasado era su único consuelo, el testimonio de una felicidad marchita.

—Si esto sigue así, Soledad va a acabar despellejada y colgada del palo mayor —irrumpió Gertru entrando en la cocina abrazada al cesto de la ropa sucia, lleno hasta los topes, y casi sin poder ver por encima de la pila.

—¿Qué ha hecho ahora? —Mi madre dejó la fotografía de mi hermana sobre la mesa y ayudó a Gertru con la cesta.

—Se ha puesto histérica. Y todo porque uno de los mozos ha entrado en el vestíbulo con las

botas de trabajo puestas. Nunca había escuchado tantos insultos seguidos. Solo le ha faltado decirle de qué se iba a morir. Hay que mantener las formas, hombre, ya está bien. Somos personas y no animales. —La sirvienta estaba muy indignada.

—Ya conoces el pronto de mi madre, pero luego no es nadie. En unos días se le habrá pasado el enfado —defendió mamá, sonriendo a Gertru.

—Aquí todos conocemos muy bien a tu madre —intervino Adela, removiendo el puchero que tenía al fuego—. Es una fiera y ya va siendo hora de que alguien le ponga un bozal. Ya está bien de tonterías, si no es capaz de controlar sus emociones, pues que busque ayuda médica. Y punto.

Un silencio embarazoso se hizo en la cocina. Todas miramos a Adela, que continuaba imperturbable con su tarea, como si lo que acababa de decir no hubiera salido de su boca.

Mamá corrió un tupido velo como de costumbre y cambió de tema haciéndose la tonta. Se le daba muy bien. Prefería pensar que el mal carácter de la abuela mejoraría por arte de magia o que Alejandro era un muchacho muy estudioso y por eso evitaba a mi hermana durante el día entero, en lugar de aceptar que no soportaba su carácter histérico. Y aunque cada noche se sentaba el último en la mesa, lo más alejado posible de Sonia, y comía sin apartar la vista del plato, callado, mamá aseguraba que era para integrar a nuestra familia, para dejarnos hablar, para que no nos sintiéramos fuera de lugar. Yo opinaba lo mismo que la mayor parte del servicio: Alejandro aborrecía a Sonia. Sólo hacía falta echar un vistazo a su expresión contrariada cada vez que estaba junto a ella. No la soportaba y era normal. Sonia había desarrollado la habilidad de pasar, en menos de una fracción de segundo, de la alegría más fulminante, plagada de arrumacos y palabras almibaradas, al llanto más desconsolado, lleno de gritos histéricos, insultos y recriminaciones. Disfrutaba acusando a Alejandro de ser el peor de sus males, y uno de sus pasatiempos favoritos era ventilar sus problemas de pareja con cualquiera que estuviera dispuesto a escucharla. Parecía una bipolar recién fugada de una institución mental.

Los únicos momentos de paz se daban por las noches, a la hora en que todos se retiraban a sus dormitorios, cuando el caserón quedaba sumido en la tranquilidad de las tinieblas. Entonces, los discretos ruidos que por el día pasaban desapercibidos alcanzaban magnitudes insospechadas. Las antiguas escaleras de madera aprovechaban la oscuridad para dejarse oír por encima del ulular del viento, quien colgado de su lomo y de su crin, transportaba espeluznantes carcajadas de seres incorpóreos.

Una de esas noches, donde el runrún incesante de la casa estaba en su apogeo, escuché ruido de pasos en el saloncito: era Alejandro. Desde hacía una buena temporada, salía de su habitación a altas horas de la madrugada, atravesaba el saloncito de puntillas, mirando a diestro y siniestro, abría la puerta de mi dormitorio para comprobar que yo seguía dormida y se marchaba procurando hacer el menor ruido posible.

Yo le escuchaba alejarse rumbo a quién sabe dónde, fingiendo roncar a pierna suelta. Mi actuación era tan convincente que era digna de optar al Goya a la mejor actriz secundaria. La incógnita de lo que hacía durante tanto tiempo fuera de la mansión me tenía en un sinvivir. Lo imaginaba en brazos de María o, peor aún, revolcándose con alguna chica de Casa Rosita.

Después de pasar otra mala noche, y no solo por el calor de julio, sino por el insomnio que me producía Alejandro y sus escapaditas misteriosas, me levanté de la cama temprano, a las siete y media de la mañana, y me di una ducha de agua fría para aclarar las ideas. No podía seguir así, estaba tan preocupada por el muchacho que apenas comía y no pegaba ojo.

Iba pensando en mis cosas, rumbo a la cocina, cuando me tropecé con el foco principal de mis

preocupaciones. Alejandro me guiñó un ojo divertido. Vestía solo unos pantalones deportivos, unas zapatillas de loneta y una toalla alrededor del cuello. Tenía ojeras, aunque estaba muy guapo. ¡Menuda genética! Yo por el contrario estaba desaliñada, tenía los ojos hinchados y rojos por la falta de sueño, y además mi pelo se había declarado en rebeldía.

—¡Buenos días, lagartija! —me saludó, rascándose el pecho desnudo con una mano—. Nada mejor que madrugar y hacer un poco de ejercicio para estar en forma, ¿no crees? —Asentí boquiabierta, contemplando con admiración como sus pectorales se tensaban al abrir la puerta para cederme el paso.

Al entrar en la cocina, escuché las risotadas escandalosas de Adela, que seguía cuchicheando con la madame, sin advertir nuestra presencia, mientras amasaba con empeño los ingredientes necesarios para hacer su famoso bizcocho de chocolate.

—Estoy tan contenta. Tomás volverá en pocos días a casa con la señora.

—Sí, eres un torbellino de felicidad, mira la que has organizado en media hora. —La madame estaba de espaldas a la puerta, demasiado concentrada en el revoltijo de utensilios que estaban desparramados sobre la encimera como para percatarse de nuestra llegada—. Lo has dejado todo hecho un asco y sólo para hacer esa ridícula receta.

—Es la tarta favorita de mi marido —se defendió la cocinera, blandiendo un batidor delante del semblante encopetado de la madame—. Ahora que vuelve a casa voy a consentirlo un poco.

—No sé cómo, a tus años, aún puedes comportarte con tu marido como una quinceañera enamorada.

—Así es el amor, supongo.

—¡Pamplinas! —respondió la abuela, dándose la vuelta y encontrándose de frente con Alejandro y conmigo—. El amor es... —Su sorpresa fue mayúscula, tanto, que se quedó sin palabras, contemplándonos con horror, como si estuviese frente a un pecado.

—¿Qué pasa con el amor? —preguntó Adela, volviéndose hacia la madame y parpadeando con desconcierto al ver que no estaban solas.

—¿De dónde venís? —La pregunta salió de los labios de la abuela como una acusación. Sus ojos se achicaron hasta no ser más que un par de líneas oscuras, que examinaban nuestros cuerpos con sospecha, en busca de algún indicio de inmoralidad.

—¡Oh, Dios mío! —Adela también parecía preocupada, pero por un motivo diferente—. Tenéis un aspecto espantoso. No me extraña que Soledad se haya asustado. Menudas ojeras. Debéis estar incubando la gripe. —La mujer se cruzó de brazos y se golpeó la nariz con el dedo índice varias veces, pensativa—. Hoy tengo que bajar al pueblo a comprar papel higiénico y suavizante para la ropa, así que aprovecharé y me pasaré por la carnicería a por algo de hígado. Un poco de hierro extra no os hará ningún daño.

—A mí no me gusta el hígado —se quejó Alejandro, acercándose a la nevera para coger una botella de agua—. Si quieres, cómpraselo a Sara. Está demasiado flacucha para mi gusto.

—Tú tampoco estás en tu mejor momento. Solo hay que verte la cara para saber que no duermes bien por las noches —indicó Adela, colocando el dorso de la mano sobre la frente de Alejandro para tomarle la temperatura.

—Puede, por lo demás, estoy hecho una roca. —El muchacho le guiñó un ojo a la cocinera y flexionó un brazo para sacar músculo. Su sonrisa era deslumbrante.

Los ojos de la abuela se deslizaron de manera fugaz por el cuerpo atlético del muchacho y acto

seguido se posaron en mí, acusadores. Era demasiado obvio lo que estaba pensando su mente sucia.

—¿Qué os apetece desayunar? —preguntó la cocinera, ajena a todo lo demás—. ¿Tostadas o cereales?

—Yo no tengo tiempo. Hoy van a hacerme las últimas placas en las lumbares y, si todo sale bien, no volveré a visitar al doctor durante una buena temporada. Será mejor que me vaya a duchar o voy a llegar tarde.

En cuanto el muchacho se marchó, me senté junto a la abuela a desayunar en el más absoluto silencio, escuchando de fondo el constante parloteo de la cocinera.

—Por favor, Adela, déjanos solas. Tengo que hablar con la niña.

—¿Cómo dices?

—¡Te he pedido que nos dejes solas! ¡Venga, a qué esperas! ¡Márchate! —La vieja no mostró la más mínima consideración por la otra mujer.

Adela se quitó el delantal con un movimiento brusco y salió de la cocina farfullando por lo bajo sobre lo mal pagado que estaba su trabajo y sobre algo de que la abuela necesitaba ir a un buen endocrino, porque a ciertas edades, la falta de estrógenos hacía estragos en el carácter.

—Sabía que tarde o temprano nos traerías problemas. Mira que se lo advertí a tu madre, que debía llevarte con mano de hierro y no darte tantas libertades —soltó la madame tan pronto nos quedamos a solas—. ¿Pero me hizo caso? Desde luego que no. Se fio de ti y ahora es demasiado tarde para meterte en cintura.

La vieja hizo una pausa para tomarse su tiempo y le dio un trago largo al café, contemplándome por el borde del vaso como si yo fuera una mosca cojonera que estaba a punto de aplastar.

—Y para colmo de males tengo que aguantar a tu novio, un chulito de barrio barato. No lo soporto. Me desquicia. Cada vez que lo veo me entra jaqueca y unas ganas asesinas que... ¡Ay! —La abuela dejó la taza en la mesa, se levantó de sopetón y caminó hacia la encimera pasándose las manos por el cabello. Estaba esforzándose por controlar el mal genio—. Tienes que ayudarme. Necesito saber cómo es, qué le gusta, qué le disgusta, cuáles son sus debilidades, dime todo lo que sepas de él. Tengo que alejarlo de esta casa o no voy a ser capaz de lidiar con tu hermana.

La abuela se dio la vuelta con ímpetu, quedando frente a mí. El moño, siempre bien peinado y en su sitio, parecía un trozo de esparto ajado y grisáceo.

—Tenemos que neutralizar a ese canalla, ¿pero cómo? —se preguntó en voz alta, paseándose otra vez de un lado a otro de la cocina—. Está claro que el dinero no le importa, y tú... tú eres un punto y aparte. Menuda cruz me ha caído contigo. Solo nos queda rezar porque ocurra un milagro. —Derrotada, se desplomó sobre la silla—. Piensa, Soledad, piensa.

En los ojos de la abuela brilló un matiz diabólico cuando me tomó de las manos para sonreírme como si yo fuera la panacea para todos sus problemas.

—Quizás seas un punto y aparte, pero aún eres mujer y puedes distraerlo un poco. —Los dedos arrugados de la anciana apretaron mis manos sudorosas en un gesto cómplice—. Quiero que escribas en una libreta los antecedentes de ese sinvergüenza y me los entregues esta misma tarde. Yo me ocuparé del resto. Desde hoy vas a convertirte en su sombra. Voy a derrotarlo con sus propias armas. ¡Ja!

El plan de la madame me parecía una soberana estupidez. Quería convertirme en una especie

de agente doble, pegada veinticuatro horas a Cristian, para sacarle información sobre sus horarios y actividades, y para controlar que no se citara con Sonia a escondidas. Vamos, que la abuela había visto demasiadas películas americanas.

El sábado siguiente, cuando Cristian fue a recogerme a la mansión, se encontró con Sonia en la cocina. Era anormal como mi hermana se las apañaba para estar siempre en medio como los jueves, o había desarrollado una habilidad extrasensorial que funcionaba como un radar, o escuchaba conversaciones tras las puertas igual que hacía yo. Supongo que ser cotilla era cosa de familia.

—Qué bien huele. Me está dando hambre. —Sonia levantó la tapa de una cesta de mimbre para echar un vistazo, mientras Cristian me saludaba con un beso en los labios—. ¿Vas a ir a una fiesta o a alguna reunión de *tuppers*, Adela?

—La comida no es para mí —contestó la cocinera a regañadientes, concentrándose en envolver unos bocadillos en papel de aluminio.

—Entonces, ¿a qué se debe todo esto?

—Tu hermana y Daniel van a pasar el día en el lago —anunció la madame, entrando en la cocina como un vendaval de positividad.

Cristian frunció el ceño y me dedicó una mirada interrogativa. Levanté los hombros como respuesta y negué con la cabeza para hacerle saber que yo no formaba parte de aquella locura.

—He dado lo mejor de mí —intervino Adela, introduciendo un montón de bocadillos en la cesta—. Hay suflé, ensalada, fruta, queso, refrescos... En fin, creo que me he pasado.

—Perfecto, exactamente lo que te ordené. —La abuela juntó las manos frente al pecho y sonrió complacida.

—Discúlpeme, señora. Pero, como puede ver, no llevo la ropa adecuada para ir de picnic. Ni siquiera he traído bañador. —Cristian iba vestido con unos pantalones de pinzas, una camisa formal y unos zapatos de piel.

—Por eso no te preocupes, si no me equivoco debes usar la misma talla de mi muchacho. Tenemos bañadores de sobra, así que acompáñame. Sara, tú también deberías ir a cambiarte.

La abuela salió de la cocina como una reina victoriosa, mientras Cristian se debatía entre quedarse o seguirla. Al final optó por lo segundo y se marchó tras la vieja con gesto serio. Supuse que no quería ser descortés con Adela, había trabajado mucho preparando el pícnic y no deseaba hacerle un feo.

—Ahora voy —anunció mi hermana, marchándose a toda prisa.

—No sé quién me tiene más preocupada, tu hermana o tu abuela. Las dos parecen un par de dementes. —Asentí avergonzada—. Anda, será mejor que vayas a ponerte el traje de baño si no quieres hacer esperar a tu novio —me recomendó Adela, sacando un paquete de servilletas de papel de los cajones.

Veintitrés minutos más tarde, con un vestido suelto y liviano, descendí por la escalera principal que conducía al vestíbulo. Cristian me esperaba junto a Sonia, se había puesto unas estafalarias bermudas estampadas que hacían juego con una camiseta de color amarillo fluorescente. Mi hermana también se había cambiado de ropa y llevaba un pareo de gasa, unas esparteñas con plataforma, unas gafas de sol a lo Audrey Hepburn y una amplia pamelita. Alejandro estaba algo apartado de ellos, como si estuviera allí más por obligación que por gusto.

—Ya era hora, hermanita, casi nos dan las uvas. Espero que no os importe que nos unamos a

vosotros en el pícnic organizado por la abuela. Hay comida de sobra y hace mucho tiempo que Alejandro no me saca a ningún lado, como siempre está tan ocupado. —Esto último se lo dijo a Cristian, impostando la voz para que sonara a queja infantil.

Sonreí al imaginar el gesto de disgusto que pondría la abuela cuando se enterara de la noticia. Sus chapuceros planes habían dado un giro inesperado. Alejandro carraspeó con incomodidad ante el embarazoso silencio.

—Si ya estamos todos, será mejor que nos vayamos —soltó Cristian, pasando de mi hermana. Su mirada indiferente se centró en mí unos segundos. No quería ni pensar qué diablos le habría dicho la abuela para que estuviera tan serio.

—¡Espérame, cuñadito! —Sonia corrió tras mi novio, sujetándose la pabela con una mano al atravesar la puerta que daba al jardín.

—¡Un momento, un momento...! —Adela apareció en el vestíbulo con la cesta del pícnic en las manos—. No os marchéis sin la comida, que me he roto los cuernos preparándola.

Corrí hacia la cocinera y tendí las manos para que me diera la pesada cesta. Adela ya tenía una edad y era mejor que no hiciera esfuerzos.

—Será mejor que la lleve yo, pesa demasiado para una lagartija flacucha como tú. — Alejandro me quitó la cesta de las manos y se marchó tras Sonia y Cristian.

Apremiada, le di un beso en la mejilla a la cocinera y salí al jardín. Era un sábado radiante. El aire caliente mecía las copas de los árboles, transportando un sutil aroma a verano y hojas secas. El canto de las cigarras se mezclaba con nuestros pasos sobre la grava ardiente, bajo el potente sol del mediodía.

Unos metros por delante de mí, Sonia cotorreaba con Cristian encantada de la vida. Su atuendo playero, casi transparente, revelaba el mini bikini de color verde pistacho que llevaba debajo. Era deprimente pensar que ambas habíamos nacido de la misma madre y el mismo padre. Si fuera adoptada, al menos me quedaría el consuelo de saber que no compartíamos los mismos genes.

Buscamos un lugar apartado de la mansión para acampar a nuestras anchas. Los sauces se elevaban varios metros por encima del lago, dándonos un poco de sombra donde extender el mantel y las toallas.

Sonia fue la primera en desvestirse, dejando el aparatoso sombrero de paja y las gafas de sol encima del amplio pareo. Enseguida nos animó a que hiciéramos lo mismo. Cristian se quitó la camiseta sin pensarlo dos veces y corrió junto a ella hasta la orilla. Como un par de críos, gritando y riendo, se zambulleron de cabeza, en tanto yo tomaba asiento a un lado del mantel.

—El calor es sofocante, ¿por qué no os unís a nosotros? —Sonia chapoteó desde el agua tratando de mojarnos—. Venga, entrad, no seáis carcas.

Alejandro miró hacia el cielo con resignación y, haciendo caso omiso de mi hermana, se estiró sobre la hierba boca arriba y colocó las manos detrás de la nuca.

—Hoy va a ser un día muy largo —auguró, cerrando los ojos y soltando un bufido.

La verdad, yo también estaba agotada y no me apetecía nada mostrar el bañador que llevaba puesto, de pierna baja y tirantes cruzados en la espalda. Era demasiado conservador y me daba vergüenza, pero no tenía nada mejor. Odiaba sentirme como una pequeña bombilla que no brillaba con la suficiente intensidad para eclipsar la potente luz solar que era mi hermana.

Me sobresalté al percibir un roce áspero en el muslo. La pabela de Sonia rodaba por el suelo azotada por el viento, como las bolas rodamundos lo hacen en el desierto. Sin pensarlo dos veces,

corrí tras la díscola pamea, alejándome un buen trecho. No quería ni imaginar la pataleta que iba a montar mi hermana si algo malo le pasaba. Estaba a punto de alcanzarla, cuando una traicionera ráfaga de aire me la arrebató de las manos para lanzarla por los aires.

El sombrero infernal cayó por un despeñadero, formado por la erosión natural del agua, y terminó colgado de una raíz que sobresalía de la pared vertical, oscilando de un lado al otro. En cualquier momento iba a caer al lago y quedaría hecho un cirio.

Fastidiada porque esas cosas sólo me ocurrieran a mí, me tumbé en el suelo y estiré el brazo cuanto pude para intentar alcanzar la pamea. Aunque la sensación de vértigo era muy fuerte, debido a la altura que había, saqué medio cuerpo fuera del precipicio, arrastrándome como una oruga. Cuando mis dedos rozaron la paja, sonreí degustando el sabor del triunfo. Sin embargo, un poco de tierra se desprendió del suelo, perdí el equilibrio y caí al vacío.

El impacto del agua fría en la cabeza me desorientó. La oscuridad líquida me rodeaba y no sabía dónde estaba, no distinguía entre arriba y abajo. Braceé tratando de salvarme, pero el vestido se había enredado entre mis piernas y en algo más; quizás entre los juncos que bordeaban la ribera montañosa. Estaba atrapada.

Un ángel protector apareció rodeado de burbujas, me envolvió entre sus brazos y tiró de mí hacia arriba, sin éxito. El vestido me tenía prisionera. Me percaté de la identidad de mi salvador cuando colocó su rostro frente al mío y, tomándome por la nuca, cubrió mis labios con los suyos para darme oxígeno.

Alejandro rompió con violencia el cuello del vestido y me liberó de él. A continuación me arrastró hasta la superficie y por fin pude tomar una bocanada de aire fresco.

—¿En qué diablos estabas pensando?

Alejandro nadó conmigo hasta la orilla y me sacó en brazos del agua. Derrotado, dejó mi cuerpo sobre la hierba y se desplomó a mi lado, respirando de manera irregular.

—Menudo susto me acabas de dar. Cómo puede ser tan imprudente. —Al mirarme guardó silencio y frunció el entrecejo—. Tengo la sensación de haber vivido este momento antes.

El muchacho se incorporó sobre un codo para examinarme sin parpadear. Sus ojos se fijaron en mi rostro, luego en mi pelo y, por último, descendieron hasta mi cuello, donde el pulso latía de manera acelerada.

—No puede ser... —La incredulidad se reflejó en la voz de Alejandro—. Eres tú... ¡Tú!

NADA ES PARA SIEMPRE

ALEJANDRO se acercó tanto a mi rostro que pude ver con total nitidez la incredulidad reflejada en sus pupilas. A nuestro alrededor el tiempo se había detenido, no cantaba ni un gorrión y el viento había dejado de soplar expectante por lo que iba a pasar a continuación. Llena de culpabilidad desvié la mirada, esforzándome por tragar saliva. Entonces, descubrí que estábamos los dos solos, no había ni rastro de Sonia y Cristian; nos encontrábamos al otro lado de la orilla.

—No, no puede ser. Tú no serías capaz de hacerme algo así, ¿verdad? —La voz insegura de Alejandro se quebró en la última palabra.

El rubor que cubría mis mejillas y el temblor de mis manos fueron prueba más que suficiente para que Alejandro sacara sus propias conclusiones. No hacía falta que confesara a viva voz, una persona medianamente inteligente podía leer entre líneas.

—¿Por qué has jugado conmigo? ¿Querías llamar la atención o sencillamente te divertías a mi costa?

No tuve valor para enfrentarme a la verdad. Me sentía indefensa, insegura, demasiado expuesta debido al bañador. Ojalá aún llevara el vestido pero, por desgracia, estaba roto en el fondo del lago, enredado entre los juncos.

—¡Mírame!

No le hice caso.

—¡He dicho que me mires! ¡Maldita sea! —En un arrebato, el muchacho me obligó a levantar la cabeza— ¡Dime por qué! ¿Por qué lo hiciste? Acaso soy un juguete para ti, como todos esos chicos del instituto con los que te divertías. O querías vengarte de Sonia porque siempre la has envidiado. ¡Contéstame!

Necesitaba explicarle cómo habían sucedido las cosas, que entendiera que nada había sido premeditado y que todo se debía al azar. Pero al intentar articular palabra, por mi laringe únicamente subió un sonido tosco y ronco cargado de aire.

—Soledad tenía razón: eres una experta en el arte de la mentira, utilizas tu fragilidad para manipularnos a todos. Así que responde de una vez, dime algo. ¡Deja de fingir! Sé que no tienes ningún problema en la garganta, si no hablas es porque no te da la gana.

Frías lágrimas de humillación corrieron por mis mejillas y resbalaron por mi cuello. Deseaba

que la tierra se abriese en dos y me tragase.

—Ese truco lo tengo muy visto. Sonia lo utiliza a menudo y ya estoy inmunizado. Es más, sé cómo remediar tus lágrimas de cocodrilo.

Alejandro se abalanzó sobre mí, cubriéndome con su cuerpo. Sin piedad, me besó en los labios. No hubo respuesta por mi parte, solo apreté los dientes para no facilitarle el trabajo. Las manos masculinas tiraron de mi cabello empapado con furia para obligarme a abrir la boca.

—No te resistías tanto la otra noche —murmuró furioso, acallando un gemido de resistencia con otro beso voraz que consiguió su objetivo. Su lengua penetró en mi interior, acariciándome el paladar. Su pasión no me dio tregua, apenas podía respirar. En cualquier momento me iba a desmayar de la impresión.

Alejandro me acarició un pecho y jugueteó con el pezón, profundizando su posesivo beso. Me sentía tan violada, tan humillada, que apreté los dientes para morderle los labios. Alejandro soltó un alarido de dolor y, al instante siguiente, un grupo de pájaros huyó en desbandada de la copa de un árbol cercano.

—¡Estás loca o qué te pasa! —gritó poniéndose en pie. Un hilillo de sangre le brotaba del labio inferior.

Me incorporé sobre la fragante hierba, que ya no me parecía tan fragante, y me abracé las piernas sollozando. De soslayo atisbé a Alejandro erguido frente a mí, como una sombra alta y difusa, demasiado inmerso en su propio sufrimiento para darse cuenta de nada más. Tras unos segundos ahí parado, cerró los puños con fuerza y se marchó. Su imagen se fue difuminando en el horizonte. De nuevo la amargura se instaló en mi corazón, en tanto una vocecita quisquillosa y malintencionada me susurraba que todo era culpa de la abuela y su estúpido plan. Cómo odiaba a esa maldita vieja sin alma, la aborrecía. Ojalá, ojalá estuviera muerta. No había terminado de formular el deseo y ya me sentía culpable por el simple hecho de haberlo pensado. Supongo que matar a la abuela era demasiado radical, me conformaría con atarla a una silla y arrancarle todos los pelos del cuerpo con unas pinzas oxidadas. La imagen de la madame amordazada y sin pelos me hizo sentir un poco mejor.

Superada la crisis de ansiedad, me sorbí los mocos y me pasé las manos por las mejillas para secarme las lágrimas. Deseaba regresar a la seguridad de mi habitación, pero no quería encontrarme con Alejandro, así que tomé el camino más largo y atravesé el bosque rumbo a la mansión. Al pasar junto a la casita que había en el claro, escuché ruido de voces. Las distinguí enseguida.

¡Era increíble! ¡La última gota que colmaba el vaso! ¡Sonia y Cristian no tenían vergüenza! La cólera cabalgó por mis venas convertida en adrenalina. Estaba harta de mi hermana y de su comportamiento temerario, harta de su egocentrismo, cansada de ser yo la estigmatizada como la oveja negra de la familia, mientras ella se revolcaba con dos hombres a la vez.

Ciega de ira, como un perro de presa guiado por el instinto, caminé hasta el porche de la entrada. Ay, si ahora tuviera entre las manos aquella ridícula pamea que tantos problemas me había causado, se la haría tragar a mi hermana hasta que se atragantara. Mi enfado se convirtió en bochorno cuando vi a Cristian desnudo a través de la ventana abierta del salón. Sonia se estaba subiéndole las bragas del bikini, pero aún no se había puesto el sujetador.

—No ha estado mal, nada mal —murmuró Cristian, desperezándose como un felino.

—¿Cómo dices? —Sonia se giró ofendida—. ¿Nada mal? Yo no soy una de esas putas baratas a las que te follas. A mí no me tienes que decir si lo hago bien o mal.

—Oye, muñeca, deja de actuar conmigo como una princesita frígida, era solo un comentario. Además, si alguien tiene derecho a ofenderse aquí soy yo o, en mi ausencia, el cornudo de tu novio.

—No metas a Alejandro en esto. —Sonia miró a Cristian muy disgustada.

—Tú fuiste quien lo metió entre nosotros primero.

—Estaba enamorada.

—Hablas en pasado. —Cristian sonrió con cinismo, agachándose para tomar su bañador—. ¿Eso quiere decir que ya no sientes lo mismo por él?

—Desde luego que sí.

El chico soltó una carcajada escandalosa y Sonia se abalanzó sobre él para taponarle la boca con las manos.

—¡Deja de hacer tanto ruido! ¡Alguien puede escucharnos!

Por si las moscas me alejé unos pasos de la ventana, contemplando el interior a través del reflejo de los cristales sucios.

—Si tanto miedo tienes de que nos descubran, ¿por qué sigues buscándome?

—No voy a discutir más, joder. —Sonia se peinó el cabello con los dedos, tratando de recomponerlo—. Estoy hecha un desastre y es tardísimo, será mejor que nos marchemos antes de que Alejandro empiece a sospechar.

—No tengas tanta prisa. Seguro que tu novio está demasiado distraído contemplando a tu hermana con cara bobalicona para advertir nuestra ausencia.

—¿Qué estás insinuando? —Sonia se cruzó de brazos, enarcando una ceja.

—No insinúo nada, lo afirmo: entre ellos dos pasa algo. Acaso no te has fijado en sus sonrisas traviesas o en sus miraditas lacónicas. Por el amor de Dios, si apenas se atreven a rozarse por miedo de empezar y no acabar. Y tu novio no le quita los ojos de encima a Sara.

—Sólo dices esas cosas para sacarme de quicio, porque estás celoso de nuestra relación. Alejandro nunca miraría a mi hermana de esa manera. Ella no es para nada su tipo, es demasiado insignificante.

—Muñeca, tienes una visión muy superficial del amor.

—Qué curioso que seas precisamente tú quien diga eso, don si te he visto no me acuerdo. ¿Qué sabrás tú del amor? Nada. En tu vida solo has utilizado a las mujeres para divertirte con ellas. Las seduces con engaños, te las tiras y puerta.

—Eso no es verdad. Yo...

—¡No me hagas reír! Qué poquita memoria tienes cuando te interesa. Si te digo centro comercial *L'Illa*, en avenida Diagonal, hace unos años, o rubia de infarto, ¿qué te viene a la cabeza? —Silencio—. Oh, vamos, esfuérzate un poquito. ¿Cómo se llamaba aquella histérica? Uhm, era un nombre tipo Yolanda o Roxana... o tal vez ¿Silvia? Tienes que acordarte de ella. Cuando me presenté ante vosotros y descubrí tus mentiras, se cabreó tanto que sus gritos se escucharon incluso dentro de las salas de cine, y eso que están insonorizadas.

Mi hermana hizo una pausa dramática esperando a que Cristian hablara, como no lo hizo, prosiguió ella.

—La pobre infeliz no tenía dos dedos de frente. ¿Cómo pudo tragarse el cuento de que te llamabas *Daniel no sé qué más*, y que eras el único hijo de un importante hombre de negocios? Ni siquiera yo hubiera sido tan ingenua.

—¿Por qué hablas de todo esto ahora?

La expresión de Cristian permaneció oculta entre las sombras, su apariencia denotaba cierta tensión, como si Sonia hubiera tocado un resorte que lo había puesto a la defensiva.

—No te enfades, Cristian. O debería llamarte *Danielito*. —Sonia emitió una estridente carcajada que al chico no le sentó nada bien—. Debes tener un sentimiento especial por ese alias, lo usaste incluso para engañar a mi familia, supongo que debe traerte buenos recuerdos. ¿A cuántas idiotas has encandilado con él?

—A muchas más de las que te puedas llegar a imaginar. Y las que faltan.

—Eres un...

—Si no quieres saber, no preguntes. —Cristian se puso el bañador y se marchó del salón, dejando a mi hermana hecha una furia.

—¡Vete al diablo!

Corrí a esconderme tras un matorral para que no me vieran al salir. Cuando ambos desaparecieron en la distancia, suspiré aliviada. Por lo menos me quedaba el consuelo de no ser la única que sufría en aquella maraña de engaños y mentiras, que no hacía más que crecer y crecer con el paso del tiempo.

Un viento frío, salido de ninguna parte, comenzó a soplar cuando llegué a la mansión, moviendo una masa de nubes que ocultaron al sol. Se avecinaba un aguacero de verano, de esos que duraban pocas horas y al escampar refrescaban el ambiente. Entré en la casa por la puerta principal, sin hacer demasiado ruido, y me dirigí a mi dormitorio rezando por no encontrarme con nadie.

La abuela apareció entre las sombras del pasillo cual vampiro de una película de serie B, su moño alto y repeinado, acompañado del vestido negro abotonado hasta el cuello, contrastaba con su piel color marfil y la hacía parecer realmente un ser de ultratumba.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué tu hermana y mi muchacho os han acompañado al picnic? —La abuela puso un mohín de disgusto—. ¿No te advertí que debías mantener apartada a Sonia de ese indeseable?

Estaba tan cansada y tenía tan pocas ganas de escuchar los regaños de la madame que continué caminando como si nada, ignorándola. La vieja reaccionó como un ave de rapiña y lanzó sus garras sobre mi carne, clavándome las uñas en el antebrazo.

—¿A dónde crees que vas, niña?

Aparté su mano con indiferencia y curvé la comisura de los labios hacia arriba, en una sonrisa que no me llegaba a los ojos. No sé por qué, pero de repente, escucharla llamarme niña me resultaba gracioso, ya que le sacaba por lo menos una cabeza en altura.

—¡Deja de sonreír, insolente! —Las fosas nasales de la abuela se dilataron como las de un toro que está a punto de embestir—. Cuéntame qué ha pasado. ¿Por qué Alejandro ha vuelto tan enfadado? ¿Ha descubierto algo? ¿Y Sonia? ¿Dónde está ahora?

Como única respuesta solo obtuvo silencio.

—Contéstame de una vez. ¡Te ordeno que hables! —Enrabetada, me sacudió por los hombros.

Levantó la mano izquierda con la clara intención de propinarme un soberano guantazo. En ese momento, algo oscuro y primitivo surgió de las profundidades de mi alma, un instinto destructor que nubló mis sentidos, quemándome en sus llamas. Agarré con fuerza desmedida la muñeca de la abuela, apretándola hasta que la circulación dejó de fluir por sus venas. En mi fuero interno estaba

deseando que la vieja se revelara, que me diera la excusa que necesitaba para atacarla.

La anciana debió intuir el peligro, pues se liberó del yugo de mis manos y, dando unos pasos atrás, me miró con desconcierto masajeándose la muñeca. Al caminar hacia mi dormitorio, la madame se hizo a un lado, asustada.

Cuando desperté a la mañana siguiente el mundo seguía girando y yo giraba con él. Lo primero que hice al abrir los ojos fue encogerme como una oruga y taparme la cara con la almohada. Deseaba no tener que levantarme, no quería encontrarme con Alejandro y mucho menos con la abuela a la hora del desayuno; temía sus reacciones. Sin el ímpetu de la adrenalina volvía a sentirme débil e insignificante.

Después de ducharme, vestirme y ponerme las gafas que me habían regalado Tomás y Adela, descendí insegura por las enormes escaleras que daban al vestíbulo. Me faltaban pocos metros para llegar a la cocina cuando escuché a la madame hablando con Adela.

—¿A qué hora dices que llegan? —preguntó desquiciada—. No, mejor no me lo digas, no tengo ganas de verle la cara a la señora. Hoy no estoy de humor. ¿Por favor, te importaría encargarte tú de preparar una pequeña fiesta de bienvenida? Nada ostentoso. Recuerda invitar a algunas de sus recauchutadas amigas. Menos a Alicia Ibarra y Santiago, aún se está recuperando del último estiramiento facial que se hizo en Londres.

—¿Otra vez? —La cocinera se llevó las manos a la boca—. ¡Dios mío! Va a acabar pareciendo asiática con tanta cirugía.

Ambas mujeres se rieron a la vez.

—Si la señora pregunta por mí, dile que estoy ocupada. Aunque no creo que lo haga.

—Hecho. Me encargaré de todo como hago siempre.

—Gracias, Adela. Dale recuerdos a Tomás de mi parte cuando lo veas. Y deja de sonreír tanto, mujer. Verte tan feliz me da diarrea.

Cuando la abuela salió de la cocina y se encontró conmigo, ni siquiera se molestó en saludarme. Estiró el cuello todo lo que pudo como una reina imperial y pasó a mi lado dejando en el aire un sutil aroma a flores.

—¿Que mosca le habrá picado hoy a tu abuela? Está de lo más sosegada. No me ha gritado ni una sola vez y me ha pedido las cosas por favor. Debe ser un milagro de la demencia senil. ¡Aleluya!

Media hora más tarde, mi familia se reunió en el comedor para desayunar. Alejandro se sentó junto a la abuela, lo más apartado posible de Sonia y de mí, y permaneció en silencio, ignorándome.

Adela nos sirvió el desayuno parloteando sobre lo contenta que estaba por la inminente llegada de Tomás a la mansión. La mujer estaba tan rebotante de felicidad que apenas percibía la tensión que se respiraba en el comedor.

—Adela, prefiero un zumo de naranja recién exprimido —pidió Sonia, cuando la cocinera hizo el ademán de servirle un vaso de leche.

—Ahora mismo te lo traigo.

Adela salió del comedor llena de vitalidad. Con su ausencia, el sonido de los cubiertos chocando contra los platos sustituyó la falta de conversación. Pasaron varios minutos antes de que alguien hablara.

—Soledad, ¿recuerdas aquella sugerencia que me hiciste sobre mi privacidad hace un tiempo?
—La madame parpadeó sorprendida ante la pregunta de Alejandro—. Creo que ya va siendo hora de tener mi propio espacio.

La abuela asintió con la cabeza sin decir nada, mientras mamá intercambiaba una rápida mirada de desconcierto con Sonia, quien sonrió muy complacida.

—¡Ya iba siendo hora! Mi hermanita también necesita tener su propio espacio. ¿Dónde la vais a colocar?

La boca de Alejandro se tensó convirtiéndose en una línea fina, que contradecía su imperturbable serenidad. Se quitó la servilleta del regazo con impaciencia y la arrojó sobre la mesa. Nadie dijo nada cuando abandonó el comedor, pero todos los ojos se volvieron hacia mí. La abuela también dejó la servilleta junto al plato y salió tras Alejandro.

El desagradable momento pasó a un segundo plano cuando unos neumáticos de goma rechinaron en el exterior, contra la grava del camino que conducía a la entrada principal. Entonces, Adela entró en el comedor con una jarra de zumo rompiendo el denso silencio. Los ojos le brillaban de la emoción.

—¡Ya están aquí! ¡Ya han llegado!

Nerviosa, como la mujer de un marinero que espera la llegada de su esposo en el puerto después de meses sin verlo, corrió por la sala hasta un espejo, se atusó el pelo con coquetería y comprobó que la pintura de labios aún estaba en su sitio.

—¿Estoy bien? No tengo nada entre los dientes, ¿verdad? —Cuando Adela me enseñó la dentadura, negué con la cabeza—. ¿Crees que me dará tiempo de quitarme el uniforme?

A mi espalda escuché la voz de mamá que cuchicheaba con Sonia por lo bajo.

—¿Estará bien que vayamos a darle la bienvenida a la señora de Clara o será un atrevimiento por nuestra parte, hija?

—No sé. La verdad es que no me apetece nada tener que ver a esa bruja. Sabe que no me gusta, y creo que es algo mutuo.

—No hables así de ella, en breve formará parte de nuestra familia y tendrás que aprender a quererla.

—Será un gran reto.

—Venga, tenemos que ir a saludarla —nos ordenó mamá, levantándose de la mesa.

En el vestíbulo todas las sirvientas, vestidas de impecable uniforme negro y lustrosos zapatos, esperaban en fila la llegada de la madame para recibir órdenes. Se armó un poco de revuelo cuando, transcurrido un tiempo prudencial, esta no apareció. El timbre de la entrada sonó con estridencia varias veces, pero nadie se atrevió a abrir.

—¿Es que no hay nadie en casa? —gritó una voz femenina al otro lado de la puerta.

Adela dio unas rápidas indicaciones al servicio, tomando el mando de la situación, y abrió la puerta con una gran sonrisa en los labios.

—Ya pensaba que tendríamos que ir a un hotel a pasar la noche.

La señora de Clara hizo su entrada en el vestíbulo, llevaba un espectacular traje sastre en color beige. Ni su cabello rubio platino, teñido y cortado a ras de cuello, que se balanceaba con gracia cada vez que ella se movía, ni las enormes gafas de sol que ocultaban parcialmente su rostro tenían nada de convencional, y mucho menos de abuela. Más bien todo lo contrario, le daban un aire único y juvenil.

Tomás entró poco después, cargado con un montón de maletas y bultos. Adela se arrojó sobre el hombre, le dio un sonoro beso en la mejilla y le arrebató un par de bolsas.

—¿A qué esperáis? ¡A las maletas no les van a salir patas, ni van a subir a mi cuarto por sí solas!

Aunque la señora sonreía, todas las chicas se apresuraron a cumplir sus deseos sin rechistar. Gertru, como una empleada más, correteó hasta la puerta dispuesta a coger una parte del equipaje.

—¿A dónde crees que vas, Gertru? —La señora de Clara sonrió con gentileza a la sirvienta más anciana de la casa—. Tú no estás aquí para hacer este tipo de tareas, para eso hemos contratado a estas maravillosas jovencitas.

—Es mi trabajo, señora.

—Pero yo te ordeno que vayas a descansar un rato y, como quien paga manda, tú me obedecerás. Si quieres, más tarde puedes ayudarme a deshacer la maleta de los regalos. Tomás ha derrochado más que nunca.

Gertru asintió satisfecha.

—Bienvenida a casa. —Mamá se adelantó dubitativa y le tendió la mano a la señora.

—Gracias —respondió la doña, tras darle un breve apretón de manos—. ¿Cómo ha ido todo en mi ausencia? ¿Sigue adelante el absurdo compromiso de mi nieto con su hija?

—Bueno... esto... —La pregunta pilló tan de sopetón a mamá que no supo qué contestar.

—Por supuesto, Alejandro está más enamorado de mí que nunca —intervino Sonia, cruzándose de brazos con una pose arrogante.

—Ya veo, ya veo. —Los ojos felinos de la señora miraron con desaprobación el atuendo ceñido de Sonia—. ¿Y dónde está escondido mi enamoradísimo nieto, que no ha tenido la decencia de venir a saludar a su querida *nonna*?

—Estará en su cuarto, supongo. —Mi hermana repicó con un pie en el suelo, fastidiada.

—Deberías ir a buscarlo, ¿no te parece, linda?

—Sí, claro, voy a por él enseguida. —De morros, Sonia emprendió el camino, dando un golpe de cabello.

—Te acompaño, hija. —Mamá salió disparada tras mi hermana, huyendo como una cobarde de la recién llegada.

La elegante mujer se aproximó hacia mí frunciendo el ceño, sin que en él se formara ni una sola arruga. Obra y milagro del bótox.

—¿Eres la nieta menor del ama de llaves? No me acuerdo de tu nombre, ¿cómo te llamabas?

—Es Sara —dijo Tomás, dejando otro par de maletas en el vestíbulo—. Es una niña encantadora y muy tímida.

—No es tan niña. Ha crecido mucho desde que llegó —Sus ojos me recorrieron de arriba abajo con atención—. He oído hablar de ti a mi nieto muchas veces, pero como siempre te escondes por los rincones, nunca he tenido el gusto de conocerte.

La señora permaneció otro buen rato observándome en silencio, mientras a nuestro alrededor la gente iba y venía. Justo cuando se disponía a decirme algo más, apareció Alejandro en el vestíbulo acompañado por Sonia. En cuanto vio a su nieto, la señora de Clara corrió hacia él para echarle los brazos alrededor del cuello, manteniendo estoicamente el equilibrio en sus sandalias de doce centímetros de tacón.

—Por fin, querido. ¿Cómo has podido hacerle un feo tan grande a tu *nonna*?

—No seas exagerada, no me había olvidado de ti, es solo que no te he oído llegar.

—La próxima vez le pediré a Tomás que toque la bocina para avisaros de que ya hemos llegado.

La señora de Clara tomó a Alejandro del brazo, y ambos subieron por la escalera hablando de forma animada. Al llegar arriba, el muchacho me echó una mirada sin mostrar ningún tipo de emoción. El gesto no le pasó desapercibido a la señora de Clara, que sonrió con picardía.

—Realmente, muy interesante —comentó con voz cantarina, internándose por el pasillo que conducía a la parte sur de la mansión.

Unas horas más tarde, ese mismo día, Adela golpeó en la puerta de mi habitación para avisarme de que Cristian me estaba esperando abajo. No tenía muchas ganas, pero me peiné un poco y fui a su encuentro. Antes de entrar en la salita me percaté de que había alguien más, una mujer, a juzgar por la voz que hablaba bajito, no pude identificar quién era.

—Solo he encontrado esto. —Un papel crujió al ser desplegado—. Sé que no es gran cosa, pero necesitaré un poco más de tiempo.

—¡Justo lo que no tenemos, tiempo! —Cristian sonaba alterado—. Dentro de cuatro meses ya no habrá vuelta atrás. Hemos malgastado muchos años para nada, seguimos sin resultados. No podemos dejar cabos sueltos y esos documentos podrían ser nuestra ruina.

Me acerqué de puntillas, concentrándome en escuchar lo que estaban murmurando, pero tropecé con un jarrón chino que cayó al suelo y se rompió en mil pedazos. Me llevé las manos a la cabeza. Esa vasija debía costar unos cuantos miles de euros.

Cristian salió al pasillo alertado. A su espalda la estancia estaba vacía. Quien quiera que fuese la mujer que estaba con él, se había marchado por otra puerta.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí, muñeca?

Lo miré sin entender, haciéndome la inocente, y me agaché para recoger los trozos de cerámica que estaban diseminados por el suelo.

—No los toques, podrías cortarte. Será mejor que avisemos a alguien para que venga a recoger todo esto.

Un minuto después de informar a una empleada sobre el jarrón roto, apareció la madame seguida por una tropa de sirvientas armadas con mochos y escobas.

—¿Tienes idea del enorme valor económico y cultural que acabas de hacer añicos? —Negué con la cabeza—. Era una pieza de la dinastía Ming. La señora de Clara la compró en uno de sus viajes a china, se va a enfadar muchísimo cuando descubra lo que has hecho.

—Accidentes de este tipo ocurren cada día. —Cristian salió en mi defensa—. Lo importante es que Sara no se ha hecho daño.

—No seas estúpido. Este jarrón cuesta una fortuna y ni en un millón de años seremos capaces de reponerlo...

—No te preocupes por el dinero, Soledad, a mí me sobra.

La señora de Clara había llegado sin ser vista y estaba apoyada en la pared. Miraba a la abuela con sorna, marcando su jerarquía en la casa. Entre las dos había una rivalidad tácita.

—Además, como ha dicho este caballerete —prosiguió la mujer, señalando a Cristian—, lo importante es que tu nieta no se ha hecho daño.

La abuela guardó la compostura, tragándose las ganas de contestar. Seguro que se estaba mordiendo la lengua.

—Por cierto, me llamo Irene de Clara. —La elegante señora sonrió al extender una mano enojada hacia Cristian—. ¿Y tú eres?

—Soy Daniel. —El muchacho hizo una pequeña pausa, tomó la mano que se le ofrecía y prosiguió—. Simplemente Daniel, el novio de Sara.

—Ah, ya veo, simplemente Daniel... Qué interesante. —Absorta, se acarició el mentón con dos dedos—. Así que eres el novio de Sara, ¿eh?

—Sí, eso es, señora.

—De acuerdo, simplemente Daniel, ha sido un placer conocerte. —La señora se dirigió hacia mí utilizando un tono amable—. Y no te preocupes por nada, Sara, el jarrón solo era una imitación. El verdadero lo tengo a buen recaudo. En los tiempos que corren sería una locura tener una pieza tan valiosa en casa. —Como quien no quiere la cosa, se llevó una mano a la sien y se dirigió a la abuela—. Pensaba que lo sabías, Soledad. A ti nunca se te escapa nada, conoces esta casa mejor que yo misma, supongo que con los años debes estar perdiendo facultades. Ala, vuelve a tus ocupaciones, mientras las chicas recogen esto.

La madame hizo una inclinación de cabeza y se marchó molesta, sin decir una palabra más. Poco después, la señora de Clara me guiñó un ojo y se despidió de nosotros alegando que tenía por delante una noche ajetreada.

—Me van a visitar unas viejas amigas. Tengo que exfoliarme, ducharme, cambiarme, maquillarme... y un montón de cosas más terminadas en *arme*, que de solo pensarlas empiezan a hacerme sentir agobiada.

—Menudo personaje es la tal Irene de Clara —comentó Cristian cuando todo el mundo se marchó, sonriéndome con su gesto típico de niño malo—. Jamás hubiera pensado que en la aburrida familia de Alejandro pudiera haber alguien así. Esa mujer debe ser la única con sentido del humor.

A mí también me agradaba Irene de Clara. Quizás imponía un poco al principio debido a su porte distinguido y a ese aire de mujer artificial, pero cuando la conocías un poco se notaba que era un ser humano con valores.

El miércoles, a las nueve en punto de la mañana, terminé de arreglarme y tomé un sobre que descansaba encima de mi escritorio. Debido a la llegada de la señora de Clara, la abuela no había tenido tiempo de trasladarme, como había ordenado Alejandro, y aún ocupaba el dormitorio de siempre. Tras hacerle un par de arrumacos a Orejas, que dormía a los pies de mi cama, me dispuse a salir. Tenía que bajar al pueblo para enviarle una carta atrasada a Ana, en respuesta a la que había recibido de ella la semana pasada. Mi amiga estaba veraneando en Cáceres un año más, y aseguraba que había descubierto una dieta milagrosa, que cuando volviera al instituto me iba a caer de culo y que no la iba ni a reconocer.

Al abrir el pesado pórtico del saloncito me encontré de frente con Alejandro, que estaba a punto de entrar. Venía de hacer ejercicio, lo deduje por la ropa deportiva. Ambos apartamos la vista con incomodidad y permanecimos un instante en silencio. Avanzamos a la vez, esperando que el otro cediera el paso. Yo terminé con la nariz pegada entre sus pectorales.

—¡Maldita sea!

Di un paso con rapidez hacia atrás, pero Alejandro alargó las manos y me retuvo tomándome por la cintura. Estaba tan cerca que podía oír el descontrolado latir de su corazón, ¿o era el mío?

El rubor se intensificó en mis mejillas al notar su virilidad contra la barriga.

—¿Pretendes tentarme otra vez? —susurró cerca de mi oído, mojándose los labios con saliva. A continuación me soltó de manera abrupta y entró en el saloncito—. Lo siento, no estoy interesado. No quiero ser otra muesca en tu cama.

Cabizbaja me marché de la mansión y tomé el sendero que conducía al pueblo, sin poder quitarme de la cabeza a Alejandro, recreando una y otra vez la situación que acabábamos de vivir, pero en cada ocasión yo actuaba de manera diferente. Algunas veces le abofeteaba o le acariciaba, le recriminaba o lloraba, reprimía las ganas de besarle o me entregaba sin reservas. Era pura contradicción, sin embargo así me sentía. Lo deseaba tanto que me hacía daño. Estaba frustrada. Ya no me importaba que fuera el prometido de mi hermana, Sonia no lo respetaba y tampoco se lo merecía.

Caminé por la avenida principal del pueblo hasta llegar al edificio de ladrillo rojo que albergaba la sucursal de Correos. No había mucha cola, así que tardé poco tiempo en poner los sellos obligatorios y entregar la carta a la empleada del mostrador. Al salir a la calle choqué contra una mujer que llevaba una carpeta sin goma en las manos, de la cual cayeron varios papeles al suelo. Era María, la sirvienta mala. Las dos nos agachamos al mismo tiempo para recoger las hojas antes de que se las llevara el viento. Logré atisbar de refilón el trazo familiar de unas letras, que no fui capaz de identificar, ya que María me arrebató los papeles de las manos.

—No hace falta que me ayudes —dijo exasperada, poniéndose en pie—. Por cierto, bonita, figonear el correo de los demás es un delito.

La sirvienta iba vestida con un top sin sujetador, una minifalda extrema y unos tacones, tan altos y finos, que parecían ser agujas de coser. María me empujó para hacerme a un lado, sin un ápice de paciencia, y prosiguió su camino refunfuñando algo sobre el mundo, las casualidades y los pañuelos.

Reemprendí el camino hacia la mansión, pero al voltear la esquina me encontré con Cristian, apoyado sobre el capó de su coche. Al parecer, el mundo en verdad era un pañuelo y las coincidencias existían. Como ya era muy tarde para fingir que no le había visto, me dirigí hacia él y le saludé levantando una mano. El muchacho tragó saliva y se levantó del capó.

—No estaba seguro de si eras tú... —comentó en tono vacilante, mirando por encima de mi hombro—. Por eso me he quedado aquí, esperándote. Quieres que te acerque a algún sitio. Podríamos hacer algo juntos como ir al cine o comer por ahí.

Negué con la cabeza, percibiendo algo raro en su forma de comportarse. Estaba nervioso y había comenzado a transpirar. ¿Quizás se sentía culpable por haberse acostado con Sonia?

—¿Te acerco a casa, por lo menos? —Antes de poder responder, Cristian ya me había tomado por los hombros y tiraba de mí hacia el asiento del copiloto—. Si estás enfadada porque desaparecí del pícnic el otro día, déjame decirte que fue por culpa de tu hermana. Ya la conoces, me enredó y la cosa se complicó.

Levanté una ceja para enfatizar mi incredulidad. Sí, sí, tener sexo con Sonia debía ser una cosa muy complicada.

—Te pido mil perdones —se disculpó Cristian con sinceridad, o al menos eso me pareció a mí, antes de poner el motor en marcha.

Al llegar a la mansión, me despedí de Cristian dándole un beso en la mejilla y esperé a que el coche se perdiera en la distancia para subir por la escalinata de la puerta de servicio.

La cocina era mi estancia favorita, quizás porque en ella solía agruparse mucha gente y siempre estaba llena de vida. Al entrar, como esperaba, me encontré con un pelotón de empleadas que parlotaban, más agitadas de lo normal, arremolinadas entorno a la mesa. Gertru llevaba la voz cantante.

—¡Como lo escucháis! Imaginaos la cara que se les ha quedado a la madame y a Alejandro cuando la han visto.

—No me lo puedo creer, ¿de verdad? —Todas miraban a Gertru con la boca abierta.

—Os lo juro. La señora de Clara se ha vuelto loca.

—No es así. —Adela entró por la puerta con cara de disgusto—. Todo esto obedece a un plan. La señora no quiere que Alejandro se case con Sonia y hará cuanto esté en su poder para evitarlo.

—Sí, pero esto es demasiado.

No sabía de qué estaban hablando, pero me moría de ganas por enterarme. ¿Qué cosa tan horrorosa habría hecho la señora de Clara para que la buena de Gertru estuviera tan indignada?

—¿Y cuánto tiempo dices que va a quedarse?

—No lo sé, supongo que unos cuantos días.

Gertru se cruzó de brazos.

—Pues yo no pienso atenderla aunque me cueste el despido. La muy sinvergüenza ¿cómo ha podido volver a esta casa con todo el daño que ha hecho?

—Está muy arrepentida y quiere una nueva oportunidad. Al menos eso dice ella. —Adela golpeó con las yemas de los dedos sobre la mesa—. Está más bonita que nunca. Espero que Alejandro sea inteligente y no se deje dominar por las hormonas.

—No sé yo si va a ser peor el remedio que la enfermedad. Mira que esa Natalia no es de fiar...

Mi mundo se volvió negro. Estaban hablando de la antigua novia de Alejandro, esa que lo había abandonado al quedar inválido. Pero, ¿por qué la señora de Clara la había invitado a la mansión? Entonces lo comprendí: quería desbancar a mi hermana a toda costa, y estaba jugándose la única carta que le quedaba.

Sin hacer notar mi presencia, con el ánimo por los suelos, evité al alborotado grupito de mujeres y salí de la cocina. Caminé varios metros por el corredor hasta que escuché el sonido de unas risas en el jardín. Me asomé por curiosidad a uno de los grandes ventanales y descubrí a lo lejos a tres personas que paseaban bajo la luz del mediodía. Reconocí en el acto las siluetas tanto de Alejandro como de su abuela, no ocurrió igual con la hermosa mujer que estaba junto a ellos, que debía ser Natalia. El puñal de la envidia se clavó en mi alma. Me quedé quieta como una estatua, sin apenas respirar, mimetizándome con el ambiente para ser testigo de aquella escena que me destrozaba.

Cuando entré en mi habitación, di un portazo tan fuerte que Orejas se asustó y el diario de Karen cayó de la mesita al suelo. Lo contemplé con miedo. No lo había vuelto a tocar desde que la abuela le había declarado la guerra a Cristian. Temía que pasara igual que la última vez: perder la noción de mí misma, despertar un día más tarde sin recuerdos, sin saber lo que había hecho. Y, sin embargo, lo recogí sintiendo como el deseo por leerlo me cosquilleaba en la punta de los dedos. Insegura, abrí la tapa y comencé a leer.

Viernes, 30 de agosto de 1918

Querido diario:

No sé cómo he de sentirme, Abel me ha eludido durante todo el día. Esperaba otro tipo de reacción por su parte, no su indiferencia. En lugar de besos y abrazos, me ha fustigado con comentarios venenosos, que han conseguido hacerme sentir usada y sucia. Hubiera querido gritarle, ser capaz de recriminarle su falta de delicadeza, exigirle que me consolara igual que hacía cuando éramos niños, pero no he podido renunciar a mi orgullo, es lo último que me queda.

...

Karen llevaba en las manos un vaso de leche a medio tomar cuando salió del dormitorio del viejo Conde. Por accidente, se tropezó con Claudia en el pasillo, manchándole el vestido. El gran arranque de ira que debía proseguir a la catástrofe nunca llegó. En su lugar, Claudia sacó un pañuelo bordado de la manga de la camisa y, dedicándole una sonrisa radiante a su madrastra, se limpió sin decir ni pío.

—¿Por qué estás tan feliz? —preguntó Karen mirándola con desconfianza. Esas buenas maneras no eran propias de Claudia.

—¡Por fin ha ocurrido! ¿No te lo ha dicho mi padre? —Claudia extendió la mano para mostrarle el anillo de diamantes que llevaba puesto—. ¿A que es precioso?

Claro que era precioso, y también un derroche, pensó Karen sin entender como su marido se gastaba tantísimo dinero en caprichitos estúpidos como aquellos, cuando había gente que se estaba muriendo de hambre en la calle y no tenía dinero ni para comprar un mísero mendrugo de pan. Era evidente que el concepto de caridad cristiana no existía en el vocabulario de la familia de la Cruz. La conciencia de su esposo solo se activaba cuando la enfermedad le atacaba con severidad y, creyéndose al borde de la muerte, por miedo a ir al infierno le entregaba a la Iglesia los sacos más rancios de trigo, arroz o lentejas que había en la despensa. Desde luego, nada tan costoso como la piedra preciosa que lucía su hija en el dedo anular.

—¿No te alegras por mí, Karen?

—No hace falta que armes tanto revuelo por un simple anillo. Cualquiera pensaría que es el primero que te regalan. —Al observarlo con más atención, Karen descubrió que era mucho más modesto de lo que había pensado en un principio—. Además, tienes otros más caros.

—No me importa el precio sino el valor sentimental. —Karen miró a Claudia con el mismo gesto que utilizaba cuando los niños le contaban una mentira—. Es mi anillo de compromiso. En cinco semanas me caso con Abel, me lo ha pedido esta mañana.

A Karen se le formó un doloroso nudo de angustia en la garganta que la dejó sin respiración. No podía ser verdad. Abel jamás hubiera sido capaz de pedir la mano de una mujer el mismo día que se había entregado al goce con otra. Sería absurdo, inmoral. Seguro que era un nuevo invento de Claudia para mortificarla.

En cuanto se quedó a solas, Karen corrió en busca de Abel para confrontarlo. Entró en su habitación sin llamar. El hombre estaba solo, a medio vestir, afeitándose frente a una cómoda con un espejo pequeño. En cuanto lo vio, la mujer se ruborizó y permaneció a cierta distancia.

—No te avergüences tanto, no hay nada que no hayas visto antes —murmuró Abel con arrogancia, tirando la toalla que tenía alrededor del cuello sobre la cama—. ¿A qué debo el placer de tu visita?

—No te hagas el inocente conmigo. ¡Sabes muy bien por qué estoy aquí! —Karen bajó la voz,

consciente de que estaba hablando demasiado alto—. ¿Cómo has podido comprometerte con Claudia? ¿Te has vuelto loco?

—Para nada. Es natural que a mi edad desee establecer una familia. Tú deberías comprenderme mejor que nadie, puesto que ya tienes una.

Karen titubeó.

—No habrás sido tan ingenua de creer que por un simple revolcón en la cocina iba a caer rendido a tus pies, ¿verdad? —Silencio—. No me mires con esos ojos, mujer, todavía no es el momento. Cuando haya terminado contigo, y te aseguro que voy a hacerlo de manera lenta y dolorosa, podrás utilizar esa expresión de mártir.

La noticia de la boda se anunció a bombo y platillo tres días después. Claudia estaba tan rebosante de felicidad que deseaba hacer partícipe a todos los lugareños invitándolos al festejo. Eso sí, jamás, en ningún caso, iba a permitir que su selecto círculo de amigos se relacionara con la chusma del pueblo a la que pertenecía Abel. Los pobretones tendrían que conformarse con mirar desde lejos, saboreando los restos del banquete de compromiso cuando hubieran terminado los festejos. ¿Qué más podían pedir?

En un abrir y cerrar de ojos, la mansión cobró vida. La hija del Conde ordenó limpiar a fondo hasta el último rincón de la casa, incluso contrató a una cuadrilla de jornaleros para que replantaran parte del jardín. Hizo traer lo mejor, y solo lo mejor, de los cuatro confines del planeta. Su familia tenía dinero de sobra y estaba dispuesta a gastarlo a manos llenas; qué más daba pedir dinero prestado al banco, en cuanto descongelaran las cuentas que su familia tenía en Francia lo repondría todo. Unos cuantos intereses, por más altos y usureros que fueran, no podrían detenerla. Además, no había necesitado ningún aval, ya que mantenía buena relación con los hermanos Urquijo. Solo había tenido que comprometerse en abrir una cuenta sustanciosa y en convencer a su padre para que formara parte del consejo administrativo. Él podría favorecer la relación comercial con Francia e intermediar en la concesión de préstamos al gobierno extranjero.

Casi a diario, Claudia se desplazaba al centro de Barcelona, acompañada por un par de mozos, para recoger los múltiples pedidos que encargaba en tiendas de renombre. Durante una de esas salidas, por casualidad, coincidió con una antigua compañera del colegio que estaba de regreso en España. *La ñoña de Isabel*, así era como Claudia la había bautizado en el internado, se había casado al poco de graduarse con un americano cuarentón, amigo de sus padres, y había emigrado a las Américas en busca de un futuro mejor. Unos meses atrás, tuvo que regresar a la madre patria huyendo de la gripe española, la peor pandemia conocida por el hombre, que estaba afectando a medio mundo, sobre todo a aquellos países que estaban en guerra. Al parecer, su partida también estaba influenciada por un pequeño conflicto de opiniones con su marido, quien la obligó a regresar junto a su familia por diferencias irreparables.

Claudia quedó tan impactada al ver el nuevo estilo de su amiga Isabel, quien ya no era tan ñoña, que la invitó a pasar una temporada en la mansión para que la aconsejara sobre los preparativos de la boda.

La recién llegada apareció cargada con seis maletas una semana después. Al verla, Karen también quedó asombrada. La mujer llevaba una indumentaria extravagante, nada de faldas negras por el tobillo y blusones holgados. Su vestido de raso color hueso terminaba un palmo por debajo de la rodilla, llevaba volantes de blonda y se ajustaba a la cintura con un fajín negro, bordado con rosas blancas. El gracioso sombrero tipo cloche que llevaba en la cabeza, del mismo tono que el

fajín, hacía juego con la sombrilla de encaje.

—¡Cuánto tiempo sin vernos, querida! —Isabel hizo el ademán de ir a abrazar a Karen, pero se lo pensó dos veces al ver varias manchas de aceite en el anticuado vestido que llevaba puesto—. La verdad es que te veo muy desmejorada, no pareces tú misma.

—El matrimonio con mi padre la ha envejecido mucho. —Claudia salió en ese momento al jardín para recibir a su amiga, sonriendo con cinismo—. Eso es lo que pasa cuando una mujer joven se casa con un hombre que casi le triplica la edad.

Isabel guardó silencio y observó a Claudia con severidad.

—Mi esposo es trece años mayor que yo.

—¡Tú eres la excepción que confirma la regla, querida! Solo hay que verte, pareces una Diosa. ¡Qué envidia! Nosotras somos un par de paletas a tu lado.

—Nada que un cambio de vestuario y un buen corte de pelo no pueda arreglar. —Ambas sonrieron con complicidad.

Dicho y hecho. Claudia, siguiendo los consejos de Isabel, mandó confeccionar a la modista más exclusiva de Barcelona un guardarropa nuevo, lleno de faldas cortas, encajes y volantes. Se cortó el pelo por encima del hombro y compró un montón de sombreros: la mayoría capelinas a juego con las sombrillas. Cuando terminó la transformación parecía otra mujer, una mucho más refinada y moderna.

—No acabo de sentirme a gusto con la falda. No me gusta enseñar tanto las piernas. Falta tela aquí abajo —comentó la hija del Conde una tarde, mientras se probaba su nuevo vestuario frente a Isabel y Karen, quien estaba la mar de aburrida.

—No seas mojigata. Nosotras no seguimos la moda, la creamos. Cuando estuve en Carolina del Sur, durante un viaje de negocios de mi marido, algunas mujeres iban vestidas así. Son pocas, pero pioneras. No querrás ser una provincianita como todas esas españolas vestidas de negro hasta los pies, que llevan un pañuelo viejo en la cabeza. Y si te preocupa el qué dirán, pues déjalos hablar, mujer. Ya se cansarán. —Claudia no parecía estar muy segura con la idea de su amiga, así que Isabel sacó un fajo de revistas con diseños de moda coloreados—. Estas faldas son muy largas y poco prácticas, ¿no te parece? En la ciudad de Charlesdown, no, Charlestown... Se me da fatal el inglés y no recuerdo el nombre de las malditas ciudades Norteamericanas. Si no fuera por John Evans, el socio más joven de mi marido, que traducía para mí la mayor parte de las conversaciones, me hubiera muerto de aburrimiento. Él fue quien me llevó a aquel antro donde la gente bailaba de una forma desenfrenada, y las mujeres vestían con faldas aún más cortas. Era escandaloso y me divertí como nunca.

...

Al escuchar las historias de Isabel no me han quedado dudas, las diferencias irreparables con su esposo tienen nombre y apellidos: John Evans. La gripe española no ha sido la responsable de su regreso, si no esas "pequeñas" indiscreciones. Yo soy la persona menos indicada para juzgarla, desde luego, mas no puedo dejar de sorprenderme de cuánto puede cambiar una persona. Supongo que en mi caso sucede igual, ya no queda ni rastro de la niña que alguna vez fui.

Karen.

Ya era hora de comer y, aunque no me apetecía, tenía que bajar. Cerré el diario y me levanté

de la cama con desgana. El espejo del lavabo me devolvió mi propio reflejo; estaba espantosa, tenía ojeras incluso en el alma. Me puse una vieja camiseta descolorida por los lavados y unos pantalones anchos de color caqui, que habían visto tiempos mejores. Hasta que la señora de Clara se marchara de la mansión, el desayuno, el almuerzo y la cena se servirían en el comedor formal. Era un lugar mucho más solemne y opresivo que la cocina, donde me sentía más cómoda y a gusto.

Al sentarme en mi lugar en la mesa, mamá intercambió una rápida mirada de desaprobación con Sonia. Supuse que mi ropa le desagradaba, pero me dio igual. Entonces percibí el ambiente enrarecido y la tensión que se podía cortar con tijeras. Alejandro se removió inquieto en la silla y contempló su plato vacío como si temiera que de un momento a otro le fueran a salir patas y echara a correr, mientras la señora de Clara le dedicaba una enigmática sonrisa a la abuela, que estaba sentada cerca de mi hermana, con la cara desencajada y los ojos fuera de las orbitas. Y en ese preciso instante, ¡sorpresa! Natalia tomó asiento junto a mí y miró a los presentes con aire de inocente paloma. Ella era quien había provocado el malestar de mi familia, no mi atuendo. De cerca, era mil veces más hermosa que Sonia. Tenía una delicadeza extrema: piel de porcelana, cabellos rojizos, a mi parecer teñidos, y ojos de un azul tan pálido como un cielo soleado. Deseé arrancarle la piel a tiras en cuanto la vi, pero guardé la compostura.

LAS DOS CARAS DE UNA MISMA MONEDA

¡QUÉ mala suerte la mía! Cuánto odiaba estar sentada junto a *Miss Universo*, de quien, por cierto, Alejandro no apartaba la vista. Si pudiera, si tuviera valor, le atizaría con un mendrugo de pan entre ceja y ceja para borrarle de un golpe esa expresión de tonto bobalición que me repateaba los higadillos. En cambio, me hice pequeña en la silla, arrepentida por haberme vestido peor que nunca, con unas pintas que solo resaltaban lo evidente. Me sentía como una caricatura de un niño de tres años expuesta frente a un Rembrandt; vamos, no había color. Incluso la belleza de Sonia se veía mermada en comparación a la que poseía la recién llegada.

—¡Qué calladitos estamos hoy! —La señora de Clara se frotó las manos enjoradas, con una sonrisa en los ojos—. Creo que es un buen momento para presentaros a Natalia Lizárraga. Es una buena amiga de mi nieto, que espero forme parte de la familia algún día, si Dios quiere.

Mamá se atragantó con el buche de vino que estaba tomando y lo expulsó por la nariz y por la boca. A continuación, tosió de manera compulsiva hasta que la abuela, con cara de perro, le dio un par de golpecitos en la espalda y le tendió una servilleta para que se limpiara los labios. Natalia se removió incómoda en su sitio, mientras la señora de Clara disfrutaba del lamentable espectáculo que estaba dando mi familia.

—Solo era una bromita, Soledad. No me asesines con la mirada. —La señora de Clara colocó una mano sobre la delicada muñeca de Natalia y le habló con voz suave—. Disculpa mi perverso sentido del humor, querida, te he invitado a mi casa y debería tratarte con mayor cortesía. Ahora comamos o se derretirá el postre que nos ha preparado Adela.

Si antes la conversación era escasa, ahora brillaba por su ausencia. Además, se le había unido la inapetencia, ya nadie probaba bocado. Cuánto deseaba que terminara aquella tortura, prefería estar en mi habitación leyendo los diarios de Karen a continuar en aquel nido de víboras.

Al terminar de almorzar la señora de Clara nos invitó a tomar café en la salita formal, anexa al comedor. Yo aproveché la coyuntura para declinar la oferta, indicando mediante gestos que no me encontraba bien. Avergonzada por culpa de Natalia, quien me observaba como a un bicho raro, me retiré a mi habitación desobedeciendo la mirada de reproche que me dedicó la abuela. Era una suerte que la vieja estuviera atada de pies y manos, jamás se atrevería a perder las formas en público.

Suspíré de pura felicidad tan pronto me tiré sobre la cama, enterrando el rostro en las sábanas

recién lavadas. Me encantaba mi dormitorio, para mí era el mejor lugar de la casa. Gracias a la llegada de la señora de Clara y a todo el revuelo que había formado al traer a Natalia, ya nadie recordaba que Alejandro había pedido mi traslado de manera sutil, argumentando que necesitaba un poco de intimidad. Durante una buena temporada iba a mantenerme en las sombras, sería tan discreta como el aire, Alejandro ni siquiera me vería, así no insistiría con el tema y yo no tendría que mudarme.

Llena de optimismo estiré la mano y tomé el sexto diario de Karen, que descansaba sobre la mesita de noche.

Domingo, 29 de septiembre de 1918

Querido diario:

Parece que todos mis deseos se han cumplido: hoy ha amanecido con el cielo encapotado. Claudia se ha puesto de los nervios y ha maldecido a las nubes, a la lluvia, al tiempo y a mí; yo siempre tengo la culpa, haga lo que haga.

...

—Seguro que antes de las doce amaina. —Isabel intentó tranquilizar a Claudia, que caminaba de un lado a otro de la habitación vestida de novia.

Karen veía con cierto regocijo, intentando no sonreír, como el pelo de su hijastra se iba encrespando debido a la humedad del ambiente. Las ondas habían perdido la forma, bufándose y enredándose en una maraña que se asemejaba a un nido de pájaros.

—Tengo el pelo horroroso —se quejaba Claudia a su amiga, mientras esta la seguía por la habitación para que no se pisara la cola del vestido cada vez que daba una vuelta, en su continuo vaivén—. Ya no tenemos tiempo de hacer nada con él.

—Tranquila, amiga, lo arreglaremos enseguida.

Isabel tomó el delicado velo de gasa rematado con un bordado floral, que descansaba sobre la cama, y lo sujetó en el cabello de la novia utilizando unos alfileres coronados con perlas.

—¿Lo ves?, ahora apenas se nota. —Isabel corrió hasta el tocador, recogió el ramo de rosas blancas envueltas en helechos y se lo tendió a Claudia—. Ya estás lista. ¡Bellísima!

Incluso Karen se quedó sin palabras por el resultado. La novia estaba impresionante. El vestido era exquisito, la tela de raso en color hueso tenía un corte elegante y clásico, que combinaba a la perfección con el velo y las flores, consiguiendo en su conjunto un aire de princesa de cuento de hadas.

La ceremonia se ofició una hora después en la capilla familiar, que estaba adornada con flores y cintas de terciopelo. El olor de las velas derritiéndose se mezclaba con la esencia de la tierra mojada, de la lluvia.

En contra de todo pronóstico, el Conde asistió al casamiento. Esa mañana se había empeinado en que lo arreglaran y asearan, y ni siquiera los ruegos del párroco lograron hacerle cambiar de opinión. Como su salud no le permitía moverse, unos mozos tuvieron que sentarlo en la silla de ruedas que utilizaba en contadas ocasiones. Estaba tan débil que no pudo levantarse ni una vez para orar durante el enlace. Solo sonreía entre flema y flema a su radiante hija adoptiva, mostrándole los dientes podridos por la enfermedad. Karen le iba propinando suaves golpecitos en cada episodio de tos, que interrumpía los votos, deseando que se ahogara con su propia saliva y cayera redondo al suelo. Su muerte era lo único que podía detener aquella locura. No obstante,

el muy desgraciado superó con estoicismo el acto y no volvió a la mansión hasta después de felicitar a la pareja y darle sus bendiciones.

Por la noche, el caserón se llenó a rebosar de gente ruidosa, de risas, de copas y de vítores por la felicidad de los recién casados, que a Karen no le sentaron nada bien. Por el contrario, Claudia estaba en su salsa, caminaba por la sala como Alicia en el país de las maravillas, embriagada en alcohol, charlando con todo aquel que aún permaneciera un poco sobrio y pudiera ser capaz de formular dos palabras seguidas. Era una fiesta barroca en una época de enfermedades y miseria, puro derroche y mal gusto.

A las dos de la madrugada, después de la partida del párroco, muchas parejas desaparecieron por los corredores de la mansión, amparadas en las sombras de la noche, en busca de algún lugar íntimo para dar rienda suelta a sus pasiones.

—¿Te estás divirtiendo? —Karen ignoró a Abel, que estaba un poco ebrio—. Parece ser que no. Deberíamos remediarlo.

Abel cogió a Karen por la muñeca y la arrastró detrás del hueco que quedaba entre las pesadas cortinas y los ventanales del salón. La sujetó por la nuca con deseo y comenzó a besarla de manera posesiva, regodeándose al someterla. Unos pasos más allá, la gente continuaba con la fiesta sin saber que detrás de la colgadura Abel se había aventurado a meter la mano debajo del escote de Karen.

—Hoy va a ser nuestra luna de miel. —El tono ronco del hombre mostraba su gran excitación.

—¡No...! —Karen hizo el ademán de resistirse, pero Abel la empotró contra la pared.

—Anda, grita, haz que todo el mundo se entere de lo que estamos haciendo aquí escondidos.

Abel se apartó un poco esperando su reacción. Como no ocurrió nada, se aproximó a la oreja de la mujer y murmuró algo en tono suave y burlón, rozando con su aliento la fina piel del cuello.

—Adivina, adivinanza: se levanta con rectitud, es pesada de llevar y difícil de limpiar, ¿qué es? —Esas palabras eran un triste recuerdo de aquellos lejanos días de infancia cuando él creaba acertijos para ella—. La reputación, mi amor. Y la tuya no sobrevivirá si continúas resistiéndote a mis deseos.

Abel levantó la falda de Karen, le desgarró la ropa interior y se colocó entre sus piernas, tomándola con una embestida violenta. Sus besos enfebrecidos acallaron las protestas femeninas, que fueron sustituidas por gemidos contenidos.

A la mañana siguiente los recién casados partieron rumbo a Gran Canarias, donde iban a permanecer seis semanas. Supuestamente, era un viaje de placer para conocer las hermosas islas, pero la realidad era otra: Abel se estaba planteando la posibilidad de invertir en el plátano Canario. Aunque era un sector que había sufrido un duro golpe debido a la guerra, años atrás había florecido en toda Europa, incluso había sido incapaz de satisfacer la demanda internacional. Por desgracia, en 1915, Inglaterra había bloqueado el libre comercio entre países para debilitar a Alemania, embargando cualquier producto que fuera sospechoso de abastecer al país enemigo, y el tráfico marítimo se había detenido, afectando a la importación de fertilizantes y abonos. Como respuesta al brusco parón comercial había nacido una naviera tinerfeña, cuyo objetivo era establecer una flota de vapores fruteros que fueran capaces de proveer al viejo y al nuevo mundo. Era una apuesta arriesgada que a largo plazo podía ser muy beneficiosa o un suicidio financiero.

Unos cuantos días después del enlace, Isabel anunció que había llegado la hora de regresar junto a sus padres. Era una excusa muy educada. Lo cierto era que una mujer de ciudad como ella poco entretenimiento podía encontrar en el campo. Cuando la mansión volvió a una relativa

tranquilidad, Karen se obligó a pasar más tiempo con los niños. Era un buen remedio para superar las rachas de frustración y la melancolía que la invadía todo el tiempo. Ellos eran su fuente de luz y alegría; sobre todo Sofía. Su parlanchina sobrina se pasaba el día inventando cuentos de princesas, príncipes y monstruos. Era muy creativa.

—¿Y a quién se parecía la princesa? —Tito sonrió al hacer la pregunta, pues ya conocía la respuesta de antemano.

—¡Pues a yo!

—Se dice, *pues a mí* —la corrigió Karen.

La niña asintió con la cabeza y se quedó mirando fijamente a su tía, esperando que esta le hiciera la otra pregunta de rigor.

—¿Y a quién se parecía el príncipe? —Karen tenía claro que la pequeña iba a decir *a Tito*, así lo hacía siempre, pero en esta ocasión se equivocaba.

—Era idéntico a Abel.

—¿A Abel? ¡Puaj! —Tito sacó la lengua y se cruzó de brazos, celoso—. Es un viejo alto y feo.

—No es verdad.

—Sí que lo es. Es muy, muy feo.

—¡He dicho que no! ¡Él es muy guapo!

—¡No lo es! ¡Es más feo que un gusano!

—¡Eres tonto! —gritó Sofía, tirando a su primo de un empujón al suelo. Ambos se pusieron a llorar.

Esa fue la primera discusión seria que tuvieron los pequeños y el enfado no duró más de un par de horas. Después, el asunto quedó olvidado y los dos primos volvieron a jugar sin rencores. Así de sencillo era todo en el mundo de la inocencia.

En las sucesivas semanas no ocurrió nada importante, salvo que Sofía continuó empeñada en darle a Abel el papel protagonista de todas sus historias, convirtiendo a Tito en un simple lacayo. Al niño no parecía agradaarle mucho la idea, pero no volvió a discutir con ella, la quería demasiado y no deseaba más peleas.

Karen dejó de escribir durante un tiempo, hasta el regreso de Abel varias semanas más tarde. Entonces hizo una breve y concisa anotación en el diario, sin molestarse en poner la fecha: «*La odio. Tengo ganas de retorcerle su esquelético y bien enjoyado pescuezo*». Esas dos frases estaban escritas con rabia. Fue su reacción desesperada al enterarse del anuncio que hizo Claudia ni bien llegó a la mansión.

—Estoy segura. He tenido una falta —se jactaba mirando con avidez el pálido rostro de Karen—. ¿No es estupendo? Vamos a ser papás.

...

Abel se ha mostrado impasible ante el anuncio y ha subido por las escaleras sin mirarme ni una vez. Cuánto lo he odiado por su cobardía, por no ser capaz de enfrentarse a mí. Mientras, Claudia ha continuado vanagloriándose de lo ameno que ha sido su viaje de novios y lo especial, paciente y tierno que ha sido su esposo. Sé que no tengo razones para sentir lo que siento, que quien tiene todos los derechos es ella y no yo, sin embargo la desprecio, su actitud condescendiente me da ganas de arañarle la cara.

Karen.

Dejé de leer al escuchar un par de golpecitos en la puerta de mi dormitorio. En el saloncito me esperaba Adela cargada con una bandeja llena de comida.

—¿Te encuentras bien, Sara? Son más de las diez y todavía no has bajado a cenar. Y no has sido la única: tu madre y Sonia tampoco han dado señales de vida. Gertru acaba de llevarles un par de bandejas a sus habitaciones, siguiendo las órdenes de tu abuela. —La cocinera entró y dejó la bandeja sobre el escritorio. Parecía preocupada—. Quizás algo de lo que he cocinado al mediodía estaba pocho y os ha sentado mal. Los huevos eran frescos, pero con el calor ya se sabe. Te he preparado arroz con pescado, te ayudará a depurar el estómago. Aunque no te encuentres bien, estás en edad de crecimiento y no es bueno saltarse las comidas.

Negué con la cabeza y sonreí con ternura para tranquilizar a la buena de Adela. Nuestro malestar nada tenía que ver con la salmonelosis, a nosotras nos había atacado una bacteria que no constaba en los libros de medicina, pero que tenía nombre y apellidos propios: Natalia Lizárraga.

Las frecuentes indisposiciones que sufrían Sonia y mamá se convirtieron en la excusa perfecta para eludir a Natalia, que parecía omnipresente en todas partes de la mansión: que dabas la vuelta a una esquina para ir al dormitorio, ahí estaba ella buscando el cuarto de Alejandro; que salías al jardín a respirar un poco de aire fresco, otra vez ella como un perro faldero detrás de su amo; que buscabas un lugar apartado donde leer un libro y relajarte, ella; que Cristian venía a recogerme, ella; en el desayuno, ella; en la comida, ella; durante la cena, ella; siempre ella; Natalia por aquí, Natalia por allí; sufría una Natalitis aguda y la veía hasta en la sopa.

Al final opté por alejarme de la mansión, era la única forma de no verla. Por las mañanas me subía en las distintas líneas de autobuses interurbanos que tenían el origen en el pueblo y me dedicaba a hacer el recorrido completo, desde el inicio hasta el final, escuchando música en el MP3; era una buena forma de matar el tiempo. Me gustaba sentarme en la última fila, disfrutando del aire acondicionado y de los pasajeros que subían y bajaban. Era muy agradable, además de económico.

Durante uno de esos viajes matutinos pasé frente a un mesón que estaba esculpido en la roca de la montaña y, siguiendo un impulso, me apeé del autobús para visitarlo. Al cruzar el umbral de la puerta sonó una campanilla y una anciana se dio la vuelta tras el mostrador de madera para dedicarme una sonrisa amistosa.

—Bienvenida —dijo limpiándose las manos en el mandil—. ¿Va a quedarse a comer o solo quiere tomar algo?

Saqué el bloc de notas y escribí que deseaba tomar un refresco. La señora me miró raro, aunque no dijo nada y me acompañó a una mesa con dos sillas. Luego se dirigió a una nevera, sacó un botellín de cristal, un vaso helado y me sirvió la bebida junto con unas tapas.

—Cortesía de la casa.

Regresé al día siguiente y al otro también. Aunque el mesón estaba a una hora en autobús, valía la pena el viaje. Era un lugar tranquilo y agradable, y mientras Natalia continuara en la mansión, yo prefería comer fuera. Enseguida hice buenas migas con Marta, la dueña del mesón, la anciana vivaracha que me había recibido el primer día. En cierta forma me recordaba a Gertru. También trabé amistad con Eva y Sandra, las nietas de Marta, que ayudaban a su abuela durante las vacaciones de verano. Eran unas chicas muy bromistas y se notaba que se llevaban muy bien entre ellas.

—¿Un chocolate caliente con un croissant? —me preguntó Eva al verme entrar una mañana, colocando un salvamanteles sobre la mesa.

Negué con la cabeza. Estábamos en plena ola de calor y lo que menos me apetecía era un chocolate caliente.

—Era broma —intervino Sandra, sirviéndome una gaseosa helada—. Cuando conozcas mejor a Eva te darás cuenta de que es muy rubia... Ya me entiendes, le falta un hervor. Se cayó de la cuna al nacer.

—Y tú eres una morena camuflada —contrató Eva, burlándose de las mechas que llevaba Sandra—. Ahora no saldrás con eso de que eres rubia natural y que se te aclara el pelo debido a las infusiones de manzanilla.

Les dediqué una sonrisa franca a las dos chicas, ya que me divertía mucho escuchar las puyas que se echaban la una a la otra.

—Parece que va a llover —comentó Marta, interrumpiendo a sus nietas. Luego agarró una silla y tomó asiento a mi lado—. ¿Te importa?

Le sonreí y moví la cabeza de un lado a otro.

—Las niñas de hoy en día solo tienen pájaros en la cabeza, si hubieran vivido en mi época sabrían lo que vale un peine. Te puedes imaginar cuán tétrico sería este lugar sin electricidad y agua corriente. —Siempre comenzaba sus historias vanagloriándose de las dificultades que había pasado durante su juventud—. Dicen que en el interior de la montaña hay un sinfín de túneles y galerías, iguales a las cuevas de Granada o las cuevas que construyeron en el margen del río Ripoll, en Sabadell, y que hace mucho tiempo fueron habitadas por un gran número de familias que escaparon de la opresión feudal para vivir al margen de la ley. Desafortunadamente, fueron destruidas por un bombardeo en 1938, durante la Guerra Civil. Eso sí que eran problemas y no la crisis económica que hay ahora.

—Sandra, coge la guitarra española que la abuela se arranca por bulerías —se mofó Eva.

—¡Cállate, granuja! Esta juventud... —refunfuñó la señora, removiéndose en su silla e intentando retomar el hilo de su historia—. Yo no he sufrido en mis propias carnes la experiencia de vivir en esas condiciones, y quiera Dios que nunca tenga la necesidad, pero el abuelo que fue abuelo de mi abuelo...

—Ahí es *ná* —la interrumpió otra vez Eva, haciendo que la anciana carraspeara con impaciencia.

—Ignóralas —me apremió Marta, fulminando a sus nietas con la mirada—. Pues eso, que mi retataratatarabuelo vivió y murió aquí. Él tenía un alma piadosa y tomó bajo su cuidado a unos cuantos niños huérfanos de la aldea. En la plaza del pueblo hay un monumento con su nombre. Era todo un revolucionario.

—En realidad, el monumento no va a nombre de nuestro retataratatarabuelo si no de uno de sus ahijados —la corrigió Sandra.

—Pero su nombre aparece grabado en la placa conmemorativa, ¿no? —replicó la tabernera tamborileando con los dedos sobre la mesa.

—Sí, el suyo y el de doscientas personas más. —Sandra parpadeó con fingida inocencia, logrando desesperar a Marta, quien resopló con enfado.

—Bueno, pero su nombre está de los primeros.

—Abuela, si para ti de los primeros es el número sesenta y dos, entonces, sí, está entre los primeros...

—Dios mío, la paciencia que hay que tener con estas niñas. —La mujer me miró achicando los

ojos—. Si no hubiera sido por mi tatarabuelo, la leyenda del indómito Arnau Curia y Calero no existiría. Nuestro antepasado le dio cobijo, pan y sustento cuando era pequeño y lo educó con un pensamiento revolucionario.

—Abuela agua pasada no mueve...

Sandra dejó la frase a medias cuando la interrumpió el timbrado del teléfono, que no se dejaba escuchar por regla general.

—¿Diga? —preguntó con voz cautelosa la muchacha al descolgar el audífono—. Es mi abuela. No, no está ahora. Ajá, ajá... —Movi6 un par de veces la cabeza, afirmando—. No se preocupe, se lo diré de su parte. Por cierto, ¿cómo ha encontrado nuestro número de teléfono? Ah, que viene en la guía.

Todos en la cafetería nos quedamos contemplando a la muchacha con curiosidad, mientras colgaba el aparato.

—Son los del banco otra vez. Llaman por la hipoteca.

—Malditas ratas —soltó Marta con disgusto—. ¿Es que ya no hay gente de bien en el mundo? Todo es dinero, hipotecas y recobro. ¿No ven las noticias? ¿Acaso no saben que medio mundo está en crisis y el otro medio en guerra?

En el exterior las primeras gotas de lluvia cayeron de manera torrencial, seguidas de un brutal trueno que hizo temblar las luces del local. Eva y Sandra se levantaron enseguida para conectar el generador.

—Gracias a esa bendita máquina podemos seguir con electricidad y el género que tenemos guardado en las neveras no se echará a perder —comentó Marta con alegría—. ¡Dios bendiga al progreso!

La campanilla de la entrada sonó varias veces seguidas, informando de la llegada de unos cuantos clientes, que habían entrado en el mesón para resguardarse del aguacero. De inmediato, Marta se dirigió al mostrador, Eva se perdió en la cocina y Sandra sacó el talonario para tomar nota a los comensales.

Como la avalancha de pedidos no hacía más que aumentar, busqué el diario de Karen dentro del bolso. La última vez que lo había leído, la pasada tarde, Claudia acababa de anunciar su tercer embarazo; los dos anteriores resultaron ser embarazos psicológicos. En realidad, esa tercera vez también era una falsa alarma, y le siguieron muchas más hasta que llegó el invierno.

La hija del Conde estaba tan desesperada que acudió a unos cuantos doctores de renombre en Barcelona y Madrid, en busca de una solución milagrosa. Estos solo le decían que era una mujer joven, de buena salud, y que no debía impacientarse, que se relajara y dejase seguir su curso a la naturaleza. Claudia no estaba de acuerdo: quería un hijo y lo quería ya. Así que decidió por cuenta y riesgo tomarse cuanto brebaje de hierbas o pócimas mágicas le aseguraban que era bueno para quedar encinta. Incluso llegó a beberse la orina de una yegua embarazada, pues la bruja del pueblo, Arcineidia Viloró, le había asegurado que era un remedio infalible. Este último mejunje debió hacer algún efecto, porque una mañana de mediados de febrero se levantó con náuseas y mareos, segura de que esa vez era la definitiva. El resto de la familia ni se inmutó al oírla repetir la misma retahíla de siempre y continuó desayunando en paz, mientras ella salía por patas buscando una palangana para vomitar.

Efectivamente, esa vez tampoco estaba embarazada, tenía una infección aguda en el estómago por haber ingerido algo en mal estado. Cuando Karen y Soraya se enteraron del chisme estuvieron más de una semana partiéndose de risa. Tras aquel lamentable episodio, Claudia se resignó a lo

evidente: no iba a ser madre.

Abel se tomó la noticia bastante bien, no estaba interesado en tener hijos, su objetivo en la vida era levantar con su propio esfuerzo la empresa que había heredado y lo estaba consiguiendo. Trabajaba quince horas al día, siete días a la semana y lo que menos le apetecía cuando regresaba a casa era escuchar los berrinches de Claudia, así que se encerraba en el despacho y seguía trabajando. A Karen este comportamiento le preocupaba, pero no podía hacer nada por remediarlo, Abel había construido un muro de resentimiento y no quería hablar con ella.

Viernes, 4 de abril de 1919

Querido diario:

Me encuentro en una encrucijada moral y no sé cómo actuar. Tito cada día teme más a su padre, siempre le evita y no tolera que Sofía esté con él. He intentado acercarlos de distintas maneras, pero tanto uno como el otro se resisten; son igual de cabezotas.

Abel siempre encuentra tiempo para jugar con Sofía e ignora a Tito, quien observa sus juegos desde la distancia, sentado en la mesa del patio, con la cabeza apoyada en las manos, muriéndose de ganas por participar. Me da tanta pena verlos distanciarse día tras día.

La mayoría de las noches me atrapa el sueño imaginándome la reacción de Abel al descubrir que tiene un hijo. Sé que sería un buen padre, solo tengo que verlo con Sofía, es tan cariñoso y han hecho tan buenas migas.

Pido una señal divina, algo que me ilumine para tomar la decisión adecuada. La duda me está matando y la mala conciencia no me deja vivir.

...

El destino tomó la decisión por Karen y el veinte de abril Claudia cayó redonda al suelo, después de tener una fuerte discusión con Abel. El doctor vino de inmediato para examinar a la paciente. Cuando tuvo el diagnóstico claro, se reunió con Abel en el despacho.

Karen entró sin ser invitada con una jarra de café en las manos y se tomó su tiempo en servirles, ignorando el ceño fruncido de Abel. Deseaba escuchar de la boca del médico que Claudia solo había montado un numerito para manipular la voluntad de su marido, como hacía siempre. Por otro lado, una vocecita apagada le susurraba sobre ciertas posibilidades que la llenaban de pavor. ¿Y si Claudia había ingerido por error algunas de las papillas especiales que Karen preparaba a su marido cada mañana? No, no podía ser, aunque quizás el médico había detectado algún síntoma sospechoso y se disponía a indagar sobre el asunto. Cuando el hombre articuló la primera palabra, Karen sintió vértigo, era un manajo de nervios.

—Tengo excelentes noticias para usted, caballero —anunció el médico sujetando su vaso de café entre las dos manos—. Su esposa está encinta, de un mes y medio.

Fue un anuncio breve, pero tuvo infinitas consecuencias. La primera fue el silencio de Karen. Supo que la verdad sobre el nacimiento de Tito jamás sería revelada, ya no tenía sentido.

Abel se tomó su futura paternidad como hacía con todo lo demás. Despidió al doctor con cortesía, pagándole una generosa suma de dinero, y se encerró en el despacho a trabajar sin decir ni pío.

Karen corrió a la cocina para explicarle a Soraya lo sucedido entre lágrimas. Era tan miserable e infeliz. Odiaba a su hijastra más que nunca, sentía que le había robado la vida, su felicidad. Aunque no estaba siendo justa, ni Claudia ni el niño que venía en camino tenían la culpa

de nada. Las malas decisiones tomadas por ella misma habían sellado su destino y aquel era el precio que debía pagar.

Soraya escuchó a su hermana hasta que se quedó sin palabras. Luego preparó un chocolate caliente y lo sirvió en dos tazas.

—Quién nos iba a decir a nosotras que con el paso de los años íbamos a terminar así — bromeó la sirvienta, intentando arrancar una sonrisa a Karen—. Tú llorando como una cabeza de chorlito y yo consolándote en lugar de hacerte rabiar. Recuerdas cuando nos pasábamos el día entero peleando como perro y gato. Parece que fue ayer, ¿verdad?

...

Así es la vida. Por más que te empeñes en ir contra corriente, el agua nunca cambia su cauce y te arrastra hacia cualquier lugar, menos hacia donde tú quieres ir. Convierte a los mejores amigos en los enemigos más perversos, aquellos que conocen tus puntos débiles y hacen cualquier cosa para hundirte. Y tus enemigos, de los que siempre desconfiaste, terminan dándote consuelo, tendiéndote una mano en los peores momentos. En mi caso tengo que reconocer que se ha cumplido el sabido refrán: la sangre ha sido más espesa que el agua. He perdido un amor, pero he ganado una hermana.

Karen.

Le di la vuelta a la hoja, pero el diario acababa allí. Me mordí las uñas con impaciencia. No había nada, ni en los márgenes, ni dentro de la tapa, nada. Me cubrí la cara con el cuaderno y suspiré.

El catorce de noviembre Cristian llamó al mediodía para avisar de que vendría a recogerme a las siete de la tarde. Debido a una urgencia familiar se había marchado a Madrid dos semanas atrás y no había podido asistir a mi decimoctavo cumpleaños. Ahora pretendía invitarme a un restaurante de lujo en Barcelona, como compensación por no haberme regalado nada.

La señora de Clara también estaba fuera de la casa, había viajado unos días a Roma para visitar a Natalia. Desde su abrupta partida el verano pasado no habíamos tenido noticias de la muchacha. Las malas lenguas decían que Natalia se había largado de la mansión con el rabo entre las piernas después de discutir con Alejandro. Otras aseguraban que en realidad había peleado con mi hermana, quien la había echado a la calle a tirones de pelo. Lo único real era que Natalia se había marchado llorando como una Magdalena un miércoles por la noche y no había regresado nunca más. Yo me atreví a preguntarle a Sonia sobre este particular, pero me aseguró que no sabía nada. Creí en su palabra, pues también mostraba cierta curiosidad por saber qué había sucedido. Era otro misterio más de los muchos que habitaban en la mansión, una incógnita que supuse que nunca llegaría a descubrir.

Hice a un lado esos pensamientos y abrí el cajón de mi mesita de noche para tomar la pulsera que descansaba sobre la carpeta de terciopelo azul de papá. Me costó un buen rato ponérmela en la muñeca y cerrar el broche. Era un regalo de Ana, la había hecho a mano, utilizando cuentas de cristal en tonos negros y violetas, que brillaban como diamantes. Luego, me coloqué los pendientes de lagartija y me contemplé en el espejo. En ese momento, mamá llamó a la puerta de mi dormitorio y entró llena de alegría.

—Ya está aquí. Cristian ha venido a recogerte y está guapísimo, muy elegante. ¡Qué suerte tienes! Qué hombre, hija mía, qué hombre. Te ha traído un ramo de flores silvestres y una caja de

bombones. Y si no te espabilas no va a quedar ninguno. Adela y Gertru le están metiendo mano y ya las conoces: cuando hay chocolate de por medio no atienden a razones. ¡Vamos! No lo hagas esperar.

Apenas tuve tiempo de calzarme los zapatos y cepillarme un par de veces el cabello. Cuando bajé a la cocina, Cristian ya no estaba. El claxon de su coche sonó para meterme prisa. Salí al jardín seguida por una comitiva de sirvientas encabezada por mamá. Las mujeres estaban revolucionadas, les encantaba el romanticismo y Cristian simbolizaba el príncipe azul perfecto.

Antes de entrar en el coche en marcha, me despedí de mamá con la mano. En el segundo piso estaba Alejandro, mirándome a través de la ventana con los brazos cruzados y expresión enfadada.

—Vamos, entra o se va a escapar el calorcito —me apremió Cristian, colocando las manos en el conducto de ventilación de la calefacción—. Hoy va a ser un día lleno de sorpresas, ya lo verás.

Sin darme tiempo a cerrar la puerta, Cristian arrancó el motor y salió disparado por el camino de piedra. Me coloqué el cinturón de seguridad rezando todas las plegarias que sabía y me aferré fuerte al salpicadero.

—Hoy me siento invencible y necesito compartir mi triunfo con alguien —me dijo Cristian, pisando más el acelerador—. Y en la primera persona que he pensado has sido tú.

En un abrir y cerrar de ojos, me vi circulando por la autopista como una bala. Superábamos el límite de velocidad en mucho y estaba convencida de que la policía nos detendría en cualquier momento para ponernos una multa de tráfico. No sabía a qué se debía tanto entusiasmo, pero estaba comenzando a sospechar que no era debido a mi cumpleaños, como pensaba mamá.

Las puertas del cielo se abrieron para mí cuando el vehículo se detuvo frente a un fastuoso edificio. Un aparcacoches uniformado abrió la puerta del copiloto y me tendió la mano para ayudarme a salir. Si no hubiera sido por el miedo al ridículo, me hubiese arrodillado ante los ojos estupefactos del aparcacoches para besar el suelo dando las gracias a los cielos, igual que hacía el Papa Juan Pablo II al bajar de los aviones.

—Trátalo con cariño —le espetó Cristian al aparcacoches, tirándole las llaves del vehículo—. Es un clásico y tiene sus mañas.

Acto seguido, sacó un billete de veinte euros, lo deslizó dentro del bolsillo de la chaqueta del hombre, guiñándole un ojo, y me agarró por una mano para arrastrarme al interior del edificio. Abrí los ojos como un búho al ver tanta opulencia. Había varios cuadros de dimensiones descomunales expuestos en la antesala, las paredes eran de mármol blanco y las columnas jónicas tenían los capiteles pintados en oro. Cristian avanzó por aquel ostentoso mundo con desenvoltura, sin vacilar, mientras yo miraba a todas partes con la boca abierta.

—Quita ya esa cara, pareces una niña asustada.

No solo lo parecía, sino que realmente lo estaba. Dudaba mucho de que Cristian pudiera permitirse un lujo como aquel. No quería ni imaginarme el precio del menú, si no podíamos pagarlo terminaríamos fregando platos o arrestados en alguna comisaría de Barcelona.

Cristian pasó por delante de un grupo de personas bien vestidas, que aguardaban con paciencia su turno. Por poco me hago pis encima cuando nos pusimos los primeros, colándonos de manera descarada. Algunas parejas hicieron notar su malestar, aunque lo que realmente me asustó fue el *maître*, quien se alzaba tras el atril con un enorme libro, que parecía guardar las reservas de un año entero. La iluminación incrustada en el suelo se elevaba hacia el techo alto, otorgándole a las facciones del hombre un aire siniestro, que no se dulcificó en nada cuando miró con desagrado

el anorak sencillo y el vestido de algodón que yo llevaba puesto. Fue curioso como su actitud antipática se convirtió en puro servilismo al reconocer a Cristian. Enseguida, el *maître* dio un par de palmadas para llamar a un camarero y le ordenó que nos acompañara a nuestra mesa.

—Espero que todo esté a su gusto como siempre, señor —se despidió de Cristian, haciéndole una ligera inclinación con la cabeza.

Yo estaba tan anonadada que me dejé conducir a la zona vip, sin oponer resistencia, sin cuestionar lo que estaba pasando. Mis cinco sentidos se colapsaron con tanta gente, conversaciones, ruidos de vidrio al chocar en brindis, risas, música ambiental, aromas de comida, olor a chocolate, el sonido de una botella al descorcharse, el metal de los cubiertos rayando la fina porcelana.

—Por favor, traiga un Ribera de Duero de 1999. Gracias. —Cristian se dirigió al camarero que estaba destinado a servirnos durante toda la velada.

El hombre regresó casi de inmediato con una botella de vino envuelta en una servilleta blanca, derramó el líquido rojo dentro de una copa de cristal y esperó a que Cristian diera su aprobación. Luego nos entregó el menú y se retiró a un segundo plano.

Las manos me temblaban cuando abrí la carta de cuero negro y pasé algunas páginas mirando el nombre de los platos sin reconocer ninguno. Todo estaba escrito en francés y yo no tenía ni idea, apenas me defendía con el inglés básico y la lengua gala solo me era familiar en su modo fonético, debido al parecido que guardaba con el catalán. Cristian me quitó la carta de las manos y, en un perfecto francés, pidió los entrantes al camarero.

—Espero que no te moleste que haya decidido por ti —comentó Cristian cuando nos quedamos solos, tomándose la mano sobre la mesa—. Después de tanto tiempo a tu lado creo que empiezo a conocer tus gustos. Sé que te va a sonar raro, pero nunca me había sentido así con nadie...

Su conversación quedó interrumpida por la llegada del camarero, que llevaba en una bandeja unos *hors d'oeuvre*. Vamos, aperitivos de toda la vida, un entrante típico de la casa. El cocinero había cortado un pepino en rodajas y lo había utilizado a modo de tostada, colocando encima varios pedacitos diminutos de hortalizas y un poquito de caviar. El plato era hermoso pero había poco contenido.

Olisqueé el aroma que desprendía el aliño, vinagre de Módena, seguro, y puse los ojos en blanco sintiendo que la boca se me hacía agua. Una señora que iba enfundada en pieles hizo un mohín de disgusto y, tapándose la boca con las manos, le susurró algo al hombre que estaba sentado frente a ella. A mí me dio igual.

—Disfruta cuanto puedas —dijo Cristian, arrellanándose en la silla con los brazos cruzados sobre el pecho—. Esta va a ser la última noche que pasemos juntos por una larga temporada.

Fruncí el ceño y lo contemplé con una pregunta escrita en los ojos.

—Mañana viajo a Madrid. No sé cuánto tiempo estaré fuera, supongo que un par de meses. Tengo que atar algunos cabos sueltos —me respondió, dedicándome una sonrisa misteriosa, justo antes de llevarse a la boca un *hors d'oeuvre*. Tuve una extraña sensación en el estómago, un presentimiento.

El resto de la velada fue amena. Me divertían las observaciones que Cristian hacía de los otros comensales, sobre todo me moría de la risa cada vez que se burlaba de la señora de las pieles, que estaba sudando como una puerca y tenía en la frente más grasa que un restaurante chino. Cristian me rellenaba la copa de vino cada dos por tres y me animaba a brindar. Nos

bebimos una botella y media, y acabé un poco mareada.

Terminados los postres, Cristian sacó la cartera del bolsillo trasero de su pantalón y entregó al camarero la tarjeta de crédito junto con el carné de identidad. El hombre le sonrió con amabilidad y se dirigió hacia el mostrador para saldar la cuenta. En ese momento, una rubia oxigenada entrada en años y algo achispada cruzó el restaurante en dirección a la salida, haciendo equilibrios malabares sobre unos tacones de quince centímetros con plataforma. El contoneo de sus caderas era tan escandaloso que a su paso varios hombres volvieron la cabeza para echarle una ojeada. Debido a que el calzado que llevaba era un número más grande, el pie de la rubia se resbaló dentro del zapato. En contra de las leyes de la física, la mujer logró evitar la caída, aunque se dio un golpe en el muslo contra la esquina de nuestra mesa. La botella de vino medio llena se tambaleó y se derramó por encima del mantel, manchando los pantalones de Cristian.

—¡Mierda! —gritó el muchacho, sacudiéndose la entrepierna con la mano.

—Discúlpeme, ha sido sin querer. —La rubia tomó una servilleta de la mesa y se dispuso a frotar la mancha.

—No, déjelo. No se preocupe. —Cristian agarró la muñeca de la mujer, rojo como un tomate—. Ha sido un accidente desafortunado. Será mejor que vaya al lavabo a limpiarme.

La mujer dejó la servilleta sobre el mantel, se disculpó con una sonrisa, parpadeando de manera seductora, y se marchó dejando tras de sí una estela de perfume barato. Cristian caminó tras ella rumbo al baño, maldiciendo por lo bajo.

El camarero destinado a nuestra mesa regresó con una bandejita de plata, sobre la que iba la tarjeta de crédito, el carné de identidad y una pluma para que Cristian firmara el justificante de pago. Al ver que estaba sola, el hombre me miró interrogante. Como yo no dije nada, dejó la bandejita sobre la mesa y se retiró a un segundo plano para no incomodarme. Era el modus operandi en aquel estrato de la sociedad: los empleados jamás debían incordiar, tenían que ser sumisos y atender hasta la más mínima necesidad del cliente. Qué diferente era aquel lugar de las hamburgueserías del pueblo o del mesón que regentaban Marta y sus nietas.

Miré la cuenta de reojo debido al aburrimiento, preguntándome cuánto habría costado la broma. Como quien no quiere la cosa, haciéndome la remolona, extendí los dedos, que me hormigueaban por la anticipación, y jugueteé con el contenido de la bandejita. Poco a poco la acerqué hasta mí y eché un vistazo a la factura. Casi me muero del susto al ver un importe de cuatro dígitos. Era más de lo que ganaba Adela en un mes. Ni siquiera podía tragar saliva. Aquello era un despropósito, una compensación excesiva que no se podía equiparar con faltar a mi cumpleaños. Al depositar la cuenta sobre la bandeja de plata, me percaté de algo extraño. Tanto la tarjeta de crédito como el carné de identidad iban a nombre de un tal Daniel Salcedo Saavedra. Al parecer, con las prisas, el camarero se había equivocado de bandeja y nos había traído la cuenta de otra mesa. Me disponía a llamar la atención del camarero con una mano, cuando mis ojos se encontraron con la fotografía del dueño del carné. Era Cristian, sin lugar a dudas.

Atónita, revisé otra vez los documentos por las dos caras. Aparecían los datos típicos: la fecha, el lugar de nacimiento, el sexo, la dirección y el nombre de los padres, unos tales Víctor Daniel y Dulce María.

Al levantar la vista, sin haber digerido la información todavía, me di cuenta de que Cristian, Daniel o quien quiera que fuese, avanzaba entre los comensales. A toda prisa coloqué los papeles sobre la bandejita de plata y la aparté de mí cuanto me fue posible. A continuación me dediqué a

alisar las arrugas del mantel con las manos, como si hubiera hecho eso mismo todo el tiempo que Cristian había estado ausente, y puse mi mejor expresión de *soy una santa paloma y no una vieja chismosa, jamás miraría lo que no es mío*.

—Siento haber tardado tanto. El pantalón ha quedado hecho un desastre, tendré que tirar... — El muchacho dejó de hablar cuando sus ojos recelosos se posaron en la bandejita de plata, firmó la cuenta con dos trazos y sacó la cartera para guardar los documentos. Sus dedos no atinaron a introducir los plásticos en las ranuras de piel destinadas a aquellos menesteres y resopló con impaciencia—. Será mejor que nos vayamos, se está haciendo tarde.

En dos zancadas se colocó a mi lado y de un tirón me obligó a ponerme en pie. La señora de las pieles estaba tan escandalizada por la rudeza de su comportamiento que se llevó una mano enjorjada al cuello arrugado y emitió un gemido.

—No deberían dejar entrar a aquí a según qué tipo de gente, rebaja la categoría del restaurante —comentó la señora con mucha prepotencia cuando pasamos junto a ella.

—Baja la voz, querida —le rogó el caballero barrigón sentado frente a ella, dándole una patadita por debajo de la mesa—. ¿Es que no sabes quién es?

—Gracias a Dios, no tengo el gusto.

—Shhh... No sigas, no seas imprudente.

No pude escuchar nada más. Cristian apretó el paso obligándome a correr tras él; estaba furioso, a diferencia de mí, que estaba desconcertada. Siempre había creído que Cristian era el hijo único de una familia trabajadora, pero tal vez me había equivocado al sacar conclusiones. En cuanto a su verdadera identidad, había algo que no encajaba.

El aire frío de la noche me golpeó sin piedad cuando salimos a la calle. Mi mente se quedó en blanco y dejé de elucubrar. Me puse el anorak percibiendo la peste a asfalto y a contaminación típicas de la ciudad. Pasamos un par de minutos en silencio, yo tiritaba a la espera de que el aparcacoches trajera el utilitario de Cristian. Cuando tomé asiento en el lado del copiloto suspiré de alivio, agradecida porque la calefacción estuviera encendida.

—Debes estar cansada, ha sido un día lleno de emociones —comentó Cristian, confundiendo mi suspiro con un bostezo.

La verdad era que sí, me sentía un poco cansada. Además estaba mareada debido al vino que costaba un ojo de la cara.

—Recuéstate un poco y si te quedas dormida te despertaré cuando lleguemos a tu casa. — Encendió la emisora de radio mientras hablaba—. Aún nos queda un buen trecho.

Las baladas románticas unidas al aire caliente, al atracón que me acababa de pegar y a las luces de las farolas, que se sucedían unas tras otras, me relajaron hasta el punto de cerrar los ojos. Esta vez sí que bostecé por sueño.

—Descansa, tranquila —susurró Cristian, centrando su atención en la carretera—. No pasa nada.

Cuando volví a despertar avanzábamos por la carretera sin pavimentar que conducía a la mansión. A un lado se elevaban las figuras oscuras de las encinas recortadas por la claridad de la luna, que también se reflejaba en la superficie pacífica del lago. En lugar de subir por el camino de grava, Cristian tomó otro sendero mucho más irregular, plagado de baches y socavones, que llevaba a un nivel inferior del acantilado. Varios metros por encima de nuestras cabezas la fantasmal sombra de la mansión se materializaba entre una espesa nube de niebla, que parecía

conferirle un aire tenebroso, como si se tratara del castillo de Drácula.

—La vista desde aquí es fantástica, ¿no te parece? —Asentí, restregándome los ojos con las manos—. Este pueblo es ideal, está tan alejado de la civilización que no creo ni que salga en los mapas.

Abrí la boca desperezándome, luego me atusé el pelo en el espejo del parasol y me limpié las legañas.

—La primera vez que vine a buscar a tu hermana fue un martirio. Me confundí varias veces de salida en la carretera principal y al final tuve que pedirle ayuda a un policía. —Cristian soltó una risotada y agarró el volante con las dos manos, oprimiéndolo hasta que los nudillos se pusieron blancos. El anillo de oro que llevaba en el dedo anular brilló atrayendo mi atención. Durante la cena no había reparado en él, era un adorno de tantos. Sin embargo, la *ese* grabada en el centro ahora tenía un nuevo significado para mí. Era la misma letra de su apellido: Salcedo. No podía ser una coincidencia—. Ni te imaginas lo cabreado que estaba. Tu familia se había mudado al ombligo del mundo y Sonia no contestaba cuando la llamaba al móvil.

Puse los ojos en blanco y negué con la cabeza. Así era ella: en vez de afrontar los problemas, prefería eludirlos. Suponía que la cobardía era un rasgo familiar.

—Cuando volvimos a encontrarnos tuvimos una pelea de esas que hacen historia. Siempre he creído que era una cuestión de tiempo que nuestra relación terminara en asesinato. Ya sabes cómo es tu hermana: temperamental, cabezota, consentida y puro fuego. Mi tipo. —Cristian rio sin muchas ganas y se masajé las cervicales con las dos manos—. Tú, en cambio, eres como un corderito tímido y asustado.

Me desabroché el cinturón de seguridad y me giré en el asiento para ver mejor la expresión de Cristian. Las luces de los faros de posición resaltaban el entrecejo arrugado del muchacho y sus labios curvados en una mueca siniestra.

—Al principio pensé que ibas a ser más fácil de manejar, que no ibas a darme tantos quebraderos de cabeza. Me equivocaba. Sonia es muy ingenua y no se cuestiona las cosas, pero tú eres demasiado lista y yo demasiado torpe.

Cristian activó el seguro de las puertas y yo pegué un bote en mi asiento. El mecanismo había sonado como un disparo en medio de la noche. Los mosquitos revoloteaban frente al torrente luminoso de los faros, mientras Cristian encendía la radio y buscaba una canción en el MP3 conectado al equipo. *Killing me softly* sonó en los altavoces y tuve un *dejà vu*. Ya habíamos vivido esa misma situación años atrás.

—Al final estamos tú y yo solitos con la luna como único testigo. —El sonido de su voz se tornó más gutural a medida que iba inclinándose sobre mí, hasta que su boca quedó a escasos centímetros de la mía.

Tragué saliva recordando las palabras que me había dicho durante la cena. Yo era la primera mujer a quien conocía tan a fondo, nunca antes se había sentido así con ninguna otra. De repente, sus palabras cobraron un nuevo significado. Quizás le gustaba o al menos le atraía.

—¿Qué pensaría tu familia si esta noche no volvieras a tu casa, si hoy desaparecieras conmigo? ¿Creerían que nos hemos fugado para casarnos como hicieron tus padres? —Sus ojos brillaron en medio de la oscuridad, como los de una hiena hambrienta. Los dedos masculinos ascendieron por mi brazo y rozaron uno de mis pechos. De súbito, una descarga de adrenalina me hizo apartarlo de un manotazo—. ¡Sé que lo estás deseando, no te resistas!

Cristian me inmovilizó por las muñecas e intentó besarme. Yo giré la cara y lo empujé con

todas mis fuerzas. Sus riñones dieron contra el volante y yo aproveché para desbloquear el seguro de la puerta. Cuando me disponía a salir del vehículo, Cristian me agarró por el vestido. Al forcejear, las mangas se rasgaron y los botones de la pechera salieron disparados.

Cristian me empotró contra el asiento del copiloto y se abalanzó sobre mí para besarme a la fuerza. Coloqué los dedos en su mejilla y clavé las uñas en un arañazo que iba a dejar marca. El aullido de dolor del hombre fue seguido por el sonido de un puñetazo que impactó contra mi ojo derecho. Sentí ardor y una especie de cosquilleo. Algo caliente descendió hasta mi boca y degusté un sabor a hierro. El anillo de Cristian me había hecho una herida en la ceja y estaba sangrando.

—Ahora vas a ver, perra. Te voy a enseñar lo que es un hombre de verdad —gritó fuera de sí, quitándose el cinturón para darme latigazos en los brazos, riendo como el mismísimo diablo que era.

El golpe en la cabeza me había dejado atontada y solo era capaz de escuchar la pesada respiración de aquella bestia que me estaba atacando.

—Voy a follarte hasta que caigas muerta a mis pies, zorra —amenazó entre dientes, en tanto se bajaba la bragueta del pantalón.

Hizo trizas el escote de mi vestido con las dos manos y me subió el sujetador. Su boca se apoderó de un pezón y lo mordió haciéndome daño. Intenté incorporarme, pero me agarró por el cuello. Me faltaba la respiración. Cuando le golpeé con los puños cerrados, Cristian apretó un poco más, asfixiándome. Me iba a desmayar en cualquier momento. Las caderas masculinas se colocaron entre mis muslos, al tiempo que metía las manos debajo de la falda. Sus dedos tocaron mi vagina por encima de las medias y de las braguitas.

—Te voy a partir en dos, gatita —amenazó entre dientes—. Y no voy a usar condón.

Su lengua buscó mi boca, arrebatándome el poco oxígeno que me quedaba. Quería que terminara ya, que hiciera lo que deseaba hacer y se marchara.

Cristian rompió mis medias como un salvaje y apartó las braguitas. Yo aproveché que estaba doblándose sobre mí para introducir las piernas en el espacio que había entre nuestros cuerpos. Empujé su pecho con las rodillas e impedí que me penetrara.

—¡Putá! No te resistas más.

Cristian levantó el puño para golpearme, pero se detuvo al escuchar ruido de pasos. La expresión de mi agresor se llenó de miedo al mirar al exterior.

—¡Quítale tus sucias manos de encima! —vociferó Alejandro, acercándose al coche.

Cristian abrió la guantera del salpicadero con un movimiento rápido. En el interior se iluminó una bombilla que reveló el contorno oscuro y criminal de una pistola. La impresión no me permitió reaccionar. Cristian alargó la mano para coger el arma justo en el momento en que Alejandro abrió la puerta del copiloto y lo tomaba por las solapas de la americana.

—Con un hombre no eres tan gallito, ¿verdad? —Alejandro le dio un tremendo derechazo a Cristian, que cayó al suelo noqueado. Acto seguido le propinó una buena cantidad de patadas en el estómago—. ¡La próxima vez que vuelvas a aparecer por mi casa, hijo de puta, te voy a matar!

Cristian se cubrió la cabeza con los brazos, escupiendo un cuajo de sangre, que fue resbalando por su mentón hasta caer al suelo. Alejandro se apartó de él y se dirigió hacia el coche hecho un auténtico bárbaro.

—Te vienes conmigo —me ordenó, tomándome en brazos. No opuse resistencia, tampoco hubiera sido capaz, por temblarme me temblaban hasta las pestañas. Me sentía mareada y el ojo

que Cristian me había golpeado se estaba hinchando.

Al notar el frío de la noche me apresuré a cubrir mis pechos desnudos con un trozo de tela. Miles de emociones contradictorias acudieron a mis ojos, convertidas en lágrimas de impotencia, alivio y desconsuelo.

—A lo sumo te habré fracturado un par de costillas y, en cualquier caso, te lo mereces por cabrón —escupió Alejandro al pasar junto a Cristian, que continuaba en el suelo, en posición fetal, retorciéndose de dolor—. La próxima vez te lo pensarás dos veces antes de atacar a una chica indefensa.

Me acurruqué entre los brazos de Alejandro más tranquila, percibiendo el aroma de su colonia y el olor del cuero de su chaqueta de invierno. Me sentía protegida, a salvo.

Al entrar en la cocina por la puerta de servicio supuse que me dejaría en el suelo, pero no fue así, continuó caminando en medio de la oscuridad conmigo en brazos. Frente a la puerta de su dormitorio me cambió de posición para alcanzar el picaporte con un codo. No me soltó hasta que llegamos a la cama, donde permanecí estirada como una muñeca rota, atontada, en tanto Alejandro encendió la lamparilla que había sobre la mesita de noche y se dirigía al baño para tomar el botiquín de primeros auxilios. Impregnó una gasa en antiséptico y comenzó a limpiarme las heridas. Fue muy cuidadoso al rozar el arañazo que tenía en la ceja, también apartó la vista ruborizado de mis pechos desnudos que sobresalían entre los girones desgarrados del vestido de algodón.

—Déjame echarle un vistazo a tus brazos, tenemos que limpiarlos y desinfectarlos bien.

Al notar los dedos cálidos de Alejandro sobre mi piel, tragué saliva. Estaba nerviosa y respiraba con agitación. Su pecho también subía y bajaba de manera irregular. Estaba tan incómodo por la situación como yo.

Mientras Alejandro me colocaba unas tiritas en las heridas de los brazos, me fijé en que tenía los nudillos de la mano derecha hinchados y con restos de sangre. Enseguida le arrebaté el antiséptico e hice el ademán de querer curarlo.

—No, no es necesario, puedo hacerlo yo solo, así que devuélvemelo.

Negué con la cabeza y escondí el envase tras la espalda como una niña pequeña. Sin una pizca de humor, Alejandro se inclinó sobre mí dispuesto a quitarme el agua oxigenada. Sus brazos rodearon mi cuerpo y sus manos buscaron las mías. Estábamos tan cerca que mis senos se aplastaban contra sus pectorales cada vez que tomaba un poco de aire. Sus ojos se dilataron cuando se encontraron con los míos, volviéndose dos peligrosos pozos negros.

Alejandro se humedeció los labios cuando entreabrí la boca en una invitación silenciosa. Me besó sin exigencias. Solo una caricia suave, como el aleteo de una mariposa. La necesidad de más me hizo sacar la punta de la lengua para degustar su sabor salado. Cerré los ojos dejándome embargar por las sensaciones.

—No sabes lo que estás haciendo —gimió contra mi boca. Como respuesta, mis dedos subieron por su pecho hasta que alcanzaron el cuello de la camisa—. Acabas de salir de una experiencia traumática y quizás...

Le impedí que continuara hablando dándole otro beso. Alejandro se rindió y se tumbó sobre mí besándome con la lengua. ¡Por fin!

Cuando frotó su erección contra mi pubis, cubierto por las braguitas y las medias rotas, le clavé las uñas en la espalda y utilicé las piernas para rodear aquel trasero redondo que tanto

deseaba tocar. Lo necesitaba más cerca de mí, fundido con mi cuerpo.

—Si todos pueden tenerte, ¿por qué no he de tenerte yo? —susurró entre beso y beso—. Quiero que seas mía, solo mía.

No me paré a pensar en el significado de aquellas palabras, ya que sus caricias me quitaban el sentido. Solo era capaz de escuchar su voz ronca, su aliento, su saliva, el néctar que le daba vida a mi cuerpo, la imperiosa urgencia de mi deseo. No tenía oídos para nada más, necesitaba pegarme a él de tal manera que solo fuéramos uno. Era algo mucho más elevado que el mero apetito físico, deseaba abrirle mi alma, entregarme por entera y demostrarle sin palabras cuánto lo amaba.

El hormigueo de la anticipación estimuló mis pezones mucho antes de que la lengua de Alejandro los chupara y jugueteara con ellos. Enterré mi rostro en su cuello y ahogué un gemido de placer en su carne, sintiéndolo por todas partes, recorriéndome con adoración, tocándome en lugares donde antes nadie lo había hecho. Estaba tan caliente, tan húmeda, y necesitaba tanto sentir su contacto que le desabotoné como pude la camisa.

Alejandro se levantó sobre las rodillas y me miró con los ojos entrecerrados llenos de deseo, mientras se deshacía de los pantalones tejanos que aún llevaba puestos. Al liberar su imponente erección abrí mucho los ojos. Él enarcó una ceja y sonrió con malicia. Yo no podía apartar la vista de su espléndida anatomía, aunque estaba muerta de vergüenza y el corazón parecía que me iba a estallar en el pecho.

—¿Estás disfrutando de la visión? —preguntó deshaciéndose del resto de su ropa—. Entonces, deberás pagar un precio: yo también quiero divertirme y estás demasiado tapada.

Alejandro me quitó el vestido hecho girones por la cabeza y deslizó las bragas junto con las medias rotas por mis piernas, mirándome con descarado interés. Temblé llena de inseguridad e intenté cubrir mi desnudez con los brazos, pero él me lo impidió.

—No hagas eso. Eres preciosa —murmuró echándose junto a mí, antes de acariciarme el hombro con la nariz.

Luego me colocó un dedo en el mentón, descendió por mi cuello y llegó hasta mis pechos. Dibujó un círculo con la yema, sin apenas tocarme. Yo suspiré, notando que parte de mi vergüenza se evaporaba. Alejandro sustituyó el dedo por la lengua, lamiéndome, en tanto me acariciaba el monte de Venus. Me mordí el labio inferior cuando separó los pliegues de mi sexo y me rozó el clítoris.

—Estás tan mojada. —Alejandro se colocó entre mis piernas e introdujo sus manos debajo de mis glúteos para obligarme a alzar las caderas—. Quiero saborearte.

Me agarré con fuerza a las sábanas en el momento en que su cabeza se perdió entre mis muslos y el mundo entero empezó a dar vueltas. Cada vez que estaba a punto de llegar a la cúspide, Alejandro se detenía y esperaba unos segundos para retomar la tarea que me estaba volviendo loca, su lengua no tenía piedad de mi sufrimiento.

Enloquecida por la pasión, le agarré por el pelo. Alejandro dejó de lamirme y cubrió mi cuerpo con el suyo. Yo elevé las caderas guiada por un instinto primitivo en busca de su virilidad. Lo quería dentro de mí, lo necesitaba ya, quería que llenara el gran vacío que me había dejado aquel beso tan íntimo.

Alejandro tomó su erección con una mano y la guio hacia la entrada de mi cuerpo. Antes de penetrarme se frotó contra mi sexo, introdujo un poco la punta roma y retrocedió un par de veces, regodeándose al ver mi anhelo. La primera investida nos quitó el aliento a los dos: a él, por el éxtasis producido por la nueva conquista; a mí, por el dolor de la primera vez. La segunda llenó

mis ojos de lágrimas, sin rastro de placer. La tercera me puso rígida y tuve que aferrarme con todas las fuerzas a las robustas muñecas que estaban afianzadas a cada lado de mi cuerpo. Alejandro se quedó muy quieto, mirándome con asombro.

—No es posible... Tú no puedes ser virgen... —balbuceó penetrándome por cuarta vez. Me tensé de dolor, mientras la prueba de mi pureza perdida manchaba las sábanas.

RECUERDOS FAMILIARES

ME despertó el trinar de los pájaros y el sol matutino que atravesaba los grandes ventanales del dormitorio. Me envolvía el aroma de la pasión consumada, masculino y sensual, suave como el rocío de la mañana, y en las mejillas sentía un desacostumbrado hormigueo. El vello del antebrazo de Alejandro me hacía cosquillas, era como la suave hierba del campo. Reprimí una sonrisa de embeleso por tenerlo junto a mí, echado en la cama como un adonis desnudo. Para comprobar que no estaba soñando tuve que parpadear varias veces y pellizcarme en la mano. Él suspiró y abrió un ojo.

—Buenos días, dormilona —me saludó incorporándose en la cama sobre un codo, con el pelo ensortijado y con una expresión somnolienta.

Le respondí cubriéndome parte del rostro con el edredón, algo avergonzada, dejando al descubierto tan solo mis ojos renuentes, sin saber cómo actuar después de lo que había ocurrido entre nosotros.

—Que te tapes ahora no va a servir de gran cosa. Ya he visto todo lo que tenía que ver y lo he almacenado aquí —Alejandro se dio un par de golpecitos en la sien derecha—, en mi disco duro.

Sus palabras me hicieron ruborizar y terminé cubriéndome por completo con el edredón, mientras Alejandro soltaba una carcajada. Seguidamente me destapó sin piedad, dejando mis pechos a la vista.

—No voy a permitir que la señorita se esconda ahí debajo. —Su voz se volvió más ronca cuando se colocó sobre mí y frotó su erección contra la piel desnuda de mis muslos—. Vamos a tener que quitarte esa timidez, y sólo conozco un método adecuado.

Alejandro me dio un beso profundo, lento, que me derritió. Luego me murmuró al oído promesas calientes, me describió las caricias que iba a darme, el placer que me haría sentir y cuánto se excitaría al penetrarme. Me entregué a él sin restricciones, pero en esa ocasión me aventuré a explorar su cuerpo sin vergüenza, sin prisas, memorizando su tacto con las yemas de los dedos. Eran mis primeros pasos en aquellos placeres y, aunque me faltaba soltura, estaba segura de que terminaría siendo una alumna aventajada.

El sol ya estaba bien en lo alto cuando terminamos de saciarnos el uno del otro. Yo estaba tendida bocabajo en la cama, desnuda, sin un ápice de timidez, mientras Alejandro, tendido a mi lado, con la cabeza apoyada en una mano, me acariciaba la espalda con un mechón de mi propio

cabello.

—Siempre imaginé que sería de esta manera —susurró, trazando un sendero serpenteante a lo largo de mi columna vertebral—. Al principio me costaba bastante aceptar que me atraías, me decía que sólo despertabas en mí un afecto fraternal, aunque cada vez que otro se te acercaba tenía ganas de romperle el cuello. Incluso estaba celoso de aquel amigo tuyo, el enclenque, me parece que se llamaba Ángel.

Alejandro se concentró en dibujar un círculo en mi cóccix para a continuación desandar su peregrinaje por mi espalda.

—Él fue quien inició los rumores sobre ti, ¿verdad? —Asentí, avergonzada por aquel capítulo tan doloroso de mi vida—. Menudo gilipollas, cuando vuelva a cruzarme con él voy a partirle la cara. ¿Cómo pudo difamarte en el instituto de un modo tan perverso? Has debido sufrir mucho, a esa edad los adolescentes son imbéciles. Bueno, yo soy el menos indicado para hablar, a fin de cuentas también me dejé llevar por los rumores. ¡Estoy muy cabreado! Has sido víctima de acoso escolar y tenemos que informar a la dirección del centro para que castigue con severidad a los culpables.

Negué con la cabeza y le acaricié la mejilla embargada por la ternura. Lo pasado, pasado estaba; no quería iniciar una guerra que no estaba segura de ganar. La mala fama es una pandemia que no tiene cura, una vez que sale por una boca mentirosa, se contagia con facilidad y el pobre inocente que la sufre jamás recupera la credibilidad, pues bajo sus pies se abre el precipicio de la duda. Remover aquello no iba a solucionar nada, solo serviría para que la gente volviera a hablar.

—En cualquier caso hay algo que no me cuadra en esta historia, quiero decir, me consta que hasta ayer eras virgen, sin embargo me sorprende que el tipejo de tu novio no intentara ponerte un dedo encima hasta anoche. No tiene pinta de ser una buena persona y, mucho menos, paciente.

Esa cuestión era difícil de responder, necesitaba tiempo para pensar, no me sentía preparada para enfrentarme a la maraña de mentiras que habían tejido la abuela y mi hermana, menos aún tras lo vivido en las últimas veinticuatro horas, así que agarré un bolígrafo y un crucigrama de encima de la mesita de noche y garabateé un par de frases donde aseguraba que me había negado a cualquier tipo de intimidad por miedo a decepcionar de nuevo a mi familia, ya que era la única manera de que no surgieran más bulos y mentiras. Luego, para evitar que Alejandro detectara las incongruencias de mi explicación, desvié la conversación por otros derroteros y le pregunté qué hacía la noche anterior en el lago, cómo era posible que estuviera tan cerca de donde habíamos aparcado.

—Para ser sincero, no fue una coincidencia, siempre que sales con tu novio te espero despierto, es una costumbre, no puedo pegar ojo si estás fuera de casa y hoy no ha sido la excepción. A eso de la una de la madrugada he visto los faros de un vehículo en la distancia y he supuesto que ya estabais de vuelta, pero en lugar de tomar el caminito que lleva a casa habéis bajado hasta el lago. Se me han pasado un montón de ideas por la cabeza: le imaginaba a solas contigo, besándote en los asientos de atrás, riéndose mientras te desvestía, a punto de hacerte suya, y me ha dado rabia. Estaba tan celoso que pretendía buscar cualquier excusa para sacarte a rastras del coche. No me ha hecho falta. En cuanto he visto a ese cabrón forzándote, el mundo se ha vuelto rojo. Solo quería matarlo.

Silencié sus palabras colocándole un dedo sobre los labios, a continuación le besé con dulzura. Alejandro profundizó el beso con la lengua y gimió de puro deleite.

—No puedes imaginarte la cantidad de veces que he soñado con hacer esto: poder acariciarte,

saborearte, tenerte debajo de mí. Estaba tan confundido, y tú no me ayudabas en nada. Aún recuerdo una mañana de hace años, debías tener quince o dieciséis, te escuché gritar desde mi cuarto y corrí hasta tu habitación asustado; no sabía qué estaba pasando. Al verte llorar como una Magdalena deduje que habías tenido una pesadilla y me acerqué para consolarte. Cuando te abrazaste a mí por poco me da un infarto. No sonríes, te digo la verdad, me pusiste cardiaco. Un gran problema porque apenas eras una cría. —Lo miré con mala cara y Alejandro levantó las dos manos a modo de disculpa—. Vale, vale, una cría no, una adolescente, con la que me sentía demasiado a gusto y eso no estaba bien, sobre todo por Sonia. Además no quería defraudar a Soledad. Ella es como una segunda madre para mí, la quiero mucho. Por eso cometí el mayor error de mi vida y me comprometí con tu hermana. Me arrepiento tanto, me dejé deslumbrar, lo admito. Sonia y yo somos dos personas opuestas, incompatibles, queremos cosas distintas de la vida y lo nuestro jamás funcionará. En cambio tú eres perfecta para mí, estás hecha a mi medida.

Alejandro tomó un mechón de mi cabello, lo colocó tras mi oreja y después deslizó la mano por el cuello hasta detenerse en el hombro, donde dibujó unos cuantos círculos con las puntas de los dedos.

—Eres mi ninfa del lago convertida en mujer. —Se rió, dándome un besito en la clavícula. Con cuidado se colocó sobre mí y me miró directamente a los ojos. Yo le acaricié la mandíbula y me incorporé para darle un pequeño mordisco en el labio inferior—. No me lo puedo creer. Por fin eres mía, solo mía.

La cruda realidad se hizo presente cuando mis pies tocaron el suelo de loza, al bajar de la cama. Era mediodía y, aunque el mundo seguía igual en apariencia, tuve un presentimiento feroz, algo oscuro se avecinaba. Fue solo un pálpito o, tal vez, la adversidad mostrándome sus orejas, convertida en una fotografía que me plantaba cara sobre el escritorio de la habitación. Alejandro posaba junto a Sonia, mirándola con amor y con una admiración tan evidente que me hacía sentir poca cosa, una intrusa que había llegado a usurpar el puesto de otra.

Alejandro observó mi reacción desde la cama y, percibiendo mis dudas, incluso antes que yo misma, se apresuró a levantarse para guardar el portarretratos en un cajón. Después me abrazó y me susurró palabras tranquilizadoras en el oído; su voz sosegada no dejaba de repetirme que tan pronto se duchara se reuniría con nuestras respectivas familias para aclarar la situación.

—Cuanto antes afrontemos la verdad será mucho mejor. Primero llamaré a mi abuela para que regrese de Italia. Está tan desesperada que ha elegido entre el menor de sus males e insiste en emparejarme con Natalia, pero eso jamás va a suceder.

Tomé la sopa de letras y el bolígrafo para hacer una anotación en el margen. Deseaba saber por qué Natalia se había marchado tan de súbito el verano anterior, sin despedirse de nadie. Alejandro sonrió y me apachurró un poco más contra su pecho.

—Tú fuiste la culpable, brujita. Natalia es una chica especial y muy perspicaz, enseguida notó la forma en que yo te miraba y cuánto me esforzaba por fingir que no me importabas. Sus sospechas se confirmaron la tarde en que coincidimos con Daniel y contigo en la cocina. Me dijo que mi cara era un poema y que se había dado cuenta de que me había vuelto a enamorar, pero no de ella. Yo intenté negarlo, juré y perjuré que solo eras mi cuñada, la hermana pequeña de Sonia, pero Natalia ya me había calado. Me aconsejó que fuera sincero conmigo mismo, que luchara por lo que quería y no me conformara con lo que no quería. El auténtico valiente, dijo antes de marcharse, es aquel que cambia el mundo a través de sus actos.

Recordaba vagamente aquel día, fue un sábado. Cristian estaba a punto de fundir el timbre de la entrada principal; habíamos quedado a las seis en punto y yo llegaba un minuto tarde. Exasperada por su impaciencia bajé a toda prisa por las escaleras que daban al vestíbulo, en tanto Alejandro abría la bendita puerta con gesto de disgusto. Para variar, como no, iba acompañado por Natalia; esa chica estaba en todas partes. Cristian entró sin ser invitado y entonces yo me vi en la lamentable situación de tener que hacer las presentaciones de rigor, evitando el contacto visual con la pareja. Natalia se mostró muy amable y educada, dándole un beso en cada mejilla al recién llegado, e hizo un esfuerzo sobrehumano para ignorar la manifiesta tensión que existía entre los hombres. En ese momento pensé que no era tan malvada, que tal vez, en el pasado, cuando había ocurrido el accidente de coche que había truncado la vida de Alejandro, dejándolo inválido y llevándose a sus padres, Natalia solo era una adolescente insegura, incapaz de afrontar la situación, y había sentido el mismo miedo a lo desconocido que ahora me tenía prisionera a mí. La magnitud de lo que estaba por venir me aterrorizaba y por momentos deseaba escapar.

La voz de Alejandro me trajo de nuevo al presente.

—También voy a hablar con Sonia. Quiero terminar nuestra relación de una manera limpia. Te amo y necesito que todo el mundo lo sepa. —Aparté los ojos ruborizada—. La sinceridad es el único camino que nos queda. En cualquier caso, la que más me preocupa es Soledad. No quiero decepcionarla.

Al escuchar el nombre de la abuela sentí un estremecimiento y toda mi determinación se vino abajo. Me asustaba la idea de tener que enfrentarme a la madame, de ser acusada por todo el mundo de construir mi felicidad sobre la desgracia de Sonia. Tras persuadir a Alejandro para que esperara el momento adecuado, me escabullí a mi cuarto como un ratoncillo asustado. Una vez a solas, sentada en mi cama, me di cuenta de lo que estaba a punto de suceder y tuve pánico. Me faltaba el aire, me sudaban las manos y el pulso me iba más rápido de lo normal.

No volvimos a encontrarnos hasta la hora de la cena, que compartimos con el resto de la familia en el salón principal. Alejandro me acariciaba con la mirada de tanto en tanto, cuando nadie se fijaba, haciéndome promesas calladas de lo que más tarde iba a hacerme. Yo me mordía el labio inferior llena de temor por ser descubierta y, aunque parezca una contradicción, también sentía un cierto morbo que me excitaba. Mis manos temblaron en más de una ocasión, atrayendo el interés de la abuela que me observaba con el ceño fruncido, muy seria.

—Ayer no te oí llegar —comentó la vieja, sorbiendo la sopa con la espalda tesa contra el respaldo de la silla—. Daniel suele dejarte en casa antes de las once.

—Era una ocasión especial, madre. Por eso le permití que llegara un poco más tarde.

—No hay que darle tanta libertad a esta niña o se nos subirá a las barbas. No me parece bien que ande por ahí con su novio hasta las tantas. No es de gente decente, y da mucho de que hablar a los demás.

—Siento discrepar contigo, Soledad —replicó como quien no quiere la cosa Irene de Clara, limpiándose la comisura de los labios con la servilleta—. Estamos en pleno siglo Veintiuno y las mujeres ya no tenemos que estar atadas a la pata de la cama. Nadie tiene derecho a juzgarnos por hacer lo mismo que los hombres. Además, hay demasiados hipócritas en el mundo que se autoproclaman *decentes* y tienen tan poca moral como un gato en celo.

La abuela tragó saliva, bajó la vista y se concentró en su plato, en tanto la señora de Clara se colocaba con gracia la servilleta sobre las rodillas y proseguía con su monólogo sobre la poca moral de algunas personas decentes. Mamá y Sonia fueron las únicas que participaron en la

conversación, respondiendo negativamente o inclinando la cabeza cuando tocaba; creo yo, que lo hacían más por quedar bien con la anfitriona, que por interés personal en el asunto. Por el contrario, la abuela se aisló por completo y, a medida que avanzaba el soliloquio, se fue hundiendo poco a poco en su asiento, con las mejillas encarnadas. No volvió a abrir la boca hasta que la velada llegó a su fin.

Esa noche, tras hacer el amor con Alejandro, le hice una observación en mi bloc de notas sobre el extraño comportamiento de la madame. Él suspiró y se tumbó boca arriba con las manos tras la nuca.

—Soledad es una mujer íntegra, no es tan ogro como piensas, ni tan fiera. Es verdad que es un poco seca, pero conmigo se ha portado tan bien. Recuerdo que me malcriaba mucho cuando era pequeño, aunque era severa si tocaba. No dudaba en echarme la bronca y castigarme sin postre cuando no hacía los deberes o si rompía algún objeto caro al jugar a fútbol dentro de casa. Después del accidente donde murieron mis padres me tomó bajo sus alas y cuidó de mí con celo. Yo diría que hasta me malcrió en exceso. Fue una mala época y sin ella no sé qué hubiera hecho.

No me gustaba ver a Alejandro perdido en aquella angustia del pasado, así que le di un beso en la mejilla para consolarlo.

—En el fondo, tu abuela y tú tenéis mucho en común —siguió defendiéndola, con una sonrisa amable—. Ambas sois hermosas, aunque os empeñáis en ocultárselo al mundo. Sois tozudas, inteligentes y lucháis como fieras por aquello que queréis. Mi abuelo reconocía que Soledad era una criatura enervante, pero aseguraba que si te molestabas en conocerla te calaba tan hondo en el corazón que era imposible deshacerte de ella. Exactamente, igual que tú.

Le dediqué a Alejandro una mirada recelosa, que manifestaba mi completo desacuerdo. ¿Qué persona en su sano juicio podría opinar todo eso de la abuela? ¿Cómo podría ella calar hondo en el corazón de nadie?

—Oye, que tu abuela no ha sido siempre una vieja amargada. También ha sido joven y debo admitir que una de las mujeres más hermosas que he visto nunca. —Levanté una ceja para enfatizar mi escepticismo—. Si no me crees, tengo fotos que lo demuestran. Espera, iré a buscarlas.

Alejandro se levantó de la cama cubierto con el pantalón del pijama, del que yo llevaba la parte de arriba. Le oí caminar por la biblioteca, arrastrar la escalera de metal que estaba encajada en las estanterías y después exclamar de alegría por haber encontrado algo. Enseguida apareció con un álbum viejo de fotos, que me entregó con una sonrisa muy pícaro.

—¿A que no he exagerado? —preguntó con retintín, mostrándome una fotografía en blanco y negro de la abuela pegada en la primera página—. Tu hermana se le da un aire, ¿no?

Me costaba hacerme a la idea de que la abuela alguna vez hubiera sido joven y guapa. Aunque había visto algunas fotos de los años mozos de la madame, tomadas poco después de casarse con mi abuelo, con sus veinte largos, casi treinta, ahora la tenía frente a mí con apenas trece.

—Mira, ahí está con mi abuelo —dijo Alejandro, señalando con el dedo índice a un chicarrón fornido, que guardaba cierta semejanza con él y que estaba sentado junto a la abuela con un brazo por encima de sus hombros—. En aquella época eran como uña y mugre.

La abuela tenía las mejillas pecosas y sonrientes muy cerca de las del muchacho, y aunque llevaba un par de trenzas y un espantoso vestido de lunares, se la veía guapa. Al pasar la hoja vi otras imágenes más donde aparecía la madame fuera de foco, junto a varios objetos que se apreciaban con nitidez: algunas veces un columpio, una planta o una ventana. Estaba siempre

presente, aunque jamás era la protagonista.

—Me recuerda a ti por las trenzas, sólo que ella no llevaba gafas.

Continué curioseando un poco más, viendo como la abuela iba creciendo en imágenes hasta convertirse en una joven de belleza salvaje y mirada soñadora. En la mayoría, vestía ropa informal e iba acompañada por el abuelo de Alejandro. Entre los dos se intuía cierta camaradería que había quedado inmortalizada por el objetivo de la cámara.

—Nada que ver con la Soledad que conocemos, ¿verdad? —Alejandro giró la lámina plastificada y me enseñó otra imagen—. Mi abuelo amaba el arte de la fotografía, le resultaba mágico poder capturar la esencia de alguien y hacerla intemporal. Eterna. Era la única manera que conocía de expresar sus emociones. Y fíjate, este álbum está plagado de Soledad. No hay rastro de mi abuela por ninguna parte, mires dónde mires Soledad está presente. Sospecho que mi abuelo sentía algo profundo por ella. Puede que siempre estuvieran peleando como perro y gato, yo he sido testigo muchas veces de sus trifulcas y te aseguro que ardía Troya entre los dos, pero en el fondo se preocupaban el uno por el otro. Cuando mi abuelo enfermó, Soledad permaneció a su lado día y noche, nunca he visto a ninguna persona preocuparse tanto por otra, y cuando él murió se sumió en una depresión tan grande que estuvo sin comer ni beber por más de dos días.

Recorrí el contorno terso y delgado del rostro de la abuela con un dedo, preguntándome dónde estarían escondidas ahora esa expresión amable y esa sonrisa franca, de las que no quedaban ni rastro.

Al pasar la página, una foto suelta se escurrió del álbum y fue a parar a mi regazo. En ella aparecían dos mujeres, una de algo más de sesenta años y la otra que debía rondar los cuarenta, sentadas a cada lado de la abuela, quien debía contar con dieciocho o diecinueve años. La más anciana tenía la parte baja de la cara tapada por un abanico oscuro y agarraba la mano de la abuela sobre su propio regazo, cubierto con un vestido negro. En su postura se percibía cierta tensión ante el objetivo de la cámara, quizás cierta renuencia a los artilugios modernos de la época. En la parte de atrás había una anotación escrita a mano: *Soraya, Sofía y Soledad. Sábado, 9 de julio de 1960.*

El trazo de la caligrafía guardaba un parecido tan asombroso con el de Karen, que me quedé un buen rato analizándolo. Se diferenciaba sobre todo por la forma de las consonantes, que eran más redondas y chatas.

—Te estarás preguntando lo mismo que me pregunté yo la primera vez que vi la letra. No está escrita por Karen, sino por Soraya. —Alejandro tomó el álbum y señaló a la viejecita enlutada, poniendo una mueca chistosa—. Es ella. A mi abuelo no le hizo mucha gracia que garabateara la fotografía, pero decía que era una mujer de armas tomar, y si algo se le metía entre ceja y ceja no paraba hasta conseguirlo. Como era una ocasión especial, insistió en poner el nombre de las personas que aparecían y la fecha, como se acostumbraba en su familia.

Otra vez revisé la imagen en blanco y negro. Los rasgos que se atisbaban en la anciana guardaban gran parecido con los de la madame y los de mamá. ¿Podría ser que esa señora...?

—¡Exacto! —soltó Alejandro leyéndome el pensamiento—. Ella es tu tatarabuela y la misma Soraya que aparece en los diarios de Karen. Al menos según mis pesquisas.

Pegué la nariz en el film de plástico transparente que protegía la foto, sin dar crédito todavía. Cuando conseguí recuperarme de la impresión, mis ojos tropezaron con una instantánea pegada en la siguiente página, donde aparecía el abuelo de Alejandro acompañado por un gran número de gente, a sus espaldas se alzaba la catedral barcelonesa de Santa Eulalia, una construcción gótica

con pesadas torres de piedra que apuntaban al cielo, con una impresionante puerta principal situada en el centro de la fachada, llena de arquivoltas. A la derecha del hombre taciturno había una versión más joven, poco maquillada y sin cirugía estética de la señora de Clara, que estaba radiante de felicidad, envuelta en un vestido de novia. En las fotos sucesivas no había ni rastro de la abuela, como si la tierra se la hubiera tragado. Pasé varias páginas tratando de localizarla, con el corazón angustiado, no sabría explicar por qué, hasta que al final di con ella. Su apariencia me dejó fría. Estaba más delgada, pálida y con bolsas en los ojos; se veía muy desmejorada, casi enferma. A su lado Irene de Clara sonreía con despreocupación, enseñando todos los dientes, demasiado obnubilada por la dicha para ser consciente de la apática mujer que estaba a su lado, en un segundo plano, sirviendo a la familia. Foto a foto el aspecto de la abuela sufrió un cambio drástico. Comenzó a recogerse el pelo en un moño alto, dándole a sus facciones un toque duro y severo, y a vestir el uniforme negro y gris que usaba siempre. Cuando el abuelo de Alejandro fotografió a su primer hijo, la madame ya se veía exactamente igual a como era en la actualidad: seria y retraída, con el ceño fruncido y con los labios muy apretados demostrando desaprobación. Lo curioso es que en esa última foto, Irene de Clara también había perdido parte del brillo inocente de su mirada y apenas sonreía.

—Me gustaría tener un reloj del tiempo para saber qué les pasó. —Alejandro se volvió a recostar en la cama, pensativo—. He escuchado muchos rumores a lo largo de estos años, pero la verdad solo la saben ellos.

La noche del cinco de enero, día de la vigilia de los Reyes Magos en España, mi familia se reunió en un saloncito de invitados, pequeño y acogedor, para ver la cabalgata por televisión, que se iniciaba en el puerto de Barcelona a las cinco de la tarde y recorría la ciudad entera usando las calles principales. Las carrozas eran sueños hechos realidad. Incluso la madame, poco dada a los halagos, tuvo que reconocer que eran espectaculares.

Sonia miraba la pantalla sin mucho interés, estaba algo alicaída desde hacía varias semanas, en concreto desde que Cristian se había marchado. Al principio, mi hermana se pasaba los días con la nariz pegada a los ventanales de la mansión, divisando el horizonte con la esperanza de ver llegar el coche de Cristian. Tal era su ansia, que cuando observaba algún movimiento inusual en el camino principal, bajaba corriendo al vestíbulo para abrir la puerta con la mejor de sus sonrisas. Habitualmente, al otro lado, la esperaban el cartero, una pareja de testigos de Jehová o un comercial que le ofrecía cambiarse a otra compañía de luz, teléfono o similares. Aunque me daba pena, en el fondo me alegraba de que Cristian hubiera salido de nuestras vidas. La obscuridad que había percibido en el interior de su alma no me gustaba, nunca más confiaría en él. Su mero recuerdo me inquietaba.

A mamá también se le hizo extraña la repentina ausencia de mi novio, aunque gracias a la persuasión constante de la abuela, acabó convencida de que su marcha había sido lo mejor que podía sucederme. Ahora yo dedicaría mi tiempo libre a cosas más productivas, como por ejemplo estudiar un módulo de grado superior, en lugar de salir con un bueno para nada. Fuera de esa pantomima, lo cierto era que la madame estaba segura de haber vencido a Cristian con su férrea voluntad. Jamás se le ocurriría que Alejandro había espantado al moscardón de un manotazo para convertirse en mi amante. Era feliz en su ignorancia, aunque la dicha por el triunfo no le iba a durar mucho.

A la una de la madrugada, después de cenar y tomar los turronec, el sueño tarareó su melodía y

mi familia se dio las buenas noches. Subí a mi dormitorio disparada, quería preparar una sorpresa para Alejandro antes de que llegara con la señora de Clara. Los dos habían sido invitados por un importante empresario leonés del sector textil a un restaurante exclusivo, situado en la calle *Còrsega*.

Al entrar en mi dormitorio me recibió Orejas con un maullido. Tras hacerle unos cuantos arrumacos me dirigí a la mesita de noche donde estaba guardado mi regalo sorpresa: los diarios de Karen. Al abrir el cajón, advertí que no estaba ordenado tal cual yo lo había dejado la última vez. Era como si alguien más lo hubiera tocado. No faltaba ningún libro, en cambio no estaba la cajita que contenía los pendientes de lagartija, ni la carpeta de terciopelo azul de papá, solo estaba la pulsera de cuentas negras y violetas que me había regalado Ana en mi último cumpleaños. Dudé por unos segundos. Tal vez, Adela los había cambiado de lugar el sábado anterior cuando me había ayudado a ordenar la habitación. Recé porque a mamá no le hubiera dado de nuevo una vena caritativa y hubiera donado mis cosas en un arrebató de los suyos.

A las tres de la mañana, me despertaron unos golpecitos en la puerta. Era símbolo de que Alejandro había regresado y no había moros en la costa. Con los diarios guardados en un hatillo me introduje por la abertura del ropero y gateé hasta el armario de la biblioteca. Alejandro me esperaba sentado en un sillón, con la camisa entreabierta, mostrando una generosa porción de su pecho bien definido. Todo estaba en penumbra, excepto su dormitorio, donde crepitaba el fuego de la chimenea.

—¿Qué llevas ahí? —preguntó, dedicándole una mirada maliciosa al voluminoso hatillo.

Le tomé de la mano con una sonrisa pícara en los labios, tiré de él hacia la habitación y le obligué a sentarse en la cama. Al entregarle el fardo que contenía los diarios de Karen, esperé con impaciencia. La sorpresa de Alejandro fue mayúscula al desenvolver el paquete. Incluso tardó unos segundos en reaccionar, y cuando lo hizo por fin, parecía confundido.

—Guau... —dijo mirándome a mí y a los libros, alternativamente—. ¿Estos son los diarios de Karen? ¿Cómo los has...? Quiero decir, has debido estar realmente ocupada, yo solo tenía conocimiento de los dos primeros... Guau...

Agarré un papel y garabateé: *No te los enseñé para que no me los confiscaras, Hitler*. Alejandro se rió y me atrajo hacia él.

—¿Cuántas cosas más me ha estado ocultando esta señorita? —Su tono ronco me excitó—. Voy a tener que quitarle la ropa para ver si guarda algún otro secreto.

Nos fuimos desnudando poco a poco entre risas y caricias. El calor del fuego hacía arder mi piel casi tanto como los dedos de mi amante. Hicimos el amor sobre la alfombra de la habitación, rodando de un lado a otro, emborrachados por el vino de la lujuria.

—Te amo —susurró Alejandro, dándome un beso en la frente.

Me pasé un buen rato acariciándole el pecho y cuando su respiración se tornó regular, síntoma inequívoco de que estaba dormido, me puse en pie para taponarlo con el edredón de la cama. El fuego de la chimenea se había debilitado y la habitación comenzaba a estar fría, así que me cubrí con la bata de Alejandro, enrollándome las mangas, que me quedaban grandes, y corrí hasta el hogar para avivarlo. El olor del carbón se entremezclaba con otro mucho más singular, que desprendía un cierto tufo a piel quemada.

Mi sexto sentido se activó de inmediato y detecté los diarios de Karen peligrosamente cerca del cenicero. En algún momento durante nuestro apasionado encuentro, habíamos dado una patada al hatillo enviando su contenido cerca de la lumbre. Aparté de un manotazo los cinco libros más

alejados de las brasas, sacrificando el sexto, que se internó un poco más en aquel infierno rojo y amarillo. Entonces, mi mano actuó por cuenta y riesgo, lanzándose al rescate, ignorando las quemaduras producidas por el cuero ardiente de la tapa, a punto de combustión.

Cuando el diario estuvo a salvo, lo dejé caer a mis pies. Las páginas centrales quedaron arrugadas contra el suelo igual que un acordeón, con la portada y la contraportada pegadas. Entonces, por arte de magia, de la nada, sobre el papel en blanco que forraba la contraportada interior, surgieron unas líneas apenas visibles. Tomé el libro utilizando la bata para protegerme del calor y me esforcé en leer lo que ponía.

Sábado, 7 de febrero de 1920

Me siento como un débil rayo de luna a punto de extinguirse, demasiado cansada incluso para sostener la plumilla con que escribo. Quizás eres una ridícula fantasía como dice Soraya, sin embargo para mí eres real. Necesito creer en ti.

Así como el viento invisible azota mi cara, tú has entrado en mi vida, encendiendo una pequeña llama de esperanza. Loca o cuerda, qué más da. Los sueños se viven soñando. A veces tu imagen es tan real que te veo caminar por los pasillos de esta casa y me cuesta aceptar que no existes. Por ti escribo estas cartas y me despierto cada mañana deseando que llegue la noche para volver a dormir.

Sabes bien el lugar donde están guardados mis pensamientos, allí donde el suelo se une con el cielo y las aves de metal se alinean en perfecta simetría, apuntando con sus armas a tu mirada. Allí donde anida tu alma.

Karen.

Un trozo de leña crepitó atrayendo mi atención hacia la chimenea que tenía enfrente. Sobre la repisa verde de mármol, las maquetas de los aviones de Alejandro me apuntaban con sus morros y cañones. Mi corazón comenzó a bombear sangre de manera frenética. Notaba como subía por las venas de mi cuello y me martilleaba contra el tímpano del oído. No podía apartar mi vista de aquellos diminutos aparatos, pensaba que era ridícula la certeza que sentía en aquel instante. Hacía años había revisado aquella chimenea y no había encontrado nada.

Un recuerdo que no era mío cruzó por mi mente y supe sin lugar a dudas dónde estaba el diario. Como sonámbula, giré tres veces un diminuto relieve de bronce, incrustado en los capiteles que sostenían la estantería, antes de apretarlo como si fuera un pulsador. Debía estar loca por creer que aquello iba a funcionar, sin embargo un mecanismo interno se activó. En el mismo instante en que el monstruo que dormía dentro del alabastro rugió malherido por el pasar de los años, sentí un intenso hormigueo que me recorrió de pies a cabeza. Era un sonido de metal viejo y oxidado. Alejandro cambió de postura sobre la alfombra, pero no se despertó. El mármol frontal de la repisa de la chimenea se abrió, revelando una caja fuerte de dimensiones reducidas, lo justo para guardar joyas y documentos importantes. Estaba vacía, salvo por un bulto rectangular, envuelto en una tela harapienta, similar a las otras que protegían los diarios. Tomé el bulto con manos temblorosas y lo desenvolví. Una gota de sudor frío resbaló por mi espalda cuando la tapa verde del último diario de Karen vio la luz.

La piel desprendía un fuerte olor a moho mezclado con carbón. Las páginas eran de un profundo color ocre y apenas tenían consistencia. Estaban en un estado lamentable debido al uso

continuo de la chimenea durante aquellos años. Esperaba poder leerlo antes de que se convirtiera en polvo.

Martes 2 de octubre de 1919

Querido diario:

Por un segundo, durante la pasada noche, me olvidé de mis problemas al estar junto a Abel. Tenerlo cerca, sentir sus labios, sus brazos, su calor, es como un bálsamo para mis heridas. Él es mi debilidad, de la misma manera que yo soy la suya, y por más que lo intentemos no hay manera de poner remedio. Somos como dos polos opuestos que se atraen.

Por desgracia, nuestro último encuentro no ha sido tan íntimo como pensábamos. Oculta entre la maleza nos espiaba con ponzoña una mirada cargada de veneno.

...

La cólera fulguró en medio de la noche unida a un agónico aullido de dolor que partió el cielo en dos y obligó a los amantes a separarse. La sucesión de sollozos contenidos y gritos agónicos condujo a la pareja hasta donde estaba Claudia, empapada en sudor, con las dos manos sujetándose la enorme barriga de ocho meses.

—Lo sabía. Siempre lo supe, pero necesitaba confirmarlo con mis propios ojos —decía la muchacha, ignorando las evidentes contracciones que precedían al parto—. ¡Eres una zorra!

—Vamos tenemos que llevarte a casa. —Abel se inclinó para tomar a su esposa por la cintura, pero Claudia se lo negó.

—No me toques con esas sucias manos que la han tocado a ella, bastardo. No necesito la ayuda de ninguno de vosotros dos.

Sus palabras no hicieron mella en Karen. Ni siquiera sintió un poco de lástima al verla allí tendida como un animal herido. Parecía una loba a punto de atacar, enseñando sus dientes y escupiendo baba por la comisura de los labios, con ojos de fiera desquiciada, en cuyas profundidades hervía un peligroso océano de rencor.

—¡Esto me lo vas a pagar, Karen! ¡Lo juro, me lo vas a pagar!

Una nueva contracción la hizo agarrarse a la hierba y gemir arqueando la espalda. Al cerrar los ojos, tratando de sobreponerse al dolor, la vena del cuello se hinchó.

—Karen, adelántate a casa para hervir un poco de agua, mientras, que Soraya vaya a buscar al médico —ordenó Abel, agachándose para tomar en brazos a su mujer. Claudia protestó e hizo el ademán de resistirse, pero una nueva contracción doblegó su voluntad.

Karen corrió a través del pasto salvaje en dirección a la mansión, conteniendo las lágrimas de frustración. El momento que tanto temía había llegado. Una nueva vida estaba a punto de comenzar y todas sus esperanzas de un futuro juntos morirían para siempre.

Claudia tuvo fuertes contracciones durante las siguientes tres horas. La rabia acumulada había adelantado el parto y su frustración la hacía empujar con más fuerza, apretando los dientes y blasfemando en contra del mundo entero. El doctor que la atendía no podía dar crédito a las atrocidades que escuchaba.

—Por el amor de Dios, señora, deje de maldecir y concéntrese en empujar —decía el buen hombre, con el ceño fruncido—. Nunca había escuchado tales palabras en boca de una dama, ni siquiera de una verdulera de la más baja ralea.

—¡Cállese, viejo del diablo! Si quiere cobrar tendrá que aguantar, pedazo de inútil.

Esas fueron las primeras palabras que escuchó al nacer el primogénito de la familia de Clara, una retahíla de insultos vomitados por su madre y la estupefacción del hombre que lo había ayudado a nacer. El doctor salió del dormitorio poco después sosteniendo entre las manos un pequeño bulto de tela blanca, que entregó a Soraya con mucho cuidado.

—Aquí les presento al pequeño Alejandro de Clara. —Soraya arrugó la nariz sin poder disimular el malestar que sentía por el nombre que Claudia había elegido para el retoño, aunque era de esperar—. Encárguese usted de lavarlo bien con una toalla húmeda. Ya le he cortado el cordón umbilical y aunque es prematuro está sano. Ha pesado casi tres kilos. Nada mal, la verdad.

Karen miró con tristeza al fardo que su hermana sostenía entre los brazos. Una pelusilla oscura asomaba por encima del fino paño blanco.

—Es idéntico a Tito —anunció Soraya mostrándole al recién nacido—. Los dos son la viva imagen de su padre.

El escandaloso ruido de un reloj de bolsillo al impactar contra el suelo hizo que las dos hermanas se giraran hacia la puerta. Abel les devolvió la mirada de estupefacción.

—¿Qué has dicho?

Abel se puso aún más pálido al contemplar el rostro arrugado del neonato, comparándolo automáticamente con las facciones de Tito.

—No puede ser verdad. Tú nunca harías una monstruosidad semejante. —La voz del hombre se debilitó cuando la culpabilidad ensombreció el rostro de Karen—. Vosotras no habéis podido ocultarme algo así.

—¡Maldita zorra! No podías conformarte con seducirlo, también tenías que arruinar el día más importante de mi vida. —Claudia salió tambaleándose de su dormitorio, con el camisón aún empapado en sangre—. Acabo de darle un hijo, pero te morías de ganas por echar tu inmundicia encima de mi marido y no has podido esperar.

Apenas recuperada, la mujer se lanzó sobre Karen para clavarle las uñas en el rostro, como no pudo lograr su objetivo, la agarró por el pelo y tiró con furia, soltando un grito que se asemejaba al rugido de una pantera. El arrebato de furia no duró ni un minuto. Antes, perdió el conocimiento debido al esfuerzo y se desvaneció entre los brazos de Abel que estaba intentando controlarla. El doctor de inmediato ordenó trasladar a la paciente a su cama, obviando el vergonzoso momento como el profesional que era.

—Esto no va a quedar así —amenazó Abel en un susurro al pasar junto a Karen, con Claudia en los brazos—. Quiero una explicación y me la vas a dar. Y esta vez no habrá más mentiras.

Veinte minutos después, Abel se coló en el cuarto de Tito para contemplarlo mientras dormía. Bajo el amparo de una vela, la mano del hombre apartó un mechón de cabello de la frente del niño y acarició sus mejillas infantiles, recreándose en aquellos rasgos tan parecidos a los suyos, que por soberbia o estupidez no había sido capaz de reconocer. Karen contempló la escena apoyada en la jamba de la puerta entreabierta del dormitorio, sentía que en cualquier momento sus piernas se convertirían en gelatina y caería de rodillas sobre la alfombra del pasillo hecha un mar de lágrimas. Sus sentimientos eran contradictorios: por un lado estaba emocionada por el reencuentro de padre e hijo, y por el otro temía la reacción de Abel.

—Es mi hijo. ¿Por qué me has engañado? ¿Por qué nos has hecho esto? —Las acusaciones

emitidas en un susurro sobresaltaron a Karen.

—No tuve elección... —se defendió la mujer en otro susurro.

—¿Disculpa? ¿Qué no tuviste elección? El único que no tuvo elección fui yo.

—Si me dejaras explicarte...

—¿Qué tienes que explicar, mujer? ¿Vas a tratar de enredarme con otra de tus mentiras? Me has ocultado a nuestro hijo, peor aún, lo has hecho pasar por el hijo de otro hombre, y solo para mantener tu posición y tus privilegios.

—¡No es verdad! —protestó Karen muy indignada, sin alzar la voz—. Las circunstancias me obligaron... Yo quise contártelo, pero tú ya te habías marchado.

—Cualquier cosa que digas sonará a una simple excusa. Yo jamás hubiera abandonado a un hijo mío. Eres una mujer avariciosa como lo fue tu madre, pero te has equivocado conmigo. Tito es mi hijo y pienso reclamarlo como tal, aunque tenga que avergonzarte y humillarte delante de esa vanagloriosa sociedad que tanto te importa.

Abel se marchó de la habitación sin escuchar las explicaciones de Karen, abandonándola en un mar de impotencia. La mujer echó un último vistazo a su hijo, al comprobar que aún seguía dormido, soltó un gran suspiro y se dirigió a la habitación que ocupaba su esposo. Entró de puntillas para no hacer ruido y se detuvo a los pies de la cama para observar con odio al viejo que respiraba con dificultad, inmerso en el profundo sueño de los enfermos. Cuánto deseaba reunir el coraje suficiente para recorrer la distancia que los separaba, agarrar el cojín de plumas que descansaba junto a la cabeza del anciano y apretar, y apretar contra su nariz aguileña y su boca arrugada, hasta que la última partícula de oxígeno saliera de aquellos pulmones que aún le mantenían con vida.

La mujer pasó una mano por encima de la cama, deleitándose con el suave tacto del algodón acabado de planchar. Las sábana blanca se le antojaba una mortaja perfecta, que albergaba en su interior el cuerpo decrepito de un cadáver en descomposición, porque eso era su esposo, un fiambre que aún respiraba, pero que apeataba a corrompido y podredumbre.

Muchas de las enfermeras que Claudia había contratado durante los pasados meses habían renunciado a los pocos días debido al insoportable hedor que desprendía la carne putrefacta del viejo, dejándole a Karen y Soraya el trabajo más pesado.

Otro pensamiento maligno sofocó la mente de Karen cuando pasó una uña por la escuálida muñeca del anciano. Las venas azuladas que se adivinaban bajo la piel, casi transparente y llena de manchas, habían sido sus cómplices al transportar las dosis de veneno que cada mañana mezclaba con el desayuno. Eran cantidades tan ínfimas que jamás levantarían las sospechas de nadie. Aun así se reprendía mentalmente por su estupidez. Si lo hubiera hecho mucho antes, el vejestorio ya estaría muerto y ella sería una viuda respetable. No, una viuda disponible. Por desgracia, el muy infame lo había echado todo a perder, soportando con estoicismo los achaques del veneno, como si las defensas de su cuerpo estuvieran hechas a prueba de bombas. ¡Te odio! ¡Te odio! ¡Todo es por tu culpa! ¡Te odio! ¡Púdrete, viejo!

Sus manos femeninas actuaron antes que su mente y agarraron el cojín para aplastarlo contra la cara arrugada del anciano, que comenzó a temblar entre gemidos desnutridos. A Karen le abandonaron las fuerzas cuando los dedos marchitos del enfermo buscaron sus manos para detenerla. Por más que deseaba ser libre, no podía hacer aquello. Tenía que ser paciente y seguir con el plan que había trazado con Soraya o, por un arrebato, correría el riesgo de terminar en prisión acusada de asesinato. Ningún tribunal se apiadaría de ella por ser la víctima de un

matrimonio de conveniencia, y la prensa sensacionalista haría su agosto desdibujando la realidad con detalles inciertos o escabrosos. Vivía en una sociedad machista y era la hija de una buena familia, dos hechos que sumados jugarían en su contra. La opinión pública la describiría como un monstruo vanidoso y codicioso, el mismísimo Abel había sido el primero en pensar de aquella manera, mientras que su esposo sería visto como una pobre víctima, un hombre que pegaba a su mujer de vez en cuando para controlar su naturaleza diabólica. Ya había pasado antes, los periódicos de los últimos diez años estaban llenos de noticias similares, y su caso no sería una excepción. No volvería a ver a su hijo durante mucho tiempo, tal vez décadas. Con la respiración agitada, Karen apartó el cojín y miró los ojos vidriosos del Conde que la contemplaban con pavor.

—Ahhh... Abbaa... Ahh...

El anciano no podía articular palabra por más que lo intentaba. Desde su última crisis estaba así, con medio cuerpo paralizado y sin poder hablar.

—Clahhh... uuhhh... iihh... ahhh... —conjuró el nombre de su hija entre suspiros—. Ahhh... yuhhh... aamehhhh.

—No te esfuerces, nadie vendrá. Claudia acaba de dar a luz y los sirvientes están atendiéndola. —Los ojillos del Conde se abrieron en parte por la sorpresa y en parte por el miedo—. Ha parido un varón. Lo irónico es que nunca llevará tu apellido sino el mío. Será de Clara y no de la Cruz, aunque es indiferente el apellido que lleve, no tiene la sangre de ninguno de los dos.

El viejo frunció el ceño y torció el gesto, mientras Karen le colocaba tras la cabeza el mismo cojín que un minuto antes había utilizado para ahogarle.

—Sé que Claudia no es tu hija, te casaste con su madre para cubrir las apariencias. Ahora tu fortuna y la mía están en manos de ese niño recién nacido. No te esfuerces por sonreír, de todos modos mi familia te ha vencido. Nuestro apellido sobrevivirá en esta casa, mientras que el tuyo morirá contigo. Yo me encargaré de que así sea, de ti no quedará ni el recuerdo. Cuando mueras, yo seré libre y podré rehacer mi vida junto a Abel, porque él es el padre de mi hijo, ¿me escuchas? Y no un pobretón analfabeto como tu creías.

El Conde clavó sus pupilas llenas de odio en el rostro angelical de su esposa, pero su valentía duró poco, hasta que Karen tomó su mano inerte y pellizcó la frágil piel del dorso sin compasión. Entonces, los labios del anciano temblaron y una lágrima resbaló por sus mejillas.

—Fui suya por primera vez a los diecisiete años, soy suya desde que regresó de las Américas y seré suya cuando te mueras. Lo amo, lo amo tanto como nunca te amaré a ti. Ya no tengo nada que temer, tu ira no puede hacerme daño y tu boca no puede hablar. Eres como una tumba en vida y ahora solo te queda morir en silencio. Esa es tu condena. Cuando ya no estés en este mundo, lucharé por recuperar lo que es mío y no voy a sentir remordimientos por Claudia o por su hijo. Quiero una nueva oportunidad y la voy a tener al precio que sea. Cueste lo que cueste, aunque arda en el infierno después de muerta. Lo haré por mi hijo, por su felicidad, porque se merece un padre que lo ame y el cariño de una familia.

Fuera del dormitorio, la madera del suelo crujió bajo el peso de unos pasos que se alejaron con rapidez. Karen se levantó de la cama desesperada y corrió hacia la puerta un poco entreabierta, segura de que alguien había escuchado hasta la última de las palabras que había pronunciado en voz alta. Cuando llegó al pasillo, sólo alcanzó a ver de refilón una maraña de pelo que se perdía entre las sombras del corredor lateral. La impresión la golpeó en el estómago, quitándole la respiración. Por una fracción de segundo había creído reconocer a Claudia en aquella melena difuminada por las sombras, pero era ridículo. Acababa de parir y no podía

haberse levantado de la cama tan pronto. En cualquier caso, fuese quien fuese, ¿cuánto tiempo llevaba escuchando?

Sábado, 25 de octubre de 1919

Querido diario:

Los esfuerzos de Abel para ganarse el cariño de Tito están cayendo en saco roto. La barrera que se alza entre ellos es demasiado alta y está cimentada en el miedo. A Claudia le exaspera el abierto interés que Abel siente por mi hijo, se lo toma como una afrenta personal y tiene episodios terribles de cólera.

Hoy, sin ir más lejos, ha hecho a girones parte del ajuar que mandó coser para su boda. No han sobrevivido ni los preciosos sombreros importados de París, hasta a los zapatos les ha cortado las cintas de raso, los adornos florales y las cuentas. Todo ha terminado hecho añicos en el comedor, con ella tirada encima de los retales, berreando y llorando a mares, ante la impasible mirada de su marido.

...

—Solo tienes ojos para él. ¡Por su culpa ni siquiera prestas atención a nuestro hijo! —Claudia se colocó en la yugular las tijeras que había utilizado para destrozarse todas las prendas, desafiante —.Te daría igual si me matara aquí mismo, ¿verdad? Es más, para ti sería un alivio, correrías a los brazos de la zorra y su bastardo.

Abel, que había permanecido impertérrito hasta ese instante, se dirigió hacia Claudia y le arrebató las tijeras.

—¡Deja de decir tonterías! No eres más que una niña malcriada que no sabe nada del mundo. Solo quieres llamar la atención.

—Si en lugar de mi cuello estas tijeras estuvieran amenazando la vida de esa fulana o de su hijo no estarías tan tranquilo, te faltaría tiempo para intervenir y salvarlos.

Aquellas palabras eran solo los desvaríos de una mujer celosa, pero aun así el corazón de Karen dio un vuelco ante la perturbadora idea. Desde donde estaba escondida, podía sentir el odio reflejado en las pupilas de Claudia. Era tan intenso que incluso se le erizó la piel.

El mal carácter de Claudia no mejoró con el paso del tiempo, en realidad empeoró. Seguía a Karen por toda la casa como un perro guardián, no le quitaba los ojos de encima por miedo a que se encontrara con Abel a escondidas.

El invierno llegó acompañado por grandes borrascas, como si el clima fuera un reflejo del tormento que azotaba a la familia. Abel, que seguía intentando hacer progresos con Tito, había descubierto que a través de su amistad con Sofia podía llegar hasta él, y no escatimaba tiempo ni esfuerzo para ganárselo. Sin embargo, su resentimiento por Karen no menguó un ápice, siguió tan firme como el primer día. Estaba enfadado por el engaño y no quería perdonarla ni atender a razones, ni siquiera le había permitido justificarse. La amaba con la misma intensidad que la odiaba, y su relación se desarrollaba en un constante tira y afloja.

El 23 de diciembre de 1919, los payeses del pueblo se preparaban para hacer frente a la tormenta del siglo, al menos así lo auguraba Arcineidia Vilorio, la bruja del pueblo, cuya palabra en esos días era prácticamente divina, pues se había atribuido el mérito del embarazo de Claudia. En el municipio había cogido mucha fama su receta a base de orina de yegua preñada para combatir la infertilidad femenina.

—Hacedme caso. El diluvio universal va a ser una simple llovizna para lo que se avecina. Cerrad todas las puertas y ventanas —gritaba por la calle, apretando con fuerza el chal contra sus delgados hombros, tratando de luchar contra las potentes rachas de viento—. No dejéis salir a los niños esta noche. El frío va a ser tan punzante que hasta la reina de las nieves va a temblar en su palacio de hielo.

A media calle la bruja Viloró, que era muy vieja y menuda, se paró en seco al ver a Karen, quien iba cargada con unas bolsas de remedios que había comprado en la botica del pueblo.

—Tú... —Señaló a Karen con el dedo índice, como si en él se acumulara todo el poder de Dios—. Veo mucho dolor para ti esta noche. Vas a pagar un alto precio por tus pecados a menos que te marches, vete lejos antes de que sea demasiado tarde. Tu única salvación es el destierro.

—Vamos, no le hagás caso. Está loca. —Soraya me empujó con suavidad—. Seguro que Claudia le ha pagado para que diga todas esas sandeces. Solo quiere asustarte.

—Escúchame, muchacha, coge aquello que realmente te importa y desaparece antes de que una gota de lluvia bese tu frente o ella se lo llevará todo.

—Ni la mires, vamos.

Ignorando a la bruja, Karen siguió el consejo de Soraya y tomó el camino que conducía a la mansión. El primer relámpago resplandeció en la oscuridad y unos minutos después estalló el trueno.

—Falta poco para que empiece a llover —murmuró Karen para sí.

—¿No seguirás preocupada por lo que te ha dicho esa vieja chiflada?

—No, desde luego que no. —Sonrió sin humor, tratando de parecer franca.

—Vamos, Karen, todos los miembros de la familia Viloró son timadores, rateros o supuestos iluminados como Arcineidia. No dejes que te afecten sus palabras. Las pintas de andrajosa y los pelos de medusa forman parte de su teatro, que no te asusten. Te aseguro que esa vieja es tan clarividente como yo, así que deja de darle vueltas al asunto y vamos. Aún tenemos que preparar la cena, cabeza de chorlito. —Con una sonrisa, Soraya dio un par de golpecitos en la frente a Karen para sacarla de su ensimismamiento—. ¡Venga, deprisa o quieres que Abel coja una pulmonía!

Karen asintió emprendiendo el camino tras su hermana, no obstante miró de reojo por encima del hombro, como si temiera que Arcineidia pudiera seguirla. Suspiró con alivio al comprobar que no había nadie y se concentró en mantener el equilibrio cada vez que el viento la embestía.

El frío era tan intenso que sentía las puntas de los dedos arder. La imagen de Abel tiritando en la cama hizo que apretara el paso. Tres días antes, el pobre se había empapado de pies a cabeza al acompañar hasta la estación del pueblo a la enfermera francesa que Claudia había contratado para atender a su padre, dado la imposibilidad de encontrar una profesional autóctona que durara más de tres días en el puesto. Igual que sus antecesoras, la francesita tampoco había aguantado mucho y a las dos semanas había presentado la carta de renuncia, alegando que deseaba regresar junto a su familia en Toulouse para recuperarse de una supuesta enfermedad. Tanto Karen como Soraya creían que era una burda excusa para rechazar el trabajo, pero cuando se despidieron de la mujer el último día, comprobaron que en verdad tenía mala cara. Su piel se veía muy pálida, en las mejillas habían aparecido ligeras manchas color caoba y tosía con gran violencia. Esa misma mañana, Abel había amanecido con los mismos síntomas y, puesto que se había negado a llamar al médico, Karen había bajado al pueblo para comprar un remedio en la botica.

Por la tarde, las nubes habían apagado el crepúsculo con su oscuridad y la lluvia caía a mares fuera de la mansión. Karen se puso de puntillas para alcanzar los vasos de la alacena, embargada por los cálidos aromas de la cocina, completamente seca, a salvo en casa de la tormenta, de las predicciones de la bruja Viloró. De repente, una gota de agua humedeció su frente y la mujer dio un bote alarmada. Txin... Txin... Txin... Sus ojos miraron hacia el techo, donde se había formado una mancha oscura de humedad: era una filtración, una gotera. El trueno que sonó a continuación hizo parpadear las luces y amortiguó en gran medida el golpe que dio la puerta principal al abrirse de par en par.

Como el viento seguía embistiendo la puerta contra la pared y nadie la cerraba, Karen dejó sus quehaceres de mala gana para dirigirse hacia el recibidor. Lo primero que vio al llegar fue un rastro de lluvia que cruzaba el suelo del vestíbulo, subía por las escaleras y se perdía en el pasillo que conducía a las habitaciones de Claudia y Abel. Su enfado fue en aumento. Los empleados de la casa se estaban volviendo cada día más perezosos y descuidados, desempeñando sus funciones sin orden ni concierto. Si su padre estuviera vivo sería otro cantar, los llevaría con mano de hierro y no sería tan blando como Abel o ella misma.

Karen se quitó el delantal tratando de controlar su ira y se arrodilló para limpiar el suelo con él. A su espalda unos ojos de largas pestañas, mojados con perlas de lluvia, la observaban con miedo. Los dedos fríos del presentimiento acariciaron la nuca de Karen, advirtiéndola de la presencia que la observaba. Al escuchar una respiración débil y entrecortada, Karen supuso que se trataba de algún animalillo salvaje que estaba en el porche para refugiarse de la lluvia, no obstante al girar la cabeza su sorpresa fue mayúscula al encontrarse con Sofía, que permanecía oculta tras la jamba exterior de la entrada.

—¿Qué haces ahí, princesa?

El labio inferior de la niña tembló de angustia y sus grandes ojos contemplaron a su tía con terror. Estaba empapada y temblaba como un pajarito sin plumas. Mecida por el viento, la puerta seguía golpeando la pared.

—Mira lo mojada que estás. Vas a coger una pulmonía. —Karen corrió hasta Sofía y la tomó por los hombros para confortarla—. Espero que salir con este tiempo no haya sido otra de esas geniales ideas de Tito o voy a tener que castigarlo.

La pequeña retrocedió un paso al escuchar la palabra castigo e hizo pucheros. La angustia que reflejaba su expresión infantil partió el alma de Karen, que no dudó en abrazarla. Sofía escondió la carita en el cuello de su tía, como hacía siempre que estaba realmente asustada. Karen comenzó a preocuparse.

—¿Qué te pasa, cielo? ¿Tienes miedo? —Sofía asintió—. ¿Te asusta la tormenta? —La pequeña negó con la cabeza— Entonces, ¿qué...?

—La señora es mala. —La voz infantil estaba cargada de angustia—. No quiero ir a jugar con ella. Es mala. Me castigará y me hará daño.

—¿Dónde está Tito? —Una lágrima resbaló por la mejilla de la niña y el presagio de la bruja Viloró retumbó en los oídos de Karen con la misma intensidad que la puerta golpeaba contra la pared.

—La señora se lo llevó, solo a él. Yo quería ir a jugar también, por eso los seguí. Quería ver el barquito flotar en el agua, ella dijo que hoy habría olas de verdad y sería como en los cuentos de piratas. Solo quería ver el barquito.

Una mano se posó en el hombro de Karen, sobresaltándola. La mujer se dio la vuelta con los ojos muy abiertos y se encontró con Abel, que iba en bata y estaba muy pálido.

—¿Qué hacéis aquí fuera, Karen? —Sofía se pegó aún más a su tía, apretando su cuerpecito contra ella, estaba muerta de miedo—. He bajado para cerrar la puerta porque el ruido era insoportable. Pero ¿qué es todo este barro en el suelo?

Cuando Karen se disponía a contestar, un movimiento en lo alto de la escalera llamó su atención, era Claudia cargada con una maleta de mano mal cerrada, con el pelo empapado por la lluvia y un vestido seco puesto del revés. La mujer empalideció al descubrir que no estaba sola, aunque prosiguió su camino y bajó los peldaños de dos en dos, a trompicones, golpeando el metal de la barandilla con la esquina de la maleta.

—¿Dónde está mi hijo? —La pregunta de Karen resonó por los cuatro costados de la casa.

—Yo no tengo la culpa. Escuché tus planes cuando te reías de mi padre. Tú querías quitármelo todo para dárselo a ese bastardo, pero yo he sido más lista. Te creías que no iba a hacer nada, que me iba a quedar de brazos cruzados mientras me robabas mi vida, pues te equivocaste. Tu hijo jamás tendrá una familia. —Claudia agitó el cabello mojado y miró a la pareja con ojos de enajenada.

—¿Dónde está Tito? —preguntó Karen agarrando por los hombros a Claudia para zarandearla—. ¡Contéstame!

—Tú me has obligado a hacerlo. Igual que en el colegio, siempre eras doña perfecta, por tu culpa yo tenía que portarme mal.

—¿Estás loca o qué te pasa? —bramó Abel acercándose a su esposa—. ¡Contesta de una vez! ¿Dónde está Tito? ¿Qué has hecho con mi hijo?

—¿Tu hijo? ¿Y nuestro hijo, qué? No te importa si vive o muere, mientras que ese bastardo siempre te ha quitado el sueño. Por eso lo hice. Vosotros tenéis la culpa, me habéis obligado. Yo no soy mala, yo no quería... —repetía Claudia con la vista perdida más allá de la puerta—. Yo no quería. Yo solo deseaba que me amaras más a mí que a nadie. Yo necesitaba... No sé...

—Ella empujó a Tito al agua. —La acusación salió de entre los labios de Sofía como un susurro escalofriante.

El silencio se hizo entre los presentes. Karen miró a Abel, quien a su vez miró a Claudia, que parecía estar en trance, con una espeluznante verdad pintada en el gesto.

—No habrás sido capaz de...

La hija del Conde estalló en sollozos convulsivos que recordaban a siniestras carcajadas. Karen soltó a la mujer y corrió al exterior de la mansión, indiferente ante la tromba de agua que caía. En su mente una vocecita le decía: «*Lo sabías, aquella vieja te lo advirtió, pero no quisiste escucharla*». La voz se tornó más severa cuando encontró al borde del acantilado el barquito de juguete preferido de Tito. Ella tenía la culpa, jamás debería haberle dicho esas palabras a su marido en voz alta, su propia necedad había puesto en peligro a su hijo. Debería haberse marchado cuando tuvo la oportunidad, antes de casarse, o justo después o cuando nació Tito. Pero por miedo al qué dirán había preferido quedarse en su pequeño mundo. Si algo le había pasado a su hijo, ella sería la única culpable. Su instinto se lo había gritado, pero una vez más lo había ignorado como hacía siempre.

Los relámpagos iluminaron la oscuridad de la noche con su fluorescencia y Karen discernió un punto blanco en la distancia, mecido por el agua embravecida. El cuerpecito se sumergió en las

profundidades del lago para emerger en un lugar diferente en varias ocasiones, debido a las intensas corrientes subacuáticas. Karen bajó hasta la orilla y, sin importar el frío, el viento y el oleaje, se arrojó de cabeza.

—¡Tito! ¡Tito! —Los gritos de Karen eran solapados por el agua que se introducía por su nariz y por su boca. Se estaba ahogando, aunque no le importaba, su instinto maternal la hacía luchar contra los elementos para recuperar a su hijo.

El cuerpecito inerte de Tito, arrastrado por una ola, chocó contra el de Karen y los dedos de la mujer intentaron agarrarlo con fuerza, pero otra ola lo apartó lejos. Exhausta por el esfuerzo, a punto de perder el sentido, Karen fue rescatada por unas manos robustas que la sujetaron por las axilas y la condujeron hasta la orilla del lago. Abel tomó a Karen en brazos para sacarla del agua, mientras Soraya corría hacia ellos desde la otra punta.

—No te preocupes —prometió Abel casi sin aliento, dándole un fugaz beso en los labios—. Tú quédate aquí. Te prometo que traeré de vuelta a nuestro hijo, cueste lo que cueste. Lo juro.

Karen trató de detenerlo. Sabía que era muy tarde, que Tito había muerto, pero no le quedaban fuerzas. El desmayo le sobrevino como la oscuridad que prosigue al relámpago.

Un trueno hizo temblar toda la casa y desperté. La lluvia golpeaba los cristales y la oscuridad se iluminaba debido a los rayos que brillaban en la distancia. El sueño había sido tan real que incluso los músculos de la espalda y las cervicales me dolían como si tuviera agujetas. Estiré los brazos para calmar la sensación y tomé el diario con la certeza de que mi sueño se cumpliría palabra por palabra. Avancé las hojas, sin apenas leerlas, hasta poco antes del fatídico martes 23 de diciembre de 1919. Inspirando profundamente, giré la hoja con los nervios de punta, sin embargo no había nada. El folio estaba en blanco. El diario terminaba con la escalofriante predicción de Arcineidia Vilorio. Las siguientes páginas estaban vacías, como si Karen hubiera dejado el diario a medio acabar. Al final había unas cuantas hojas arrancadas y un párrafo escrito por Karen en el último tercio de la contraportada.

Ya hará mucho tiempo que yo habré dejado de existir cuando leas esto. Solo me queda un pequeño regalo para ti. Al encontrarlo, recuerda que debes cerrar los ojos, aferrarte a lo que amas y seguir al viento. El mundo te espera.

Karen.

La piel de mis brazos se erizó ante la espeluznante certeza de que aquellas frases iban dirigidas hacia mi persona. Quizás me estaba volviendo loca, pero lo creía de verdad. Cuando un nuevo trueno estalló, corrí hacia Alejandro para acurrucarme contra su calor. Él se giró y me pasó un brazo por los hombros pegándome contra su pecho.

—¿Estás bien?

Asentí y me abracé con fuerza a él. Tenía el presentimiento de que algo malo iba a sucedernos. Con esa sensación me quedé dormida.

ACTOS Y CONSECUENCIA

DESPUÉS de pasar buena parte de la tarde junto a Alejandro buscando la gruta secreta que describía Karen en sus diarios, nos dimos por vencidos y regresamos a la mansión por separado. Era el quinto día que nos dedicábamos a la tarea y seguíamos sin encontrar ninguna pista. Tal vez la catarata se había secado con el paso de los años y la abertura que daba al interior de la cueva había quedado sepultada por algún desprendimiento rocoso o por la naturaleza que poblaba el terreno.

Me disponía a cruzar el jardín en dirección a la entrada de servicio, cuando vi a Irene de Clara parada enfrente de un rosal. Caminé con cautela para no llamar su atención, tratando de no hacer ruido al pisar las hojas secas que había en el suelo. Su delicada figura estaba cubierta por un peto tejano dos tallas más grande, una chaqueta de lana gruesa y un pañuelo multicolor que le protegía el cabello. Tenía parte de la cara manchada de tierra y a sus pies había unos cuantos utensilios de jardinería. Parecía más joven de lo que era en realidad, aunque sus cirugías faciales eran más evidentes sin el maquillaje.

La gente de la mansión creía que la señora tenía un don especial para las plantas, que cuando ella regresaba de alguno de sus viajes y se encargaba del jardín, este florecía rápidamente, llenándose de alegres colores, y se marchitaba en cuanto ella partía. Ni el jardinero más cualificado de Barcelona podía conseguir que las flores resplandecieran como lo hacían en su presencia. Era una de esas cosas que desquiciaban a la abuela, por no ser capaz de comprenderlas.

—Nada está saliendo como lo había planeado. Sé que fui un poco imprudente al traer a Natalia, pero me ha servido de mucho —declaró la señora en voz alta, hablándole al rosal. Como única respuesta obtuvo el silbido del viento—. Ahora tengo las ideas más claras y sé por dónde van los tiros. —Cortó unas cuantas hojas marchitas de un tallo, sonriendo—. Conozco bien a mi nieto y nunca ha mirado a nadie de esa manera, ni siquiera a Natalia y mucho menos a Sonia. Tú eres diferente para él, Sara.

Me puse roja como un tomate al comprender que no le hablaba a las plantas sino a mí, me había descubierto espiándola. La señora de Clara sonrió de nuevo, mirándome de reojo, mientras se guardaba las tijeras de podar en un bolsillo del peto tejano.

—Únicamente deseo la felicidad de mi nieto, querida. —La señora movió la mano un par de

veces para indicarme que me acercara. Acto seguido tomó un capullo rosado entre los dedos, inhaló su fragancia y acarició un pétalo—. ¿No te parecen hermosas estas flores? Es increíble que algo tan delicado pueda sobrevivir al invierno para florecer en primavera. Mehrunnisa, una vieja amiga que conocí en uno de mis viajes a la India hace más de veinte años, dice que las plantas, siendo el eslabón más débil de la cadena, crecen en los lugares más insólitos, bajo condiciones adversas. Incluso en las ciudades más contaminadas, llenas de cemento y hormigón, la naturaleza encuentra un lugar donde florecer, sea grieta, suelo o pared, y se agarra a la vida igual que una mujer se aferra al amor de un hombre. Es imposible ir en contra de ella.

Bajé la vista, desconcertada por el mensaje oculto en aquellas palabras. Tal vez Alejandro se había sincerado con su abuela, sin consultármelo antes, o la intuición de aquella mujer era tan aguda que lo había adivinado. El desasosiego aumentó en mi interior hasta que el ambiente vibró lleno de incomodidad.

—¿Te importaría ayudarme a llevar las cosas al cobertizo? —Negué con la cabeza y corrí hacia la señora para recoger los enseres de jardinería que había en el suelo—. Otro día, si te apetece, me gustaría enseñarte mis trucos para que las plantas florezcan saludables y bellas. Cuando yo muera alguien va a tener que cuidar de este jardín y creo que tú eres la persona idónea. Mi nieto no se ha equivocado contigo.

Irene de Clara me sonrió con franqueza, sin un ápice de falsedad en el cuerpo, y mis dudas desaparecieron. Era una mujer cálida, agradable, alguien que había sufrido mucho y sabía empatizar con el dolor de los demás.

Quince minutos después, tras despedirme de la abuela de Alejandro, me dirigí al cuarto de mamá para convencerla de que bajara a cenar con el resto de la familia. Desde que la señora había regresado de su último viaje a Italia, mi madre se había encerrado en su dormitorio a cal y canto. Se pasaba las horas tirada en la cama frente al televisor. Inclusive había ordenado a Adela que le subiera la cena en una bandeja para no perderse las reposiciones que daban en abierto de *Sexo en Nueva York*.

Al llegar, me sorprendió que su puerta estuviera entreabierta y que no hubiera luz en el interior, ni siquiera el reflejo azulado de la pantalla plana. Además, reinaba el silencio. Entré de puntillas convencida de que mi madre se había quedado dormida, en cambio, para mi sorpresa encontré a María, la sirvienta mala, figoneando en un cajón. Me acerqué con sigilo hasta ella y miré por encima de su hombro. En las manos tenía nuestros pasaportes caducados, el libro de familia y un montón de documentos que mamá había conservado tras la muerte de papá.

—¡Por Dios bendito! —gritó María cuando mi aliento rozó su cuello, llevándose una mano al corazón. Los papeles cayeron al suelo—. ¡Vaya susto me has dado! ¡Creía que eras Soledad!

La sirvienta se puso en cuclillas, apartándose el flequillo que le caía sobre los ojos con un bufido, mientras yo la contemplaba desde arriba sin ocultar mi recelo.

—Si en el futuro decides caminar por la casa como un alma en pena, te recomiendo que te pongas un cascabel alrededor del cuello, así evitarás matar a alguien de un infarto. ¿Acaso no te han enseñado que es de mala educación entrar en un lugar sin llamar antes? —preguntó, esmerándose por agrupar las hojas en una pila.

Enarqué una ceja, enfadada. ¡No era yo la que tenía que explicar que estaba haciendo en el cuarto de mi madre revisando sus cosas! María se puso en pie con gesto inocente y colocó los documentos otra vez en el cajón. Me dio la impresión de que se guardaba algo en el bolsillo lateral del uniforme, pero como estaba de espaldas no lo vi con claridad y preferí callar. No me

gustaba acusar a nadie sin tener pruebas sólidas.

—Será mejor que me vaya. Tengo mil cosas que hac...

Antes de terminar de pronunciar la frase el rostro de la sirvienta empalideció y se llevó una mano a la boca y otra al estómago para contener una arcada. Sin contemplaciones, de un empujón, me hizo a un lado para correr hacia el baño que había en el pasillo. Unos segundos más tarde, la encontré abrazada a la taza del inodoro, con el cabello largo manchado con restos de vómito.

—¡Genial! Esto era lo último que me faltaba para rematar el día. Ahora no podré quitarme el pestazo de encima.

María se levantó con desgana, tomó un poco de jabón del frasco dispensador y abrió el grifo del lavamanos para limpiarse el cabello. La fetidez amarga de la comida a medio digerir se mezcló con el aroma fresco del gel y me provocó náuseas. Últimamente, no andaba muy bien del estómago, por culpa de tanto estrés iba terminar con una úlcera.

La sirvienta se llevó de nuevo las dos manos a la boca para reprimir otra arcada, abrió el grifo y se echó agua fresca en las mejillas y en el cuello. Algunos mechones de cabello, que se habían escapado de la coleta, se pegaron a su rostro.

—Odio estar preñada —se quejó la sirvienta, contemplándome a través del espejo salpicado con gotas de agua.

Silencio. Los ojos de la muchacha brillaron con una humedad que anunciaba lágrimas. Parpadeó varias veces para controlarse, con el rostro lleno de miedo. Había soltado la lengua más de la cuenta y temía que yo fuera corriendo a la abuela para contarle su secreto.

—¿Qué voy a hacer? Estoy metida en un buen lío. Debería haber hecho caso a mi madre: nunca te enredes con hombres peligrosos, jamás se hacen responsables del paquete. Aunque ya es demasiado tarde para arrepentimientos.

María fijó su mirada en los restos de espuma que se escurrían por la rejilla del desagüe, antes de romper a reír entre sollozos. En algún lugar remoto de mi alma había enraizada una ternura pretérita, que estaba sangrando por la fragilidad de aquella chica. Movida por el sentimiento me acerqué a la sirvienta y le enjuagué las lágrimas con una toalla. El gesto me salió espontáneo, como si fuera lo más natural del mundo. Ella trató de resistirse agarrándome por la muñeca, y aunque el contacto de nuestras manos solo duró una fracción de segundo, ambas nos quedamos inmóviles, desconcertadas, la una reflejándose en los ojos de la otra. Entonces, la antipatía se compadeció de nosotras y alumbró un nuevo sentimiento, hijo del dolor y la añoranza.

—Ejem... —carraspeó María, secándose las lágrimas con los dedos—. ¿Por qué me estás consolando cuando siempre he sido tan desagradable contigo?

Esa era una buena pregunta. Desgraciadamente, ni siquiera yo tenía la respuesta. Solo conservaba aquel sentimiento que se aferraba a mi corazón con un hilo invisible, desgarrándolo.

—No te portes tan bien conmigo. No lo merezco. —María me dio un par de golpecitos en la frente—. Tampoco deberías ser tan confiada, cabeza de chorlito.

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire. Dos lágrimas resbalaron por mis mejillas, y otras dos las siguieron. Sin saber por qué comencé a llorar con ganas. ¿Qué me estaba pasando?

María no tardó mucho en acompañarme. Al final, ambas terminamos abrazadas en aquel diminuto cuarto de baño, llorando a mares, como si solo en los brazos de la otra pudiéramos encontrar el consuelo que necesitábamos. Pasamos un buen rato así, bañadas en la calidez de un abrazo. La sirvienta perdió su coraza y dejó de parecerme tan malvada. En realidad, me sentía

unida a ella.

—O paramos de llorar o vamos a tener que salir de aquí en barca. —María sonrió, limpiándose las mejillas mojadas con la manga de su uniforme—. Estás espantosa. Tienes los ojos hinchados y la nariz roja. Yo debo estar igual, ¿verdad?

Asentí con la cabeza, sin apartarme de ella. Tenía la ridícula sensación de que no volvería a verla si la dejaba marchar. ¡Qué estupidez tan grande!

—Gracias por aguantarme. Últimamente, lloro hasta por el vuelo de una mosca. Ya sabes lo que dicen de las mujeres embarazadas y los cambios de humor...

María dobló la toalla y la colocó en su lugar. Cuando volvió a mirarme, una decisión firme brillaba en sus pupilas.

—Será mejor que olvidemos lo que acaba de pasar. Es humillante. Y guárdame el secreto o tu abuela me despedirá en menos de lo que canta un gallo. Esa mujer es capaz de cualquier cosa para ahorrarse una baja por maternidad.

Afirmé con la cabeza, apartándome de ella con cierta reticencia. Aún quería mantenerla allí conmigo; mi sexto sentido me decía que algo andaba mal y tenía que protegerla, no sabía de qué o de quién, simplemente intuía que fuera de esas cuatro paredes el mundo podía ser un lugar muy despiadado y terrorífico. Otra estupidez más, supongo.

Esa noche me refugié en los brazos de Alejandro, a su lado los problemas parecían menos importantes. Él no me preguntó nada, permaneció junto a mí en silencio, acariciándome la espalda hasta que me quedé dormida. Cuando desperté a la mañana siguiente estaba sola en la cama. Miré el reloj digital que había encima de la mesita; eran las once y media pasadas. En el interior del cuarto de baño se escuchaba el agua de la ducha salpicar sobre las baldosas, mientras Alejandro cantaba con fingida voz de barítono. Mi boca se curvó en una sonrisa cuando me retorcí entre las sábanas como un gato satisfecho. El oscuro presentimiento del día anterior ya casi había desaparecido, tenía que ser más optimista para no llamar al mal tiempo, así la felicidad entraría por fin en mi vida.

Mi determinación murió aplastada bajo el peso de unas suelas de goma que rechinaron afuera, en el saloncito, y que se dirigían hacia el dormitorio con pisadas vigorosas. En mi cerebro retumbó la certeza de que la llave no estaba echada, pero ya no podía hacer nada. Solo tuve tiempo de saltar de la cama a toda prisa, recoger mi ropa de camino a la biblioteca y dejar en el suelo las cosas de Alejandro. Me escondí detrás de un sofá, cubriéndome con una mantita de cachemira que descansaba sobre el reposabrazos, poco antes de que la puerta se abriera de par en par y un aire frío subiera por mi espalda haciéndome temblar. Cuánto deseaba que el tejido de la manta estuviera fabricado con hilos mágicos capaces de otorgarme el don de la invisibilidad, igual que ocurría en las novelas fantásticas. ¿Cómo había sido tan estúpida de permanecer junto a Alejandro hasta esas horas?

Por el hueco inferior del sillón vi como los mocasines de la abuela, de un ancho especial para sus pies más robustos, se detenían en el centro de la estancia, donde giraron unos pasos hasta que sus puntas negras señalaron hacia mi persona, igual que las brújulas señalan al norte. Entonces, las suelas de goma repiquetearon con impaciencia en el suelo. Yo presentía que la madame estaba al acecho, la imaginaba con la espalda y el cuello muy estirados, como un animal salvaje que al olfatear el aire percibe un olor inusual, un olor a miedo. Gotas de sudor se formaron en mi frente cuando sus dedos arrugados aparecieron en mi limitado campo de visión para recoger un calcetín verde con corazoncitos blancos. La madame era muy perspicaz y no tardaría mucho en sospechar

la verdad.

Cerré los ojos con fuerza temblando de pies a cabeza. Más ruidos de pasos resonaron en mis oídos como un enjambre de abejas plastificadas. Por insólito que parezca, en ese preciso momento a mi mente acudió la voz de papá, sonriente y amable, para contarme el cuento de *Ricitos de Oro y los tres ositos*.

«Una tarde, se fue Ricitos de Oro al bosque y se puso a recoger flores. Cerca de allí, había una cabaña muy bonita...»

De nuevo el sonido de las suelas de goma de los mocasines rechinando sobre el mosaico. Tap, tap, tap... Cada vez estaban más cerca.

»La niña se acostó en la cama grande, sin embargo la encontró muy dura. Así que probó suerte con la cama mediana, pero era muy blanda. Desanimada, Ricitos de Oro se recostó en la cama pequeña. Y esta la encontró tan de su gusto, que se quedó dormida...»

Si la madame me descubría en aquella situación no dudaría en contárselo a mamá y Sonia. El escándalo sería enorme, tal vez incluso llegaría a oídos de Tomás y Adela. Y si la persona que se enteraba era Gertru sería mucho peor, en pocos días correría la voz entre los empleados y a la semana medio pueblo ardería con el chisme.

»Al ser descubierta por los tres ositos, Ricitos de Oro corrió despavorida, saltando por la ventana...»

El tono de papá sonó oscuro y siniestro, casi tético. El cuento de Ricitos de Oros siempre me había aterrorizado, aunque jamás se lo había confesado a nadie.

Una sombra se proyectó sobre la manta de cachemira, como lo haría la silueta de un oso a punto de atacar. La sensación de peligro hizo latir mi corazón de manera descontrolada. El primer golpe me dejó aturdida, el segundo me tiró al suelo. Entonces, unas manos me agarraron la cabeza y mi propio pelo me tapó la cara. No podía ver nada.

—¡Eres una zorra! —gritó el espíritu de una furia reencarnado en el cuerpo de una mujer, con una voz tan llena de ira que no sonaba humana.

Sólo tuve ocasión de cubrir mi desnudez con los brazos para protegerme de una ráfaga de manotazos, que paró de súbito cuando un peso muerto se dejó caer sobre mi barriga, inmovilizándome. Otro guantazo, esta vez en la oreja, hizo que mi cabeza rebotara contra el suelo. Pensé que la abuela iba a matarme, pero al intentar escapar reptando, la vi a cierta distancia sujetando la puerta del cuarto de baño como si la vida le fuera en ello. Entonces comprendí que mi agresor era otra persona.

—¡Qué está pasando ahí fuera! —rugió Alejandro haciendo retumbar la puerta—. ¡Dejadme salir!

Otro golpe me dejó atontada y no pude ver más.

—¡¿Cómo has podido?! —Seguía recriminándome aquella voz afilada y estridente, que parecía surgida del inframundo— ¡¿Cómo has sido capaz?!

A ciegas, intentando protegerme, lancé un manotazo al aire que impactó contra algo sólido. Por fin mi agresor se detuvo y pude distinguirlo. Me quedé estupefacta. Mamá permaneció sentada a horcajadas sobre mi cintura, frotándose la mejilla con las cejas tan levantadas, que tenía la frente llena de arrugas.

—Me has dado una bofetada... —dijo mamá sin salir de su asombro—. ¡A mí...! A tu madre... Me has pegado...

Alejandro aprovechó el desconcierto para abrir la puerta y apartar a la abuela de un empujón. Un pie enfundado con mocasines negros se cruzó en su camino, haciéndole la zancadilla. La caída fue desafortunada; la sien derecha de Alejandro besó el filo del escritorio antes de golpearse contra el suelo. Los ojos de la abuela mostraron auténtico pánico cuando una mancha de sangre se extendió por encima del mosaico. El sabor amargo de la bilis me impregnó la boca. Estaba asustada y el desmayo me sobrevino de súbito.

Recobré el conocimiento al escuchar la sirena de una ambulancia que se perdía en la distancia. El olor a flor de blasón me hizo sospechar que estaba en el dormitorio de la abuela. Aquella era su colonia, sin lugar a dudas, la misma que usaba desde que nos habíamos mudado a la mansión. También percibí que no estaba sola, así que mantuve los ojos cerrados y continué respirando de manera regular y pesada.

—¿Que vamos a hacer ahora con Sara? —mamá habló tan bajo que su voz fue casi inaudible—. El sedante que le ha inyectado el enfermero no va a durar para siempre.

Las suelas de goma de unos mocasines negros chillaron al cruzar la habitación con impaciencia.

—Lo sé. Aunque todo depende de las consecuencias —respondió la madame, soltando un resoplido.

—¿Consecuencias? —mamá titubeó antes de hablar de manera atropellada—. ¿Usted cree que Alejandro va a denunciarnos por agresión? El paramédico ha asegurado que no tiene nada importante, que las heridas en la cabeza son muy escandalosas y que sólo lo llevaban a urgencias para descartar una conmoción cerebral. Además, ni siquiera ha necesitado sutura, solo unos cuantos puntos adhesivos. Ha sido un accidente nada más. Él no sería capaz de echarnos a la calle con una mano adelante y otra atrás, ¿verdad?

—Deja de hablar como un loro y relájate, hija. Me estás poniendo nerviosa. Alejandro va a estar bien y dudo mucho que me despida. —La abuela guardó silencio y tomó asiento en una silla—. Me preocupan otras cosas.

—Si es por Sonia, yo puedo hablar con ella. Va a ser un golpe muy duro, aunque es mejor que se entere ahora, antes de casarse.

—No digas tonterías —ordenó la abuela con impaciencia—. Sonia no tiene que enterarse de nada y en cuanto a la boda, no la canceles tan rápido.

—Pero es que Alejandro y Sara...

—Alejandro y Sara nada. Tu hija tiene la culpa de lo que ha pasado hoy. Si la hubieras controlado mejor, como te dije hasta la saciedad, ahora no estaríamos contra las cuerdas. Su comportamiento con los hombres es incalificable y tenemos que ponerle un alto.

—Quizás debería ir al ambulatorio y pedirle a la doctora de cabecera que derive a Sara al ala de psiquiatría del *Hospital Clínic de Barcelona*. Tienen muy buenos profesionales, lo sé por una amiga. Su hijo padecía un trastorno del comportamiento, sufría episodios de rabia incontrolada,

pero bajo el tratamiento y la medicación adecuada ha mejorado muchísimo. —Mamá me pasó una mano por la frente apartándome el flequillo.

—En cualquier caso, no va a ser una decisión fácil, vas a tener que decidir entre tus dos hijas. O mandamos a la niña lejos, a la otra punta de España, o cuando Sonia se entere de la verdad va a suceder una auténtica desgracia en esta familia —predijo la abuela, con absoluta seguridad—. El tema del psiquiatra es una buena opción, siempre y cuando busquemos un buen centro para internarla.

—No creo que haga falta. —Mamá se levantó de la cama y se dirigió a la abuela—. Además, Sara es mayor de edad y no podemos encerrarla en contra de su voluntad.

—Entonces, deberíamos buscar a un abogado que la incapacite y nos dé su custodia legal. Porque tu hija, aunque es mayor de edad, no está en su sano juicio.

—No es cierto. Sara tiene problemas, pero no es un caso perdido. Si encontramos un buen equipo médico y tenemos paciencia, mejorará. No hace falta irse al extremo.

—Bueno, bueno, quizás estoy exagerando un poco. Por lo pronto, ve a preparar las maletas. Esta noche la niña y tú os alojaréis en un hotel de Barcelona. No quiero tenerla por aquí rondando a Alejandro y mucho menos que se encuentre con Sonia. Nos reuniremos a las seis y media en la casita del claro.

—Odio ese lugar, madre, ni siquiera tiene electricidad.

—No seas tan supersticiosa. Ya estás mayorcita para temer a los fantasmas.

—Y qué vamos a hacer con Sara hasta las seis y media de la tarde.

—Tengo que bajar al pueblo para confirmar una corazonada, pero antes subiré unos bocadillos y una jarra de agua, con eso la niña aguantará hasta que yo regrese a buscarla.

—¿Y si Adela pregunta por ella? —Las dudas de mamá empezaban a desquiciar a la abuela.

—Pues le diremos que hoy se va a quedar a dormir en casa de una amiga y punto. No es para tanto, a nadie va a parecerle raro.

—¿Entonces vamos a dejarla aquí sola, encerrada?

La abuela no contestó, simplemente salió del dormitorio seguida por mamá. El ruido metálico de la llave atrancando la puerta sonó como la condena de un juez al dictar sentencia. Me incorporé sobre un codo para levantarme, pero todo me daba vueltas. La droga estaba haciendo su efecto y el sueño tiraba de mí hacia sus profundidades. Como no tenía fuerzas para resistirme, cerré los ojos.

Debían ser las cinco pasadas cuando la abuela me despertó sin ceremonias. La luz del crepúsculo bañaba el tocador, donde reposaba una bolsa de plástico que antes no estaba allí. Miré alrededor en busca de mamá, sin embargo no había ni rastro de ella. Sentí un escalofrío. Estar a solas con la madame no me gustaba, en realidad me daba miedo, era una mujer impredecible.

—Menos mal que por fin has despertado, niña. —La vieja se desabotonó con parsimonia el abrigo que llevaba puesto, aunque no se quitó ni el gorro de lana, ni la bufanda.

No moví ni un músculo a la espera de su reacción, si tenía que enfrentarme a ella lo haría sin pensarlo dos veces, mi juventud era una ventaja y pensaba aprovecharla. Por el momento iba a mostrarme sumisa hasta que tuviera la oportunidad de escapar.

La abuela se plantó delante del espejo del tocador, tomó un cepillo plano de cerdas naturales y se atusó el moño para recolocar los pelillos rebeldes que el viento había soltado. Luego se roció una generosa cantidad de laca y me habló sin mirarme siquiera. Aunque la veía un poco borrosa

debido a que no llevaba puestas las gafas, tuve la impresión de que no había planeado nada bueno.

—En las bolsas hay algo de ropa. Vístete, a menos que prefieras ir desnuda por toda la casa.

Me levanté de la cama envuelta en la mantita de cachemira, que esa mañana yo misma había tomado prestada del reposabrazos del sofá, y me dirigí hacia el tocador sin apartar la vista de la madame, con cautela, igual que un animalillo que se enfrenta a un depredador mayor. Luego busqué las braguitas dentro de la bolsa, sujetando las puntas de la mantita con los dientes para que la abuela no viera mi desnudez. Tuve que hacer juegos malabares para subir la prenda por mis muslos, ligeramente húmedos de transpiración. Cuando le llegó el turno al sujetador fue mucho peor, no atinaba a cerrar los corchetes que yo misma había situado a mí espalda. Con lo sencillo que hubiera sido cerrar el sujetador por delante, darle la vuelta y colocarme los tirantes. Por desgracia, los nervios sumados a la vergüenza y a la presencia de la abuela me habían jugado una mala pasada.

—¡Déjate ya de tantos remilgos, niña! No hay cosa más patética en este mundo que la estupidez humana.

La vieja me quitó la manta de un tirón, exasperada. Sus ojos contemplaron con asombro mi cuerpo, evaluando cada parte, pasando del cuello estilizado a la delicada curva de los hombros, de los pechos llenos a la cintura estrecha y de las caderas redondas a las piernas largas y bien formadas.

—Siempre pensé que te parecías a tu padre, pero ahora que te veo mejor... —La abuela se colocó detrás de mí, apartó el cabello que caía en cascada hasta la cintura y me abrochó los corchetes del sujetador—. Tienes una figura muy bonita y tu piel es perfecta, blanca y suave. También has sacado los ojos de nuestra familia, no me había fijado en ellos por culpa de las gafas. Te has convertido en una jovencita muy hermosa, y apenas me había dado cuenta.

La abuela suspiró con un gran pesar al dirigirse a la cama, arrastrando los pies, y tomó asiento mientras yo me vestía con una falda de vuelo, un suéter de lana blanco, que picaba horrores, unas botas estilo esquimal y un anorak de plumas. Cuando estuve lista, la abuela se puso en pie y, después de buscar dentro de su bolso, me entregó las espantosas gafas de repuesto que me había comprado mamá. Sin darme tiempo para ponérmelas, salió del dormitorio a paso ligero.

La casa estaba en penumbra, apenas iluminada por los moribundos rayos del sol que atravesaban los ventanales. En la distancia, una espesa masa de nubes grises auguraba una noche pasada por agua.

—Tenemos que irnos antes de que empiece la tormenta o tu madre y tú os pondréis como sopas.

La abuela giró hacia la derecha en un pasillo sin salida, que solo tenía una vitrina de dimensiones descomunales provista con réplicas de armamento medieval. No había ni puertas ni ventanas, era una de esas zonas sin sentido estructural, el resultado de las reformas que se habían realizado en la casa en función de las necesidades de cada época. Con la llegada del agua corriente, la electricidad y el gas se habían derribado paredes, construido regatas y levantado las baldosas del suelo. Sin olvidar el gran incendio que había destruido parte de la mansión durante la posguerra española.

La abuela echó un rápido vistazo para asegurarse de que estábamos solas, sacó una linterna del bolsillo de su abrigo, no más grande que un bolígrafo, e introdujo los dedos por un fino hueco situado en la parte derecha de la vitrina, pegado a la pared, casi a ras de suelo. Palpó varias veces en el interior hasta que encontró algo, no sé el qué. A continuación tiró con fuerza hacia arriba,

apretando los dientes, y seguidamente apartó la mano con rapidez, como si temiera perderla. Entendí su temor de inmediato, justo cuando la vitrina se desplazó hacia la derecha, movida por un mecanismo intrínseco, dejando al descubierto un pasillo tenebroso, alto y estrecho, que debía medir de ancho unos setenta centímetros como mucho.

—A qué esperas, sígueme —ordenó la abuela en tono imperioso, entrando en primer lugar—. Hace años que no utilizo esta salida, así que ten cuidado al caminar, no quiero que te rompas la crisma.

Cuando me introduje en aquel nido de ratas, la abuela empujó un saliente de piedra que cerró la vitrina, dejándonos en la más remota oscuridad. Avancé unos pasos, pero me detuve al escuchar un crujido seco. La linterna se encendió y descubrí que había pisado varias cucarachas. En realidad, el suelo entero era una alfombra oscura y brillante que se movía llena de vida. Mientras descendíamos por unas escaleras hasta otra galería, situada varios niveles por debajo de los cimientos de la casa, mantuve la vista clavada en la espalda de la madame para no ver la plaga de bichos que nos rodeaba.

Después de mucho andar llegamos a una cuesta empinada y resbaladiza. Para evitar caer de boca, apoyé los dedos en la pared notando el tacto pegajoso de algunos insectos. La desagradable sensación subió por mi columna vertebral y explotó en mi cerebro, que acto seguido ordenó a mi estómago que se revoliera de asco. Una corriente fresca llegó al rescate proveniente de una estrechísima abertura que había al final del pasaje, protegida por una espesa manta vegetal formada de plantas trepadoras. La abuela necesitó meter barriga y contener la respiración para atravesarla, en cambio yo no tuve problemas. Al otro lado nos esperaba una parcela de pasto rodeada por un cinturón de árboles, que estaba a cierta distancia de la mansión. El aire frío del bosque se introducía por nuestra nariz para alojarse unos segundos en los pulmones, retornando al exterior en forma de tibio aliento.

—Niña, vamos, no te quedes rezagada.

Antes de seguir a la abuela hasta el sendero que conducía a la casita del claro, me limpié los restos de tela de araña que tenía pegados en el cabello y en la ropa. Las primeras gotas de lluvia mojaron la tierra cuando llegamos al porche.

—Tu madre ya debe estar dentro —afirmó la abuela al ver la puerta de la entrada abierta de par en par—. Por una vez no llega tarde.

No había rastro de mamá por ninguna parte, solo un par de maletas negras abandonadas en medio del salón, con un sobre que descansaba bajo el agarradero de plástico. El blanco del papel destacaba como una luz de neón en una callejuela sin farolas. Las manos de la abuela tomaron la carta y sus ojos leyeron con avidez.

—Condenada Sonia y sus berrinches —murmuró entre dientes, rompiendo la hoja en pedacitos—. Tu madre llegará un poco más tarde, nos tocará esperarla. Se ha visto obligada a acompañar a tu hermana al hospital para visitar a Alejandro.

Un destello de preocupación debió iluminar mis ojos, pues la abuela dijo a continuación:

—Alejandro está bien. Ha pedido el alta voluntaria a los médicos de la mutua, pero ellos no se la darán hasta mañana.

A esta aclaración le siguieron un par de minutos de un silencio incómodo. Tanto la abuela como yo nos quedamos muy quietas, expectantes por quien haría el primer movimiento; yo quería escapar y ella no lo iba a permitir.

—Si tu madre hubiera seguido mis instrucciones al pie de la letra, ahora yo no tendría que

hacer lo que tengo que hacer. Pero los planes no siempre acaban como uno desea, así que seré yo quien se ocupe de ti.

La vieja hundió la mano en el bolsillo de la falda, haciendo que un objeto sospechosamente alargado se dibujara contra la tela. Tenía la misma forma de una navaja puntiaguda. ¡La abuela había perdido el juicio! ¡Quería asesinarme! ¡Incluso lo había confesado en voz alta!

Retrocedí un paso asustada, cuando las manos de la vieja jugaron con el objeto sin sacarlo todavía. Se debatía entre el bien y el mal, como si aún tuviera dudas. La transpiración mojó mis manos al advertir que avanzaba hacia mí, agarrando con nerviosismo el objeto punzante que ocultaba entre la ropa.

—¿Por qué te alejas? No me hagas esto más difícil —dijo con una voz tan fría que me hizo temblar—. Va a ser rápido e indoloro. Te lo aseguro.

Di otro paso hacia atrás, con el corazón en un puño, sintiéndome tan indefensa como una pulga. Busqué a tientas cualquier cosa que sirviera para defenderme, aunque no encontré nada. Un relámpago iluminó los rasgos de la abuela en el preciso momento en que sacaba la mano del bolsillo. Sus pronunciadas arrugas le daban un aspecto diabólico. No quería mirar, así que cerré los ojos y crucé los brazos para defenderme de su ataque. ¿Cuánto tardaría en sentir la primera incisión de la navaja? ¿Cuánto tardaría en morir desangrada?

Pasado un rato, fruncí el ceño al ver que no ocurría nada y abrí un ojo. ¿Por qué la madame no me atacaba?

—¿Se puede saber a qué estás jugando, niña insolente? —soltó la vieja con irritación, sosteniendo en la mano un test de embarazo—. A qué esperas, esto ya es bastante incómodo para mí.

¿Un test de embarazo? La idea me dejó fría, acuchillándome mucho más hondo que cualquier navaja. ¡Embarazo! La palabra se repetía una y otra vez en mis oídos, mientras acompañaba a la abuela hasta el aseo, donde me entregó el envase de cartón y el prospecto.

—Esta son las instrucciones. Léetelas bien y síguelas a rajatabla, no quiero tener que comprar otro nuevo mañana. Ya he pasado suficiente vergüenza hoy con la farmacéutica, me ha mirado con un gesto que...

No supe cómo reaccionar.

—Es mejor salir de dudas cuánto antes. Es poco probable que estés embarazada, pero más vale prevenir que curar.

Podía ver el sudor empapando el grueso tejido que cubría las axilas de la abuela. Estaba igual de asustada que yo, aunque aparentaba serenidad.

Sola en el cuarto de baño, en tanto la abuela permanecía en el salón tratando de encender la chimenea, tuve que confrontar el diminuto chivato que tenía entre las manos. Al bajarme la ropa interior para orinar, con el corazón golpeándome en el pecho a mil por hora, me percaté de que no podía echar ni una gota. Mi vejiga estaba contraída y se negaba a dejar escapar aquel líquido amarillo que contenía la respuesta. El gesto desencajado de María cruzó por mi mente. Qué gran ironía, hacía nada, yo había estado consolándola sin saber que estaba a punto de convertirme en la protagonista de mi propio drama. La abuela aporreó la puerta con impaciencia.

—¿Has terminado ya? —ladró por la cerradura—. La farmacéutica dijo que solo se necesitaban unos cuantos minutos y tú llevas ahí encerrada más de un cuarto de hora.

Abrí el grifo del lavamanos para no escuchar a la abuela, pues su presencia no me dejaba

orinar. Luego introduje una mano en el agua helada y, por fin, mi vejiga se relajó vaciándose dentro del frasquito. Ni bien hube terminado, sumergí la punta de la varilla en el líquido ambarino y esperé por el resultado sentada en la tapa del retrete. Durante los siguientes cinco minutos el vocabulario de la abuela pasó de correcto a inapropiado, atiborrándose de palabras impacientes y malsonantes. Cuando aparecieron dos líneas de un intenso color rosado en la barra de control, tuve que buscar el prospecto, pues con los nervios había olvidado su significado y necesitaba salir de dudas. Deslicé la mirada por los distintos párrafos escritos con letra diminuta hasta llegar a la parte que me interesaba: una rayita quería decir negativo; dos rayitas, positivo. ¡Positivo!

La abuela entró sin llamar, encorajinada por la rabia de la espera. Primero observó mi expresión de desconsuelo, luego centró toda su atención en la pequeña varilla sostenida entre mis dedos. A la velocidad de la luz me arrebató el test de embarazo y el prospecto, dándose la vuelta para leer el resultado. Permaneció un largo rato estática, sin mover un solo músculo, como el mar en calma que precede a la tormenta. Su actitud se clavó en mis entrañas retorciéndolas y haciendo que mi cuerpo sudara frío. La vieja se giró poco a poco para mirarme de nuevo, rodeada por la oscuridad de la noche. El cielo decidió entonces encenderse con un rayo para delatar la magnitud de su cólera. Cada poro de su piel rezumaba odio y rencor en contra de mi persona.

—¡Ya estarás contenta! ¡Hasta que no has conseguido arrebatarle el novio a tu hermana no has parado! ¡Eres igual que el imbécil de tu padre! ¡Siempre metiendo las narices donde no te llaman! —gritó, lanzándome un potente golpe con el puño cerrado que tuve el acierto de esquivar, aunque mis piernas chocaron contra el retrete y terminé sentada de nuevo sobre la tapa cerrada. Impresionada por la reacción desmedida de la abuela, me encogí en mi sitio y me tapé la cabeza con las manos para protegerme de sus manotazos—. ¡Desgraciada! ¡Tú tienes la culpa! ¡Hemos vuelto a fracasar y tú tienes la culpa! El compromiso se romperá y tu relación con Alejandro no sobrevivirá.

De un bofetón me estampó contra la pared recubierta de sucios azulejos. Un fluido viscoso se deslizó por mi frente hasta la ceja derecha, donde comenzó a gotear. Los ojos turbados de la madame se llenaron de congoja al ver como la sangre teñía de rojo mi piel.

—Yo-yo no quería... —La abuela se contempló las manos con horror y retrocedió un paso—. Estaba tan enfadada que..., pero yo no quería hacerte daño.

Su ira se transformó en desasosiego e hizo algo que jamás, ni en el más loco de mis sueños, hubiera imaginado, se puso a llorar. Despojada de su impertérrito temperamento, se dirigió al salón estremeciéndose como una niña pequeña para dejarse caer en el sofá. Con las manos se sujetó la cabeza, como si temiera perderla en cualquier momento, y apoyó los codos en las rodillas. Yo la contemplaba desde la puerta del lavabo, apretándome la herida abierta con otro pañuelo de papel.

—¡Esta es la historia de mi vida! —comentó enjugándose las lágrimas con los dedos—. El fin siempre justifica los medios, niña. Esa era la frase favorita de mi abuela. Me la repetía día y noche junto con un montón de planes absurdos para recuperar lo que por derecho era nuestro.

La madame se rió sin ganas, recostándose en el sofá.

—El dinero, las tierras, la mansión, todo debía volver a nosotras, porque éramos las herederas morales de cuanto nos rodeaba. Nosotras llevábamos la sangre y ellos el apellido. Teníamos que recuperar lo que era nuestro a cualquier precio, usando las únicas armas de que disponíamos, nuestra belleza y nuestro ingenio.

La abuela dio un par de palmadas en el sofá, indicándome que me sentara junto a ella. Hice lo

que me pedía, aunque me incomodaba su cercanía y mucho más su franqueza.

—Ha llegado la hora de que le cuente toda la verdad a alguien, ni siquiera tu madre o tu hermana conocen esta parte de la historia. Ocurrió hace años y destrozó demasiadas vidas. Sólo algunas personas del pueblo se enteraron, pero el dinero les tapó la boca y el escándalo no llegó a mayores.

Era evidente que la abuela se disponía a contarme algo verdaderamente terrible, tal vez giraba entorno al asesinato de Tito. La pobre mujer ni siquiera sospechaba que conocía de primera mano los detalles de aquel pasado lejano, gracias a los diarios que yo misma había recopilado, aun así no la interrumpí cuando comenzó a narrar los hechos.

—Como en tantas y tantas viejas historias de amor, había dos mundos enfrentados, uno rico y otro pobre, con niveles sociales muy distintos, opulencia contra miseria, altanería frente a servilismo. Una batalla difícil de ganar, ¿no te parece?

Asentí con la cabeza, recordando los malos momentos que había pasado Karen al enamorarse de Abel, y lo mucho que habían luchado los dos para defender su futuro, sin llegar a vencer jamás.

—La historia se complica por culpa de una mujer avariciosa que sacrificó la felicidad de su única hija para alcanzar sus objetivos.

La imagen de Aurora de Clara, la madre de Karen, fue la primera que acudió a mi mente. Desgraciadamente, al final, ella pagó su ambición sin límites con un alto precio, el suicidio.

—La estúpida heroína de esta horripilante historia hizo todo lo que se esperaba de ella. Pensando en el bien común, en la riqueza que le esperaba, emprendió un camino plagado de mentiras y traiciones, condenándose a una vida sin amor. —La abuela suspiró con tristeza—. La muy infeliz siguió al pie de la letra los planes que habían trazado para ella, olvidándose de la única regla importante: jamás, en ningún caso, debía entregar su corazón o sería vulnerable. Una mujer enamorada no piensa correctamente y es fácil de engañar, eso decía su abuela.

Miré a la madame sin comprender, aquella no era la historia que yo conocía.

—Pero ya sabes cómo es el amor, se abre paso hasta en los corazones más áridos. Y ese fue el destino que le esperó a la criada que se atrevió a seducir con malas artes al hijo de los señores, siguiendo los perversos planes de su abuela y desoyendo los sabios consejos de su madre.

La madame se masajeó el puente de la nariz con dos dedos, cerrando los ojos, antes de hundirse un poco más en el sofá. Parecía realmente agotada.

—La belleza y el candor fingido son armas poderosas en manos de una mujer sin escrúpulos, con ellas se puede lograr que un hombre pierda la razón hasta el punto de convertirse en un pelele. Sin embargo, cuando el amor entra en la ecuación las cosas se complican y se empiezan a cometer pequeños errores que pasan factura. Supongamos que la criada, esa que tiene todo bien planeado y atado, cae en las redes del amor y decide revelarse contra los planes de su abuela, discutiendo acaloradamente con ella una noche fría de invierno, sin saber que el hijo de los señores anda cerca y lo está escuchando todo. Continuando con la suposición, vamos a figurarnos que el joven de buena familia, dolido por lo que acaba de descubrir, decide pagarle con la misma moneda a la estúpida criada ofreciéndole matrimonio. Imagínate el dolor que debió sentir ella esperándolo una eternidad frente a la puerta de la iglesia, bajo una lluvia torrencial, vestida con un modesto traje de novia y un ramo de flores cargado de ilusiones. El calvario que supuso regresar a la mansión tiritando de frío y muerta de preocupación por no tener noticias de él, para descubrir que... —La emoción le quitó las palabras de la boca y se quedó callada un rato—. Para descubrir que había sido engañada y que el hombre que amaba acababa de comprometerse con una joven de buena

familia solo para mortificarla. Ya era demasiado tarde para las suplicas y los ruegos, el amor se había escapado de entre sus manos y no podía hacer nada para retenerlo. La pareja recibió la bendición del cura tres semanas después, pero ese no fue el único castigo que le esperaba a la sirvienta por su ambición desmedida, al poco tiempo descubrió que estaba embarazada. Qué típico, ¿verdad?

La abuela se recreó en el fuego que ardía en la chimenea. Tenía un ligero rubor en las mejillas que le daba un aspecto diferente, parecía más humana y tan frágil que deseé que se detuviera. Temía escuchar el final de aquella amarga historia que narraba su propia vida.

—¿Quieres saber qué ocurrió con la sirvienta? —La abuela se pasó los dedos temblorosos por el cuello y por la boca, como si temiera el momento en que la verdad saliera por ella—. La ilustre familia del muchacho puso el grito en el cielo al descubrir que estaba embarazada. ¿Un bastardo en la familia? ¡Eso no podía ser! Así que le entregaron un sobre con un fajo de billetes, un pasaje en tren para Madrid y el nombre de un matasanos que arreglaría el entuerto, pero había una condición: nunca le contaría a nadie lo sucedido. Estaba sola, en una época donde una mujer deshonrada era poco más que una prostituta. Sin apoyo familiar, pues incluso su abuela le dio la espalda, no tuvo más remedio que aceptar el ofrecimiento. Por primera y última vez, abandonó el pueblo para viajar a la capital con una pequeña maleta en la mano. Tras ser atendida por el matasanos en un cuchitril de mala muerte, padeció una fuerte infección en los ovarios y tuvo que ser ingresada de urgencia en el hospital. Pasó los peores momentos de su vida, mientras le hacían pruebas y la sometían a varias operaciones. Estuvo a punto de morir, aunque al final sobrevivió.

El tejado crujió azotado por una fuerte racha de viento sobre nuestras cabezas, pero ambas estábamos tan sumidas en la historia que ni siquiera nos dimos cuenta.

—La experiencia fue tan traumática que sirvió para forjar el carácter de la sirvienta, endureciéndolo hasta límites insospechados. De regreso a su antigua vida, algo había cambiado dentro de ella, se sentía vacía y seca, tan estéril como el mismísimo desierto, sin ser capaz de volver a amar o confiar en alguien otra vez. Y ese fue solo el principio de su tortura, pues con el regreso de los recién casados a la mansión, se convirtió en testigo involuntario de esos pequeños momentos íntimos, besos, abrazos y sonrisas, que la mortificaron hasta infestar su maltrecho corazón con ira y resentimiento. Y cuando al cabo de un año la esposa del hombre al que amaba parió a su primer y único hijo, el rencor la rodeó por completo. Ese niño sano y perfecto era el recuerdo viviente de aquel otro al que ella había renunciado por cobardía. Verlo crecer, sonreír y hablar suponía para ella una agonía. ¿Cómo sería ahora su hijo? ¿De qué color tendría los ojitos? ¿Serían verdes o tal vez azules? ¿Cómo se sentiría ella al poder abrazarlo o al escuchar su risa?

La abuela dejó de hablar para fijar los ojos húmedos en las manos que tenía apoyadas sobre su regazo vacío. Aunque estaba haciendo un gran esfuerzo por no llorar, cuando volvió a retomar la historia no pudo evitar que se le quebrara la voz.

—El sufrimiento mal dirigido solo engendra más sufrimiento, igual que el despecho algunas veces nos obliga a hacer cosas absurdas, como por ejemplo casarte con un pueblerino ignorante y traer al mundo a una hija, creyendo que así podrás suplir el vacío que dejó ese otro niño. Luego, al comprender que nada ha cambiado, que la sensación de pérdida sigue latente, tu alma se llena de rencor y necesitas encontrar un propósito para tanto sufrimiento. Es fácil buscar un culpable que pague por los platos rotos y retomar los viejos hábitos. Entonces corrompes a tu propia hija en busca de justicia, y cuando no consigues malograr a tu hija, pruebas suerte con tu nieta mayor, descartando a la menor por carecer de la inteligencia y la belleza necesarias para triunfar allí

donde tú fracasaste.

La abuela se había desinflado por completo y permanecía lánguidamente sentada en el sofá, como si se hubiese quitado un gran peso de encima.

—Puse mis esperanzas en tu hermana, porque me identificaba con ella y resultas ser tú quien corre con mi misma suerte. La diferencia es que ahora soy yo quien desempeña el papel de celestina, quien mueve los hilos manipulando la vida de los demás. Por culpa de mi ambición, mis dos nietas son desgraciadas. Nada ha salido como esperaba.

La oscuridad se había hecho más profunda fuera de la casa y la lluvia caía con intensidad repicando en la uralita del porche.

—Ya ha dejado de sangrar. —La abuela se inclinó para revisarme la frente con cuidado—. Voy a traer el botiquín de primeros auxilios que Adela guarda en la cocina, mientras tanto espérame aquí. Estoy convencida de que Alejandro ya debe estar en la mansión, conociendo lo cabezota que es seguro que se ha negado a pasar la noche en el hospital. Si a estas horas ya ha hablado con tu hermana, Sonia debe estar hecha una furia, es mejor que no te tropieces con ella.

La anciana, porque era eso lo que parecía cuando se levantó del sofá, cruzó el salón con paso fatigado y se detuvo junto a la puerta principal, desvió la mirada hacia el oscuro bosque que se adivinaba por la ventana.

—Tu madre y yo habíamos planeado mandarte lejos para apartarte de Alejandro, queríamos proteger a tu hermana, pero tu embarazo lo cambia todo. —La abuela se giró un poco para contemplarme con ternura—. Escúchame con atención, hija. En la vida real no hay príncipes azules que te rescaten de ficticios dragones y brujas, sólo te tienes a ti misma. Yo decidí mi destino y he cargado con las consecuencias. Ahora es tu turno, espero que tus elecciones sean más acertadas que las mías. No te arrepientas mañana de lo que no has sido capaz de afrontar hoy.

Dicho esto, se marchó dejándome sola.

EL PRESENTE DE KAREN

EL techo gemía de dolor bajo el constante martilleo de la tormenta, que buscaba cualquier vieja herida para filtrarse dentro del salón. Las gotas de agua mojaban el suelo de manera repetitiva, una seguida por otra, con un sonido tortuoso, casi irritante. Sin la presencia de la abuela, la casita del claro parecía un lugar mucho más solitario, inclusive peligroso. De repente, me sentía más pequeña y desvalida que nunca. Tenía dieciocho años y estaba embarazada. Muchos dirían que era un final evidente para una chica con mi reputación, que había dado el braguetazo del siglo y que ahora tocaba vivir del cuento.

«Termina con esto, ponle remedio a tu problema —me susurraba la voz maliciosa del diablo que todos llevamos dentro—. Ni siquiera tu abuela, una persona dura y con carácter, fue capaz de afrontar una situación parecida, qué vas a hacer tú, una niñita asustada y sin amor propio que se deja mangonear por cualquiera. Deberías ser inteligente, nadie tiene por qué enterarse, ni siquiera Alejandro, solo hace falta concertar una visita en un centro médico y el problema estará resuelto. En la actualidad las mujeres son libres de decidir sobre su cuerpo y su futuro, no tienen que darle cuentas a nadie, no son juzgadas».

Las maletas seguían tristes y solitarias en medio del salón como una solución viable a mi problema, un buen escape. El viento golpeó con furia un costado de la casa haciendo que los vidrios de las ventanas rechinaran. Me sobresalté, no tanto por el ruido sino por mis macabros pensamientos. Aquel intruso que se había instalado en mis entrañas sin consentimiento, ocupando un hueco del tamaño de una judía, ya pesaba en mi conciencia. Me llevé una mano a la barriga sin terminar de creer que en el interior hubiera alguien, una nueva vida que yo había iniciado, un preciado ser que estaba libre de culpa.

Las siluetas de los objetos danzaron a mí alrededor proyectadas en la pared por el fuego, como si un depravado carnaval veneciano se hubiera desatado en el salón. El viento también hizo acto de presencia en aquella fiesta inhumana, colándose por el hueco de la chimenea para explotar en carcajadas. Mis sentidos se nublaron al mismo tiempo que los muebles empezaron a girar hasta convertirse en manchas borrosas. Me levanté para luchar contra el mareo y di unos pasos vacilantes, sin encontrar el punto de equilibrio. Tres espasmos en el vientre seguidos de varios

pinchazos en la nuca sumieron la luz en las sombras.

Cuando desperté mis ojos tardaron unos segundos en adaptarse a los rayos del sol, que atravesaban las ventanas reflejándose en las vaporosas cortinas blancas mecidas por el viento, en un vaivén hipnótico. La casa parecía haber renacido por arte de magia. Los muebles apolillados ahora lucían como nuevos, incluso el gastado sofá estaba forrado con una hermosa tela bordada en la que no se veía ni un solo roto o descosido. Las paredes, recién encaladas, eran tan blancas que hacía daño mirarlas. Las dos maletas dejadas por mamá en el salón habían sido sustituidas por una gran alfombra persa. En una mesa de café estilo francés descansaban una pluma, un bote de tinta y unas hojas sueltas.

Junto a la chimenea había una mujer que me daba la espalda, sus ropajes negros sobresalían del resto como lo haría una mancha de color en medio de una fotografía en blanco y negro. La falda larga se desparramaba por el suelo y su cabello revuelto se agitaba con la brisa. Estaba a punto de ocultar algo en el capitel izquierdo de la chimenea, en un escondrijo similar a la caja fuerte que había en el dormitorio de Alejandro. Su espalda se tensó al percibir que alguien la estaba observando y se giró sin prisa. A simple vista era idéntica a Sonia, idéntico cutis, idéntico cabello, la misma cinturilla y generosidad de escote. Sin embargo, fue su mirada la que me dejó anonadada; aquellos ojos eran míos, llevaban mi esencia, contenían mi alma.

La hermosa mujer me contempló con asombro, apretando contra su pecho el sobre que tenía entre las manos y que no había llegado a guardar dentro del capitel. Las dos avanzamos hacia la otra con paso vacilante y, como si de una imagen en el espejo se tratara, extendimos simultáneamente las manos para tocarnos. No llegué ni tan siquiera a rozarla, pues algo se interpuso en mi camino y caí de bruces al suelo. Cuando me incorporé estaba de nuevo en el oscuro salón, con la lluvia resonando en la uralita del porche. Las maletas habían amortiguado mi caída y la casa había retornado a su antiguo ser, tan decrepita y raída como la lejana presencia de aquella mujer, de la cual ya no quedarían ni sus huesos. El olor a limpio de mi visión era lo único que perduraba sobre la peste a moho y humedad que dominaba el ambiente.

A mi parecer solo habían transcurrido unos segundos, sin embargo el fuego del hogar estaba apagado. No había ni rastro de la abuela, así que me puse en pie, tiritando por el frío de la noche, y me dirigí medio sonámbula al lugar que había ocupado la mujer de mi visión. Palpé el capitel izquierdo, que soportaba una esquina de la repisa de la chimenea, en busca de algún resorte sospechoso. Encontré una pequeña palanca, disimulada en un relieve metálico que tenía forma de tallo con flores, pero no conseguí moverla, debía estar muy oxidada. Repetí la misma operación varias veces hasta que la piedra cedió por fin. El sobre descansaba en un hueco de dimensiones reducidas, que estaba forrado con terciopelo rojo y tenía tres compartimentos vacíos, me recordaba a la distribución de un joyero. Tomé el sobre con manos impacientes y tuve que hacer un esfuerzo titánico para no destrozar la solapa. El papel de la carta tenía la misma textura de las páginas del séptimo diario de Karen, era muy probable que fuera parte de las hojas que habían sido arrancadas. El pulso me palpitaba en el cuello cuando comencé a leer.

Jueves, 12 de febrero de 1920

Qué rara es la vida y los giros que la acompañan. Estas letras que ahora escribo forman parte de mi presente, aunque no serán más que mi pasado dentro de unos años y el presente de aquel que las lea. Una broma siniestra que hace que mis pensamientos perduren en el tiempo

aun cuando yo no esté, así como tú, despiadado presente, seguirás caminando hacia el futuro que nunca llega, sumiéndonos en el anonimato a todos aquellos que no podemos seguir tu paso. Millones de vidas ocultas como un tesoro, porque incluso en el pasado fuiste presente. Oh, malvado ser olvidadizo, ahora tengo la oportunidad de desbaratar tus planes y rescribir la historia de un futuro que fue pasado.

Es a ti por quien escribo, escucha mi voz alta y clara, no seas la presa del cazador, no dejes que te atrape el lobo disfrazado. Coge aquello que realmente te importe y desaparece cuando la última gota de lluvia bese tu frente o él se lo llevará todo. Rompe las cadenas que nos atan a un destino perdido, abre tus alas para salvar al amor. Deja que el viento golpee tu cuerpo y el agua purifique tu alma para tener un nuevo comienzo. Cierra los ojos con fuerza, inspira hondo y déjate llevar. Ese es el único presente que te puedo dar, abrázalo y protéjelo. La bruja Viloro nunca se equivoca, ella me dio este mensaje para ti.

Cuando el ruido se acerque debes esconderte entre las sombras, que nadie te vea, ni siquiera dejes rastro de tu presencia o el lobo dará buena cuenta de ti. ¡Rápido, no tenemos tiempo!

No había terminado de asimilar la información cuando un trueno estalló en el exterior seguido por el eco de unas voces. Caminé hacia la ventana agazapada, preguntándome quién sería el valiente que se atrevía a salir de la mansión con una tormenta semejante.

Dos figuras oscuras corrieron a cobijarse bajo el porche, una era grande y masculina, la otra era pequeña y se cubría la cabeza con un papel de periódico. Un nuevo relámpago me mostró los rostros de los intrusos: eran María y Cristian, mejor dicho, Daniel. Hacía tiempo que no sabía nada de él y me sorprendió verlo allí, pues se suponía que no iba a regresar al pueblo durante un largo periodo de tiempo.

Agarré las maletas a toda prisa y me escondí en la única habitación que había en la casa, dejando una rendija de la puerta abierta. Aquello no podía ser una coincidencia, la carta de Karen había sido demasiado precisa, había pronosticado que alguien vendría y no se había equivocado. Cuando la pareja entró en el salón agucé la vista, y aunque no pude descifrar sus expresiones, percibí cierta tensión en las poses de sus cuerpos, un ligero malestar que enturbiaba el ambiente.

El recelo me hizo preguntarme cuánto tiempo hacía qué se conocían y qué estaban tramando exactamente. No recordaba haberlos visto hablar jamás, a lo sumo habían intercambiado alguna mirada casual, pero nada significativo que delatara una amistad. Cristian se acercó a la chimenea, agarró un atizador y removió los restos de carbón.

—¿Estamos solos? —le preguntó a María, achicando los ojos, cuando la última chispa resplandeciente murió entre las ascuas apagadas.

—Dudo que alguien más, aparte de nosotros, venga a este lugar. Es asqueroso y me parece que hay ratas.

Cristian sonrió de medio lado, probablemente recordando los escarceos sexuales con mi hermana. Luego se inclinó sobre los rescoldos y sopló para avivarlos. Como no hubo resultados, sacó un pañuelo de papel del bolsillo y un mechero. A los pocos minutos el fuego brilló rojo como el pecado.

—¿Por qué me has pedido que venga a este pueblucho de mierda con tanta urgencia? —le preguntó a María, dándose la vuelta para mirarla de frente—. He tenido que dejar solo a mi padre y no me ha hecho ninguna gracia. Ya sabes que está pasando por un momento crítico y el maldito

juicio está acabando con su salud.

El suave resplandor de la lumbre iluminó la feroz sonrisa de un depredador. Mis pupilas se dilataron al seguir la línea de dientes afilados que estaban bordados en la espalda de la chaqueta de cuero que llevaba Cristian. El morro de la bestia descansaba sobre la palabra *Coyote*. ¿El coyote era un lobo? ¡Un lobo!

—Tu novia, la mudita, casi me pilla con las manos en la masa. —María sacó un fajo de documentos del bolso, que llevaba colgado a modo de bandolera. Eran los mismos que había revisado en el cuarto de mamá días atrás—. Por suerte, ni cuenta se dio cuando me escondí estos papeles en el bolsillo del delantal. Necesitaba mostrártelos para que descubrieras la verdad sobre el caso de tu padre.

Cristian apretó los puños contra los costados y tomó una bocanada de aire, se notaba que el inocente comentario de María no le había sentado nada bien.

—¿Y qué verdad es esa?

—Me dijiste que hace años tu padre fue estafado por su socio y que necesitabas la documentación que probaba su inocencia, pero...

—¿Pero qué? —inquirió Cristian muy cabreado.

—Bueno, se suponía que el padre de Sonia era un abogado corrupto que había manipulado las pruebas, aunque me parece que no es cierto. He investigado un poco en internet: sé que tu padre es Víctor Daniel Salcedo y está imputado en el caso Gerifalte por corrupción, blanqueo de dinero y tráfico de influencias. Dicen que ha estafado a mucha gente.

—¡Eso es ridículo! ¿De dónde has sacado esa información y cómo la has relacionado con mi familia?

—Fotocopié los documentos que había en la carpeta de terciopelo azul antes de entregárselos al tío que envió tu padre. Me dio muy mala impresión, parecía un matón.

Hacía semanas que la carpeta de terciopelo azul de papá había desaparecido del cajón de mi mesita de noche, y ahora resultaba que era un registro de testigos. ¡No me lo podía creer! Había conservado aquellos documentos como un recuerdo porque estaban escritos a mano por papá, jamás hubiera imaginado que fueran tan importantes. Para mí eran unos cuantos folios sucios destinados al reciclaje, como tantas otras pilas de hojas que mi padre había traído a casa para que yo pintara por detrás.

María se mordió el labio inferior indecisa; no sabía si continuar hablando o mantenerse callada. Al final se decantó por la primera opción.

—En las listas aparecían un total de seis testigos protegidos. Antes de ayer introduje en un buscador de internet uno de los nombres y encontré varias noticias relacionadas. —La sirvienta hizo una pausa—. Tu padre no es la persona íntegra que piensas, Dani. Sé que te va a costar creerme, pero es cierto y no podía ocultártelo.

—¿De qué narices estás hablando?

—¿Te suena el nombre de un tal José Miguel Griñán? Murió en extrañas circunstancias hace unas semanas. Los medios de comunicación dijeron que su muerte fue un ajuste de cuentas entre bandas, pero no es cierto, él iba a declarar el mes que viene en contra de tu padre, era un testigo protegido y por eso fue eliminado. Lo mismo pasó con Laura Rojas, quien fue supuestamente apuñalada en el corazón por su marido. Violencia machista, dijeron, aunque el pobre hombre apareció ahorcado pocas horas después. Lo extraño del caso, un detalle que no se mencionaba en

las notas de prensa, pero si en las webs independientes de noticias, es que el hombre, paralítico de movilidad reducida, fue capaz de subir por los caminos rocosos de la montaña, no aptos para sillas de ruedas, pasar la soga por una rama que estaba a más de tres metros de altura y ahorcarse sin la ayuda de nadie, quedando sus pies colgados a medio metro del suelo.

María dio un paso hacia adelante buscando la mirada de Cristian, algo debió perturbarla, ya que reculó asustada.

—Ya lo sabías, ¿cierto? —la voz femenina tembló.

—Te subestimé, María. Eres una chica demasiado astuta. —Cristian se masajeó el puente de la nariz durante unos segundos y sonrió sin humor, en tanto la sirvienta parpadeaba con desconcierto —. Esos imbéciles pretendían hundir a mi familia y han muerto por meter las narices donde no les llamaban. Son personas prescindibles, sus vidas no tienen importancia, no valen nada.

—¿Cómo puedes hablar de un asesinato con tanta frialdad? Me dijiste que nunca te habías llevado bien con tu padre, ¿por qué te involucraste en algo tan sucio?

La sirvienta se retiró un mechón empapado del cuello y se pasó la lengua por los labios resecos.

—Siempre he sido el hijo díscolo, nunca he seguido horarios ni calendarios, pero mi padre es más que Dios para mí. Cuando la prensa destapó el escándalo por corrupción, mi padre me ordenó que me instalara en Luxemburgo con unos amigos, pero yo le desobedecí, me negaba a quedarme de brazos cruzados. En lugar de escapar al extranjero me trasladé a un barrio de mala muerte en Madrid, tomé una nueva identidad y, por cuenta y riesgo, decidí ayudar a mi padre acercándome a la familia del abogado de la acusación. Era demasiado joven e impetuoso, jamás imaginé que las cosas se torcerían tanto por mi culpa.

—Entonces, fuiste tú quien sedujo a Sonia y no al revés. ¿La utilizaste para acercarte a su familia?

No podía dar crédito a lo que estaba escuchando, aquella conversación era surrealista. María parecía tan anonadada como yo.

—¿Y qué otra cosa podía hacer? Iba camino a cumplir diecinueve años, mi padre me había cerrado el grifo y me había desterrado a Luxemburgo. Él jamás había confiado en mí, pensaba que iba a meterme en líos y yo quería demostrarle que se equivocaba. Acercarme a Sonia no fue muy difícil, era una niña tonta de remate y manipularla fue sencillo, ni siquiera me preguntó el apellido. En realidad, era una jugada maestra: por un lado podía sacarle información sobre el caso de primera mano, incluso la idiota me entregó copias de algunos documentos importantes, y por otro, si el plan fallaba, podía chantajear a su padre con fotos comprometedoras de ella. — Cristian acarició la vara del atizador de una manera inquietante y la dejó junto a la chimenea—. La suerte me sonreía, por fin iba a demostrarle a mi padre que no era un inútil como él decía, pero algo se torció: el padre de Sonia disuadió a varios testigos para que declararan a su favor. Además, contrató a un investigador privado para que fotografiara al novio de su hija y comprobara sus antecedentes. El muy bastardo se estaba acercando demasiado a la verdad y era peligroso.

—¿Entonces, al padre de Sonia también lo...? —María fue incapaz de terminar de formular la pregunta, y yo me tapé los oídos para no escuchar la respuesta, aunque el diálogo continuaba retumbando en mi cabeza.

—Shhh... La curiosidad mató al gato, María. ¿A qué viene tanto interrogatorio? ¿Hay cámaras ocultas o estás grabando la conversación para chantajearme en el futuro? ¿Por eso me has hecho

venir? ¿Quieres dinero para mantener la boca cerrada?

—No, desde luego que no. —María se puso colorada de pies a cabeza.

—¡Suéltalo de una vez! Me estás poniendo de los nervios. ¿Qué coño quieres, muñeca?

—Estoy preñada.

—¿Cómo?

Cristian dio un par de pasos al frente, rabioso, y aunque ni siquiera la tocó, María retrocedió de nuevo, asustada; su violencia trascendía el plano físico.

—¡Que estoy embarazada, joder!

—¿Y qué tengo que ver yo con eso? —María abrió los ojos, boqueando debido al desconcierto—. No irás a decirme que yo soy el padre de tu hijo. Vete tú a saber a cuantos tíos te has follado.

—¿Cómo te atreves? Tú has sido el único en meses...

—Eso se lo dirás a todos, muñeca.

—¡No puedes dejarme tirada!

Cristian se cruzó de brazos con indiferencia, como si el asunto no fuera con él.

—Dime cuánto quieres, nena. Mañana te haré una transferencia a tu cuenta por el doble.

—No quiero tu sucio dinero, es más, me sobra. —María metió las manos dentro de los bolsillos de la chaqueta y sacó un montón de anillos y pulseras.

—¿De dónde ha salido toda esa chatarra?

—La he robado. Es lo bueno que tiene limpiar en el cuarto de las señoras, siempre sabes dónde guardan las cosas de valor.

—Eres una imbécil. No te das cuenta de que por esa insignificancia el nombre de mi familia puede acabar involucrado en otro escándalo.

—Nadie tiene por qué enterarse, podemos venderlas y comenzar una nueva vida juntos. Con este dinero no dependerás nunca más de tu padre.

—Lo que tienes en las manos no vale nada en comparación con el imperio que algún día heredaré.

—¿Qué imperio? Tu padre, el todo poderoso Víctor Daniel Salcedo, únicamente es un mafioso que vende droga, prostitución y chantajea a los políticos de este país.

—¡Cierra la boca! —le ordenó Cristian, dándole un guantazo.

Las sortijas volaron por los aires irradiando destellos que se proyectaron por las paredes. Era un espectáculo bello a la par que terrorífico. La pulsera que me habían regalado Tomás y Adela rodó junto a los pendientes de lagartija con esmeraldas incrustadas. María hizo el ademán de querer recoger las joyas, pero Cristian se lo impidió sujetándole el rostro con una sola mano. Sus dedos apretaron tanto las mejillas que los labios femeninos se fruncieron en un mohín de dolor.

—¡Suéltame! ¡No te atrevas a hacerme daño o...! —María se removió para liberarse, sin conseguirlo.

—¡¿O qué?! —Cristian acercó su crispado rostro aún más al de la chica, intimidándola.

—Si me pasa algo la policía recibirá una carta donde lo confieso todo. También va adjunta una fotocopia con la lista de los cuatro testigos que aún no han sido asesinados. Quítame las manos de encima... o tú y tu padre os pudriréis en la cárcel.

—¡Es un farol! —Ahora, el que parecía dubitativo era Cristian.

—No, aquí tienes una copia de la carta. —María sacó un sobre del interior de su chaqueta—. Te lo dije, no miento.

—¿Y a quién le has dejado el encarguito? ¿Quién va a enviar la carta? —inquirió Cristian, soltando a la sirvienta antes de tomar la confesión y estrujarla con rabia entre los dedos—. No te llevas muy bien con tu madre y solo tienes una amiga, esa gordita que hasta el año pasado trabajaba contigo en la mansión. ¿Begoña?

A María le costó tragar saliva.

—Es ella, no puede ser nadie más. Te conozco bien, eres como un libro abierto.

—No le hagas daño a mi amiga. —La voz de la sirvienta tembló llena de inseguridad—. Ella no sabe nada, se la di para protegernos. Era mi as en la manga para que tu padre nos dejara en paz. Yo te amo, podemos escapar y empezar una nueva vida juntos, lejos de toda esta mierda.

—¿Cómo has sido tan idiota de darle tu confesión a esa gorda chismosa? Seguro que ya ha leído la carta.

—No, conozco bien a Begoña, es de confianza. —María se pellizcó el cuello con nerviosismo, dudando de su propia aseveración—. Lo siento, sólo quiero estar contigo.

—No te preocupes, muñeca, yo me encargaré de Begoña. Voy a arreglar este lío.

Cristian se llevó una mano a la cinturilla trasera de su pantalón vaquero, revelando la funda de cuero negro de un revolver.

—No le harás nada a mi amiga, ¿verdad?

—Te lo prometo, muñeca. —María le sonrió, sin ser consciente del peligro que corría su vida—. Ahora recoge las joyas.

La sirvienta se arrodilló a los pies de Cristian, mientras un cañón metálico apuntaba hacia su cabeza. Cuando el dedo del hombre rozó el gatilló, me tapé la boca con las manos y me oculté entre las sombras. Un antiguo tocador de hierro forjado se interpuso en mi camino, sus patas chirriaron al desplazarse por el suelo.

—¿Qué ha sido ese ruido? —preguntó Cristian con recelo, posiblemente volviendo a enfundar el arma, ya que María no gritó asustada—. ¿No me has dicho que estábamos los dos solos?

—¿Será una rata? —La voz de la sirvienta tembló debido a la aprensión y al asco.

—Puede, quizás una muy grande.

Escuché el ruido de pasos que se acercaban y corrí a esconderme debajo de la cama, sin preocuparme por las maletas que seguían en medio de la habitación. Cerré los ojos con fuerza y contuve el aliento al contar una, dos, tres, cuatro, cinco, seis y siete zancadas. Me acurruqué contra la pared un poco más, mi mente estaba en blanco. Identifiqué el crujido de la tela del edredón al alzarse. Unos dedos fríos me apresaron por el tobillo, arrastrándome fuera de mi escondite.

—¿Pero qué tenemos aquí? —El matiz retorcido que ocultaba la pregunta me puso los pelos de punta—. Una ratita de biblioteca que ha salido de su agujero. ¿Cuándo vas a aprender que espiar a los demás es una mala costumbre? Mira el problema en el que te has metido tu solita.

Cristian me arrastró por el dormitorio sin soltarme el tobillo, mientras yo me sujetaba con desesperación a cualquier cosa, ya fuera la pata de la cama, una estructura de metal o el pomo de los cajones de un chifonier. Como última opción me agarré al marco de la puerta. Cristian soltó un improperio y me zarandeó con muy mala baba hasta que mis dedos se soltaron, parte de mis uñas quedaron clavadas en la madera decrepita. Fui dejando un reguero de gotas de sangre hasta el

centro del comedor, donde Cristian soltó mi pierna estampándola contra el suelo. Los músculos se tensionaron alrededor de mis huesos, y aunque el golpe fue potente, no se rompió ni la tibia ni el peroné. Al intentar levantarme sentí una descarga eléctrica en el tobillo, quizás me había hecho un esguince, así que permanecí sentada. Al ver mis manos ensangrentadas, me asusté y mi barbilla tembló en el típico ademán que precede al llanto.

—¡Dios mío! ¿Por qué has sido tan bruto? ¡Ahora irá corriendo a la policía para contárselo todo! —exclamó María, guardándose en el bolsillo las pocas joyas que quedaban en el suelo.

—Está tan asustada que se va a mear encima en cualquier momento —se regocijó Cristian, dando un paso hacia adelante para intimidarme.

María clavó sus ojos nerviosos en mis manos manchadas de sangre y se mordió el labio inferior.

—Le has hecho daño, joder.

La sirvienta mostró un poco de humanidad al sacar un pañuelo de papel, del mismo bolsillo en el que había escondido las joyas. Sonrió llena de culpabilidad al tendérmelo.

—Por qué tenías que comportarte como un energúmeno de las cavernas, Dani. Si nos pilla la policía, sus heridas serán un agravante. —Al decir esto los ojos de la sirvienta se posaron en mi cuello, sobre un colgante dorado que era pura chatarra, y me lo arrancó con un movimiento violento—. Lo siento, necesito el dinero más que tú.

—Ahora, quién es la cavernícola sin sentimientos —se mofó Cristian, soltando una carcajada—. Al menos, yo no voy por ahí robando a sordomudas.

—La necesidad obliga —se defendió María, bajando la vista para ocultar su mala conciencia—. El dinero es traicionero, hay que temerle y jamás darle la espalda.

—Estoy de acuerdo contigo, muñeca —murmuró Cristian, antes de clavarle un tremendo rechazazo en el estómago.

—¿Por qué? —preguntó ella con un hilo de voz.

—Cómo has dicho, la necesidad obliga. Sabes demasiado, y ya es hora de cerrarte la boca.

María no había terminado de digerir el dolor del primer golpe, cuando recibió otro puñetazo seco en el abdomen, que la dejó sin aire, blanca como un cadáver. Reaccioné en el preciso instante en que Cristian se disponía a propinarle el tercer puñetazo, agarré el atizador oxidado que estaba junto a la chimenea y le arreé un porrazo contundente en el cogote. El hombre cayó encima de la sirvienta a peso muerto.

—¡Ayúdame, por favor! ¡Ayúdame a quitármelo de encima! ¡Por favor! ¡Por favor! —me rogaba María entre lágrimas, tratando de hacer a un lado el cuerpo de Cristian.

Estuve tentada de darme media vuelta y salir corriendo hacia la mansión en busca de ayuda, pero en lugar de eso me agaché y, a trompicones, conseguí librarla del insoportable peso que la oprimía.

—¡Quería matarme! Estoy embarazada de él y ¡quería matarme! —repetía sin salir de su estupefacción, agarrándose a mí como si yo fuera su salvavidas—. Ni siquiera le ha temblado el pulso. Pensé que conmigo sería diferente, creía que me amaba.

Sosteniéndola por la cintura, nos dirigimos hacia la salida. A cada paso que dábamos, María se quejaba de dolor y se llevaba la mano al bajo vientre, al mismo lugar donde Cristian la había golpeado.

—No quiero que le pase nada a mi bebé —sollozaba con desesperación—, no quiero

perderlo.

Le apreté el brazo con suavidad para reconfortarla, para que supiera que no estaba sola en aquella dura prueba. Cristian era un monstruo y la sirvienta había aprendido la lección de la peor manera posible: había sido traicionada. Ella era un pobre pececillo de mar que había soñado con nadar en el gran océano, olvidándose de los peligros que allí acechaban, de los grandes tiburones que mataban a dentelladas.

A cada tramo que recorriamos en nuestra lenta huida, yo miraba de reojo por encima del hombro para comprobar que Cristian seguía inconsciente. Me aterrorizaba lo que podría hacernos si recuperaba el sentido. Era un monstruo sediento de venganza, que no dudaría en hacernos daño o incluso algo peor. Sólo un poco más, unos cuantos pasos más y ya estaríamos al otro lado de la puerta. El bosque sería nuestro refugio, lo conocía como la palma de mi mano. Cristian jamás podría encontrarnos, y menos con el diluvio que estaba cayendo. En cuanto estuviéramos a salvo, iba a llevar a María al hospital, y luego daría parte a la policía.

María apretó los dientes para contener un gemido de dolor, esforzándose por dar otro paso. Su pantalón tejano estaba mojado. Se había orinado encima debido a los golpes y a los nervios.

Estiré la mano para agarrar la manecilla que abría la puerta a nuestra libertad, pero un cosquilleo en la nuca me detuvo y giré la cabeza. Mi mirada se tropezó con unos ojos rojos de furia. Cristian estaba tan cerca que percibí el olor a sangre que desprendía la herida abierta de su cabeza.

—¡Sorpresa!

No tuve tiempo de reaccionar. El diablo camuflado en los rasgos de Cristian estaba frente a mí, ardiendo en cólera. Con un brusco movimiento me estranguló por el cuello, levantándose unos cuantos centímetros por encima del suelo. María arremetió contra él para liberarme, utilizando las pocas fuerzas que le quedaban, sin conseguir aplacar los instintos asesinos de aquella mole de testosterona.

—¿Cómo te atreves a atacarme, zorra? —Cristian derribó a María con un sonoro guantazo, que la empotró contra la pared dejándola fuera de juego—. He tenido que aguantar mucho durante estos años, el temperamento bipolar de tu hermana, el estúpido parloteo de tu madre y las manías de tu abuela, pero que tú, la insignificante, la estúpida y fea niña de papá, me endiñes con un atizador en la cabeza, eso no lo voy a permitir.

Estaba tan cabreado que la yugular se le marcaba en el cuello, como una manguera a punto de explotar. Sus manos se cerraron en torno a mi garganta y hundió sus dedos en mi carne, comprimiendo la tráquea y las carótidas. La lengua obstruyó mis vías respiratorias, mientras la asfixia impedía que la sangre cargada de oxígeno subiera a mi cerebro y el dióxido de carbono descendiera hasta mis pulmones para renovarse con aire nuevo. La cabeza me iba a explotar en cualquier momento, me dolía la parte trasera de los globos oculares, era un hormigueo indescriptible, como si fueran a salirse de sus orbitas, y el escozor era insoportable. El gélido latido de la muerte estaba encharcando mi cerebro. Un acto reflejo salido del interior de mi persona, ese sujeto que los terapeutas llaman *ello*, aquel que genera los impulsos más básicos, que no sigue las pautas establecidas, ordenó a mis manos que se aplastaran contra el rostro de mi atacante y a mis uñas que se clavaran en sus ojos. Cristian retrocedió un paso desconcertado, mientras yo remataba la faena arañándole la frente y las mejillas.

—¡Hija de puta! —gritó soltándose al fin—. Te juro que no vas a salir viva de aquí, perra. Te voy a reventar a palos.

Cristian miró alrededor con sus ojos irritados en busca del atizador. Yo aproveché la distracción para darle un puntapié en la entrepierna, pero él fue rápido de reflejos y detuvo el golpe cerrando los muslos.

—¿Qué vas a hacer ahora, preciosa? ¿Vas a arañarme otra vez? —preguntó con cinismo inclinándose sobre mí, situando una mano a cada lado de mi cabeza—. No eres más que una ratita asustada con las uñas muy largas, pero yo te las voy a cortar.

Desesperada, lancé un puñetazo contra la parte baja de sus costillas, pero Cristian lo esquivó dándome una hostia que me tiró de boca al suelo. En un santiamén se colocó sobre mí a horcajadas, se quitó el cinturón y me ató las muñecas. A continuación, agarró mi cabeza con las dos manos y la estampó contra el suelo varias veces. Atontada, fui testigo de cómo se ponía en pie, tomaba un trozo de leño y lo acercaba al fuego.

—La vida es justa: había aceptado encontrarme aquí con María para quemar la casa con ella dentro. Lo tuyo ha sido inesperado, voy a matar dos pájaros de un tiro. La última vez te escapaste gracias a tu cuñadito, pero hoy no vas a tener tanta suerte —comentó en tono burlón cuando la madera comenzó a arder. Otra vez froté mis manos con movimientos lentos para liberarlas del cinturón—. Voy a quemarte la jeta, con lo fea que eres incluso te hago un favor. No te preocupes, no es la primera vez, ya me he ocupado de unos cuantos fiambres antes que tú. Oscar, el asistente de tu padre, lloró como un niño pidiéndome clemencia hasta el último segundo. La policía dijo que fue un suicidio por depresión, que no pudo soportar el abandono de su novia de toda la vida, aunque en realidad tuve que eliminarlo porque se volvió inestable. Era la mala conciencia, supongo. Por algo de dinero vendió a sus compañeros de trabajo, su intimidad y sus horarios. Una lástima.

Al principio creí que estaba intentando asustarme, pero cuando vi las profundidades de sus ojos, iluminados por el fuego, supe que era un asesino. De nuevo moví las manos y noté como el cinturón se soltaba un poco.

—Ya estoy viendo los titulares de mañana —comentó con voz fría y calculadora, acercándose con el leño ardiendo—. Adolescente con desorden psiquiátrico roba a su familia para escapar de su casa y muere trágicamente en un incendio provocado por ella misma.

El miedo brotó por los poros de mi piel en forma de sudor cuando las llamas se acercaron a mi nariz. La expresión de mi asesino era como una máscara hermosa que ocultaba la fealdad más grande del mundo. Conseguí liberar la mano derecha del cinturón, aunque permanecí en mi sitio, sin moverme.

—No llores, ratita. —Cristian se inclinó para limpiarme una lágrima con un dedo—. Verte asustada hace que me sienta culpable.

Las chispitas escarlatas que desprendía el tronco en llamas flotaban en el aire como abrasadoras luciérnagas en una noche de San Juan. Una de esas esferas candentes tuvo la osadía de posarse en la mano izquierda de Cristian, arrancándole un quejido de dolor. Entonces, una idea cruzó por mi mente y, colmando mis pulmones del aire caliente que provenía del fuego, soplé con todas mis fuerzas. Las llamas subieron por el brazo de aquella bestia desalmada, achicharrándolo.

—¡Joder!

Cristian lanzó el leño por los aires para llevarse una mano al antebrazo enrojecido, en tanto yo aprovechaba para ponerme en pie. En esta ocasión, conseguí alcanzar sus partes nobles con una patada certera. Cristian cayó de rodillas frente a mí, aullando de dolor como un animal salvaje, mientras se iniciaba una densa cortina de humo negro en el lugar donde había caído el leño en

llamas.

—¡Hija de puta! ¡Hija de puta! ¡Verás cuando te pille!

La casa entera era de madera, aunque algunas partes estaban húmedas por la lluvia, el resto era una fuente inacabable de combustible, que multiplicaba por cuatro la velocidad de propagación del incendio.

María seguía inconsciente a un lado del salón, rodeada por las llamas incipientes; así que si no me daba prisa, podía morir. Corrí hacia ella y la tomé de los brazos para arrastrarla hasta el porche. Su pelo estaba chamuscado y parte de los tejanos se pegaban a las piernas como una segunda piel, casi derretidos. A mi espalda, Cristian gritó como un poseso agarrando el atizador.

—¡No te vas a escapar!

La bestia caminó hacia mí blandiendo el atizador como si de una espada se tratara. No podía hacer nada más por María, si permanecía a su lado ambas moriríamos y mi hijo jamás llegaría a ver la luz del día.

Al internarme en la noche, la casa exhaló un lamento de tortura que avisó del peligro inminente a los animales del bosque. La lluvia sirvió para refrescarme las ideas. Mis sentidos se agudizaron debido al frío, permitiéndome saltar por encima de la vegetación y correr por entre las fantasmales sombras de la arboleda sin tropezar ni siquiera una vez; luchaba contra el viento y las gotas de agua que me impedían ver con claridad. Cristian seguía mis pasos, convertido en un depredador. Aunque no era capaz de distinguirlo entre la negrura, podía sentir su presencia, intuirlo. Estaba al acecho, esperando a que cometiera un error para arrojarse sobre mí y quitarme la vida.

—¡Vamos, ratita, no te escondas en tu madriguera. —Cristian agitaba el atizador, haciendo que la vara de metal silbara cortando el viento—. Eres igual que tu padre, obstinada por naturaleza. Por eso tuvimos que matarlo.

No podía ser verdad, pensé ocultándome tras el tronco grueso de un árbol. Sólo estaba tratando de picarme para que delatara mi posición, no tenía que hacerle caso.

—Si no hubiese sospechado que había un topo en el bufete, las cosas habrían sido más sencillas. ¡Pero no! El señor tuvo que llevarse los documentos a casa. —Su tono de voz se endureció un poco más cuando clavó el pico del atizador en el tronco de un árbol—. ¡Era un necio! Casi tuve que rogarle a Óscar para que me ayudara a tenderle una trampa en la oficina aquel domingo. Se suponía que sólo iba a dejarle inconsciente para robarle el listado, pero tu presencia lo jodió todo. Al final, tuve que recurrir a mi plan B. Le pinché una gran dosis de aire en la yugular, cuando estaba distraído leyendo el informe que había recibido por fax del investigador privado, mientras tú ibas al cuarto de baño.

Cristian guardó silencio y dio una vuelta sobre sí mismo escudriñando el bosque. Al no detectar ningún movimiento, continuó hablando en tono sereno.

—Te perdiste la expresión de tu padre cuando comprendió que iba a morir y me vio la cara. Sobre el escritorio de la oficina estaban las fotografías que me habían tomado junto a Sonia. Me reconoció de inmediato, sabía quién era yo y lo que me proponía. Murió unos minutos después frente a ti. Estabas tan asustada que ni siquiera detectaste mi presencia en el despacho, tuve que esconderme a toda prisa debajo del escritorio, casi me pillaste cuando cogiste el teléfono, pero te quedaste al otro lado de la amplia mesa de caoba. Luego, cuando te fuiste corriendo hasta los ascensores, aproveché para esconderme junto a la escalera de emergencias. Yo también tenía miedo, era la primera vez que mataba a alguien y estaba temblando. Te observé durante unos

minutos a través de las paredes de cristal del bufete, no podía creer que estando tan cerca de ti no me hubieras visto, pero estabas conmocionada. Cuando saliste del despacho para aporrear las ventanas sentí auténtico pánico por lo que acababa de hacer, bajé las escaleras de emergencias de tres en tres y conduje por la autopista rumbo a casa a más de ciento setenta kilómetros por hora. Un coche de policía me dio el alto y, como no me detuve, terminé en comisaría por resistencia a la autoridad.

El atizador cortó el aire para clavarse en un árbol cercano, di un bote y apreté mi cuerpo un poco más contra el tronco rugoso. La voz de Cristian sonaba muy cerca.

—Mi padre se encargó de anular la multa y pidió disculpas a los policías por mi mal comportamiento. Cuando llegué a casa tuve que confesarle lo que había hecho a sus espaldas, y me pegó una paliza de muerte. Había sido negligente por asesinar a tu padre, pero mucho más por dejarte a ti con vida. Aunque habían pasado varias horas, sus hombres se ocuparon de borrar mis huellas, se encargaron del vigilante del edificio, a quien pagaron una pequeña fortuna por las cintas de seguridad, y movieron sus hilos para que el informe del forense se ajustara a los hechos. Gracias a Dios el dinero arregla muchas conciencias. ¡Vamos, ratita! ¿Tienes ganas de pegarme? Sé que andas cerca, sal de tu madriguera y enfrentate a mí.

Aunque Cristian estaba a unos metros de distancia, aguzando el oído en medio del claro para localizarme, permanecí en mi sitio atada a la confesión que acababa de escuchar. Necesitaba saber cómo acababa aquella historia.

—Lo más divertido es que mi plan B fue idea de tu hermanita. —Me llevé una mano a la boca para contener un gemido—. Sí, sí, como lo oyes. Sonia fue la musa que me inspiró. Ella me dijo que tu padre no estaba muy bien de salud, y que vuestra madre estaba preocupada porque sufriera un infarto debido al estrés. No fue un crimen perfecto, por desgracia dejé muchos cabos sueltos. Ahora que lo pienso, tu padre debió esconder la carpeta de terciopelo azul en la mochila en la que llevabas tus juguetes. Fue listo incluso mientras agonizaba, aunque puso a tu familia en peligro.

Trastornada por lo que acababa de escuchar, me lancé a correr campo a través. Quería alejarme de aquel demonio calculador. La cabeza me hervía con miles de ideas. Todo había sido un plan fríamente trazado, una trampa en la que había caído mi familia. Desesperada, me enfilé por el camino de piedra hacia la mansión. Necesitaba llamar a la policía, ellos se ocuparían de Cristian y de su padre. Una duda latió en mi corazón: ¿y si, de la misma manera que había tenido un topo trabajando en la oficina de papá, tenía a gente infiltrada en la policía? Quizás por eso las autoridades no habían hecho nada, aun sabiendo que los testigos del caso estaban siendo asesinados.

Me faltaba un pequeño trecho para llegar a la entrada principal cuando me detuve al escuchar un sonido conocido. Las ruedas de un coche rechinaron contra el empedrado, mientras sus faros iluminaban la arboleda y las finas gotas de la tormenta que había perdido intensidad hasta convertirse en una llovizna. La claridad me permitió ver a Cristian esperando al otro lado del camino, muy lejos de donde estaba yo. Se llevó una mano a la espalda, la que no sostenía el atizador, y desenfundó la pistola sin que ninguna emoción cruzara por su semblante. Primero posó un dedo sobre los labios para advertirme que guardara silencio, y después se pasó el cañón de metal por el cuello, dibujando una siniestra sonrisa, amenazándome de muerte.

Tomás fue el primero en descender del vehículo, desplegando un paraguas de forma servicial para abrir la puerta trasera. Mamá se apeó seguida por Sonia, ambas abrieron sus paraguas con gesto serio. Alejandro salió por la otra puerta dando un portazo. Tenía la cabeza vendada y sus

movimientos eran un poco robóticos, debía dolerle el brazo sobre el que había caído.

—Espera, te vas a poner como una sopa —gritó Sonia, corriendo junto a Alejandro.

—¡Déjame tranquilo! No necesito tu ayuda.

—Pero aún no estás bien —musitó Sonia, intentando cobijar a Alejandro debajo de su paraguas.

—¡Obra y milagro de tu abuela!

Alejandro elevó la vista hacia la entrada justo cuando la puerta se abría y la luz del interior se proyectaba sobre las escaleras, dibujando las siluetas de dos mujeres. La señora de Clara, siempre tan compuesta y arreglada, tenía unas pintas horribles: el pelo era un amasijo desgreñado, le faltaba un tacón y llevaba la blusa rota. Incluso juraría que tenía dos manchurroneos negros alrededor de los ojos, pero no estaba segura, podía ser un efecto óptico producido por la distancia. A su lado estaba la abuela en un estado también lamentable. El moño desecho y la pechera de la camisa rota. Parecían dos gatas callejeras que acababan de pelearse a zarpazo limpio.

—¡Dios mío, mira cómo está mi nieto por tu culpa! —exclamó la señora de Clara avanzando unos pasos, mientras la abuela bajaba la vista llena de vergüenza—. ¿Cómo estás, mí rey? Te duele mucho. ¿Necesitas algo?

—¿Dónde está Sara? —Alejandro dirigió su pregunta a la abuela, ignorando la sincera preocupación de la señora.

—¿Y a ti qué te importa dónde está mi hermana? —interrumpió Sonia, contemplando a Alejandro con desconcierto.

—Estoy enamorado de ella, así que me importa mucho.

La señora de Clara intercambió una rápida mirada con la abuela, se habían peleado por mi causa y aquello lo evidenciaba. Al mismo tiempo Sonia se quedó de piedra, con la boca abierta. Cuando se recuperó del estupor inicial contraatacó con su mejor arma.

—¡Cómo te atreves! ¿Con mi propia hermana? —Soltó el paraguas y cerró los puños dispuesta a golpearle en el pecho.

—¡Ni se te ocurra montar un numerito! —bramó Alejandro asustando a Sonia, que permaneció en su sitio, mojándose—. Tú eres la menos indicada para recriminarme nada. Sé que estás con otro tío desde hace tiempo. Esperaba romper contigo como las personas, pero al parecer es imposible.

—Qué tonterías estás diciendo, Alejandro. Mi hija jamás haría algo así —interrumpió mamá, dirigiendo la vista primero hacia Alejandro y después hacia mi hermana—. Sara es quien tiene ese tipo de problemas. Sonia jamás... Tú jamás...

Sonia no se atrevió a enfrentarla y apartó la vista.

—¡Basta ya! ¡Sara no tiene ningún problema! ¡Jamás debiste creer toda esa basura de tu hija! ¡Eran mentiras! ¿Decidme dónde está? ¿Qué habéis hecho con ella?

Entonces, conmovida por la furia de Alejandro, la abuela se atrevió a hablar por fin. Sus manos nerviosas jugueteaban con el cuello roto de la camisa.

—La he dejado en la casita del lago para protegerla. Era mejor esperar a que los ánimos se enfriaran un poco, no quería que se enfrentara a Sonia en su estado.

—¿En la casita del lago? —Alejandro volvió la cabeza y centró su mirada en la distancia, sin reparar en las dos últimas palabras que había dicho la abuela: su estado.

Yo también me volteeé en dirección a la casita del claro, donde el cielo nocturno resplandecía con un azul eléctrico, revelando una nube negra de humo, que ascendía hasta la atmósfera en medio de la arboleda teñida en tonos rubí.

—¿Qué es eso? —Alejandro pestañeó varias veces incrédulo al contemplar la humareda—. Es... ¡Fuego!

—¡No, no puede ser! —gritó la abuela llenándose de pavor.

—¡Mi niña! ¡Mi hija!

Mamá perdió los zapatos al lanzarse a correr tras Alejandro, de camino a la casita del claro. Sonia fue tras ellos poco después, mientras Tomás subía por las escaleras a toda prisa para sujetar a la abuela, que se tambaleaba de un lado a otro al borde del desmayo. La señora de Clara también se apresuró a ayudarla, tomándola de un brazo.

—¡Mi nieta! ¡Dios mío, mi nieta!

—¡Vamos dentro! —ordenó Irene de Clara intentando mantener la calma—. Tenemos que avisar a los bomberos y pedir una ambulancia.

—¿Una ambulancia? —preguntó la abuela con terror llevándose una mano al pecho.

—Tranquilízate, mujer —la consoló Tomás entrando en la casa—. Es sólo por si acaso. Tu nieta estará bien, es una chica inteligente.

—Si le pasa algo, no seré capaz de perdonármelo nunca. He sido muy mala con ella y este es mi castigo.

Al ver la sincera preocupación de la abuela reuní el coraje necesario para dar un paso al frente, pero una mano salida de la nada apretó mi boca y tiró de mi cuerpo hacia las sombras. Cristian había aprovechado el alboroto general para bordear los árboles y colocarse a mi espalda.

—No hagas ruido o me cargo a tu familia, ratita —me intimidó, apuntándome con la pistola en la cabeza.

Hice lo que me pedía, sus amenazas no eran en balde, si delataba nuestra presencia mucha gente moriría esa noche, y yo no quería poner en peligro a nadie. La familia Salcedo era tan poderosa como la familia de Clara, y la corrupción formaba parte de su vida cotidiana; no tenían escrúpulos y sabían tirar de contactos. Cristian me condujo a empujones hacia el acantilado.

—Volvemos a estar juntos, muñeca. Tú y yo solitos —me susurró Cristian al oído. Su cuerpo mojado se apretaba contra el mío, revelando una gran erección—. Hace años, corté los frenos del monovolumen de tus padres, fue una buena idea, lástima que tu madre vendiera el coche para comprarse el viejo Peugeot. Entonces, mi padre me exigió que dejara en paz a tu familia, no quería más complicaciones, matar a tantas personas sin llamar la atención era demasiado peligroso, así que tuve que enmendar mi error vigilando a tu estúpida familia. ¡He desperdiciado mi vida en este pueblucho asqueroso, y todo por tu culpa!

Cristian estaba tan envalentonado, blandiendo el atizador en una mano y la pistola en la otra, creyendo que yo no opondría ninguna resistencia, que no se esperó el codazo que le di, tres dedos por debajo del esternón, seguido de un tremendo pisotón. Sus dedos soltaron el atizador y yo aproveché para correr rumbo al acantilado, ignorando el dolor que sentía en el tobillo. Un disparo ciego atravesó el aire, sin acertar en el blanco, y retumbó en el paraje revelando nuestra posición.

—¡Maldición! —gritó Cristian corriendo tras de mí—. ¡Ven aquí, puta!

Otro tiro silbó junto a mi oreja, sin tocarla. Iba a morir, aquella noche iba a morir, cuando la última gota de lluvia besara mi frente iba a morir. La tormenta se había convertido en una ligera

llovizna que estaba a punto de acabar. Karen me lo había advertido: la bruja Viloro nunca se equivocaba.

Me detuve al borde del acantilado sin saber qué hacer. Cristian apareció un minuto después. Las rocas que sostenían mis pies eran precarias y varias piedrecillas se despeñaron por la empinada ladera.

—Ya no puedes escapar, ratita. —La sonrisa que me dedicó Cristian destilaba maldad en estado puro—. Qué vas a hacer ahora, ¿saltar?

El cañón de la pistola me apuntó. Estaba allí, a varios metros de distancia, acechándome con su ojo de metal, un orificio lleno de muerte que albergaba una bala con mi nombre. Cristian se regodeó en su poder acariciando el gatillo, sin apretarlo. Era un enfermo, un sádico. Justo cuando estaba quitando el seguro para disparar, una sombra se abalanzó sobre él para arrebatarse la pistola. Era Alejandro; tal vez había seguido el ruido de los disparos hasta localizarnos.

—Siempre tienes que ser tú —gritó Cristian esforzándose por guiar el cañón del arma hacia las tripas de su adversario—. Pero esta vez te voy a matar. ¡Voy a cobrarme la paliza que me diste!

—¡Vete a la mierda, cabrón!

La pistola apuntó hacia Alejandro y los ojos de Cristian brillaron con sangre asesina. Lo iba a matar, iba a perderlo para siempre. No podía ser, tenía que salvarlo. Mi amor se manifestó con un grito salvaje de rabia e impotencia, que desorientó a Cristian mientras me lanzaba sobre él.

—¡Suéltalo! —Mi voz se escuchó ronca, sucia, como si las cuerdas vocales estuvieran oxidadas por el desuso. El sonido pertenecía a una mujer adulta, ya no había rastro de los matices infantiles.

Los tres forcejamos por obtener la pistola hasta que un disparo nos detuvo. Una mancha roja se extendió por el pantalón de Alejandro, estaba herido. Alargué el brazo para tocarla, pero él me lo impidió.

—No te preocupes, la bala solo me ha rozado —me susurró Alejandro, obligándome a recular unos pasos para alejarnos de Cristian y de la pistola.

Volvíamos a estar al filo del acantilado. Al otro lado, mamá surgió de la frondosa vegetación acompañada por Sonia. Al ver la extraña situación, se detuvieron a un lado del camino, confusas. Cristian miró a diestro y siniestro, desesperado, sin saber cómo proceder. Sus manos temblaban con el arma preparada para matar.

—¿Qué está pasando? ¿Por qué tienes esa pistola, Cristian? —preguntó Sonia, avanzando hacia su exnovio sin ser consciente del peligro. Mamá la sujetó por el brazo para detenerla.

—¡Cállate! ¡Y no vuelvas a llamarme Cristian nunca más! Mi nombre es Daniel. ¡Daniel! —Cristian apuntó con la pistola a las dos mujeres, intermitentemente—. Poneos cerca de ellos para que os pueda controlar mientras decido qué voy a hacer con todos vosotros. ¡Rápido!

—Quédate detrás de mí, Sonia —ordenó mamá, protegiendo a mi hermana con su propio cuerpo—. Hijo, baja la pistola. Sea cual sea el problema, lo podemos solucionar hablando.

La lluvia casi había dejado de caer, mi corazón latía muy deprisa, si no hacía algo de inmediato Cristian mataría a mi familia, se llevaría todo lo que amaba en este mundo. Miré al cielo y pedí una señal.

—No me haga reír, señora. ¿Cómo me va a ayudar usted? —preguntó Cristian con crueldad, apuntándola con la pistola—. ¿Le busco una pala y empieza a cavar cuatro tumbas?

Alejando tomó mi mano y me dio un apretón para señalar con la barbilla hacia una silueta femenina, que se recortaba entre la arboleda del bosque. Nuestra relación era tan fuerte que nos entendíamos sin necesidad de palabras. Cristian no se dio cuenta de la presencia de la mujer, su atención estaba centrada en mantener controlados a sus dos nuevos rehenes. Tragué saliva al distinguir a María, aún estaba viva y llevaba entre las manos el atizador. ¡Gracias a Dios!

—¿Por qué nos haces esto? —preguntó con desesperación Sonia. Hasta ese instante no me había percatado de que estaba llorando—. Tú me amas. No puedes matarme, Cristian.

—¡Te he dicho que no me llames Cristian! ¡Soy Daniel Salcedo, estúpida! —explotó furibundo, apuntando esta vez hacia la cabeza de mi hermana. ¡Estaba fuera de control!— Jamás te he soportado. Tuve que liarme contigo para llegar hasta tu padre. ¡Yo lo asesiné, me oyes! ¡Yo le quité la vida!

Sonia abrió los ojos brillantes de lágrimas, apoyándose en mi madre. María estaba a tres metros de Cristian y sostenía el atizador como un arma de defensa. Mi madre intercambié una mirada breve conmigo, también había visto a la sirvienta y no quería delatarla. Su instinto maternal había aflorado, permitiéndole dominar la situación para mantener a salvo a sus hijas.

—¡Baja el arma! La violencia nunca es la solución —intercedió mamá con voz calmada, mientras María caminaba con una mueca de dolor que reflejaba el padecimiento que estaba sufriendo por sus heridas.

Los zapatos de la sirvienta arrastraron unas cuantas chinas haciendo un poco de ruido. Cristian frunció el entrecejo y estiró el cuello; presentía que había alguien detrás de él.

—¡Eres un cobarde! —rugió Alejandro acaparando el interés de Cristian y salvando la situación—. Deja la pistola y enfréntate a mí como los hombres.

—¡Qué valiente eres! Entonces, tú serás el primero en morir.

Di un pequeño paso hacia atrás y contemplé el vacío. El sonido del viento me susurró en los oídos, revolviéndome el pelo. Solo una persona con mucha suerte sobreviviría a una caída tan terrible; las rocas eran demasiado afiladas.

Cristian apretó el gatillo al mismo tiempo que María clavaba el atizador en su espalda, llegando a su corazón. La bala continuó su trayectoria hacia el pecho de Alejandro. Entonces, antes de que la última gota de agua besara mi frente, tomé aquello que realmente me importaba y lo arrastré conmigo hacia el vacío, rompiendo las cadenas que me ataban a un destino perdido, abriendo mis alas para salvar al amor.

La vida pasó frente a mis ojos en cuestión de segundos. Me vi a mi misma de pequeña jugando con papá y Sonia a la pelota. Recordé a mamá sentada en mi cama contándome el cuento de la sirenita; a Adela preparándome mi postre favorito o reconfortándome con un abrazo; a Tomás, mi buen Tomás, regalándome sus sabios consejos y tallando figuritas de madera; a Gertru, con sus ocurrencias tan graciosas; a mi amiga Ana y sus dietas milagro; a la abuela conduciéndome hasta mi dormitorio la primera noche que llegué a la mansión; a la inocente Roberta y al desgarbado Ángel Giovanni, mis amigos; pero sobre todas las cosas, vi a Alejandro: nuestro primer baile a la luz de la luna, el primer beso, sus abrazos, sus gestos y esas bromas que solo le hacían gracia a él.

Morir era una sensación irreal y fantástica, como un sueño. Una roca me golpeó el cráneo antes de sumergirme en el agua helada. Poco a poco el latido de mi corazón se debilitó. El ahogamiento era una sensación familiar, ya había muerto así antes, en otro tiempo, en otra vida.

Tenía frío y me sentía cansada. El pozo oscuro donde estaba sumergida se fue llenando progresivamente de una claridad protectora. Y la luz se hizo, y mis ojos se encontraron con las

manos familiares de un hombre. Reconocí de inmediato aquellos dedos largos y bien definidos, que tantas veces me habían consolado cuando era pequeña. Papá me recibió con una caricia.

—Por fin estás aquí, mi pequeña princesa, qué valiente has sido. No te preocupes, ahora todo irá bien.

Cuánto lo había echado de menos. Sin oponer ninguna resistencia permití que me sacara de la cálida luz, internándonos en las dolorosas sombras de un destino que estaba a punto de dejar atrás.

20

UN DIARIO SIN DUEÑA

Karen se despertó sobresaltada en medio de la oscuridad. El sueño había sido más vívido que la vez anterior, los rostros desconocidos aún estaban frescos en su mente y sus nombres... Oh, tenía que retener sus nombres. Cerró los ojos con fuerza para recordar, pero fue imposible. La fantasía se había esfumado dejándole solo sensaciones intangibles.

—¿Cómo has amanecido esta mañana? —preguntó Soraya, entrando en la habitación sin llamar. Estaba preocupada por su hermana y tenía que vigilarla constantemente—. ¿Quieres que te traiga algo para desayunar?

—No, gracias.

—¿Has vuelto a tener otro de esos sueños tuyos?

Soraya tomó asiento en la cama dispuesta a escuchar otra de las delirantes fantasías de Karen. Desde hacía un par de semanas, no dejaba de hablar de un mundo imaginario atestado de niñas desvalidas, príncipes encantadores y viejas brujas.

—Sí, solo que hoy ha sido una pesadilla. Había fuego a mí alrededor y me sentía aterrorizada, indefensa.

De nuevo estaba desvariando. Soraya acarició la mejilla de Karen para calmarla y notó que le había subido la temperatura desde la última vez que se la había tomado la noche anterior.

—¿Y qué más ha pasado? —le preguntó para complacerla, rogando porque no hiciera una locura como su madre, doña Aurora de Clara, y cometiera un suicidio—. ¿Quién aparecía en tu sueño? ¿Estaba ese chico guapo que tanto te recuerda a Abel?

—No, hoy no le he visto a él, pero te he visto a ti.

—¿A mí?

—Sí, bueno, no, no eras exactamente tú, aunque también trabajabas como sirvienta.

—¡Qué mala suerte la mía! —exclamó Soraya con diversión, cruzándose de brazos.

—Seguíamos llevándonos como perro y gato. Y, aunque no eras tú, porque ella no se parecía nada a ti, yo sabía que eras tú, ¿me entiendes?

—Ni una palabra. —Soraya torció la sonrisa con preocupación y le tomó el pulso—. Tienes que hacer voluntad y beberte la tisana que te ha recetado el doctor cada ocho horas o nunca te recuperarás. Menos mal que solo es una simple gripe, si te hubieran salido las ronchas, no sé qué

hubiera... —De inmediato guardó silencio al ver la tristeza reflejada en los ojos de su hermana—. Será mejor que reposes durante todo el día de hoy.

—¿Y si vuelvo a soñar con el fuego? Había tanto humo y tú estabas a punto de morir quemada. Yo no podía impedirlo porque había alguien más, un hombre. —Karen suspiró mientras era arrojada por Soraya—. No recuerdo sus facciones, pero creo que era...

—No te preocupes, sólo ha sido una pesadilla.

—Pero tan real. Pobre chica, intentó salvarme arriesgando su vida. —Karen bostezó—. Ella eras tú, ahora lo sé. No me recordabas, sin embargo te preocupabas por mí, por qué eras tú.

—Tranquila, duerme.

En un gesto poco acostumbrado en ella, Soraya acarició el cabello de Karen con ternura. Deseaba protegerla con todas sus fuerzas, hasta su último aliento, no estaba dispuesta a perder a ningún miembro más de su reducida familia.

—Estoy segura, la chica que se parece tanto a mí es... —Karen bostezó de nuevo, tratando de resistirse al agotamiento—. Es Claudia, ¿te lo puedes creer?

—¿Claudia?

—Sí, me costó reconocerla al principio, es idéntica a mí. Pero estoy segura, es ella, aunque soy yo, bueno es mi cuerpo.

—Shhh... Deja de pensar en esas cosas, no son verdad, y duerme un ratito más. Te despertaré para el almuerzo.

—Estoy tan confundida.

—Descansa, cabeza de chorlito. —Con delicadeza, Soraya dio un par de golpecitos en un cojín y lo acomodó bajo la cabeza de su hermana—. Esa gente está solo en tu imaginación, olvídalos.

—Sí, pero...

—¡No hay peros que valgan!

—¿Soraya, crees en el destino?

—Si el mío es ser eternamente una sirvienta, entonces no. —Ambas mujeres sonrieron—. Que tengas dulces sueños, Karen.

—Lo mismo te digo, hermanita.

—Por cierto, en esta vida o en cualquier otra, si tuviera que morir para salvarte lo haría sin pensarlo dos veces —afirmó Soraya, cerrando las cortinas—. Somos hermanas y siempre será así. Te lo prometo.

La oscuridad se hizo en la habitación cuando Soraya cerró la puerta al salir. Karen se arrebujó contra las mantas tratando de hacer a un lado la perturbadora imagen de aquel chico cuyos ojos se parecían tanto a los de su marido. Lo había visto besando a su réplica, acariciándola íntimamente en la casita del claro, tirados sobre la alfombra del salón. En aquella realidad onírica el Conde seguía atrayendo a Claudia de una manera destructiva, que perjudicaba a cuanto les rodeaba. Menos mal que había buenas personas que arrojaban y amaban de forma incondicional a su alter ego. Se esforzó por evocar sus nombres o sus rasgos, que durante los sueños eran tan claros y precisos, pero no fue capaz; se habían vuelto demasiado borrosos al despertar.

A las diez de la mañana, tras beberse la tisana, Karen se levantó de la cama a escondidas, desoyendo las indicaciones de Soraya, se vistió con ropas sencillas, salió de la mansión por la puerta de servicio y tuvo que cruzar el jardín para dirigirse al camino que descendía hasta el

pueblo. Los recuerdos de su hijo, su pequeño Tito, estaban a flor de piel. Podía verlo con claridad correteando entre las flores, parlotando de cualquier cosa que le llamara la atención, abrazándose a sus faldas y soltando esas carcajadas infantiles que nunca más volvería a escuchar. Había perdido a su niño, ya no lo vería nunca más, había muerto aquel fatídico día, aquella fatídica noche. No, no había muerto, Claudia lo había asesinado a sangre fría, lo había conducido de la mano hasta el lago para que se ahogara, y había salido victoriosa. Era una criminal sin corazón que no había dudado en abandonar a su propio hijo para salvarse a sí misma.

Los acontecimientos posteriores eran algo confusos. Soraya se había encargado de manejar la situación mientras Karen lloraba abrazada al cuerpecito sin vida de su hijo, envuelta por las tinieblas del lago, tan oscuras como la tragedia que había desgarrado su alma. Lo siguiente que recordaba era a Abel sentado en un sofá, no hacía buena cara y parecía algo desorientado. Todo lo demás estaba en blanco. Según le habían explicado, Abel se había desmayado poco después de recibir en la mansión al doctor encargado de certificar la muerte de Tito. A continuación había sido trasladado a una habitación para ser examinado, en tanto Karen sufría un ataque de pánico. Dios la estaba castigando por ser una mentirosa sin moral y una egoísta que únicamente pensaba en sí misma. Soraya logró calmarla con una taza de valeriana y un montón de reconfortantes palabras.

Tuvieron que esperar un cuarto de hora hasta que el doctor concluyó que el sobreesfuerzo realizado durante el rescate, unido a la conmoción por la pérdida de la criatura, había agravado los síntomas de un resfriado común. Su diagnóstico inicial dio un giro de ciento ochenta grados al mediodía siguiente, cuando el enfermo empeoró de manera notable, tanto su cara como sus pies se veían ligeramente azulados por la falta de oxígeno. Entonces no hubo dudas y su dictamen fue rotundo: padecía la muerte púrpura. La enfermedad era muy contagiosa, no tenía cura y estaba asolando buena parte del planeta. Rara era la semana en que los periódicos no escribían un artículo sobre un nuevo brote. Se habían tenido que improvisar hospitales para atender a los enfermos y los muertos se contaban por miles. Incluso se habían cambiado algunas leyes para enterrar a los difuntos justo después del funeral, evitando el velatorio que acostumbraba a durar entre dos y tres días.

El doctor sondeó a las empleadas de la mansión para averiguar la procedencia del virus, dado que tenía que informar a las autoridades pertinentes para controlar una posible pandemia. Se preocupó muchísimo cuando descubrió que la enfermera francesa que había atendido al Conde presentaba los mismos síntomas que Abel, pues todo aquel que hubiera entrado en contacto con ella durante su viaje de regreso a Toulouse corría el riesgo de contraer el virus. El hombre redactó de inmediato una carta destinada a la familia gala, donde les preguntaba por la evolución de la paciente en un francés oxidado. Era de vital importancia saber si había respondido positivamente a algún tratamiento, el tiempo jugaba en su contra.

Abel fue trasladado a la casita del claro, para aislarlo del resto de la gente, la misma mañana en que se enterró a Tito. El doctor estableció unas pautas para prevenir cualquier peligro de contagio: la habitación tenía que estar bien ventilada en todo momento, la mosquitera de la cama siempre debía permanecer echada, no se podía estar junto a al enfermo sin llevar mascarilla y se mantendría cierta distancia con él, excepto para alimentarlo, evitando cualquier contacto con los fluidos que desprendiera su cuerpo. También ordenó que se limpiara la mansión a conciencia, con agua caliente y alcohol puro, quemando la ropa de cama y los muebles que hubieran entrado en contacto con el doliente en los últimos días.

Esa misma tarde se presentaron en la mansión dos agentes de la Guardia Civil para tomar declaración por la muerte de Tito. Además, querían comprobar que la persona infectada de gripe estaba bien aislada y controlada. El doctor les explicó su modo de proceder, mientras Soraya subía por las escaleras muerta de miedo. En medio de aquella vorágine nadie había reparado en el Conde; si la policía descubría otro enfermo en la casa haría preguntas incómodas y, quizás, exigiría pruebas médicas para descartar un posible contagio. Era demasiado peligroso, había mucho en juego, así que decidió utilizar la silla de ruedas para trasladar al viejo a una habitación secreta que había en la bodega, por lo menos hasta que amainara la tormenta. En el hipotético caso de que alguien preguntara por el Conde, ellas podrían alegar que se había marchado al extranjero con su hija. Cuántas vueltas daba la vida, por culpa del mal carácter de Claudia apenas quedaban mujeres en el servicio, por eso Karen se había tenido que encargar del cuidado de su esposo, y ahora esas circunstancias jugaban a su favor. Las pocas empleadas que había en la mansión apenas tenían contacto con el viejo, ninguna sospecharía nada. Ya estaba bien de pensar en las musarañas, había que ponerse manos a la obra, no podía perder más tiempo y aún tenía que encontrar a su hermana para avisarla del peligro.

A las siete menos diez, los agentes acompañaron a Karen en un control rutinario por la casa, mientras ella aseguraba con los ojos llenos de impotencia que la muerte de su hijo había sido un lamentable accidente, que el niño había caído al agua en un descuido y se había ahogado. Era otra mentira que siempre llevaría clavada en el alma, aunque había sido lo mejor, Soraya tenía razón. Si la Guardia Civil iniciaba una investigación podían salir a relucir muchos trapos sucios de la familia; la infidelidad o tener un hijo fuera del matrimonio no eran faltas tan graves comparadas con el intento de homicidio que habían perpetrado en contra de su marido. En el mejor de los casos las dos terminarían en prisión y su pobre sobrina, en un orfanato. En el peor, también se descubrirían los tejemanejes que el viejo Conde se había traído con algunos altos cargos catalanes. Su marido estaba metido hasta el cuello en el conflicto político que estaba sacudiendo Barcelona y que prometía fracturar la sociedad en dos. ¡Era una locura! La amistad, la piedad y la armonía habían sido derrocadas por el odio sin sentido. El mundo estaba cambiando a pasos agigantados y el futuro de su familia era incierto, dependía de hacia dónde soplaran los vientos: si las intrigas del Conde salían a la luz, tanto la vida de Sofia como de Soraya y el resto del personal de la mansión estaría en peligro. La Guardia Civil cumpliría con su misión: arrestaría a muchos empleados, arrancaría confesiones utilizando cualquier medio y, si no hallaba lo que estaba buscando, encontraría un chivo expiatorio para calmar la opinión pública. Eran tiempos difíciles, con una justicia más ciega y sorda que nunca. Las calles se llenaban de trabajadores que exigían sus derechos a través de manifestaciones y revueltas organizadas por los sindicatos, en tanto la patronal se negaba a mejorar las condiciones salariales y productivas, valiéndose de cargas policiales para imponer la ley y el orden. La decisión más inteligente era dejar las cosas así, no propiciar una desgracia mayor para conseguir una sentencia judicial inútil, que nunca se cumpliría. Claudia ya debía estar muy lejos, en otro país, y sería difícil dar con ella.

Durante los siguientes cuatro días Karen no dejó a Abel ni a sol ni a sombra, ignorando las protestas de la sanitaria impuesta por el alcalde de Barcelona. Permanecía sentada a varios metros de la cama, atenta a cualquier necesidad, y siempre que la sanitaria se descuidaba, corría junto a él para darle fuerzas sosteniéndole una mano. No estaba dispuesta a dejar solo al hombre que amaba, le había fallado de mil formas diferentes a lo largo de su vida, pero jamás lo dejaría solo a la hora de su muerte.

La respuesta a la carta enviada por el doctor llegó demasiado tarde, Abel falleció dos semanas antes, asfixiado por la sangre que encharcaba sus pulmones. La enfermera francesa había corrido la misma suerte y ya no se encontraba en este mundo. El funeral de Abel fue penoso, apenas acudieron cuatro personas por miedo a contagiarse. Incluso el cura que ofició la misa se tapó la boca con un pañuelo empapado en vinagre, a cierta distancia del ataúd cerrado.

Una lágrima resbaló por la mejilla de Karen, pero al ver a un labriego se la enjugó, apartando el recuerdo de aquel día tan funesto, y le preguntó por la vivienda de Arcineidia Viloró. El hombre la miró algo confundido antes de indicarle el sendero asilvestrado que subía hasta una colina perdida de la mano de Dios. Karen tuvo que luchar contra la frondosa vegetación, que se había adueñado de parte del terreno, hasta alcanzar una choza de piedra con techo de paja. Olía a vestías, a corral y a orines humanos.

Arcineidia estaba sentada en una silla baja, remendando el agujero de unos leotardos de lana. Al escuchar pasos, levantó la vista de la costura y se llevó una mano al refajo, donde tenía atada una navaja pequeña. Cuando reconoció a Karen, se relajó de manera visible.

—Vienes buscando respuestas, pero solo hallarás más preguntas en mis palabras.

Arcineidia se puso en pie con un trabajo evidente, y le indicó que entrara en la choza.

—¿Por qué me maldijo ese día? ¿Qué daño le he hecho yo? —preguntó Karen, mirando en rededor con incomodidad.

El interior de la choza era humilde, apenas tenía muebles. El suelo era de arena, había un catre situado en una esquina, sillas que acompañaban una mesa muy rústica, plagada de trastos, y un fuego a tierra con un caldero hirviendo. En el momento que Arcineidia hizo un gesto para que Karen tomara asiento, esta obedeció con cierta reticencia.

—Solo trataba de advertirte para enmendar los errores de nuestro pasado, aunque fue en vano, tu destino ya estaba sellado. Todo obedece a un orden y debemos cumplirlo. La vida es circular como la misma naturaleza; una semilla germina en un árbol, que a su vez da fruto y vuelve al suelo convertida en otra semilla.

—No sé de qué está hablando. Usted y yo no tenemos ningún pasado común, apenas la conozco, jamás hemos tenido trato alguno, sabía de usted por las habladurías y nada más —respondió Karen, sin comprender las palabras de la vieja curandera.

—Y sin embargo aquí estás, frente a mí, nos hemos vuelto a encontrar cuando falta poco para que abandone este mundo. —Arcineidia sonrió de manera afable, mientras tomaba un botijo que había sobre la mesa y vertía el agua en un cazo de metal—. Como te he dicho, nuestra existencia es circular, estamos vinculadas a un destino mucho mayor que nosotras mismas. Como el padre será hijo, el hijo será maestro. El equilibrio en esta tierra es perpetuo, lo viejo debe morir para que nazca lo nuevo, es el doloroso aprendizaje de nuestra propia condición.

La vieja se dirigió a la ventana y tomó una cesta llena de hierbas que estaban secándose al sol. Tras seleccionar un pequeño atado volvió a la mesa. Sus manos arrugadas tomaron el cazo lleno de agua para acercarlo a la lumbre.

—¿Sueñas con gente que no conoces?

—Sí, ¿cómo lo sabe? ¿Soraya ha hablado con usted? ¿Ella se lo ha contado?

—No, desde luego que no.

Cuando el agua comenzó a hervir, Arcineidia introdujo el fardo de hierbas y esperó unos segundos antes de retirarlo del fuego. Luego tomó una bolsita de cuero que tenía colgada de la

cintura, metió dos dedos para pellizcar un polvo color gris oscuro y lo echó en la infusión. Enseguida se limpió las manos con el agua curada del botijo, secándose las en el mandil, y remeneó la mezcla con una cucharilla de metal, que se tiñó de azul casi de inmediato.

—La muerte merodea a tu alrededor y te ha permitido ver más allá de esta vida terrenal. Es un regalo. No todo el mundo tiene esa fortuna, pero nosotras somos especiales.

—Otra vez habla de nosotras, pero ¿qué tiene que ver usted conmigo?

—Nada y todo. Tú formas parte de mi pasado como yo formaré parte de tu futuro por los tiempos de los tiempos, nos encontraremos siempre, aunque solo sea un segundo, un minuto o una vida entera.

Arcineidia derramó el mejunje con mucho cuidado en un frasquito de cristal que había sobre la mesa, contempló el líquido verdoso a través de la luz que penetraba por la única ventana de la estancia y olfateó el aroma cerrando los ojos.

—Listo. El efecto será rápido y no sufrirás. Bébetelo cuando tu vida sea insoportable, cuando ya no puedas más, tardará una hora en hacer su trabajo y te abrirá el camino hacia ese otro mundo al que tanto deseas llegar.

—¿Me está dando un veneno?

—Por eso has venido, para aliviar tu dolor. Sin embargo recuerda mi predicción: tu amor ha terminado en desgracia y con desgracia debe comenzar. Sucederá lo mismo pero de distinta manera, al revés. Lo blanco será negro, la noche, día y el día, noche. El cazador tiene distintas caras, aunque una única presa, no dejes que te atrape el lobo disfrazado, coge aquello que realmente te importa y desaparece cuando la última gota de lluvia bese tu frente o él se lo llevará todo.

—¿Por qué me hace esto? ¿Por qué repite lo mismo otra vez?

—No quiero para ti una vida llena de amargura, niña. —La última palabra activó el hemisferio derecho del cerebro de Karen, el de la intuición, la atemporalidad, y un recuerdo estuvo a punto de aflorar a la superficie. ¿Niña?, quién la llamaba así.

—Sí que la conozco, ¿verdad? —preguntó Karen, achicando los ojos para examinar los rasgos de la vieja con mayor atención.

Arcineidia volvió a sonreír, tendiéndole el frasquito. Al ver que Karen no movía un solo músculo, se lo colocó entre las manos.

—En esta vida me han otorgado el don de la clarividencia, así que en la próxima seré una persona muy ciega y cerrada. No me guardes rencor cuando nos encontremos otra vez, quizás no sea capaz de reconocerte, niña. Ahora márchate, que pronto habremos de reunirnos.

—No entiendo.

—Nada has de entender, la verdad te será revelada en su preciso momento. Recuerda que todo es circular, y lo que fue volverá a ser. Planta el camino para el amor, y propicia el reencuentro utilizando aquello que una vez os unió. Anda, niña, ahora vete, aún tienes mucho día por delante y la lluvia está por caer.

—Hace buen tiempo —replicó Karen con incredulidad, levantándose de la silla para comprobarlo.

—No te dejes engañar por las apariencias, tras el cielo más claro se puede esconder la peor de las tormentas.

Cuando un trueno retumbó a lo lejos, Karen se estremeció, guardó la poción en el bolsillo de

su falda y entregó unas monedas a la vieja. Se marchó sin mirar atrás mientras las primeras gotas de lluvia comenzaban a caer. Había algo en aquel paraje que le ponía los pelos de punta.

Arcineidia continuó observando el horizonte mucho rato después de que Karen desapareciera por el sendero que bajaba al pueblo. Los sentimientos encontrados habían removido algo en su interior y el llanto rodaba por sus mofletes arrugados y flácidos. Sabía lo que estaba por venir, aunque nada podía hacer, salvo aliviar un poco la angustia de aquella pobre niña, porque siempre sería eso para ella, su niña. El primer bebé que había alumbrado en los albores de los tiempos, cuando el hombre aún no era hombre, aquella recién nacida que había sido arrebatada de entre sus brazos para ser sacrificada junto a otros cien niños como tributo en nombre de la Hacedora primigenia; ni siquiera pudo besar su frente. La brutalidad de los actos humanos selló el destino entre los neonatos y sus indefensas progenitoras: vida tras vida volverían a reencontrarse para sanar el daño causado. Así funcionaba el universo creado por la madre naturaleza, ella no pedía sacrificios, solo buscaba el crecimiento espiritual y la liberación de las pesadas cadenas forjadas con el sufrimiento.

Arcineidia se disponía a entrar en la choza cuando un ataque de tos la hizo arquearse de dolor. Se llevó las manos a la boca y comprobó que estaban manchadas de sangre. Su vida había sido demasiado larga y dura, ya había llegado la hora de descansar en paz.

Un sábado, dos días más tarde, Karen se pasó toda la mañana trasteando en la cocina. Le había dado mil vueltas a las palabras de Arcineidia y, aunque todavía no lograba comprender por completo su significado, se le había ocurrido una idea descabellada: si todo era circular, si debía plantar el camino para encontrar el amor y utilizar aquello que una vez los había unido para construir un nuevo porvenir, los acertijos eran la solución, Abel se los había regalado durante su infancia y ahora sería ella quien los iba a utilizar para estar junto a él.

Karen fue a buscar un limón y un exprimidor a la despensa, como no los encontraba empezó a discutir sola, dejando boquiabierto a una criada que observó con cara de espanto como la señora salía de la casa en camión para trepar al limonero del huerto. Riendo como una lunática, volvió con seis limones y los apretujó con sus propias manos encima del orinal que usaba el Conde. Luego, abrazando el orinal como si fuera el tesoro más preciado que poseía, subió las escaleras de tres en tres tarareando una alegre melodía. A solas en su dormitorio tomó una pluma muy fina de encima del escritorio, mojó la punta en el jugo de limón y garabateó unas cuantas adivinanzas en la última página del sexto diario, que se volvieron invisibles de inmediato. Era un truco que había aprendido en el internado. El mensaje reaparecería cuando el papel se acercara a una fuente de calor, como una vela o el fuego de la lumbre.

Al terminar se levantó del escritorio con el sexto diario en una mano y el séptimo en la otra, se dirigió al guardarropa y buscó algo que sirviera para envolverlos. Escogió un abrigo grueso de color rojo que pertenecía a su difunta madre; su tela era resistente y soportaría bien el paso del tiempo. Tomó las tijeras y lo cortó a cuadraditos. Con los diarios enfundados en el tejido, se dirigió a la chimenea de su habitación, tiró del resorte de bronce que adornaba los capiteles y abrió una caja fuerte donde escondió el séptimo diario.

Después de cerrar la compuerta, recordó que había un escondrijo para armas bajo el mosaico del suelo, que se extendía por buena parte de la biblioteca en diferentes compartimentos, con medidas aproximadas de treinta centímetros de ancho por un metro de largo. La profundidad era considerable puesto que en ellos, antaño, se albergaron pistolas y fusiles de gran envergadura.

Don Ernesto de Clara siempre se jactaba de que su familia había utilizado aquel escondite para guardar armas durante la Guerra de la Independencia Española, a principios del siglo XIX.

La mansión había sido construida a en 1623, en pleno Barroco, y estaba situada en un lugar estratégico, con una buena vista del valle que descansaba a sus pies. Cuatro de las siete chimeneas ubicadas en la biblioteca coincidían con los puntos cardinales: norte, sur, este y oeste. En caso de peligro inminente, algunos lacayos de confianza prendían fuego en la chimenea que correspondía, según la dirección por donde venía la amenaza, ya fuera un enemigo armado o una catástrofe natural. Utilizaban una mezcla de azúcar, algodón, bicarbonato, pigmentos vegetales, deshechos animales y cenizas de plantas para crear humos de distintos colores, que activaban los protocolos establecidos entre el señor y sus campesinos. Así pues, durante el siglo XVII, cuando los franceses atacaron la región, la chimenea ubicada más al norte liberó un humo rojo y denso, símbolo de alerta máxima. Entonces, la iglesia hizo repicar las campanas para que las mujeres y los niños se escondieran en las criptas que había bajo sus cimientos, mientras los hombres tomaban armas. Al caer el sol, el humo blanco de la chimenea central era acompañado por el tañido continuo de una campana. Si el color azul se asomaba, la gente sabía que había riesgo de inundaciones y corría hacia el peligro cargada con sacos de arena para construir una barricada. El naranja activaba un rústico mecanismo contra incendios, que convocaba a una gran multitud de hombres cargados de cubos y bidones.

Karen se arrodilló cerca del arco que separaba la biblioteca de su dormitorio y se concentró en despegar las baldosas del suelo con un cincel de hierro. A continuación utilizó las puntas de los dedos para levantar la vieja tabla de madera que había quedado al descubierto y escondió el sexto diario en el interior del compartimento, percatándose de que no tenía mortero para recolocar el mosaico. ¡Era un gran problema, pero iba a encontrar una solución! Sudorosa y agitada volvió a salir de la casa, dando de que hablar a las empleadas que no perdían detalle de lo que hacía la señora.

—Está como una cabra. —La sirvienta se cubrió la boca con la mano para que sus palabras solo fueran escuchadas por sus compañeras de trabajo.

—Cada día que pasa está peor —se lamentaba una mujer mayor, mirando con tristeza a la señora. Había perdido mucho peso y apenas comía—. La muerte de su hijo le ha quitado la razón, qué lástima.

Tras preparar el mortero, Karen salió del granero sujetando un cubo de madera, con el rostro y el camisón manchados de barro. Nadie dijo ni pío cuando entró en el vestíbulo dejando una estela de pasos sucios, subió las escaleras y se encerró en su habitación a cal y canto.

El ungüento resultó ser el milagro que necesitaba y adhirió sin ningún problema las baldosas al pavimento. Sin embargo, era tan corrosivo que la cerámica que había recolocado perdió un poco de color, se veía más gastada.

Sonaron un par de golpes insistentes en la puerta.

—¿Por qué te has encerrado bajo llave? —preguntó Soraya con impaciencia.

—Estoy ocupada.

—¡Ábreme, Karen!

—Ahora mismo voy, un momento. —La muchacha se apresuró a recoger las pruebas del delito y, con brío, le dio una última pasada a las losas empleando un paño limpio.

Cuando por fin abrió la puerta, Soraya estaba que se la llevaban los demonios.

—¿Por qué has tardado tanto? —Entró sin ser invitada, mirando el desorden de la habitación con el entrecejo fruncido—. Dios mío, pero qué has organizado aquí. ¿Ese no es el abrigo de tu madre? ¡Lo has hecho girones!

—Es que necesitaba la tela, ya sabes.

Soraya dio una vuelta de inspección, deteniéndose donde descansaban los diarios. Recordaba haber visto a su hermana durante prácticamente toda la infancia cargada con aquellos cuadernos que le había regalado don Ernesto al cumplir los doce años.

—¿Dónde has guardado el resto de tus diarios?

—Uhm... Por aquí y por allá.

—¿Se puede saber qué te pasa, Karen? Hoy estás más rara que de costumbre, incluso me atrevería a decir que pareces contenta.

—Porque lo estoy, querida hermanita.

Karen abrazó a Soraya, y esta pudo notar que le había vuelto a subir la fiebre. Por eso se comportaba así: estaba delirando.

—Será mejor que te metas en la cama. Creo que te ha subido la temperatura.

—Sí, tengo ganas de dormir, me apetece soñar un rato.

El domingo, 8 de febrero de 1920, a las nueve de la mañana, Soraya entró en el dormitorio de Karen y la encontró haciendo una y otra vez el mismo recorrido: se colocaba entre dos chimeneas de la biblioteca, caminaba en línea recta, luego dibujaba un semicírculo y se dirigía hacia el oeste otro buen trecho, contando en voz alta los pasos que daba. Soraya intentó convencerla para que dejara lo que estaba haciendo y probara el rico desayuno que le había preparado, pero fue inútil, no cejó en su empeño y repitió la misma operación hasta que ella se marchó frustrada. Entonces, Karen tomó asiento frente al escritorio y redactó una adivinanza a pie de página del quinto diario, destinada a localizar el compartimento secreto de armas. Por desgracia, las palabras se apelotonaron sin orden ni concierto, formando un entramado de pistas difíciles de comprender. Cuando estuvo medianamente satisfecha con el resultado, buscó la última carta que su madre le había escrito antes de suicidarse y la guardó en el pequeño portafolios que había en la contraportada.

Acto seguido se colocó en cuclillas frente a la única chimenea de la biblioteca que poseía dos pequeñas columnas de mármol blanco. La amplia base cuadrada sobre la que se asentaba el pilar derecho era falsa, en realidad era un cajón de mármol biselado en una esquina, que se anclaba a la pared con pernios. En el pasado se había utilizado para guardar las distintas mezclas en polvo que servían para darle color al humo. Como el mecanismo estaba oxidado, tuvo que hacer mucha presión para desencajarlo.

Limpiándose los dedos en la falda del camión, fue a por el juego de arquetas que su madre le había regalado al cumplir los ocho años y utilizó una para guardar el quinto diario, envuelto en la tela colorada. Al cerrar el cajón de nuevo, se sintió satisfecha. ¡Era un buen escondite!

Armada con un cincel y un mazo, se introdujo en otra chimenea, esta vez una con labranzas religiosas, y a porrazo limpio desprendió un ladrillo de la cámara de humos, que estaba a una altura considerable. Como tuvo que permanecer largo rato de puntillas, la parte baja del empeine comenzó a dolerle, aunque no se rindió hasta que la arqueta que contenía el cuarto manuscrito descansó en su lugar. De inmediato, colocó el tocho sin utilizar mortero, pues quedaba bien

encajado en el hueco; no se caería a menos que hubiera un gran temblor, cosa poco frecuente en Cataluña.

El resto del día lo pasó deambulando por la mansión, en busca de insólitos escondrijos capaces de albergar los diarios que todavía conservaba. Soraya la vigilaba a cierta distancia, sobrecogida, viendo como reía sola o hablaba con las paredes.

La noche del lunes, Karen la dedicó a deshacer la envoltura del tercer diario para escribir un acertijo en una esquina. Seguidamente, recolocó el revestimiento de cuero sobre la tapa dura de cartón y le dio un sorbo a un vaso de agua. No había cenado y sus tripas estaban protestando. El resultado no quedó nada mal, ni siquiera se notaba que había sido manipulado.

Guardó el tercer diario en otra arqueta y se introdujo en la chimenea de alabastro verde, situada en el centro de la biblioteca, dando gracias al cielo por no haber dañado las labranzas de guerra que decoraban la parte delantera. Durante la tarde se había excitado tanto dando golpes con el mazo, que casi había malogrado la bella placa de mármol, agrietándola en algunas zonas donde el grabado era más profundo.

Al esconder la arqueta estiró el brazo cuanto pudo, intentando que el metal quedara lo más apartado posible del calor del cenicero. Luego situó el zócalo en su emplazamiento y lo cubrió con una fina capa de cemento.

—¿Karen? —la llamó Soraya aporreando la puerta del dormitorio a eso de las doce de la noche—. ¿Estás ahí?

—Sí, ¡ya voy! ¡Ya voy!

La muchacha guardó todos los artilugios que había utilizado debajo de la cama y fue corriendo a abrir la puerta. Soraya la fulminó con la mirada.

—¿Por qué te has encerrado con llave otra vez? —Echó un rápido vistazo a la habitación—. ¿Se puede saber qué te traes entre manos? Antes casi tiras las paredes abajo dando golpes y ahora estás aquí tan callada que pensé...

Soraya dejó de hablar al ver lo sucia que estaba su hermana, toda tiznada de cenizas. Impaciente se masajeó las sienes, pretendía mantener su aparente serenidad; al menos una de las dos debía continuar siendo lúcida.

—¿Ya has cenado?

—Uhm... No, la verdad es que no he tenido tiempo. Estaba muy ocupada.

—¿Haciendo qué? —La sirvienta frunció el ceño.

—Creándome un futuro.

—¿Un futuro?

—Sí, eso mismo, ¡un futuro!

Soraya renegó para sus adentros. La casa se estaba viniendo abajo y los disparates de su hermana iban en aumento. Si el rumor llegaba a oídos indiscretos, no quería ni imaginar lo que podía suceder. Claudia había huido, pero ¿cuánto tardaría en regresar cuando descubriera que su crimen había sido encubierto? Era una persona sin escrúpulos, inclusive sería capaz de internar a Karen en un sanatorio mental, valiéndose de su extravagante comportamiento, para quedarse como dueña y señora del patrimonio familiar.

Resuelta a evitar el problema, Soraya decidió asumir el control de la casa con mano firme; no iba a permitir habladurías de ningún tipo en tanto ella estuviera al frente.

—Anda ven conmigo, cabeza de chorlito. Te voy a preparar el baño. No quiero que ensucies

la cama, estás llena de porquería.

—Ya es un poco tarde —murmuró Karen, mirando con culpabilidad las sábanas manchadas de la noche anterior—. Ayer estaba tan cansada cuando terminé de hacer mis cosas que me fui a dormir sin cambiarme de ropa.

—Bueno, no pasa nada. —Soraya moduló la voz como si estuviera hablando con una niña—. Ahora ¡vamos!

—¡Está bien! ¡Está bien! Qué marimandona te has vuelto con los años, Soraya.

—No me he vuelto nada, siempre lo he sido. ¡Y a mucha honra! Venga, déjate de tonterías y vamos a asearte o no podré darle a tiempo el biberón al pequeño Alejandro.

La pobre sirvienta olvidó mencionar que también debía encargarse de asear y alimentar al decrepito Conde de la Cruz. Era una tarea fastidiosa, sobre todo cuando defecaba. La porquería se incrustaba en los pellejos arrugados que envolvían su flácido trasero y tardaba una eternidad en lavarlo. Además, siempre acababa pringada de pies a cabeza. Eso sí, se vengaba de él soltando una sarta de improperios en contra de Claudia, su adorada hija adoptiva, por haberlo abandonado sin remordimientos para fugarse al extranjero en medio de la tormenta del siglo, dejándolo a su cargo. El gozo que experimentaba cuando el viejo la miraba con odio, deseando retorcerle el pescuezo, no tenía precio.

El jueves por la mañana, Karen despertó melancólica, ya que hacía varios días que no soñaba nada. Con ese humor agarró una de las hojas del séptimo diario, que había arrancado hacía tiempo, y convirtió su desesperación en palabras. La gente no la comprendía, la tachaba de loca; además su pérdida era tan grande y estaba tan sola. Cuánto deseaba que sus sueños se cumplieran, que la vida en verdad fuera circular y le permitiera tener otra oportunidad.

Al terminar guardó el folio en un sobre y buscó el segundo manuscrito. Desenfundó el tejido de cuero que envolvía la tapa, alojando en su interior la carta. Cuando volvió a encolarlo, notó que había una pequeña raja en la esquina superior del revestimiento. No era gran cosa, así que le echó un poco más de engrudo.

Pasadas unas cuantas horas, Karen comprobó que el diario estaba completamente seco, lo enfundó en la tela roja y lo protegió dentro de la urna de metal. Previamente, había quitado un tocho que formaba parte de la campana interior de otra chimenea de la biblioteca. Bueno, en realidad, lo había partido en cachitos con el mazo y el cincel. La única solución viable para tapar el agujero era buscar una pieza nueva en el cobertizo, donde había una gran pila destinada a construir un cercado en el jardín. Era de un color diferente, pero serviría. Cuando introdujo el segundo diario en la cavidad y lo encerró con el ladrillo, tuvo que hacer mucha fuerza, puesto que era más voluminoso de lo normal. Al salir de la chimenea se frotó las manos para quitarse la mugre. ¡Por fin había terminado!

Algo más animada bajó a la cocina para almorzar con Soraya y Sofía; hacía mucho tiempo que no compartía una comida con ellas y se sentía culpable. Al llegar encontró a la pequeña subida en un taburete, tratando de ayudar a su madre a poner la mesa. Cuando su sobrina la vio pegó un salto de alegría y se arrojó a sus brazos, lanzando por los aires su vieja muñeca de trapo.

—¡Tita, tita...!

—Sofía, ya está bien —intervino Soraya pasado un rato—. Si continúas apachurrando el cuello de tu tía con tantas fuerzas la vas a asfixiar. No ves lo debilucha que está.

La niña se apartó de Karen y la miró con preocupación. No quería perderla igual que había perdido a su primo.

—¿Te he hecho pupa, tita?

—No, cielo. No le hagas caso al ogro de tu madre y abrázame cuanto quieras.

—Y, ¿no te apachucharé?

—Se dice *apachurraré* —la corrigió Soraya, llevando el potaje a la mesa—, y no *apachucharé*.

—¡Eso he dicho yo! —replicó la niña abrazándose a Karen— ¡*Apachucharé!*

—Definitivamente eres un caso, igual que tu tía.

Las tres se sentaron a la mesa y disfrutaron de una agradable conversación mientras comían, dominada en su mayor parte por Sofía y su inacabable charlatanería. La pequeña estaba atenta a cada palabra que decía Karen, atesorando su recuerdo en el alma como si fuera sagrado. Para ella, su tía era lo más importante, la persona que la cuidaba cuando estaba enferma o le leía cuentos antes de dormir. Y aunque sabía que su verdadera madre era Soraya, no podía sentirla como tal, era demasiado severa y fría. Desde que su tía estaba enferma apenas nadie la abrazaba y se sentía sola, por eso se había tirado a su cuello enloquecida por el júbilo de verla.

Tras recoger la mesa, Karen acompañó a su sobrina a dar un paseo por el jardín. Hacía buen clima y decidieron buscar la sombra de un árbol para refugiarse del sol. Sofía eligió un enorme sauce, el mismo que utilizaban Karen y Abel de pequeños para encontrarse, y corrió hacia él abrazada a su vieja muñeca. A su tía no le quedó más remedio que seguirla y sentarse en el suelo recostando la espalda en la superficie rugosa del tronco.

—¿Me cuentas un cuento, tiita? —preguntó la pequeña, colocando su cabecita pelirroja sobre el regazo de Karen.

La mujer acarició los suaves rizos de la niña y cerró los ojos escuchando el canto de los pájaros.

—Había una vez una niña pequeña...

—¿Tan pequeña como yo?

—No, un poquito mayor.

—Aaaa...

—Esta niña —continuó Karen— iba a una escuela donde no tenía ni un sólo amigo.

—¿Qué es una escuela?

—Es un lugar donde van las niñas mayores a aprender. Tú comenzarás a ir muy pronto.

—Uhm... —Sofía bostezó—. Y, ¿por qué no tenía un sólo amigo?

—Creo que era diferente.

—¿Tenía tres ojos?

—No, me parece que no podía hablar —le respondió Karen muerta de la risa.

—¡Pobrecita!

—Sí, pero no te preocupes, al final encuentra una preciosa amiga con la que se lleva muy bien.

—¿Tan preciosa como yo?

—Bueno, no estoy segura, aunque era muy dulce.

—Uhm... —Sofía volvió a abrir la boca, suspiró, y sus ojos se fueron cerrando a medida que el relato avanzaba.

Al ratito, con la niña profundamente dormida en brazos, Karen se encaminó hacia la mansión, respirando el aroma de su hogar, recreándose en el hermoso paraje que tan bien conocía. Sonrió al recordar la imagen difusa de otra niña desaliñada, con dos trenzas y unos ojos asustadizos que conmovían su corazón.

Cuando abrió la inmensa puerta de la entrada, el viento meció la copa de los árboles del jardín y Karen se dio la vuelta para observarlos con tristeza. Pensó que eran inamovibles, eternos. Llevaban siglos plantados en el mismo lugar y así continuarían después de que ella muriera, incluso después de que murieran Sofía y su prole.

Karen subió hasta su dormitorio, dejó a su sobrina en la cama y la arropó con ternura. La pequeña no se despertó, aunque se abrazó con más fuerza a la muñeca que tenía entre las manos. Sin hacer ruido, Karen tomó asiento frente al escritorio y redactó el penúltimo mensaje destinado a una desconocida que le robaba el sueño. Pasados más de veinte minutos, dobló la carta con satisfacción y la introdujo en un sobre. Luego se quitó la cinta negra de raso que sujetaba su melena, buscó tres fotografías familiares que descansaban en el primer cajón, las amarró con un lazo y las colocó dentro del primer diario junto a unas finas agujas que servían para sujetar sombreros. En un extremo tenían engarzadas unas perlas transparentes con unas margaritas secas dentro. Eran las mismas flores que Abel le había regalado al cumplir los doce años y que don Ernesto había mandado encapsular en resina, después de muchos ruegos por su parte, claro está. El artesano había realizado un trabajo magnífico.

Acto seguido se dirigió de puntillas hacia la cama y le quitó con mucho cuidado la muñeca a su sobrina para sustituirla por el diario. La pequeña hizo el ademán de entornar los ojos, pero se relajó cuando una mano conocida le acarició la cabeza llena de rizos. Karen le dio un beso en la frente antes de dirigirse a la cómoda. Muy en el fondo, debajo de sus prendas de dormir, descansaba el veneno que le había preparado Arcineidia Viloro. Lo guardó en el bolsillo de su falda, tomando varias hojas arrancadas de uno de los diarios, una pluma y un frasco de tinta.

Se marchó de su hogar sin mirar atrás, sin arrepentimientos, bloqueando el recuerdo de aquellos que aún le importaban. Era egoísta y lo sabía, pero estaba cansada. Su vida no tenía sentido. Qué más daba reír o llorar, comer o dormir, caricias o puñetazos, nada iba a cambiar, las personas que había perdido ya no estaban bajo aquel cielo azul. Miles de mujeres habían sufrido situaciones peores a la suya y continuaban luchando porque eran fuertes. Por desgracia, Karen había descubierto la verdad, ella era tan débil como lo fue su madre, por eso nunca se llevaron bien. Ambas eran iguales, incluso a la hora de su muerte. Ya daba igual arrepentirse de cómo había obrado, replantearse sus opciones, inventar realidades alternativas que jamás llegarían a ser; sus malas decisiones habían cavado su propia tumba y esta vez no sería una cobarde. Daba igual lo que pensara el resto de la gente, ya estaba decidido.

Sus pies la condujeron hasta la cabaña del claro, era un lugar especial para ella y quería despedirse por última vez. Al entrar en el salón las lágrimas brillaron en sus ojos por la emoción. Su mano buscó dentro del bolsillo y sacó el frasquito lleno de veneno. Karen se bebió el líquido de un trago. Luego dejó la pluma, las hojas y la tinta sobre la mesa de café de estilo francés y se dispuso a escribir la última carta para una destinataria sin nombre.

—¿A qué día estamos? ¿Martes? ¿Miércoles?

Se quedó un rato pensativa, esforzándose en recordar que fecha ponía en el calendario. Decidió que era jueves, 12 de febrero de 1920, y comenzó a escribir sin demasiadas ganas. Tras unos cuantos intentos fallidos de expresar lo que sentía, todo lo que había experimentado, se llenó

de ira reprimida.

—Debe ser verdad que me estoy volviendo loca. ¡Soraya tiene razón!

Karen se inclinó sobre el papel haciendo un esfuerzo titánico para aclarar sus ideas, quería hablar con lucidez del paso del tiempo, por ser despiadado y avanzar sin detenerse ante nadie; de la vida, tan dura y cruel; pero también deseaba hacer una oda a la esperanza, porque a su alma torturada solo le quedaba ese consuelo: la esperanza de lo que estaba por venir. Al terminar de escribir se levantó para ir a por un sobre guardado en el tercer cajón del buró estilo americano que había en el dormitorio. Después se dirigió hacia la chimenea del salón y buscó una palanca en el capitel izquierdo, disimulada en un relieve metálico que tenía forma de tallo con flores. Tiró de ella con suavidad, revelando un escondite forrado en terciopelo azul que antaño se utilizaba para guardar joyas. La cabaña del claro también tenía sus secretos igual que la mansión. A fin de cuentas, fue construida por un antepasado suyo a finales del siglo XVIII para alojar a una amante y a su hija bastarda. Era otra de las muchas historias familiares que guardaban aquellas cuatro paredes.

Una lengua de hielo lamió la nuca de Karen, advirtiéndola de que no estaba sola, alguien la estaba observando. Al darse la vuelta muy despacio la casa se sumió en las tinieblas de la noche, transformando el salón en un lugar viejo y desolado. Su atónita mirada recorrió las paredes descascarilladas, los cristales sucios, salpicados por la lluvia que caía en el exterior, y la tapicería rota del sofá. Todo estaba mohoso y había un fuerte olor a humedad. Las gotas de agua se filtraban por el techo encharcando el suelo desgastado e irregular.

Más real que en ninguna de sus alucinaciones, Karen vio a la muchacha con la que tantas veces había soñado. Estaba ahí, de pie frente a ella, mirándola desde detrás de la montura de unas gafas de pasta, con cara de susto. Sus inquietantes ojos verdes centellearon iluminados por un relámpago, que desterró las sombras de la habitación por una fracción de segundo, mostrando a la aterrada muchacha en toda su gloria.

Ensimismadas, las dos mujeres avanzaron hacia el centro del salón, moviéndose con una exactitud tan milimétrica que parecían un reflejo la una de la otra. A la par extendieron el brazo derecho, tratando de tocarse con la punta de los dedos. Fue entonces cuando Karen advirtió la presencia de unas viejas maletas tiradas de cualquier manera en el suelo, muy cerca del lugar que ocupaba la mesa de estilo francés, de la cual no había ni rastro en ese mundo desolado. Su sorpresa se reflejó en los rasgos de la otra muchacha, cuando esta tropezó con los bultos precipitándose al suelo. En un abrir y cerrar de ojos la alucinación se evaporó. Karen se tambaleó de un lado a otro mareada, el veneno ya comenzaba a hacer su efecto. Cerró los ojos con fuerza y la profecía de Arcineidia Viloró retumbó en sus oídos. Tenía que escribirla en el papel, tenía que advertir a aquella chica.

En tres zancadas llegó a la mesita y escribió cada palabra que había salido por boca de la bruja. La muerte inminente estaba liberando su subconsciente a la verdad de un plan mucho mayor. Al finalizar, guardó todo en el escondite del capitel izquierdo y se dirigió hacia el acantilado con paso vacilante. Quería morir en el mismo lugar que su hijo, ahogarse en el agua y sufrir como él había sufrido. Era un castigo justo por haberle fallado como madre, por no haberlo protegido de Claudia. Había dejado su crimen sin castigo y merecía acabar de aquella manera.

Antes de llegar al borde del precipicio se quitó los zapatos, era como si al no tenerlos su alma fuera libre, como si ya nada la atara a la tierra. Tenía las pupilas muy dilatadas y la falta de riego sanguíneo se traducían en la palidez de sus mejillas. Los pies descalzos avanzaron varios pasos y

tropezaron con un saliente rocoso. El cuerpo de Karen se precipitó al vacío. El estómago se le contrajo por la sensación de velocidad y las lágrimas brotaron de sus ojos. El primer golpe que recibió en la cabeza la dejó atontada y el agua se encargó de inundar sus pulmones hasta arrebatarle la vida. Estaba muerta.

Y la luz se hizo y la verdad le fue mostrada. Había fallado, no había superado la prueba impuesta para alcanzar la perfección espiritual, había sido incapaz de vencer el miedo al que dirán, no había luchado por sus sueños, sólo había permitido que el destino la vapuleara sin oponer resistencia. La comprensión de su fracaso encendió un camino bajo sus pies traslúcidos, que ascendió por un valle de sombras junto a otros miles. Brillaban en tonos verdes fluorescentes y estaban por doquier, por encima, a los lados y por debajo de ella. Eran millones de vidas que se dirigían a un mismo punto. El miedo a lo desconocido le impidió avanzar. Quería volver el tiempo atrás, poder construir un futuro junto al hombre que amaba, tener hijos.

Un viento oscuro se materializó frente a ella y le tendió una mano. Asustada, trató de escapar, pero fue imposible. Las leyes físicas de aquel mundo inmaterial eran distintas a las terrenales. Con resignación tomó la mano tenebrosa y se preparó para lo peor. En cambio, la sombra se comunicó con ella utilizando las emociones.

—Las almas recorren este camino en soledad desde el principio de los tiempos. —Su tono de voz era la representación del amor—. Pero la tuya es especial, fue marcada por la maldad humana. Pagaste con tu vida inocente en nombre de la Hacedora, y ella está apenada. Quiere que avances, que dejes de temer la maldad de los hombres, que seas feliz. Ahora acompáñame.

La sombra la rodeó por completo. Estaba tan confundida, quería preguntarle quién era la Hacedora, sin embargo era incapaz de hablar, no tenía cuerdas vocales. Quiso llorar de impotencia, pero tampoco pudo. La añoranza le trajo un recuerdo, vio a Abel esforzándose por ganarse el cariño de Tito. Los extrañaba tanto, necesitaba verlos de nuevo, saber que todo iría bien o no sería capaz de moverse.

—Que así sea —sentenció la voz, mientras una luz cegadora se abría paso entre las sombras del limbo, desintegrándolo todo—. Que tu vida futura te sea mostrada.

...

El sol brillaba en un cielo sin nubes y el aire veraniego mecía las copas de los árboles, mientras unas risillas infantiles estallaban de felicidad. Un niño de nueve años correteaba por el jardín perseguido por una niña de apenas cinco. En la mano llevaba una muñeca sin cabeza.

—Vamos, lentorra, ¿por qué no me atrapas? —se burló el niño de pelo moreno, haciendo el ademán de detenerse para luego salir corriendo poco antes de que su perseguidora estuviera a punto de atraparlo. ¡Aquel niño era Tito! Tenía otro rostro distinto, otro cuerpo sano y vital, pero era su pequeño.

—Se lo voy a decir a tu mamá, David —se quejó la niña pelirroja, deteniéndose para tomar aire. En la mano llevaba la cabeza de la muñeca. Y entonces lo supo, aquella preciosa criatura era Sofía, su sobrina. Su rostro también era diferente, en realidad guardaba un cierto parecido con los rasgos que antaño había tenido Tito, aunque continuaba siendo pelirroja y tenía los ojos de la familia de Clara.

—Eres una chivata. —El niño se detuvo de golpe e hizo varios mohines para burlarse de la pequeña.

—Y tú más, tonto.

—Karen, cuántas veces tengo que decirte que no quiero escucharte decir palabrotas —protestó

la voz de un hombre con severidad, deteniendo la pelea de los dos críos, que intercambiaron una mirada de preocupación. Temían ser castigados.

—Los siento, papá, pero ha comenzado David —se justificó la pequeña, girándose hacia los adultos que estaban bajo la sombra de un sauce; su madre, sentada en el suelo con la espalda apoyada en el tronco; su padre, descansando la cabeza en el regazo de ella, dejándose mimar.

—No me gusta que seas una chivata. Si estás tan enfadada, quizás debería hablar con la mamá de David para que no lo traiga más.

La pequeña Karen puso pucheros y dirigió la vista hacia su madre en busca de apoyo. Al detectar que no pensaba tomar partido, reflexionó sobre su comportamiento.

—Está bien —dijo con mucha dignidad, entregando el cuerpo de la muñeca a su amigo—. Hoy no jugaremos a papás y mamás. Tú serás un pirata y yo rescataré la cabeza de Simona.

—¡Vale! —exclamó David, echándose a correr con la cabeza de Simona, una muñeca pepona, sujeta entre las dos manos cual botín de guerra—. Soy el pirata malo, si deseas recuperar a esta doncella tendrás que batirte conmigo.

Los niños buscaron por el jardín dos ramas que hicieran las veces de espadas y se enzarzaron en una lucha.

—Mira que eres malo, Alejandro —murmuró la mujer, acariciando el cabello de su marido, mientras contemplaba el juego infantil con una sonrisa en los labios—. No deberías asustarlos con ese tono de ogro gruñón.

—Anoche no decías lo mismo —respondió Alejandro, mostrando una sonrisa de gato satisfecho—. Te excita que sea un tipo duro, ¿verdad?

—Pero mira que eres engreído. No sé cómo pude enamorarme de ti.

—Yo creo que fue por mi sexapil. Soy irresistible para las lagartijas como tú.

—Shh... No me llames lagartija, no quiero tener que explicarle a nuestra hija por qué me pusiste un apodo tan horrible.

—Oh, venga, Sara, ahora te da vergüenza, pero cuando reptabas por el ropero hasta mi dormitorio no eras tan remilgada.

—Cállate, idiota, y bésame.

Sara bajó la cabeza y posó la boca sobre los labios de su marido. La tormenta ya había pasado y era feliz. Por suerte, tenía una familia que la quería y estaba a salvo. Sus ojos contemplaron a la niña que correteaba por el jardín junto al hijo de María, la sirvienta mala. Después de testificar en contra de la familia Salcedo, la mujer había cambiado muchísimo, se estaba esforzando por hacer las cosas bien. Era una buena persona y una buena madre. David era un niño feliz y, de alguna manera, le recordaba al hijo que había perdido al caer por el acantilado.

Había pasado mucho tiempo de aquello, era un capítulo oscuro de su vida. La noticia sobre el entramado de corrupción había aparecido en todas las portadas de los periódicos españoles y europeos debido a su relevancia. Muchas personalidades importantes estaban implicadas: políticos de renombre, altos cargos de la policía, periodistas, jueces y directivos de bancos. La mafia china también había jugado un importante papel en la red de tráfico de droga y prostitución. Cuando por fin la tormenta mediática se había disipado un poco, la prensa rosa hizo su agosto sacando a la palestra el romance que Sara mantenía con Alejandro y un centenar de programas de televisión la habían criticado por quitarle el novio a su hermana y por su desenfrenado pasado sexual en el instituto. El escándalo fue tremendo y solo se vio eclipsado un año más tarde cuando

una famosa actriz quedó en coma tras un accidente de tráfico.

La campana que anunciaba la hora de comer sonó en la distancia. Alejandro se puso en pie y corrió hacia los niños, tomando a cada uno en un brazo. Los hizo girar en el aire hasta que la barriga les dolió de tanto reír. Sara se levantó con cierta dificultad, estaba embarazada de cuatro meses y medio, y la barriga ya comenzaba a ser molesta. Ni bien terminó de incorporarse, Alejandro acudió a su lado como un esposo devoto y le tendió la mano.

—Te amo, lagartija.

Sus dedos le apartaron un mechón de pelo, en la sien tenía una pequeña cicatriz de la colisión contra las rocas. Sus labios se juntaron un segundo antes de que las protestas de su hija los interrumpieran.

—¡Vamos, rápido, que hoy Adela ha preparado pastel de chocolate de postre!

La madame, apoyada en un bastón, observaba a su familia desde una terraza acompañada por su hija Sofia. Sonreía llena de orgullo. Esa mañana había recibido una llamada de Sonia: después de dos años, su socio por fin se había declarado. No veía a su nieta mayor con demasiada frecuencia, ya que se había mudado a Berlín para hacer un máster después de terminar la universidad. Siempre había sido la inteligente de la familia y era evidente que no necesitaba ningún hombre rico para triunfar en la vida. Hasta en eso se había equivocado.

María hizo sonar la campana varias veces más desde la puerta de la cocina, estirando el cuello para buscar con la mirada a su hijo. El fuego le había dejado algunas marcas en las piernas y los brazos, pero gracias a Dios estaba viva. Los señores le habían permitido mantener el trabajo y había encontrado una buena amiga en Sara; le debía mucho a ella y a Alejandro. La sirvienta sonrió llena de amor, con la esperanza de una vida mejor brillándole en los ojos.

...

Soraya se sorbió los mocos en la manga de la camisa y se limpió las lágrimas que resbalaban por sus mejillas. Acababa de recibir un telegrama de Claudia donde le notificaba su decisión de volver a la mansión para estar junto a su padre y su hijo. La muy perra no había esperado ni a que el cadáver de Karen se enfriara. Al posar la mirada rota de dolor en el diario que descansaba sobre la cama, apretó el tallo de una rosa blanca. La había arrancado de la corona de flores que adornaba el ataúd de su hermana; era el último recuerdo que tenía de ella. Enterró la cara en el colchón, que aún conservaba su aroma, y soltó un grito desgarrador.

Recordaba a la perfección la primera vez que había llegado a la mansión y había conocido a Karen. Era una niña hermosa que debía contar con unos seis años. Estaba sentada sobre un banco de madera que había en el jardín, moviendo los pies hacia adelante y atrás mientras jugaba con sus muñecas de porcelana. Cuando don Ernesto de Clara había corrido hacia ella para abrazarla y besarla, dejando atrás a Soraya cargada con el fardo que contenía su equipaje, la había odiado de inmediato.

—¿Quién es esta niña, padre? —preguntó la mocosa, sin malicia, observando a la recién llegada con interés. Su boquita de piñón se curvó en una sonrisa amistosa.

—Formará parte del servicio desde hoy, espero que seáis buenas amigas.

Soraya apretó los puños mordiéndose el labio inferior, quería controlar el sentimiento de humillación y la furia. Sabía muy bien quién era don Ernesto de Clara, su madre le había hablado mal de él durante toda su vida, incluso en la hora de su muerte.

—¿Quieres jugar conmigo? —le preguntó Karen, tendiéndole una muñeca con generosidad.

Soraya observó primero a la muñeca, luego a la niña y, por último, torció el gesto.

—¡Yo no necesito una estúpida muñeca! ¡Estoy aquí para limpiar! Soy una simple fregona.

—No le hables así, Soraya —intervino don Ernesto en tono conciliador, poniéndose en cuclillas para mirarla directamente a los ojos—. Karen solo quiere ser tu amiga. Tú eres cuatro años mayor que mi hija y tendrás que cuidarla de ahora en adelante. Esa va a ser tu tarea en esta casa.

—¿Mi tarea? —Soraya frunció el ceño y bajó la vista.

Karen, como la niña inocente que era, le volvió a tender la muñeca con una gran sonrisa en los labios. Soraya cogió el juguete, perdonándole la vida, e intentó disimular la emoción que la embargaba por dentro.

Antes de entrar en la mansión, Soraya se volvió en el umbral de la puerta para contemplar a aquella niña tonta que seguía jugando en el jardín. Sonrió con afecto al verla reprimir con un dedo, al estilo maestra de escuela, a una de sus muñecas que había tenido la insolencia de escurrirse del banco. Los ojos de don Ernesto la contemplaron llenos de esperanza, pero Soraya ocultó sus emociones tras la máscara del desencanto, dándole a sus rasgos infantiles un aspecto severo. No pensaba ceder ni un ápice, iba a hacerle la vida imposible a esa enclenque malcriada.

La mañana encontró a Soraya acurrucada en la cama de su hermana, seguía intentando atesorar todos los recuerdos que guardaba de ella.

—Desde la primera vez que te vi me encariñé contigo, cabeza de chorlito. Eras tan graciosa. —Le hablaba a la rosa blanca como si en realidad fuera Karen—. Y, aunque durante mucho tiempo me engañé a mí misma diciéndome que te odiaba, en el fondo te quería y eso me enfurecía aún más. No debería haber tardado tanto tiempo en llamarte hermana. Cuánto me arrepiento. Debería haber sido más valiente. Ojalá pudiera decírtelo ahora, no me cansaría de llamarte hermana, hermana... hermana... Me daría igual quedarme sin voz, te diría cuánto te echo de menos y cuánto te quiero, haría las cosas diferentes. Me gustaría tener la oportunidad de estar junto a ti y envejecer contigo.

Soraya se cubrió el rostro con las manos. Le angustiaba saber que estaba sola, nunca más volvería a escuchar la voz de Karen, no volvería a escuchar su risa, ni a sentir la calidez de sus abrazos.

—¿Qué puedo hacer para llenar este vacío? No sabes lo mucho que te necesito, aunque te hiciera la vida imposible, aunque te gritara o me metiera contigo, tú eras una de las cosas más importantes de mi vida. ¡Mi hermana! Qué voy a hacer ahora, ¿dime? Qué voy a hacer...

La sirvienta tardó un buen rato en conseguir dominar sus emociones y, cuando por fin lo logró, una verdad contundente la golpeó: todo lo que había pasado era culpa de la familia de la Cruz. Ellos habían conducido a su hermana hasta el desastre. El sacrificio de Karen no sería en balde, costara lo que costara y tardara lo que tardara, iba a vengarse de ellos. Quería verlos arrastrándose a sus pies pidiendo clemencia. Se valdría de cualquier arma para conseguir sus objetivos. Nada ni nadie podría detenerla. Ella se encargaría de mantener ese odio vivo en su familia, empezando por su hija Sofia. A fin de cuentas, la pequeña era la verdadera primogénita del conde, por sus venas corrían a partes iguales la sangre de la familia de Clara y de la familia de la Cruz. ¡Su hija sería la encargada de poner a cada quien en su lugar!

Tras limpiarse las lágrimas con el delantal, reparó de nuevo en el diario que estaba sobre la cama. Él sería el motor que conduciría su furia, a él acudiría cada vez que sintiera remordimientos por sus acciones o no pudiera dormir por las noches. No pensaba rendirse. La lucha iba a ser

dura, pero no iba a flaquear. Claudia y toda su asquerosa descendencia iban a pagar con creces el daño que le habían hecho a su hermana. No descansaría hasta ver culminada su venganza.

Con esa determinación Soraya abandonó la habitación, dejando tras de sí un cuarto en penumbras. Su cerebro trabajaba a mil revoluciones por segundo al internarse por el pasillo, trazando planes de un futuro que envolvía a Sofia y al hijo de Claudia. ¿Qué importancia tenía que la pequeña fuera cinco años mayor que aquel mocoso estúpido? Con un poco de suerte se transformaría en una mujer hermosa que lograría volverlo loco de pasión. Y si ella no lo conseguía, nacerían nuevas generaciones en ambas familias. Por cada niño de la Cruz que viniera al mundo, nacería una niña de Clara, y si no, al revés. No dejaría nada al azar, ella se encargaría de que así fuera.

La rueda del destino comenzó a girar una vez más, en el mismo momento que Soraya se reafirmó en su decisión, hilando las fibras de una historia de amor que era tan vieja como la misma humanidad.

AGRADECIMIENTOS

CON todo mi cariño para Irene Martin, María L. Yépez, Bingia Barreto, Lidia González, Katherine Ramos y la familia rueda al completo. Por supuesto, para mi madre, Encarna Sánchez, y mis tías favoritas: Geli Casado, Isabel Sánchez y Marina López (siempre te recordaré). También mi especial agradecimiento para Olalla Pons por diseñar la portada. Gracias a todas por vuestro apoyo. Os quiero.

María S.

Edición en Formato digital: Abril 2015

Título Original: El secreto de las siete chimeneas.

©María Sala, 2015

©Editorial Romantic Ediciones, 2015

www.romantic-ediciones.com

Imagen de portada © Vladimir Nikulin, Małgorzata Patrzyk, Matthias Oesterle.

Diseño de portada y maquetación: Olalla Pons.

Corrector: Gabriel Rechach Pizà

ISBN: 978-84-943737-1-8

